

EL OCASO de los ALTOS ELFOS

A Harry Potter Fanfiction



Francisca Solar

© 2003, Francisca Solar

1era edición: 31 de julio de 2003

1era edición (epub): 16 de octubre de 2011

Ilustración de cubierta: Verónica Rodríguez, 2011

Harry Potter y su maravilloso universo es propiedad intelectual y absoluta de J. K. Rowling. Hasta su publicación en ebook (octubre 2011) este fanfic lleva 8 años flotando en la red y jamás he ganado un peso por él, si bien sí he ganado el respeto y cariño de los fans. "El Ocaso de los Altos Elfos" fue publicado por primera vez el 31 de julio de 2003 en Fanfiction.net y corresponde cronológicamente a un sexto tomo de la saga (continuación de "La Orden del Fénix"). Fue escrito dos años antes del sexto tomo original, "El Misterio del Príncipe", y fue traducido al inglés e italiano. Este epub contiene el mismo texto de la primera publicación, sin edición ni corrección de ningún tipo. Todas las fallas orto/tipográficas (si las hay, supongo que sí) son las mismas de antaño, así que desde ya, ¡mil disculpas! pero quería conservar el aroma "amateur" de este tan querido fanfiction.

Está felizmente permitida la impresión parcial o total de este fanfic para uso personal de quien lo requiera. ¡Adelante! No tengo nada contra miopes u old-schoolers. Eso sí, usen una buena impresora para que el trabajo de la Vero se luzca como merece. Lo que no está permitido es la reproducción digital y/o impresión total o parcial de este libro para usos comerciales. ¿Por qué? Porque los fanfics no se venden; su acceso es libre y gratuito en cualquier modalidad digital. Se hacen sólo por diversión y tributo a la obra original, y así debe mantenerse.

Como siempre, encantada de conversar y recibir sus comentarios. Golpeen la puerta con confianza: www.fransolar.com

¡Gracias por leerme!

Capítulo uno

Maldito Silencio

Al parecer es bastante lógico pero, ciertamente, nunca está de más una ayuda de memoria: Harry Potter no es un niño normal. Y bueno, no sólo ya dejó de ser un niño, sino además sus intereses y metas se trazan muy lejos de los que compartirían sus congéneres. Harry es mago, lo sabe hace ya seis años, y a pesar de que fue su excusa para abandonar a su odiosa parentela por largos periodos (y así sólo regresar para el verano), su vida no ha sido fácil. Pues hay que decirlo: Los Dursleys distan bastante de ser un ejemplo de familia, aunque traten de aparentarlo de cualquier modo. Los tíos Vernon y Petunia, sumado a su obeso hijo Dudley, se han encargado de hacerle a Harry la vida imposible desde que tuvo la mala suerte de caer, pequeño y arropado en una cesta, en la puerta del número 4 de Privet Drive. Y aunque todo tiene un “por qué”, éste en particular ha sido doloroso. Confuso, difícil de sobrellevar... aún más que el solo hecho de tener una cicatriz en forma de rayo, punzante, al costado de su frente.

Harry perdió a sus padres, James y Lily, en el marco de una noche fría de Halloween hace 15 años, sin siquiera haber compartido con ellos. Fueron asesinados, cruel y fríamente, por el mago más temido de todos los tiempos: Lord Voldemort. No recuerda sus rostros, ni su voz, pero sí aquel destello verde enceguecedor que terminó con sus vidas, y que, milagrosamente, salvó la suya, dejándole a cambio dicha cicatriz. Así también, perdió a Sirius Black, su padrino, cuando apenas comenzaba a conocerlo. Había estado muchos años encarcelado en la prisión mágica de Azkabán, incapaz de probarle al mundo su inocencia, y cuando recién comenzaba a abrirse un camino de liberación para él, un nefasto episodio en uno de los rincones desconocidos del Departamento de Misterios, alojado en el Ministerio de Magia, lo vio

desaparecer. Así, sin más. Se esfumó tras un velo rasgado, y desde entonces, Harry no ha podido quitarse de encima aquel abrumante hedor a luto. Porque la muerte lo persigue... no sólo a él, sino a todo a quien él estima. La vida se lo ha demostrado, él mismo lo ha comprobado, pero jamás lo ha terminado de asumir.

En adelante -y debido en gran proporción a aquella odiosa cicatriz en su frente- el futuro se gesta para él cada vez más oscuro e incierto, y lo sabe. Le costaba alejar aquel pensamiento de su cabeza, no quería ni aceptarlo ni asumirlo, pero hubo veces en las que deseó ser sólo un humano más. Sin distinciones, sin talentos, sin peculiaridades... sin pasados tormentosos o profecías con su nombre... sin cicatrices que espantaran a unos y embobaran a otros. Sólo un muggle, sin la responsabilidad de salvar al mundo o, si le quedaba tiempo, a él mismo. O, quizá, hubiera deseado sólo morir; haber sucumbido al poder de Lord Voldemort y fallecido en los brazos de su madre. Sí, eso hubiera sido mejor que esto. Mejor que sufrir por otros, mejor que vivir por otros.

El verano estaba en su apogeo pero, como era usual en Privet Drive, no había niños jugando con agua en las aceras ni recostados en los antejardines, buscando la sombra de un buen árbol. En esa pequeña comunidad de los alrededores de Londres, y sobre todo en aquella calle, el sentido de cordura era lo más importante que aparentar. Por prohibición de sus padres, ningún niño podía jugar en la calle: era escandaloso y de mal gusto. Peor aún si llevaba las rodillas sucias y el pelo mojado. No, los niños debían aparentar modales intachables y conductas domesticables. Es decir, debían ser y actuar como Dudley, y jamás intentar, ni siquiera imaginar, seguir el modelo de su descarriado e insano primo Harry. Pero él se sentía cada vez más ajeno a aquellas presiones; ahora, algo más “grande” que el año pasado, comprendía cabalmente las diferencias entre sus dos mundos y se comprometió a lidiar con

ellos. Después de tanta fatalidad, no le quedaba más remedio, pero aún así no toleraba ciertos detalles.

Sentado tras su escritorio y recibiendo con agrado los cálidos rayos de sol que se colaban por la ventana, Harry sonrió ante lo absurdos que eran la mayoría de sus vecinos. “Cuando tenga hijos...” pensó, pero apretó los labios, inseguro, “Bueno, si es que llegara a tenerlos, dejaré que jueguen y se ensucien todo lo que quieran. Por algo son niños”. Satisfecho con aquella idea, miró una vez más hacia su derecha, donde residía, junto a su pluma y tinta, la fotografía que Alastor “Ojo Loco” Moody -un prestigioso auror retirado- le había dado meses atrás. Sonrientes y orgullosos, Sirius Black, James y Lily Potter (entre todos los antiguos miembros de la Orden del Fénix) posaban ante la cámara. Con melancolía, Harry estiró su mano y rozó la fotografía con los dedos, suspirando. No podía reconocer todas las caras en aquel grupo, pero le bastaba saber que habían luchado por sus mismos ideales como para tenerles, además de respeto, afecto.

Movió la cabeza y cerró los ojos. No quería llorar. Ya lo había hecho demasiado, por todos y por él mismo, y estaba harto. No era un mártir de las circunstancias, pero todos a su alrededor no hacían más que demostrárselo. Había sufrido, solo y silencioso, incapaz de compartirlo, pero era su realidad y de alguna manera debía enfrentarla. Él era Harry Potter, El-Niño-Que-Vivió, y mantendría ese estigma para siempre. Aún incluso después de derrotar a Voldemort... si es que lograba hacerlo.

A menudo pensaba que todos ponían demasiadas esperanzas en él, y que no sería capaz de cumplirlas. Deseaba ser Harry, sólo Harry, un alumno más de Hogwarts y un transeúnte más del mundo mágico. Odiaba aquella aura que lo embargaba, ese estúpido manto de celebridad. Cambiaría todo en un segundo, lo entregaría todo sin pensarlo, sólo por un momento de tranquilidad, de paz, de sosiego. Por un día ficticio de felicidad, en el que todas

las fatalidades desaparecieran y descubrir, como un sueño, que todo aquello que perdió jamás se fue después de todo...

Suspiró profundo, se recostó pesadamente sobre su silla y se regañó duramente por fantasear de ese modo. Así no llegaría a ningún lugar. Sus padres estaban muertos, Sirius estaba muerto. El destino lo situaría como asesino o víctima, mártir o héroe, y no había nada qué hacer. Ahogó su rabia y su resentimiento, tomó el lápiz rojo que había sobre la mesa y se inclinó sobre el papel frente a sí, tachando el día correspondiente. Según sus cálculos, sólo restaban dos semanas para volver a Hogwarts. Suspiró de nuevo, corrigió la postura de sus lentes y cerró el calendario, guardándolo en uno de sus cajones. Si alguno de los Dursley entraba a su habitación y encontraba su pequeña cuenta regresiva, quizá le harían un escándalo. “Tío Vernon gritando” pensó, y luego movió su cabeza, sonriendo a medias.

Hacía casi un mes que no lo escuchaba rugir por algo. No había escuchado aquel despreciativo y seco “muchacho” con el que tío Vernon usuaba llamarlo; ya no lo mandaba temprano a la cama, ni recibía media ración menos al almuerzo; incluso lo dejaban ver el noticiario de las nueve con ellos. Harry volvió a sonreír, un poco más relajado, evocando en su mente la extraña expresión de Moody al despedirse meses atrás: “No dejes que los Dursleys te traten mal. Si no sabemos de ti en tres días, alguien de la Orden te hará una visita. Y no creo que usted quiera un par de magos en la entrada de su casa” había dicho, desafiando a tío Vernon con la mirada.

Lo cierto es que Harry, en aquel extraño momento de su vida y erguido en la estación King Cross, jamás pensó que las palabras de Moody surtirían efecto, aun cuando la cara de horror de tía Petunia podía darle una pista de lo que sucedería durante el resto del verano. Y no es que le importara demasiado: Sirius acababa de morir y sólo deseaba reunirse con él, aunque

tuviera que hacerlo con sus propias manos. Pero era un pensamiento demasiado nefasto y prefirió, desolado, reflexionarlo un poco más antes de cometer una locura. Entonces sólo se limitó a volver a Privet Drive, sin decir una palabra, cabizbajo, dispuesto a recibir los usuales malos tratos. Pero - con tanta sorpresa que le costó varios minutos reaccionar - esa misma tarde tío Vernon lo había llamado a cenar, forzosamente sonriente, e incluso había aceptado que recogiera algunas verduras para darle de comer a Hedwig. Y eso sólo sería el inicio. Durante más de un mes tío Vernon y tía Petunia debieron luchar contra su naturaleza hostil y hacer de la vida de Harry algo más... soportable, pero sólo si un continuo silencio pudiera denominarse así.

Hasta Dudley había cambiado de actitud, claro que él era un caso aparte. El vivo recuerdo del ataque de los dementores el año pasado había aquietado bastante su brutal comportamiento hacia Harry. Ya no lo empujaba en el pasillo, ya no le gritaba ni intentaba comerse su cena; siguiendo el modelo de sus padres, no había compartido con él ni una palabra, ni siquiera un insulto, y ahora apenas le dirigía la mirada. Y no es que le preocupara mucho, pero sí le inquietaba que tal vez su primo hubiera quedado con algún tipo de secuela, luego de que su alma estuvo a punto de ser extraída por aquel indeseado guardián de Azkabán. Continuaba llegando tarde por las noches, y se paseaba constantemente con sus guantes de boxeo puestos, golpeando cualquier cosa que se moviese. Según Tío Vernon, faltaba muy poco para que Dudley fuera descubierto por algún agente profesional, aunque Harry tenía sus dudas al respecto. Cada vez que peleaba lo hacía con niños bastantes más pequeños que él, por lo que gozaba de una eterna y amplia ventaja. Pero bueno, al menos pasaba mucho tiempo fuera de casa, ideal para que Harry no tuviera que aguantarlo espiando tras las puertas, o peor, escuchar el abrir y cerrar del refrigerador cada dos segundos para sacar un nuevo pedazo de un enorme jamón serrano, regalado por Tía Petunia luego de que ganara la última pelea. Si seguía descuidando su peso, quizá ya no podría ni subir la escalera. Ya

sucedió que, siguiendo las instrucciones de silencio de su padre, no pudo pedir ayuda a Harry para alcanzar el primer escalón. Iba con sus brazos abarrotados en pasteles de crema, y ni Vernon ni Petunia se encontraban ahí a esa hora, salvo su primo. Pero no, no podía hablarle, se lo tenían prohibido. Así que, después de veinte minutos de un infructuoso intento por subir al dichoso peldaño, decidió simplemente sentarse en él y comer ahí todo su cargamento. Su pequeño cerebro no daba para más análisis.

Gritos provenientes de la calle sacaron a Harry pronto de sus pensamientos. Ni siquiera tuvo que asomarse a la ventana para saber quién los emitía: la Sra. Figg, su extraña vecina recientemente descubierta como una *squib*, vestida con su usual bata rosa y con un bolso en la mano, golpeaba a Mundungus Fletcher en la cabeza, obligándolo a salir por la reja delantera. “¿Qué habrá hecho ahora?” pensó Harry, sonriendo, para luego fijar la vista en una tercera persona, quien acaba de aparecer tras la puerta principal de la casa. Una joven, quizá de la misma edad de Harry, parecía muy divertida con la escena que presenciaba. Caminando hacia ellos, abrazó fuerte a la Sra. Figg, tal como si estuviera despidiéndose. Luego hizo un gesto con la mano hacia Mundungus, suprimiendo una carcajada, para luego cruzar la reja de calle, adentrándose en la avenida.

Harry no pudo dejar de observarla hasta que se perdió de vista. Pelirroja, de contextura media y tez blanca, parecía ser una gran conocida de la Sra. Figg, por la forma en que se despidieron. Algo evasivo a reconocerlo, pensó en la posibilidad de ir hasta su casa por la tarde y preguntarle quién era, de dónde la conocía. Pero lo veía poco viable; para eso tendría que preguntar a Tía Petunia si podía salir, y lo más probable es que evitara su mirada, como tantas veces, y regresara a sus quehaceres.

No era la primera vez que veía una escena parecida a las afueras de la casa de la Sra. Figg. Todo había comenzado hace apenas una semana,

donde hubo otro momento en que Harry ya no sabía si molestarse por aquel maldito silencio de los Dursleys, o echarse a reír. Había sido una mañana cálida y soleada, en la que en toda la casa no se escuchaba más que el murmullo monótono del televisor. Él masticaba su tostada en una esquina del comedor, cabizbajo, pero con un ojo puesto en cada movimiento de sus tíos. Vernon simulaba prestar atención a lo que sea que el canal estatal estuviera transmitiendo, hipnotizado, mientras Petunia seguía dándole vueltas a una cacerola humeante con un gran cucharón de madera. Dudley, a los pies de su padre, veía la pantalla con tanta o más devoción.

Ahí fue cuando llamaron a la puerta, en tres golpes secos y estridentes. El silencio que los rodeaba era tal que todos saltaron de sus asientos. Vernon llevó una mano a su pecho, recuperándose del susto, y Petunia fue a abrir.

- ¿Sí, diga?

Una mujer mayor, de unos sesenta años, y enfundada en un grisáceo traje de oficina, sonrió amablemente a tía Petunia. Llevaba su cabello semi canoso recogido en un moño discreto unos centímetros sobre la nuca, y unos gruesos anteojos ovalados en el tabique de su nariz. Levantó su brazo a la altura de su pecho, mostrando el maletín que cargaba.

- Buenos días, señora. Busco al joven Harry James Potter.

Harry tragó con fuerza su último trozo de tostada al oír su nombre. ¿Quién lo buscaría? Él no tenía tratos con muggles...

Petunia pestañeó un par de veces, para luego inclinarse, como si no hubiera oído bien.

- ¿Dijo "Harry Potter"?

La anciana asintió, tranquila.

- Mi nombre es Ruth Tonks. Soy la encargada de Admisiones del Centro de Seguridad San Bruto para Delincuentes Juveniles Incurables.

Esta vez fue Vernon quien se atragantó, aunque, a unos metros de distancia, Harry abría los ojos al máximo. Se levantó de un salto, con una agilidad casi imposible para un obeso como él. Se apresuró a la entrada, y estrechó la mano de la recién llegada con un repentino entusiasmo, empujándola hasta el recibidor.

- ¡Ya era hora de que vinieran! Estoy pidiendo por una vacante hace mucho.

- Lo sé, y lamento el atraso, pero es tanta la demanda... - Movié la cabeza y luego bajó sus lentes, escudriñando la casa tras Vernon - ¿Podría hablar con el posible interno?

- ¿Va a llevárselo? - preguntó Vernon sin preámbulos, demostrando un brillo de excitación en sus pequeños ojos de cerdito.

Ella sonrió.

- Primero debo llenar unos cuantos formularios. Entonces veremos...

- Nadie lo merece más, puedo confirmarlo yo mismo - recalcó, ya casi nervioso

- Lo he acogido en mi casa por seis años, y no sabe la de situac...

- Señor Dursley - lo interrumpió ella, muy calmada para la ocasión - Yo determinaré si el aludido merece o no estar en nuestra noble institución, ¿le parece?

Vernon refunfuñó, haciendo que tanto su papada como su bigote se agitaran, pero luego asintió. Entonces Petunia y él voltearon al mismo tiempo, fijando la mirada en el comedor. Dudley volteó con desgano acto seguido, y Harry suspiró. Se levantó sin que lo llamaran; de todas maneras sabía que no pronunciarían palabra. Con un gesto divertido, aunque intentó disimularlo, se acercó a la encargada.

- Pero pase, por favor - sugirió Petunia, diplomática, si bien ya la había tomado del brazo y obligado a sentarse en el comedor - ¿Puedo ofrecerle una taza de té? ¿Unos bollos?

- Oh, no, gracias. Debo irme en unos minutos.

- ¡Pero siempre hay tiempo para unos deliciosos bollos! - insistió Vernon, en un tono casi suplicante, al tiempo que Petunia ya había extendido un plato lleno de ellos frente a la anciana. Dudley se abalanzó de inmediato sobre ellos, pero Vernon lo tomó del suéter y lo tiró hacia atrás - Mientras, dígame dónde están esos formularios y comenzaré a firmarlos con gusto.

- No es necesario, Sr. Dursley. Aún no he determinado si el joven puede...

- ¡Tiene que aceptarlo! ¡Le pagaré!

La encargada curvó las cejas tras el comentario de Vernon, y se levantó bruscamente de su silla. Petunia se sobresaltó, dejando la taza de té sobre la mesa con el pulso acelerado. Harry debió morderse los labios para no soltar una carcajada.

- Si me disculpan, quisiera hablar con el joven Potter a solas. Debo analizar su estado actual. Somos muy estrictos para seleccionar a nuestros internos.

- Claro, claro... - murmuró Vernon, ahora totalmente dócil, viendo cómo aquella señora tomaba a Harry del hombro y lo sacaba de la casa hacia el antejardín.

Apenas la puerta se cerró tras ellos, los tres Dursleys corrieron al ventanal de la sala, asomándose tras una de las cortinas. No podían escuchar nada desde ahí, pero al menos podrían apreciar la conversación... aunque no por mucho. Convenientemente, la anciana caminó con Harry hasta uno de los grandes arbustos que adornaban la entrada del número 4 de Privet Drive. Vernon ya no los vería desde ahí.

Harry pudo, por fin, relajar los hombros.

- ¿Tonks...?

Nymphadora Tonks, la más joven y entusiasta recluta de la Orden del Fénix, cerró los ojos con fuerza. Arrugó los párpados, cerró sus puños, apretó los labios y, en un par de segundos, su rostro se volvió un material indefinido, como arcilla cruda. Su aspecto de anciana oficinista había desaparecido, cambiándolo por una túnica violeta, pantalones brillantes del mismo color, y una polera algo gastada que rezaba "Las Brujas de MacBeth". Su cabello, ahora corto y de puntas, había adquirido un alegre color verde claro. Harry pensó que, si se acercaba más al arbusto, se mimetizaría.

- ¿Acaso no soy una excelente actriz?

Harry le sonrió, mientras ella le guiñaba un ojo.

- Casi me lo creí. ¿Cómo supiste sobre San Bruto?

- Hey, no pasé cuatro años en la Academia de Aurores por nada. Saqué puntaje máximo en Tácticas de Espionaje Básico. También puedo decirte cuál fue el último negocio de tu tío Vernon, qué flores puso tu tía Petunia en la mesa del comedor... o cuál es el color de tu ropa interior.

- ¡Tonks! - exclamó Harry, entre aterrorizado y sonrojado. Ella rió con ganas.

- Calma, calma, sólo fue una broma. Pero lo de tus tíos era cierto, no hemos descuidado sus pasos. Ya sabes cómo es Moody. No hemos recibido quejas tuyas, pero decidimos que alguno de nosotros te vendría a visitar, para cerciorarnos de que todo está en orden. La Metamorfomagia suele ser muy útil en este tipo de casos... - Subió los hombros, acomodándose en su nuevo aspecto, y suspiró – Entonces, Harry, ¿Te han tratado bien? ¿No has tenido problemas?

- Estoy bien, este verano no ha sido tan espantoso como los otros - explicó él, rascándose la cabeza. Volteó ligeramente, asegurándose de que ninguno de los Dursley estuviera espiando más de lo necesario - Sólo se han dedicado a ignorarme, incluso más que antes. No tengo muchas novedades para ustedes en ese aspecto... pero creo que algo sucedió en la casa de la Sra. Figg. Salió muy temprano de su casa, hecha una furia. La vi desde mi ventana. Poco después regresó con Mundungus, regañándolo para variar. Quizá sucedió algo importante...

Tonks arrugó la frente.

- No, no lo creo. Remus ya me lo hubiera dicho - pensó hacia sí en voz alta, escudriñando con la mirada hacia donde comenzaba la calle Magnolia - ...pero iré a investigar de todas maneras. Aprovecharé que varios están cerca.

Harry alzó una ceja.

- ¿*Varios*? ¿Quiénes?

Ella le sonrió, elocuente, para luego inclinarse un poco hacia él.

- ¿No notas nada diferente en el barrio?

Harry volvió a hacer un gesto de confusión, pero le siguió la corriente y observó detenidamente el pedazo de calle que podía verse desde aquel rincón del antejardín. Y no, para él no había nada extraño. La Sra. Barts, del n°7, hablaba animadamente con el cartero a un lado de la reja. Un poco más allá, en el n°11, un repartidor de volantes dejaba un trozo de papel en el parabrisas del auto estacionado a la entrada. Antes, en el n°2, un...

Hey, esperen. ¿Cartero? Hoy es lunes, ¡y él no trabaja los lunes!

Entonces parpadeó. Volvió la vista hacia el susodicho, lo escudriñó con la mirada, y suprimió un sobresalto. Debidamente enfundado en el uniforme azul de la Compañía de Correos, Remus Lupin estrechaba la mano de la señora del n°7, para luego emprender camino calle abajo. Claro que, antes de volver la vista hacia el horizonte, Harry juró que le guiñaba un ojo a distancia.

- ¡Remus! - exclamó, entusiasmado pero en apenas un hilo de voz. No quería que los Dursleys pensarán que la idea de ir a San Bruto lo había llenado de fascinación.

Tonks volvió a sonreír.

- ...el de los volantes es Dedalus, quien hace el trabajo de Jardinería en la casa n°1 es Emmeline, y quien maneja el camión de basura los sábados es Kingsley. Todos han querido ayudar en algo.

Harry se sintió abrumado.

- No... no era necesario, Tonks, de verdad. No tenían que hacerlo por mí, yo estoy bien. Hay otras formas... - Apretó los labios y movió sus pies, incómodo - Apuesto a que Remus debe odiar ese uniforme.

- Nadie se ha quejado, Harry - le aseguró Tonks, calmada - Tú eres nuestra principal preocupación. Pero créeme, esto ha sido bastante divertido, sobre todo para Emmeline. Ha recibido una paga excelente, e incluso le dio tiempo para plantar un huerto de rosas en casa de Molly. Además, sólo venimos por aquí de vez en cuando, como un chequeo de rutina.

Harry no parecía convencido, pero se obligó a asentir.

- Gracias.

Tonks movió la cabeza.

- Gracias a ti, Harry. Esto de conocer más a los muggles ha sido muy interesante - Ambos voltearon para mirar a Dedalus, pero éste ya había doblado la esquina. Tonks hizo un gesto de apuro - Será mejor que me vaya. Cuídate, ¿sí? La amenaza de Moody sigue en pie: que estos odiosos tíos tuyos no se atrevan a tocarte un centímetro, porque no querrán conocer la furia de la Orden.

- Lo tendré en cuenta... *Ruth* - bromeó. Ella le sonrió de vuelta, revolviéndole el cabello.

- Es mejor que “Nimphadora”, ¿no?.

Harry no respondió, intrigado en el extraño arte que observaba. No entendía cómo podía cambiar de esa forma... tan rauda y abrupta. Su atuendo de joven extravagante había mutado bruscamente a un gris traje sastre, y su piel se había llenado de arrugas. Salieron tras del arbusto, volvió a guiñarle

un ojo a Harry, simuló estrecharle la mano con parsimonia - sólo por si algún Dursley estaba viéndolos - y cruzó la reja hasta perderse en el fondo de la calle.

- Al parecer no cumplí con todos los requisitos - explicó Harry a sus tíos minutos después, ya que ellos, como era de esperarse, morían por saber qué había sucedido pero se resistían a dirigirle la palabra. Él resolvió el dilema por ellos - Me avisarán de una nueva postulación el año que viene.

Hubiera dado lo que fuera por tener una cámara fotográfica a mano en aquel segundo. El rostro de Vernon era de tal desconsuelo, que bien podía asimilarse a las más empalagosas actuaciones que llenaban las telenovelas que a tía Petunia tanto le gustaban...

Algunos rasguños en la ventana volvieron a interrumpir sus recuerdos. Bajó la mirada y encontró a Hedwig, su lechuza, irguiendo el pecho y restregando sus alas, deseosa de entrar en la habitación. Harry le hizo un gesto con la cabeza y ella se posó tranquila sobre el escritorio. Tras unos sonidos guturales, dio algunos picotones de cariño en la palma de su dueño y mantuvo su pasividad hasta que Harry hubo quitado la carta anudada en su pata izquierda. Debía ser la respuesta de Ron: hace sólo unas horas Harry había enviado a Hedwig para preguntar cuándo vendrían por él.

Hace semanas que había tratado de comunicarse con la casa de los Weasley, pero no lo había logrado. Hedwig regresaba con la carta intacta, como si la hubieran obligado a volver. Ni siquiera había recibido una tarjeta de felicitación de Ron por su cumpleaños, y aquello le extrañó, sobre todo después de la sorpresa que sus amigos le habían dado. Prácticamente toda la AD se había acordado de él, y abarrotaron su mesa de noche con tarjetas de saludo. Hasta Cho le había escrito una pequeña nota... pero Ron, su mejor amigo, había brillado por su ausencia. Entonces volteó, mirando sobre su escritorio:

mostrando airosas sus contenidos, estaban las cartas de los miembros de la AD, de Hagrid (junto a varios bollos de azúcar que Harry prefirió no probar), de Remus (sencilla pero afectuosa) y la de Hermione, una de las últimas en llegar y, también sospechosamente, bastante más escueta de lo que hubiera esperado.

A Harry todo esto le tenía muy intrigado, pues comenzaba a pensar que algo malo le podría haber sucedido a los Weasleys. Entonces recordó el último número de “El Profeta” y se calmó; si algo extraño estuviera pasando, ya lo hubiera sabido. “El Profeta” jamás perdía la posibilidad de anunciar un buen chisme. Además, Tonks se lo hubiera mencionado. Entonces, e intentando dejar de lado aquella idea de fatalidad, pensó en las posibilidades que le quedaban. Ron siempre había tenido una correspondencia muy fluida con él, y sobre todo, contaba los segundos para que se reunieran en su casa. Pero este verano había sido distinto: Ron apenas había dado señales de vida, y lo peor de todo, no había dado indicios de querer invitarlo a la madriguera. ¿Estaría enfadado con él? No, no era posible; si así fuera ya lo sabría. Lo cierto es que Harry tenía una fuerte sospecha, después de todo, y no lo culpaba. Lo más seguro es que Ron no supiera cómo hablarle, cómo tratarlo luego de que lo de Sirius fuera tan reciente, y optaba simplemente por no escribirle. Encontrarse cara a cara con él quizá sería más incómodo aún. Y lo pensaba también para Hermione, Remus o Hagrid: ninguno de los tres le había preguntado nada sobre el asunto, y él lo prefería así. En el fondo, agradecía sus silencios.

En un último intento, hizo otra carta y envió nuevamente a Hedwig a casa de Ron, sin más esperanzas que las veces anteriores... sólo que ahora, varias horas después, ella estaba ahí, rebosante, visiblemente alegre por haber dejado, por fin, la nota en manos de su destinatario. Si bien es cierto que la vida de Harry en Privet Drive no había sido tan miserable este verano, sí estaba ansioso por ver nuevamente a sus amigos y regresar, como siempre, al

mundo al que realmente pertenecía. El silencio en aquel terreno muggle no lo ayudaba a superar su pena, aunque no estaba demasiado seguro de que Hogwarts fuera un mejor salvavidas.

Apartó algunos libros de su cama y se sentó, estirando el pequeño pedazo de papel ante sus ojos. La carta era breve, pero suficiente para saciar el nerviosismo de Harry:

“Querido Harry:

Perdón por no haberte escrito antes. ¡Feliz Cumpleaños! Esta noche iremos por ti. Mis padres han estado muy ocupados en sucesivas reuniones del Ministerio de Magia. Ya sabes, por todo esto de que el Señor Tenebroso ya regresó y hay que tomar medidas, pero Mamá me dijo que podría ir a buscarte hoy. Tengo muchas cosas que contarte, amigo. ¡Y ah! Ponte tu mejor ropa muggle. Ya te lo explicaré.

Ron“

Instintivamente pasó una mano por su rebelde cabello. ¿Por qué tenía que vestirse con su mejor ropa? Quizá el Señor Weasley tendría invitados a algunas personas del ministerio para cenar, y Ron querría que todos den una buena impresión. Entonces sonrió, satisfecho. Si este hubiera sido otro año, el nerviosismo de hacer un papelón lo habría hecho temblar, ya que la ropa usada y extra-grande de Dudley distaba mucho de ser un buen atuendo. Pero gracias a la conversación de algunos miembros de la Orden con los Dursleys meses atrás - siempre en un tono oportunamente amenazante - Harry no sólo logró un mejor trato dentro de la casa, sino además se atrevió a exigir algunas cosas, empezando por su guardarropa.

Abrió lentamente su armario y arqueó las cejas: al menos dos cajones con ropa muggle sin estrenar saltaban a la vista. Estiró su mano derecha

y tomó unos pantalones negros. Pensó un momento y luego sacó una camisa negra a rallas. Observó las dos prendas y sonrió de nuevo. Nunca antes se había preocupado tanto por su aspecto; últimamente pasaba mucho tiempo frente al espejo tratando de domar su cabello, lográndolo sólo a medias. Miró su reloj: las seis y media. No tardarían mucho en llegar. Dejó sus anteojos sobre la mesa de noche y comenzó a cambiarse, mientras pensaba qué eran todas esas cosas que su amigo tendría que contarle.

Pequeño Hangleton se había convertido, con el pasar de los últimos años, en un oscuro pueblo fantasma. La muerte de Frank Bryce y las innumerables historias tenebrosas que rondaron su deceso terminaron por ahogar el encanto del lugar, y lo abandonaron, por miedo o ignorancia, como una parada suprimida del camino. Aun cuando a unos pocos kilómetros había personas quejándose por las altas temperaturas, por las calles de este pueblo corría una brisa gélida que chocaba con las ventanas quebradas, y entre tanta desolación, los rumores de sangre y muerte no parecían tan fuera de lugar. No quedaba nadie; los últimos en marcharse probaron suerte en Londres, y otros, más reticentes a un viaje tan largo, se refugiaron en Gran Hangleton, la ciudad aledaña. El pueblo estaba sumido en un profundo silencio, triste y lúgubre... pero para los veinte moradores de la antigua mansión Riddle, aquello parecía más bien una bendición.

El aire frío del sótano se llenaba a ratos de ruido de capas. Aquellos encapuchados, misteriosos y siniestros, apenas respiraban bajo sus máscaras, unos por nerviosismo, otros por un recelo incontrolado. Sólo Peter Pettigrew, bajo, rollizo y prácticamente calvo, debía sonreír sí o sí hacia su amo.

Esquivando algunos muebles sucios y desgastados, llevaba una bandeja con dos tazas de té. Su nueva mano metálica era indestructible, firme y

de extraordinaria fuerza, pero carecía de sensibilidad, característica especialmente necesaria para este tipo de trabajos. Ya más de una vez había vuelto el té sobre un mortífago, o quebrado varios platos en la cocina. No controlaba bien su poder, no podía distinguir las texturas y pasaba varios minutos intentando colocarse su capa. Durante los últimos meses aquel regalo de Voldemort se había vuelto un fastidio, pero no podía ni chistar. Sería un gran deshonor, o peor que eso: quejarse sería un atrevimiento que el Señor Tenebroso no toleraría, ni menos en aquellos días en que las cosas no parecían ir muy bien para el “lado oscuro”.

Cerca del fuego recién encendido, Voldemort revolvía lentamente su taza de té. Reunidos junto a él, pero debidamente enfrascados en sus trajes mortuorios, Wolden McNair, Vincent Crabbe, Bellatrix Black Lestrangle, Antonin Dolohov, Gregory Goyle, Theodore Nott y aquel de apellido Avery esperaban nuevas instrucciones. De vez en cuando se agitaban inadvertidamente tras sus trajes. El rostro de su amo aún era irreconocible, escamoso, por lo que sus mascararas respectivas les servían de gran ayuda al tener que conversar con él. Así, al menos, no pecarían de descorteces.

Tras un breve siseo, Voldemort tomó un sorbo. Pettigrew y Crabbe, quien estaba a su lado, hicieron muecas de asco, pero intentaron que no se notara más de lo debido. Y antes de que cualquiera quisiera hacer el más mínimo comentario, la voz "serpenteada" del mago antes llamado Tom Riddle se escuchó, fuerte y decidida.

- ¿Tenemos noticias de los hermanos Lestrangle? - preguntó, pausado.

Theodore Nott se adelantó a sus compañeros, compartiendo miradas de aprobación antes de hablar.

- Rodolphus y Rabastan aún se encuentran en la misión que les encomendaste, mi Señor.

Los escasos cabellos en su cabeza se movieron en un pequeño temblor. Al parecer, Voldemort estaba asintiendo.

- ¿Y qué hay de nuestros desertores...? ¿Alguien fue tras aquellos que osaron olvidar mi nombre?

- Lucius Malfoy se encargará de eso, Señor - respondió Peter, un poco nervioso por tener que aportar su voz a la conversación, pero satisfecho por ser útil a su amo.

- ¿Hay algo más que debería saber?

Dolohov se inclinó hacia Voldemort, como pidiendo su permiso para acercarse. Su máscara permaneció quieta.

- La resistencia... Señor. La resistencia se reconstruye. Hasta las criaturas más bajas de la tierra manejan el rumor. Se están alineando, agrupando...

- También nosotros, ¿no? - se apresuró a agregar Goyle, con una pizca de titubeo. El Señor de las Tinieblas fijó la vista en su taza de té, sonriendo a medias. Dolohov y Goyle compartieron una mirada de extrañeza.

- Ignórenlos... son inofensivos. Que crean que se nos adelantan, que están planeando una buena ofensiva. Jamás sospecharán que han dejado de ser mi blanco.

Avery sonrió ampliamente tras su máscara grisácea, al tiempo que una figura pasara rápidamente junto a él.

- Si me lo permitiera, Señor - comenzó a decir Bellatrix, acercándose a Voldemort sin inmutarse, aun ante tal cercanía con su rostro negro y semi putrefacto - Hay un traidor al que quisiera atrapar personalmente. Si me dejara... Señor, si sólo confiara en mi proceder, le juro que lo traeré a sus pies, retorciéndose de dolor.

Voldemort hizo un gesto de sorpresa. Si bien el grueso de sus seguidores era de género masculino, últimamente quien parecía más encantada de estar nuevamente al servicio de las artes oscuras era Bellatrix, la flamante Sra. LeStrange. Y más que aturdirlo, para él simulaba un beneficio.

Con un leve movimiento de cabeza, la instó a salir del salón. Ella sonrió a medias y caminó hasta las escaleras.

- Cuando Lucius establezca contacto, avísame cuanto antes, Pettigrew. Hay algunas cosas que me quedan por hacer antes de... cazar mariposas...

Peter asintió en silencio, cabizbajo. Podía oler el temor, el odio en su respiración y en sus palabras. Esperaba sentir algún día la completa seguridad de que se encontraba en el bando correcto. Si no, asumiría la peor de las consecuencias... peor que la muerte que Sirius nunca alcanzó a propinar.

Capítulo dos

Música y Dementores

Con esfuerzo, y a través de la atenta mirada de los Dursleys, Harry empujaba su baúl escalera abajo. Lo arrastró hasta la puerta de entrada, colocó la jaula de Hedwig sobre él, y luego se frotó las manos. Los volúmenes de libros aumentaban cada año, lo que apuraba, quizá, la compra de un cofre más espacioso. Pero no todavía.

Aprovechó el lugar y el momento para observarse en el espejo del pasillo, chequeando que todo estuviera en orden. No se consideraba demasiado atractivo, pero lo cierto es que el pasar de los años habían puesto de su parte: Harry se había convertido en un interesante muchacho de 16 años, con muchas oportunidades por delante.

- *Duddykins*, querido, deja de golpear ese florero o lo quebrarás - murmuró tía Petunia desde la esquina opuesta de la cocina, dirigiendo la voz a su hijo pero vigilando atentamente, por el rabillo del ojo, los movimientos de Harry.

Dudley, sentado en un pequeño banquillo y con sus guantes de boxeo en el regazo, miraba a Harry desde el umbral del comedor. Rumiando una contestación para su madre, dejó el florero donde estaba, volteándolo un poco para que ella no advirtiera una profunda grieta reciente. Con los brazos cruzados a la altura del pecho, se mordía el labio inferior y fruncía el ceño constantemente, gesto que al parecer denotaba una intensa actividad en su pequeño cerebro. Harry era todo lo que él jamás sería: Alto, delgado, atractivo, famoso. Ninguno de sus amigos le escribía tan seguido como los suyos a Harry. De hecho, nunca había recibido una carta de nadie. Incluso el hecho de que Harry tuviera a una mujer como mejor amiga (refiriéndose a Hermione) le hacía temblar de envidia.

Tío Vernon notó en el rostro de Dudley algo de ese resentimiento y movió con desagrado su espeso bigote, mientras agitaba lentamente la carta de Ron en su mano. Se movía de un lado a otro por detrás del sofá de la sala, inquieto. Harry no le había preguntado nada: sólo se limitó a darle la carta para que supiera qué es lo que iba a suceder, pero nada más. Tuvo que deslizarla sobre la mesa pues, apenas apareció en la cocina, Vernon desvió la mirada hacia su periódico y se hundió en él, evadiendo a su sobrino con absurda notoriedad. Pero Harry no emitió sonido. Se encogió de hombros, dejó la carta a un lado de sus tostadas y volvió sobre sus pasos hasta las escaleras. Y Vernon, conteniéndose, guardó silencio hasta que lo escuchó cerrar la puerta de su habitación.

Había sido su nueva táctica este año: no insultarlo, no desafiarlo... no hablarle. Prefería aguantarse las ganas de gritarle antes de recibir la visita de aquel horrendo tipo del ojo giratorio, o de ese otro, ese loco pelirrojo de apellido Weasley. Giró la vista y observó la sala con detención. “No más lunáticos en mi casa” se dijo, refunfuñando otra vez bajo su bigote. Pero, contrario a lo que él hubiera esperado, Harry no parecía disgustado con aquel silencio; es más, daba la sensación de que lo disfrutaba. El hecho de hacer la vida de Harry algo más agradable perturbaba profundamente a Vernon, pero no echaría pie atrás. No le hablaría, nadie en su familia lo haría, y eso era todo.

Tía Petunia observaba todo tras el hombro de su marido, sin abrir la boca. Lo cierto es que no le preocupaba lo que él hiciera: sabía que Harry estaría bien allá, en Hogwarts, donde realmente pertenecía. Había pensado en la posibilidad de contarle algunas cosas, darle algunas pertenencias de Lily que aún residían en el sótano, pero no le hablaría de ella. Su hermana era un tema vedado en su casa... muy doloroso. Era cierto que últimamente Harry había estado muy melancólico, suspirando en los pasillos, y aquello le

preocupaba, pero no era suficiente razón como para traspasar una barrera de años y comenzar a tratarlo como su hijo. Vernon jamás se lo permitiría. Debían seguir con la rutina de siempre: miradas displicentes y ley de la indiferencia. Harry no podía sospechar.

- Entonces, ¿todo bien? - dijo Harry al voltear, sintiéndose repentinamente observado.

- Estos... hmm... estos amigos tuyos, ¿vendrán de nuevo por la chimenea? - preguntó Tía Petunia, algo agresiva, aunque en el fondo Harry sentía que sólo lo hacía para disimular frente a su marido. Durante el último mes había notado en su tía un cambio sustancial, un apego que sólo podía compararse con aquel que le profesaban sus amigos, pero no había querido pensar mucho en ello. No quería desilusionarse (una vez más) por culpa de una falsa impresión.

Tío Vernon se agitó al escuchar las palabras de su esposa. Giró sobre sus pies y le dirigió una mirada de apremio, enfadado quizá por tener la osadía de contradecir la regla de silencio que ellos mismos habían impuesto desde que Harry regresó de Hogwarts. Encogiéndose de hombros, e intentado parecer inocente, tía Petunia miró a Harry para escuchar lo que tuviera que decir.

- La verdad es que no lo sé - respondió Harry unos segundos después, sorprendido de que por fin le hablaran, al traer a su mente la escena de los Weasleys cayendo por la chimenea y estropeando la estufa eléctrica de Tío Vernon - Pero no creo que viajen por Polvos Flu. Supongo que todavía recuerdan lo que pasó la última vez.

Dudley, aún sentado tras la mesa de la cocina, abrió los ojos al máximo y se tapó la boca con las dos manos, cerrando los ojos. Recreó en su

mente aquel minuto en que su lengua fue tan grande como la alfombra de la entrada, y comenzó a sudar. Rezó porque los gemelos Weasleys no regresaran jamás a su casa, pero antes de que pudiera terminar aquella torpe y angustiante plegaria, alguien golpeó a la puerta. Sonriente pero algo nervioso, Harry corrió a abrir.

- Ron - dijo, y sin esperar respuesta, lo abrazó fraternalmente.

- A mí también me da gusto verte, Harry - exclamó Ron, respondiendo al abrazo y luego mirándolo de arriba a abajo - Vaya... Sí que tomaste mis palabras al pie de la letra. Te ves bien - comentó, señalando la ropa nueva de su amigo.

- Tú también te ves bien. ¿Puedes decirme cuál es la ocasión tan importante?

Ron sonrió a medias y volteó el rostro para que Harry intentara responderse él mismo. Ahí, aparcado junto a la reja del n°4 de Privet Drive, un auto muy similar al antiguo Ford Anglia, pero de color negro, esperaba por ellos. Y quien conducía parecía ser uno de los gemelos.

- Mamá y Papá han debido salir por un asunto urgente, aunque no quisieron decirnos nada - aclaró, arqueando una ceja - Nos han dejado a cargo de Fred y George. Le he dicho a mamá que es una locura, pero al parecer tenía cosas más importantes en qué pensar... - dijo, mirando por sobre el hombro de Harry. Los Dursley parecían muy interesados en su conversación, por lo que Ron bajó un poco la voz - Como imaginarás, el negocio de mis hermanos se ha convertido en una mina de oro. Ahora son unos grandes empresarios. Y no sé cómo pero acaban de cerrar un trato con un brujo que tiene una tienda o algo cerca de aquí... en terrenos muggles. Si mamá llega a enterarse, iremos a Hogwarts en un carro funerario - bromeó, más ensombrecido que entusiasmado, e hizo una

pausa para que Harry terminara de procesar la nueva información. Luego continuó - Deben ir a supervisar no sé qué nuevo invento, y como no pueden dejarnos solos en la madriguera, tendrán que llevarnos a todos. Por eso te pedí que te vistieras bien. Nos obligaron a todos a usar nuestros mejores atuendos - finalizó, suspirando algo incómodo.

-¿...en terrenos muggles? - repitió Harry, haciendo una mueca de reticencia.

- Sí, pero no te preocupes. Ya sabes cómo son mis hermanos... arriesgados, pero no tontos. Fred nos ha dicho que nos divertiremos, que ya es tiempo de que frecuentemos esos sitios porque ya no somos unos niños... Aunque no sé qué sitios son esos.

Harry arqueó las cejas ante ese comentario, pero intentó sonreír. Claramente Ron ya no era el niño que Harry conoció hace seis años: estaba mucho más alto (si acaso eso era posible) y su voz se había puesto tan ronca que era prácticamente irreconocible. Le agradaba saber que ya no eran niños, pero le asustaba pensar en las múltiples responsabilidades que tendría ahora, ya como adulto.

Volvió sobre sus pasos y tomó la jaula de Hedwig, la cual pasó oportunamente a Ron para luego tomar un lado de su pesado baúl. Echó una mirada a los Dursleys, quienes lo observaban desde la cocina sin decir una palabra, y movió una de sus manos. Dudley había vuelto a golpear el jarrón de la sala.

- Adiós, hasta el próximo verano - se despidió, y al no recibir nada como respuesta, se encogió de hombros y cerró la puerta tras de sí. Ron lo miró como pidiendo una explicación - Supongo que tienen miedo hasta de hablarme, luego de que Lupin los amenazara en junio pasado - contestó, y Ron asintió. Pero en

ese instante la puerta volvió a abrirse, dejando ver la cara enjuta y rosácea de Tía Petunia.

- ¡Harry, espera! - gritó, corriendo con una pequeña bolsa de papel en su mano derecha. Harry se detuvo justo antes de abrir la reja, sorprendido - Toma, olvidaste las verduras de Hedwig. Ehhmmm... que tengas un buen año escolar.

Harry demoró varios segundos en comprobar que no era una ilusión aquella bolsa que Tía Petunia le extendía con tanta amabilidad, con tanta cortesía que comenzó a asustarlo. De pronto creyó que estaba metido en uno de esos extraños programas muggle, que de un momento a otro aparecería un tipo entre los matorrales y le diría: “¡Cámara escondida!”. Pero no, nada pasó. Tía Petunia seguía sonriéndole, nerviosa, mientras Ron ponía cara de interrogación.

- ¡Petunia, qué haces! - gritó Tío Vernon desde la puerta de entrada, arrugando sus pequeños ojos en un gesto de histeria - ¡Te dije que estaba prohibido hablarle!

Tía Petunia bajó la mirada un momento, dejando la bolsa de papel sobre el baúl de Harry.

- ¡Voy, Vernon, querido! - gritó, al tiempo que volvía a sonreír a Harry sin que su marido lo notase y regresaba sobre sus pasos hacia la casa.

- Gracias Tía Petunia - habló Harry mientras ella se alejaba, inseguro sobre cómo debía actuar ante tan insólita muestra de afecto - Te deseo un buen año también.

Petunia agradeció las buenas intenciones y entró rápidamente a la casa, cerrando la puerta tras de sí. Unos segundos después se escucharon

nuevos gritos de Tío Vernon, y, por primera vez, Harry sintió lástima de Tía Petunia. En el fondo, deseaba que ella estuviera bien. Incluso, descabelladamente, pensó en que quizá le escribiría. Aunque no sabía si merecía tanto.

Ron le dirigió una mirada de apremio y pronto estaban acarreando sus cosas hacia el auto. No sabía si comentar algo sobre lo que había visto; sabía que los tíos de Harry eran extraños, agresivos, descorteses e incluso algunas veces un poco crueles, pero lo que acababa de ver salía olímpicamente de esos parámetros. Quería decir algo al respecto, pero como Harry no daba indicios de querer hablar de ello, él también calló.

George bajó del auto para ayudarles a cargar las cosas en el maletero. Harry le estrechó la mano y observó atentamente su atuendo. Vestía un impecable traje negro, y su mirada traducía lo bien que les había ido, a él y a su hermano, en su negocio de bromas. Harry se alegró mucho por ellos, sin dejar de comentar su próximo destino.

- ¿Es cierto que un brujo es dueño de una tienda muggle?

- Mmm... no es exactamente una tienda... pero sí, así es - contestó George, arreglando la solapa de su chaqueta - Fred y los demás ya están allá. Nos están esperando.

Harry asintió levemente, al tiempo que Ron abría la puerta del copiloto.

- Sé que suena extraño, pero ya tengo curiosidad por conocer ese lugar. Lo pasaremos bien, ya verás.

Pasarlo bien... qué extraño y lejano sonaba para Harry aquel sentimiento, pero intentó despejar su mente y así poner de su parte. Los

Weasley hacían constantemente un gran esfuerzo por acogerlo y hacerlo sentir querido... tenía que retribuir aquello de alguna forma. Y, sin perder más tiempo, subieron al auto. Harry dirigió una última mirada hacia la casa de los Dursleys, y se sintió confusamente triste. Comenzaba a pensar que hubiera preferido haber visto más seguido aquella extraña pero confortable actitud de Tía Petunia... pero no podía pedir tanto. Mientras, sonrió débilmente al pensar en la cena. Esperaba que Dudley se atragantara con su jamón serrano.

Un gran galpón con un sugerente letrero luminoso fue lo primero que vio Harry al bajar del auto. Al menos una docena de personas se agolpaban para entrar, todos adolescentes. A simple vista parecía la típica entrada de una discoteque londinense, pero Harry dudaba que Fred y George hubieran cambiado sus bromas por luces y pistas de baile. Se sintió algo aturdido, pero repentinamente feliz... nunca había estado en un lugar así. Incluso, raudamente, pensó en la posibilidad de bailar. “Pensándolo bien, quizás no” se dijo, recordando un pequeño detalle. Él no bailaba, no sabía hacerlo y no le agradaba practicarlo, por lo que seguiría con esa filosofía hasta que alguna urgencia o situación extrema (como ser amenazado con la maldición *Cruciatius*, por ejemplo) lo obligara a lo contrario.

- Vamos - convino George, caminando hacia la entrada. Ron y Harry lo siguieron de cerca.

Un hombre grande y corpulento, que recordaba por tamaño a Hagrid, custodiaba la entrada selectiva a aquel lugar. Tenía una pequeña lista en sus manos, buscando y tachando a las personas que entraban y salían. George se coló olímpicamente entre la multitud y se paró frente al tipo con una

suerte de superioridad en su tono de voz. Carraspeó un par de veces para que éste notara su presencia.

- Ejem... George Weasley - dijo, y el tipo lo miró con cara de pocos amigos. Buscó su nombre en la lista y volvió la mirada, sin inmutarse. Dio dos golpes a la puerta continua y ésta se abrió, dejando escapar los fuertes murmullos y la música estridente del lugar.

- Adelante - dijo, y George asintió. Hizo un gesto para que Ron y Harry lo siguieran, y los tres cruzaron la puerta, caminando escaleras abajo.

Harry imaginaba algo parecido a lo que vio. Una gran pista de baile al centro, el bar a un costado y un sitio de mesas justo en la esquina opuesta, todo levemente iluminado por varias luces de colores que giraban desde algún punto del techo. Había visto sitios similares en algunas revistas que la Sra. Figg guardaba bajo la mesita del teléfono, o en el noticiero, cuando el hecho más importante del día había sido la noche de juerga de algún miembro de la realeza... pero jamás creyó que él, el insano-descarriado-rebelde allegado de los Dursley, pisaría algún día uno de esos lugares. Además - y era lo más importante de todo - no podía entender cómo un mago estaba a cargo de un sitio muggle, aunque pensó que quizá no le gustaría saber la respuesta.

El lugar estaba medianamente lleno, y George suspiró de satisfacción, estirando su chaqueta.

- Nada mal, ¿no? - dijo, y Ron sonrió. Pareciera estar disfrutando su primera salida - Vamos a buscar a los demás.

Terminaron de bajar por la estrecha escalera y caminaron lentamente hacia el bar, admirando a la multitud que bailaba y conversaba

animadamente. Los rostros tanto de Harry como de Ron parecían absurdamente pasmados, como si fueran dos niños pequeños visitando el zoológico por primera vez.

- Hola Harry - saludó Ginny de repente, bajándolo de la nube.

Ginny y Hermione estaban sentadas, una al lado de la otra, cerca de la barra. Hermione no parecía demasiado feliz; estaba absorta en el vaso frente a ella y suspiraba fuerte y profundo, como si acabaran de darle la noticia de la muerte de algún familiar. Cuando notó que Harry y Ron se acercaban, cambió su gesto triste a uno de cuasi espanto.

- Oh, hola Ginny - respondió Harry, algo aturdido por la reacción de Hermione, sentándose en uno de los banquillos del bar.

- Hola Harry... ho-ho-hola Ron - balbuceó Hermione, y Harry habría jurado que se sonrojó al saludar a su amigo. Volteó para ver si él también lo había notado, pero se encontró con una escena parecida: Ron enrojecía lenta pero notoriamente, con la vista hacia el suelo, como si nada importara más en el mundo que la alfombrilla a los pies de la barra.

- Los dos se ven muy bien - comentó Ginny, sutilmente divertida. Miró hacia ambos lados, hacia Hermione y luego hacia Ron, y sonrió - Bueno Harry, ¿Qué te parece el lugar? - comenzó a decir, intentando suavizar el repentino ambiente tenso que se creó - Mamá nos matará si se entera de que estuvimos aquí - recordó, pero más que preocupada parecía entusiasmada, siguiendo el ánimo de los gemelos.

- Está... supongo que está muy bien - respondió, inseguro - Jamás había estado en un lugar así.

- Yo tampoco, pero gracias a mis hermanitos podremos venir muy seguido - dijo, y George levantó su copa hacia ella, tomando un sorbo. Junto a la copa de George había dos cervezas de mantequilla, y Harry saltó hacia atrás, mirándolo con terror. Luego se le acercó con sigilo.

- ¿También hay cervezas de mantequilla en el mundo muggle? - susurró, sorprendido.

George sonrió ampliamente.

- Desde hoy, sí - contestó, pasando las botellas hacia él y Ron, quien se encogió de hombros.

- ¿Pero... cómo? ¿No los meterá en problemas? - preguntó, arrugando la frente.

- Nos hemos instruido muy bien en el asunto, Harry, no te preocupes - dijo, acentuando algunas palabras como si estuviera dirigiéndose al mismísimo Ministro de Magia - Hablé con doña Rosmerta, la dueña de Las Tres Escobas, y me dijo que la elaboración de la cerveza de mantequilla no le pertenecía a nadie en especial. Se ha hecho tan popular que ahora cualquiera podía tener su propia fábrica. Además, el mundo muggle saca tantos productos nuevos al comercio como si los amenazara una avalancha. Cuando prueben la “Cerveza Mágica” (Así la nombramos), Fred y yo tendremos tanto dinero como para comprar el castillo de Hogwarts...

- ...o para regalarle unas largas vacaciones a Mamá - intervino Ron, y George le guiñó el ojo, cómplice.

Harry no tuvo más remedio que sonreír. No estaba convencido de qué tan inofensivos podían ser sus negocios con muggles, pero no quiso

preocuparse demasiado. Chocó su botella con Ron, tal como un brindis, y tomaron un gran sorbo. Entonces Ron, luego de mirar fugazmente a Hermione y evitando su mirada tan rápido como le fue posible, frunció el ceño hacia su hermana.

- Y hablando del Rey de Roma... ¿Dónde está Fred? - preguntó, y Ginny se movió en su asiento.

- Hace media hora que no sale de la pista - dijo, apuntando hacia la derecha - Está bailando con Stella, sólo para presumir - sonrió, y Hermione hizo eco de ésta, aunque tibiamente.

Como luego de aquel comentario todos volvieron a sus conversaciones anteriores, Harry los observó con un gesto de interrogación. Parecía ser el único que se había perdido en los detalles.

- ¿Quién es Stella?

Ron terminó de tragar su cerveza de mantequilla y miró a Harry como si hubiera olvidado algo muy importante.

- Pues esa era una de las cosas que tenía que contarte, amigo - dijo, dejando su botella sobre la barra - Stella llegó a la madriguera hace dos semanas. Va a estar con nosotros en el sexto curso de Hogwarts.

- Viene de algún lugar de América... no sé cuál exactamente, pero lo importante es que es nueva en Hogwarts y hay que integrarla. Es lo que nos ha repetido Mamá incansablemente - dijo Ginny, entornando los ojos.

George asintió ante el comentario, sonriente. Luego se apoyó sobre la mesa, llamó al tipo tras la barra y, luego de decirle algo al oído, volvió a su posición original.

- Es muy inteligente y divertida. En realidad ha sido muy agradable tenerla en casa - continuó Ron, dando un nuevo sorbo a su cerveza.

Harry asintió levemente, girando su mirada hacia la pista para ver si podía distinguir a Fred y Stella entre la gente. Lamentablemente el sitio estaba casi lleno y era imposible ubicarlos.

- ¿Fred está saliendo con ella?

Al unísono, George y Ron escupieron lo que sea que estaban en proceso de tragar, mientras Ginny y Hermione reían como si hubieran escuchado un chiste excelente.

- ¿Estás loco? - respondió Ron, divertido, tomando un par de servilletas de la barra para limpiarse - Stella es... es como mi hermana...

Los demás asintieron como si aquella información fuera prácticamente obvia. Harry no supo cómo reaccionar, salvo encogerse de hombros, algo avergonzado. Nunca terminaba de enterarse de las cosas, sobre todo si tenían que ver con magia.

- Se quedará con nosotros hasta mañana. Cuando vayamos al Callejón Diagon a comprar nuestros libros, su madre irá a buscarla allá. Al parecer estaba en un viaje importante y por eso no pudo llevarla.

Harry volvió a dirigir su mirada hacia la multitud, por si Fred y Stella aparecían, pero era tanta la gente que se movía incesantemente al compás de la música que era imposible distinguir sus siluetas. Además, las luces tenues del lugar no ayudaban demasiado.

A su lado, Ron tomaba su último sorbo de cerveza, preso - según Harry - de un nerviosismo incontrolable. Suspiró, levantó la vista y estiró su camisa. Sólo le faltó persignarse. Sin siquiera reparar en la mirada perpleja de Harry, caminó sigiloso por un costado y se acercó, casi temblando, hacia donde estaba Hermione, conversando animadamente con Ginny.

- Ahh... ehmmm... - comenzó, tartamudo, e intentó evitar la mirada risible de Ginny - ¿P-Podemos.... es decir... p-podemos hablar un m-momento?

Hermione evitó un segundo los ojos de Ron, asustada, como si en lugar de sugerirle una conversación él hubiera dicho: “Hermione, acabas de reprobado todos los exámenes”. Se mordió el labio inferior y suspiró. Luego volvió su rostro hacia él, sonriendo a medias.

- Está bien.

Harry alzó una ceja, más confundido que antes, pero sonrió ante la escena. No se lo hubiera esperado. ¿Qué había sucedido entre sus dos mejores amigos? Nuevamente, todos parecían muy enterados de las novedades, menos él. George intercambió una mirada más que elocuente con Ginny, alzando sus bebidas y brindando por algo que sólo murmuraron, tan bajito que Harry no lo pudo oír. Pero él no deseaba quedarse con la duda. Cualquier cosa que involucrara a Ron o Hermione era de su directa incumbencia, o al menos así lo creía. Entonces se sentó junto a Ginny y se inclinó con el ceño fruncido, como si exigiera una explicación. Estaba a punto de pedirle que le relatara todos los detalles que desconocía, pero...

Justo en ese momento, el grito desesperado de una mujer proveniente de la entrada, irrumpió en el lugar. Todo se sumergió en un espeso silencio, y de un segundo a otro, las luces comenzaron a parpadear como si la fuente estuviera fallando. Pronto la música dejó de sonar, dando paso a un cuchicheo general, asustados, preocupados. Todas las miradas se dirigían hacia la escalera, todos querían saber qué había pasado...

Entonces la cicatriz de Harry comenzó a arder. Hizo una mueca de dolor y se llevó una mano hacia su frente, gesto que sus amigos no pudieron dejar de notar. Intercambiaron una mirada de pánico; la cicatriz de Harry había resultado ser un buen radar de peligro en otras ocasiones. George, tragando saliva, les advirtió que se mantuvieran donde estaban.

- Yo iré a ver - murmuró y, camino a las escaleras, Harry lo tomó del brazo, adelantándose.

- Iré contigo - dijo, tajante - Si es quien tememos que es, necesitarás mi ayuda.

En el fondo, George sabía que Harry tenía razón, así que asintió, temeroso, y subieron juntos. Harry apenas lograba divisar la salida... Las luces eran muy tenues, y la escalera era tan estrecha que tropezaban al andar. No quería preocuparse más de lo necesario, pero de un segundo a otro su corazón se llenó de miedo. No estaba preparado para enfrentarse a Voldemort. No ahí, no con tantos muggles alrededor, no así de indefenso. No sin su varita.

Al llegar a la puerta, una docena de personas se reunía en torno a un cuerpo caído cerca de la calle. Había policías en todas partes, el tráfico estaba suspendido en casi toda el área colindante y la entrada al lugar había sido bloqueada por una gruesa banda amarilla que decía 'NO PASAR'. Como pudieron, Harry y George pasaron sobre ella, se escabulleron entre algunos

transeúntes y se acercaron con sigilo. Harry estudió su entorno: Todas las personas tenían una expresión de asco y horror en sus rostros, intentaban protegerse con sus abrigos como si hiciera un frío insoportable, y nadie distaba de una verdosa palidez. Además, el cielo parecía haberse fundido en un negro profundo, gélido, sin dar paso ni a las estrellas ni a la luna. Entonces volvió el rostro hacia el pequeño grupo de peritos, elevó la vista sobre ellos, y lo vio: el cuerpo inerte de una mujer, con el peinado revuelto y el rostro calavérico, marcado con un elocuente gesto de pánico en él.

- Fue instantáneo - explicó un tipo de gorra, inclinado sobre el cuerpo, a otro que esperaba instrucciones a su derecha - Un infarto, al parecer.

Harry cerró los ojos y apretó los puños. No, no había sido un infarto. Estaba seguro. Uno o más Dementores acababan de estar ahí. Pero lo más seguro de todo: no venían por el alma de aquella mujer. Lo buscaban a él.

George lo miró, nervioso. Harry asintió; ambos habían llegado internamente a la misma conclusión. ¿Por qué habían mandado Dementores otra vez? ¿Estaría Dolores Umbridge, o quizá el Ministerio, detrás de esto? Sin poder concentrarse bien, sintió una mano en su hombro.

- No pueden estar aquí - habló uno de los uniformados, quien parecía tan asustado como el propio cadáver - Vuelvan adentro.

George asintió, tomó el brazo de Harry y corrieron hacia la entrada, pero no pudieron bajar las escaleras ya que, en dirección contraria, cientos de personas intentaban salir del club con premura. George y Harry se hicieron a un lado - antes de que la multitud lo hiciera primero - mientras buscaban a los demás entre la gente. Harry, nervioso, creyó ver el cabello de Hermione, y sin pensarlo demasiado la siguió. Pronto Ron se unió a ellos, y

apenas el Ford Anglia negro estuvo en marcha en mitad de la calle, subieron a él.

Desde la ventanilla, Harry veía la expresión de las personas al pasar junto al cadáver. ¿Qué podía haber sido tan horrible... tan espantoso como para provocar una muerte de esa naturaleza? Pero nadie se detenía a pensar; simplemente volvían la vista hacia el frente y se apresuraban hacia sus respectivos automóviles. “Los muggles no están preparados para enfrentarse a un Dementor” concluyó Harry, trayendo a su mente el recuerdo de Dudley, estupefacto y aterrado, desmayándose sólo con sentir la cercanía de un guardia de Azkabán. Hermione y Ron no intercambiaron palabras, pero Harry podía suponer que en sus cabezas trazaban las mismas ideas.

- Papá vendrá por nosotros en un segundo - dijo Fred repentinamente, sobresaltándolos, al tiempo que su rostro aparecía por la ventana del copiloto - Yo lo esperaré junto con Ginny y Stella. Los veré en casa.

George hizo un gesto de entendimiento, volteó hacia los asientos traseros para asegurarse que Harry y los demás estuvieran bien, y puso el pie en el acelerador, produciendo un fuerte sonido que retumbó en cada ventana del vecindario. Como era de esperarse, los gemelos se sentían muy culpables por lo sucedido: habían arriesgado la vida de todos... por nada que valiera realmente la pena. Era un buen negocio, pero quizá debían replantear sus prioridades. George pensó en su madre y se agito fuertemente a causa de un escalofrío. Antes de poder seguir con su tienda de bromas, tendrían que desenterrarlos, pues Molly haría con ellos - estaban seguros - unas bonitas lápidas en el huerto de la madriguera.

Harry no podía dejar de pensar en lo que había sucedido: la sirena de una ambulancia lejana le recordaba segundo a segundo que un

muggle inocente acababa de morir. Muerto por su culpa. ¿Por qué ahora? Sólo habían muerto muggles cuando Voldemort había impuesto su tiranía del terror. ¿Acaso estaba comenzando, en el silencio de los bandos, la segunda guerra?

Capítulo tres

El regreso de la Armada Dumbledore

“¡¡¡Un club muggle, un club muggle!!!” había gritado Molly anoche, notoriamente exaltada, mientras Arthur se paseaba de un lado a otro demostrando preocupación, pero no tanta severidad como su esposa. Molly sermoneó a los gemelos durante una hora por haber llevado a todos a ese lugar, describiéndoles y repitiéndoles sin cansancio los peligros que habían corrido. “¡No me digan que llevaron sus varitas!” les preguntó, nerviosa, y ellos no contestaron. Aquello sólo significaba lo peor. Prosiguió con un extenso discurso sobre el desvelo que les había causado a su padre y a ella, pero ya pasadas algunas horas, abrazó a los gemelos con tanta fuerza que casi los parte en dos. “No soportaría perderlos” confesó al fin, y ellos la entendieron, prometiéndole que jamás volverían a ese lugar. Bueno... no con los otros, al menos.

Un fuerte rayo de sol despertó a Harry la mañana siguiente. Seguía algo contrariado por la situación de la noche pasada, sin contar que Sirius había vuelto a visitarlo, como de costumbre, en sus sueños. Le dolía la cabeza y no sabía si sentir miedo u odio. Entre el recuerdo de la muerte de su padrino y el reciente ataque Dementor no podía discernir prioridades. Su cabeza estaba hecha un lío.

Sin buscar sus lentes, se apoyó en el respaldo de la cama y admiró la belleza del prado desde la ventana de la habitación. El día estaba hermoso. Nada parecía indicar que un par de abominables criaturas habían estado muy cerca de él horas antes...

- ¡Levántense ya! Siempre al último, ¿no Ron?

La Sra. Weasley acababa de aparecer en ese instante tras la puerta. Su rostro se arrugaba en una expresión de apuro, y respiró sólo para hacer de su grito algo más amenazante.

- Ronald Weasley, te lo advierto. Vístete ya o sufrirás las consecuencias.

La puerta se cerró de repente y tras eso Ron saltó de la cama, como si quisiera alejarse de una pesadilla. Harry ni siquiera emitió comentario y se vistió, siguiendo unos minutos después a Ron escaleras abajo.

- ¿Dónde están todos? - preguntó Ron, viendo que la sala y el comedor estaban vacíos.

- Se levantaron temprano, como debe ser, y fueron al Callejón Diagon. Ustedes son los últimos... - los regañó la Sra. Weasley, poniendo sus manos en las caderas y arrugando la frente - Me parece que ya no tienen tiempo de desayunar. Tomen - Sacó el pequeño macetero a un lado de la chimenea y acercó con su brazo a Harry - Toma querido, usen los polvos Flu para llegar. Vamos, no demoren.

Mientras Ron intentaba comer algo deprisa, la Sra. Weasley preguntó a Harry cómo se sentía. Él no supo bien qué responder, pero ella le aseguró que Dumbledore ya había puesto a muchas personas a investigar el ataque de anoche, así que todo saldría bien. Aún no tenían pruebas de que los agresores fueran realmente Dementores, pero sí llegaba a corroborarse, el Ministerio se enteraría.

En un par de segundos los dos ya estaban en camino. Tosiendo y con algo de ceniza en sus capas, el impulso los arrastró desde la chimenea hasta un descascarado mostrador de madera. Era, al parecer, una tienda de animales,

pues Ron ahogó un grito de espanto al notar un enorme lobo disecado que le mostraba las garras. El encargado sintió el golpe tras él, pero ni siquiera se inmutó. Apenas los miró de reojo. “Ya debe estar acostumbrado a ver salir personas de su chimenea” pensó Harry, corriendo tras Ron hasta la salida.

Sin intercambiar demasiadas palabras, caminaron hasta Flourish & Blotts, donde de seguro encontrarían a los demás, pero en el camino se detuvieron ante la tienda de los gemelos.

Harry abrió la boca de asombro: jamás creyó que vería algo así. Una impecable vitrina con contornos de madera anunciaba los productos más solicitados, todos con sus respectivas muestras en platillos dispuestos en hileras ordenadas. Arriba, un letrero luminoso (como los de neón, sólo que hecho con magia) vociferaba: “Sortilegios Weasley: Si no lo tenemos, ¡lo inventamos!”, y en la otra esquina, destacaba un pequeño buzón que decía “Sugerencias”. Tal como rezaba su eslogan, la gente podía pedir determinadas bromas o dulces si los gemelos no lo tenían entre su inventario.

- ¿No podían caer más bajo, no Weasley?

Era la última persona a la que Ron deseaba oír. Draco Malfoy, vestido con un atuendo completamente negro, donde destacaba su insignia de Slytherin, dirigió una mirada irónica hacia la tienda de Fred y George.

- Desaparece, Malfoy - gruñó Ron entre dientes, al tiempo que Harry intentaba controlarlo. Estaba dispuesto a saltar sobre él en cualquier segundo.

- “Sortilegios Weasley”... ¿Es que no les basta con el ridículo de tu padre persiguiendo muggles?

Ron estaba a punto de lanzarle sus peores insultos, pero Harry lo detuvo.

- ¿Y el tuyo, Malfoy? ¿Dónde está tu padre? Seguro que debe estar pasando unas grandiosas vacaciones en Azkabán...

El silencio provocado fue espeso. Draco, congelado, cambió bruscamente su expresión burlesca por una de sorpresa y asco. Harry alzó una ceja, esperando alguna respuesta, pero antes de que Draco pudiera pensar en algo convincente qué decir, un grupo de Slytherin al final de la avenida lo llamó a viva voz. Draco volteó, les hizo un gesto con la mano, y luego clavó los ojos en Ron.

- Ya nos veremos - dijo, contrariado, y se alejó tan rápido como llegó.

Ron y Harry sonrieron, satisfechos. Giraron sobre sus pies y volvieron a admirar la tienda. Les parecía genial, no importaba lo que Draco pudiera decir. Pensaron en contarle lo sucedido a los gemelos, pero no había ninguna luz dentro; posiblemente se hayan retrasado en abrir. Pensando en que los encontrarían en Flourish & Blotts, fueron hasta allá.

El pasillo de piedra estaba lleno de estudiantes acompañados por sus padres y hermanos en busca de nuevos útiles. En la esquina encontraron un grupo particularmente ruidoso; pegando sus narices a la vitrina, admiraban, embobados, la nueva Nimbus 2004. Harry abrió la boca, pero no encontró un adjetivo que calzara con lo que estaba viendo. Era una escoba realmente maravillosa, de mango suave y brillante, y de astillas rectas para mejor deslizamiento. Tenía, claramente, cientos de cualidades más, pero era tanta la gente abarrotada frente al letrero que fue imposible acercarse. Por otro lado, no había tiempo. Ron le hizo un gesto para que avanzaran; los demás los estarían esperando.

El aspecto de la librería no distaba demasiado de las otras tiendas del Callejón Diagon; había tanta gente entrando y saliendo que muchos preferían simplemente sentarse a un lado de la acera y esperar, quietos, a que el movimiento cesara para poder comprar. Ron y Harry se escabulleron entre un par de familias a la entrada, y encontraron un lugar para erguirse cerca de las rejillas donde guardaban los últimos ejemplares de “El monstruoso libro de los Monstruos”. Ron intentó mantenerse a distancia, pero una de aquellas inquietas piezas de literatura alcanzó a tomar el borde de su pantalón, arrancándole un pedazo. Ron gruñó, para luego suspirar, enojado. No tenía dinero para comprar otro par de pantalones, pero Harry le aseguró que le regalaría unos. Si quería, podía tomarlo como un presente adelantado de navidad.

Alzaron la vista, aflojaron un poco sus túnicas (apenas se podía respirar entre tanta muchedumbre) y divisaron a Hermione, muy cerca de sus padres y conversando animadamente con Ginny. Llevaba un pesado libro en sus manos y buscaba algo cerca de una estantería. Ron tragó saliva; la miró fijamente, como si debatiera internamente entre acercarse o huir lo antes posible, pero pronto movió la cabeza. Comenzó a caminar hacia ella, pero Harry, aunque iba tras su amigo, se detuvo. Una silueta cerca de él lo atrajo fugazmente.

Volteó el rostro y divisó a una joven, aunque no pudo observarla detalladamente pues había mucha gente cerca de él y no lo dejaban ver. Al parecer traía muchos libros en sus manos, y caminaba con dificultad por un pasillo estrecho. Harry comenzó a acercársele, caminando entre los clientes, y entonces tuvo una extraña corazonada. No, nada tenía que ver con su cicatriz. Era otro tipo de alarma... algo más cercano a los sentidos humanos que a las consecuencias de la magia...

Sin que ella lo notara, uno de los encargados de la tienda ordenaba libros en las estanterías más altas, pero no con demasiada agilidad.

Además, la escalera en la que estaba erguido comenzaba a tambalear y Harry adivinó que se caería en cualquier momento. Y así, tan rápido que no alcanzó ni a respirar, corrió hasta ella y la empujó hacia un lado, justo al tiempo en que la vieja escalera caía estrepitosamente al suelo.

Harry escuchó a lo lejos un grito colectivo. Lo que antes había sido un murmullo incesante, ahora se fundía en silencio. Tenía el pulso acelerado, pero intentó cerciorarse de que todos estuvieran bien. El encargado había alcanzado a saltar y no había sufrido ningún daño, aunque ganó una fuerte reprimenda de una señora mayor, quien lo golpeó con su bolso de mano por no fijarse en lo que hacía. Algunos rieron ante la situación, y así Harry aprovechó para mirar a su lado... a la persona que había protegido. Una muchacha delgada, de pelo anaranjado y ojos profundamente azules, clavaba la mirada en él. Harry se sintió ruborizar, por lo que bajó los ojos hacia el suelo y comenzó a recoger los libros desparramados en la alfombra.

Al tomar un libro gordo, con tapa de terciopelo, se topó con la mano de ella en la misma dirección. Sus ojos se encontraron de nuevo, y entonces ella sonrió.

- Gracias - murmuró, y Harry sólo atinó a sonreír torpemente. La ayudó a levantarse y entonces Ron y Hermione irrumpieron en la escena.

- ¡¿Están bien?! - exclamó Hermione, acercándose con rapidez. Ron intentaba calmar su ansiedad revisando a su amigo de arriba a abajo.

- Sí, estoy bien. Es una suerte que Harry Potter siempre esté cerca cuando se le necesita - dijo ella, mirando nuevamente a Harry, mientras él apretaba los labios, avergonzado, como diciendo "no fue nada". Entonces Ron relajó los hombros.

- Bueno, vaya forma de conocerse. Harry, ella es Stella, Stella Maris.

Ella, que no había quitado los ojos de encima a Harry, estiró su mano, sonriendo abiertamente. Harry la estrechó, sonriendo de vuelta, pensando en que ella ya lo había reconocido. Cómo no, si había sido portada de El Profeta varias veces, y no siempre por situaciones agradables...

Se miraron fijamente un segundo, pero la voz de Hermione no tardó en interrumpir.

- Stella, tu madre te espera en el recibidor. Quiere hablar contigo - le dijo, y Stella, al oír las primeras palabras, dio un pequeño salto, como si la hubieran despertado de pronto de un sueño profundo.

- Está bien. Fue un placer conocerte, Harry - finalizó, sonriendo por cortesía, atrayendo sus libros fuertemente contra su pecho y desapareciendo luego entre la multitud del lugar. Harry la siguió con la vista hasta que la perdió, mientras Ron sonreía perspicaz a su lado.

El encargado que había caído de la escalera se acercó de pronto a Harry. Era un hombre extremadamente delgado, de aspecto hosco, pómulos sobresalientes y barba frondosa. Le sonrió débilmente, mientras sacudía su delantal.

- ¿Usted es amigo de la señorita?

Harry no supo qué responder, pero el tipo no parecía querer esperar réplica.

- Dígale que el libro que buscaba no está aquí, pero sé donde conseguirlo. Lo tendré el mes que viene.

Harry asintió, algo confundido, al tiempo que el encargado giraba sobre sus pies y desaparecía tras la última estantería. Y sin darle tiempo para pensar, oyó tras él una voz familiar.

- ¡Buenos Días, Weasleys! - gritó Arthur, entusiasmado tras abrir la puerta, y un segundo después varias cabezas rojizas esparcidas por la tienda respondían un eufórico “¡Buenos Días, Papá!”. Harry frunció el ceño al notar que Stella, unos pasos lejos de su madre y escondiéndose tras una señora gorda y extravagante, también se unía al saludo. El Sr. Weasley se acercó a ellos, abrazó a Ginny, revolvió el cabello de Ron y, sonriendo como solo un padre lo hace, miró a Stella y le guiñó un ojo. Ninguno de los demás pareció oponerse; es más, la Sra. Weasley parecía encantada.

Entonces volteó, mientras daba su maletín a su esposa.

- ¡Harry! - dijo, dando unos pasos hacia él y estrechando su mano. Le susurró que el ataque de anoche estaba siendo investigado, que lo mantendría al tanto de los detalles, pero antes de terminar su última frase divisó a dos altos pelirrojos en una esquina - ¡Ah! Ahí están mis empresarios favoritos... - dijo, apuntando hacia Fred y George, quienes vestían unas lujosas túnicas de seda verde y hablaban animadamente con algunos adultos. Sin mucho preámbulo, los gemelos abrazaron a su padre, mientras él los admiraba con orgullo - Véanse nada más. Les ha ido bien, ¿no? - Ambos asintieron, estirando la base de sus capas. Él les dio unas palmadas en sus mejillas, felicitándolos, y luego regresó la vista hacia el resto de la familia. Draco, en tanto, los observaba con odio desde uno de los pisos superiores.

Sin que los demás lo notaran, la Sra. Weasley hizo un gesto a su marido, como señalando a sus espaldas, y el Sr. Weasley pareció entender. Arqueó las cejas, suspiró, y se dirigió con paso firme hacia donde se

encontraban Stella y su madre, algo ajenas a lo que sucedía a su alrededor. A juzgar por sus rostros, parecían enfrascadas en una acalorada discusión.

Arthur Weasley se acercó lo más que pudo, se quitó el sombrero e hizo una pequeña reverencia ante ellas. Stella sonrió ampliamente, pero su madre no demostró demasiada gratitud. Sólo se limitó a hacer un gesto de mínima cortesía, y al tiempo que el Sr. Weasley volvía a colocar su sombrero sobre su cabeza, Stella dio unos pasos hacia atrás, dejándolo solo con su madre. Ella era una mujer esbelta, enfundada en una túnica de color azul cielo y de cabellos dorados que brillaban con cada movimiento. Su rostro era algo pálido pero de facciones suaves, donde destacaban sus ojos, redondos y celestes, los mismos que evidentemente Stella había heredado. Si no fuera por su aspecto sombrío y la eterna mueca de disgusto en sus labios, Harry la habría encontrado muy atractiva... Y bueno, Stella no se quedaba atrás.

- Ehmm... Harry, ¿podrías ayudarme?

Stella había caminado hasta él con un monte de libros, algunos muy pesados los cuales amenazaban con caer al piso en cualquier momento. Harry dio un salto cuando la vio y, ruborizado por su aparición justo cuando estaba pensando en ella, reaccionó lo más pronto que pudo, aligerando su carga. Mientras Stella bajaba la mirada, divertida por el rostro de Harry, él no pudo dejar de notar la tensa conversación entre el Sr. Weasley y la Sra. Maris.

- ¿Sucedo algo malo? - preguntó, apuntando hacia los dos adultos, y Stella suspiró algo incómoda, como si no estuviera segura sobre si debía hablar o no. Pero cuando quiso pronunciar una palabra, Hermione, Ron y Ginny aparecieron por una esquina. Hermione traía un ejemplar de El Profeta en su mano derecha.

- El ataque de ayer salió en portada, obviamente - comenzó a decir, mientras mostraba a todos una de las páginas anteriores - Dicen que no pueden asegurar que hayan sido Dementores, pero que como Tú-sabes-quién ya regresó, hay que estar alertas.

- Es lo más sensato - opinó Stella, muy confiada. Harry la miró fijo - Por fin el Ministerio ha decidido con prudencia qué posición tomar.

Ginny alzó una ceja, no muy segura de aquello, pero finalmente asintió.

- Me conformo con que no envíe a otro “inquisidor” este curso.

- No soportaría otro año de lectura silenciosa - agregó Ron, y todos se mostraron de acuerdo - ...aunque tampoco estoy dispuesto a soportar otra clase de Snape, pero supongo que no tengo alternativa - bromeó, y Ginny rió bajito.

Stella le dirigió una mirada de regaño, pero sonrió luego.

- Es muy importante para una buena defensa el que tomemos en serio las clases de Pociones, Ron, así como la de Transformaciones, Encantamientos... ahmm...

- pensó un momento - ¿Quién es el profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras en Hogwarts?

Todos se miraron, mezclando confusión y vergüenza. Harry tomó la palabra.

- Esa es una buena pregunta... - dijo, arrugando la nariz - Por distintas circunstancias, hemos tenido uno distinto cada año... y rezando porque no vuelva Umbridge, me parece que estrenaremos nuevo profesor en una semana.

Stella recibió la información casi anonadada, pero luego se encogió de hombros.

- Bueno, espero que sea alguien calificado. Siempre ha sido mi asignatura favorita - y añadió, orgullosa - Quiero ser una Auror.

Harry abrió los ojos como platos. Estuvo a punto de decir “yo también” cuando Hermione se le adelantó.

- Será una opción cada vez más común en los tiempos que vienen. Con una guerra encima, todos querrán participar, pero bien preparados y armados...

- ...aunque dicen que es muy difícil entrar a la Academia de Auroras - acotó Ginny, arrugando la frente - McGonagall me dijo que necesitas calificaciones muy altas en todas las asignaturas, además de pasar un examen preliminar donde ven tus aptitudes de Defensa.

- Nadie dijo que ser Auror fuera algo fácil - respondió Stella, enseriando su tono de voz. Bajó la mirada, como si recordara algún episodio amargo - Pelear por lo que uno cree nunca ha sido sencillo...

Hermione y Harry compartieron una mirada de confusión, y aunque ella intentaría preguntarle algo al respecto, pronto escucharon la voz del Sr. Weasley.

- Bien muchachos, hemos terminado. Molly tiene todas sus cosas.

Todos asintieron. Stella miró hacia atrás, donde su madre la esperaba, y suspiró. Ginny y Ron se acercaron para despedirse, y aun cuando el Sr. Weasley hizo un extraño ademán, como advirtiéndoles que no se acercaran demasiado, igualmente la abrazaron fuerte, diciéndole que la verían muy pronto, en Hogwarts. Realmente parecía que les apenaba tener que separarse... Hermione también se despidió con afecto, y cuando le tocó el turno a Harry, no pudo moverse. Es decir, quería despedirse, decirle algo amable al igual que los otros, pero no le salían las palabras de la boca. Stella lo miraba divertida, como

instándolo a que dijera eso que intentaba decir. Al ver que Harry seguía algo trabado, Hermione lo tomó de un brazo, sonrió forzadamente hacia Stella y lo llevó a la salida, a donde ya habían caminado los demás.

Harry se detuvo un momento en la puerta. Se golpeó en la frente por ser tan estúpido, y luego giró su rostro para ver si podía enmendar el papelón que había hecho. No obstante, prefirió quedarse quieto, a fin de escuchar las palabras del Sr. Weasley al despedirse de Stella.

- Stella, querida, te deseo mucha suerte. Ya sabes que Molly y yo estaremos atentos a tus cartas, no olvides escribirnos seguido - Titubeó, pero Stella le sonrió. Lo abrazó fuerte, y él le dio unas palmadas en la espalda - No estarás sola... Ron y Ginny se encargarán de hacerte sentir como en casa. De verdad te deseo mucha suerte. - Alzó un momento la vista y divisó a la Sra. Maris, quien se aproximaba lentamente hacia ellos. No queriendo quedarse más de lo necesario, le besó en la frente y le sonrió, caminando con rapidez hasta la salida, donde se encontró con Harry. Ambos salieron.

- Cuidala, Harry - pidió el Sr. Weasley, mientras caminaban por el Callejón Diagon de regreso a la madriguera. Él asintió, pero sin entender a cabalidad sus palabras. Algo muy misterioso rodeaba a Stella, y él, principalmente él, estaba ansioso por descubrirlo.

La última noche que Harry pasó en la madriguera, el ambiente pesaba por una extraña tensión, sentimiento bastante ajeno a la tranquilidad y alegría que había reinado casi todo el verano. El Sr. Weasley iba de un lado a otro muy preocupado, enviando y recibiendo lechuzas, y jamás se despegaba de la ventana. Además, no dejaba que nadie se sentara frente a la chimenea, sólo

por si alguien aparecía y quería hablar con él. De vez en cuando dirigía una mirada furtiva hacia Harry, como si quisiera decirle algo, pero pronto sacudía la cabeza y volvía la vista sobre su pergamino.

Ron sólo se encogía de hombros. Presentían que todo aquello podía tener que ver con Lord Voldemort, con la resistencia y la batalla que se avecinaba, pero El Profeta no decía nada al respecto, ni menos el Sr. y la Sra. Weasley. Harry estaba seguro de haber visto unas letras extrañas en el último mensaje que arribó, como si pertenecieran a otro lenguaje, pero no se atrevió a comentarlo. Quizá era un asunto secreto del Ministerio, o de la misma Orden del Fénix. “Si es algo importante, ya nos enteraremos” concluyó Hermione, serenándolos, y así todos dejaron de pensar en ello.

A la mañana siguiente, mientras bajaba la escalera para ir a desayunar, un débil destello plateado llamó la atención de Harry. Frunció el ceño, se arrodilló ante una grieta bajo el pasamanos, y encontró entre la madera una cinta de seda, quizá aquellas que las niñas usan para tomarse el cabello. Era increíblemente suave, de un blanco brillante y estampada con pequeñas mariposas plateadas. No supo por qué pero, al sentirla entre sus dedos, sonrió. Una agradable sensación lo embargó, a pesar de que no pudo describirla bien. Se incorporó, guardando la cinta en su bolsillo, y bajó hasta la cocina con un extraño sentimiento de bienestar. Al entrar, vio a todos inclinados ante la mesa, peleándose la última tostada con mantequilla.

Harry tomó el asiento vacío a un lado de Ginny, y la Sra. Weasley lo divisó por sobre el hombro de Fred.

- Buenos días, Harry, querido - exclamó, desplegando su usual sonrisa maternal
- Vamos, desayuna ya que se les hace tarde.

Ron y Hermione comían en silencio, cada uno en esquinas opuestas. Mantenían sus miradas en sus respectivos platos de cereal, confusamente nerviosos, como si no supieran por qué estaban ahí, situación que a Harry le pareció más que sospechosa. Fred y George, a la cabecera, discutían algunos de sus nuevos inventos y los colores de sus envoltorios, siempre bajo la atenta vigilancia de su madre. De vez en cuando les dirigía una mirada de desconfianza, pues a pesar de que ya estaba resignada a la idea de su tienda de bromas, nunca dejaba de controlar sus andanzas. Los gemelos no escatimaban en accidentes o riesgos mortales, así que mientras más tiempo pasaba con ellos, más pendiente estaba de sus conversaciones.

Ginny, por su parte, los escuchaba con interés. Tenía una relación muy estrecha con sus hermanos, situación que aprovechaba para dar sus puntos de vista y algunas ideas para bromas nuevas. De hecho, ella misma se había encargado de asesorarlos en cuanto al diseño de la tienda y su decoración.

- Miren, ya sé cuál es la solución - dijo Ginny, levantando sus manos. Los gemelos la miraron con interés - Es muy simple. Así los clientes no se confundirán: para el caramelo de 'sangre-nariz' usen el envoltorio rojo, y para el nougat de 'vómito-instantáneo', el envoltorio azul. Tu cara se pone algo azul cuando estás muy enfermo, ¿no?

George suspiró de satisfacción.

- Ginny, eres un genio. Recuérdame comprarte algo costoso para navidad.

Molly hizo un sonido de disgusto, llevando sus manos a su cintura. Los gemelos sonrieron inocentemente, se levantaron acto seguido y llevaron con sincronización sus platos vacíos al fregadero. Cualquier cosa antes de un regaño.

- George, Fred... ¿Llevarán a los niños a la estación, verdad? - preguntó de pronto el Sr. Weasley, con la mirada perdida desde su posición sobre el sofá, mientras los demás intercambiaron un gesto de desaprobación. Ron dejó de masticar su avena.

- Yo no veo niños aquí, papá - respondió Fred, dirigiendo a Ginny una mirada cómplice, y los demás asintieron. Arthur se levantó.

- Eh... sí, lo siento - dijo, en un tono de absoluta somnolencia - ¿Los llevarás entonces?

- Sí, claro - respondió - Aún tenemos el auto de Mutang. No debemos devolverlo hasta mañana.

- ¿El auto de quien? - preguntó Harry.

Fred tragó saliva. Su madre volvió a mirarlo con desafío, y no le quedó más que hablar.

- De Mutang... el dueño del lugar que conociste - aclaró George, frunciendo el ceño como quien fuera a recibir un golpe en mitad de la cabeza. Miró con sigilo a su padre, luego a Fred, y sonrió, fingidamente inocente - Es parte de nuestro trato.

Harry de seguro quería saber más, pero no le dio el tiempo para seguir con las preguntas. Sobresaltándolo, el ruido frenético de un par de alas llenó la habitación. Molly dejó caer el sartén que tenía entre las manos, sacudió su delantal y corrió hacia la ventana. Arthur, tan nervioso como lo había estado los últimos días, saltó del sillón y se reunió con su esposa, escudriñando el horizonte. Entonces, en un par de segundos, la silueta se hizo visible, tanto que la tuvieron bajo sus narices sin previo aviso. Era una lechuza, grande como

Hedwig pero de un gris oscuro, levemente tosca. Cuando Arthur se acercó a desatar el mensaje, ni siquiera ululó: se paró, estática, hasta que entendió que era el momento de partir. Harry no recordaba haber visto una mensajera tan apática...

Molly volteó entonces hacia el resto. Con un sutil movimiento de cabeza, los apremió a todos para que regresaran a sus habitaciones. De seguro el Sr. Weasley no quería compartir aquel mensaje con nadie.

- Querida, no es necesario - habló Arthur, a tiempo para denotar el gesto de su esposa - El mensaje no es para mí - dijo, aunque algo decepcionado. Entonces caminó hasta el comedor, extendiendo su brazo - Es para Hermione.

Hermione apretó los labios, recibiendo la carta de manos del Sr. Weasley. No estaba sorprendida ni nada; sólo algo nerviosa. Dobló el mensaje en dos partes, lo guardó en su bolsillo e intentó aparentar que nada había pasado, volviendo la vista hacia su plato vacío.

Ginny alzó una ceja.

- ¿No vas a ver quién te la envía?

Hermione negó, dirigiendo una suplicante mirada fugaz hacia Ron.

- Yo... ya sé de quién es - respondió el pelirrojo - R-Reconocí a la lechuza.

Movió la cabeza hacia la ventana, elocuente, desde donde aún se podía apreciar la lejana presencia del ave. Al ver que el resto interrogaba a Hermione con la mirada, Ron volvió a hablar.

- Viktor Krum - dijo de repente, y Hermione no tuvo más remedio que asentir.

Sin querer convertirse en la atracción lastimera de sus amigos, Ron se incorporó de su asiento, tomó una manzana de la bandeja y abandonó el lugar, silencioso, camino a su habitación. Harry y Ginny compartieron una mirada dolorosa, pero no se atrevieron a hacer comentario.

- Aún te escribes con el tipo de Drumstrang, ¿no? - preguntó Fred, algo irritado. Hermione parecía a punto de llorar.

- ¡Sólo es un amigo!

- Pero Ron no piensa igual - inquirió George, siguiendo el tono de su hermano. Sin decir nada más, también subieron a sus habitaciones. Ginny corrió tras ellos.

De pronto Harry se sintió pesadamente observado. Lo más probable es que Hermione estuviera esperando también un regaño de su parte pero, e incapaz de razonar correctamente en este tipo de situaciones, atinó sólo a encogerse de hombros. Ella asintió; suspirando profundo, tomó su tostada a medio comer y la tiró en su plato de cereales. Luego tomó otro par de platos sucios y los llevó al fregadero. Prefería ayudar a la Sra. Weasley con los trastos que seguir rumiando la reprimenda de sus amigos.

Harry, como era de esperarse, sentía que Ron tenía todo el derecho a enfadarse, pero no quería ser brusco con su amiga. Pensaría alguna forma de lograr que hicieran las paces... aunque, por ahora, había algo que consideraba más urgente. Arreglando sus gafas, clavó la mirada en la sala contigua, iluminada débilmente por los rayos de sol que se colaban entre los árboles. No estaba seguro de hacer lo correcto, pero su curiosidad, por el momento, era más poderosa.

- Sé que quizá no debo meterme, pero...

Harry había caminado lentamente hacia el Sr. Weasley quien, sentado nuevamente en su sillón preferido, miraba hacia el horizonte como si esperara con ansias noticias de alguien. Para su mala suerte, no había rastros de su lechuza Errol.

- ¿Decías, Harry? - contestó Arthur, volviendo su rostro hacia él. Parecía cansado, muy cansado, pero no había perdido su temple habitual.

- ¿Pasa algo malo? - preguntó Harry.

- No, Harry, no - respondió, no demasiado seguro, pero tranquilo - Al menos no aún. Pero créeme que apenas el campo esté despejado para hablar, tú serás el primero en saber.

Asintió. El Sr. Weasley mantuvo la mirada, lo que le dio a entender a Harry que ahí terminaba la conversación. Asintió de nuevo, volvió sobre sus pasos y subió la escalera a grandes zancadas. ¿Acaso Voldemort había aparecido, y nadie quería decírselo? Prefería pensar que no. Aunque mientras más se acercaba el comienzo de año, más evidente era la posibilidad de nuevos y más grandes peligros.

Después que ya todos habían pasado la barrera del andén 9 y $\frac{3}{4}$, caminaron con sus baúles hasta el compartimento de carga. Un señor enfundado en un impecable uniforme azul marino y con el logotipo del colegio bordado en su gorra los recibió, al tiempo que Ron regañaba a Pigwidgeon por ser tan escandalosa. No bien el tipo había tomado la jaula, la pequeña lechuza

comenzó a revolotear histérica, como si jamás hubiera viajado en el Expreso de Hogwarts. Ron le gritó un par de veces pero terminó por resignarse. Sonrió avergonzado hacia el funcionario y se marchó con los otros, no sin antes aconsejarle que pusiera algún tipo de paño de tela sobre la jaula. Eso quizá la tranquilizaría.

Como todos los años, el andén estaba repleto de gente. Estudiantes de distintos años, padres y amigos, incluso algunos niños vestidos con ropa muggle corriendo por el pasillo. Los adultos hablaban en grupos, con rostros que reflejaban seriedad pero también algo de euforia, como si estuvieran tramando una revolución. Y en el fondo Harry sabía que no estaba muy lejos de aquello; había llegado el momento de actuar, de hacer planes, de encontrar aliados. Porque en algún lugar del planeta Lord Voldemort estaría haciendo lo mismo, y ellos no podían quedarse atrás.

Al despedirse de Fred y George, ellos les dieron a cada uno una bolsa repleta de dulces para el camino, aunque la de Hermione era visiblemente más pequeña que la de los demás. Pero ella no dio signos de quejarse. Ginny les agradeció con un abrazo, pero Ron alzó una ceja, suspicaz, escudriñando su bolsa respectiva. George sonrió.

- Lo único peligroso ahí adentro son los dulces de Bertie Botts. Si te comes uno con sabor a brócoli no será mi responsabilidad... - bromeó Fred.

- Nos veremos más pronto de lo que creen - dijo George, guiñándole un ojo a Ginny.

Ella le devolvió la mirada, escéptica, pero conociéndolos, de seguro algo extraño tenían planeado para regresar a Hogwarts. Ella y Hermione se despidieron luego de los gemelos, y subieron al tren para

encontrar alguna cabina vacía. Ron y Harry iban tras ellas cuando Fred tomó la túnica de Ron.

- ¡Hey! A dónde vas tan rápido, hermanito - Tiró de él tan repentinamente que Ron por poco cae de bruces sobre la plataforma. Al incorporarse, George le sacudió un poco la capa y le dirigió una sonrisa elocuente - Te tenemos un regalo - dijo, y del interior de su túnica de seda sacó un paquete mediano - Ahora no nos digas nada. Ya tendremos tiempo de conversar.

- Pórtate bien, Ronnie. Persigue a Peeves en nuestra memoria...

Volvieron a guiñarle el ojo y se despidieron de Harry con un gesto, haciendo luego un pequeño chasquido con los dedos y desapareciendo frente a sus ojos. Ron no sabía qué decir pero, al mirar fijamente su regalo, una luz de satisfacción llenó su cara. Enterró las uñas en el paquete casi con apremio, desgarrando el papel. Abrió la boca de sorpresa, pasando luego a una gran sonrisa mientras extendía hacia sí su obsequio: una elegante túnica de gala azul marino con bordes plateados.

Ron la enseñó a Harry con entusiasmo, y él sólo se limitó a asentir. Regresó la vista hacia donde los gemelos habían desaparecido, como si quisiera que volvieran por un par de segundos más. Quería agradecerles por cumplir su palabra, luego de aquella promesa en ese mismo andén dos años atrás, mientras recibían el dinero del premio del Torneo de los Tres Magos. Pero pronto Ron le hizo volver a tierra: el silbato había sonado y si no subían pronto se quedarían sin asiento.

Corrieron por el pasillo y, como no sabían dónde estaban Ginny y Hermione, tocaron la puerta de cada cabina. Ron se adelantó un poco para buscar al final del vagón y Harry, al levantar el puño para golpear la sexta puerta, escuchó una voz grave y seca salir del interior. Se escuchaba el

movimiento de varias personas en sus asientos, cuchicheando, riendo, pasando hojas de un libro. Y entre el murmullo, el tono de Malfoy dirigiéndose a alguien, en voz baja.

- ... y luego, una carta anónima me advirtió que tuviera cuidado. No podemos fiarnos de ella. No explicaba exactamente de qué se trataba, pero decía que era un fenómeno. Ha pasado de escuela en escuela... no tiene buena reputación. Y si es así, dudo mucho que quede en Slytherin.

Una voz chillona y desagradable ahogó a medias una risita estridente. Harry escuchaba atentamente tras la puerta, y al tiempo que comenzaba a pensar a quién se refería Draco, alguien tocó su espalda. Giró sobre sus pies rápidamente, sorprendido, y vio ante sí una cara familiar.

- No creerás lo que él dice, ¿verdad?

Con un bolso de mano, Stella Maris miraba a Harry de reojo. Era como si no quisiera verlo a los ojos. Se mordía el labio inferior, de alguna forma esperando que Harry pasara junto a ella y la ignorara.

- ¿Hablaban de ti? - preguntó Harry, desconcertado. Se apartaron un poco de la puerta, para que los estudiantes de Slytherin no los escucharan - ¿A qué se refería Malfoy?

Stella suspiró.

- Sólo no le creas, ¿está bien? Júzgame tú mismo.

La petición de Stella retumbó fuerte en sus oídos. ¿Qué quería decir eso? ¿Qué es lo que había que juzgar? Abrió la boca para volver a preguntar, pero antes de emitir algún sonido la voz de Ron se escuchó a sus

espaldas. Ya había encontrado a Ginny y Hermione. Stella desvió nuevamente la mirada y caminó por el pasillo. Harry la siguió un momento después, y al encontrarse frente a la cabina, arqueó las cejas.

Sólo veía cabezas. Eran tantas las personas arrojadas en la estrecha cabina - alrededor de veinte - que sus cuerpos parecían fusionados. Divisó a Seamus, Dean, Hannah, Neville, Luna, Anthony, Zacharias, Collin, Susan, Dennis... pero no sólo eran rostros conocidos, no sólo eran sus amigos. Ciertamente no se trataba de una reunión casual. Como una especie de chispa, pudo notar la conexión un segundo antes de que alguien hablara.

- La Armada Dumbledore, reportándose - sonrió Hermione, al tiempo que Seamus y Dean asentían con la cabeza. Harry arregló la montura de sus lentes, sorprendido, pues no esperaba encontrarlos ahí. Recorrió con la mirada el resto de la cabina: ni rastros de Cho y su desagradable amiga Marietta. En lugar de apenarse, ni se inmutó.

- Hola a todos - saludó Harry, alegre.

Ginny suspiró hondo y tomó fuerzas para hablar, directamente al grano.

- Sabemos que las cosas han vuelto a la normalidad, pero no por eso vamos a dejar las clases privadas, ¿verdad? - inquirió Ginny, casi como una súplica - Pueden ser un excelente complemento a las clases regulares. Además... - arrugó la nariz, pesimista - no sabemos qué zopenco de profesor nos tocará este año.

Todos asintieron, de acuerdo con las palabras de Ginny. Era como si llevaran todo el camino planeando qué le dirían a Harry cuando lo vieran, cómo lo convencerían.

- ¿Están seguros de que eso es lo que quieren? - preguntó Harry, luego de sentarse incómodamente entre Ernie McMillan y Neville - Quizá ya no es tan necesario.

- Lord Voldemort ha regresado, Harry. Cualquier iniciativa para extremar nuestra defensa y solventar nuestra fuerza, será bien recibida.

Stella pronunció la última palabra con serenidad y todos volvieron sus rostros hacia ella. Más de uno se estremeció al oír aquel nombre. La miraban de arriba a abajo, como si recién se percataran de que alguien desconocido estaba entre ellos. Además, había tenido el coraje suficiente para nombrar al “innombrable”. Sólo Ron, Hermione y Ginny le sonrieron de vuelta.

- ¿Y tú eres...? - preguntó Zacharias Smith, con cara de pocos amigos.

- Mi nombre es Stella, Stella Maris - dijo, hablando hacia todos - Soy nueva en Hogwarts.

Nadie dijo nada. Luna, quien estaba a su lado, la miraba con curiosidad. Estuvo a punto de decir algo, pero se arrepintió. Quizá no era el momento. Harry miró a Stella y sintió su incomodidad, por lo que no demoró en retomar la conversación.

- Está bien, pensaré lo de las clases - dijo, sonriendo, y la mayoría comenzó a aplaudir. Hermione los regañó de inmediato, diciendo que no fueran tan eufóricos o los descubrirían. Cuando todos se hubieron callado, Harry prosiguió. - Cuando veamos nuestros horarios elegiremos el mejor momento para reunirnos y hablar sobre el tema, siempre en la habitación que todos conocemos, y... - alzó la vista - Stella, si quieres, puedes venir.

Ella le sonrió, profundamente agradecida, pero no todos parecían estar de acuerdo.

- ¿Cómo sabemos que ella no está del otro lado? - dijo Seamus, y Ron le dirigió una mirada de odio.

- Nosotros hemos pasado el verano con ella. Claro que está de nuestro lado – le aseguró, en un tono molesto.

- Ron... - comenzó a decir Stella, y él se calló, confundido - Tienen razón en mostrarse desconfiados. No estamos en tiempos de paz, ¿o sí? Si quieren, puedo someterme a una especie de tiempo de prueba. Ustedes decidirán.

Hubo algunos murmullos por lo bajo, pero la mayoría se mostró conforme. Harry le sonrió, pero no fue capaz de mantener su mirada por mucho tiempo. Hermione dio por zanjada la discusión, e intentó cambiar de tema, mutando rápidamente su rostro desde la alegría a la cuasi desesperación.

- ¡¿Alguno de ustedes recibió el resultado de los TIMOS?! Esperé y revisé acuciosamente mi correo todo el verano... ¡y ni una sola nota de Hogwarts! - preguntó, con un deje de histeria en su voz.

Todos negaron con la cabeza, y aunque algunos compartieron un par de comentarios nerviosos, ninguno parecía tan preocupado (o interesado) como Hermione en desentrañar el misterio.

- Quizá han tenido algún problema con los resultados. De seguro lo sabremos cuando llegemos, Hermione - respondió Harry, sin darle demasiada importancia al asunto.

Ella asintió, algo perdida, y luego abrió los ojos como platos, asustada.

- ¿Y si llegáramos y nos dijeran que hay que rendir todos los exámenes de nuevo? ¡¡No he vuelto a leer la última clase de Historia de la Magia en seis días!!

Su grito debió escucharse hasta el final del pasillo. Moviéndose ágilmente hasta su mochila, a pesar de estar bastante apretada entre Ginny y Luna, sacó un libro y se sumergió en él. Ron miró a todos como diciendo “no-la contradigan-o-se-enfurecerá”, para luego retar a Harry a un partido de ajedrez mágico en el coche-comedor. Él aceptó, encantado de salir de aquel sofocante cubículo, y al levantarse giró nuevamente su rostro hacia Stella, al final de la cabina. Parecía extrañamente nerviosa, y miraba con melancolía a través de la ventana. Harry creyó que estaba a punto de llorar. Y entonces las palabras de Draco resonaron en su cabeza: “No se puede confiar en ella”. Pero, ¿acaso confiaba él en Malfoy?

La miró por última vez y cerró la puerta de vidrio ahumado tras de sí. Ella lo había dicho: estaría a prueba. Esperaba no defraudarse.

Capítulo cuatro

Duelo de Patronus

Cuando el Expreso de Hogwarts arribó en la estación de Hogsmeade, la enorme silueta de Hagrid apareció a contraluz desde el final del andén, abriéndose paso entre la niebla espesa que cubría el lugar. Corría un viento gélido, anunciando que quizá este sería el invierno más crudo que esa región de Inglaterra hubiera sufrido jamás. Hagrid, fuertemente asido a su abrigo de pieles, saludó a Harry con la mano y gritó que se acercara.

- ¿Qué tal tu verano, Harry? - carraspeó, quitándose el pelo de la cara con una mano, y con la otra palmoteando a Harry en la mejilla.

- No tan mal - respondió, y luego divisó un grupo de niños, asustados y con mucho frío, intentando protegerse entre ellos - Hagrid, creo que deberías ir ya con los de primero. Parecen aterrados.

- Ah... sí - dijo, mirando sobre el hombro de Harry - Ya veo. Bien, me voy - concluyó, pero no se movió ni un centímetro. Daba la sensación de que buscaba a alguien entre la multitud.

- ¿Pasa algo? - preguntó Harry, y su amigo semigigante se estremeció, como si Harry hubiera dicho algo prohibido.

- Nada, nada - respondió, nervioso, y al tiempo que le daba a Harry una palmada en la espalda, volvía sobre sus pasos en camino hacia los de primero.

No quiso tomar demasiado en serio el extraño comportamiento de Hagrid. Quizá sólo estaba nervioso por el comienzo de año, porque ahora

estaban en guerra, porque era tiempo de actuar. Levantó la cabeza por sobre las personas que intentaban protegerse del viento con sus túnicas, y pudo distinguir tres cabezas rojizas mientras corrían hacia uno de los carruajes. Rápidamente concluyó quienes eran, y corrió hasta ellos. Llegó a la puerta unos segundos antes de que cerraran, con la nariz y las orejas coloradas por el frío, y se dejó envolver por la agradable temperatura que había en el interior del carro. Se sentó en el último asiento vacío: en la esquina, a un lado de Ron y frente a Stella. Luego se apoyó contra la ventana empañada. La limpió un poco con la manga de su túnica, y no vio más que niebla.

Cerró los ojos. Esperaba que al abrirlos, diez minutos después, las luces del castillo fueran visibles.

Tras la profesora McGonagall, una larga fila de primerizos nerviosos avanzaba lentamente, apreciando cada rincón del gran comedor. Al final del grupo, serena pero expectante, Stella caminaba con paso firme, tratando de hacer caso omiso al cuchicheo de algunos. Su cabello rojo caía dócil hasta la cintura, terminando en pequeños rizos. Su tez era blanca, casi brillante, y al contrario de Ron, no tenía pecas. Poseía en su andar una suerte de solemnidad que dejaba a varios con la boca abierta, como si en lugar de una simple alumna estuvieran viendo al mejor jugador de Quidditch de toda la historia. “Quizá hay una *Veela* entre sus parientes cercanos” pensó Hermione en voz alta, y Ron se encogió de hombros.

Conforme pasaba entre las mesas de Gryffindor y Ravenclaw, el volumen de los murmullos se hacía más alto. A nadie le interesaba ya las decenas de niños nuevos: todos querían saber quién era ella y qué hacía ahí.

Minerva subió un par de escalones y se irguió frente a la mesa de los profesores. Como siempre, el puesto del maestro de Defensa Contra las

Artes Oscuras estaba vacío, aunque nadie parecía echar de menos a la persona que debía ocupar esa silla. Miró a todos los niños de primer año y llevó su dedo anular a sus labios, obligándolos a quedarse en profundo silencio. Asimismo lo hizo el resto del estudiantado. Cuando ya no hubo murmullos rezagados flotando en el salón, todas las miradas confluyeron en el Sombrero. Comenzaría a cantar en cualquier momento...

*"Cuando Hogwarts comenzaba su andadura
y yo no tenía ni una sola arruga,
los fundadores del colegio creían
que jamás se separarían.
Todos tenían el mismo objetivo,
un solo deseo compartían:
crear el mejor colegio mágico del mundo
y transmitir su saber a sus alumnos.
"¡Juntos lo levantaremos y allí enseñaremos!",
decidieron los cuatro amigos
sin pensar que su unión pudiera fracasar.
Porque ¿dónde podía encontrarse
a dos amigos como Slytherin y Gryffindor?
Sólo otra pareja, Hufflepuff y Ravenclaw,
a ellos podía compararse.
¿Cómo fue que todo acabó mal?
¿Cómo pudieron arruinarse
tan buenas amistades?"*

*Verán, yo estaba allí y puedo contarles
toda la triste y lamentable historia.
Dijo Slytherin: "Sólo enseñaremos a aquellos
que tengan pura ascendencia."*

*Dijo Ravenclaw: "Sólo enseñaremos a aquellos
de probada inteligencia."*

*Dijo Gryffindor: "Sólo enseñaremos a aquellos
que hayan logrado hazañas."*

*Dijo Hufflepuff: "Yo les enseñaré a todos,
y trataré a todos por igual."*

*Cada uno de los cuatro fundadores
acogía en su casa a los que quería.
Slytherin solo aceptaba
a los magos de sangre limpia
y gran astucia, como él,
mientras que Ravenclaw sólo enseñaba
a los de mente muy despierta.
Los más valientes y audaces
tenían como maestro al temerario Gryffindor.
La buena de Hufflepuff se quedó con el resto
y todo su saber les transmitía.
De este modo las casas y sus fundadores
mantuvieron su firme y sincera amistad.
Y Hogwarts funcionó en armonía
durante largos años de felicidad,
hasta que surgió entre nosotros la discordia,
que de nuestros miedos y errores se nutría.
Las casas, que, como cuatro pilares,
había sostenido nuestra escuela
se pelearon entre ellas
y, divididas, todas querían dominar.
Entonces parecía que el colegio
mucho no podía aguantar,*

*pues siempre había duelos
y peleas entre amigos.*

*Hasta que por fin una mañana
el viejo Slytherin partió,
y aunque las peleas cesaron,
el colegio muy triste se quedó.*

*Y nunca desde que los cuatro fundadores
quedaron reducidos a tres
volvieron a estar unidas las casas
como pensaban estarlo siempre.*

*Y todos los años el Sombrero Seleccionador se presenta,
y todos saben para qué:
yo los pongo a cada uno en una casa
porque esa es mi misión,
pero este año iré más lejos,
escuchen atentamente mi canción:*

*Aunque estoy condenado a separarlos
creo que con eso cometemos un error.
Aunque debo cumplir mi deber
y cada año tengo que dividirlos,
sigo pensando que así no lograremos
eliminar el miedo que tenemos.*

*Yo conozco los peligros, leo las señales,
las lecciones que la historia nos enseña,
y les digo que nuestro Hogwarts está amenazado
por malignas fuerzas externas,
y que si unidos no permanecemos*

por dentro nos desmoronaremos.

*Ya os lo he dicho,
ya están prevenidos.
Que comience la Selección."*

La canción terminó en un aplauso cerrado. Hermione comentó en voz baja que la advertencia del año pasado sobre la división de las casas se había repetido, pero nadie pareció tomarle mucha atención. La profesora McGonagall ya se había acercado al taburete para iniciar la repartición de casas. Arregló sus gafas cuadradas, desenrolló un pergamino amarillento y aclaró su garganta.

- Por favor, cuando diga sus nombres, tengan la bondad de pasar adelante. Se pondrán este sombrero - lo levantó para que todos lo vieran - y serán asignados a sus casas.

Asegurándose de que todos hubieran entendido, volvió la vista sobre el pergamino y fue llamándolos, uno a uno, tal como el ritual de siempre.

- Ackray, Charles.

- ¡¡Hufflepuff!!

- Buttent, Mary.

- ¡¡Slytherin!!

(...)

- Lobe, Lisette.

- ¡¡Gryffindor!!

- Maris, Stella.

Los murmullos y los aplausos para recibir a los nuevos integrantes de cada casa se apagaron al escuchar aquel nombre. Se instaló repentinamente en la atmósfera un silencio apabullante, y Stella, sin demora, se sentó en el taburete. Nunca antes una chica mayor había pasado por la selección.

Puso el sombrero sobre su cabeza y cerró los ojos. Nadie se movía. Y entonces, algo sucedió. La abertura que tenía el sombrero en forma de boca, se expandió en un gesto de sorpresa, incapaz de emitir algún sonido. Era como si intempestivamente hubiera olvidado cómo hablar e intentara pasar ante los ojos de todos como un sombrero ordinario. Los alumnos comenzaron a intercambiar miradas de desconcierto, pero fueron abruptamente disuadidas por la voz de Albus Dumbledore.

- ¿Sombrero? - advirtió el Director, con una pizca de impaciencia.

- Dumbledore - pronunció por fin - Acaso debo...

- Sí, debes - respondió, tajante, y no dio cabida a objeciones.

El sombrero cerró la boca, arrugó la tela superior como si estuviera frunciendo el ceño, y dejó escapar un suspiro entrecortado. Atento a algo, como si alguien le hablara desde el interior, dijo:

- Eh... ¿eso? Muy bien. ¡Gryffindor!

Ginny, Ron, Harry y Hermione aplaudieron con entusiasmo, pero fueron los únicos. El resto del colegio no había roto el silencio, confusos por la extraña actuación del Sombrero Seleccionador, y aunque los anteriores también tenían sus dudas, no podían dejar de alegrarse por su amiga. Es más: Harry creyó entender todo a la perfección. Pensó un momento y llegó a la conclusión que Stella, así como lo había hecho él cinco años atrás, había manejado al sombrero a su gusto. Le había encontrado el truco, y le pidió estar en Gryffindor. Así de simple. Por eso siguió aplaudiendo, tranquilo, sin notar la cara de desconcierto de los demás.

Antes de bajar, Dumbledore le hizo un gesto con la cabeza. Hagrid la miraba embelesado. La profesora McGonagall le sonrió un segundo, y le dijo que fuera hasta su mesa. Hermione ya le tenía preparado un puesto.

Ginny la abrazó cuando llegó hasta ellos. Todos los alumnos de las otras casas los miraban como bichos raros, quizá esperando algún tipo de explicación. Y no esperaron mucho, pues cuando Minerva hubo terminado con la lista de selección, Albus se levantó de su asiento y llamó al orden. Comenzó su usual discurso de bienvenida, en donde explicaba lo del bosque prohibido y el sin fin de cosas que Harry y sus amigos se sabían de memoria. Pero antes de decir “¡A comer!”, sintió la necesidad de agregar algo:

- ... por último, y ya que ha despertado tanta curiosidad, quiero presentarles a la señorita Stella Maris - le dirigió la mirada y luego le sonrió, haciendo un leve movimiento con la cabeza - Viene de intercambio y, como de seguro les dije en otra oportunidad, es importante, ahora más que nunca, que nuestras relaciones internacionales sean principalmente fuertes... - habló con tranquilidad y apenas pestañeó - Por lo tanto, espero que le den el recibimiento que se merece y le hagan pasar una excelente estadía en nuestro colegio - concluyó, y la mayoría

asintió en señal de entendimiento. No hubo más miradas curiosas hacia la mesa de Gryffindor... al menos por ahora.

Dumbledore aplaudió un par de veces y los platos metálicos se llenaron de comida en un segundo. Se escuchó un profundo “¡Ohhh!” proveniente de los de primer año, y el resto, ya acostumbrado al acto, no hizo más que abalanzarse sobre las bandejas. En eso, un estudiante de sexto año de Ravenclaw fue directamente hacia Hermione, le pasó unos papeles y le dijo algo al oído. Ron frunció el entrecejo, e intentando no ser tan obvio, miró con odio el pedazo de carne en su plato, tomó el tenedor y lo clavó en él con vehemencia. Harry se sobresaltó ante lo visto, pero no emitió palabra. Suponía que tendría que hablar con él más tarde.

Cuando el tipo de Ravenclaw se fue, Hermione se dirigió a sus amigos, con una mueca de visible alivio.

- Aquí están nuestros horarios - comenzó a decir mientras pasaba los papeles a Harry, Ron y Stella. Ginny se levantó para coger el suyo del prefecto de quinto año, quien gritaba desde el fondo de la mesa - y, sobre el asunto de los TIMOS, creo que hubo algún problema en la lechucería y por eso no enviaron las cartas. Steve me dijo que el maestro de nuestra primera clase nos informaría de todo.

- ¿Steve? - gruñó Ron, mirándola ya no con desagrado sino con melancolía - ¿Lo conocemos?

Hermione pareció sonrojarse un poco.

- Lo conocí en el tren. Sólo me traje los horarios – se excusó y, tragando saliva, cambió rápidamente de tema – Me encantaría saber qué fenómeno nos tocará este año como profesor de Defensa contra las Artes Oscuras – levantó su horario y lo mostró hacia todos – Esa es nuestra primera clase mañana.

Todos se encogieron de hombros. Sin importar quién fuera, la novedad bastaba para excitar sus curiosidades. Siguieron conversando sobre las innumerables peripecias de sus últimos cinco profesores, deteniéndose unos minutos en el confuso recuerdo de Gilderoy Lockhart en el psiquiátrico de San Mungo's, hasta que, cuando ya no quedaban más que algunos rezagados, Hermione sugirió que abandonaran el comedor. Era muy tarde, tenía sueño y quería reponer energías para comenzar bien el año escolar.

Ron entornó los ojos. ¿Acaso todos debían seguirla, sólo porque *ella* estaba cansada? Al segundo siguiente, Harry, Stella y Ginny caminaron hacia la salida.

Ron suspiró. Supuso que sí.

Debidamente sentados y con sus libros en frente, la clase de sexto año de Defensa contra las Artes Oscuras esperaba al maestro – o maestra – envueltos en un inusual silencio. Todos miraban hacia la escalerilla que daba a una puerta semioculta, de donde saldría aquel desconocido personaje, pero ya llevaba 20 minutos de atraso y nada pasaba.

Hermione comenzó a exasperarse, pero a varios de los presentes los tenía sin cuidado: las lecciones de la Armada Dumbledore continuarían, y eso ya era suficiente práctica de defensa.

Tras un crujido seco, la puerta de entrada se cerró con fuerza. Todos voltearon, sorprendidos. Un hombre de unos cuarenta años, de estatura mediana, ojos rasgados y barba de dos días los miraba con una sonrisa inocente. Llevaba una túnica roja de terciopelo y su cabello engominado hacia atrás. Caminó entre las mesas mirando de reojo a cada uno de los alumnos y, al

apoyarse tras su escritorio, carraspeó. El silencio aún no se había quebrado: todos lo miraban como si fuera un animal de exhibición.

El tipo sacó su varita, guiñó un ojo a Lavender y lanzó un rayo dorado hacia el techo que produjo un sonido semejante al de los fuegos artificiales. Todos exclamaron un “¡Ohh!!”, mientras que los destellos danzaban en el aire y formaban, lentamente, una frase tambaleante: “Me presento: soy su nuevo maestro de Defensa contra las Artes Oscuras, Libertes Pittycarp”.

Ron alzó una ceja y miró con desconfianza aquel acto de pirotecnia barata, susurrándole a Harry que no se tragaría a otro tipo engreído, aludiendo, obviamente, al antiguo profesor Lockhart. Seamus y Dean rieron un momento, pero la mirada reprobante de Pittycarp los hizo callar. Harry les preguntó por qué reían, y Seamus le dijo en voz baja: “Sólo especulamos la causa de todo esto. Quizá este tipo no sabe hablar” concluyó, y Ron no pudo reprimir su sonrisa.

Pittycarp, al ver que el murmullo se expandía y que ya nadie se fijaba en su presentación, hizo un movimiento brusco con la varita y todas las letras doradas desaparecieron. Su sonrisa tímida de un comienzo se esfumó para dar paso a un gesto de disgusto, mientras caminaba de un lado a otro frente a su escritorio.

- Bien, bien... – comenzó a decir, y el silencio volvió a llenar la sala. Todos los ojos estaban fijos en aquel hombre extraño, de cejas poco pobladas y nariz aguileña – Albus dice grandes cosas de ustedes – Su voz era carraspeada, pero no lo suficientemente ronca. Además, no decía grandes frases, como si al final de cada palabra se le acabara intempestivamente el aliento – Dice que son una gran generación de magos y brujas. Me gustaría saber qué tanto son capaces de hacer.

Se detuvo bruscamente frente a los primeros pupitres y observó detenidamente a quienes los ocupaban. Eran dos chicas de Slytherin, quienes se miraron entre extrañadas y divertidas. Luego siguió con la vista hasta llegar a los últimos asientos y trató de memorizar cada rostro. En señal de intensa actividad cerebral, volvió a pasearse mientras golpeaba su barbilla con la punta de su varita. En eso, repentinamente, alguien levantó la mano.

Pittycarp, antes de darle la palabra, fue hasta su escritorio y buscó en la lista de alumnos. Entonces levantó la mirada.

- ¿Sí... Srta. Granger? – dijo, intentando demostrar atención.

- Profesor Pittycarp, me preguntaba si puede contarnos algo sobre usted – pronunció Hermione, forzando una sonrisa.

- Me parece que el objetivo de esta clase no es mi vida particular, Srta. Granger – respondió, en un tono algo distante, el cual les recordó por un momento, esta vez, al profesor Snape – En lugar de preocuparse por mi currículum, le sugiero que piense la forma de mantenerse aquí – levantó la varita y los apuntó uno a uno – La mitad de ustedes no estará en mi clase el próximo lunes...

La mayoría abrió los ojos al máximo, algunos asustados y otros sorprendidos, y antes de que Hermione pudiera preguntar “¿por qué?”, Pittycarp estaba tan cerca de ella que pudo apreciar su fuerte aliento a tabaco.

- Los resultados de los TIMOS estarán publicados en las salas comunes de sus casas en una hora. Ahí sabrán si pueden volver o no – concluyó, sonriendo malévolamente, aunque daba la impresión de que sólo lo hacía para imponer respeto. No parecía un hombre perverso – No aceptaré a nadie con una calificación menor a “**E**xcede **E**xpectativas”.

Hermione cerró los ojos y rezó por que sus notas fueran satisfactorias. Ron frunció el entrecejo, nervioso, pero no lo suficiente para caer en la histeria. Después de todo, no estaba seguro de lo que quería hacer cuando saliera de la escuela. Harry parecía tan tranquilo como siempre, aunque por dentro se moría de la curiosidad.

- ¿Por qué no recibimos los resultados por correo, como estaba presupuestado?
- preguntó Seamus, justo en el momento en el que Pittycarp iba a comenzar a hablar. Cerró los labios con rabia, y forzó un gesto amigable.

- Eso tendrán que preguntárselo a alguien más. Yo sólo les digo lo que el Director me ha mandado – dijo, y luego les dio la espalda, apoyándose en el escritorio. Unos segundos después se volteó con energía, batiendo su varita una vez más – Bien, bien... ya que están en sexto año deben estar lo suficientemente preparados para enfrentarse a las más duras peleas contra las Artes Oscuras... – al decir esto, sólo algunos sonrieron orgullosos, mientras que otros casi intentaban esconderse bajo sus mesas – Durante los años anteriores debieron haber visto algunos maleficios y contramaleficios, desarmes, encantamientos contra Boggarts, Pixies... dudo que aún utilicen el encantamiento ‘piernas de gelatina’.

Algunos rieron, al tiempo que Harry y Ron se miraron, cómplices. Ese había sido el último maleficio que le habían lanzado a Malfoy el año pasado.

- Nuestras clases en quinto no fueron muy... ‘prácticas’ – comentó Harry en voz alta, con un deje de disgusto en su voz. Todo el resto del salón asintió acto seguido.

Pittycarp alzó una ceja.

- ¿Ah no? ¡Tendremos que hacer algunos cambios, entonces! La práctica es esencial para aprender la técnica. Por eso estoy yo aquí... para enseñarles una defensa real, y no las patrañas que han visto con sus anteriores maestros. – Harry apretó los puños. Pittycarp estaba insultando a Remus Lupin, uno de sus exprofesores, a quien estimaba muchísimo, y no sabía si estaba dispuesto a tolerarlo – Pues bien – dijo, sacudiendo sus manos – mientras más pronto empecemos, mucho mejor. ¿Alguno de ustedes ha presenciado un Patronus?

La clase se miró, confusa, al tiempo que Harry, Ron, Hermione, Neville y otros de la Armada Dumbledore levantaban sus manos. Pittycarp los miró anonadado, como si jamás hubiera esperado que alguno de ellos conociera siquiera lo que era un Patronus.

- Mmm... ya veo. Pero, ¿Alguno de ustedes ha... *realizado* un Patronus?

Las mismas manos volvieron a levantarse, y las cejas del profesor se movieron con sorpresa. Daba la impresión de que la primera lección de Pittycarp sería cómo realizar un Patronus, pero al juzgar por la cantidad de manos levantadas, su supuesta superioridad como maestro se estaba poniendo en juego. Entonces, como una chispa, pensó un segundo y regresó la mirada a la clase. Sonrió maliciosamente, casi triunfante, y preguntó:

- Esta bien, muchos de ustedes han logrado realizar un Patronus, pero... ¡yo hablo de un Patronus corpóreo en una batalla real! – exclamó, arrogante, seguro de que esta vez nadie se alzaría y así, por fin, podría relatarles sus historias de batallas legendarias contra los guardianes de Azkabán y cómo había salido airoso de ellas.

Esperó un segundo y Harry, esbozando una pequeña sonrisa, dejó su pluma sobre la mesa para levantar su mano, por primera vez completamente satisfecho de ser el único de su clase en haber luchado contra un Dementor real. Pero antes de que su brazo se extendiera lo suficiente, la boca de Pittycarp se abrió para demostrar entre sorpresa y desagrado. Tras Harry, en la última fila, alguien se le había adelantado.

- Ohh... – balbuceó, tras un fuerte carraspeo. Fijó la vista en el pergamino sobre su escritorio y luego volvió los ojos hacia la clase – Bien, Srta. Maris. Demuéstrenos de lo que es capaz.

Harry y Ron voltearon al mismo tiempo, para ver cómo Stella se levantaba de su asiento y caminaba hasta el escritorio del profesor. Llevaba su varita fuertemente asida entre sus dedos, algo nerviosa. Al estar frente a todos, buscó a Hermione con la mirada, y ella, aún sorprendida, le hizo un gesto con la cabeza, sonriéndole.

- Srta. Maris, ya que usted ha tenido el privilegio de luchar contra un Dementor, tenga la bondad de mostrarnos su Patronus – comenzó a decir, impaciente – Si lo que dice es cierto, no tendrá problema en materializar su Patronus enfrente de la clase.

Stella no pronunció palabra, pero volvió sobre sus pasos hasta llegar a una esquina. Miró de reojo al resto de sus compañeros, quienes no le quitaban la mirada de encima, y suspiró, no demasiado segura de lo pasaría.

Calculó rápidamente si tendría el espacio suficiente y, ante la mirada expectante de todos, dio un paso adelante y exclamó con fuerza: “*¡Expecto Patronum!*”

Ahogando un grito de sorpresa, Ron inclinó su silla hacia atrás para poder ver mejor. Una enorme mariposa celeste de alas plateadas salió majestuosa de la punta de la varita de Stella, y recorrió suavemente la sala de esquina a esquina. Batía sus alas en forma graciosa y, al juzgar por su tamaño, era perfectamente capaz de abrazar sin problemas a un hombre de dos metros. Sus ojos eran pequeños y tan negros que brillaban en cada movimiento, y su boca apenas se distinguía por el juego de luces y destellos a su alrededor.

Cuando emprendía su regreso hacia Stella, se detuvo un momento frente a Harry. Movi6 sus antenas con lentitud, y a Ron le pareció que le sonreía. Hizo algo parecido a una reverencia, se elevó un poco y luego revoloteó sobre la cabeza de Pittycarp, divertida, para después erguirse un segundo frente a Stella, antes de convertirse en polvo plateado destellante.

Nadie se movió. Algunos estaban mudos, maravillados por el espectáculo, mientras otros discutían por lo bajo cómo aquella extraña niña de ojos profundos había logrado hacer un Patronus de tal poder. Pittycarp, por su parte, no parecía importarle aquella impresionante y bella mariposa, sino ante quién se había detenido en su breve recorrido por la clase. Alzando su ceja derecha, avanzó unos pasos y miró a Harry fijamente.

- Tú también has luchado contra un Dementor, ¿verdad? – le preguntó, sigiloso, como si no estuviera seguro de querer escuchar la respuesta.

- Sí – contestó Harry, confundido. ¿Cómo lo había descubierto? ¿Lo había adivinado?

- Lo sabía – dijo, pensando hacia sí, y luego miró a Stella, quien se mantenía en la esquina, callada, y la apuntó con su varita – Tu Patronus se inclinó ante el Sr. Potter. Eso sólo quiere decir una cosa: respeto por el más fuerte.

Parvati soltó un grito de asombro.

- ¿Qué quiere decir? – preguntó Hermione, hablando tan rápido que las palabras prácticamente escapaban de su boca.

Pittycarp movió la cabeza, no totalmente seguro, con la mirada perdida y absorto en sus pensamientos.

- Nunca había presenciado algo parecido – murmuró, al tiempo que Harry y Stella se miraban a los ojos. Stella no atinó más que a sonreír, débilmente, y pronto apartó la mirada, algo ruborizada – Esto es algo que sólo aparece en los libros. No sabía de nadie que... – no terminó la frase, y apuntó con su varita a Harry – Levántese Sr. Potter.

Harry abandonó su silla y Pittycarp le señaló una de las esquinas de la sala, opuesta a donde se encontraba Stella. Le dijo que se situara ahí y que, cuando él le diera la señal, materializara su Patronus.

- ¿Qué quiere hacer, Profesor? – inquirió Stella, quien por primera vez durante toda la clase había emitido alguna palabra. Miró a Harry buscando alguna respuesta, pero Pittycarp se adelantó.

- En todos mis años de hechicero, jamás he presenciado lo que está a punto de suceder – comenzó a decir, esta vez dirigiéndose a toda la clase, que se hallaba sumida en una intensa discusión sobre el asunto. Algunos incluso habían salido de sus pupitres para poder observar todo desde un ángulo mejor – Esto podrán contárselo a sus nietos – sonrió, frotando sus manos como un niño ante un juguete nuevo. Volvió sobre sus pasos y se detuvo cuando se encontró lo suficientemente lejos de Harry – Cuando diga tres, ambos lanzaran sus Patronus contra el otro. Veremos lo que sucede – concluyó, ansioso, y apuntó a

Parvati con la varita, regañándola por estar tan cerca de él. Ella prácticamente se había arrimado a su túnica, presa de una suerte de miedo y emoción.

Harry y Stella se miraron fijo, nerviosos. Además estaba decir que no tenían ninguna intención en pelear, pero el rostro de Pittycarp demostraba demasiada expectación como para contradecirlo. Ambos tomaron posición de duelo: Harry elevó su brazo derecho tras su cabeza con el puño apretado, al tiempo que estiraba su brazo izquierdo ante él y asía fuertemente la varita; Stella, por otro lado, elevó sus brazos a la altura del codo. El izquierdo lo dobló hacia su cuerpo y el derecho lo dejó estático, mientras sus dedos palpaban su varita con suavidad.

A varios metros de ellos, la voz de Pittycarp sonó fuerte y clara. “Uno, dos... tres!”, y dos rayos plateados avanzaron a tal velocidad que chocaron a pocos centímetros del techo, provocando un sonido parecido a un cristal roto en mil pedazos. La mayoría de los alumnos, Pittycarp incluido, cerraron los ojos por el impacto e intentaron protegerse de las chispas con sus brazos, mas cuando pudieron volver a enfocar sus ojos en la escena, no pudieron describir lo que veían. Entre Harry y Stella, frente a ellos, una enorme mariposa y un galante ciervo se miraban con curiosidad. Cada vez que la mariposa batía sus alas desprendía bellos destellos plateados, y el ciervo de Harry, por su lado, doblaba y erguía su cabeza constantemente, como si estuviera examinando algo absolutamente desconocido. El fulgor que emanaba de sus cuerpos bastaba para iluminar hasta el último rincón de la sala, así como las caras perplejas de los integrantes de Gryffindor y Slytherin. Hermione tenía las dos manos en su boca, Ron estaba casi petrificado y Pittycarp, avanzando cada vez más, parecía hipnotizado por la bella escena que tanto la mariposa como el ciervo estaban provocando.

En eso, los dos Patronus se alejaron unos centímetros el uno del otro. Cuando todos creían que iban a pelearse o algo parecido, la mariposa de Stella bajó a ras de suelo e inclinó su cabeza y antenas, adquiriendo un gesto de solemnidad tal como si fuera un humano. El ciervo, en apenas un sutil movimiento, irguió aún más su cuello, haciendo eco de la majestuosidad de su homóloga, y se inclinó levemente ante ella, como si agradeciera su gesto. Es más: Neville hubiera jurado que sonreía ante Stella y su mariposa, pero no dio demasiado crédito a sus ojos. La luz era cegadora y podría haber visto mal.

Sincronizados, Harry y Stella se acercaron a sus Patronus y, con un movimiento de sus varitas, los transformaron en polvo plateado, el cual se esparció rápidamente en el aire.

Pittycarp avanzó un último tramo hasta ellos. Deslizó su mirada de Harry a Stella y viceversa, y luego aplaudió, visiblemente conmovido. El gesto de pocos amigos desapareció de sus labios, y el resto de la clase se unió pronto a los aplausos, como si acabaran de ver el mejor espectáculo del siglo.

- Magnífico, realmente magnífico – exclamó Pittycarp, dando sus últimos aplausos – Esperen a que Dumbledore se entere... – Pensó hacia sí otro momento y luego miró su reloj – Bien clase, hemos terminado por hoy. Pero antes de que se vayan, quisiera proponerles algo – dijo, mientras caminaba hacia su escritorio. Algunos ya habían comenzado a recoger sus libros – La pequeña demostración del Sr. Potter y la Srta. Maris me ha dado una idea. Como todos saben, estamos a las puertas de una gran batalla, de una guerra entre el bien y el mal de la que no se tiene precedente... – Las caras de emotividad y diversión que se habían mantenido hasta hace unos segundos, ahora demostraban seriedad – Por eso, he decidido que entre quienes logren entrar al curso este año, haremos un pequeño club de duelos. Podría darles mucha teoría sobre defensa, pero ya no tenemos tiempo qué perder. La práctica es la mejor enseñanza, sobre todo en estos momentos.

Todos parecieron estar de acuerdo, incluso bastante entusiasmados, aunque no todos estaban seguros de poder entrar al curso. Sólo el resultado de los TIMOS se los diría. Con rapidez y nerviosismo, la mayoría de los alumnos se agolparon para salir primeros de la sala, con tal de ir a revisar sus notas, publicadas en la sala común.

Harry y Stella se acercaron un momento el uno al otro, sintiéndose repentinamente conectados, pero no sabían qué decir para expresar todo lo que daba vueltas en sus cabezas. Estaban sorprendidos, maravillados ante lo que sus Patronus podían hacer. Harry sabía que el suyo representaba a su padre, James Potter, su lucha por él y todo el amor que, aunque muerto, le profesaba. Sabía que el poder de su ciervo radicaba en ello, por lo que no pudo dejar de pensar a quién representaría el Patronus de Stella. Pero eran demasiadas emociones por hoy... ya tendría tiempo de preguntarle.

Alzó la vista y le sonrió, mientras Stella le devolvía la sonrisa con un gesto de cabeza. Iba a decirle algo a Harry, pero entonces apareció Hermione, la tomó de un brazo y la llevó fuera de la sala, ansiosa por conocer todos los detalles de lo que acaban de presenciar. Apretando los labios, Harry la siguió con la vista hasta que desapareció tras la puerta. Hoy más que nunca, deseaba entrar en la clase de Defensa, no por lo que podría hacer o demostrar, sino porque la compañía sería más que agradable. Ella estaría ahí.

Capítulo cinco

TIMOs, Trucos, Tratos

Las pequeñas fogatas a lo largo del pasillo se debilitaban a cada segundo por la fuerte brisa invernal. A pesar de ser sólo las once de la mañana, el cielo estaba tan negro que parecía anunciar el anochecer en cualquier momento. Bastante a lo lejos, la niebla apenas dejaba apreciar algunos retazos de los campos de Quidditch, y Harry, nostálgico, pensaba en ello cuando la voz de sus amigos lo hizo reaccionar. Entre aquel sombrío paisaje, Harry, Ron, Stella y Hermione caminaban hacia el salón de Historia de la Magia, aún comentando lo sucedido con los Patronus.

- ...y lo que dijo Pittycarp es cierto - continuó Hermione - Un encuentro entre Patronus sólo se menciona en los libros de magia, pero nadie, nadie vivo, al menos, ha sido testigo de...

- Pues tendrán que agregar mi nombre en esas páginas - interrumpió Ron, sonriendo.

- El tuyo y el de muchos otros - comentó Stella, devolviéndole la sonrisa. Ya que después de su última palabra los rodeó un inusual silencio, volvió a hablar - Tu ciervo es muy bello - dijo, sin mirar a Harry directamente a los ojos - Mi mariposa jamás se había comportado así, ni siquiera cuando...

Dudó un momento y se obligó a sí misma a callar. Hermione, atenta a cada gesto de su amiga, miró en todas las direcciones. Aún insegura sobre si debía preguntar o no, abrió la boca.

- ¿Cuándo te enfrentaste a un Dementor? - preguntó, y Harry y Ron, interesados, detuvieron su paso justo en la esquina anterior a la puerta del salón, en donde varios alumnos de Gryffindor y Slytherin hacían fila para entrar. Stella los observó un momento, algo nerviosa, y comenzó a hablar con un cierto aire de resignación.

- No poseo un recuerdo completo de aquello... - frunció el ceño e hizo una pausa, como si lo que iba a decir a continuación se tratara de un secreto de estado - Yo sólo tenía un año - dijo al fin, y pronto tras sus palabras, Hermione movió la cabeza diciendo “¡Es imposible!” - Un par de dementores nos atacaron a mi padre y a mí en mitad de la calle, en aquellos tiempos de la tiranía de Lord Voldemort, y según lo que dijeron algunos testigos, tomé una varita que yacía cerca de mí y la apunté hacia el Dementor. Dicen que una mariposa apareció sin que yo hiciera ni un sonido, y así pudimos escapar.

Ron no cabía en sí de tanta admiración, pero no lograba decir nada pues estaba estupefacto. Harry, por su parte, clavó los ojos en Stella y cayó en una especie de trance. Por muchos años gran parte de su popularidad radicaba en el hecho de que, siendo sólo un bebé, se había enfrentado a Voldemort sin defensa alguna y, sin saber cómo, todo había terminado con una simple cicatriz en su frente. Era un niño, y sin estar consciente de ello, se había enfrentado, victorioso, ante una fuerza maligna que intentó borrarlo del planeta. Pero ahora había alguien más. Alguien más que, sin desearlo o consentirlo, y siendo sólo un bebé, había combatido contra una fuerza superior y había vencido. ¿Qué es lo que estaba sucediendo?

- Así que tú eres nuestro nuevo fenómeno, ¿no?

Draco Malfoy, escoltado por varios de sus malhumorados amigos, había aparecido tras la esquina y no había podido evitar la ocasión de

espiar a sus más odiados homólogos, por si se enteraba de un nuevo chisme. Había crecido algunos centímetros desde el verano pasado, y su voz, aunque siempre desagradable, ahora era grave y profunda, muy distante a aquel agudo chillido con el que lo conocieron en primer año.

Curvó sus labios y dibujó su eterna malévola sonrisa. Mientras, a sus espaldas, Crabbe no dejaba de mirar a Stella de arriba a abajo.

Ella, por su parte, mantuvo su temple sereno y dio unos pasos hacia adelante.

- Déjame adivinar - dijo, sin mover más músculos de los necesarios - Tú eres Draco Malfoy, ¿no es así?

Él asintió, confusamente incómodo. Luego volvió a sonreír, petulante.

- Ahora entiendo. Claro que me conoces. Mi reputación va más allá de Hogwarts...

- No, en realidad no - contestó Stella, aún sin inmutarse - Jamás había oído hablar sobre ti, pero conozco a tus padres, y *su* reputación me parece suficientemente reveladora como para atenerme a tus actos.

Harry y Hermione intercambiaron miradas de sorpresa. Draco hizo un ademán de querer responder, pero Stella ahogó su intento, acercándose más a él, cambiando un momento su expresión serena a una de visible amenaza.

- ¿Quiero darte una oportunidad, sabes? Quiero entender quién eres realmente. Me enseñaron que no debo prejuzgar. Por lo tanto... - pronunció, suave pero con un deje de ironía - pasaré esta vez el epíteto de "Fenómeno". Pero, sólo para que lo tengas en cuenta, odio que me llamen de ese modo - finalizó, con

tanta seriedad y confianza que Malfoy debió dar un pequeño paso atrás - Porque no quieres verme enfadada, créeme.

A pesar de que el temple de Stella había intimidado a casi toda la escolta Slytherin, Goyle intentó aparentar que nada lo asustaba.

- ¿Y qué podrías hacernos, ah? ¿Acaso vas a lanzarme tu Patronus? - rió, y sus compañeros hicieron pronto eco de ésta - Sólo eres una... una... - demoró en encontrar la palabra precisa, como si el hecho de juntar dos o más letras en su pequeño cerebro le significara un esfuerzo sobrehumano - ...una aparecida, y deberías regresar por donde viniste.

Mientras Hermione pensaba hacia sí lo rápido que correría por la escuela la noticia de lo sucedido en la clase de Defensa, Harry palpaba suavemente la varita en el bolsillo de su túnica, inquieto. Estaba listo para usarla si era necesario. Pero antes de que pudiera pensar qué maleficio intentaría contra Malfoy o alguno de los otros, Stella había vuelto su mirada hacia él, negando con la cabeza. Era como si hubiera adivinado qué es lo que Harry planeaba hacer. Aún sorprendido, vio cómo Stella le guiñaba un ojo, dando unos pasos hacia atrás.

- ¿De verdad quieres saber qué puedo hacerles? - dijo, alzando la voz esta vez - ¿Es que acaso no oyeron a su líder? Soy un fenómeno, no lo olviden - dijo, levantando su mano derecha. Todos la miraban estupefactos, atentos a cualquier cosa que intentara hacer. Pero su movimiento fue suave, ágil, y tan rápido que Ron no supo si lo había visto de verdad o lo había soñado.

Con su dedo índice apuntó hacia quien se erguía tras Malfoy, lo movió en círculos y murmuró: “¡Furunculus!”. Unos segundos después, la cara

de Goyle se cubría con un finísimo polvillo dorado, el cual se esfumó tan pronto había aparecido.

Draco rompió a reír.

- ¿Qué es todo esto? No sabía que existieran varitas invisibles - alcanzó a decir, haciendo pausas entre sus carcajadas, pero pronto Crabbe lo tomó del hombro y lo hizo detenerse. Antes de que pudiera gritarle y decir “¡¿Qué quieres?!”, una sombra de horror se apoderó de los presentes.

Temblando y gimiendo, Goyle sentía su piel arder, llenarse de dagas, y en pocos segundos, unos grandes y horribles furúnculos comenzaban a aparecer en sus mejillas, nariz y mentón. Acercó sus manos hacia su cara, incrédulo, y entonces uno de aquellos horribles granos reventó, salpicando de pus el rostro de Malfoy. Goyle dio un grito y echó a correr por el pasillo, quizá directo a la enfermería, mientras Malfoy arrugaba la nariz en un gesto de visible repulsión.

Al tiempo que Ron ahogaba una carcajada, Crabbe y los demás voltearon la mirada hacia Stella, quien levantó su ceja derecha como diciendo “¿Alguien más?”. Pero de seguro ninguno de los indeseables amigos de Draco quería algo parecido a lo que acababan de presenciar, por lo que retrocedieron varios pasos y, sin preámbulos, entraron a empujones a la sala de Historia de la Magia. Draco clavó sus ojos en Stella, furioso, limpiándose la cara con la manga de su túnica.

- Ya nos veremos, fenómeno - dijo, con la respiración acelerada, acentuando la última palabra dicha. Retrocedió y caminó aprisa, perdiéndose tras la esquina contigua, sin siquiera advertir indicios de querer entrar a clase.

Apenas lo vieron desaparecer, Harry y Hermione se abalanzaron hacia Stella.

- ¡¿Cómo lo hiciste?! - gritaron a coro, emocionados, y Stella se ruborizó un momento.

- No fue nada - levantó nuevamente su brazo - Tenía mi varita escondida bajo la manga de mi túnica, ¿ven? - les mostró, y Hermione exclamó un “¡Ohhhh!” - Es un truco muy antiguo.

Ron, moviendo la cabeza ligeramente, a ver si lograba despertar de su asombro, se acercó a Harry con un gesto de pseudo tristeza, palmoteándole el hombro.

- Amigo, sé que será difícil para ti, pero... lamento decírtelo... - y dejó apreciar una enorme sonrisa - ¡Ya tengo nuevo héroe! - gritó, levantando los brazos hacia Stella. Todos rieron, nerviosos y aún choqueados, pero Stella no parecía precisamente feliz.

- No me gusta usar la violencia, Ron - aclaró, bajando un poco la mirada, aunque no pudo dejar de sonreír, divertida, ante la cara de satisfacción de su amigo - Sé que ustedes tienen un sin fin de excusas para pelear con Malfoy, pero yo no, y aún así le encaré. No sé si estuvo bien en realidad.

- ¿Qué no lo sabes? - gritó Ron, entusiasta - Pues yo sí lo sé, y déjame decirte. Él te provocó, tú sólo respondiste, y después del episodio del hurón en cuarto año, creí que no volvería a ver una escena tan gratificante... - suspiró, riendo de nuevo. Harry y Hermione corroboraron lo dicho, contándole a Stella un resumen de aquella historia. Pero antes de que cualquiera de ellos pudiera hacer más preguntas sobre lo que acababa de ocurrir, Hermione los apuró para entrar a clases. Historia de la Magia era una materia tan asombrosamente somnolienta que podrían hablar ahí sin cuidado.

- Patronus extrapoderoso, trucos geniales, Malfoy enfurecido... Me darás tu autógrafa, ¿verdad? - pidió Ron a Stella en voz baja unos minutos después, pero la mirada de Hermione fue tan reprobante que luego se arrepintió de abrir la boca. Aunque, al mirarla de reojo, creyó notar algo. No era posible, pero... quizá estaba celosa.

- Mis hermanos van a querer que los ayudes en su negocio - comentó Ron a Stella, aún entusiasmado por lo sucedido, justo un segundo después de decir la contraseña ("Flor de Loto") a la señora gorda del retrato. No había dejado de hablar del encuentro con Malfoy durante todo el almuerzo, y de vez en cuando, echaba una mirada hacia la mesa de Slytherin para captar la reacción de Draco. De Goyle, ni rastros. Quizá aún se encontraría lidiando con sus furúnculos.

Sobre el comentario de Ron acerca del negocio de Fred y George, Stella ni siquiera intentó contestar, pues al dar unos pasos dentro de la sala común de Gryffindor, el alboroto con el que se encontraron bastaba para atraer su atención. Decenas de alumnos se agolpaban para mirar sus nombres en las listas desplegadas en el mural del fondo, todas precedidas por un letrero en azul que proclamaba "Resultados de los TIMOs".

Hermione puso cara de horror. Ron cerró los ojos e intentó pensar en algo agradable, quizá en una rana de chocolate gigantesca... pues de seguro sus resultados le harían merecedor del más grande de los disgustos, o lo que es peor, un *howler* de parte de su madre. Harry, por otro lado, tragó saliva con fuerza. Debía entrar a Defensa, debía hacerlo... Luego de todo lo que sucedió con Umbridge el año pasado, se había jurado así mismo que, contra

viento y marea, se convertiría en Auror. El resto de las materias le tenían sin cuidado.

- ¿Se ven algo desesperados, no? - comentó Stella, divertida ante el escándalo de la escena ante sí, pero al ver los rostros de Harry, Hermione y Ron, creyó haber metido la pata.

- Yo iré primero - suspiró Ron, abatido aún sin haber visto sus calificaciones - Mientras antes sepas las malas noticias, es mejor, ¿no?

Stella se encogió de hombros, confundida. Harry le susurró “Buena suerte”, golpeándole el hombro, y Ron caminó a paso lento hacia la multitud, mientras aflojaba el nudo de su corbata. Tenía las palmas de las manos bastante húmedas a causa del sudor, y unos centímetros antes de alcanzar a leer las letras en los pergaminos, Neville le cedió su lugar.

- ¡Aprobé Defensa! - gritó extasiado, corriendo hacia Hermione y Harry para contarles la noticia, al tiempo que Ron comenzaba, tembloroso, a buscar su nombre en las listas.

Pestañeó un par de veces y se acercó tanto al mural que su nariz rozaba el papel. Siguió con los ojos hasta el final de la lista, y ahí, aterrado, encontró su nombre. Tragando saliva, fue cuadro por cuadro viendo sus calificaciones, y una vez que las hubo releído seis veces, irguió la cabeza y volvió a pestañar.

Al ver que Ron no daba signos ni de pena ni de alegría, Harry y Hermione se le acercaron, ya que pronto gran parte de la multitud comenzaba a dispersarse. Mientras Harry movía su mano por delante de los ojos perdidos de Ron, Hermione aprovechaba para buscar su nombre en la lista. Al

encontrarse y revisar rápidamente sus calificaciones, suspiró de satisfacción y sus puños tensos se aliviaron visiblemente. Ya más tranquila, volvió su rostro hacia Ron, quien aún no respondía.

- Ron... Ron, ¿me escuchas? - preguntó Harry. Stella miró a Hermione pidiendo una explicación, y ésta se encogió de hombros. En eso, Ron pareció balbucear un par de palabras, pero en un tono tan bajo que ninguno de sus amigos pudo descifrarlo. Hermione se acercó a él pidiendo que lo repitiera, y fue entonces cuando escucharon la frase completa, seguida de una amplia sonrisa: "A... a... a... aprobé".

- ¡Aprobé todo! - gritó, repitiendo su balbuceo, cayendo de rodillas al suelo y levantando los brazos como si hubiera recibido un rayo en el pecho - Aprobé con la nota mínima... ¡pero a quién le importa! ¡¡Gracias, gracias, gracias, gracias!!

Todos echaron a reír. La mayoría de los estudiantes de Gryffindor que aún no habían abandonado la sala común no demoraron en entender lo que sucedía, por lo que a medida que se marchaban, saludaban y felicitaban a Ron. Suspirando y dando su última carcajada, se puso de pie y sacudió sus pantalones.

- ¿Y a quién le agradeces? - sonrió Hermione.

- A Dios... y a tus apuntes, claro - le sonrió de vuelta, y por un segundo se miraron fijamente, como si sólo ahora se hubieran percatado de que el otro estaba ahí. Hermione bajó la mirada rápidamente, y Ron, sin poder disimularlo, enrojecía hasta las orejas. Harry alzó las cejas, intrigado, mientras Stella los observaba con una gran sonrisa. Era como si ella supiera algo que Harry no...

Pero antes de sentarse toda la tarde con Ron para hablar sobre el asunto, aún le faltaba algo por hacer. Volteó lentamente hacia el mural, ya prácticamente libre de curiosos alumnos, y se obligó a sí mismo a enfrentarse a la realidad. Ron había aprobado todas las materias; habían estudiado juntos para todos los exámenes, habían revisado los mismos apuntes y resúmenes... era imposible que él...

Siguió con su dedo índice hasta que se topó con su nombre: Potter, Harry. Cerró los ojos un segundo, suspiró y los volvió a abrir. Continuó con su dedo hasta el primer cuadro, y leyó: “Defensa contra las Artes Oscuras: Sobresaliente”. Sonrió apenas, orgulloso, pero como si lo leído no presentara para él ninguna novedad. Siguió leyendo los cuadros siguientes, y aunque también eran, casi todas, notas mínimas, al menos era suficiente para aprobar. Hasta que llegó al último cuadro: Pociones.

Stella, Hermione y Ron esperaban ansiosos que Harry volteara y les dijera qué tal le había ido. Pero al ver que pasaban los segundos y no movía ni un músculo, tuvieron la corazonada de que algo no andaba bien.

Intercambiaron una mirada nerviosa. Al parecer ninguno quería ir hasta el mural y preguntar lo inevitable, pero Stella se decidió. Caminó lentamente, se situó junto a Harry e intentó descifrar el gesto de su rostro. No era de angustia, ni tristeza... tampoco alegría: sólo arqueaba las cejas y releía sin parar el último cuadro, como si para él estuviera escrito en algún lenguaje extranjero.

- ¿Y bien? - susurró Stella, pensando en que si le hablaba más alto se asustaría -
¿Aprobaste?

No muy seguro, asintió con la cabeza, aunque seguía absorto en sus pensamientos. Sin previo aviso, clavó los ojos en Stella, quien no pudo evitar ruborizarse.

- ¿Podrías leer el último cuadro por mí? No estoy seguro de haber entendido bien mi calificación - explicó, y Stella le contestó con una sonrisa. Buscó su nombre en la lista, siguió con su dedo hasta el último cuadro y leyó: “Pociones: *Pendiente*”.

- ¿Pendiente? - repitió Ron, arrugando la frente - ¿Qué significa eso?

Hermione se cruzó de brazos.

- Pues significa que aún no le han asignado ninguna calificación y...

Ron le dirigió una mirada de odio.

- Sé lo que significa la palabra “Pendiente” - gruñó - Preguntaba por qué Harry obtuvo eso.

Hermione movió la cabeza, algo avergonzada, por primera vez en su vida reticente a discutir con Ron.

- No lo sé, pero tratándose de Snape, no debe ser nada bueno.

- Opino igual - intervino Ginny, quien había aparecido tras el retrato de la señora gorda. Sonrió ampliamente hacia Stella y luego hacia Ron - Dean me dijo que habías aprobado todo hermanito, qué bien.

Ron le sonrió, apretando los labios.

- Sí, gracias... - dijo, restándole importancia. Pronto reparó en el por qué de su visita - ¿Tú no deberías estar en clase?

Ginny arqueó una ceja.

- Sé muy bien mi horario, Ron, no me controles - pronunció, sonriendo luego - Es que mi última clase fue Cuidado de Criaturas Mágicas y Hagrid me envió un mensaje para ti, Harry - Se acercó hacia él, y dejó que todos escucharan - Quiere que vayas a visitarlo ahora, ya que tienes un bloque libre. Además dijo que... - dudó un momento, y Hermione la instó con la mirada para que terminara de hablar - Bueno, no sé que quiso decir con esto, pero dijo que, si querías, podías ir con tus amigos de siempre... y con los nuevos.

Harry se encogió de hombros, pero súbitamente, como una corazonada, giró el rostro hacia Stella, así como luego lo hicieron los demás. Ella se sintió repentinamente abrumada.

- ¿Quién es Hagrid? - preguntó, eludiendo sus miradas.

- Ahora lo sabrás - respondió Ron, al tiempo que Ginny se despedía de todos con la mano.

Unos minutos más tarde, luego de intercambiar más teorías sobre la extraña calificación de Harry en Pociones, caminaban a paso ligero por los pasillos de piedra hasta la cabaña de Hagrid. La tarde aún no amenazaba con un frío intenso, pero el viento bastaba para enrojecer sus narices y manos. Corriendo y protegiéndose de la brisa, llegaron hasta la puerta de madera y tocaron un par de veces. Tras un crujido agudo, el cuerpo extragrande de Hagrid apareció lentamente, como si tratara de ser suave... ¿o solemne? Los miró con su típica sonrisa gentil, y los hizo pasar. Harry le devolvió la sonrisa, pero antes de que pudiera decir “Hola Hagrid”, su amigo semigigante clavaba sus ojos en Stella como si estuviera hipnotizado, y incluso casi tropieza con su

sofá sólo por no mirar por donde caminaba. Stella lo miraba curiosa, pero no sorprendida. Quizá no era la primera vez que veía a un semigigante.

Ron y Hermione se miraron, incrédulos, pero no dijeron nada. La actitud de Hagrid no distaba demasiado de la que la mayoría de la escuela había adquirido.

- Y bueno, ¿cómo están chicos? - saludó, pero luego de golpeó en la cabeza con el puño - Pero qué estoy diciendo, si ya hace mucho que no son niños... - sonrió, aunque nervioso - Acabo de hacer té... - dijo, cambiando bruscamente de tema, mientras depositaba torpemente algunas tazas sobre la mesa.

- Ella es Stella, Hagrid. Stella Maris. Se quedó con mi familia durante el verano... - comenzó a decir Ron, mientras recorría con la vista desde Hagrid hasta Stella y viceversa. El guardabosques se adelantó algunos pasos hacia ella, aparentemente con la intención de hacer una reverencia o algo parecido, pero al notar las miradas inquisidoras de Harry y Hermione, se irguió como si nada hubiera pasado y se limitó a sonreír, moviendo la cabeza.

- Oh, qué tal Stella - saludó, luego de un carraspeo, mientras sacaba de su abrigo un pañuelo sucio y gastado y lo pasaba por su frente, secándose el sudor. El nerviosismo que lo embargaba se estaba haciendo demasiado patente.

Para intentar desviar la atención, Stella eludió algunas cajas y demases, y se situó junto al sofá de la entrada. Ahí, mirándolos con atención, Fang movía su enorme cola de un lado a otro.

- Hola muchacho - saludó Stella en tono cariñoso, acercándose a Fang para acariciarle las orejas, pero Hagrid dio un salto.

- ¡No, cuidado! Fang no es un perro ordinario - señaló, con la voz entrecortada
- No suele ser muy amable con los extraños.

Stella asintió en señal de entendimiento, pero volteó nuevamente y se puso en cuclillas frente a Fang. Le sonrió, extendió su mano y él, curioso, avanzó hasta ella. Apenas estuvo lo suficientemente cerca, y en lugar de abalanzarse contra ella y mostrarle sus garras, se tendió como un perrito de felpa y le lamió los dedos. Stella rió bajito a causa de las cosquillas, y le rascó detrás de las orejas.

- Oh, eres un niño inofensivo, ¿verdad, Fang? - le susurró, cariñosa - Buen perro, buen perro...

Hagrid la miraba embelesado, una vez más. Sonrió nervioso.

- Fang suele ser muy agresivo con desconocidos... pero es muy intuitivo, así que, si a él le agradas, pues a mí también - finalizó, y Stella le devolvió la sonrisa, incorporándose y sentándose junto a los demás en la mesa de madera.

- Ginny nos contó que recuperaste tu puesto de maestro. No vas a ponernos en peligro este año, ¿verdad Hagrid? - comentó Ron, al tiempo que Hermione le daba un codazo en las costillas. Lo último que necesitaban era una animada charla sobre escregutos de cola explosiva.

- Arrhhh... yo creo que no - dijo, mirando a Stella una vez más - Pero no los he llamado aquí para hablar de mí. Yo quería... bueno, saber cómo estaban ustedes.

Escépticos, Ron y Harry lo miraron con las cejas levantadas.

- Estamos bien - pronunció Harry, contestando casi por inercia.

- ¿Y tú cómo estás, Stella? - preguntó Hagrid, visiblemente más interesado en ella que en sus tres amigos de siempre - ¿Te ha gustado Hogwarts? ¿Te han tratado bien?

- Sí, muy bien, gracias - respondió Stella, también algo extrañada por tanta amabilidad.

Hagrid asintió, casi agradecido por su respuesta, y al tiempo que volvía a pasar aquel maloliente pañuelo por su frente sudorosa, Hermione no pudo más con su curiosidad y preguntó:

- ¿Pasa algo malo? Te ves muy... angustiado...

- Ahhmmm.. ¿yo? - carraspeó, elevando los ojos fugazmente hacia Stella. Ella negó levemente con la cabeza, asustada, y Hagrid pareció entender. Luego volvió la mirada hacia Hermione - Ahhmmm pues... es... es Grawp. Me tiene preocupado - dijo, no demasiado convincente, pero era un buen tema para discutir mientras pensaba en algo mejor.

- ¡Grawp! ¡Es cierto! Ya casi me había olvidado de él - exclamó Ron, mientras Hermione relataba a Stella un resumen de la historia del medio-hermano de Hagrid. Entonces Ron levantó una ceja y arrugó la nariz - ¿Todavía está aquí, en Hogwarts?

- Claro que sí - afirmó, como si se tratara de algo obvio - Le hice una pequeña cabaña en un sector del bosque prohibido. El profesor Dumbledore dejó que se quedara, no sólo por mí, sino porque piensa que nos puede ser útil cuando regresemos a las montañas para...

- ¿Vas a regresar allá? - gritó Hermione, preocupada - Después de todo lo que les ocurrió a Madame Máxime y a ti, ¿piensas volver?

- Estamos en guerra, Hermione, qué más podría hacer - dijo, ahora más serio y pausado - Grawp ya no intenta lastimarme ni nada, y aunque pretendo pasar todo el tiempo que puedo con él, se siente muy solo... creo que extraña su vida de antes - terminó, con algo de tristeza.

Ninguno sabía bien qué decirle, pues si alguna vez accedieron a involucrarse con Grawp, fue sola y únicamente por el cariño que le tienen a Hagrid. La situación era muy incómoda, pues probablemente Hagrid esperaba que alguno de ellos saltara de su silla y dijera “¡Vamos a verlo!”, pero nadie tenía intención de ello. Salvo, claramente, la única persona de esa habitación que aún no se había topado con aquel pequeño-gigante llamado Grawp.

- A mí me gustaría conocerlo - pronunció Stella, intimidada luego por las miradas suplicantes de sus amigos - Quizá sólo necesita conocer a otras personas, y entonces...

- ¡Pero ahora no podemos! - exclamó Hermione, nerviosa - Miren la hora que es... ¡Llegaremos tarde a Herbología!

De un segundo a otro, tanto Ron como Harry parecían sospechosamente animados con su clase de Herbología. Sin dar muchas explicaciones, agradecieron a Hagrid por el té - el cual apenas probaron - y corrieron por los jardines hasta que llegaron a la primera escalera de piedra, la que los lleva, comúnmente, al comedor.

- ¡Hermione, espera! - gritó Stella, tomando a su amiga de un brazo. Harry y Ron también se detuvieron - ¿Qué fue todo eso? Aún falta media hora para

entrar a clase - dijo, algo enfadada por no haber podido despedirse de Hagrid como habría querido.

- Lo siento... - se disculpó - Es sólo que no estaba dispuesta a visitar a Grawp tan pronto... - dijo, pidiendo ayuda a Harry con la mirada.

- Sí, es cierto - habló Harry - primero debemos asegurarnos que Grawp está tan tranquilo como Hagrid lo menciona, y sólo entonces te lo enseñaremos, ¿vale?

Stella asintió, aunque no muy convencida. Seguía algo molesta por su abrupta salida de la cabaña. Entonces Hermione se le acercó, denotando, nuevamente, algo de nerviosismo.

- Y bueno, además... dijiste que me ayudarías con... bueno, con mi asunto - tartamudeó, evitando la mirada de todos.

- ¿Qué asunto? - preguntó Stella, arrugando la frente.

- Pues... ESE asunto... - insistió, entornando los ojos en forma sospechosa. Harry y Ron se miraron confundidos. Sólo entonces Stella entendió, llevando una mano a su boca.

- ¡Oh, es cierto! *Tu asunto* - dijo, devolviendo a Hermione una mirada cómplice - Bien chicos, los veremos en clase - finalizó, tomando a su amiga de un brazo. Dándoles la espalda, subieron rápidamente las escaleras y sus voces se perdieron.

- Hablando de misterios - comenzó a decir Harry unos segundos después, aún con la vista en las escaleras - Me parece que me debes una historia de verano, amigo mío.

Ron lo miró extrañado, pero al mantener su mirada unos segundos, comprendió a qué se refería. Pasó una mano por su cabello, suspiró y dejó apreciar algo de rubor.

- Está bien - dijo, desanimado - Supongo que, si no me ayudas tú, nadie lo hará.

Harry sonrió. Él era quizá la peor persona en este planeta para dar un consejo amoroso, pero Ron era su amigo, y si no desahogaba sus sentimientos, terminaría explotando en el momento menos pensado. Hermione era su mejor amiga, pero como él mismo lo había dicho, ya no eran unos niños. Si hasta habían perdido el gusto por discutir...

Le dio una palmada en el hombro y lo instó a que caminaran por el patio central. No podía presionarlo, pero tenía mucha curiosidad por saber qué había pasado con Hermione en su ausencia... Además, quizá hablar con Ron también lo ayudaría a él mismo. Estaba sintiendo algo extraño por alguien que apenas conocía...

Algo triste, avanzó con la mirada al frente. Cómo deseaba que Sirius estuviera ahí.

Capítulo seis

Difícil de Contar

Comenzaba a hacer frío. Llevaban diez minutos caminando, solos, sin pronunciar palabra. El ruido de sus pasos en el pasto mojado era quizá lo único que impedía que el silencio no fuera incómodo, aplastante. Pero iban uno al lado del otro, y al parecer esa compañía discreta bastaba por el momento.

Ron aún no se decidía a hablar, y Harry no iba a presionarlo. De vez en cuando desviaban la mirada hacia el otro, como esperando alguna señal, pero luego regresaban la vista al horizonte, reflexivos, mudos. Se sentían de pronto rodeados de una paz inusual, cada uno en lo suyo, en sus propios pensamientos y problemas, y era un ambiente que, por el momento, no deseaban quebrar.

Casi por inercia, su caminar pausado los llevó a los invernaderos. Sin pensarlo demasiado entraron en el primero y, luego de un rápido recorrido visual, se sentaron en un pequeño banquillo de piedra rodeado de flores amarillas. Afuera el viento comenzaba a soplar más fuerte, las nubes negras amenazaban con una lluvia torrencial y el rumor de los truenos se sentía cada vez más cerca; pero ahí, refugiados dentro de aquella gran cúpula de vidrio, seguros y cómodos, dos estudiantes de sexto año tenían algo mejor en qué pensar. Ron quitó el cabello de su frente y suspiró con fuerza. Estaba nervioso, agitado, y Harry podía sentirlo, a pesar de que prefirió no hacer comentario. Pero ya algo desesperado en su intento de estar en paz consigo mismo, comenzó su relato, tartamudo.

- No es fácil, ¿sabes? - dijo, apoyando los codos en sus rodillas, mirando al suelo

- Siento que acabo de lanzarme al vacío y no llevo paracaídas.

Tras la última palabra, volvió a suspirar. Harry arrugó la frente. ¿Ron conocía los paracaídas? *Ups*, no era el momento para pensar en eso. Confortándolo, puso una mano en su hombro.

- Vamos, cuéntame. Me tienes intrigado.

Ron asintió despacio, aún sin mirarlo, y mientras evocaba en su mente lo sucedido en aquella impronunciable noche de verano, dibujó en su rostro una leve sonrisa.

- Ha sido uno de mis mejores veranos - murmuró, manteniendo su sonrisa por unos segundos - Todo funcionaba bien en casa, el ministerio le había dado a Papá unas pequeñas vacaciones, el negocio de Fred y George iba excelente... daba gusto estar en la madriguera. Además... - continuó, girando la vista hacia Harry por primera vez - Hermione estuvo conmigo esos dos meses, por lo que tuvimos mucho tiempo para... conversar.

Harry apretó los labios, comprensivo.

- Por eso no fuiste a Privet Drive antes, ¿verdad?

Ron desvió la mirada, asintiendo.

- No era una ocasión que se diera dos veces - se excusó - Después de unos días me di cuenta que intentaba pasar más tiempo conmigo que con Ginny o Stella, aunque cada vez que salíamos a caminar o a comer o a conversar de noche en el huerto, íbamos todos juntos... hasta que, una noche, sólo fuimos los dos.

Harry hizo un gesto para que continuara.

- Los dos solos, ¿entiendes? - dijo Ron, como si estuviera relatando la visión de un espejismo - Durante todo el verano me había sentido muy raro... temblaba sólo con oír su voz - sonrió de nuevo, pero duró un segundo. Y siguió hablando como si nadie estuviera a su alrededor - Había planeado todo en mi cabeza, qué decirle, cómo decírselo, hasta qué ropa usar... - y antes de que Harry pudiera preguntar "¿Decirle qué?", Ron continuó -... pero esa noche, su invitación me tomó de sorpresa, y me quedé en blanco...

- Ron - habló Harry, ahora algo impaciente - ¿Puedes decirme qué es lo que sucedió de una buena vez?

Ron lo miró, arrugando la frente.

- Está bien, está bien... - dijo, sin mucho convencimiento - Pues... caminamos durante mucho rato, y cuando nos dimos cuenta, ya estábamos muy lejos de casa - dijo, jugando con un retazo de su túnica, como si el hecho de aceptar que había estado con Hermione a esas horas de la noche fuera, a lo menos, un pecado imperdonable - Pero sólo conversábamos... es decir, yo nunca pensé que... bueno, no me opuse, pero... jamás, jamás, jamás lo sospeché... yo juraba que... - dudó antes de seguir, pero la cara de impaciencia de Harry lo obligó. En su tartamudeo, intentó ser más específico, mientras el rubor comenzaba a expandirse desde sus mejillas hasta sus orejas - Nos sentamos bajo un árbol y, no sé cómo pero, de un segundo a otro, me vi a mí mismo besándola... y bueno...

- Eso no tiene nada de malo, Ron - sonrió Harry, corroborando sus sospechas sobre el asunto.

- No, claro que no, eso lo sé - explicó, algo atarantado - Pero no fue sólo eso... - Seguía jugando con el borde de su túnica, con la mirada clavada en sus zapatos, con tantos nervios que se le revolvía el estómago. Entonces su voz volvió a

matizarse, tal como si estuviera hablando sólo con él mismo - No piensas en nada... no quieres pensar. Incluso olvidé dónde estábamos, qué hora era... - Al parecer intentaba excusarse de algo, pero en vano - Y no sé cómo, de verdad no sé cómo, pero en un segundo mis manos estaban en-en-en su cintura y-y-y-y al otro, ya estaban... b-bajo... su-su-su blusa... y entonces...

Harry lo interrumpió, sorprendido. Abrió los ojos al máximo.

- Acaso ustedes... bu-bueno, es decir, ustedes no...

- ¡Por supuesto que no! - exclamó, asustado. Ron sabía perfectamente a qué se refería su amigo. Apretó los labios, avergonzado, bajando tanto la cabeza que parecía haberse escondido tras su túnica.

Harry demoró un momento en reaccionar, estático.

- Vaya - exclamó al fin, con la mirada perdida, sin atreverse a decir algo más.

- Lo sé... - balbuceó Ron, enrojando notoriamente, tapando su cara con las dos manos.

(...)

- Vaya... - suspiró Stella, dejándose caer sobre el sofá de la Sala Común.

- ¡Lo sé! - gimió Hermione, escondiendo su cabeza tras uno de los cojines. Nunca se había sentido tan confundida como ahora. Temblaba de sólo pensar en lo que había sucedido, avergonzada - Luego de... bueno, de lo que pasó, apenas logré murmurar un "lo siento" y corrí hacia la casa - sollozó - Quería morirme...

Stella alzó una ceja, sonriendo levemente.

- ¿Sabes? Hasta el momento no sé dónde está el problema - dijo, quitándole el cojín para poder verla a los ojos - Ahora entiendo por qué actuaban tan raro los últimos días en la madriguera... esa noche especulamos mucho sobre qué estarían haciendo ustedes dos - amplió su sonrisa, pero al notar que Hermione se cohibía aún más, se obligó a tomar seriedad - Pero todavía no veo el problema...

- ¿Que no lo ves? - gimió de nuevo, atrayendo las rodillas hacia su cuerpo - Apenas puedo mirarlo a los ojos. ¡Ya no sé cómo hablarle, qué decirle! - Sus ojos poco a poco se llenaban de lágrimas, de impotencia, de vergüenza - Prácticamente me abalancé sobre él, ¿No lo entiendes? Debe pensar que soy una... una... - Ni siquiera pudo pronunciar la palabra. Apretando los labios, volvió a clavar las uñas en su cojín - ¡Lo he arruinado todo, todo!

Stella se acercó más a ella, y sin peticiones, Hermione se apoyó en su hombro y dejó escapar algunas lágrimas. Stella sabía que el asunto no era tan grave, que lo crucial en todo esto no era lo sucedido en sí, sino el sentimiento detrás que no querían reconocer... pero no quiso hacer más comentarios. En su cabeza, como un engranaje recién ajustado, las ideas para ayudarla ya comenzaban a surgir.

(...)

- ¡Debe pensar lo peor de mí! - exclamó Ron, angustiado y aún bastante ruborizado, caminando de un lado a otro frente a Harry - No la dejé reaccionar, no la dejé oponerse... prácticamente la obligué, ¿entiendes? Y cuando se puso a correr ya no pude disculparme ni nada - apretó los dientes - ¡¡Lo arruiné todo!! ¡¡Imbécil, imbécil!! - gritó furioso, golpeándose la cabeza contra el muro más cercano.

Harry permanecía en su asiento, pensativo, arrugando la frente cada vez que el golpe de Ron hacía eco en la pared. Estaba sorprendido, es cierto. El tema era algo tan lejano para él que nunca se detuvo a pensar que, biológicamente hablando, ya estaban en edad para ello. Pero - y no había que ser un experto para darse cuenta - mental y emocionalmente no lo estaban. Sólo bastaba con ver lo destrozado que lucía Ron, y eso que ni siquiera llegó a concretarlo. En el fondo, Harry sabía que lo realmente importante en todo esto no era lo que había hecho o dejado de hacer, sino aquello que lo había impulsado a actuar...

- ¿Sabes? Yo no estuve ahí pero... - comenzó a decir, y sin estar seguro de que fuera lo más adecuado, se arriesgó - No creo que sea tan grave, Ron.

Ron se alejó unos centímetros del muro, algo atontado, y luego de sacudir su cabeza miró a Harry con desafío. Por primera vez en su vida, Harry vio a su amigo hervir de furia.

- ¿No es tan grave? - habló, irónico, y luego subió la voz - ¡¿No es tan grave?! - gritó de nuevo, a lo que Harry se levantó de su asiento.

- ¡Cálmate, Ron! El problema no es conmigo - le encaró, comenzando a exasperarse.

Ron arrugó la nariz, aún desafiante, pero retrocedió unos pasos.

- Ya apenas me dirige la palabra, no me mira a los ojos... ni siquiera discutimos... ¿y dices que no es tan grave? - abrió y cerró los puños con fuerza, como si quisiera desahogar su rabia dándole una golpiza al primero que se cruzara en su camino. Harry estaba dispuesto a golpearlo si era necesario, pero antes de que tuviera que hacerse a la idea de noquear a su mejor amigo, vio en los ojos de Ron un cambio sustancial. La sombra de ira que los había

embargado por algunos minutos no pasó a ser más que una profunda tristeza, abatiéndolo. Cayó de rodillas al suelo, bajó la mirada y quebró la voz - La perdí para siempre, Harry. La conozco... jamás va a darme una oportunidad, no va a perdonarme - elevó los ojos, llorosos - Podría morir ahora y me importaría un bledo.

Harry relajó los puños, desconcertado, pero asintió. Se arrodilló junto a Ron y le palmoteó la espalda suavemente. Se negaba a creer que todo fuera tan grave, pero Ron ciertamente no estaba en la posición de entenderlo, o aceptarlo. Había que arreglar las cosas de otra manera; no iban a tirar por la borda cinco años de amistad. Habían compartido mucho, sufrido mucho juntos... ¿Qué tan difícil sería lograr que hicieran las paces? Él estaba lejos de ser un experto en la materia, por lo que necesitaba a alguien que supiera, que entendiera de estas cosas. Si el caso hubiera sido otro, a quien hubiera recurrido en primera instancia sería a Hermione, pero ahora debía recurrir a alguien más. Y ese alguien estaba muy cerca... quizá demasiado.

Harry se había levantado tan tarde que no había alcanzado a desayunar. Y es que una pesadilla recurrente, ya archiconocida por él, lo había atormentado una noche más: Sirius, sonriente y desafiante, caía en cámara lenta atravesando poco a poco aquel maldito telón, mientras Harry corría con todas sus fuerzas hacia él... y al tiempo que lograba rozar su mano, despertaba bruscamente, jadeante y sudando entre las sábanas.

Estaba harto de sus pesadillas, de tantos sueños amenazantes, de tener que revivir a la fuerza aquel fatídico episodio. Se sentó sobre la cama, magullado, y quitó de un manotazo el sudor de su frente. Estaba furioso, asqueado, abrumantemente triste. Arrugó la frente, conteniendo las ganas de llorar.

Todos sus amigos habían abandonado la habitación hace rato, y a esta hora ya estarían desayunando, quizá preguntando por él. La soledad del cuarto no le provocaba vacío, sino libertad, alivio de no tener que soportar aquellas miradas lastimeras, condescendientes... Apretó los dientes. Cerró los puños con fuerza y, empujado por un cierto descontrol, comenzó a golpear el colchón, una y otra vez, intentando encontrar una salida a todo ese rencor que súbitamente iba creciendo en su interior. Dibujó en su mente el rostro de Bellatrix Black Lestrange, tan evocado y detallado... Lo mantuvo frente a sí por unos segundos y luego, apenas consciente de sus actos, sus gafas comenzaron a temblar en la mesa de noche. Hasta que entonces, rápidas e impulsadas por una fuerza invisible, volaron por la habitación y se estrellaron, estruendosas, contra el muro del fondo. Los trozos de cristal se esparcieron por el piso instantáneamente, pero Harry no parecía sorprendido. Por un momento había visto en ellos la cara de aquella mujer, indeseable, pútrida, y había embestido contra ella con toda su fuerza. Incluso había imaginado sus dedos en su cuello, estrangulándola, desvaneciéndose en las sombras. Ella se había convertido en su principal objetivo desde hace un tiempo. Pensaba, incluso, que le importaba más ella que el propio Voldemort...

Giró la mirada hacia sus gafas, echas añicos por el golpe, y de pronto sintió ganas de vomitar. Tomó su cabeza con las dos manos, aturdido, como si cada esquina de su cuerpo hubiera sido azotada violentamente, sin piedad. Por dentro estaba destruido, atormentado, impotente al pensar cómo sus seres queridos se iban alejando, uno a uno, sin que él pudiera hacer nada al respecto. Porque él era el elegido, aquel nombrado en la profecía, el único capaz de derrotar a Voldemort o morir en el intento. Era diferente, apartado, intimidantemente especial. Y aunque en el fondo deseaba con todas sus fuerzas volver a nacer, en otro sitio, en otra casa, en otra situación, los rostros de sus amigos y cuantos se habían topado con él en estos seis años, le apremiaban. Él

no había hecho nada, sólo sobrevivió, pero le debía tanto a tantos...

Haciendo un esfuerzo, intentó recordar el encantamiento componedor, pero su mente estaba demasiado confundida como para retener el hechizo más simple. En lugar de eso, buscó su varita, apuntó a sus ojos y dijo: "*¡Oculus incantato!*". Algo que sí recordaba era aquel hechizo, aprendido de uno de los libros de la sección prohibida, que le permitía corregir el problema de su vista por unas horas. Lo había tomado como una posibilidad para el Torneo en cuarto año, pero jamás llegó a usarlo.

Giró sobre sus pies y se observó en el espejo: veía perfectamente. Sería extraño desenvolverse sin sus lentes, pero no era lo más importante a pensar ahora. Se sentía extraño por la facilidad en que usaba magia sin su varita, todo por el poder de sus emociones... pero lo que más pesaba en su mente era su soledad inmanente, su tristeza eterna... Nadie en este mundo, por mejores intenciones que tuviera, lograría comprenderlo; entender sus sentimientos y sus porqués. Y es que él era único en su especie, y así permanecería, quizá para siempre.

Se vistió rápidamente, juntó los pedazos de sus gafas esparcidos por el piso y los introdujo en los bolsillos de su pantalón. Hermione sabría cómo repararlos. Entonces miró su reloj: la clase de Defensa comenzaba en cinco minutos. Por ahora sería un alumno más, un gryffindor más, pero a qué precio...

La semana había pasado tan rápido que la mayoría de los estudiantes de Hogwarts aún se sentían como si acabaran de salir del banquete de iniciación. El cielo negro de un invierno amenazante transformaba las jornadas en periodos más cortos, haciendo casi imposible distinguir entre el día

y la noche; para el fin de semana, y sólo una hora después de levantarse por la mañana, Ron ya pensaba que era hora de la cena. Además, casi todas las asignaturas les habían llenado de deberes, por lo que pasaban la mayor parte del tiempo en las salas comunes, resguardándose del frío y aprovechando la luz de la chimenea. Y así, entre penumbras, llegó un nuevo comienzo de semana, y con él, una nueva clase de Defensa contra las Artes Oscuras.

Stella, Hermione y Ron detuvieron su andar justo antes de la esquina. Surcando entre la oscuridad del pasillo, divisaron la figura de Harry corriendo hasta ellos.

- ¡Buenos días! - exclamó Ron con ironía, pero pronto frunció el ceño - ¿Y tus lentes?

- Tuve un pequeño accidente. Me senté sobre ellos sin querer y los arruiné - aclaró, sin darle demasiada importancia - Pero usé el hechizo Oculus Incantato. Me ayudará por ahora.

Hermione suspiró de satisfacción.

- Veo que por fin sacas provecho de los libros, ¿no Harry?

Ron refunfuñó ante la idea de que Harry se hubiera vuelto un amante de la lectura.

- Bueno, no es para tanto. Sólo tú ves la fascinación en leer - replicó, regresando la vista hacia Harry - lo importante es que estás aquí. Yo quise despertarte, pero tenías la respiración acelerada y sudabas mucho. Creí que estarías enfermo o algo, así que opté por dejarte descansar.

Harry prefirió no hacer comentario. No estaba listo para hablar de sus tormentos, de sus temores. Sólo atinó a sonreír forzadamente, pero Stella

mantuvo la seriedad. Clavó sus ojos en él, serena, y de pronto Harry sintió como si estuviera leyendo su pensamiento. ¿Acaso sabría Oclumencia? Los ojos de ella tomaron un matiz de preocupación, apretó los labios en señal de entendimiento, y entonces sonrió, afectuosa, como si de alguna manera intentara confortarlo por todo aquello que lo hacía sufrir. Harry apenas pudo reaccionar ante aquel gesto, sorprendido, aunque confusamente aliviado. Era como si hubiera escuchado su voz en su cabeza, rogándole que dejara de llorar.

Hermione desvió su mirada desde Harry hacia Stella y viceversa. Sonrió al ver nuevamente una conexión entre ellos, pero antes de que pudiera pronunciar palabra, una sombra sigilosa apareció tras ellos.

- ¿Ustedes no deberían estar en clases?

La desagradable voz de Severus Snape quebró la hermosa quietud que se había apoderado de Harry por unos segundos. Stella y los demás voltearon con premura, al tiempo que Snape sacudía la cabeza, esperando una respuesta.

- Ahora vamos, profesor - dijo Hermione, con cara de pocos amigos. Hizo un gesto a sus amigos para que comenzaran a caminar hacia la puerta del salón, pero la voz de Snape volvió a resonar, tenebrosa, sobre las paredes de piedra.

- ¿Y sus gafas, señor Potter? - comenzó a decir, como si el hecho de pronunciar el apellido de Harry le provocara náuseas. Pero antes de que Harry quisiera decir algo, Snape ahogaba su intento - Sus clases concluyen a las cinco, ¿no es así? - Y sin esperar reacción, continuó - Pues entonces lo espero en mi despacho a las seis. Y, por favor - dijo, irónico - no me haga esperar. No creo que quiera puntos menos - concluyó, dirigiendo una mirada extraña hacia Stella, quien parecía incomodarse ante él - Ah. Y consiga gafas nuevas. No querrá perder su atractivo, ¿verdad?

Harry asintió levemente, silencioso. Intentó que su rostro no delatara el mínimo indicio de enfado, no le daría en el gusto. Aún no podía acostumbrarse a la idea de que él, una de las personas más odiadas en Hogwarts, fuera el brazo derecho de Dumbledore en los asuntos de la Orden del Fénix. Pero él no era nadie para juzgar; el viejo director tendría sus razones.

Sin que nadie dijera nada sobre el asunto, caminaron a paso ligero y entraron al salón de Defensa, el cual, para la ocasión, había sido dispuesto de dos extensas plataformas rectangulares, no muy altas, en las que se efectuarían los duelos. Ron observó que el número de alumnos se había reducido considerablemente luego del resultado de los TIMOs, pues veía sólo caras conocidas: casi todos miembros, estables y privilegiados, de la Armada Dumbledore.

Libertes Pittycarp subió ágilmente al primer campo de duelo. Llevaba un atuendo parecido al que Lockhart ocupara en aquel fracasado club en segundo año, pero algo más ajado y sucio. Su pelo engominado brillaba a la luz de los candelabros, y los músculos de su cara de contraían a cada momento para dibujar una sonrisa despectiva, atento a cada alumno que se agolpaba alrededor. De pronto, y deteniendo su paseo frenético, fijó la vista en los últimos alumnos en llegar al salón.

- ¡Potter, Maris, vengan acá! - exclamó, al tiempo que todas las miradas confluían en Harry y Stella. Se ruborizaron un momento frente a tanta atención; algunas chicas miraban a Stella de arriba a abajo y cuchicheaban cosas ininteligibles, mientras que los chicos la observaban pasmados, aún sorprendidos por lo sucedido con los Patronus. Los dos subieron al campo de duelo y se situaron uno a cada lado de Pittycarp. Entonces él se acercó a Harry, con cara de preocupación - ¿Y sus lentes, Potter? - preguntó, y Harry suspiró de

cansancio. Era la tercera vez en cinco minutos que le preguntaban lo mismo. ¿Tan notorios eran sus lentes?

- Los rompí sin querer. Pero veo perfectamente, profesor, no se preocupe - respondió, cortante, a lo que Pittycarp movió la cabeza en señal de alivio. Entonces aclaró su garganta y se dirigió a la multitud, mientras los observaba con entusiasmo.

- ¡Escúchenme todos! - gritó, logrando un silencio sepulcral en pocos segundos - Hagamos de esto algo más interesante. Para mantener la atención, y para que se esfuercen en derrotar a su oponente, la primera parte del club se desenvolverá como un pequeño torneo - dijo, desplazándose lentamente a través de la tela azulina, decorada con extravagantes motivos dorados, la cual cumplía la función de piso en los campos de duelo - Dividiremos la clase en dos partes - apuntó hacia las dos plataformas dispuestas - y ya que la Srta. Maris y el Sr. Potter aquí presentes parecen ser los más capacitados, irá cada uno a una parte distinta, para hacer de esto un juego más equilibrado - mencionó, saboreando las últimas palabras, frotándose las manos - Lucharán entre ustedes por turnos, y de cada lado saldrá un ganador. Lo mismo sucederá en la clase de Hufflepuff y Ravenclaw, y ya con un ganador por clase, se enfrentarán en un último duelo que definirá al campeón. ¿He sido claro?

Un "sí" generalizado rebotó en las paredes del salón, al tiempo que las cabezas de los alumnos tanto de Gryffindor como de Slytherin asentían, entusiasmados. Pittycarp sonrió, satisfecho, y giró sobre sus pasos para enfocar la mirada en las dos personas que lo acompañaban.

- He hablado muy bien de ustedes en el consejo. Espero que nos proporcionen un buen espectáculo - pronunció, ahora algo paranoico, tragando saliva constantemente y restregando sus manos con vehemencia.

Harry y Stella sólo se limitaron a asentir. Un club de duelos les parecía divertido, pero no estaban seguros de querer pelear, si se diera el caso, uno contra el otro...

Pittycarp sacó su varita, apuntó hacia un escritorio del fondo y gritó: "*Accio pergamino!*". Unos segundos después, un rollo de pergamino con los nombres de todos los integrantes de la clase llegó a las manos del profesor, quien, susurrando un nuevo hechizo, hizo que levitara frente a él. Moviéndolo su varita un par de veces, hizo escapar de ella un polvillo dorado el cual envolvió el pergamino, haciéndolo girar sobre su eje tan rápido que, cuando se detuvo, ya no había uno sino dos pedazos de papel.

- Muy bien, todo preparado - dijo Pittycarp, examinando los pergaminos - Publicaré las listas al terminar la clase. Mientras tanto, el duelo por la primera sección será entre Lavender Brown y Neville Longbottom. Por la otra sección se batirán... - buscó con su dedo índice - Draco Malfoy y Ronald Weasley.

Ron subió una ceja y miró con suspicacia a Malfoy, quien al otro lado de la sala mostraba una mueca de desagrado. Esta era su oportunidad para darle una lección a ese engreído "sangre pura"; no podía desaprovecharla. Había disfrutado cuando Stella se le había enfrentado, cuando a veces Harry lo ponía en su lugar, o cuando por unos minutos fue un indefenso hurón en cuarto año a manos de Moody, pero nunca había tenido la posibilidad de vengarse por sí mismo. Arremangando su camisa, se juró no fallar, ni mucho menos hacer un papelón frente a Hermione.

Ella lo observó rodear la primera plataforma y dirigirse, seguro y confiado, hacia donde Malfoy lo esperaba. Nerviosa, se mordió el labio inferior. Habría deseado abrazarlo para darle buena suerte, o besarlo en la mejilla como aquella vez antes del partido de Quidditch, pero recordar el episodio de verano

no la dejó dar un paso. Su atrevimiento seguía fresco en su cabeza, por lo que sólo atinó a seguirlo con la mirada y sonreírle, tímida, al tiempo que subía de un salto a su respectivo campo de duelo.

Harry y Stella intercambiaron una mirada distendida, aliviados por no tener que inaugurar el campeonato. Por ahora, se divertirían observando los otros duelos. Pero les preocupaba Ron; Draco podía recurrir a las más oscuras artimañas con tal de ganar. Caminaron hasta la segunda plataforma para ver el duelo más de cerca, encontrándose con Hermione allá.

- ¿Recordará los hechizos más poderosos? ¿Habrá aprendido los aturdidores? Tal vez yo podría...

- Hermione - dijo Harry, poniendo una mano en su hombro - Ron lo hará bien. Hace mucho que ya puede cuidarse solo.

Stella asintió. Hermione suspiró luego de escuchar las palabras de Harry. Bien sabía que Ron podía cuidarse solo, pero de Draco podía esperar cualquier cosa, y si algo le sucediera...

Pittycarp se había situado ya entre Lavender y Neville, quienes se miraban con más alegría de lo que los demás hubieran supuesto. Eran dos entusiastas miembros de la Armada Dumbledore, y como tales, dejarían bien puesto el nombre de ésta. El profesor explicó las reglas (sólo encantamientos de desarme y aturdidores) y luego, levitando en forma ostentosa, se transportó hasta situarse entre Draco y Ron. La mayor parte de los alumnos tenía los ojos puestos en el segundo duelo; la escolta de Slytherin esperaba una buena paliza por parte de Draco. Pittycarp explicó las reglas a ellos y se alejó luego rápidamente, tomando una posición privilegiada entre las dos plataformas para observar ambos duelos con el mismo interés.

A su señal, Lavender, Neville, Draco y Ron caminaron desde sus esquinas hacia el centro de sus respectivos campos de duelo. Hannah y Neville elevaron sus varitas a la altura de sus rostros, y espontáneamente, se dirigieron una sonrisa de aliento, para luego dar una pequeña reverencia y regresar a sus esquinas, situándose en sus posiciones. Draco y Ron permanecieron más segundos de lo presupuestado en la parte central del campo. Tras sus varitas fuertemente empuñadas a la altura del rostro, se batían en una dura lucha visual. Nadie podía decir cuál de los dos demostraba más asco, más desafío. Pittycarp tuvo que recordarles los tiempos establecidos, obligándolos a retroceder a sus esquinas y situarse en posición de combate.

El ambiente estaba cargado de una tensión asfixiante. Lavender y Neville sólo querían poner a prueba sus conocimientos sobre Defensa; se tenían mucho afecto y jamás intentarían hacer algo demasiado arriesgado. Draco y Ron, por su parte, estaban dispuestos a dejar malherido al otro si era necesario. Esta vez no escatimarían en daños.

Pittycarp elevó la voz. "Uno, dos... ¡tres!!" y varios gritos acompañados de sus respectivos haces de luz llenaron la sala a tal grado que nadie supo qué dijo quién. Sólo era posible ver los resultados: Lavender, aterrada, veía como sus piernas flaqueaban y se agitaban sin parar, haciéndola tambalear. Obviamente Neville había usado el encantamiento piernas de gelatina, y con éxito. Mientras Pittycarp anotaba el movimiento de Neville, Harry y Hermione se hacían paso entre la multitud para saber qué había pasado en la segunda plataforma.

Tanto Draco como Ron habían sido abatidos por el hechizo del otro. Ron había gritado: "*¡Rictusempra!*" en el mismo segundo en que Draco exclamó "*¡Everte Statum!*", haciendo que los encantamientos embistieran al otro

al mismo tiempo, dejándolos igualmente heridos. Draco, eludiendo de un manotazo la ayuda de Goyle y apoyándose en una de sus rodillas para reincorporarse del piso, hizo una mueca de dolor al tocar su brazo derecho. Volvió a acomodar su pelo hacia atrás y aflojó el nudo de su corbata, levantándose como si nada y regresando a su posición, planeando ya la forma de vengarse. Ron, por su lado, había caído tan fuerte que chocó con pleno rostro sobre la plataforma, haciendo sangrar su labio inferior. Se levantó con dificultad, algo magullado, y con un retazo de su túnica limpió el hilillo de sangre que ya había llegado a su mentón, sin apartar los ojos de Draco, furioso. Con solemnidad y confianza, se quitó la túnica y la tiró fuera del campo. Luego volvió a la postura de combate, esbozando una sonrisa irónica, instando a su enemigo a volver a atacar.

Pittycarp creyó ver en los ojos de ambos un odio profundo, inusual en chicos de su edad. Aunque, mirándolos bien, ya no eran niños, sino dos adultos listos para defenderse, fuera lo que fuera: cada uno medía cerca de 1.80 mts., eran de contextura media y al parecer podían resistir bien el dolor. Aún con dudas sobre dejarlos continuar, Pittycarp levantó su mano. De seguro esto era algo más que un juego para ellos.

Sin esperar siquiera el conteo, Ron se adelantó algunos pasos y gritó: "*Expelliarmus!*", lanzando a Draco tan lejos que casi cae fuera de la plataforma. Su cabeza rebotó contra el piso en un golpe certero, tan duro que lo noqueó por unos segundos antes de que pudiera entender qué había sucedido. A Ron ya no le preocupaba la sangre que volvía a aparecer en su labio inferior. Sonreía triunfante, orgulloso ante la escena.

Mientras Harry y Stella aplaudían con efervescencia, Hermione apenas podía hablar de la impresión: Ron se había comportado como nunca se lo hubiera esperado... Había demostrado suficiente coraje y determinación

digna del mejor mago. De hecho así, en aquella posición y con el cabello revuelto, el rostro herido, la camisa fuera del pantalón y ese gesto de desafío en sus ojos, se veía tan atractivo... Pensando rápidamente, y por primera vez olvidando lo sucedido en el verano, se acercó, sigilosa, hasta el extremo derecho de la plataforma. Buscó en el bolsillo de su blusa el pañuelo que siempre llevaba consigo, y estirando su brazo lo más que pudo, logró que Ron notara su presencia. En un principio se sobresaltó, escéptico, pero no lo pensó demasiado y se arrodilló cerca de ella, aceptando su ofrecimiento.

Se sonrieron, cálidos y sinceros. Ron, tembloroso, tomó el pañuelo y lo apretó contra su herida, dejando una notoria mancha de sangre en la tela blanquecina. Se limpió a tientas, arrugando la frente de dolor pero sin emitir gemido alguno, y entonces se lo regresó, rozando sus dedos por un segundo que les pareció una eternidad. Volvieron a mirarse, sonrojados, pero ya no de aterradora vergüenza sino de esa timidez que sabes que esconde algo más, y antes de que alguno de los dos quisiera decir algo, algunos murmullos provenientes del otro extremo de la plataforma atrajeron la atención de Ron. Apretando los labios, se disculpó con la mirada, se reincorporó en el acto y caminó hasta Draco, quien parecía no responder.

Pittycarp, alterado por la situación, levantó los dos brazos. Iba a anunciar el término del duelo y el triunfo de Ron, pero antes de que cualquiera de los alumnos pudiera percatarse de las intenciones de su profesor, Draco abrió los ojos, intempestivo, y de un salto ya estaba de pie, a pocos metros de Ron y con la varita apuntándole. Sin darle tiempo de prepararse, dio un paso y gritó: "*Leviostate corporeo!*". Un rayo amarillento salió de la punta de su varita y, en lugar de golpear a Ron, lo rodeó por completo, como una soga de luz, dejando inmóvil sus brazos y piernas, y apretando tanto su pecho que hacía más difícil su respiración. Sonriendo maliciosamente, dibujó círculos con la varita, haciendo que el cuerpo de Ron se levantara del piso y rodara, cada vez más

rápido, a pocos centímetros de las cabezas de los observadores. Giraba y giraba, como un remolino, al tiempo que la mayoría de los Slytherin comenzaban a reír.

Hermione ahogó un grito de desesperación. Harry, por su parte, miraba de un lado a otro sin decidir qué hacer. Las carcajadas de Draco lo estaban enloqueciendo, deseaba con todas sus fuerzas aturdirlo con un buen hechizo, o quizá...

- ¡Déjalo ya! - gritó, en un intento por liberar a Ron de su sufrimiento. Además, su rostro comenzaba a palidecer, visiblemente por la falta de aire.

Draco dejó de reír tan pronto escuchó la voz de Harry. De hecho, le había quitado a Pittycarp las palabras de la boca, quien estaba a punto de suspender el duelo, ya bastante asustado por la actitud de sus alumnos.

- ¿Quieres a tu amigo? - exclamó, sin dejar de mover la varita en círculos - ¡Pues tómalo!

En un brusco movimiento, estiró su brazo apuntando a Harry y lanzó el cuerpo de Ron contra él, provocando un grito colectivo. Cayó con tanta fuerza sobre Harry que lo hirió en la cabeza, haciéndolo sangrar cerca de su cicatriz.

Sacudió la cabeza un par de veces y pestañeó. Vio a Ron a su lado, casi inconsciente, y movió su hombro para despertarlo. Sin embargo, parecía haber quedado en una especie de trance. Pronto Hermione corrió hacia ellos, cayendo de rodillas al suelo y tomando la cabeza de Ron, de algún modo protegiéndolo de los demás.

Harry se incorporó, iracundo. Sus puños estaban demasiado tensos, tanto que apenas podía sostener la varita. Aún así la apuntó hacia Draco, quien había bajado de la plataforma para ver más de cerca lo que había hecho con Ron. Se encontraron frente a frente, y Draco empuñó su varita nuevamente, sin perder su sonrisa cruel. Entonces, durante la milésima de segundo en la que trajo a su cabeza el hechizo más poderoso que conocía, Harry tuvo una idea mejor.

Quebró su posición de combate, volvió a erguirse pero en ningún momento perdió el contacto visual. En un movimiento ágil, pasó su varita a Dean Thomas, quien se encontraba junto a él, y comenzó a caminar hacia Draco. Nadie entendía nada. ¿Es que acaso no pensaba defenderse? Draco seguía en posición, sus dedos acariciando su varita, y al momento en que iba a lanzar algún encantamiento, vio el rostro de Harry tan cerca de él que pudo notar la verdadera furia en sus ojos verde esmeralda. Con el puño más tenso que nunca, Harry había apuntado a su mentón y lo había golpeado con todas sus fuerzas, elevándolo algunos centímetros del piso y dejándolo profundamente aturdido, sangrando por la nariz, a varios metros de él. Unos segundos después gimió un "¡Auch!", aunque divertido. Nunca había usado sus puños contra alguien, pero haberlo hecho contra Malfoy había sido una delicia.

Crabbe y Goyle corrieron hacia Draco, y por más que lo abofeteaban, no lograban hacerlo responder. Esta vez - estaban seguros - no estaba fingiendo: Harry realmente lo había golpeado con fuerza.

- ¡Ya basta! ¡Esto se acabó! - gritó Pittycarp, acercándose a Draco para comprobar su estado. Estaba noqueado, no había duda, pero viviría. - Potter, lleve al Sr. Weasley a la enfermería, ¡ahora! - ordenó, al tiempo que lo levantaban con la ayuda de Stella y Hermione - Y ustedes - dijo, apuntando a Crabbe y Goyle - lleven al Sr. Malfoy a su habitación y avísenme cuando

despierte.

Los dos Slytherin asintieron, algo aterrorizados por el rostro de Pittycarp. Entre los dos tomaron a Draco y lo arrastraron, no sin dificultad, hasta llegar al pasillo. Secando el sudor de su frente, Pittycarp, mirando de reojo a la primera plataforma, se dirigió al resto del alumnado, quienes habían presenciado la escena con pavor.

- El ganador del primer duelo es el Sr. Longbottom - exclamó, mientras todos veían cómo Lavender aún no lograba lidiar con sus piernas de gelatina - En cuanto al segundo duelo, la decisión quedará pendiente. No puedo dejar impune todo lo que ha sucedido.

La mayoría asintió, temerosa. Jamás habrían imaginado que Ron y Draco se odiaran de ese modo. Habían sido testigos de su rivalidad, de sus peleas verbales... pero nunca pensaron que llegarían a estos extremos. Súbitamente, la popularidad de Ron se elevó por las nubes... ya no sólo era un jugador de Quidditch más, sino que ahora, según muchas de las chicas, era el prometedor-fuerte-guapo guardián de Gryffindor.

Luego de que el profesor dio los resultados, ordenó que todos volvieran a sus salas comunes; la clase había terminado. Estaba pálido, ojeroso. El asunto se le había escapado de las manos. ¿Todos los alumnos eran tan violentos como aquellos? Quizá no le gustaría averiguarlo.

Ron había dejado de jadear. Su pecho se contraía ahora lentamente, y sus palpitations habían vuelto a su ritmo normal. Tendido en una de las camillas de la enfermería, dormía profundamente, y Hermione no

había querido despertarlo. Con delicadeza y quietud, había apoyado la cabeza de Ron en su regazo, acariciándole el cabello. Se había portado como un héroe; quizá le escribiría a la Sra. Weasley para contarle. Estaría orgullosa de él, tanto como ella lo estaba ahora, cubriendo su herida con su pañuelo, observándolo dormir, sereno.

Harry estaba sentado a los pies de una de las camillas contiguas. La herida en su frente no paraba de sangrar, pero no se sentía aturdido ni nada. De hecho, estaba extrañamente feliz. No había imaginado el placer que daba el golpear a alguien de esa manera; ahora entendía la fascinación de Dudley por el boxeo. Quizá, si se daba el momento, le pediría que le enseñara algunos golpes tácticos.

- No puedo encontrar a la señora Pomfrey - comentó Stella, quien acababa de entrar a la enfermería - Quizá tuvo alguna emergencia al otro lado del colegio.

Nadie dijo nada, en parte para no romper el elocuente silencio entre ellos, en parte porque no parecían muy apurados en obtener asistencia médica. Stella rodeó con la vista el lugar, atenta, y detuvo la mirada en una gran estantería de cristal.

- Ahí están la mayoría de los medicamentos. Puedo distinguir las pociones para curar lesiones sangrantes, así que supongo que entre nosotras podemos curarlos - dijo, mirando a Hermione en busca de aprobación. Ella asintió, segura.

Cerca de Harry, Stella comenzó a hurgar en la estantería, mirándolo de reojo de vez en cuando. Y entonces sonrió, haciéndolo sentir algo incómodo.

- ¿Qué? - preguntó, intrigado.

Ella sonrió, sin girar la vista.

- El profesor Snape tiene razón - dijo, y al notar que Harry no veía la conexión, habló de nuevo - Tus lentes son parte importante de tu atractivo.

Harry enmudeció ante el comentario. Hermione río bajito; Harry era... como decirlo... algo "incapacitado" para reaccionar frente a ese tipo de cosas. Pero él, aunque sonrojado, no estaba dispuesto a ponerse en evidencia. De sus bolsillos extrajo todos los pedazos de sus gafas, incluso los más pequeños, y los dejó sobre una mesa plegable cerca de él. Intentó una vez más recordar el encantamiento reparador, pero no estaba suficientemente tranquilo como para pensar en eso. Tendría que pedirselo a Hermione o Stella, pero ambas parecían muy ocupadas en aquel segundo. Apretó los labios, mientras la observaba preparar en unos pequeños platillos una sustancia amarillenta, acompañada de algunos algodones. Parecía conocer los implementos de primeros auxilios bastante bien, así como algunos trucos de magia, convocar Patronus poderosos, sobrevivir a magos oscuros, bailar...

- ¿Hay algo que no puedas hacer? - dijo de repente, divertido, tomándola por sorpresa.

Ella se sonrojó un poco, lo que se hizo más visible cuando pasó cerca de él para entregarle a Hermione un platillo con la sustancia y algunos algodones.

- Déjame ver - bromeó, tomando su propio platillo. Se sentó junto a Harry, sobre la camilla. Mientras empapaba uno de los algodones en aquella extraña crema, fruncía el ceño como si estuviera pensando. Entonces subió la vista, mirándolo a los ojos - Yo no juego Quidditch - dijo al fin, sonriendo - No soy buena montando la escoba, por lo que no serviría para guardián. Tampoco

podría golpear o esquivar las bludgers... me pegarían en la cabeza al menor aviso. Y, por supuesto, jamás lograría atrapar la snitch, ni aunque tuviera el tamaño de un elefante - finalizó, divertida.

Harry soltó una carcajada débil. Repentinamente, deseaba con todas sus fuerzas que la temporada de Quidditch comenzara lo antes posible.

Stella alzó una ceja.

- No, es cierto - recalcó, de alguna forma respondiendo a la carcajada - Realmente admiro lo que haces, Harry. Se necesita mucha valentía, talento y técnica para atrapar la snitch, y tú lo haces parecer tan fácil... - Harry sonrió, satisfecho. Stella suspiró - Bien Harry, esto va a doler.

Levantó ante sus ojos el algodón cubierto de la sustancia amarilla, y él hizo una mueca de desagrado. Quitando de su frente un mechón de su cabello, tocó apenas la herida de Harry, haciendo que éste diera un pequeño salto y exclama un "¡Auch!"

- Hombres - rió Stella, divertida. Hermione, por su parte, parecía concentrada en el rostro de Ron. Con la punta del algodón rozaba gentilmente su labio inferior, sólo que él no se oponía. Aún no había despertado.

A regañadientes, Stella logró limpiar la herida de Harry, poniéndole luego una pequeña venda. Aprovechó también para revisar su puño, pues sus nudillos le ardían luego del golpe dado. Cuando ella hubo terminado, le acarició la mejilla, casi sin querer.

- Listo - dijo, evitando su mirada.

Hermione miraba la escena encantada, pero un movimiento en

su regazo la hizo voltear. Moviendo su cabeza ligeramente, Ron intentaba despezarse como si fuera un mañana más en la cama de su habitación. Hermione apenas respiraba, atenta a cada gesto. Entonces Ron abrió los ojos, lentamente, algo confundido, y al fijar la vista en quien estaba junto a él, empezó a parpadear. Miró bien, parpadeó de nuevo y, sorpresivo, balbuceó: "¿Ya es hora de cenar?".

Hermione se echó a reír, entre nerviosa y emocionada. Sus ojos bordeaban las lágrimas. Harry y Stella sonrieron abiertamente, aliviados de que Ron estuviera bien.

- No Ron, aún no es hora de cenar - explicó Hermione, volviendo a sonreír, al tiempo que Ron comenzaba a percatarse de dónde estaba. Cortinas verdes, camillas, paredes blancas... *oh oh*.

- ¡Perdí el duelo! - exclamó, sentándose sobre la cama abruptamente, como si despertara de una pesadilla - ¡Dejé que el imbécil de Draco me ganara!

Harry se incorporó de su camilla.

- Yo no estaría tan seguro - dijo, notando que su puño aún estaba algo inflamado - Le di una paliza en tu nombre. A esta hora aún deben estar resucitándolo - sonrió, satisfecho consigo mismo, acariciando su muñeca.

Hermione asintió, inusualmente alegre. Jamás habría supuesto el placer que les causaría a sus amigos un par de golpes bien dados.

- Deberías haberlo visto... No creo que quiera acercarse a nosotros durante un buen tiempo - sonrió, pero al notar que Ron seguía contrariado, añadió, bajando la mirada - Fuiste muy valiente. Estamos orgullosos de ti.

Stella y Harry movieron sus cabezas, corroborando el

comentario. Para Ron sólo bastaba un elogio así, de boca de Hermione, para revivir del más tortuoso sueño. Ya un poco más animado, tocó a tientas la herida en sus labios.

- ¿Todos vieron mi Expelliarmus? - preguntó, tímido, no sabiendo si sonaría ingenuo o pedante.

- Todos - respondió Hermione, tan cerca de Ron que un escalofrío recorrió su espalda. Se miraron, callados, pero la expresión de ella bastaba para entender que no había hecho un papelón, después de todo.

- Bueno, no gané, pero me dio gusto magullarlo - sonrió, buscando de reojo la aprobación de Hermione. Ella le sonrió de vuelta, aunque algo reticente.

- Igual yo - finalizó Harry, satisfecho. Desde hoy, esa sería su filosofía: Nada mejor que golpear a un engreído antes de la cena.

La sala común de Gryffindor estaba en penumbras, iluminada sólo por las llamas de la chimenea. Pero él apenas las divisaba: el hechizo para corregir su vista estaba a punto de perder todo efecto. Aún así, prefirió permanecer inmóvil. La cuasi ceguera, por ahora, no le incomodaba demasiado. Además, era una buena excusa para no volver al despacho de Snape; lo había dejado esperando casi una hora, y no había aparecido. Ni soñaba con esperar que, la próxima vez que se vieran, él le diera una disculpa. Pero no era importante.

A esta hora, la mayoría de los estudiantes estaría en el comedor, conversando animadamente, discutiendo sobre lo sucedido en el club de duelos,

disfrutando de la cena. Pero él, Harry Potter, hace días que había perdido el apetito. Miró su mano, sus nudillos hinchados. Era cierto que golpear a Draco había producido en él una satisfacción inigualable, pero sintió que aquello fue tan pasajero que no le permitió aprovecharlo más de lo que hubiera querido. Dentro de él había un vacío enorme, profundo, que no sabía cómo llenar. Y lo peor de todo: evitaba pensar en ello, evitaba el dolor a toda costa. Ya había sufrido suficiente.

Sentado en el piso y apoyando su espalda en el sillón, no despegaba la vista de la chimenea. Las llamas eran altas y fuertes, como recién encendidas, y su crepitar en la madera parecía hipnotizar a quien se situara en la cercanía. Aunque, en realidad, lo que mantenía a Harry frente a ellas no era el calor, ni la luz, ni el entrecortado sonido de la leña; era la esperanza, la remota posibilidad de que el rostro de Sirius apareciera en algún momento y exclamara: "¡Sorpresa! ¿Acaso creías que me iba a desaparecer tan fácil?" Pero la voz de su padrino sólo residía en su cabeza, en sus recuerdos. De nada servía la red de comunicación de chimeneas, o los cuadros hablantes, o el espejo mágico que recibió en Navidad y que, por torpeza, jamás recordó utilizar. Ahora estaba solo contra el mundo... si bien, en el fondo, siempre lo ha estado.

- No vas a encontrarlo ahí - murmuró una voz cerca de él, y al voltear, observó una silueta entre las sombras de la sala. Lentamente ésta se hizo paso entre la luz, se sentó junto a él y le tomó la mano - Si lo estás buscando, hazlo aquí - dijo, cálida, llevando la mano de Harry hacia su propio corazón.

Él asintió, conmovido. Stella apenas lo conocía, pero había sido la única persona en advertir lo evidente. Nadie le había dicho algo así jamás; algo tan esencial pero tan invisible. Sirius era parte de él.

- Gracias - atinó a decir. Ella le sonrió de vuelta, alegre al notar que Harry

había entendido sus palabras. Luego movió una mano delante de sus ojos.

- No puedes verme bien, ¿verdad? - preguntó. Harry negó con la cabeza. Entonces ella sacó algo del bolsillo de su túnica, extendiéndolo hacia él y depositándolo en sus manos.

Eran sus gafas, perfectamente reparadas. De hecho, parecía como si jamás se hubieran quebrado. Se las puso de inmediato, contento, y observó por fin el rostro de Stella. Las luces tenues de la fogata suavizaban sus facciones, intensificaban el color de su cabello y hacían brillar sus ojos. Se veía feliz.

Movió sus gafas varias veces sobre su montura, sintiéndolas más ligeras que antes.

- Gracias de nuevo - pronunció Harry, sonriendo - ¿Cuál es el encantamiento?

- Reparo - respondió Stella, divertida - Sabía que lo habías olvidado. Eres de aquellas personas muy hábiles en los más intrincados hechizos, pero descuidadas en los más simples. Yo soy justo al revés, si no, ya habría aprendido a dominar mi escoba.

Harry río. Podría haberse sentido muy avergonzado por haber olvidado un hechizo tan básico, pero en cambio, ahora, le parecía incluso anecdótico. Ella lo hacía sentirse así, libre por momentos.

- Debo suponer, entonces, que los Weasleys no te invitaron a sus clásicas partidas de Quidditch en el huerto.

Stella sonrió.

- Obviamente no. Sólo les di mi apoyo moral - dijo, alegre - Ron ha mejorado muchísimo su juego, al igual que Ginny. Pero no se compara contigo, claro - sentenció.

Apretó los labios, agradeciendo el halago, pero frunció el ceño.

- Este es tu primer año en Hogwarts. ¿Cómo sabes sobre mi desempeño en el Quidditch?

- ¿Crees que el famoso Harry Potter sólo tiene seguidores en Gran Bretaña? - dijo, como si tuviera que aclarar algo obvio - Tu nombre ha roto fronteras. Simbolizas la lucha, el sueño de todos por regresar a los tiempos de paz - murmuró, sincera - El cielo te protege, Harry.

Él no dejó de sentirse algo abrumado por aquello, pero prefirió no ahondar en el tema. Sin embargo, algo lo tenía intrigado.

- ¿Cómo llegaste a casa de los Weasleys? Ron jamás me había hablado de ti - preguntó Harry, pero luego se arrepintió. Stella bajó la mirada, nerviosa, y suspiró con fuerza - Perdona, quizá te estoy incomodando.

- No, no, para nada. Es lógico que preguntes - tartamudeó, y pensando un momento, intentó regresar a su postura anterior - Se trató de una gran pero hermosa coincidencia, después de todo - Se acomodó cerca de Harry, apoyó su cabeza en uno de los cojines y lo miró fijo - Mi madre es... como decirlo... una persona muy ocupada - intentó explicar, sin dar demasiados detalles - Y debía hacer un viaje muy largo este verano. Por eso, a finales de junio me envió sola a Inglaterra, para que me hospedara en El Caldero Chorreante hasta septiembre. Sólo que, por esas cosas de la vida, jamás llegué a destino.

Harry parecía tan interesado en la historia que se sentó

completamente frente a ella, corrigió la postura de sus lentes y la instó a seguir.

- Viajé en un bus extraño, con un chofer aún más extraño - recordó, arqueando las cejas, y a Harry le hizo gracia.

- El Autobús Noctámbulo - corrigió, y ella asintió.

- Sí, ese. Lo tomé en Canadá y... bueno, estaba muy triste por tener que pasar todo el verano sola, por lo que lloré gran parte del camino - reconoció, bajando abruptamente la mirada. No le gustaba recordar aquello - Me quedé dormida, y cuando desperté, Molly... eeehhhh quiero decir, la Sra. Weasley, estaba a los pies de la cama, mirándome, sonriéndome con esa calidez que la caracteriza. En lugar de asustarme, me sentí como en mi casa - sonrió, y a Harry le pareció que era la sonrisa más hermosa que había visto jamás.

- Pero ¿cómo llegaste ahí? - preguntó, aún sin entender.

- El tipo del bus no quiso despertarme para preguntarme a dónde iba - pronunció, poniendo cara de boba - Pero al verme mejor, mi cabello, mis ojos, concluyó que debía ser uno de los Weasleys. Y no lo culpo. Muchos ya han pensado como él - se encogió de hombros, más entusiasmada que incómoda - Ron me dijo que, a medianoche, el chofer golpeó la puerta de la madriguera diciendo que traía a un miembro de la familia. El Sr. Weasley se preocupó, pues pensó que podía ser Bill o Charlie - pensó un momento, suspiró y volvió a fijar la vista en Harry - En fin, lo importante es que los Weasleys no dejaron que fuera a la hospedería, me rogaron para que me quedara con ellos. Y así lo hice. Demás está decir que no me arrepiento.

Harry no tenía más preguntas. Todo estaba claro para él. De alguna forma, en estos seis años en el mundo mágico había aprendido a confiar

en el destino, y algo desconocido, poderoso, había puesto a Stella en su camino. Esperaba descubrir por qué. Stella le dirigió una última mirada y se reincorporó de un salto, estirando su túnica y arreglando su cabello. Harry la observó, movimiento tras movimiento, y sonrió para sí. Se quitó las gafas, las examinó un momento y luego, regresándolas a su posición sobre su nariz, alzó una ceja.

- Insisto. ¿Hay algo que no puedas hacer?

Stella le sonrió, cómplice, y miró de reojo hacia la salida.

- No puedo dormir con el estómago vacío.

Harry entendió el mensaje, y sintió la imperiosa necesidad de seguirla hasta donde ella quisiera. Había recuperado el apetito.

Capítulo siete

La Orden y La Duda

Callejón Diagon, 11:30 de la mañana. Hombres, mujeres y niños iban y venían cargados de bolsas, maletas, escobas, helados y demases, caminando apresurados. Los estrechos pasillos de piedra, imponentes y algo oscuros, no ayudaban demasiado en cuestiones de tráfico. Pocas veces se había visto tanto movimiento a esa hora, y menos con un día tan frío y lluvioso como ese. Pero el Callejón Diagon, aun ante tal clima, suponía un buen refugio: para el mundo mágico, aquel callejón no era sólo un simple centro de comercio, sino además un sitio de encuentro, de diversión segura. Un lugar tranquilo, confiable. Ahí era posible encontrar una infinidad de objetos, desde libros de encantamientos hasta repelentes para babosas carnívoras, y entre aquella asombrosa variedad, el pequeño negocio “Sortilegios Weasley”, a pocos metros de Flourish & Blotts, se alzaba como la novedad del año.

Frente al espejo, George arreglaba el cuello de su túnica de seda verde. Una extraña melancolía lo invadió al pensar en Hogwarts: cómo se habían divertido haciendo sus inventos en secreto, compartiendo sus bromas con los demás... o cuando, en segundo año, encerraron a Peeves en un baúl encantado. Habían sido tiempos memorables. Pero ahora su misión se había... expandido, por así decirlo, y era lo mejor que les había pasado en la vida. Su vena negociante no les había fallado. No se arrepentían de nada.

Asimismo, Fred pensaba en los pasillos de Hogwarts mientras atendía a un par de niños quienes, de acuerdo al dinero que traían, parecían dispuestos a llevarse todas las bromas que cupieran en sus bolsillos. Fred les había sugerido las bombas fétidas y las calugas rojizas - aquellas para hacer sangrar tu nariz - y ellos, fascinados, tomaron cinco de cada una y se

marcharon corriendo, felices, haciendo replicar escandalosamente la campanilla de la puerta.

Un segundo después, los gemelos intercambiaron sonrisas de aliento. No importaba haber dejado la escuela. Ni en sueños habían imaginado tal éxito en un proyecto que todos pensaban que fracasaría. Y qué mejor ejemplo que su madre, Molly Weasley. Hace sólo un par de horas había pasado por ahí para dejarles el almuerzo. Aún fruncía el ceño recordando su osadía de ir a un club muggle, o al pensar en aquellos “inofensivos” inventos suyos - como los para vomitar, provocar fiebre o jaqueca - pero se alegraba de que sus hijos no fueran un par de vagos. Y, culposa, también sonreía al recordar el regalo para su último cumpleaños: una túnica nueva, muy elegante, que ya no se quitaba ni para dormir. Había dudado de ellos, les había hecho la vida imposible, pero ahora eran famosos, exitosos, y al parecer, muy felices. No podía pedir más.

Mientras guardaban las últimas ganancias en su caja fuerte - la cual protegían con doble cerradura bajo un encantamiento invisible en el piso del baño - la campanilla de la puerta volvió a sonar. Lentamente, como si estuviera inspeccionando cada esquina del local, un hombre de unos sesenta años cerró la puerta de vidrio tras de sí y se sentó, silencioso, en una silla cercana. Tenía la piel quebrada y amarillenta, los ojos rasgados, la nariz semi torcida y el cabello hasta los hombros, algo sucio, pero disimulado con un lujoso sombrero de franela. Su capa, la cual le cubría apenas hasta las rodillas, tenía bordados y botones de oro, y sus pantalones, aparentemente dos tallas más de lo necesario, eran de seda negra. En conjunto, simulaba una especie de Rey exiliado; o peor, un andrajoso que acababa de ganarse la lotería.

Fred y George voltearon al mismo tiempo, sincronizados, y observaron hacia la puerta. Para ellos, la campanilla era el sonido armonioso de

un posible cliente satisfecho. Pero al alzar sus cabezas y descubrir quién había entrado, sus sonrisas se esfumaron. Se acercaron al mostrador con serenidad, se dirigieron una mirada elocuente, y luego, saliendo por esquinas distintas, caminaron hasta el recién llegado.

- Myer Mutang - dijo Fred, forzando una sonrisa - Llegaste temprano.

- Qué grata sorpresa - habló George, arremangando disimuladamente los extremos de su túnica - Teníamos muchas ganas de verte.

- Muchas ganas... - repitió Fred. Se detuvo un momento, miró de reojo hacia afuera de la tienda, quizá cerciorándose de que no hubieran moros en la costa, y luego clavó los ojos en Mutang. El tipo, adivinando las intenciones de Fred, se levantó estrepitosamente de su asiento, asustado. Pero George fue más rápido. Tomándolo del cuello de su túnica, lo elevó unos centímetros del suelo y lo azotó contra el muro, acorralándolo violentamente.

- ¡¿A dónde vas?! Nos debes una explicación... - comenzó a decir, pero al ver que Mutang no entendía el mensaje, volvió a azotarlo contra el muro - ¡Te estoy hablando, decrepito! - gritó, a pocos centímetros de la cara del anciano - ¡Pusiste a mis hermanos en peligro!

Fred asintió, frunciendo el ceño con cara de pocos amigos.

- Será mejor que pienses en algo para tu defensa, o te cortaremos en pedacitos aquí mismo - dijo, pero al dar una pequeña mirada a las estanterías, sonrió con malicia - O, pensándolo bien, podríamos usarlo como conejillo de indias para nuestros nuevos experimentos. ¿Qué dices, George?

El gemelo asintió, apretando un poco más su puño contra el cuello de Mutang.

- Voto por el chicle “muerte-aparente”.

- ¡Chicos, chicos, no se exalten! - alcanzó a decir el viejo, nervioso, con el poco aire que le quedaba - ¡Yo no tuve nada qué ver, se los juro!

- Mmmm - George alzó una ceja - Los que no le crean digan: “yo”. ¡Yo! - gritó, al unísono con Fred.

- ¡Es la verdad! Jamás pensé que aparecerían Dementores... y bueno...

- ¿Sabes lo que yo creo? - dijo Fred, irónico - Creo que nos engañaste, que no eres el “asesino recapacitado” que dices ser, que aún eres leal a Quién-Tú-Sabes, y que mientras antes te regresemos a Azkabán, mucho mejor.

Mutang dio un salto. Temblando hasta los pies, comenzó a lloriquear.

- ¡No! Ustedes no harían eso, ¡¿cierto?! ¡Les he dicho la verdad! - gimió, tragando saliva con dificultad a causa del puño de George, quien no aflojaba - ¡No me hagan regresar a ese lugar!

Fred y George se miraron. No sabían qué pensar o sentir. Se sentían estafados, heridos.

- Imagina que te creemos - comenzó a decir Fred, inseguro - ¿Cómo aparecieron dos Dementores aquella noche? ¿Venían de juerga o los invitaste a cenar?

- ¡No sé cómo, lo juro! - volvió a gemir, visiblemente afectado. Su rostro estaba hinchado, y algunas venas en su frente ya palpitaban. Entonces George optó por soltarlo, dejándolo respirar. El viejo cayó de rodillas, tosió con exageración y, casi arrastrándose, regresó a su silla. Elevó la vista hacia los gemelos, aún asustado - He respetado nuestro trato... cof cof... todo al pie de la letra. ¿Acaso creen que sería tan estúpido como para llamar a dos Dementores a mi propio

club? ¡Yo sería el principal perjudicado! ¡Pueden olerlos a kilómetros! - exclamó, quitándose el sombrero y clavando las uñas en él - Además, no me interesa ese niño Potter ni ninguno de sus amigos. Yo solo quiero vivir en paz.

George suspiró. ¿Cómo creer en alguien que llevaba tatuada la Marca Tenebrosa en el antebrazo? Si mamá supiera... uf, ese sí que sería un sermón. Fred también luchaba contra sus propias confusiones. Habían creído en él, había parecido inofensivo, pero lo sucedido con los Dementores era demasiado grave como para dejarlo pasar.

- No está en nuestras manos - dijo Fred al fin, buscando aprobación en su hermano - Lupin está en camino. La Orden decidirá.

Mutang apenas movió la cabeza. Remus Lupin tendría que creerle, él sabía cosas que los gemelos no. Cosas que no podía revelar. Por ahora.

Apoyado con las dos manos sobre el marco de la ventana, Arthur Weasley observaba el horizonte, pensativo. La próxima lechuza llegaría en cualquier minuto; no le quedaba más que cruzar los dedos. Si fueran malas noticias... si ellos se rehusaran a venir, sería espantoso, catastrófico. La desventaja sería notoria y Lord Voldemort podría hacerlos picadillo sin mucho esfuerzo. Ellos eran sus aliados más importantes, los más poderosos, y asimismo, a quienes Voldemort más teme en este mundo, tanto como a Dumbledore, pero él por sí solo no puede cargar con toda la responsabilidad. Si ellos dijeran que no... uff, Arthur prefería no pensar en aquella posibilidad.

Ellos serían los últimos en sumarse a la cruzada, si es que en realidad aceptaban la petición. Su presencia se tornaba vital para derrotar al

lado tenebroso; además, ellos mismos tienen un sin fin de razones para enfrentarse al que No-Debe-Ser-Nombrado. Su pueblo sufrió mucho a mano de su época del terror. Debían unirse, tenían que hacerlo.

El patriarca de los Weasleys se quitó el sombrero, nervioso, y lo tiró sobre su escritorio. Tomó un pañuelo de su bolsillo y lo pasó por su frente, limpiándose el sudor. La respuesta llegaría en pocos minutos. Tan preocupado estaba de la contestación que ni siquiera había revisado las decenas de expedientes que le habían enviado esa mañana. Uso indebido de objetos muggles, excursiones de última hora... Nada de eso, catalogado como una de sus más arraigadas pasiones culpables, lo podrían distraer ahora. Nada, ni la más fantástica aventura en un teléfono público de Londres, lo haría despegarse de la ventana. La respuesta de ellos era más importante que cualquier otra cosa.

“Atraparé a la lechuza en pleno vuelo si es necesario” pensó, al borde del colapso, y justo en el momento en que tocaron suavemente a la puerta, Arthur divisó un pequeño punto en el horizonte, “alado” al parecer, que se dirigía a gran velocidad hasta la sede del Ministerio de Magia. Bastaron solo algunos segundos para que su cuerpo se denotara, completo, mostrando una hermosa lechuza blanca surcando los árboles aledaños y aproximándose, en línea recta, hasta la ventana del despacho del Sr. Weasley. Él abrió la ventana de par en par, movió su escritorio hacia la luz y se sentó en el borde, suspirando profundamente. Todo se decidiría ahora, el destino se escribiría, para bien o para mal.

Las alas de la lechuza blanca dejaron de batirse al momento de pisar la cornisa de la ventana. Era grande y hermosa, muy parecida a Hedwig, pero ésta era especial; algo más ‘mágica’ que una ordinaria, por así decirlo, ya que de las plumas de su cola brotaban pequeñas chispas plateadas, como si de aquel extremo llevara colgada una varita. Arthur la esperó, quieto, a que

reconociera el lugar y a él como destinatario. El ave movió su cabeza hacia todos lados, fijó la mirada en Arthur y, solemne, voló suavemente hasta su regazo y le mostró el pequeño pergamino atado a su pata izquierda. Con el pulso acelerado y las manos temblorosas, desató la nota. Aún sin mirarla, la apretó en su puño y cerró los ojos. Dios, que digan que sí. La lechuza voló nuevamente hacia la ventana y ahí se quedó, serena, a la espera de que una nueva carta se le fuera encomendada.

Suspirando hondo otra vez, se quitó los anteojos, los limpió con la manga de su túnica y los regresó al tabique de su nariz. Volvió a suspirar, extendió su puño y leyó, ansioso, el anhelado mensaje letra por letra. Pero tras unos segundos, frunció el ceño. Lo leyó dos, tres veces. Entonces elevó la mirada.

- Oh, Dios - balbuceó, estupefacto, sin saber si debía gritar de felicidad o echarse a morir.

- Arthur - dijo una voz. Sin esperar réplica, el rostro de Alastor Moody, inquieto, apareció tras la puerta. Ya había advertido el pergamino en las manos del viejo pelirrojo - Entonces, ¿aceptaron?

Arthur Weasley no movió ni un músculo.

- No lo sé - balbuceó, confundido, extendiéndole el mensaje a Moody. Éste lo leyó y luego agitó la cabeza, incrédulo. Arthur se levantó, preocupado - Debemos reunirnos, Alastor. Convócalos a todos. Nos vamos a Hogwarts.

Moody asintió, silencioso. Las letras de los extranjeros eran confusas, pero bastaban para la discusión. Esperaba que no fuera demasiado tarde.

La clase de Pociones estaba sumida en un silencio fúnebre. Era un claro síntoma de que Severus Snape estaría tras su escritorio, vigilante ante las calderas humeantes, atento al más mínimo indicio de conversación para gritarles y echarlos del salón. Sin embargo, su escritorio estaba vacío, así como el de Harry. Su mochila estaba sobre la mesa, junto a su caldera sin usar. Stella, Hermione y Ron se miraron, ansiosos. Snape y Harry llevaban varios minutos hablando en el pasillo, por lo que los demás intentaban no hacer ruido para escuchar algo de aquella plática. Pero no lograban nada. Quizá Snape había usado un hechizo silenciador contra las paredes.

- Y ese es el asunto, Sr. Potter - explicó el profesor Snape, cruzado de brazos a varios metros de la entrada del salón. Miraba a Harry de reojo, visiblemente incómodo por tener que darle buenas noticias. Hizo una mueca de desagrado - Puede continuar en mi clase este año... pero con el doble de deberes. No tendrá el descaro de quejarse, supongo.

- No - respondió, seco. Claro que quería quejarse. En extremo rigor, había reprobado Pociones, pues no había alcanzado la nota mínima. Sin embargo, el juez del TIMO había ‘reconsiderado’ su evaluación algunos meses atrás. “Su nombre pesa, Potter”, había dicho Snape, “y si por mí fuera, evitaría tal tipo de corrupción y le prohibiría la entrada a mi clase. Pero las órdenes vienen desde arriba...” había concluido, enfadado. Y por primera vez en su vida, Harry concordaba con su furia. ¿Quién suponía que él, por el solo hecho de ser ‘Harry Potter’, necesitaba un trato especial? ¡Malditos vejestorios!

Snape le hizo un gesto con la cabeza y comenzó a andar, dándole la espalda.

- Hoy comienza su doble trabajo, Sr. Potter - pronunció, sin voltear - Le sugiero que se apresure o tendré que quitarle tantos puntos como sea de mi agrado.

Harry ni siquiera respondió. Estaba furioso, incapaz de pensar con la cabeza fría. Pero, y únicamente por esta vez, le daba a Snape la razón. Estaba en su derecho de enfadarse. Alguien había pasado por sobre su autoridad al obligarlo a aceptar a un alumno reprobado, pero eso no lo dejaba inocente de todo cargo. El tipo era un bastardo desquiciado, sin importar el contexto.

Entró al salón tras Snape y se sentó en su sitio, callado, luego de arrojar su mochila bajo la mesa. Sin prestarle atención a ninguno de sus amigos, quienes lo apremiaban con la mirada para que contase todo lo sucedido, sacó los ingredientes anotados en la pizarra y los colocó en orden alfabético frente a sí. Después tomó su caldero, lo limpió frenéticamente con la manga de su túnica y lo situó, detallista, justo al centro de su mesa, dirigiendo luego una mirada de odio hacia Snape. Era demasiada preocupación por la materia, tanto que hasta Hermione supo que algo andaba mal.

El profesor Snape se acercó hasta él. Abrió los ojos al máximo al ver el armonioso despliegue de potes y botellas de colores sobre el pupitre de Harry, pero intentó que su rostro no denotara tal sorpresa.

- ¿Ve la poción desintegradora que acabo de describir? Pues más le vale que la haga correctamente, ya que la usaremos en sus libros - dijo, sonriendo maliciosamente - Y como supongo que querrá recuperarlos, le sugiero que haga la poción integradora antes de que la clase termine. O no tendrá con qué pasar de año... salvo los apuntes de la Srta. Granger.

Hermione frunció el ceño y apretó los labios, enfadada. No sabía por qué Snape trataba a Harry así, aunque ya comenzaba a adivinarlo. Ron,

quien se encontraba en el pupitre continuo, aprovechó la caminata de Snape hasta el caldero de Neville para darle apoyo a su amigo.

- ¡No puede darte doble trabajo! Hablaremos con Dumbledore - sugirió, sonriendo, al tiempo que Hermione y Stella asentían.

- Nadie ha pedido tu ayuda, Ron - murmuró Harry entre dientes, sin dirigirle la mirada. La situación era demasiado embarazosa como para confesarlo a sus amigos. “Harry Potter, el jovencito especial” pensó Harry con sorna, apretando los puños.

Ron se apartó bruscamente.

- ¿Qué diablos te sucede? - preguntó, algo irritado.

- ¿Qué pasó con el profesor Snape? ¿Por qué te calificaron “pendiente”? - preguntó Stella inmediatamente después, curiosa y preocupada, pero la imponente sombra de Snape regresó para interrumpirlos.

- El Sr. Potter dijo que no necesitaba de vuestra ayuda, así que, si tienen la amabilidad, regresen la vista hacia sus respectivas pociones. Mientras tanto, diez puntos menos para Gryffindor por hablar en clase.

Ron se acomodó en su pupitre a regañadientes, mirando con enfado hacia Harry. Stella también volvió a lo suyo, avergonzada por abrir la boca. Hermione, por su parte, siguió a Snape con la mirada, suspirando de rabia. ¿Qué le habría dicho a Harry como para dejarlo en ese estado?

No tuvo mucho tiempo para pensar. Con estruendo y apuro, Minerva McGonagall entraba en el salón de Pociones, agitando un pedazo de pergamino en su mano derecha. Caminó directamente hacia el escritorio de

Snape, quien se levantó raudamente al verla entrar. Ambos profesores intercambiaron una mirada preocupante, y ella le extendió el papel. Snape lo leyó aprisa, y regresando su mirada hacia McGonagall, asintió, serio. Luego dirigió la mirada hacia los alumnos de Gryffindor y Slytherin, quienes esperaban quietos alguna explicación.

- Granger, Weasley, vengan conmigo - habló, apuntándolos, y se dirigió entonces hacia Harry - Usted también, Potter. Se ha librado del trabajo por esta vez.

A Harry no le hacía gracia. Estaba harto del “trato especial”. Refunfuñando para sí, recogió sus cosas y salió por la puerta tras McGonagall. Ni siquiera intentó esperar a sus amigos. Hermione se levantó con rapidez, al tiempo que dirigía una mirada extraña hacia Stella, encogiéndose de hombros. No tenía idea de a dónde iban. Ron, por su parte, tomó su mochila con desgano y miró hacia la salida. Harry le debía una explicación.

Los innumerables retratos en la oficina de Dumbledore se encontraban más activos que nunca, hablando a gritos entre ellos. Uno en particular, Phineas Nigellus, gruñía con fatiga, algo enfadado por la situación, aunque en el fondo sólo estaba triste por el nefasto destino de su tata-tata-nieto. Las voces de los cuadros, algunas graves y otras muy agudas, se fundían a ratos con otras, aunque más susurradas, que provenían directamente del escritorio del Director. Salvo algunos de sus integrantes - entre ellos, Sirius Black - la Orden del Fénix se reunía en pleno.

Arthur Weasley arrugaba su sombrero entre sus puños mientras caminaba frenéticamente de un lado a otro, visiblemente nervioso, al tiempo

que era seguido con atención por el ojo giratorio de Alastor Moody, quien buscaba apoyo en una de las estanterías. Nymphadora Tonks, Emmeline Vance, Hestia Jones y Molly Weasley, sentadas justo frente a Dumbledore, compartían miradas preocupantes, ansiosas. El cabello de Tonks, cambiante por naturaleza, hoy adquiriría un tono deprimentemente grisáceo, quizá lo más *ad hoc* al ánimo reinante. Cerca de la ventana y acariciando a Fawkes se encontraba Kingsley Shacklebolt, y reunidos en círculo junto a él, estaban Elphias Doge, Dedalus Diggle y Sturgis Podmore, quienes al parecer discutían algo en voz baja. Por otro lado, Remus Lupin, Fred y George esperaban junto a la puerta. Tenían muchas ganas de saber por qué se reunían, pero no podían comenzar hasta que todos estuvieran presentes. Mientras tanto, entre los tres conversaban sobre la situación de Myer Mutang.

- No creo que él haya llamado a los Dementores, tiene razón al decir que es una locura - opinó Lupin en voz baja - Tiene que haber otra posibilidad.

- Pero ya no confiamos en él - dijo Fred, frunciendo el ceño - Lo amenazamos con regresarlo a Azkabán.

Remus sonrió.

- Eso lo mantendrá quieto por ahora. No se preocupen, lo tendré vigilado - concluyó, sereno. Había mejores cosas en qué pensar ahora.

Albus Dumbledore observaba el movimiento a su alrededor desde sus gafas de media luna. Su rostro arrugado y cansino intentaba mostrarse impasible, neutro, para no dar falsas impresiones. Aun cuando las cosas no estaban del todo perdidas, el pesimismo rondaba entre la Orden, sobretodo después de la muerte de Sirius. Supuesta muerte, pero no era el tiempo de hablar de ello. Tenía que, de algún modo, revivir el espíritu incansable que caracterizó a los súbditos del Fénix en sus mejores tiempos.

- Ya están aquí - habló Lupin, haciendo que algunos se sobresaltaran. Había escuchado el arrastre de la gárgola al abrirse paso en la escalera. Tras unos segundos, aparecieron tras la puerta del despacho Minerva McGonagall, Severus Snape, Harry, Ron y Hermione.

Al momento en que Harry puso un pie en la oficina y dio una rápida mirada a su alrededor - reconociendo a todos los de la Orden - la mayoría de los adultos perdieron las ganas de hablar. El silencio que se produjo era de tal densidad que se podría haber cortado el aire con una tijera. Pero bueno, aquella situación tenía que darse algún día, lo quisieran o no: enfrentar a Harry luego de la muerte de Sirius sin tener nada convincente que decirle. ¿De qué servían ahora un par de palabras de consuelo? Nadie podía explicarle cómo había muerto su padrino, o qué había tras el velo del Departamento de Misterios, por lo que la lucha de miradas para evadir la responsabilidad de hablar era dura, elocuentemente silenciosa.

Harry había desarrollado una especie de radar para todo lo que involucrara a Sirius, por lo que creyó adivinar los pensamientos de cada una de las personas erguidas ahí. Sin perder la seriedad en su rostro - más aún después del episodio en Pociones - suspiró, contrariado.

- No se han reunido para hablarme de Sirius, ¿o sí?

Molly quiso decir algo, pero ahogó su intento. Sus ojos bordeaban las lágrimas. Todo había sucedido tan rápido que ninguno de los presentes había podido llevar el luto correspondiente. Muy en el fondo, todos esperaban que la puerta volviera a abrirse y Sirius apareciera, sonriendo como siempre, gritando: “¿Qué tal, colegas? ¿Me extrañaron?”. Y aunque aquello estaba lejos de suceder, nadie estaba preparado, aún, para aceptarlo.

- Claro que no, Harry - dijo Lupin, tomando la palabra, aliviando así la carga de todos aquellos que no sabían cómo empezar. Siguió en un tono cálido, casi paternal - Si quieres, podemos hablar de ello luego, pero ahora nos reúne un asunto más... significativo para los tiempos que vienen. Nada podemos hacer por el pasado, pero sí por el futuro.

Todos asintieron, callados. Ron dirigió una mirada preocupante hacia su padre, quien intentó sonreírle, aun dados los acontecimientos.

- Pero, antes que nada, Harry - pronunció Dumbledore, levantándose de su silla. Miró fugazmente hacia Minerva, y luego prosiguió - Es importante que conozcamos tu parecer.

Harry se extrañó. Por fin alguien se interesaba en su opinión.

- ¿Mi parecer? ¿Sobre qué?

- Sobre la Orden - dijo Tonks cerca del escritorio, dejando un momento su asiento junto a Molly - Creemos que ustedes tres ya están en edad para ingresar a ella.

- Si bien no son aurores - interrumpió Shackelbolt, con su voz profunda y calmada - tienen derecho a participar en la toma de decisiones y, por supuesto, en la lucha...

- Pero si no quieren entrar, también están en su derecho - prosiguió el Sr. Weasley, buscando aprobación en sus compañeros. Al obtenerla, Elphias Doge puso una mano en el hombro de Arthur, dirigiendo su mirada sólo hacia Harry.

- Somos suficientes, podemos permitir tu dimisión si...

- Además, eres muy joven - opinó Hestia Jones, no muy convincente - Si algo te pasara no podríamos perdonarnos...

Emmeline Vance surgió tras la sombra de Hestia.

- Has sufrido mucho en esto, Harry. Ninguno de nuestros sacrificios se comparan con el tuyo. Si quieres desligarte, lo entenderemos.

Harry no podía creer lo que estaba escuchando. ¿Desligarse? ¿Abandonar la lucha, después de todo lo que había sucedido? Aturdido, clavó los ojos en Lupin como pidiendo una explicación, pero él desvió la mirada, incapaz de mostrar claramente su posición al respecto. ¿Es que acaso él, Harry Potter, figura central en toda esta patraña, podría algún día darse el lujo de huir? Estaba marcado de por vida... ¿Por qué la Orden se había puesto de acuerdo para sacarlo de en medio? Podmore y Vance lo miraban con ansias, como si temieran lo peor. Molly no era capaz de mirarlo a los ojos, y Dumbledore había dejado de pestañear por un segundo que se hizo eterno. Entonces, al verse algo ‘desamparado’, sacudió la cabeza y elevó la voz.

- ¿Se han vuelto locos? - exclamó Harry, confundido y enfadado a la vez - Cómo pueden pensar que yo... es decir, Voldemort... él destruyó mi vida... ¡Esta maldita cicatriz ha destruido mi vida! - gritó, apuntando hacia su frente. Tonks llevó una mano a su boca y el ojo giratorio de Moody, acuoso, detuvo su movimiento bruscamente - Ser quien soy me ha dado más tristezas que triunfos, pero no me he rendido, ¿o sí?. Sirius murió protegiéndome, él creía en mí, en lo que yo significaba para este mundo de hipócritas... ¡¿Y ustedes quieren que abandone?! ¡Hacerlo sería como... renegarlo! - Dio algunos pasos hacia adelante, alternando la mirada en cada uno de los miembros, algunos nerviosos, otros impactados - Sé cuál es mi responsabilidad, no crean que lo he olvidado - pronunció, irritable, esta vez mirando directamente hacia Dumbledore. Él pudo

entender a qué se refería - Y aunque quisiera escapar y extraer de mi memoria todo lo que he perdido desde que descubrí mi papel en todo esto, tengo aún muchas cuentas que saldar. Con Lord Voldemort, con Peter Pettigrew, con Bellatrix Lestrange... con todos los mortífagos - Cerró los ojos e intentó relajar los puños, suspirando profundamente. Miró de reojo a sus amigos, quienes se hallaban tan sorprendidos como los adultos - Pero mi cruzada no es sólo personal, y lo entiendo. Todos hemos sufrido mucho en el camino - arqueó las cejas, ya más calmado - La Orden me necesita, tanto como yo a ustedes.

Alastor 'Ojo Loco' Moody había olvidado la última vez que vio sonreír a Lupin. Aquel gesto hacía rejuvenecer su rostro, pálido y algo demacrado por los acontecimientos, y lo remontaba a aquellos años en los que, junto a sus inseparables amigos - James y Lily Potter, Frank Longbottom y Sirius Black - se alzaban como los miembros más capacitados y entusiastas de la Orden. Arthur Weasley y los demás hicieron eco de aquella sonrisa, y se miraron unos a otros como si acabaran de escuchar la mejor noticia de sus vidas. Harry no entendía nada, ni menos Ron o Hermione, quienes se habían transformado en meros espectadores desde que entraron a la oficina.

- No podía esperar menos del hijo de James - sonrió Kingsley Shacklebolt, orgulloso, acentuando su tono profundo.

Tonks aplaudió un par de veces, divertida, saltando de su silla.

- Vaya que sufrimos. ¿Estás más tranquilo ahora, Remus?

Lupin asintió, quieto, relajando los hombros, disipando aquella tensión que se había apoderado de su rostro desde que entró en la oficina.

- No sabes lo importante que es para nosotros escuchar tus palabras, Harry - dijo, emocionado - Eres nuestro pilar, nuestra esperanza. Si te alejabas... bueno,

después de lo que sucedió el año pasado, si decidías no seguir en la lucha, habríamos perdido el rumbo. Eres... nuestro líder, aunque no lo creas.

Harry sintió la necesidad de sonreír por primera vez en mucho tiempo. Como una chispa, cayó en la cuenta de que, además de Sirius, también había otras personas que lo estimaban. No al El-Niño-Que-Vivió, no al tipo de la cicatriz, sino a él, Harry, simplemente Harry.

El Sr. Weasley, visiblemente menos nervioso que como en un principio, clavó los ojos en su hijo, instándolo a que contestara a la petición de la Orden, al igual que Harry. Esperaba no llevarse una sorpresa desagradable.

Ron miró a su amigo, sereno, y luego a Hermione.

- No seré yo el próximo Weasley en desertar - dijo, seguro, y aunque sabía lo doloroso que era para sus padres recordar el comportamiento de Percy, quería demostrarles su lealtad y afecto - Además, Harry no puede vivir sin mí - bromeó, sacando algunas carcajadas a los presentes. Por fin el ambiente parecía más distendido.

- Y ustedes dos no pueden dar ni un paso sin su “libro andante” - dijo, apuntando hacia sí misma, sonriendo abiertamente. Harry y Ron asintieron, algo avergonzados - Estuve y estoy a disposición de la Orden, así como también la Armada Dumbledore - advirtió, golpeando la voz. Aquellas palabras eran nuevas para la mayoría - Hay alrededor de veinte personas en este colegio tan o más capacitadas que nosotros tres, y que estarían dispuestos a hacer lo que ustedes pidieran. Sólo esperan órdenes.

Dumbledore inclinó la cabeza, pensativo. Tonks volvió su mirada hacia él.

- ¿La Armada Dumbledore?

- Es un grupo de estudiantes instruidos por Harry en cuestiones de Defensa - explicó Lupin, quien parecía muy informado sobre el asunto - Hoy son los más adelantados de su clase, y si Harry les enseñó, puedo dar fe que están en buenas condiciones - concluyó, seguro. Harry le agradeció el gesto de confianza.

- Varios de ellos tienen tantas razones como nosotros para pelear - aseguró, al tiempo que Hermione y Ron asentían - Luna Lovegood, Susan Bones, Neville Longbottom... incluso Ginny.

- Conozco muy bien esa lista, Harry - habló Dumbledore, sin mover más músculos de los necesarios - Y si la situación fuera otra, créeme que jamás dejaría que un grupo de jóvenes se involucraran en algo tan peligroso - dijo, tajante, mientras abandonaba su escritorio - Pero, dada las extremas circunstancias, no podemos omitir ningún tipo de ayuda, ni mucho menos de aquella capacitada y leal como la que dicho grupo nos ofrece tan generosamente.

Tonks sonrió, cálida como siempre, entusiasmada con la idea de sumar personal más jovial a la Orden. Los otros integrantes intercambiaron miradas, discutieron uno minutos en voz baja y, tras un pequeño debate, aceptaron la idea. No era tiempo para desechar refuerzos. Molly, en cambio, se mantenía en su silla, silenciosa. Ella no estaba de acuerdo con involucrar a “niños” en el problema.

- Mamá - dijo Ron de repente, sobresaltándola. Intentó que su rostro no denotara su descontento. Los demás acallaron sus voces - Sé que preferirías que Ginny y yo nos mantuviéramos al margen, pero ya estamos metidos hasta el cuello, y lo sabes - dijo, calmado y seguro, ofreciendo una mirada de cariño a su madre - Los Weasleys somos parte importante de esto, tanto como Harry o Hermione, y si ellos no abandonan, mucho menos lo haremos nosotros.

Hermione asintió, sonriendo por el buen tino de Ron al aclarar las cosas tempranamente. El Sr. Weasley sintió la imperiosa necesidad de abrazar a su hijo, pero se contuvo. Últimamente había demostrado una madurez impresionante, atípica.

Molly no dijo nada. Sólo le sonrió, débil y casi forzadamente, y volvió la mirada al suelo. No dudaba del coraje o la capacidad de su hijo, pero si algo le sucediera, si sucumbía en batalla...

- La valentía de estos muchachos debería darnos una lección - comenzó a decir Dedalus Diggle, quitándose su eterno sombrero de copa - Nuestro ánimo no puede debilitarse. Muchos dependen de nuestro actuar.

Dumbledore movió su cabeza, asintiendo. Los demás esperaron las palabras del director.

- Justamente para eso los he convocado aquí - dijo, pidiendo que se acercaran más a él, disponiéndose en forma circular - Aunque faltan algunos miembros, es importante que sepan las novedades. Sólo así sabremos cuándo y cómo actuar.

- ¿Lord Voldemort ha dado señales de vida? - preguntó Hermione, al tiempo que algunos comenzaron a murmurar. Por primera vez, Ron no se agitó al escuchar aquel nombre.

- No, y aquello sólo puede ser indicio de malas noticias - explicó, juntando sus manos bajo las anchas mangas de su túnica gris.

- No te ha molestado tu cicatriz, ¿verdad Harry? - dijo Sturgis, aunque más que una pregunta era una afirmación. Harry negó con la cabeza.

Shackelbolt puso cara de preocupación.

- Tememos que el Señor Tenebroso haya descubierto la forma de no plasmar sus estados de ánimo en ti...

- Aunque hay otra posibilidad - advirtió Lupin, pensativo - Voldemort ha reclutado muchos aliados últimamente. Nuestros espías dicen que han visto a muchas criaturas abandonar los pantanos y bosques. Es posible que ellos, y otros, estén haciendo el trabajo por él, sin reportes... por ahora.

- ¿Otros? ¿Quiénes? - preguntó Ron, interrumpiéndolo. En un movimiento ágil, Tonks sacó algo de su morral y lo pasó a Lupin, quien a su vez se lo extendió a Ron.

Era un ejemplar sin número de “El Profeta”. En portada, con letras grandes y negras, y precediendo una foto en la que aparecía una gran fortaleza en llamas, decía: MASIVA FUGA DE AZKABAN: CÁRCEL EN RUINAS.

Harry, Ron y Hermione se miraron, aterrados.

- ¡¿Cómo es posible?! - exclamó Hermione, con la respiración acelerada - Yo recibo “El Profeta” todos los días y jamás leí esta noticia.

- Yo pedí que no llegara a Hogwarts, Srta. Granger - pronunció Dumbledore - No puedo permitir que el pánico se extienda por el colegio. El resto del alumnado no debe involucrarse, no por ahora, al menos.

- Deberíamos haberlo previsto - opinó Dedalus Diggle, comenzando a pasearse, frenético - No podíamos confiar en tales monstruosidades...

Dumbledore agitó la cabeza, moviendo sutilmente algunos mechones canos. Fijó los ojos en los tres estudiantes de Gryffindor.

- Los Dementores se han unido a Voldemort - explicó, en un tono cansado - y han dejado escapar a los mortífagos. En este minuto, todo el clan de la Marca Tenebrosa debe estar reunido, tal como nosotros... ¿no es así, Severus?.

Todas las miradas confluyeron, raudas, en el rostro pálido y agrio del profesor Snape. Él se estremeció, incómodo, y asintió levemente hacia el director.

- La marca está más nítida que nunca - dijo, rozando su antebrazo - Es posible que ya estén elaborando una emboscada.

- No, no lo creo - habló Dumbledore, mientras abandonaba su posición en el círculo y retrocedía hacia su escritorio - Aún le queda mucho por hacer. No va a arriesgarse. - Se acercó a Fawkes y acarició su suave plumaje, fuertemente matizado en tonos cafés y rojizos. Le susurró al oído algo que nadie logró descifrar, y entonces el ave desplegó sus alas, solemne. Irguió el cuello y cruzó la sala, en un vuelo liviano y alegre, saliendo luego por el ventanal y perdiéndose en el horizonte. Nadie preguntó nada. - Es por eso... - comenzó a decir, retomando el tema - que debemos aprovechar al máximo este tiempo de... “entreguerras”.

- Estamos listos, Albus, pero... - habló Moody, golpeando el suelo con su pata de palo. Intercambió una mirada elocuente con el Sr. Weasley, y éste asintió - Queremos saber la situación de los extranjeros...

Tonks dio un salto.

- ¡¿Llegó la carta?!
- Esta mañana - respondió Arthur.

Harry alzó una ceja.

- ¿Extranjeros?

- Schhh - lo hizo callar Fred, sin dirigirle la mirada, aunque trató de explicarle -
Son nuestros refuerzos.

Aún más confundido, quiso volver a preguntar, esta vez a Lupin, pero la voz de Shackelbolt no lo dejó siquiera pronunciar la primera palabra.

- ¡¿Y porqué no nos habían dicho nada?! - exclamó, abriendo los ojos al máximo - ¡Vamos Arthur, cuéntanos! Dios, no quiero ni pensar si...

- ¿Cómo era la lechuza? - interrumpió McGonagall, haciendo su primera inclusión en la charla desde que había llegado.

La mayoría puso cara de interrogación.

- Blanca, imposible olvidarla. Dejaba destellos plateados desde la punta de su cola - respondió el Sr. Weasley, confundido, sin entender el por qué de la pregunta - Pero lo importante, Minerva, es que el mensaje que traía no es demasiado aclaratorio. Es una especie de evasiva.

La veterana profesora de Transformaciones sonrió, suspicaz, arreglando la postura de sus gafas cuadradas. Lupin, quien se encontraba a su lado, alzó las cejas con sorpresa. Creía saber el motivo.

- No importan las letras de ese mensaje, Arthur - Todas las miradas apremiaron a Minerva, ansiosos - Vendrán, de eso no hay duda. Los Altos Elfos sólo envían lechuzas blancas como símbolo de paz, aceptación o gratitud.

- ¡¡¡¡¡¿Elfos??!!!!

Ron y Hermione gritaron al mismo tiempo, paralizados por la información, y un segundo después estaban tan extasiados que no sabían si reír o llorar. Pero nadie se fijó en ellos. La atmósfera cambió de un silencio angustiante a una gran distensión, y dio incluso paso a efusivas muestras de felicidad. Tonks y Hestia Jones suspiraron profundamente y se abrazaron, emocionadas. Sturgis, Dedalus y Arthur se estrechaban la mano, esperanzados. Dumbledore, desde su escritorio, sonreía bajo su barba. Pero no todo terminaba ahí.

Harry fijó la vista en sus amigos, pidiendo una explicación. Ahora sí que no entendía nada, y odiaba estar en esa situación. Para variar, nadie se había detenido en la marcha para dar un par de aclaraciones.

- ¿Elfos? ¿Nuestros refuerzos son... elfos domésticos, como Dobby?

Hermione lo miró con impaciencia, suspirando.

- ¿Acaso no escuchaste? ¡Altos Elfos! - exclamó, extremadamente sonriente - Elfos ancestrales... Altos, galantes, imponentes. Dios, creí que ya habían muerto los últimos.

- De ellos proviene la magia, Harry - explicó Ron, compartiendo el entusiasmo de Hermione - Todo lo que conocemos se lo debemos a ellos. Además, son las criaturas más poderosas que puedas conocer... únicas...

- Tan poderosas - comenzó a decir Lupin, acercándose. Desde su lugar había notado la confusión de Harry - ...que Voldemort pretendió exterminar su raza, muchos años atrás.

Harry intentó procesar aquella información lo más rápido que pudo, pues, al parecer, era la única persona de la sala que no tenía ni la menor idea de quiénes eran los Altos Elfos. Aún con seis años en Hogwarts, había muchas cosas del mundo mágico que seguía desconociendo. Pero lo importante, según pudo entender, es que Voldemort les teme. Teme a su poder, y han regresado.

- Léanos la carta, profesor Dumbledore - rogó George, quien de pura emoción había abrazado a su madre hasta dejarla sin aire - Aún queremos saber qué dice.

Albus Dumbledore apenas parpadeó. Miró un momento el pedazo de pergamino en sus manos, prolijamente escrito con tinta negra, dejando ver un extraño lenguaje. Subió la vista y apretó los labios, dudoso. Entonces se dirigió a la Orden, sin desdoblar el papel.

- Dice que aún están en proceso de deliberación - dijo, pausado - sobre si el riesgo que supone regresar a Inglaterra vale la pena, pero anuncian la visita de una comitiva especial para las celebraciones de Año Nuevo. Su líder ha pedido hablar conmigo.

- Entonces enviaremos una lechuza a Bill y a Charlie inmediatamente. No creo que quieran perderse la fiesta - bromeó George, y tras la primera carcajada de Fred, la oficina se llenó de una estruendosa risa colectiva. De un segundo a otro, gracias a la noticia de una simple carta, el ánimo de la Orden del Fénix había cambiado del cielo a la tierra.

Harry no pudo evitar las ganas de reír. Al parecer, la ventaja estaba a su favor, y había que aprovecharla. Si estos... Altos Elfos, eran tan poderosos como decían, no habría mucho de qué preocuparse. Quizá no todo

era tan malo como se había previsto, después de todo. Mientras el resto seguía intercambiando palabras de aliento, se acercó a la ventana y observó, incrédulo, cómo algunas nubes se disipaban justo sobre los campos de Quidditch. Tal vez quedaría tiempo para darse algunos lujos.

Remus Lupin siguió a Harry con la vista, mientras éste se acercaba lentamente hacia la ventana. Muy en el fondo, su espíritu protector lo llamaba a llenar en él el vacío que Sirius había dejado, pero no estaba seguro de que fuera lo correcto. No era ni la mitad de arriesgado, o divertido, o astuto que su eterno amigo Black, pero podría intentarlo. Mal que mal él, en aquellos años, había sido la segunda opción para ‘Padrino’ en la cabeza de James. Quizá era tiempo de saber... tentar a la suerte.

Capítulo ocho

Hacia la Saeta de Fuego

Mientras la mayoría de los miembros de la Orden emprendían la retirada, Dumbledore pidió a Arthur y Molly Weasley que se quedaran un momento más. “¡Atento, siempre atento!” le había dicho Moody a Harry, golpeándolo en el hombro, mientras conversaba con Lupin a un lado de la gárgola. Tonks pasó junto a ellos, le guiñó un ojo a Harry y luego le sonrió tímidamente a Lupin, quien le respondió, sereno, con la misma sonrisa. Moody no pudo reprimir una risita cómplice, pero no disfrutaba con incomodar a su amigo, por lo que se despidió con un gesto y caminó por el pasillo.

También se despidió de Ron, Fred, George y Hermione, quienes hablaban a viva voz cerca del ventanal. Al juzgar por la cara de enfado de Hermione, probablemente estaba dándoles una pequeña charla sobre sus nuevas andanzas en pos del buen funcionamiento de PEDDO, y, por supuesto, George había aprovechado el momento para recordarle su pérdida de tiempo con semejante cruzada.

Lupin, intentando hacer caso omiso al leve rubor que subía por sus mejillas, miró hacia Harry. Antes de la interrupción de Tonks, había estado a punto de responderle algo relacionado con su nuevo profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras, Libertes Pittycarp.

- Sí, conozco a Libertes - dijo, pensando un momento - Estaba dos o tres cursos por encima de nosotros. Quizá Arthur sepa más de él, pero podría decir que James adoptó de él la idea del cabello engominado - sonrió, algo melancólico, pero sin querer ahondar demasiado en los recuerdos, regresó al tema - Es un Auror de titulación reciente, no más de cinco años... no sé qué hacía antes de entrar a la Academia. Se le puede comparar con Lockhart en ciertos aspectos,

pero no llega a tanto. Creo que es un buen tipo - opinó, encogiéndose de hombros - Pero, y como bien dice nuestro amigo Ojo Loco, hay que estar siempre atentos. Confío en tu instinto, ya sabes. Si crees que hay algo raro con él, no dudes en avisarnos.

Harry asintió.

- No me ha parecido tan mal profesor. El asunto del Club de Duelos ha sido bastante interesante, pero quise preguntarte de todas maneras. Tú sabes mucho sobre Defensa...

Lupin apretó los labios, agradeciendo la confianza. Harry lo estimaba, pero, cómo decirle...

- Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea, ¿verdad, Harry? - murmuró, algo tímido al pronunciar las palabras - Continúo viviendo en Grimmauld Place, así que, si necesitas algo, o sólo quieres conversar, no dudes en llamarme.

Harry le sonrió, conmovido. Pocas veces lo había sentido así de cerca, o tan preocupado por él. Podía adivinar su interés en apaciguar la falta de Sirius, pero no estaba seguro de querer reemplazarlo. Sirius era único, y aunque sentía mucho aprecio por Lupin, jamás sería lo mismo...

- Gracias - respondió y, si bien en el fondo quería expresarle sus pensamientos al respecto, prefirió callar, por ahora. Quizás se sentiría ofendido o algo, y en este minuto, no se perdonaría el hecho de perder a la única figura "paterna" que le quedaba.

Unos segundos después los Sres. Weasleys aparecieron tras la gárgola. Se veían algo tensos, pero sonrientes. Molly se acercó a Ron y a los

demás, y le dijo algo al oído. Ron asintió, le guiñó un ojo y la abrazó. Luego Arthur se volvió hacia Harry y se despidió con un movimiento de su sombrero.

- Nos veremos muy pronto, Harry - dijo Lupin, desordenándole un poco el cabello - Más pronto de lo que crees.

Algo torpe, hizo un ademán de querer abrazarlo, pero cambió de parecer a último minuto y optó por estrecharle la mano, sonriente. Harry había dejado de ser un niño... y no sólo lo demostraba su altura o la talla de sus zapatos. Su mirada era diferente, como también su fuerza para hablar, decidir y actuar. Por un momento, Lupin habría dado lo que fuera porque James y Lily estuvieran ahí, observándolo. Harry era todo lo que habían soñado.

Tras una última mirada, Remus, Arthur y Molly avanzaron por el pasillo. Fred y George fueron tras ellos, no sin pasar antes algunos extraños dulces a Ron y dirigir una mirada divertida hacia Hermione, quien hizo un ademán de 'orgullo en alto'. Inmediatamente luego de voltear, fijó la vista en los profesores Snape y McGonagall, quienes conversaban seriamente cerca de la gárgola. Intercambiaron una mirada de entendimiento y, ágiles, dobló cada uno por una esquina diferente.

- ¿Por qué siempre tengo la impresión de que sabemos sólo la mitad de lo que sucede? - dijo Harry, mientras perdía de vista la figura de Snape camino a las mazmorras.

- Ya viste la cara de mi madre - opinó Ron, contrariado - Cree que aún somos unos "niños", y no me sorprendería que varios apoyaran esa idea.

- No sean tan desconfiados - habló Hermione - Acaban de invitarnos a participar, ¿eso no les basta? - Miró su reloj - Si me preguntan, creo que es nuestra oportunidad para demostrar que nuestro trabajo no ha sido en vano.

Harry asintió. Los tres amigos se miraron, animados, al tiempo que comenzaban a caminar hacia la torre de Gryffindor. Estaban pensando exactamente en la misma idea.

A la hora del almuerzo, Filch notó más puestos vacíos que de costumbre. Sabía que muchos estudiantes aprovechaban aquel momento para estudiar, algunos para dormir y otros simplemente para dar un paseo por los jardines, pero la mayoría jamás perdía la oportunidad de disfrutar un buen banquete de Hogwarts. Tantas sillas vacías en Gryffindor, y otras en Ravenclaw y Hufflepuff, lo hacía sospechar. Como siempre, el primer nombre que atacaba su mente era el de aquel jovencito rebelde y busca-problemas llamado Harry Potter, el héroe de todos, y el de sus dos infatigables amigos, Granger y Weasley. Rezongó al pensar en ellos, pero tras abandonar su silla para ir en su búsqueda, se detuvo y lo pensó dos veces. Para él, Potter ya era lo suficientemente grande como para evitar meterse en líos. Aunque, si se daba la oportunidad, no dudaría en ponerlo en suspensión. Volvió sobre sus pasos, acarició el lomo de la Sra. Morris, y ésta ronroneó cariñosamente. No perdería su almuerzo por perseguir a un trío de alborotadores.

En aquellos segundos en que la mayoría de los estudiantes se agolpaban para ganar el mejor trozo de pollo de las bandejas, Harry, Ron y Hermione, a muchos metros de distancia, esperaban impacientes sentados en un mullido sillón de terciopelo azul. Encontrar aquella sala secreta en el séptimo piso se hacía cada vez más fácil: Sólo bastaba con concentrarse unos

minutos y la puerta aparecía, frente a ellos, como si siempre hubiera estado ahí. No había mejor lugar en Hogwarts para reunirse.

- Espero que todos hayan recibido sus notas - dijo Hermione, revisando atentamente el pergamino que sujetaba en su regazo, lleno de nombres y firmas.

- Yo espero que Neville se acuerde de nosotros y traiga algo de comida - se quejó Ron, frunciendo el ceño y acariciando su estómago - Muero de hambre.

Hermione le dirigió una mirada de reprobación y Harry sonrió.

- No es tiempo para pensar en comida, Ron - gruñó, y luego chequeó su reloj - Estoy perdiendo tiempo valioso. No he confeccionado ninguna bufanda desde que llegué...

- No es tiempo para pensar en elfos domésticos, Hermione - remedió Ron.

- Pues ellos son quienes trabajan día y noche para darte de comer - le respondió, desafiante.

- Pero yo no los amenazo con mi varita para que lo hagan, ¿o sí?!

- ¡Ya me gustaría ver tu cara si hoy entraras al comedor y no hay cena! - exclamó, enfadada.

- ¡Hay muchas formas de conseguir comida...! No solo los elfos saben cocinar, ¿sabías?!

- Entonces tendrás que aprender a hacer un guisado con tu túnica... porque, apostaría, no tienes idea ni de cómo materializar una manzana.

Harry sólo sonreía, mirándolos uno al otro como si estuviera presenciando un partido de tenis. Hace mucho que no los escuchaba discutir, y aquello sólo podía ser un signo de recuperación. Mientras se gritaban con aquella armoniosa familiaridad de siempre, Harry arqueaba las cejas, divertido. ¿Cuándo iban a darse cuenta de que sus peleas sólo demostraban la carencia de algo más? Pero ellos ni se dieron por enterados. Se dirigieron una mirada de rabia y cada uno caminó, aún rumiando una respuesta, hasta esquinas opuestas de la sala. Pero entonces, estáticos, advirtieron lo evidente. Voltearon, inseguros, y se miraron como si recién acabaran de descubrir la presencia del otro. Ron sonrió, comenzando a enrojecer.

- Extrañaba esto.

- También yo.

Casi con pánico, evitaron sus miradas. Hermione volvió a sentarse sobre el sillón, y Ron caminó lentamente hacia el ventanal. Pero mientras ellos luchaban contra sus propios sentimientos, la sonrisa de Harry había desaparecido. Las palabras de Hermione habían retumbado en su cabeza como el más grande de los regaños. Dios, las bufandas. Había olvidado completamente el asunto de PEDDO y, por supuesto, los enormes cerros de ropa que sólo Dobby conserva, aún cuando ella piensa que su estrategia de liberación de elfos domésticos ha sido todo un éxito. Frunció el ceño; sería una gran decepción. No estaba seguro de que fuera el momento para dar malas noticias, pero en el fondo sabía que, mientras más esperaba, más grande sería su sufrimiento después.

- Ahhmm... Hermione - comenzó a decir, antes de que Ron pudiera seguir discutiendo con ella - Hay algo que debería haberte dicho hace mucho, pero nunca encontré el momento y...

En mitad de la frase, fuertes murmullos se escucharon desde la puerta. Pronto la sala estaría llena de gente, y en esas condiciones, prefería no hablar. Hermione lo apremió con la mirada, instándolo a seguir, pero Harry negó con la cabeza. Esperaba que ella entendiera por qué.

El primero en entrar fue Ernie McMillan, solemne y bien erguido como siempre. Saludó cortésmente a Hermione, quien hizo una pequeña marca en su pergamino, y luego se acercó a Harry para estrecharle la mano. Ron le hizo un gesto desde la ventana.

- Preparado y dispuesto - pronunció, más ceremonial de lo que Harry estaba acostumbrado, pero ya conocía la forma que Ernie tenía para comunicarse. Sólo atinó a asentir, callado, y ofrecerle un lugar del sillón mientras esperaban a los demás.

Pronto tras Ernie aparecieron Lavender, Parvati y su hermana Padma, quien al divisar a Ron volteó el rostro en signo de desprecio. Hermione sonrió para sí, quieta; no le disgustaba demasiado el hecho de que Padma aún estuviera molesta por la deficiente actuación de Ron como su compañero en el baile de cuarto año. Sonrió de nuevo, las observó un momento y volvió a chequear el pergamino. Luego Katie Bell, Alicia Spinnet y Angelina Johnson entraron al lugar, charlando animadamente de lo que parecían ser los atributos de la nueva Nimbus 2003. Mientras Harry se acercaba a ellas, visiblemente interesado en la conversación, Hermione añadía tres marcas a la lista.

Zacharias Smith, Anthony Goldstein y Terry Boot fueron los siguientes, cada uno con un pedazo de pie de manzana a medio comer. Ron hizo un gesto de elocuente ansiedad, y Harry lo miró, encogiéndose de hombros. Al tiempo que se debatían en una lucha visual por quién sería el primero en pedir un mordisco, Neville entró en la habitación, sonriente, con grandes bultos en sus bolsillos. Ron se acercó a él, intuyendo su generosidad, y al tiempo que Harry caminaba hacia la puerta, Neville les lanzó una sabrosa hogaza de pan a cada uno.

Ron sonrió abiertamente.

- Amigo, me has salvado la vida - dijo, estrechándole la mano, abriendo la boca para dar el más grande de los mordiscos. Harry también le agradeció, mientras repartía miradas hacia Dean Thomas, Justin Finch-Fletchley y Collin y Dennis Creevey, quienes se agolpaban por entrar.

- Filch tenía una mirada muy sospechosa cuando salimos del comedor... pero no te preocupes, lo burlamos para que no pudiera seguirnos - dijo Collin, muy satisfecho consigo mismo por haber sido de ayuda. Su hermano Dennis asentía, sonriente hacia Harry.

- ¿Quiénes faltan? - preguntó Ron, y antes de que Hermione pudiera pronunciar palabra, el último grupo hacía su aparición: Hannah Abbott y Susan Bones, enfrascadas en una acalorada discusión; Stella y Ginny, prácticamente abrazadas y muy risueñas, y tras ellas, Luna Lovegood (quien caminó sin preámbulos hacia Ron, por sobre la mirada de furia de Hermione) y Cho Chang, acompañada de dos estudiantes que Harry no había visto jamás: Owen Cauldwell y Theresa Joyce, de séptimo año de Hufflepuff y Slytherin, respectivamente.

Harry se encontró con los ojos de Cho casi por coincidencia, y por un segundo, quiso mantener el contacto, sólo para cerciorarse de cuál era su posición al respecto. Pero ella lo evitó rápidamente, adquiriendo un inusual interés por los libros de Defensa apilados en las grandes estanterías.

Suspiró, relajando los hombros. No sentía nada. El aire era el mismo, su pulso no daba señales de cambio y no había mariposas en su estómago. Todo estaba bien... no sentía rabia, ni emoción, ni vergüenza. Nada en lo absoluto. De hecho, dudaba si alguna vez sintió por ella algo más que una simple atracción...

Con un gesto cordial, Hermione había pedido a Dean que cerrara la puerta con el encantamiento sellador, sólo por si a Filch se le ocurría venir a espiar. Luego todos se reunieron en torno a Harry, esperando sus palabras. Él apretó los labios, sonriendo hacia sus amigos. No estaba seguro de si debía o no hablar en frente de no-miembros, pero lo tranquilizó la idea de que ya no había en los pasillos de Hogwarts una rechoncha y amargada "inquisidora", dispuesta a coartar sus intentos por estudiar Defensa de verdad. Ya no corrían peligro, eran un grupo legal ahora. Entonces, tomó aire.

- Me alegro de que todos estén aquí - comenzó a decir, sereno. Sacando fuerzas de flaqueza, se obligó a sí mismo a ir al grano - Antes que nada, me gustaría decirles que, como este año sí tendremos clases reales de Defensa Contra las Artes Oscuras, aún no estoy seguro de que esto sea necesario.

Nadie entendía nada. ¿Para esto los habían citado? Un murmullo generalizado inundó la sala y la mayoría intercambió una mirada de decepción, más aún los dos estudiantes desconocidos. La Armada no podía acabar... habían puesto mucho en ello, arriesgado mucho.

Harry titubeó.

- Es decir... No es que el grupo tenga que disolverse, sino sólo las clases. Me refiero a que ya tenemos un mejor profesor en la materia - se excusó, refiriéndose a Pittycarp - Él puede enseñarnos todo lo que...

No pudo continuar. Frente a él, Hermione había levantado su mano, moviéndola insistentemente. Harry sonrió, tímido.

- ¿Sí, Hermione?

Ella mantuvo la sonrisa.

- No estoy de acuerdo - dijo, segura como siempre - La AD es más que un curso de Defensa, y lo sabes - arqueó las cejas, y Ron la miró fijo - Si lo notas, aquí presentes hay representantes de tres de las cuatro casas de Hogwarts... - Inadvertida, Theresa Joyce bajó la mirada, sintiéndose repentinamente desplazada. Aunque, en el fondo, nadie la había invitado ahí - ¿Recuerdas el mensaje del Sombrero Seleccionador el año pasado? Dijo que hay que estar más unidos que nunca... - hizo una pausa para que todos pudieran procesar la información, y luego continuó - Esto se trata de apoyo y compañerismo, Harry. Y, por supuesto, nadie dijo que no fuera divertido - terminó, sonriendo elocuentemente.

Ginny soltó una carcajada, y pronto acaparó las miradas del grupo.

- Jamás olvidaré a Neville intentando un “Expelliarmus”... ¡caíste sobre Hannah y arruinaste su peinado!

Todos echaron a reír, incluso Neville y Hannah, quienes no podían disimular un leve rubor. Aún en aquellos difíciles momentos de entonces, con la nariz de Umbridge en todos sus movimientos, las clases de la

Armada Dumbledore habían sido una hermosa isla en medio del desierto. Por primera vez, alumnos de todas las casas se unían en una causa común...

- Ginny tiene razón - habló Ron, acentuando lo grave que había adquirido su tono de voz desde el último verano - No había disfrutado tanto una clase como ésta. Además, si no fuera por la Armada, jamás habría logrado desarmar a Hermione... - sonrió, y los demás hicieron eco. Hermione se sonrojó, y escondiéndose un momento tras su pergamino, volvió a pedir la palabra, levantando su mano derecha.

Harry sonrió de nuevo.

- ¿Sí... Señorita Granger? - bromeó, haciendo que las risas continuaran.

Levantó una ceja, divertida.

- Me preguntaba, Sr. Potter - dijo, recalcando las últimas palabras, sin perder la sonrisa - ...sí podría hacer algunos alcances formales antes de continuar la conversación.

Harry se rascó la cabeza.

- Como quieras.

Ella asintió, satisfecha.

- Bien... - empezó a decir, sujetando el pergamino a la altura de su codo - Como supongo estarán todos enterados, el profesor Dumbledore ya sabe de nuestra existencia... - Todos asintieron. Dejando en claro eso, continuó -...y gracias a nuestro arduo trabajo y a nuestra lealtad hacia Hogwarts, nos han hecho una proposición asombrosa, imposible de rechazar...

- ¿Vamos a enseñarle a otros estudiantes? - inquirió Parvati, emocionada, pero Hermione no pareció alegrarse con la interrupción.

- Quizá van a darnos el EXTASIS de Defensa sin tener que pasar el examen... - pensó Ernie en voz alta, pero Ron movió la cabeza.

- Mejor que eso - respondió, e intercambió con Harry una mirada de aliento.

- ¿Qué puede ser mejor que un EXTASIS gratis? - preguntó Dean.

- Está claro - dijo Luna repentinamente, con los ojos fijos en Ron - Ahora vamos a pelear de verdad.

Harry y Ron abrieron los ojos como platos. Luna nunca dejaba de sorprenderlos.

- Así es - afirmó Hermione, mirando a *Loony* con suspicacia - Está la posibilidad de incluirnos en un... proyecto mayor, en un ejército de verdad.

- ¡Oh, por Dios! - exclamó Susan, llevando las dos manos a su boca - ¡¿Vamos a estar... vamos a unirnos a... la Orden del Fénix?!

Harry asintió, silencioso, y mientras Susan - así como también Ginny - intentaba reponerse de la impresión, nuevos murmullos llenaron la sala.

- ¿Qué es la Orden del Fénix? - preguntó Padma, y tras sus palabras reinó el silencio. Todos querían saber.

- Es una suerte de ejército formado en su mayoría por Aurores, fundado por el profesor Dumbledore, el cual hace mucho tiempo se encargó de luchar contra Lord Voldemort... - explicó Ron, y sólo algunos se agitaron al oír aquel nombre. La mayoría parecía estar acostumbrada - Pero ahora se han vuelto a

reunir, ya que el Señor Tenebroso ha regresado. Y... bueno, como varios de sus miembros ya no están... - murmuró, sin atreverse a mirar directamente a Harry, o a Susan, o a Neville - ...están dispuestos a incluir nuevos refuerzos.

- La Orden nos necesita, hoy más que nunca - habló Harry, tratando de demostrar que la alusión a sus padres no fue tan dolorosa - Debemos agrandar nuestras filas, o nunca tendremos opción de ganar.

El asentimiento fue unánime. La sola idea de abandonar la teoría y salir a pelear al mundo real los excitaba de sobremanera. Ninguno de ellos, ni en las más enérgicas clases de Defensa, habrían pensado que un día así llegaría.

Harry sonrió al notar que todos estaban de acuerdo, entusiasmados, e iba a agradecer el consenso cuando, una vez más, Hermione tenía su mano en alto. Harry ni siquiera perdió el tiempo con palabras. Hizo un gesto con la mirada, invitándola a hablar.

Ella sonrió.

- Así me gusta. No podía esperar menos de ustedes - dijo, y sus amigos se miraron con orgullo - ...pero nos falta discutir varios detalles, entre ellos, nuestra propia baja de miembros - explicó, revisando acuciosamente su pergamino - Hasta el momento, la AD cuenta con 23 de los 28 miembros originalmente inscritos, ya que tanto Lee Jordan como Fred y George Weasley terminaron la escuela... Michael Corner avisó su dimisión... - Ginny pareció sonrojarse, pues Michael había entrado al grupo sólo por ella, el año pasado - ...y Marietta... ¿Qué sucedió con ella? - preguntó en voz alta, mirando directamente hacia Cho - Es la única de la que no tenemos noticia.

Cho se sintió algo intimidada, al notar que todas las miradas confluían en ella.

- Eehhh... Creo que, después de lo que pasó con Umbridge, Marietta decidió cambiarse de escuela - dijo, encogiéndose de hombros - Me parece que sus padres se trasladaron a Francia, por lo que ella aplicó para entrar a Beauxbatons.

Hermione hizo un gesto de entendimiento y tachó algunas cosas en el pergamino. Luego levantó la vista, suspirando.

- Bien, tenemos entonces... cinco vacantes - comenzó a decir, mirando de reojo a Stella - Supongo que estará bien si nuestros visitantes se presentan y nos cuentan por qué están aquí.

Theresa, Owen, Seamus y Stella enrojecieron prácticamente al mismo tiempo. Se miraron, preocupados, luchando visualmente para ver quién de ellos sería el primero en hablar. Los demás esperaban impacientes, algunos cruzados de brazos y otros, más suspicaces, observando detalladamente a los nuevos. Entonces Seamus, aclarando su garganta sonoramente, dio un paso adelante.

- Y-Yo... bueno, yo debería haber entrado hace mucho - dijo, con la mirada hacia el suelo, como si sus zapatos fueran la mayor atracción de la sala - Es sólo que... que... - elevó un poco los ojos, quizá buscando la aprobación de Harry, y éste asintió levemente, instándolo a seguir. Seamus sonrió - Quiero pertenecer a la Armada porque ahora sé la verdad. El Señor Tenebroso ha vuelto, y no podemos dejar que recupere su poder.

Harry le sonrió amistosamente, así como Dean y Ron, sus amigos de siempre.

- ¿Y qué pensarán tus padres al respecto? - preguntó Ron.

Seamus no perdió la sonrisa.

- Mi madre continúa con sus dudas, pero Papá me apoyará, estoy seguro - concluyó, al tiempo que algunos murmullos comenzaban a su alrededor.

- Muy bien, gracias Seamus – dijo Hermione, rodeando el lugar con la vista - ¿A favor de la membresía de Seamus Finnigan?

Todas las manos se alzaron. Hermione contó los votos - aunque fuera innecesario - y anotó el nombre de Seamus al final de la lista.

- Eres oficialmente un integrante de la Armada Dumbledore - pronunció Harry, extendiéndole el pergamino para que situara su firma junto al nombre escrito por Hermione. Ni siquiera preguntó por qué debía firmar: estaba tan emocionado por la aceptación que no hacía más que sonreír y estrechar la mano a quien se le acercara.

Antes de que todos pudieran advertir su movimiento, Owen Cauldwell caminó hacia el centro del grupo. Era alto, fornido como un jugador de Rugby y casi tan rubio como Draco. Sólo distaban sus ojos café, profundos y serenos, además de su nariz levemente redondeada. Dirigió una mirada fugaz hacia Ginny, quien le sonrió, tímida.

- Yo también quiero pertenecer a la Armada Dumbledore - dijo, firme y seguro, haciendo que el murmullo cesara por unos segundos. Hermione lo instó a continuar - Hace unos días me enteré de su existencia, por medio de... bueno, de uno de ustedes - Por alguna razón pronunciar el nombre de aquella persona le suponía un gran esfuerzo, pero intentó seguir hablando con naturalidad - y me agradaría mucho participar. Mis padres siempre han sido fieles al profesor Dumbledore, y aunque no son Aurores, ayudaron a la Orden en los tiempos de terror de V-V-Voldemort... – tartamudeó, nervioso, pero se recuperó pronto – Además, son muy cercanos a la abuela de Neville y a los Weasleys – agregó,

mientras Ron asentía, corroborando la información. Hermione anotó algo en su pergamino - ...entonces, sé que estarían orgullosos de verme en una cruzada como ésta, sobretodo si tiene a Harry como líder. Y yo... es decir, principalmente para mí, sería un honor luchar junto a ustedes.

Casi mereció aplausos. Su forma de hablar recordaba a ratos a Ernie, quien sonrió satisfecho al escuchar las palabras de Owen. Harry agradeció su confianza y Hermione volvió a pedir votación. Nuevamente todas las manos se alzaron y Owen firmó, alegre, junto a su nombre en el pergamino.

Nadie preguntó quien hablaría a continuación. Por inercia, todas las miradas convergieron en Stella, quien no había pronunciado palabra desde que entró al salón. Ginny le hizo un gesto de ánimo, y mientras ella le sonreía de vuelta, dio unos pasos hacia adelante. Cerró los ojos, suspiró con nerviosismo y habló hacia todos, aunque sus ojos se desviaban constantemente hacia Harry.

- Yo vengo de muy lejos, donde la época del terror no se tradujo en hechos sino en un eco desbaratador... - comenzó a decir, tan imponente que parecía saborear cada palabra - Muchos, escapando de Voldemort, rondaron las tierras donde vivo, y así conocí el dolor, la desesperación y las pérdidas. Porque no fue necesario estar en Londres para sufrir la miseria... aquella se extendió, pura, por más fronteras de las que imaginan... - Mientras hablaba, aquel aire solemne que siempre la había caracterizado se hacía aún más patente. El silencio que se produjo fue abismante, elocuente. Neville tenía su boca parcialmente abierta, anonadado ante lo que escuchaba - He conocido, salvo un par, todos los colegios de magia en el mundo - dijo, lo que causó un “¡Ohhh!” entre el grupo - y tanto el nombre de Voldemort como el de Harry son conocidos... y venerados. Hay quienes piensan que el rigor de los sangrepura debe gobernar... pero hay otros, como yo, que apelan por la paz y la cooperación entre las

personas. Mi lealtad está donde se alce la justicia y la sabiduría, y si este grupo abraza la lucha contra la oscuridad, aquí es donde quiero estar. Porque añoro que el miedo termine, y así regrese la luz.

Ninguno se atrevió a hacer comentario, ni mucho menos a romper la atmósfera casi mística que cada palabra de Stella provocó en el grupo. Ron y Ginny la miraron con admiración, sonriendo abiertamente. Hermione asintió en silencio, anotando su nombre en el pergamino aún sin haber hecho la votación. Harry, por su parte, sentía el pulso acelerado. No estaba seguro de lo que sentía... si entusiasmo, sorpresa, o fascinación. Pero no quería pensar demasiado en ello, no ahora.

- Dicen que tu Patronus es increíble - comentó Luna repentinamente, sobresaltando a la mayoría. Susan asintió con vehemencia.

- Una mariposa perfectamente corpórea... maravillosa...

- ¿Mejor que el ciervo de Harry? - preguntó Zacharias, con su desconfianza de siempre.

- Igualmente fuerte - explicó Hermione - Sus Patronus se enfrentaron y, en lugar de pelear, se demostraron respeto mutuo.

- Wow... - exclamó, al mismo tiempo que Owen, Theresa y Justin.

Tímido, Dean levantó su mano.

- ¿Sí? - dijo Stella, segura de que la pregunta iba hacia ella.

- Es que... se rumorea que puedes hacer magia sin varita - titubeó, pero sin dejar de mirarla a los ojos - Goyle dice que estás poseída, que usas... magia negra...

Padma y Parvati, sincronizadas, ahogaron un grito de pavor. Stella bajó la cabeza, pensó un momento y luego sonrió, serena. Todos esperaban una respuesta.

- Sólo se teme a lo que no se conoce, ¿no es así? - comenzó a decir, dirigiéndole una mirada amistosa - Goyle me insultó y, en respuesta, me defendí con un truco muy fácil pero certero - explicó, aunque un leve timbre de nerviosismo se distinguía en su voz - Le apunté con mi mano y pronuncié el hechizo, pero en realidad tenía mi varita escondida bajo mi manga... - finalizó, levantando su brazo. Collin y su hermano Dennis exclamaron de felicidad, entusiasmados con la idea de intentar el truco ellos mismos.

- Nosotros estábamos ahí - habló Harry, caminando unos pasos y situándose a un lado de Stella. Ron y Hermione asintieron - Goyle se lo merecía. Pero también nos sorprendimos... fue un truco buenísimo.

Stella volteó la vista hacia él, agradecida. Estaban muy cerca el uno del otro, tanto que rozaron sus manos por una milésima de segundo. Se sonrojaron levemente, pero no lo suficiente como para que los demás lo denotaran. Cho, en cambio, frunció el ceño y se cruzó de brazos, desarmando su sonrisa. No le agradó demasiado la escena.

- Bien... ¿les parece si votamos? - dijo Hermione, pero sin alcanzar a pronunciar “a favor de...”, todos alzaron sus manos, alegres. Stella suspiró de felicidad, inclinándose para firmar el pergamino.

- Bienvenida - murmuró Harry, estrechándole la mano, aunque no era precisamente el gesto que le hubiera gustado hacer. Ginny corrió para abrazarla; al parecer, Stella era la hermana mayor que siempre había deseado.

Luna, Justin, Angelina, Hannah y Owen la acorralaron para preguntarle más cosas acerca de su Patronus. Mientras, Collin, Dennis, Neville y Terry se apuntaban unos a otros con sus varitas bajo las mangas de sus túnicas; desafortunadamente, ninguno lograba hacerla permanecer en su sitio más de unos segundos. No era un truco tan fácil, después de todo. Hermione, advirtiendo los murmullos, tosió un par de veces y esperó a que regresara el silencio. Alzando una ceja, fijó los ojos en Theresa.

- Aún falta una persona - dijo, y todos recordaron. Theresa Joyce, alumna de Slytherin, había tenido las agallas para presentarse. Ron no pudo evitar observarla con recelo... no sabía si estaba de acuerdo en aceptar a alguien de Slytherin en el grupo. Justin, Hannah y Alicia tampoco estaban muy convencidos. ¿Qué pasaría si fuera un espía de Draco y sus amigos? No podían confiar en ella.

- ¿Cómo supiste de nosotros? Es decir, de la Armada - preguntó Angelina, frunciendo el ceño. Harry pudo sentir la tensión en su voz. Conocía a Angelina desde hace mucho, y por ello, sabía que no dudaría en sacarla a golpes del salón si se tratara de una espía.

Theresa tragó saliva, nerviosa. Se sentía intimidada, no había duda, pero aún así dio unos pasos hacia adelante y trató de explicar su presencia.

- Bueno, y-y-yo... escuché sin querer a Ginny en el pasillo, cuando le contaba algunos detalles a Owen... - comenzó a decir, no muy segura. No se atrevía a mirar a los ojos a ninguno de los presentes.

- Sin querer, ¿eh? - habló Ron, con cara de pocos amigos, pero Stella lo tomó del brazo.

- Ron, dale una oportunidad, ¿quieres? - pidió, en un tono cálido. Ron asintió, dudoso, ella sonrió. - Theresa, continúa por favor.

Ella, por primera vez, intentó sonreír, aún cuando todos le dirigían una mirada de desaprobación. Quizá no todo estaba perdido, por lo que decidió ir al grano.

- No soy precisamente popular en mi clase... dicen que no debería estar con ellos, porque no tengo nada contra los hijos de muggles, ni soy una fanática sangrepura, ni llevé puesta la escarapela de "Weasley es nuestro rey" el año pasado... Aunque ninguno de ustedes se fijaría en eso en una Slytherin, ¿verdad? - dijo, algo desafiante, pero intentó regresar a su tono normal para aquietar los ánimos - Me apasiona la clase de Defensa, y los mejores exponentes están entre ustedes. Sé que no habría mejor lugar para aprender. Además, si mis amigos supieran que estoy aquí, me odiarían de por vida, y aún así me decidí a venir... - Estaba exteriorizando todas sus razones, pero al juzgar por los rostros de la mayoría, no estaba siendo convincente. Sin más que agregar que su propia alma, continuó - Pero no les voy a mentir. Mi familia lleva generaciones de fidelidad hacia Voldemort, y no es algo de lo que tenga que enorgullecerme...

Bajó la mirada, sintiendo que sus últimas palabras bien podrían ser su sentencia fatal. Su abuelo, su padre y su tío habían sido mortífagos...

¿Cómo iban a creen en sus buenas intenciones?. Harry, luchando contra sus propios prejuicios, sintió la necesidad de actuar a su favor.

- No importa de qué familia provengas... nadie te juzgará por eso - afirmó, y entonces muchos lo apremiaron con la mirada, sobretodo Ron, como diciendo “¿Estás loco?” - Recuerda, Ron - dijo, como respuesta a sus ojos iracundos - que Sirius venía de una familia de mortífagos, y ni la Orden, ni mucho menos sus amigos, lo juzgaron por eso. Demostró ser una persona íntegra, amable y leal. ¿Por qué Theresa no podría serlo también?

Hermione se mordió el labio inferior, nerviosa. En el fondo, Harry tenía razón. Sirius debía cargar con el estigma de haber nacido en una casa de magos oscuros, pero aún así, supo ganarse el cariño y el respeto de sus superiores y amigos. Quizá Theresa sí merecía una oportunidad.

Zacharias, Anthony y Justin apenas respiraban. No estaban seguros de querer depositar su confianza en una Slytherin, y mientras Hermione volvía a escribir sobre su pergamino, Owen levantó la voz.

- Yo te creo - dijo, tan amigable como le fue posible - Corriste un gran riesgo en venir hasta acá. Eso debe significar algo, ¿no?

Susan, observando los rostros de sus amigos, asintió levemente.

- ¿Acaso no lo dijiste tú misma, Hermione? - pronunció, a lo que la aludida puso cara de interrogación - Ehh... creo que dijiste: “Las casas de Hogwarts deben unirse”, “apoyo y compañerismo”... o algo así. Pero, ¿de qué sirve ese discurso si, sin más pruebas que nuestros propios miedos, discriminamos a alguien por el color de su insignia?

Stella sintió que aquello era lo más sensato que había escuchado en mucho tiempo. Sonrió abiertamente hacia Susan, acercándose a su vez hacia Theresa.

- Yo también te creo - dijo, apoyando una mano en su hombro - Se requiere mucho coraje para enfrentarse a la intolerancia y al rencor. Me parece que este es un buen momento para trabajar en sus diferencias, ¿no creen?

Harry no podía quitar de su mente el rostro de Draco, irónico, desagradablemente ruin. No era la clase de persona que él admitiría en su entorno inmediato, pero Stella tenía razón. Theresa tenía el derecho de participar... si compartía la lealtad de la Armada.

Sutilmente dudoso, miró a Hermione dando su aprobación. Ella asintió, aún con el rostro contraído, y aclaró su garganta.

- Bien... ¿A favor de la membresía de Theresa Joyce?

Esta vez, varias manos permanecieron en los bolsillos de sus respectivos dueños. Ron, casi apenado por demostrar su antipatía, bajó la cabeza y se abstuvo de votar. Zacharias se mantuvo de brazos cruzados, desconfiado, al tiempo que, junto a él, Owen y Susan levantaban sus brazos a favor. Hermione contó las manos. Por la diferencia de un voto, la aceptación era mayoría.

Aún sin poder creerlo, Theresa elevó la mirada. Sus ojos bordeaban las lágrimas, feliz.

- No los defraudaré, se los prometo - dijo, mientras firmaba el pergamino.

- Bueno, si esto fue todo, creo que volveré a la sala común - dijo Anthony, contrariado. Giró sobre sus pasos y dirigió una mirada agria hacia Theresa. Ella perdió su sonrisa por un minuto, pero Stella se le acercó.

- No te preocupes, ya se les pasará - murmuró, apoyándola - También dudaron de mí al principio. En estos tiempos nadie confía en nadie, ¿no?

Movió la cabeza, agradeciendo la cordialidad.

- Tú sabes lo que se siente... Hablan cosas feas de ti en mi clase...

Stella asintió, incómoda. Aquello no suponía para ella ninguna novedad. Pero antes de que pudiera responder, Harry habló fuertemente hacia todos.

- Durante la semana recibirán una nota donde sabrán el día y la hora de nuestras clases - dijo, y mientras la mayoría hacía un gesto de entendimiento, añadió - Y, por favor, traten de pasar inadvertidos. No queremos que Filch nos encuentre.

Collin y Dennis exclamaron un “¡Sí, Señor!” al unísono, lo que hizo reír a Harry mientras los acompañaba a la salida. En eso, Angelina lo detuvo.

- Harry, supongo que estás enterado de que inauguramos el campeonato de Quidditch este año... contra Slytherin - dijo, mirando de reojo a Theresa - Las prácticas serán los viernes a las cinco, pero este viernes primero lo usaremos para las pruebas. Espero que encontremos bateadores tan buenos como Fred y George.

- Muy bien - respondió, entusiasmado por volver a jugar su deporte favorito... pero entonces, como un rayo, se percató de un detalle importantísimo. Oh, oh. Su Saeta de Fuego. Tantas cosas habían pasado que olvidó el asunto de su escoba. La última vez que la vio fue cuando Dolores Umbridge, más neurótica que nunca, la había encadenado en el sótano. Confundido, tomó su cabeza entre sus manos.

Angelina puso cara de interrogación.

- ¿Qué sucede? - preguntó, visiblemente preocupada.

Harry dio un salto. Si le contaba, recibiría un regaño gigante.

- Ehh no, nada. No te preocupes, ahí estaremos el viernes - dijo, mirando a Ron. Ella, no muy convencida, asintió y caminó hasta la puerta, donde la esperaban Alicia y Terry.

Ron se le acercó, sigiloso.

- Harry, tu escoba - murmuró, nervioso.

Frunció el ceño.

- Lo sé, acabo de recordarlo.

- Podríamos ir a buscarla ahora - sugirió Hermione quien, junto a Stella, acababan de despedirse de Ginny.

- ¿Qué le sucedió a tu escoba? - preguntó Stella, y Ron le relató un resumen de la historia.

- ...pero podríamos pasar todo el día buscándola. El sótano es un lugar muy grande, podría estar en cualquier lado - concluyó Harry, desesperanzado.

- Bueno, al menos tenemos un bloque libre antes de Adivinación - opinó Ron - Hagamos nuestro mejor esfuerzo.

Hermione y Stella asintieron. Harry les agradeció su ayuda y, mientras caminaban hasta la salida, comenzó a pensar la mejor forma de abarcar el sótano para buscar. Quizá deberían separarse o... De pronto, recordó a uno de sus amigos. Sin duda él conocería cada rincón de las mazmorras de Hogwarts... le sería de mucha utilidad ahora. Entonces sonrió. Esperaba que no tuviera demasiado trabajo en las cocinas.

- ¡¡Ron, mira por dónde caminas!! - le gritó Harry, segundos después de que su amigo tropezara con una silla y casi cayera sobre él.

- Argghhh... odio tanta oscuridad. ¡Lumos! - exclamó Hermione, iluminando el largo pasillo de piedra.

- Bien pensado - murmuró Stella, al tiempo que Hermione los hacía detenerse.

- Harry, no podemos vagar por el sótano. ¿Tienes idea de dónde puede estar tu escoba?

Él asintió. No había querido pensar en esa posibilidad, pero no le extrañaría demasiado encontrarse con aquella sorpresa.

- Si me preguntan - dijo, arqueando las cejas - yo comenzaría buscando en el despacho de Snape.

Ron movió la cabeza, asintiendo. Le parecía de lo más lógico, pero Hermione demostró sus dudas. Todo lo que sabían era que Umbridge había escondido la escoba de Harry en algún lugar de ahí abajo y que la había atado con fuertes cadenas, para que él no pudiera jugar Quidditch, pero de ahí a involucrar a Snape... no estaba segura.

- Esperen un momento - dijo Stella, acaparando la atención - ¿Acaso no sería más fácil... bueno, no sería mejor que Harry dijera simplemente “Accio Saeta de Fuego”?

Harry apretó los labios, suspirando.

- Sería lo más fácil, es cierto, y Umbridge ya había pensado en eso...

- Le puso un contrahechizo para que Harry no pudiera convocarla - explicó Ron - Así que no nos queda más que mirar en cada esquina, y con tantas telarañas... - balbuceó, con cara de pánico.

Lo más probable es que Hermione quisiera hacer algún comentario sobre la obsesión de Ron con las arañas, pero la repentina reacción protectora de Harry la sorprendió. Unos metros más adelante, y tal como los movimientos de Harry le estaban señalando, se comenzaban a escuchar unos pasos.

- Snape nos matará si nos encuentra husmeando aquí - susurró Ron, poniendo cara de asco, pero Harry le dio un codazo en las costillas murmurando un “¡Cállate!”. Los cuatro estaban escondidos, más apretados de lo que Hermione hubiera deseado, tras un viejo tapiz bordado con dos serpientes cascabel. El rasgueo de unos pies arrastrándose se hacía cada vez más patente, pero era un sonido extraño...

Harry tuvo una corazonada. Sonrió apenas, tentado de mirar y descubrir que, de algún modo, su instinto le daba la razón. Y entonces, sin pensarlo demasiado, elevó su cabeza por sobre la tela, dejando al descubierto a los demás. Ron, por la sorpresa, tropezó con su túnica y cayó de bruces al suelo, no sin antes arrastrar a Stella consigo, quien intentó sujetarse en Hermione. Ella, a su vez, dio un grito y soltó su varita, quedando todo en oscuridad.

Harry no pudo reprimir una carcajada.

- Jajajaja.... eso les pasa por miedosos - rió, y sólo Stella le sonrió de vuelta - Vamos, levántense. Sólo es Dobby.

Y así era. Dobby, el pequeño elfo doméstico y gran amigo de Harry, se asomaba, curioso, por una grieta en la pared apenas iluminada por un vago haz de luz. Al parecer, él era el más asustado con todo el asunto. Pero al escuchar la voz de Harry, salió de su escondite y saltó de felicidad.

- ¡¡Harry Potter, Señor!! - gritó, con su particular vocecilla de duende, acercándose a él - ¡Qué alegría siente Dobby, Señor, de haber encontrado a Harry Potter!

Ron, sacudiendo el polvo de sus pantalones, ayudó a Hermione a levantarse. Ninguno de los dos parecía muy felices por encontrarse con Dobby, pero al menos no era el profesor Snape. Cuando hubo alisado suficientemente su túnica, Hermione ofreció su mano a Stella para que se levantara... pero nada pasó. Por la falta de luz, Ron no podía ver lo que sucedía, aunque el silencio era elocuente.

- ¿Stella? ¿Stella, estás bien? - preguntó Hermione, dirigiendo su voz hacia la nada, repentinamente preocupada. Y entonces, tan rápido que ninguno de ellos

alcanzó a reaccionar debidamente, un largo cabello rojizo destelló a pocos metros, alejándose en una huida frenética.

- ¿Pero qué...? ¡Stella! - gritó Harry girando sobre sus pies, confundido y preocupado. En aquel instante, Hermione encontró su varita y murmuró “¡Lumos!”, justo a tiempo para divisar el último retazo de la túnica de su amiga, mientras volteaba la esquina del fondo.

Ron frunció el ceño. Aquello había sido demasiado extraño. ¿Qué le había sucedido? ¿Encontró algo espeluznante? ¿O es que acaso temía a los elfos domésticos? Bueno, no le sorprendería. Con aquel rostro arrugado, dedos extralargos, orejas puntiagudas y calcetines dispares en sus pies de payaso, no era precisamente un buen espectáculo qué admirar. De hecho, conocía a varios estudiantes de Hogwarts que jamás habían visto a un elfo doméstico en toda su vida. Quizá para Stella había sido mucha la impresión...

- Iré con ella - dijo Hermione, pidiendo a Ron que esta vez él iluminara el pasillo.

Harry, aún choqueado con la escena, volteó hacia Dobby, escuchando de fondo el sonido hueco de los pasos de Hermione en el piso de piedra. El elfo tenía la cabeza gacha y las manos entrecruzadas, con una expresión de tristeza.

- ¿Tan grotesco es el pobre Dobby que los amigos de Harry Potter huyen de él?

Harry sonrió, sintiéndose algo torpe.

- No, claro que no, Dobby - respondió, pero al no saber qué decirle a cambio, intentó desviar el tema - ¿Sabes? Necesito tu ayuda para algo importante.

Aquello hizo renacer la usual sonrisa en la haraposa criatura.

- ¡Sí, Dobby ya lo sabe, Señor! - exclamó, feliz de sentirse útil - Y como Dobby siempre quiere agradar a Harry Potter, ¡llevó su escoba a su habitación!.

- ¡¿Encontraste mi escoba?! - gritó Harry, agitado - Pero.. ¿Cómo supiste que...?

- Dobby siempre cuida los pasos de Harry Potter - dijo, algo avergonzado. Si su piel no fuera gris y escamada, quizá se le notaría un leve rubor - ...y escuchó cuando hablaba con sus amigos. Entonces Dobby quiso ahorrarle el trabajo. ¿Dobby hizo mal, Señor? - preguntó, con los ojos llenos de lágrimas, creyendo que había cometido un atrevimiento.

Harry negó con la cabeza, sonriendo nervioso. Temía que Dobby comenzara a golpear su cabeza contra el muro.

- No, no. Lo cierto es que te estoy muy agradecido. No la habría encontrado sin tu ayuda - afirmó, al tiempo que observaba su atuendo - Como recompensa, recuérdame regalarte otro par de calcetines.

Dobby sonrió. Varias lágrimas rodaban por sus mejillas.

- Dobby nunca dudó de la grandeza de Harry Potter, Señor - sollozó, y un segundo después volvió a hablar - ...y ya que le ha hecho a Dobby tan generoso ofrecimiento, quizá Dobby p-p-pueda pedir-r-r un fav-v-vor... - pronunció con dificultad, ya que apretaba los dientes constantemente, casi como castigo. Al parecer, los elfos domésticos no estaban habilitados para pedir favores. Aquello sí que suponía un gran atrevimiento.

- Está bien, Dobby. Pide lo que quieras.

Ron frunció el ceño. Aquella criatura ya los había puesto en problemas más de una vez con sus peticiones. Pero Harry no tuvo corazón para negarse. Asintió con la cabeza, y Dobby alzó la mirada, aún algo contrariado.

- Sé que Dobby no debería exigir nada... es decir, pedir, no exigir... pero si Harry Potter va a regalar calcetines a Dobby, Dobby pide que sean... que sean elegantes...

- ¿Elegantes? - preguntó Ron, intrigado - Vas a arruinarlos muy pronto en las cocinas...

Dobby dio un salto.

- ¡No, Señor! ¡Dobby no los necesita para trabajar, Señor! ¡Dobby debe estar presentable para cuando llegue el Consejo de los Tareldar! - exclamó, entusiasmado, y antes de que Harry y Ron pudieran preguntar quiénes eran los 'Tareldar', Dobby volvió a exclamar - ¡Los Tareldar, Señor! ¡Los Altos Elfos!

- Ohhh... - hablaron los dos amigos al unísono, dando un gesto de entendimiento. No era el momento para charlar sobre árboles genealógicos, pero no había duda de que los elfos domésticos, de algún modo, se relacionaban con los nuevos refuerzos de la Orden del Fénix.

Harry sonrió.

- Si es así, compraré los más elegantes que encuentre.

Dobby volvió a llorar, sonriendo y haciendo múltiples reverencias ante él.

- Harry Potter es muy bueno con Dobby. Dobby siempre le estará agradecido...

Harry sabía que Dobby bien podría pasar el resto de la tarde haciendo reverencias, pero no tenía tanto tiempo como para dedicárselo. Le urgía volver a deslizar entre sus dedos a su Saeta de Fuego.

Ron, por su parte, sentía acalambrada su muñeca derecha por sujetar tanto tiempo su varita. De hecho, el hechizo Lumos comenzaba a tiritar. Con un gesto de cortesía, ambos amigos se despidieron de Dobby y caminaron de vuelta por el pasillo, y una vez fuera de las mazmorras, Harry comenzó a correr. Ron trató de seguir su paso, pero no lo alcanzó hasta que, de tres en tres, subieron los escalones hasta los dormitorios.

Los ventanales estaban abiertos de par en par, dejando entrar la poca luz que aquel día gris les entregaba, mientras las cortinas se deslizaban al compás del viento. Harry rodeó el lugar con la mirada, pero no debió buscar demasiado: ahí, sobre su cama, su Saeta de Fuego parecía llamarlo a su encuentro. Estaba dispuesta en una especial posición, casi como si se encontrara tras una vitrina comercial, y su mango destelló por unos segundos dado que Dobby, como era de imaginar, la lustró y limpió antes de marcharse. Harry se acercó y, melancólico, la admiró un momento. No sólo era una de sus posesiones más preciadas, sino que, por haber sido un regalo de Sirius, adquiría un valor único, incalculable. No podía entender cómo dejó pasar tanto tiempo antes de ir en su búsqueda...

- Harry, ¿esa no es Hedwig? - preguntó Ron de repente, apuntando hacia uno de los ventanales. Y, en efecto, una hermosa lechuza blanca batía sus alas, posándose suavemente sobre la cornisa.

Harry se acercó a ella, y buscó en su pata derecha algún mensaje anudado. Pero no había nada. Confundido, iba a preguntarle qué estaba haciendo ahí, y entonces notó que tenía compañía. Una pequeña ave negra,

similar a un cuervo, esperaba junto a la lechuza, y, sorprendentemente, era ella quien cumplía el papel de mensajera.

Arqueando una ceja, volvió la vista hacia Hedwig, quizá pidiendo una explicación, pero ella no hizo más que ulular insistentemente, picoteando su mano para que se acercara al ave negra. No demasiado seguro, quitó el bulto de su pata callosa, y casi acto seguido, tanto ella como Hedwig emprendieron vuelo, perdiéndose luego tras los altos árboles del Bosque Prohibido.

Curioso, extendió el mensaje hacia sí. No era un trozo de pergamino, tal como solían ser todos los mensajes que recibía, sino que parecía más bien un pedazo de papel de ‘cuaderno’, aquel pilar de extraños pergaminos blancos que los niños muggles usan en sus escuelas. Contenía finas líneas horizontales y verticales que formaban pequeños cuadrados, y entre ellos, se alcanzaban a distinguir unas letras tensamente garabateadas. Recorrió las escuetas palabras, rápido, y después de releer ávidamente unas diez veces más, subió la vista hacia el cielo gris tras el ventanal.

Súbitamente, un aire frío envolvió sus pupilas. Su pulso aceleró su marcha y perdió la sensibilidad en sus dedos, dejando caer el trozo de papel. Estupefacto, cayó sentado a los pies de su cama, y sin estar absolutamente consciente de sus actos, sonrió, dejando que las lágrimas se agolparan a libertad. Ron, nervioso e intrigado, cogió el mensaje del suelo, el cual leyó con agilidad. Pero no perdió su tiempo en dirigirse a Harry. Con la mirada perdida, dejó que las palabras se acentuaran en su mente. Incólume, a su lado, la Saeta de Fuego brilló con intensidad.

*“Vencí. Soy libre, se lo debo a mis cuatro patas, y a tu fe.
No me busques, yo lo haré. Mientras, mis saludos a Bellatrix.”*

Capítulo nueve

Una Oportunidad

Hermione se detuvo una vez más frente a la ventana y suspiró hondo. Sintiendo el craquelar del papel en sus manos, discutió consigo misma la mejor manera de decir lo que pensaba. No quería herir a nadie, no quería ser pájaro de mal agüero... pero tampoco quería que Harry pusiera demasiadas esperanzas en un mensaje tan extraño como aquel. Suspiró de nuevo y volteó. Ron, con la mirada perdida, acariciaba la Saeta de Fuego cerca de la chimenea, aunque Hermione podía entender que sólo era un tecnicismo para no tener que pronunciar más palabras de las que quisiera. Harry, en cambio, caminaba frenéticamente alrededor de la Sala Común, confundido pero entusiasmado.

- Harry... - comenzó a decir Hermione, dubitativa.

Él detuvo su paso y la miró, fijo.

- Sé lo que vas a decirme - murmuró - Pero quiero creer que es él, ¿entiendes?

Hermione asintió, conmovida.

- Lo sé, y por eso me preocupa. La persona que escribió esto sabe lo importante que es para ti... “Soy libre... gracias a tu fe” - leyó, y Harry, evitando su mirada, comenzó a andar nuevamente - Nadie más que nosotros desea que todo haya sido una pesadilla, que Sirius haya escapado de algún modo y esté bien... pero no puedo fiarme de un trozo de papel muggle - explicó, quebrando su voz.

- También dice algo sobre “cuatro patas”... ¿Cuántas personas saben que Sirius es un animago? ¡Muy pocas, y todas de confianza!

Ron elevó la mirada, sintiéndose repentinamente observado. En efecto, Harry lo apremiaba desde la esquina, esperando escuchar su parecer.

- Creo, Harry, que por primera vez en mi vida concuerdo con Hermione sin discutir - dijo, débil y quieto como si le supusiera un esfuerzo enorme pronunciar cada palabra - Sé lo emocionado que estabas cuando leíste el mensaje, y que de verdad piensas que es él, pero... bueno, tengo mis dudas, ¿sabes? Tampoco puedo imaginar a Sirius, campante en algún pueblo muggle, pidiendo una hoja de *cuaredno* para escribir...

- “Cuaderno” - corrigió Hermione, pero sin darle demasiada importancia - Además, estoy segura de que si hubiese pasado algo, el profesor Dumbledore ya lo sabría, ¿no crees?

Harry detuvo una vez más su paso. Suspiró y miró a sus amigos.

- Creí que se alegrarían tanto como yo... eso es todo.

- ¡Harry, por Dios! - exclamó Hermione, con los ojos algo empañados, acercándose a él - Daría lo que fuera por creer que Sirius salió de aquel velo, ¡pero nada puede asegurárnoslo!

- ¿Y el mensaje que tienes en la mano? - inquirió.

Hermione dobló el papel en dos, devolviéndoselo a Harry. No quería mirarlo a los ojos.

- Podría ser de cualquiera... incluso, por más cruel que nos parezca, podría tratarse de una broma...

- ¿Quién se atrevería a bromear con algo así? - preguntó Ron, exaltado.

- No lo sabemos. Tampoco sabemos si fue el verdadero Sirius quien escribió esas letras.

Harry se sentía aturdido. Había pasado de la más completa felicidad al caos y la confusión en menos de quince minutos. ¿Y si Hermione tuviera razón? Pero no quería pensar en eso... quería creer que su padrino, astuto e inteligente como siempre, halló la manera de burlar el velo y escapar. Quería creer que vivía, que debía esconderse por su seguridad y que por miedo o suspicacia, decidió enviar a un extraño pájaro negro como mensajero.

Suspiró, bajó los hombros y se sentó en uno de los sillones frente a la chimenea, a un lado de Ron. Algunas personas entraron y salieron del retrato de la Señora Gorda, pero Harry no les prestó atención. Por el contrario, se dirigió a Hermione como si no hubiera nadie más en el lugar.

- Si le envió una nota a Lupin... ¿crees que él pueda aclararnos el misterio?

Hermione asintió, aliviada de que Harry no comenzara a gritarles o algo parecido.

- Es una buena salida. Si la Orden ha recibido algún rumor, lo confirmaremos.

Harry movió la cabeza, sintiéndose presionado a estar de acuerdo. Pero de alguna forma, Lupin podría despejar sus dudas. Conocía tantas técnicas de magia avanzada... quizás sabe algún hechizo o poción que muestre la identidad de quien osó a escribirle, elevando tanto sus esperanzas...

Se levantó de un salto.

- Los veré en la cena - dijo, caminando hacia el retrato.

- Harry, tenemos Adivinación - recordó Ron, antes de verlo salir.

Harry volteó un segundo, sin perder su seriedad.

- Creo que renunciaré. Ya puedo hacerlo, ¿no? Obtuve su TIMO, pero no lo necesito para ser un auro. Dudo que la profesora Trelawney note mi ausencia.

Hermione no tenía nada qué contradecir. Harry tenía razón; podía botar Adivinación sin problemas. De hecho, Ron comenzaba a pensar en la misma idea... Observando el cuadro al cerrarse, Ella y Ron se miraron, apenados. Seguramente Harry estaría enfadado con ellos por no compartir su alegría, pero sentían que era peor avivar aquella emoción, pues no se perdonarían si luego, sin previo aviso, cayeran en la cuenta de que todo fue un error. Ron, en el fondo, deseaba con todas sus fuerzas que Sirius estuviera vivo, pero no quería construir un castillo en el aire. No podía. En estos tiempos, tal como había dicho Stella, nadie podía confiar en nadie.

Subió la escalera de caracol hacia la Lechucería sin más ánimo que con el que bajaba los grandes pasillos hasta la mazmorra de Snape todos los miércoles. No cabía en sí de desconcierto. ¿Quién sería lo suficientemente cruel como para enviarle aquella nota? Tensó los puños. Si lograba encontrarlo... si lograba saber quién había sido el infeliz que...

Pero sus pensamientos no fueron más lejos. Al empujar suavemente la ajada puerta de pino oregón, el suave ulular de las casi cien aves mensajeras se hizo fuertemente patente, y entre ellas, la silueta esbelta de una estudiante se hizo paso hasta el ventanal.

Ella volteó al escucharlo entrar. Aún tenía entre sus manos a una pequeña lechuza parda, con el mensaje bien anudado en su pata izquierda.

- Oh... hola Harry - saludó Stella, evitando su mirada por unos segundos. La lechuza en su poder comenzó a batir sus alas intensamente, deseosa por emprender ya el viaje encomendado.

- Hola - respondió Harry, sorprendido por encontrarla ahí. Se acercó unos pasos, recorriendo el lugar con la vista, en busca de Hedwig - Nos asustaste mucho cuando escapaste de la mazmorra. ¿Nunca habías visto a un elfo doméstico, verdad?

Stella, quien al parecer ya había comenzado a maquinarse alguna excusa en su mente, abrió los ojos de alivio al escuchar la última frase. Relajó los hombros, y sonrió.

- Sí, así es - dijo, esquivando su mirada una vez más - Siento haberme ido de esa manera.

Harry le sonrió, encogiéndose de hombros.

- Está bien. Ron adivinó que Dobby te asustaría, pero no te preocupes. Es un amigo - explicó, mientras caminaba entre los ruidosos pedestales de madera en busca de su lechuza. El número de ellas era más abarrotado que de costumbre, pero Hedwig solía distinguirse con facilidad entre el grupo. Sin embargo, esta vez no había rastros de ella.

- Detrás de ti, junto a esa pequeña lechuza a rallas - indicó Stella, alzando su mano hacia los nidos superiores. En efecto, Hedwig estaba ahí, desperezándose de lo que parecía haber sido una gran siesta.

Sin que Harry volviera a llamarla, la gran lechuza blanca batió sus alas y fue a posarse sobre el hombro de su dueño. Stella le sonrió, al tiempo que Hedwig movía su cabeza en una especie de reverencia. Entonces ella

volteó, susurró algo a la ave parda en su regazo, que esperaba impaciente, y la liberó luego, perdiéndose tras las oscuras nubes que anunciaban un pronto anochecer.

Harry, por su parte, se mantuvo absorto un momento, para luego suspirar, molesto.

- ¿Sucede algo? - murmuró Stella.

- Olvidé escribir la carta antes de venir - dijo entre dientes, algo avergonzado por haber cometido un descuido tan básico. El solo hecho de pensar en regresar a la sala común hacía decaer su ánimo aún más...

- Toma - dijo, extendiéndole un pedazo de pergamino, una pluma y un bote de tinta - Yo también lo olvidé, pero encontré esto aquí. A nadie le importará si usamos un poco... - sonrió, al tiempo que Harry le agradecía con la mirada. ¿Quién olvidaría sus útiles en la Lechucería? Nuevamente, lo que con cualquiera habría sido una vergüenza, con Stella se transformaba en un detalle insignificante para reír.

Tomó el papel y lo partió en dos. Guardó un trozo en su bolsillo, y el otro lo apoyó contra una de las ventanas. Sin pensarlo demasiado, relató lo sucedido con el supuesto mensaje de Sirius, resumiendo los hechos y usando algunas palabras claves, pues aún debía considerar la posibilidad de que alguien cerca de Voldemort estuviera interceptando la correspondencia.

Lo dobló con cuidado y le adjuntó el papel muggle con el supuesto mensaje de Sirius. Luego recogió una delgada cuerda de las tantas desparramadas en el piso, y ató el mensaje fuertemente a la pata izquierda de Hedwig. La tomó entonces en sus manos y la llevó al ventanal.

- Escucha. Sé que dice “Lunático”, pero ya sabes para quién es, ¿no?

Hedwig inclinó la cabeza, impaciente, como si lo explicado fuera prácticamente obvio para ella. Se detuvo unos segundos en la cornisa, sacudió sus alas ruidosamente y tomó vuelo, saliendo luego ágilmente por el hueco de la ventana.

Mientras la veía alejarse, Harry miró a Stella por el rabillo del ojo. El silencio que se producía entre ellos no era tenso, sino más bien de paz, pero, y disimulando su interés, aclaró su garganta, al tiempo que regresaba sobre sus pasos.

- ¿Le escribías a tu madre? - preguntó, fingiendo estar limpiando la pluma con su túnica.

- Mmmm no, no precisamente - dijo, dejando notar una leve tristeza en su voz - Era una nota de pedido para una librería en Birmingham. ¿No me rindo, sabes? Hace años que busco un libro, único en su tipo, y hace unos meses alguien me dijo que podía encontrarlo en Inglaterra... - elevó los ojos hacia el cielo gris, y suspiró - Ojalá sea cierto.

Harry dejó de frotar la pluma en cuanto Stella dijo la última palabra, arrugando la frente en signo de agilidad mental. ¿Un libro? Como una escena fugaz, volvió a su mente el momento en que se conocieron. Sonrió para sí, misterioso, y la observó, erguida aún frente al ventanal.

- ¿Vienes? - pronunció Stella luego de unos segundos, caminando hasta la puerta.

- Ehhmm... luego - contestó, palpando el trozo de pergamino en su bolsillo.

Stella le sonrió a medias, murmuró un “Te veré en el comedor” y abandonó la Lechucería. Harry, en tanto, esperó hasta que el eco de sus pasos se apagara tras la puerta. Entonces caminó hasta el centro del lugar, aclaró nuevamente su garganta e hizo que su voz rebotara en las paredes de piedra.

- ¿Quién de ustedes quiere ser la primera en traer un obsequio de navidad? - exclamó sonriente, sintiendo su ánimo renacer, mientras decenas de lechuzas ululaban en símbolo de entusiasmo. Nada más poderoso que notar, saber con certeza, que tienes la felicidad de alguien en tus manos.

Tal como lo había prometido, Harry abandonó Adivinación. La profesora McGonagall no pudo disimular su agrado ante tal decisión, pero le advirtió que, ni aún cuando lo deseara con todas sus fuerzas, no podría botar Pociones. Conseguir ese EXTASIS era muy importante para después postular con créditos amplios a la Academia de Aurores, le explicó. Harry había asentido, resignado, pero salió del despacho con una agradable sensación de tranquilidad. Una asignatura menos, una preocupación menos... sin contar el aumento de tiempo libre y la libertad, siempre ventajosa, de no tener que inventar sueños o augurios de muerte en bolas de cristal.

Ya que Hermione mantenía sus clases de Artimancia y Runas Antiguas - las mismas que Stella había tomado, por consejo de su amiga - y como Ron no tenía intención de quedar sin compañía a merced de las locuras de Trelawney, no demoró en hablar con McGonagall sobre dejar Adivinación, sólo que esta vez la profesora no fue tan dócil. “Tus talentos no están tan bien definidos como los de Potter, Weasley. El EXTASIS de Adivinación lo requieren muchos más empleos de los que crees... Lo siento, pero hasta que no esté convencida de tu vocación, no dejaré que abandones ninguna asignatura”,

concluyó, y Ron, refunfuñando, prácticamente salió del despacho dando un portazo.

Durante todo el fin de semana apenas se le pudo dirigir la palabra, y la cantidad de deberes que entre Snape, Flitwick y Binns les habían dejado, no ayudaban en lo absoluto. Lo único rescatable era que, aún cuando debieron permanecer gran parte de sus días de descanso en la sala común, afuera el clima no les ofrecía un mejor panorama. Las nubes seguían tan negras como siempre, amenazantes de lluvia, por lo que la mayoría de los estudiantes permanecía por voluntad cerca de la chimenea.

El comienzo de semana, sin embargo, no sirvió para mejorar el ánimo de Ron. El lunes a primera hora, McGonagall colgaba varias notas en el mural de la Sala Común. Como muchos curiosos se acercaron a mirar, y ya que la sala estaba inusualmente abarrotada, prefirió comunicar los avisos en voz alta. Tomó una de las notas, aclaró su garganta para que el murmullo cesara, y comenzó a hablar.

- El profesor Pittycarp me ha enviado el programa de los próximos duelos. Verán sus nombres en esta lista - dijo, levantando el papel, y luego volvió a leer - Además agrega que, con motivo de los últimos acontecimientos, Ron Weasley queda automáticamente marginado del encuentro.

Ron abrió los ojos como platos, y prácticamente se desmaya si es que Harry no lo sujeta del brazo. McGonagall, dirigiéndole una mirada severa, volvió a hablar.

- No quiere decir que hayas reprobado, Weasley, mantén la compostura - dijo, al tiempo que todas las miradas confluían en el choqueado pelirrojo - Sólo estás fuera del torneo, al igual que el Sr. Malfoy. Espero que Severus ya le haya avisado - pensó en voz alta, y un segundo después retomó la idea - ...el torneo

termina la próxima semana. Después de eso podrás reincorporarte con normalidad al horario - explicó, arreglando sus gafas.

Más desanimado que nunca, Ron cayó pesadamente sobre uno de los sillones.

- Es lo único que me faltaba. McGonagall jamás volverá a tomar en serio mi asunto con la academia - balbuceó en voz baja, triste. Ni aún la noticia de Draco había surtido un efecto positivo. Hermione lo miró, preocupada, pero creyó que si acercaba sólo empeoraría las cosas.

- Pues bien... además - continuó, aclarando su garganta una vez más para acallar el bullicio - ...se han publicado las fechas de salida al pueblo de Hogsmeade, y el aviso sobre el baile de Halloween. Según entiendo, el ganador del Torneo de Defensa será condecorado - pronunció, algo más entusiasmada que de costumbre. Y es que no presentaba novedad el hecho de que los mejores alumnos en aquella asignatura pertenecían a su casa. Inadvertida, dirigió una mirada elocuente hacia Harry. Esperaba que él se alzara como ganador, sin duda. Mal que mal, el Torneo de los Tres Magos debía ser una niñería comparado con esto.

Pero la multitud parecía más interesada en otro detalle: el baile de Halloween. Hacía bastante tiempo que no se realizaba uno, y aquello no sólo excitaba a las chicas, sino también, y sobretodo a esta edad, a los chicos. Pero, al contrario de lo que McGonagall hubiera previsto, no hubo un bullicio de expectación al salir de la Sala Común. Miradas cohibidas se cruzaban de esquina a esquina, y Harry no pudo dejar de advertir un palpable nerviosismo en el ambiente, tensión que no se disipó ni aún en el comedor.

El silencio que se produjo en parte de la mesa de Gryffindor sorprendió hasta al mismo Dumbledore. Hermione casi no despegó la vista de su plato de cereal en todo el desayuno. Harry podía adivinar lo que pasaba por

su cabeza, pero prefirió no hacer comentario. Ron tampoco había emitido palabra, en parte por su desanimo, en parte por la angustia que significaba pensar en un nuevo baile. Ginny y Stella también callaban, aunque intercambian elocuentes miradas cada cierto tiempo. Ante tal panorama, Harry no se sentía cómodo como para iniciar una conversación, por lo que también calló. De vez en cuando alzaba la vista hacia el resto de la mesa, tan quieta como sus amigos. Pudo distinguir a Neville, también absorto en sus tostadas, pero hablando consigo mismo, como si ensayara un discurso... y frente a él, Lavender y Parvati, rígidas, rodeaban sus zumos de calabaza con los dedos. El hecho de que no charlaran a viva voz sí que era extraño. Al parecer, el paso de los años había cambiado algunas cosas - no tan sólo la apariencia física - y quienes antes eran sólo amigos, ahora comenzaban a verse de otra manera... lo cual no aportaba demasiada tranquilidad a la hora de pensar en una posible pareja de baile. Harry sonrió, pero volvió la vista sobre su plato. Los únicos bulliciosos eran los más pequeños; primer, segundo y tercer año, pues como ellos no podían ir al baile, lo más probable es que no se hubieran enterado siquiera de su existencia, al menos por ahora.

Minutos después, Harry, Hermione y Ron comenzaban a caminar hacia la sala de Defensa. Más atrás, Stella y Ginny hablaban en voz baja.

- ¿Vendrás con nosotros, Ron? - preguntó Hermione, sacando fuerzas de flaqueza para iniciar una conversación, y por lo demás sabiendo que el tema aún era delicado para él - Supongo que de todas maneras puedes seguir presenciando los duelos.

- No estoy seguro - respondió con la mirada perdida, encogiéndose de hombros
- No he comenzado a hacer el ensayo para el profesor Binns...

Hermione asintió en silencio, dispuesta a no insistir. Quizá necesitaba estar a solas. Al tiempo que Ron se despedía con la mirada y caminaba hacia la torre Gryffindor, Stella se reunía con Harry y Hermione en la puerta del salón. Notó la ausencia de Ron, pero prefirió no preguntar. Sin comentarios, entraron a clase, descubriendo las usuales plataformas de duelo con sus respectivas fundas azules. Libertes Pittycarp, caminando pausadamente por sobre una de ellas, contaba pasos y escribía algunas cosas en una libreta.

- ¡Acérquense, acérquense! Mientras antes empecemos, mucho mejor - exclamó, aún de pie en la plataforma. Seamus cerró la puerta del salón tras de sí y corrió para escuchar las instrucciones del profesor.

Harry dio un pequeño vistazo al lugar... ni rastros de Draco. Lo más seguro es que, al igual que Ron, haya preferido hacer otra cosa que permanecer como un mero espectador. Y antes de que comenzara a recordar con gusto el roce de su puño contra el mentón de Malfoy, la voz de Pittycarp lo regresó a la realidad.

- Dejé el calendario de los duelos en sus salas comunes, espero que ya lo hayan visto - dijo, y la mayoría asintió - ...y si mi memoria no falla, comenzaremos con Hermione Granger y Pansy Parkinson en este campo... y en el otro... Vincent Crabbe y Harry Potter.

Pittycarp no pudo evitar que su rostro enmarcara una sonrisa de niño al pronunciar el nombre de Harry. Estaba ansioso por verlo batirse, por ver lo que era capaz de hacer. Hermione subió el mentón con seguridad y subió a la plataforma, al igual que Pansy por la otra esquina. En tanto, Harry avanzaba hasta el campo siguiente y subía de un salto, justo a tiempo para ver a un grupo de Slytherin susurrándole algunos hechizos a Crabbe. En lugar de intimidarlo, Harry sonrió, más confiado de lo que habría pensado. Si bien

Crabbe lo superaba físicamente tanto en alto como en ancho, para Harry aquello sólo podía significar una ventaja. Él era más ágil, y por tanto, tenía más chance de esquivar sus ataques.

Pittycarp acomodó su cabello engominado con su mano derecha, se ubicó como siempre entre las dos plataformas, e hizo un gesto pidiendo que se preparan. Siguiendo el rito acostumbrado, los contendores caminaron hasta el centro, hicieron un pequeño movimiento de cabeza y regresaron a sus esquinas, colocándose en posición de combate. El profesor elevó la voz.

- Ya saben, sólo encantamientos de desarme. No queremos más accidentes, ¿entendido? - Esperando a que los cuatro asintieran, mostrando aprobación, continuó - El primero que logre inmovilizar las acciones del otro, o sacarlo de la plataforma, gana. Atentos...

Con su mano derecha levantada, miró su reloj de cadena. “Uno... dos...” pero no logró terminar la cuenta. Pansy, tomando a Hermione por sorpresa y adelantándose con la peor de las intenciones, gritó “*Expelliarmus!*” ante la mirada atónita de todos. El hechizo había sido muy débil en cuanto a magia; no había logrado tirar la varita de su oponente ni crear destellos rojos como era acostumbrado. Sin embargo, el chorro de luz había sido lanzado con tal prepotencia que arrojó a Hermione varios metros fuera de la plataforma, cayendo pesadamente contra el suelo de piedra. Harry ahogó un grito de sorpresa, y olvidando por un segundo que tenía un duelo que realizar, saltó de la plataforma para correr hacia Hermione.

- ¡Potter, quédate donde estás! - gritó Pittycarp, y Harry congeló su movimiento. Él pasó por su lado, raudo, y se arrodilló a un lado de Hermione.

Ella, sacudiendo su cabeza y sentándose con la ayuda del profesor, torció los labios de dolor - ¿Te encuentras bien? - preguntó.

Hermione asintió, no demasiado segura, y Pittycarp giró la vista hacia las plataformas.

- No voy a permitir juego sucio en mi clase, Parkinson -pronunció, enseriando su rostro hasta la severidad.

Ella parpadeó varias veces, haciendo como si estuviera a punto de llorar, y un grupo de Slytherin liderado por Goyle, unos pasos cerca, suprimió una carcajada.

- ¡No fue mi intención, profesor! Oí claramente cuando usted dijo “tres..”. Por que sí lo dijo, ¿verdad? - preguntó, con una forzada vocecilla inocente que no lograba persuadir ni a la mitad del alumnado.

- No, no lo dije - afirmó Pittycarp, suspicaz. Alzó una ceja, reticente a desconfiar de uno de sus alumnos, pero la acción contra Hermione le había parecido claramente intencional. Sin embargo, no tenía porqué dudar de la palabra de Pansy... - Está bien, está bien - comenzó a decir, resignado, mientras Stella ayudaba a Hermione a levantarse - Ganas por esta vez, Pansy. Pero no me cabe duda que, si hubiera tenido la oportunidad, la Srta. Granger habría sido un excelente oponente.

Pansy perdió por unos segundos su sonrisa inocente, y cruzó los brazos, indignada ante el comentario. Pittycarp no solía manifestar de esa manera sus favoritismos, pero continuaba pensando que ella había actuado con maldad. Hermione, por su parte, caminó con dignidad hasta un improvisado sillón esquinero. Quitó uno de sus zapatos y, arrugando la frente, se tomó el tobillo derecho. Esperaba que no tuviera ningún hueso roto.

Harry la observó desde su lugar, y Hermione le hizo un gesto con la mirada, dando a entender que estaba bien. Dudoso, regresó a la plataforma, y miró con más determinación que nunca hacia Crabbe. Ya había vengado a uno de sus amigos antes... lo haría de nuevo ahora. Patearía a un Slytherin en nombre de Hermione.

Pero, al parecer, esta vez debería compartir los halagos.

- Muy bien, avancemos. Por lo que veo, terminaremos el torneo antes de lo presupuestado - habló Pittycarp, mientras volvía a situarse en su silla en medio de las plataformas. Sacó la libreta de su bolsillo, miró en ella, tachó el nombre de Hermione y se dirigió a la multitud -Maris... ve con Parkinson.

Stella asintió con firmeza, miró hacia Hermione con complicidad y caminó hasta el primer campo de duelo. Pansy, por su parte, no pudo dejar de hacer una mueca de desagrado, dando unos pasos hacia atrás mientras Stella subía a la plataforma. Pansy había sido testigo de cómo ella, con sólo un movimiento de mano, dejó a Goyle en la enfermería. ¿Sería capaz de hacer tal tipo de magia frente de un profesor?.

Harry y Stella se sonrieron, asintiendo levemente. Ambos sabían qué hacer. Sin siquiera hacer las respectivas reverencias, caminaron hasta sus sitios y volvieron a la postura de combate.

- A la cuenta de tres... ¡Pansy, espera la cuenta, te lo advierto! - exclamó, mirándola directamente, sosteniendo su reloj - Uno... dos... ¡¡tres!!

Según lo que comentaría Pittycarp en la sala de profesores varias horas después - y lo que haría que McGonagall elevara aún más sus consideraciones hacia el sexto año de su casa - aquellos dos duelos (y los que vendrían) habían sido los más fáciles y directos que había presenciado en su

vida. Con un golpe seco y pulcro, y pronunciando hechizos mucho más simples de lo que Pittycarp hubiera esperado, tanto Stella como Harry desarmaron a sus oponentes en un dos por tres, ganando en forma inmediata.

Stella había dicho “*Diffendo!*”, haciendo que la túnica de Pansy se rompiera en las costuras y cayera a pedazos. Obviamente, Pansy se enredó torpemente con ella y rodó fuera de la plataforma como un bulto de papas (Seamus había dicho “bulto de estiércol”, pero no demasiado alto como para que los demás escucharan). Hermione, Lavender y Parvati aplaudieron entre risas, al tiempo que Goyle y sus amigos intentaban ayudar a Pansy, histérica entre los retazos de tela. Harry, por su parte, había exclamado “*Petrificatus Totalus!*”, dejando a Crabbe como una estatua de piedra. Curvando sus labios en una sonrisa de satisfacción, se acercó a él con paso decidido, y tocó con su dedo índice la grasosa mejilla de Crabbe. Estaba completamente inmóvil, pero podía escuchar su respiración agitada. Por la sorpresa del hechizo, había quedado con una horrenda expresión en su rostro, sin mencionar la graciosa postura de sus brazos y piernas.

Esta vez fue Pittycarp quien tuvo que reprimir una sonrisa. Alegre, escribió algunas notas en su libreta y elevó los brazos.

- Bien... muy bien, excelente... - murmuraba, al tiempo que subía al segundo campo. Hizo un gesto de aprobación hacia Harry, liberó a Crabbe del hechizo con un leve movimiento de su varita, y luego se giró hacia el resto de los alumnos - Esto les demuestra - comenzó a decir, alzando la voz lo suficiente como para que se escuchara hasta el pasillo - ...que hasta los encantamientos más simples, pero usados con pericia e inteligencia, pueden desorientar al más fuerte de los oponentes...

La mayoría de los espectadores asintieron, conformes. Y entre ellos, quienes integraban la lista de la Armada Dumbledore, sonrieron ampliamente hacia Harry. Su líder, una vez más, les demostraba que no había que manejar magia extraordinaria para triunfar ante el más peligroso de los desafíos. A veces, la astucia o la agilidad podían aportar más beneficios de lo imaginado.

Pero el show no había terminaba aún. Durante los siguientes cuarenta minutos, uno a uno el resto de los alumnos de Slytherin y Gryffindor fueron pasando a sus respectivas plataformas. Y aún cuando los de la Armada Dumbledore se resistieron estupendamente - Neville, sorprendiendo a sus amigos, se convirtió en un gran contendor, pero terminó siendo abatido con un sencillo "*Impedimenta*" - todos sucumbieron ante la magia desplegada por las varitas de Harry y Stella. Pittycarp, anonadado, seguía el movimiento de sus dos alumnos favoritos al mínimo detalle.

- Nunca había visto duelos tan ágiles - comentó en voz alta, mientras Stella liberaba a Dean del "Tarantallegra" con el que lo había vencido. Se rascó la cabeza y volvió a dirigirse a la multitud - Entonces, lo que nos resta es... Bueno, el próximo y último duelo será entre Potter y Maris, naturalmente. De ellos saldrá el finalista de esta sección - explicó, y un murmullo de expectación llenó pronto la sala - La otra sección terminó sus duelos el viernes pasado, y el finalista fue Owen Cauldwell, de Hufflepuff. Él deberá batirse con uno de ustedes... - dijo, apuntando con su varita a Stella y a Harry alternadamente, sonriente - Así tendremos a nuestro ganador.

El sonido del murmullo creció. Algunos incluso ya arrastraban sillas hacia el perímetro de la plataforma: no se perderían por nada ni un detalle del duelo final. Sin embargo, y aunque Pittycarp era claramente el más

entusiasmado con la idea, chequeó su reloj y desapareció la sonrisa de sus labios.

- Ehhhh... chicos, se nos acabó el tiempo - se lamentó, levantándose de su silla - Supongo que dejaremos este duelo para la próxima clase. Para entonces los quiero a todos temprano... No sólo presenciaremos una buena muestra de magia, sino además, comentaremos todos los duelos y daré algunos consejos de reforzamiento a los que considere menos aventajados.

Decepcionados, los que ya estaban ubicados en una posición privilegiada cerca de los campos, se levantaron lentamente de sus asientos y abandonaron poco a poco el salón, comentando todo lo que habían presenciado. Harry y Stella, por otro lado, se miraron intensamente un momento y luego se acercaron rápidamente hasta Hermione, ayudándola a levantarse.

- ¿Cómo está tu pie? - preguntó Harry, mientras la tomaba fuertemente de la cintura. Al mismo tiempo, Stella tomaba uno de los brazos de su amiga y lo apoyaba en su hombro.

- No me vendría mal ir a la enfermería, en realidad.

Harry asintió, pero Stella se detuvo, sin permitir que avanzaran.

- Ejem... Harry, no te preocupes, yo la llevaré - dijo, en un tono sospechoso. Y aprovechando que Pittycarp se había acercado para comprobar el estado de Hermione, Stella le susurró, bajito: "Ve con Ron y cuéntale lo sucedido".

Harry entendió el mensaje y sonrió. Suavemente se separó de Hermione y caminó hasta la salida, mientras Pittycarp lo seguía con la mirada hasta la puerta.

Stella avanzo luego junto a su amiga y salió del salón, atravesando las miradas curiosas y ávidas de varios alumnos de sexto. Corrían feos rumores sobre ella, muchos apenas se le acercaban por creer que tendría alguna ligazón con artes oscuras, pero poco a poco la desconfianza se transformaba en respeto después de tales demostraciones de fuerza y experticia. Y no es que no le importara el grueso del alumnado, pero a Stella le interesaba por sobre todo la opinión de sus amigos más cercanos. Eran ellos los que habían hecho de su corta estadía en Hogwarts el mejor de sus viajes, y si perdía su confianza o su amistad - algo que sabía que sucedería, lamentablemente, tarde o temprano - no podría soportarlo. No ahora.

Después del almuerzo, muchos alumnos gozaban de un bloque libre antes de su siguiente clase. Por ello, era posible ver los pasillos llenos de estudiantes aglomerados en torno a las fogatas, o bien resguardados, como siempre, en sus respectivas salas comunes. Pero Harry y Ron, enfundados en sus gruesas bufandas rojo-amarillo y con sus usuales guantes azules protegiendo sus manos, caminaban a paso lento por el segundo piso.

- Entonces, tú crees... es decir, ¿Crees que debería... que debería pedírselo? - titubeó Ron, arrugando la frente sólo de pensar en esa posibilidad, con la vista fija en sus pies.

Harry sonrió.

- Es tu decisión, Ron, yo no quiero involucrarme... pero ya sabes lo que pienso. No cometas el mismo error dos veces, ¿quieres?

Ron suspiró hondo antes de asentir, callado. Harry lo hacía sonar tan fácil, pero lo cierto es que la angustia de un posible rechazo era más fuerte que su determinación a arreglar definitivamente las cosas con Hermione. Al tiempo que doblaban la última esquina, comenzó a pensar algo qué decir en su defensa, pero las circunstancias no lo ayudaron.

Muy cerca de la puerta principal de la Biblioteca, Stella y Hermione hablaban animadamente. Harry notó que cojeaba levemente, pero se veía bien y de buen ánimo. Luego hicieron un gesto de despedida; Hermione entró a la sala seguida de unos niños de primero y Stella giró sobre sus pasos en dirección a los jardines. No a muchos metros de distancia, Harry y Ron observaban la escena.

- Bien, amigo, es tu oportunidad - habló Harry, instándolo con la mirada a caminar hasta la Biblioteca - Inténtalo.

Ron tragó saliva con fuerza y volvió a asentir. Caminaron juntos a la puerta, Harry le dio una palmada en el hombro y giró en dirección contraria.

- ¿Y tú que harás? - preguntó Ron, intrigado, al verlo alejarse.

- Yo no quiero comenzar con un error - pronunció, sonriendo elocuentemente y girando luego la mirada hacia la escalera de piedra, por la que comenzaba a bajar. Ron demoró un segundo en entender, pero pronto elevó una ceja y sonrió. Lamentó no haberle deseado suerte.

Pero Harry sentía que no era 'suerte' lo que necesitaba para esto. Sólo decisión, algo de confianza en sí mismo... y adelantarse a cualquier otro que quisiera invitar a Stella al baile. "Bueno, ahí entra algo de suerte", admitió,

pero las cosas no podían salir mal. Es decir, no estaba dejando el asunto para último minuto, y eso ya depositaba mucho a su favor, ¿no?.

Mientras caminaba entre los pilares del último pasillo, divisando ya los primeros retazos de césped del jardín, recordó cuando, subsumido en un pánico indescriptible, se había acercado a Cho para invitarla al baile de los Tres Magos. Había sudado bajo su túnica, tartamudeado como un niño de cinco años, y para colmo de males, había terminado con las manos vacías. Todo por haber sido demasiado cobarde como para no invitarla antes. Por eso, recomendó a Ron que no cometiera el mismo error otra vez... que no dejara que otro se le adelantara con Hermione, así como él no dejaría que Stella fuera la pareja de alguien más, si podía evitarlo. Pensó en ella y una agradable sensación lo embargó desde el estómago hasta el cuello de su camisa. Sonrió para sí, nervioso pero animado, y entonces la vio, sentada a la orilla de la gran fuente del patio central. Su pelo se movía graciosamente a causa de la brisa, tenía su bufanda fuertemente asida a su cuello y leía un pequeño libro verde con cubierta de terciopelo. Estaba sola, era su oportunidad, y cuando ya sólo la separaban de ella unos cuantos metros, una figura alta con una gruesa bufanda negra-amarilla se acercó, tímido y cabizbajo. Harry se detuvo en seco, apenas a unos pasos de distancia; abrió los ojos al máximo y agudizó el oído.

- Ahmmm... Stella, ¿podría hablar contigo? - comenzó a decir Owen, mirándola a los ojos ahora, de pie frente a ella. Stella le sonrió de vuelta - Es... es sobre el baile.

Harry no daba crédito a lo que acababa de escuchar. ¿Aquello llamado “suerte” lo había traicionado? Fijó la vista en Owen, y por un segundo hubiera preferido no conocerlo, no confiar en él, no haberlo considerado jamás entre su grupo de ‘amigos’. Hubiera dado lo que fuera por que no le agradara, y así caminar hasta allá y sabotear su intento de hablar con Stella. Pero no, no era así. Lo cierto es que Owen le caía muy bien, apreciaba su lealtad hacia

Dumbledore y era un buen participante de la Armada. De hecho, eso era lo peor de todo: era un buen tipo, y no podía odiarlo, ni mucho menos obstaculizar su conversación. Estaba en su derecho... había llegado primero, y tenía que aceptarlo.

Mucho más apenado que enojado, Harry se dejó caer en una de las bancas al borde del jardín, a unos diez metros de la fuente, donde Owen ya había tomado posición junto a Stella y se inclinaba para hablarle. Sintiéndose algo “derrotado”, sintió una mano tibia posarse en su hombro. Sorprendido, volteó el rostro y una sonrisa de niña se le acercó.

- Hola Harry -dijo Cho, más segura de lo que él hubiera querido- Qué bueno que te encuentro.

Rodeó el banco lentamente, se sentó junto a él y lo miró fijamente a los ojos. Acomodó su largo cabello negro hacia atrás e hizo un movimiento coqueto con su bufanda. Harry tragó saliva. No pudo dejar de sentirse algo intimidado, y sintió sus mejillas arder.

- Ho-hola Cho... - saludó Harry, dudoso.

- ¿Supiste del Baile de Halloween? - dijo, tan golpeada y directamente que Harry se sobresaltó. Oh, oh. Eran las palabras mágicas. Por años había planeado en su mente un momento así... pero ahora repudiaba aquella idea, tanto como volver a estudiar escregutos de cola explosiva. ¿Por qué tenía que pasarle a él? Cho había actuado muy raro estas semanas. Apenas le había dirigido la palabra, había evitado su mirada en las reuniones de la Armada y nunca se le había acercado por iniciativa propia en lo que iba del año escolar. ¿Por qué tuvo que elegir justo hoy para “limar asperezas”? Harry había llegado a pensar que, después de lo sucedido el año pasado, ella aún mantenía cierto resentimiento hacia él, pero este cuasi acoso del que ahora estaba siendo

víctima le corroboraba justo lo contrario. Asintiendo levemente, casi con miedo, Harry se acomodó en su asiento y se resignó a su suerte. - Y... ¿ya... ya tienes pareja?

Harry suspiró, pensando lo que diría a continuación. Mientras, unos metros hacia el oeste, Stella y Owen habían hecho una pausa en su conversación. Aprovechando el repentino silencio, Stella giró su cuerpo y acomodó su bufanda, y al tiempo que sus ojos recorrían por inercia los alrededores, divisó a Harry charlando con Cho en una de las bancas aledañas. La sonrisa que había estado en su rostro hacía ya varios minutos se esfumó, apretó los labios con decepción y volvió a su postura original, algo triste. Suspiró hondo, elevó los ojos y se encontró con el rostro de Owen, demostrando una leve impaciencia.

- ¿Y... qué dices? - preguntó, y Stella clavó sus ojos en él. Suspirando de nuevo, asintió. - ¡Excelente! – exclamó él, animado, y se levantó de un salto - Te veré en las lecciones de la Armada, supongo, entonces...

Stella volvió a asentir, le sonrió de despedida y él comenzó a andar de vuelta al castillo, pasando muy cerca de Harry en su camino hasta la escalera de piedra. Él lo notó, lo siguió con la mirada y luego volteó, curioso, hasta donde estaba Stella. Ella también lo observaba, atenta, y por unos segundos compartieron una mirada cargada de tensión y nervios. Harry fue el primero en cortar el contacto, y giró hacia Cho. Ella, unos segundos después, se levantó de la banca y caminó a su vez hasta la escalera. Stella la siguió hasta que se perdió tras la esquina. Por primera vez en su vida, sentía latir en su corazón real animadversión; por primera vez, deseaba que Cho perteneciera a la casa de Slytherin, para así haber competido con ella en el torneo de duelos. Pues, y de eso estaba segura, hubiera empleado algo más que un simple “Expelliarmus”...

Capítulo diez

Pacto de Paz

Las gotas de sudor en su frente empapaban a ratos su almohada, pegaban el cabello a su nuca y dificultaban su respiración, pero él no podía percibirlo. Estaba encerrado, atrapado en el peor de los sueños, atosigado por el hedor a podredumbre y la angustia de la persecución. Giraba violentamente entre las sábanas, murmurando frases ininteligibles, y lanzaba manotazos aleatorios, protegiéndose de un enemigo invisible, pero que sólo reinaba en su sueño. Sus ojos lo llevaban a un pasillo sin salida, oscuro y húmedo, mientras escuchaba un cuerpo arrastrarse cerca de sus pies. Era una serpiente, enorme, y podía sentirla, pero no verla... Una voz lo llamaba, furioso, exigiéndole lealtad... En eso, jadeante, la manga de su pijama dejó ver un leve resplandor, el cual no brilló lo suficiente hasta que volvió a girar: en su antebrazo, tan nítido como la primera vez que apareció, la marca tenebrosa invitaba a sus seguidores.

Severus Snape se agitó fuertemente, preso de un espasmo de dolor. Cerró los puños, movió su cabeza en todas direcciones, gritó “¡¡Nooooooooo!!” y despertó de un salto. Tenía el estómago revuelto, las pupilas dilatadas y una punzada horrible latía en su sien derecha. Se sentó sobre la cama, puso los pies sobre el suelo helado y se tomó la cabeza: esta vez había sido demasiado. Tendría que contárselo a Dumbledore, pero cómo decirle... cómo confesarle que Voldemort, esta vez, lo estaba usando a él como intermediario. Seguramente lo marginaría de la misión de la Orden y no volvería a confiar en él. Lo peor de todo, claro, era que el estúpido de Potter ya no tendría que sufrir alucinaciones, o escuchar voces en su cabeza, o soportar su cicatriz ardiente cada vez que el Señor Tenebroso cambiara de humor... No, ahora el ratón de laboratorio era él, el más esquivo de sus seguidores, y eso que,

al menos hasta hace unos meses, se consideraba a sí mismo un experto en Oclumencia...

Hizo una mueca de dolor y tomó fuertemente su antebrazo. Hubiera dado lo que fuera porque aquel escabroso dibujo de calavera dejara de arder... lo estaba volviendo loco. Elevó la vista hacia la ventana y notó que aún era de noche. Faltaba mucho para bajar a desayunar. Suspirando profundo, volvió a recostarse sobre la cama, pero ni siquiera se arropó. La sola idea de volver a dormir, lo atormentaba. No quería encontrarse nuevamente con aquellos ojos amarillos, llenos de odio, y aquella desagradable voz siseante, amenazándolo de muerte por desertar...

Cerró los ojos e intentó concentrarse. No se dejaría manejar como un títere... esa era una de las grandes diferencias entre Harry Potter y él. Severus Snape no volvería a inclinarse ante nadie... y si tenía que enfrentarse a Lucius, no dudaría en hacerlo. Podía poner sus manos al fuego porque el patriarca de los Malfoy iba tras él. Sin embargo, no tenía miedo. El viejo Severus tenía sus cartas bajo la manga, después de todo... y no en vano.

- ¿Me creerías que Steve Lyndon, ese zopenco de Ravenclaw, ya le había enviado una nota pidiéndole ser su pareja? Por suerte, Hermione le dijo que no... aunque nunca supe bien por qué - contó Ron a Harry, encogiéndose de hombros. Hablaba con un deje de nervios pero sonriente, mientras conversaban tras una de las últimas estanterías de la Biblioteca. A pesar de varias noches de trabajo, aún lidiaban con el ensayo de Binns.

- Claro que te creo - respondió Harry, dejando a un lado su pluma y su libro “El nuevo Génesis: Magos y Ancestros”, para luego mirar hacia el horizonte. Sí que sabía él sobre adelantados oportunistas... - Entonces, ¿te dijo que sí?

Ron asintió, haciendo una mueca de niño.

- Dijo que apreciaba el hecho de que por fin recordara las cosas que ella dice, y que, inteligentemente, tomara su advertencia de no dejarla como última opción. Pero jamás la hubiera invitado si no me hubieras instado a...

Tuvo que interrumpir su discurso en la mitad. Por el rabillo del ojo pudo distinguir a Hermione y Stella caminando hacia ellos, con libros y pergaminos en sus manos.

- ¿Stella, no me prestarías tu ensayo? Si escribo una línea más sobre el origen del mundo, moriré de aburrimiento.

Stella suprimió una carcajada.

- Bueno, puedes copiar algunas cosas del mío, pero ¿Por qué no se lo pides a Hermione? Seguro que el de ella está mucho mejor.

Ron se sonrojó levemente y elevó los ojos hacia Hermione. Ella apretó los labios.

- Ya lo había pensado, pero siempre le estamos pidiendo favores escolares. Ya es hora de que la dejemos un poco en paz, ¿no Harry?.

Harry asintió, lo que produjo en Hermione una sonrisa tímida.

- Está bien, chicos. No me importa ayudarles, o prestarles mis apuntes, pero lo cierto es que... eh... bueno, no he terminado mi ensayo aún...

- ¡¿Que qué?! - exclamó Ron y, acto seguido, varias voces iracundas a su alrededor lo hicieron callar, entre ellas, el de la señora Pince, la encargada de la Biblioteca - Dios, no puedo creerlo. Stella, Harry, arrímense a la mesa más cercana. Un terremoto está a punto de azotar Hogwarts...

Hermione puso cara de impaciencia, pero mantuvo la sonrisa.

- Ja, ja, ja - dijo, con voz de cansancio - No es gracioso, Ron. Es sólo que he estado más ocupada en otras cosas.

- Y qué bueno que lo dices - opinó Stella, uniéndose a la conversación - Últimamente eres la primera en bajar a desayunar, y no regresas a la habitación hasta pasada la medianoche. ¿Hay algo que no nos hayas dicho?

Harry y Ron se cruzaron de brazos y apremiaron a Hermione con la mirada. Ellos también estaban muy interesados en las misteriosas andanzas de su amiga. Esperaron, callados, mientras Hermione enrojecía lenta pero notoriamente.

- Ahhh pues... Yo tengo más asignaturas que ustedes y... además, las labores de prefecta no me dejan hac...

- Yo también soy prefecto, Hermione, y no vuelvo a la habitación a esas horas - inquirió Ron, interrumpiéndola, a lo que Hermione exaltó un poco su voz, nerviosa.

- Sí, eh... lo sé, Ron... me refería a que... bueno, no es sólo eso... es... - pensó un momento, se mordió el labio inferior y, como una chispa, abrió los ojos - ¡Eso! He estado muy ocupada haciendo más gorros y bufandas para los elfos. ¿Ya ven cómo escondí algunos en la biblioteca?

Los tres amigos miraron hacia el tope de las estanterías y pudieron divisar, camuflados, un par de ropas de lana entre gruesos libros.

- Hermione... ¿No has escuchado todo lo que te he dicho? - suspiró Stella, algo seria - Ellos no quieren libertad, haciendo esto los estás insultando - afirmó. Como no hubo respuesta, Ron, no demasiado convencido, alzó una ceja.

- Mira, si no quieres contarnos, está bien. Todos tenemos secretos - dijo, mirando a Harry y Stella de reojo - Sólo no te quedes hasta tan tarde en la sala común, ¿quieres? O terminarás reventada como en cuarto año... - terminó de decir, pero antes de que Hermione pudiera responder cualquier cosa, se adelantó - ¿No estarás usando el giratiempo, verdad?.

Hermione negó con la cabeza, pero sin dirigirle la mirada. Ron, más suspicaz que nunca, estaba a punto de iniciar una conversación sobre la confianza en los amigos y bla bla bla, pero en eso Neville atrajo su atención. Venía corriendo desde la entrada.

- ¿Qué hacen todavía aquí? - preguntó, jadeante, mirando a Harry y Stella - ¡Vamos, la clase empieza en dos minutos! - exclamó, y giró sobre sus pies corriendo hacia por donde había entrado.

Todos tomaron sus cosas y anduvieron rápidamente hasta el pasillo, pero al cruzar la primera esquina, Hermione se separó del grupo, caminando en dirección contraria.

- ¿A dónde van? - preguntó Hermione, viendo a sus amigos alejarse.

- Bueno, la clase de Encantamientos es por acá - aseguró Ron, arrugando la frente. ¿Hermione había perdido el sentido de la orientación?

- Lo sé, Ron, pero... ¿Es que nunca escuchan las instrucciones? - dijo Hermione, algo exasperada, al tiempo que los otros tres se acercaron lo suficiente. Le sorprendía que incluso Stella no supiera la noticia - El profesor Binns lo dijo antes de terminar la clase. Encantamientos se ha suspendido por hoy. Al parecer, Pittycarp pidió un permiso especial para adelantar el último duelo de nuestra clase.

Harry y Stella se dirigieron una mirada intensa. Era como si tuvieran muchas cosas que decirse, pero ninguno tenía intención en comenzar. Se sonrieron torpemente y emprendieron rumbo hacia la sala de Defensa. Sólo unos segundos después se sumaron Dean, Seamus y Lavender, ansiosos por la final del torneo, aún cuando los mismos protagonistas no se encontraban precisamente entusiasmados en pelear.

- ¡Nuestros finalistas, señoras y señores! - exclamó Pittycarp apenas Harry y Stella cruzaron el umbral de la sala, entusiasmado con su usual sonrisa infantil, al tiempo que un aplauso generalizado los escoltaba hasta la plataforma. Esta vez sólo había una, dispuesta justo en la mitad para que todos pudieran sentarse alrededor y observar el duelo. De hecho, decenas de estudiantes de Gryffindor y Slytherin ya habían colocado sus sillas en posiciones privilegiadas, con tal de no perder ningún detalle.

Ante tal escena, era imposible no sentirse abrumado, o mejor dicho, directamente intimidado: a un lado de Pittycarp, la profesora McGonagall se acomodaba en su silla, visiblemente alegre por estar ahí, y junto a ella, el profesor Dumbledore, quieto y sereno como siempre. Snape (con una cara de disgusto, peor que cualquier día), la profesora Sprout y la señora Pomfrey - con un gran maletín, al parecer lista y dispuesta a reaccionar ante cualquier accidente - permanecían de pie a centímetros de Dumbledore, así

como también, al final de la fila, dos estudiantes que Harry ya conocía... quizá demasiado. Cho Chang y Owen Cauldwell, algo nerviosos, miraban en todas direcciones como si se sintieran fuera de lugar.

El estómago de Harry dio un vuelco. No esperaba encontrarlos ahí. Volteó hacia Stella y ella tenía la misma mueca en su rostro, entre nerviosismo y estupefacción. ¿Por qué tanto alboroto para un simple club de duelos?

- Ejem, ejem... - tosió Pittycarp, para atraer la atención del alumnado. Pronto el silencio reinó en la sala, sobre todo al notar que su profesor de Defensa subía ágilmente a la plataforma y se dirigía a la multitud.

Ron lo evaluó un minuto y levantó una ceja: esta vez sí que parecía el hermano gemelo de Lockhart. Llevaba su cabello cuidadosamente peinado hacia atrás, vestía una elegante túnica roja y estaba recién afeitado. Claro que, si Dumbledore no estuviera ahí, nadie hubiera esperado tanta preparación. Sentándose de mala gana en un sillón improvisado, Ron optó por escuchar las palabras de Pittycarp, principalmente luego de la mirada de regaño de Hermione.

- Gracias a todos por su presencia. Minerva, Poppy... Director... - dijo, haciendo un pequeño gesto con su cabeza. Luego comenzó a pasearse - Sé que se preguntarán por qué adelanté el encuentro... pues bien, es simple. El profesor Dumbledore debe salir de viaje el próximo lunes, y como me pidió expresamente el presenciar los últimos duelos, los hemos apresurado en su nombre - explicó, y todos asintieron, conformes. - Además, me gustaría señalar que hoy nos acompañan dos alumnos de la clase paralela... Cho Chang, finalista, y Owen Cauldwell, ganador de su sección, quien se batirá en pocos minutos por el primer premio - Algunos integrantes de la Armada que se hallaban cerca les dirigieron una sonrisa, pero los rostros de Harry y Stella se

mantuvieron impávidos, casi antipáticos. Ni siquiera voltearon - Entonces, antes de comenzar, me gustaría decir algunas palabras, aprovechando la presencia del Director...

Más solemne de lo que los demás hubieran esperado, enserió su rostro y aclaró su garganta nuevamente. Dumbledore juntó sus manos en señal de atención y nadie se atrevió a hacer movimiento alguno.

- Nuestros finalistas, Potter, Maris, Chang y también Cauldwell, han demostrado a sus respectivas clases que el poder no lo es todo. Supieron manejar a sus contrincantes a gusto, hicieron un juego limpio y demostraron destreza y dominio de la magia... - Hizo una pausa en su andar y apuntó suavemente hacia su izquierda - Quisiera destacar principalmente el trabajo de Potter y Maris, quienes nos dieron una lección de inteligencia en nuestro encuentro pasado, demostrándonos que hasta los hechizos más simples pueden derrotar al más fuerte... - murmullos de excitación se escucharon tras ellos, y los aludidos no atinaron más que a sonreír - Agradezco la disposición y el esfuerzo de todos los alumnos y, como usted mismo me dijo el primer día, Director, no me he arrepentido. Nunca vi jóvenes tan preparados... - pronunció, y tras sus palabras el murmullo cesó. Muchos sonrieron, satisfechos. Hacía tiempo que el profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras no demostraba tanta sensatez. Pittycarp, extrañamente emocionado, bajó un poco la mirada e intentó retomar el tema - Ehhh... pues eso. No diré más... ¡Que comience el duelo!

La sala se llenó de aplausos, eufóricos. Mientras, Harry y Stella volteaban hacia el otro con curiosidad. Se sentían halagados por las palabras de Pittycarp, pero los intimidaba la idea de pelear. ¿Podrían hacerlo bien? Ninguno quería atacar, ni mucho menos herir al otro. ¿Notaría Dumbledore sus reticencias? Pero no tuvieron mucho tiempo para pensar. Con un

movimiento ágil, Pittycarp abandonaba la plataforma e invitaba a sus dos finalistas a tomar posición.

Stella suspiró profundo, asió fuertemente su varita y subió al campo por el lado derecho. Harry lo hizo por el izquierdo, nervioso y algo atarantado. No le importaba tener que noquear a Pansy, a Angelina o a Hermione - pues ya lo había hecho un par de veces en las clases de la Armada y había resultado muy divertido - pero, ¿a Stella?. Ella lidiaba también con sus pensamientos. ¿Cómo intentar golpearlo, si con esos ojos verdes sólo la instaba a abrazarlo con todas sus fuerzas?.

Ya erguidos en sus esquinas, Pittycarp les hizo una seña para que avanzaran a la mitad del campo, todo esto bajo la atenta mirada de Dumbledore.

- ¡Varitas preparadas! - gritó el profesor, y ambos las levantaron a la altura del rostro.

- ¿Asustado... Sr. Potter? - sonrió Stella, nerviosa, pero sus palabras bastaron para aliviar un poco la tensión de Harry. Él le sonrió de vuelta.

- Ya quisieras...

Quitaron sus varitas de en medio, hicieron una pequeña reverencia y regresaron luego a sus posiciones, cada uno en sus esquinas. Pittycarp se revolvía en su asiento junto a McGonagall. ¿Quién ganaría esta vez? ¿Qué hechizos utilizarían? ¿Simples pero utilizados con astucia... o definitivamente poderosos para dejar al otro sin opción? Apretó contra su puño un retazo de su túnica, nervioso, pero sabía que, cualquier cosa que ellos hicieran, jamás provocarían un accidente. Contrario al duelo que había presenciado entre Ron Weasley y Draco Malfoy, Harry y Stella no

intercambiaban miradas desafiantes u odiosas, sino que parecían bastante nerviosos por el hecho de tener que pelear. El profesor les dirigió una mirada de aliento. Obvió el discurso de “Sólo hechizos de desarme...” y levantó sus dos manos. Los espectadores aguantaron la respiración.

- Listos... - miró su reloj - Uno... Dos... ¡Tres!

Sin pensarlo demasiado, bloqueando sus sentimientos por un momento y cerrando fuertemente sus ojos - con tal de no ver lo que le pasaría al otro - lanzaron sus respectivos hechizos al unísono. Algunos se habían levantado de sus sillas para ver mejor y otros incluso se habían convertido en verdaderos relatores, detallando los movimientos de los finalistas a aquellos que apenas podían ver la plataforma desde sus asientos. Pero, y decepcionando ampliamente a Pittycarp, quien esperaba un espectáculo digno de fuegos de artificios, nada pasó. Confundidos por el profundo silencio que los rodeó, Stella y Harry abrieron los ojos unos segundos después, sólo para notar que de sus varitas no salieron más que algunas escuetas chispas rojizas y amarillas.

Ron arrugó la frente, más aturdido que los propios protagonistas, y divisó en el rostro de McGonagall algo de impaciencia. Dumbledore permanecía quieto, como siempre. Por su lado, Pittycarp, carraspeando fuertemente y levantándose de su silla, se dirigió a la plataforma.

- ¿Pueden explicarme qué está sucediendo? - preguntó en voz baja, ansioso. Harry y Stella se miraron, pero no atinaron más que a encogerse de hombros. No tenían ni la menor idea de por qué sus ‘expelliarmus’ no habían funcionado... aunque, claro, Stella tenía una fuerte sospecha. - Ejem... bien, lo intentaremos de nuevo, ¿sí?.

Ellos asintieron. La multitud acalló un poco su murmullo de desconcierto y volvieron a sus lugares. Harry se colocó en posición de lucha, asimismo Stella, frente a él, y Pittycarp volvió a contar. Elevó sus brazos.

- Uno... dos... ¡¡tres!!

Puede parecer increíble, incluso risible, pero así fue: nuevamente, no pasó absolutamente nada. No volaron varitas lejos de las manos de sus dueños, nadie quedó con piernas de gelatina, o imposibilitado de moverse, o con sus túnicas ajadas. Ningún rayo de luz fluyó certero a través del campo, si no más bien unos débiles destellos verdes - que no alcanzaban ni para iluminar sus propios zapatos - revolotearon a unos centímetros del suelo y desaparecieron tan pronto fueron convocados. ¿Qué estaba sucediendo? Harry se rascó la cabeza y evitó la mirada de Stella. ¿Tanto deseaba el no herirla, que su varita se negaba a responder? Pero antes de que intentara encontrar una respuesta, y adelantándose a un exasperado Pittycarp quien prácticamente se abalanzaría hacia la plataforma, Dumbledore abandonó su asiento e hizo un gesto al profesor de Defensa para que se detuviera.

- Ya es suficiente - pronunció, grave y profundo - Stella, Harry... pueden bajar.

- Pero, profesor... - murmuró Stella, indecisa. Harry no se movió de su puesto.

- Profesor Dumbledore, estoy seguro de que si tratamos nuevamente...

- Volverás a fallar, Harry - aseguró el Director, sereno - y aunque lo hicieras veinte veces más, seguirías fallando...

Pittycarp alzó una ceja, se hizo paso entre las sillas y se acercó a Dumbledore, curioso.

- ¿Acaso sabe lo que está ocurriendo?

Dumbledore asintió, lentamente, cruzando sus manos bajo las mangas de su túnica. Ron, unos metros distante, no podía de la sorpresa por todo lo ocurrido, y cuando volteó hacia Hermione para intercambiar opiniones, no vio asombro en su rostro, sino, por el contrario, tranquilidad, aunque expectante. Ron abrió la boca para protestar, pero antes lo pensó un momento. Luego le habló.

- Tú también sabes lo que ocurre, ¿no, Hermione? - preguntó Ron, si bien era más una afirmación. Hermione asintió, extrañamente avergonzada por admitirlo. Cerca de la plataforma, Dumbledore había caminado unos pasos y volteado hacia la multitud.

- Si mal no recuerdo, Libertes, tú mismo me relataste cómo en el primer día de clases Harry y Stella protagonizaron un duelo de Patronus - comenzó a decir, al tiempo que Pittycarp asentía levemente, respaldado por un enfervorizado murmullo tras él - Pues bien, lo que presenciaron ese día no fue un duelo, sino un '*pacto patronum*'...

- ¿Pacto? - habló Owen, fuerte y claro, pero al sentirse abrumantemente observado volvió a sentarse, sonrojado.

- Un pacto, sí... un pacto de paz - dijo, y elevó los ojos por sobre sus gafas de medialuna hacia Hermione - Quizá la Srta. Granger pueda explicárnoslo mejor.

Hermione abrió los ojos como platos y sintió sus mejillas enrojecer al notar como casi un centenar de miradas confluían en ella. Tragó saliva, se levantó de su asiento y trató de disimular su nerviosismo.

- Ehhh... bueno, como el profesor Dumbledore acaba de decir, el ciervo de Harry y la mariposa de Stella hicieron un pacto de paz aquella vez en la clase de Defensa. Eso quiere decir que sellaron un acuerdo en el cual prometían no-agresión contra el otro, en ningún minuto de sus vidas y bajo ninguna circunstancia... - dijo, pero al ver que muchos aún no comprendían del todo, agitó su cabeza y volvió a explicar - El dueño de una varita siempre tiene una concepción pre-conciente de a qué o a quién va a atacar, y eso la varita lo percibe. Por lo tanto, no importa quién use la varita de Harry o Stella... jamás funcionará contra el otro.

- ¿Los Patronus pueden hacer eso? - preguntó Ron a su lado, estupefacto, y ella asintió. Se escuchó un “¡¡Ohhhhhh!!” generalizado, y entonces Hermione volvió a hablar.

- Los Patronus son, como lo dice su nombre, “patronos” de sus dueños, es decir, protegen a quienes los convocan, y es el hechizo material más poderoso e independiente que la magia conoce. Pero, no todos pueden hacer un ‘*pacto patronum*’, por eso fue tan sorprendente... esto es... bueno, esto se trata de magia antigua, sin duda.

- Ya que está claro, podríamos dejar que el Sr. Potter y la Srta. Maris descansaran un poco, ¿no crees, Libertes? - dijo Dumbledore repentinamente, y a Ron le pareció que intentaba cortar la explicación de Hermione. Era como si no quisiera que se revelaran más detalles... Pudo ver en McGonagall algo de aquella decepción, pero al parecer no tenía intención en emitir comentario. Bajó la mirada y se tomó el mentón, en señal de actividad cerebral, y miró a Stella con suspicacia.

- Está bien - asintió Pittycarp, aún sorprendido por la información recibida. Levantó la mirada hacia la plataforma - Bajen ya.

Harry estaba tan anonadado como cualquiera de los alumnos del salón, pero Stella tenía una extraña expresión en su rostro, como si las palabras de Hermione adquirieran absoluta lógica para ella. Entonces volteó, encontrándose con los ojos de Harry. Le sonrió, por un lado satisfecha de no haber tenido que pelear, y por otro, halagada por el hecho de que el Patronus de Harry haya querido establecer un pacto de paz con ella... como si supiera de antemano que ella jamás intentaría dañarlo...

Más tranquilo e igualmente halagado, Harry le sonrió de vuelta. Es más: por alguna extraña razón se sentía repentinamente feliz. Bajó de la plataforma de un salto, se acercó a Stella y la ayudó a bajar. Sus ojos volvieron a encontrarse por un intenso segundo, antes de que la voz de Pittycarp volviera a resonar.

- Ufff... vaya encuentro, ¿no? - dijo, riendo nervioso, tomándose la cabeza de pura impresión - No saben el gran poder que tienen en sus manos, chicos - pronunció, dirigiendo una mirada directa pero esperanzadora a sus finalistas - Úsenlo con sabiduría, ¿sí? - Ellos asintieron, alegres, y dándose por satisfecho, Pittycarp elevó la voz - Aunque hemos presenciado un acto único, de gran humanidad pero también de gran complejidad, me temo que esta sección se ha quedado sin ganador... a menos que el Director me exprese lo contrario... - Miró fijamente a Dumbledore, y éste agitó su barba.

- A mí me parece que, y ya que esto es un club de duelos, esta sección terminó con un empate. Por lo tanto, y si no me equivoco en las cuentas, el ganador del torneo es el Sr. Cauldwell - finalizó, haciendo que Owen saltara de su silla por la sorpresa.

Pittycarp asintió.

- Así es. Es lo justo, y lo correcto. Felicidades Owen - dijo, sonriendo quizá no tan animadamente como hubiera querido, pero pronto el salón se llenó de aplausos y aquello menguó la repercusión de su actitud. Owen se levantó de su silla, algo tímido, pero sonrió en todas direcciones y estrechó la mano de muchas personas. Dumbledore le dio una palmada de afecto en el hombro y salió lentamente de la sala acompañado de McGonagall, no sin antes expresar sus felicitaciones también a Stella y a Harry.

- Wow... la fama te persigue, ¿no Harry? - dijo Dean al pasar junto a ellos, sonriendo. Harry no supo qué contestar, y antes de que continuara hablando, Ron y Hermione aparecieron entre la multitud.

- ...y si yo quiera que mi Patronus hiciera eso con el de Ginny o algo así... ¿Qué debería hacer? Convocarlo, y luego...

- No me preguntes, Ron. No sé la respuesta. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

Al llegar junto a ellos interrumpieron su discusión, y Ron dejó escapar algo de su entusiasmo.

- Nunca había visto algo igual. ¿Nos dirás cómo lo hiciste, Harry?.

Repentinamente, gran parte de la Armada Dumbledore se aglomeró a su alrededor. A un lado de Dean llegó Seamus, Lavender, Parvati, Padma, Neville, Hannah y otros, y a juzgar por sus caras, todos deseaban escuchar aquella información. Harry se encogió de hombros, avergonzado por no tener algo convincente que decir, y Stella, nerviosa, bajó la mirada. Rezó porque no le preguntaran a ella, y Hermione, entendiendo en el acto, salió en su rescate.

- Ehhh... bueno, según lo que leí, no es el mago quien hace el pacto, sino su Patronus... e-e-es decir, los Patronus son tan autosuficientes que...

- ¿Por eso tu mariposa cruzó todo el salón antes de detenerse frente a Harry, verdad Stella? - habló Hannah, interrumpiendo, y todos murmuraron frases de aceptación.

- Supongo - dijo Stella por fin, tratando de no darle demasiada importancia - Como dijo Hermione, mi mariposa decidió por sí sola, yo no tuve qué ver en...

- Me sorprendes, Potter. Inventar tamaña historia para no tener que aturdir al nuevo fenómeno... No vinimos a ver un derroche de compasión. ¿O crees que tu absurda caballerosidad te salvará de Tú-Sabes-Quién?

Draco y su eterno grupo de matones había hecho una parada en su camino hasta la salida, sólo para fastidiar, como de costumbre, aunque esta vez la profunda envidia en las palabras de Draco lo delataban evidentemente. Stella arrugó la frente, molesta.

- Creí haberte dicho algo sobre el epíteto de “fenómeno”, Draco - comenzó a decir, dando unos pasos hacia adelante, pero Harry le tomó la mano, adelantándose.

- Ignóralo... - murmuró, lanzando una mirada de odio hacia Malfoy, pero Ron no deseaba tomar el camino de la diplomacia.

- ¿No te bastó con el golpe de Harry? Si quieres, puedo adelantarte mi obsequio de Navidad: un par de probadas de mi puño y otro par de días en la enfermería

- pronunció, desafiante y seguro, arremangando su camisa. Neville y Seamus parecían querer adoptar la misma posición.

- Ron, por favor - rogó Hermione, tomándolo de su túnica - No vale la pena.

Draco la miró con asco, como si recién se percatara de su presencia.

- Nadie ha pedido tu opinión... presumida sangresucia...

- ¡TE LA GANASTE, MALFOY!

Furioso, Ron estuvo a centímetros de golpear a Draco con todas sus fuerzas, si no fuera porque el profesor Pittycarp, de la nada, apareció entre ellos y los separó antes de que llegara a mayores.

- ¡¿Qué es esto, por Dios?! ¿No tuvieron suficiente con la expulsión del torneo? - exclamó, mientras Harry tomaba el brazo de Ron. Draco apenas se movió, protegido por sus gorilas de siempre - Draco, ve a la oficina del profesor Snape. Tendrás una semana de detención - dijo, y Malfoy arrugó la frente en señal de disgusto, dirigiendo su peor mirada hacia Ron - Y tú, Weasley... - comenzó a decir Pittycarp, volteando hacia él. Ron bajó la mirada, esperando el regaño - ...baja con los demás al comedor. ¿Y no quiero más líos, entendido?

Ron asintió, sonriente sorprendido, intercambiando miradas de satisfacción con Harry, Hermione y Stella. Draco, por su parte, explotó de indignación.

- ¡¿Por qué sólo yo recibo detención?! - dijo, más furioso que antes, mirando a Pittycarp disimulando su desprecio.

El profesor se le acercó, tanto como para intimidarlo.

- La próxima vez que llames a alguien “sangresucia”, intenta bajar la voz. Algún profesor puede estar escuchando - concluyó, sonriendo irónicamente.

No, no había motivo; no tenían por qué guardarse las carcajadas. Hannah, Neville, Lavender y Dean rompieron a reír, pero Ron, sólo por respeto al favor concedido, se tragó todo su entusiasmo, dispuesto a encauzarlo debidamente cuando se hallara a suficientes kilómetros de distancia de la sala de Defensa.

Y así fue. Sin importar los espacios vacíos en sus propias mesas, la Armada en pleno se reunió en la mesa de Hufflepuff, con tal de festejar al campeón como era debido.

- ...entonces, un brindis por Owen, nuestro ganador - pronunció Harry, jugando al papel de líder que, años atrás, tanto había esquivado. Ahora, sin embargo, no le molestaba en lo absoluto.

- Y por los finalistas. Ellos también lo hicieron genial - habló Ginny, aún con su copa de jugo de calabaza en alto. Harry, Cho y Stella sonrieron.

- Y por los Patronus. No sólo salvan tu vida... también saben de relaciones diplomáticas - dijo Ernie, bromeando ligeramente, y algunos rieron bajito.

- ...y por último, y no menos importante, ¡brindemos por nuestro buen amigo Draco y su saludable semana de detención!

- ¡SALUD! - exclamaron todos luego de las palabras de Ron, alegres y entusiastas, chocando sus copas como si estuvieran en una cena de honor. Incluso Theresa, quien se sumó al festejo sólo al final (sus amigos no le quitaban la vista de encima, suspicaces) brindó y rió con Hannah, aún después de aquel chiste sobre Draco.

Harry dio un vistazo a sus amigos y sonrió, satisfecho. Luego miró a Hermione, y alzó nuevamente su copa: su idea de la Armada había sido una de sus mejores intervenciones. Entonces volteó hacia Stella, y antes de que quisiera brindar con ella, la vio extender su brazo y chocar copas con Owen. Harry sintió la sangre hervir en su cabeza, en su cuello, en sus puños, pero no dijo nada. Sólo se sentó, callado, y llenó hasta el borde su copa de zumo de calabaza. Esperaba ahogarse con él.

Como pudo, se protegió con sus manos de las luces del último auto y regresó a su escondite bajo el cerco. Jadeaba... ya no podía más. ¿Cuántos kilómetros debía haber recorrido? Sólo sabía que era de noche, que estaba herido, que la muerte aún lo perseguía y que le urgía ganarle al tiempo. Debía seguir, encontrar refugio y seguir las huellas correctas. ¿Podría hacerlo? ¿Podría distinguir, en aquel minuto de su existencia, entre una mano amiga y una traicionera? Ya se había equivocado, no hace mucho, y casi le cuesta la vida... de nuevo.

Tosió varias veces, un intenso escalofrío recorrió su espalda y un latido punzante comenzaba a cegarlo del ojo izquierdo. “Malditos *muggles*...” pensó, contrariado, arreglando lo que podía de su camisa ajada y sus incómodos pantalones, “¿Es que no habrá ni uno solo que ayude sin preguntar?”. Pensó en los únicos *muggles* que había llegado a conocer bien en su vida, una pareja gentil y cordial, muertos ya hace mucho. Cómo deseaba su apoyo, ahora más que nunca...

En eso, sorprendiéndolo hasta el pavor, un nuevo vehículo pasó a exceso de velocidad, sólo que esta vez no siguió de largo - como ya lo habían hecho un centenar de otros automóviles - sino que frenó, lentamente, y

retrocedió unos metros hasta detenerse a un lado de la berma. Se apagó el motor, las luces bajaron su intensidad y se abrió la puerta del piloto, dejando escuchar en pocos segundos el inconfundible sonido de un par de tacones altos. Una mujer de unos treinta años, delgada y con el cabello tomado en un gracioso bouquet, se acuclilló frente al cerco, frunciendo el ceño.

- Ehmm... oiga... ¿Se encuentra bien? - murmuró, despacio, pero mantuvo la distancia como si creyera que recibiría como respuesta un gruñido feroz. Su voz era delicada, pero segura. - Parece que le han robado.

Él elevó los ojos, conmovido por tanta amabilidad, y asintió.

- ... todo lo que tenía, y me han dejado mal herido - dijo, entrecortado, recorriendo sutilmente a aquella “buena samaritana” desde el contorno de sus piernas hasta el cuello - He estado casi tres horas aquí y usted es la primera persona que se ha detenido...

- Argghh, no me extraña. Este lugar es conocido por sus rateros - dijo, y observando una vez más el atuendo de él, sonrió a medias - Venga, déjeme ayudarlo.

Con esfuerzo, tomó uno de sus brazos y lo ayudó a levantarse. Él se apoyó en el cerco, sacudió sus pantalones como pudo y dirigió una mirada torpe hacia su acompañante.

- ¿Quiere que llame a la policía, a una ambulancia... algo? - preguntó ella, aún torciendo los labios al escudriñar el aspecto de aquel hombre. Tendría alrededor de 40 años, pero estaba demacrado, herido y sucio. El cabello negro le llegaba hasta los hombros, sus pómulos se hundían en cada respiro. Se distinguían en su rostro marcas de lucha, incluso de quemaduras.

- No, no se moleste, estaré bien - dijo, nervioso, fijando la mirada en la carretera - ¿Usted iba en esa dirección? - dijo, levantando su brazo para indicar. La mujer asintió - Bien... Ya que fue tan amable en detenerse... ¿Cree que podría llevarme, sólo unos kilómetros? Necesito llegar al pueblo de Hogsmeade...

- ¿Hogsmeade, eh? - pronunció, suspicaz, y se cruzó de brazos - ¿Cómo sé que no eres un ladrón más... aprovechándose de buenas ciudadanas como yo?

Él rió, cansado.

- No voy armado, tengo una costilla rota y no he comido en dos días. Si llegara a robarle algo, no tendría ni las fuerzas para correr...

Ella suspiró. Lo observó de nuevo, detalladamente, y apretó los labios.

- Está bien, vamos. Pero le advierto: al primer indicio de...

- ...lo pagaré. Entendido - bromeó, moviendo la cabeza, y tras eso, ella lo ayudó a llegar al asiento del copiloto. Cerró la puerta, rodeó el automóvil en pocos segundos y se sentó tras el volante. Mientras encendía el motor, giró hacia él, casi divertida.

- Aún no me dice su nombre... - murmuró, al tiempo que ponía el pie en el acelerador.

Él sonrió a medias, nostálgico, fijando la vista en el horizonte.

- Harry... Harry Potter.

Sentado bajo un gran pilar de piedra en el pasillo, Harry, escuchando las voces que provenían del salón de Estudios Muggles - a pocos pasos de él - esperaba el timbre de término de jornada. Ron estaba a punto de salir de Adivinación, y con todo el disgusto que esa clase le había traído, Harry pensó que le vendría bien encontrarse con una cara amiga. Volteó hacia el ventanal a sus espaldas y, casi por inercia, se arropó aún más con su bufanda bicolor y ajustó sus guantes. Afuera azotaba una lluvia torrencial.

- ¿No te estás congelando ahí? - preguntó Stella repentinamente, sobresaltando a Harry. Había aparecido tras la esquina tan silenciosamente que él apenas se había percatado de su presencia. Confundido, le sonrió a medias.

- Pues sí, debo reconocerlo - respondió, levantándose en el acto. Stella sujetaba con sus brazos, además de su mochila y gruesos libros, una gran caja de madera. Harry se adelantó y le ayudó con la carga.

- Gracias - dijo, apoyando el resto de sus cosas en el borde del ventanal. Harry quedó un momento absorto en la caja, y Stella lo miró, divertida - Es de nuestra clase de Runas Antiguas. Se supone que debo traducir la inscripción de la tapa... es mi tarea.

Harry asintió, dejándola a un lado, pero luego arrugó la nariz.

- Pero... bueno, si ibas a la sala común, te equivocaste de pasillo.

Stella sonrió, tímida.

- Ehhhhh sí, lo sé, gracias. Es que no voy a la torre Gryffindor. Iba... bueno, venía para acá - explicó, evitando la mirada de Harry, y antes de que él pudiera decir algo, ella continuó - Estoy esperando a Owen. Ya debe salir de Estudios Muggles.

Bien, eso era todo. Era el broche de oro para un día completo de altibajos. ¿Qué tenía ese tipo Owen que él no?. Disimulando su molestia al respecto - aunque no lo intentó muy a conciencia - sonrió forzosamente y fijó la vista en la puerta oculta de la buhardilla, como si estuviera apresurando a Ron con el poder de su mente para que lo sacara de ahí cuanto antes.

- Es un alivio, ¿sabes?... te envidio. Yo llevo seis años aquí y aún se convierte en un suplicio para cada fiesta...

Stella arrugó la frente, confundida.

- ¿A qué te refieres?

- Al baile, claro - respondió, aunque lo creía innecesario - Me alegro de que ya tengas pareja. Hay muchos que aún están pensando cómo...

- ¿Por qué me dices esto? - lo interrumpió Stella, algo seria esta vez, y al notar que Harry bajaba la mirada (incluso habría jurado que enrojecía), pensó un momento y desvió, sospechosa, su mirada hasta la puerta del salón contiguo. Luego sonrió, conmovida, pero no pudo evitar una pequeña carcajada.

- ¿Qué? - preguntó Harry, al borde de la irritación.

Stella se arrepintió un momento de su risa repentina. Aclaró su garganta, pero mantuvo la sonrisa.

- ¿Crees que yo... es decir, que Owen y yo...? -. Harry apenas parpadeó. Volteó hacia Stella y la miró como si estuviera poniendo toda la atención del mundo en lo que ella tuviera que decir. Se sonrojó, abrumada, pero tomó aire para hablar - Harry... Owen no... él nunca... es decir, Owen no es mi pareja.

- ¿Ah no? - dijo Harry, aún no demasiado convencido. Luego bajó la mirada - Los vi conversando en la fuente hace unos días...

Ella asintió, como si el hecho de verse frecuentemente con Owen fuera algo normal y lógico, pero notó que Harry dejaba un resquicio de molestia al recordarlo. Sonrió por aquel halago indirecto, y quiso aclarar la situación.

- ¿Se parecen mucho, sabes? Owen y tú, digo... - Tras sus palabras, Harry curvó sus labios como si hubiera escuchado el peor de los insultos, por lo que ella se apresuró a continuar, mucho más sería que al principio - Son como todos, en realidad. Temen a lo que desconocen, y antes de acercarse y comprender, prefieren quedarse con la primera impresión. Las apariencias engañan, Harry... - dijo, mezclando las sílabas pronunciadas con un tinte de tristeza.

Harry se sintió levemente incómodo.

- Lo siento, yo no quería...

- Owen va tras Ginny desde el año pasado - continuó Stella, casi como si no hubiera escuchado la disculpa de Harry - ...y como es muy tímido no sabe cómo acercársele. Por eso, no ha hecho más que pedirme consejos, y... - elevó la mirada esta vez, e intentó sonreír - ...cuando nos viste en la fuente, me estaba convenciendo de que intercediera por él para que Ginny fuera su pareja en el baile. Ahora vengo a darle las buenas noticias.

Harry se sentía el tipo más patético del planeta. ¿Por qué tenía que ponerse agresivo? ¿Por qué no había ido con ella y le había preguntado directamente? Por miedo, sólo por eso. Cerró los ojos, algo avergonzado, y sonrió torpemente.

- Si Ron llega a saberlo, lo matará - bromeó, elevando los ojos, intentando menguar el peso de la conversación. Ella mantuvo la mirada, serena.

- Owen lo sabe, y por eso recurrió a mí - explicó, y al tiempo en el que abría la boca para volver a hablar, un intenso movimiento de pies y capas se sintió sobre sus cabezas.

- Saldrán en un momento - dijo Harry, y ella asintió. Hizo un ademán de querer avanzar hacia el salón de Estudios Muggles, pero volvió sobre sus pasos y le habló directo.

- Hay algo que no entiendo... - comenzó a decir, y Harry abrió los ojos como platos - ¿Por qué dices que “me envidias”? ¿Acaso no vas con Cho? - inquirió, y Harry sintió como si le hubieran arrojado un chorro de agua helada por el hueco de su camisa. Como no respondió de inmediato, Stella volvió a hablar - Te vi con ella en el jardín.

- Ohh... eso - dijo Harry, sin poder evitar que una pequeña sonrisa asomara en sus labios - Es cierto. Cho me invitó al baile... -. Stella asintió, cabizbaja pero resguardando su orgullo, y segundos antes de que volteara en dirección a la sala, Harry dejó escuchar su voz - Me sorprendió mucho escucharla. Le dije “gracias”... pero no.

Stella elevó la mirada.

- ¿No?

Harry se encogió de hombros.

- Bueno, no fue eso exactamente... Creí que sería más sutil si le decía que ya tenía pareja - concluyó, sorprendiéndose a sí mismo por la conversación de la

que estaba siendo partícipe. ¿Lo estaba imaginando o ambos intentaban dar explicaciones?.

Stella sonrió elocuentemente, y Harry sintió su alivio. Para entonces, el murmullo del gentío aglomerado en la sala de Trelawney se hizo más patente que nunca. De hecho, alguien ya había cogido la cuerda que sujetaba la puerta. Stella miró hacia el techo con tristeza... al parecer, su conversación con Harry recién comenzaba a tornarse interesante. Sin embargo, caminó hasta el salón contiguo con paso firme.

- Ahhh... ¿Stella? - la llamó, mientras divisaba de reojo los pies de los primeros alumnos en salir. Ella volteó, varios metros distante - Ya que no tienes pareja... y yo tampoco... es decir, ya que aclaramos el malentendido... y sólo si no tienes a nadie más en mente... ¿No quisieras...? Bueno... podríamos ir juntos...

Stella hizo un gracioso gesto con la cabeza, relajó los hombros y sonrió, suspirando.

- Me preguntaba cuánto tiempo te tomaría descubrir esa posibilidad - dijo, volteando nuevamente y perdiéndose entre las decenas de alumnos que ya ocupaban gran parte del pasillo.

Harry sonrió, infantil.

- Creo que eso fue un “sí” - pensó en voz alta, animado, observando su caminar hasta perderla de vista.

- Yo también lo creo - opinó Nick Casi Decapitado, guiñándole un ojo y desapareciendo luego a través de uno de los óleos de la pared.

Capítulo once

Ningún Lugar

El hecho de que haya sido la primera en bajar a desayunar, no fue lo único extraño en el comportamiento de Hermione esa mañana. Al tiempo que Ron, Harry y Stella se sentaron junto a ella en el Gran Comedor, Hermione no pudo disimular un leve nerviosismo. Leía un libro pequeño de cubierta oscura, pero lo cerró apresurada y lo escondió bajo su túnica apenas los vio aparecer. Les dirigió una sonrisa tibia, pero no dejó de estremecerse cuando Stella se ubicó frente a ella, y sobre todo cuando, sin querer, rozó su rodilla bajo la mesa. Ron arrugó la frente.

- ¿Sucedó algo? - le preguntó, tomando el sitio a su derecha. La miró fijo unos segundos, preocupado, pero cuando se dio cuenta de su cercanía se retiró unos centímetros. Sus orejas comenzaron a enrojecer.

- Estoy bien... no pasé buena noche, eso es todo - respondió, intentando que su tono fuera lo más neutral posible. Sonrió débilmente, y volvió luego la vista hacia sus tostadas.

Stella la observaba con cautela, apremiándola para que volteara hacia ella. Cuando salió del dormitorio en la madrugada quiso preguntarle a dónde iba, pero Hermione no le había hecho caso y cerrado despacio la puerta tras de sí. Luego ahí, en el comedor, y después de varios minutos en los que no le dirigió ni siquiera la palabra, Stella sintió en su pecho un atisbo de angustia, traducido en una punzada cerca de las costillas. Una tristeza enorme la embargó. ¿Era... era posible? ¿Hermione lo había descubierto? ¿Pero cómo...?

Era la tercera vez que Harry pedía a Stella el jarrón de leche que estaba a su lado. Ella no respondía, absorta en sus pensamientos...

- ¿Stella? - pronunció Harry una vez más, tomándole la mano para que regresara a tierra. Ella giró bruscamente hacia él, con los ojos empañados, y luego de unos segundos notó la mano tibia de Harry sobre la suya. Tal como si hubiera visto una araña gigante, recogió su brazo instantáneamente. Harry se sobresaltó, nervioso - ¿Qué sucede? ¿Te hice daño o algo?

Ella negó con la cabeza, casi avergonzada.

- No, no es nada. Lo siento, no quise...

Pero Harry no pudo seguir escuchando, aunque quería. El sonido sordo de centenares de lechuzas en pleno vuelo irrumpió en el comedor justo en aquel segundo, mezclado con el usual murmullo de expectación producido por los niños de primer año. Volviendo a su asiento, Harry divisó a Hedwig entre las mensajeras, deslizándose con agilidad por sobre el resto de los estudiantes. Suave y serena, como siempre, la lechuza blanca se posó lentamente sobre la mesa y ululó hacia su dueño. Harry le acarició el plumaje y desató luego el mensaje con cuidado, mientras Hedwig le daba unos picotones de cariño. A su lado, Ron recibía a Pigwidgeon, revoloteando entusiasta.

- Jajajaja... quieta, quieta... - alcanzó a decir entre risas. La diminuta lechuza no paraba de dar vueltas alrededor de la cabeza de Ron, haciéndole cosquillas con sus alas - Si no bajas y te tranquilizas, no podré ver el mensaje.

Sorprendentemente, Pig pareció entender las palabras de Ron, ya que segundos después estaba de pie sobre su plato de cereales (aunque aún batía frenéticamente sus alas), dejando que su dueño le quitara el pedazo de pergamino atado en una de sus patas. Hermione, a su vez, recibía de una

lechuza parda el nuevo número de El Profeta, pero parecía mucho más interesada en el mensaje de Harry. Lo observó fijamente un momento, instándolo a leerlo.

Confundido por el interés de Hermione, Harry desdobló el pergamino en sus manos y leyó:

“Querido Harry:

Sé que quizás tenías muchas esperanzas al respecto, pero siento ser portador de malas noticias. Moody y yo hemos revisado el extraño mensaje que recibiste, y créeme que nadie más que yo lamenta lo que ha sucedido. Sí, Harry, es falso. Sirius no lo escribió. Lo hemos certificado cientos de veces, con pociones y hechizos especializados en este tipo de asuntos. No es su letra; él nunca usó ese papel ni el posible lápiz. De verdad siento mucho lo que ha pasado, pero aún así seguiremos investigando. Alguien está jugando con tus sentimientos, y eso es algo que no toleraremos.

Nos mantendremos en contacto. No olvides escribirme cada vez que quieras...

Con afecto, Remus.

P.D: Lean el mensaje de Ron a solas. Sólo ustedes tres.”

Harry dejó el pergamino a un lado y Hermione terminó de leerlo por sobre su hombro. Ella había tenido razón en desconfiar. Alguien había tenido la suficiente frialdad para enviarle aquella nota, haciéndose pasar por Sirius... ¿Pero quién?. Sin poder evitarlo, Harry dejó escapar un suspiro de tristeza. Remus tenía razón; había puesto muchas esperanzas en un pedazo de papel. Pero es que, ni aún después de tantos meses, podía resignarse a la muerte de Sirius...

Ron quitó el pergamino de manos de Hermione, luego de que viera en los rostros de sus amigos un cierto desconsuelo. Al terminar de leer,

elevó los ojos hacia Harry y asintió, conmovido. Acto seguido, escondió rápidamente el mensaje de Pig en su túnica, fuera del alcance visual de Stella.

- ¿Malas noticias? - comenzó a decir ella, sin siquiera advertir el rápido movimiento de Ron. Se sentía repentinamente fuera de lugar, ya que al parecer no tenían intención de compartir la información de aquella carta con ella. Los tres amigos se miraron, confusos, sin decidirse a hablar.

- Es una carta de Remus, un viejo amigo de mis padres - se apresuró a decir Harry, desanimado, saliendo del paso - Sólo quería saber cómo estábamos. Fue nuestro profesor de Defensa unos años atrás y...

- Oh sí, Remus Lupin, ya lo recuerdo - dijo Stella, sonriendo espontáneamente, y Harry abrió los ojos al máximo. Hermione y Ron se miraron, preocupados.

- ¿Lo conoces? - balbuceó, tenso.

- Claro - respondió, como si fuera lo más natural del mundo, pero luego se percató de que su reacción había sido demasiado peligrosa... demasiado evidente. En milésimas de segundo, maquinó en su mente la frase que diría a continuación - Leí *'Historia de Hogwarts, nueva edición'* cuando supe que vendría a Inglaterra. Aparece su nombre en la sección de los profesores mejor evaluados.

Hermione sonrió de satisfacción; claramente no era la única persona en este mundo que había leído 'Historia de Hogwarts'. Ron hizo una mueca de cansancio y miró a Hermione de reojo. De seguro estaría rumiando la misma idea. Stella le sonrió de vuelta, un poco más animada al ver que Hermione ya no la evitaba después de todo. Harry, por su lado, suspiraba de alivio. Casi llegó a pensar que Stella conocía algo más de lo que debería, como

las raíces “animales” de Lupin o su vinculación con cierto prófugo de la justicia...

Sin previo aviso, una voz gritó el nombre de Stella desde una esquina del comedor. Era Ginny, quién parecía muy feliz. Stella sonrió.

- Te veo en Artimancia, Hermione - le dijo, levantándose en el acto, sonriéndole también a Ron y Harry.

Cuando Stella estuvo a suficientes metros de distancia, Ron se sintió cómodo para hablar.

- Harry, Lupin dice que seguirán investigando. Quizá aún no...

- No más castillos en el aire, ¿quieres Ron?. Déjame olvidarlo. Estoy harto de las falsas ilusiones - lo interrumpió, algo alterado. Miró a Hermione como diciéndole que no quería oír sus condolencias, suspiró profundo, y continuó - Mejor veamos qué dice tu mensaje.

Reticente a dejar que Harry se tragara toda su tristeza, Ron hizo un ademán de querer volver a la conversación, pero Hermione negó con la cabeza. Harry tenía razón; últimamente las esperanzas vagas sólo habían empeorado las cosas. Suspirando de nuevo, observó en todas direcciones y sacó, cauteloso, el mensaje de Pig del bolsillo de su túnica. Harry y Hermione se acercaron, y Ron lo extendió para que pudieran leer. Unos segundos después, los tres levantaron sus cabezas, para luego voltear hacia donde conversaban Ginny y Stella muy animadas. Harry pensó un momento.

- ¿Puedo... puedo yo encargarme de todo? - murmuró, al tiempo que Hermione y Ron compartían una mirada cómplice. Harry les dirigió una sonrisa tibia, lo que los tranquilizó.

- Claro que puedes - respondió Hermione - Sólo haznos saber los detalles.

Harry asintió, girando nuevamente hacia Stella. Quería relegar todo el asunto de la nota de Sirius al fondo de su memoria, aunque fuera por unos minutos. Ahora había algo más urgente (y más agradable) en qué pensar. Quería vivir el presente... por primera vez.

El sábado por la mañana, día de la primera salida al pueblo de Hogsmeade, el tópico en la conversación de los alumnos de sexto año fue la última clase de Transformación. Mientras esperaban en los corredores la llegada de los carruajes, reunidos en torno a las pequeñas fogatas y asidos fuertemente a sus abrigos, hablaban sobre la idea de McGonagall de incluir en este periodo de sus clases al profesor Flitwick. Durante tres meses, había dicho, estarían estudiando sólo el conjuro de la Desaparición, pues debían dar ese examen a fin de año. Ambos maestros pasaron varios minutos sermoneándoles sobre los peligros de una desaparición mal conjurada, y sobre los requisitos y exigencias que demandaba el consejo fiscalizador para dar las licencias. Ron estaba algo nervioso al respecto, pero no le preocupaba demasiado; si George y Fred habían pasado el examen sin problemas, él también podría hacerlo. El año anterior no habían hecho más que decir que la Aparición y Desaparición era cuestión sólo de un par de chasquidos, y así, con un ruidoso “¡Puff!”, entraban y salían de las habitaciones sin siquiera tocar la manilla de la puerta.

Erguidos frente a la gran puerta de Hogwarts, Harry y Ron intercambiaban impresiones sobre la clase de McGonagall cuando un grupo de chicas de quinto pasaron junto a ellos. Los observaron detenidamente, animadas, y una de ellas le guiñó un ojo a Ron, al tiempo que otra sonrió coquetamente hacia Harry. Ambos amigos tragarón saliva, mirándose. Cuál de

los dos estaba más ruborizado... imposible decirlo. ¿Desde cuando se habían vuelto tan populares? Bueno, de Harry podía esperarse; su fama había acrecentado desde el primer día en que pisó Hogwarts, y aquello parecía ser un buen aliciente al momento de elegir a un chico atractivo... pero Ron era el más anonadado con su situación. Luego de su desempeño en el equipo de Quidditch el año pasado, y sobre todo tras su duelo con Malfoy por el torneo, las chicas prácticamente se detenían a su paso. Y no es que su físico tampoco ayudara: sin que pudiera hacer nada al respecto, había crecido casi diez centímetros desde el verano, ya no era tan delgado como antes y su voz había adquirido un tono tan ronco como el de su padre. Estaba consciente de sus cambios, pero jamás pensó que eso le daría más oportunidades con las chicas. Y es que sólo le interesaba una...

Unos minutos más tarde, Hermione, Stella y Ginny aparecieron en la escalera. Stella llevaba una falda azul ajustada que le cubría las rodillas, combinada con unas botas del mismo color. También llevaba un suéter de cuello alto, una chaqueta ajustada igual a la falda, y una delicada bufanda en tonos claros que hacía resaltar sus ojos. Harry la observó detenidamente y sonrió, embobado. Ron golpeó a Harry suavemente tras su cabeza, advirtiéndole que dejara de ser tan evidente, y antes de que pudiera voltear de nuevo hacia la escalera, divisó por el rabillo del ojo a Steve Lyndon, no muy lejos de ellos. Miraba atentamente a Hermione, pero ella no se daba por aludida. Cuando las tres llegaron hasta la puerta, Ron puso cara de pocos amigos y caminó hasta Hermione, dándole la espalda a Steve, quien no pudo dejar de molestarse. Los carruajes ya habían arribado.

- ¿Vamos, chicas? No quiero que algún indeseable se sienta con nosotros.

Hermione lo miró, extrañada por su actitud, pero Ginny, sin que Ron lo notara, le hizo un gesto hacia donde estaba Steve. Hermione

comprendió en el acto; se ruborizó un poco pero sonrió. Ron se había puesto muy “territorial” últimamente, y eso la halagaba mucho...

Filch chequeó sus nombres en la lista (tarea absolutamente innecesaria, ya que llevaban años viajando hacia Hogsmeade sin problemas) y los dejó avanzar hasta los carruajes. Subieron al primero de la fila, y Stella tomó el sitio junto a la ventana.

- ¿Nunca has ido a Hogsmeade, verdad? - preguntó Luna intempestivamente, sobresaltando a Harry. Había asomado su cabeza por si quedaba algún asiento vacío, y, sin aviso, tomó el lugar junto a Ron, apenas percatándose de la mirada desafiante de Hermione.

- Nunca - respondió Stella, divertida ante la reacción de Ron al ver a Luna - Todos hablan mucho sobre Hogsmeade. ¿De verdad hay lugares interesantes?

- Te va a encantar la Casa de los Gritos - habló Harry - ...y la tienda de Zonko, y Las Tres Escobas, y... bueno, supongo que Hermione querrá mostrarte la Biblioteca Municipal...

Hermione asintió con entusiasmo, y Stella hizo eco de él. Conocer una nueva librería no le vendría mal a sus propósitos... pero antes de que pudiera preguntar más cosas sobre el pueblo, la voz de Ron los interrumpió.

- ¿Dónde está Ginny? Estaba con nosotros hace unos segundos.

Stella y Hermione intercambiaron una mirada cómplice.

- Creo que prefirió ir con sus amigas. No la regañarás, ¿o sí, Ron? - inquirió Stella, sonriendo.

Ron arrugó la frente en señal de desconfianza, miró por la ventanilla hacia la multitud pero luego volvió a su asiento, sin pronunciar ni una sola palabra sobre el asunto en todo el viaje. Stella y Ginny hace mucho que se traían algo entre manos... Tendría que descubrirlo. Sólo esperaba que no tuviera que ver con un tipo llamado Michael Corner.

Una desagradable brisa húmeda los esperaba al salir de los carruajes, por lo que debieron proteger sus rostros con sus abrigos o bufandas. Hagrid, recogiendo el cabello de su rostro a causa del viento y precediendo la comitiva de profesores, sugirió a todos que se refugiaron un momento en Las Tres Escobas hasta que el clima fuera más favorable. Los chicos de tercero no parecían muy felices; la mayoría de los alumnos hablaban maravillas de Hogsmeade, pero según lo que ellos podían ver, no era más que un pueblo gris medio abandonado. Y es que la lluvia ahuyentaba a gran parte de los transeúntes que, a cualquier hora del día, atiborraban las esquinas.

Sin perder mucho tiempo, Ron, Stella, Hermione y Luna avanzaron a paso rápido a través de la calle, pero Harry se quedó atrás. Stella volteó hacia él, y lo vio estático a unos pasos del carruaje, la lluvia fina golpeándole la cara y la brisa azotando su cabello. Tenía la mirada perdida y parecía ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor. Era como si algo lo hubiera detenido por fuerza mayor... y entonces, antes de que pudiera llamarlo, lo vio correr en dirección a la colina.

- ¡¿Harry, a dónde vas?! - gritó Ron, preocupado, y sin intercambiar comentarios, Stella y Hermione siguieron al pelirrojo, corriendo tras Harry. Hagrid los vio pasar junto a él, y les gritó que regresaran, pero no parecieron

oírlo. Doblaron en la primera esquina, se refugiaron al alero de una casa abandonada y recuperaron un poco el aire perdido, agitando la respiración.

- ¿Qué pretende? - preguntó Ron con la voz entrecortada, confundido, secándose el rostro con la manga de su camisa.

- Pues quizás quiere... ¡Ahí está! - exclamó Hermione repentinamente, apuntando hacia la derecha. Entonces tanto ella como Ron abrieron sus bocas de asombro: Harry parecía estar a pocos metros de un perro, negro y grande, estático y sereno como él pero, sin previo aviso, echó a correr por la calle continua y, por supuesto, Harry lo siguió.

Ron y Hermione se miraron, incrédulos. ¿Habían visto bien? Pero, era imposible... no podía ser. Stella abandonó la protección de aquella casa, tomó su bufanda para protegerse de la lluvia y corrió tras Harry. Ron y Hermione fueron pronto tras ellos; avanzaron por estrechas calles de piedra, cruzaron varias intersecciones y se detuvieron, jadeantes, frente a un cerco que parecía delimitar uno de los topes de Hogsmeade. Las nubes negras sobre sus cabezas amenazaban con algo más torrencial que simple gotas de lluvia...

Stella había llegado junto a Harry hace pocos segundos, y había notado la tristeza evidente en sus ojos. Sin tener la más mínima idea de lo que estaba sucediendo, fijó la vista en el objeto que tanto había interesado a Harry... y ahí vio, entre los matorrales, a un perro callejero intentando resguardarse del frío y la brisa, mordisqueando un zapato viejo y acurrucándose sobre unas bolsas de basura. Hermione se detuvo a un lado de Stella, observó al perro negro, apretó los labios con desconsuelo y luego volteó hacia Harry. Ron ya había tomado su brazo en signo de comprensión y apoyo.

- Harry, vámonos. Nos están esperando en Las Tres Escobas - murmuró Ron, alternando las palabras con el aliento que le quedaba, recuperándose de una maratón imposible de realizar en días de lluvia. Harry, sin dirigirle la mirada, asintió en silencio. Stella buscó en los ojos de Ron alguna respuesta a lo sucedido, pero él no hizo más que encogerse de hombros, al igual que Hermione. ¿Cómo decir que Harry había perseguido a un fantasma, un recuerdo... una esperanza que jamás se concretaría? No era un tema fácil de tratar, ni aún para alguien que, lamentablemente, estaba tan acostumbrado a la fatalidad.

Sin decir nada, regresaron a la calle en dirección al negocio de la señora Rosmerta. Caminaron despacio, sin que les importara ni el frío ni la lluvia. De alguna forma, Harry sentía en el gesto de sus amigos la intención de acompañarlo en su dolor. En el fondo, deseaba jamás haber comenzado a correr...

Protegidos debidamente con sus capuchas, y sin dejar que la lluvia tocara sus rostros, dos hombres de negro miraban la casa abandonada de la colina desde la carretera. Observaban las entradas y salidas, los alrededores, las vías, como si construyeran en sus cabezas un mapa exhaustivo de su próximo blanco. No se veían luces ni movimiento, y la pintura ajada de sus paredes externas acentuaba el carácter solitario de aquella construcción. De hecho, las personas del pueblo decían que estaba embrujada. ¿Qué había ahí que les podría interesar? Lo cierto es que nada de importancia si se tratara de dos muggles comunes y corrientes, pero ellos jamás cabrían esa calificación: Nott y Goyle, dos gélidos seguidores de la marca tenebrosa, estaban ahí por razones concretas... y un mandato específico.

- ¿Crees que deberíamos avisar a Bellatrix? - balbuceó Goyle bajo su capa, sin perder el contacto visual con la casa.

- No nos perdonaría si no lo hiciéramos - contestó Nott, impávido.

- Pero... ¿Es él? ¿Cómo podemos estar seguros?

Nott miró a su acompañante con lástima, con un gesto de superioridad que Goyle no pudo dejar de percibir.

- Han seguido sus pasos desde hace meses - contestó, impaciente - Además, ¿Desde cuando a nuestro Señor le ha importado la identidad de las víctimas? Hay veces en que varios inocentes deben pagar por unos pocos pecadores. Es la ley de la vida - concluyó, dibujando una sonrisa malévola en la comisura de sus labios.

Goyle asintió de mala gana.

- Regresemos antes de que alguien nos vea...

- No queremos más muertos, supongo - contestó Nott, aún con aquel tono condescendiente. Goyle apretó los puños en desagrado. Odiaba ese trato inferior... sólo por que fue uno de los primeros en regresar a un lado de Voldemort no lo convertía en el preferido del amo...

Sin intercambiar más que el sonido de sus capas rozando sus botas, caminaron calle abajo. Bellatrix estaría feliz de saber que el mayor de sus objetivos estaba vivo, más cerca que nunca.

- ¡¡Entren, entren, rápido!! ¡¡Xabier, cuatro chocolates calientes, de inmediato!! - gritó la señora Rosberta apenas los vio entrar, con la ropa mojada y entumecidos de frío.

La profesora McGonagall, sentada no muy lejos junto a Hagrid y el profesor Flitwick, les dirigió una mirada de reprimenda, creyendo quizá que habían estado afuera con aquel clima sólo por diversión. Ninguno de ellos hizo comentario, ni mucho menos tomó en serio el gesto de McGonagall. Por inercia, tomaron una silla en la mesa más cercana a una gran salamandra dispuesta en el centro del lugar, se sentaron en el más completo silencio y, cuando llegaron las tazas humeantes, cada uno se abalanzó sobre la suya y dejaron que el calor que comenzaba en sus dedos se trasladara lentamente hacia el resto de sus cuerpos. De la nada, y con el sonido de un simple “click”, una gruesa frazada apareció sobre sus espaldas; al parecer, McGonagall se había apiadado un poco de sus aspectos y había agitado su varita para ayudar.

Más calientes y resguardados, el momento parecía adecuado para hablar, pero ninguno quería comenzar a hacerlo, sobre todo Stella, quien no encontraba lógica a lo que acababa de presenciar minutos atrás. ¿Qué hacía Harry persiguiendo a un perro callejero con tanto ahínco?. Sacudió la cabeza y se obligó a sí misma a respetar el silencio de Harry, quien temblaba mínimamente a su lado. Él hablaría cuando estuviera listo. Además, no necesitaba saber el motivo exacto de su pena. El sólo hecho de mirar la opacidad de sus ojos la hacía sentir profundamente conmovida...

Sonriendo débilmente, elevó los ojos por sobre el agradable vapor de chocolate. Con suavidad, despegó sus dedos de la taza, movió su brazo por debajo de la mesa y posó su mano, sutil e indecisa, sobre la de Harry. Al sentirla, él apenas se movió; giró su rostro unos centímetros, se encontró con los ojos de ella y, extrañamente, no sintió vergüenza de mostrar que no había podido contener un par de lágrimas. Al notarlo, Stella sonrió aún con más

ternura, y casi sin planearlo, entrelazaron lentamente sus dedos en un gesto de comprensión. Se mantuvieron así por al menos media hora, en la que la clientela de Las Tres Escobas parecía estar más silenciosa que nunca, y en la que el clima parecía no ceder.

Luego de que Hermione sacara su varita y aliviara a sus amigos con un agradable chorro de aire caliente para secar sus ropas, se volvió hacia Stella, haciendo un ademán de querer marcharse.

- Vamos. La tienda de túnicas queda justo enfrente... no demoraremos - explicó, al tiempo que Harry y Ron asentían. Stella arrugó la nariz, reticente a tener que dejar de sentir la mano de Harry junto a la suya, pero no tuvo más remedio que levantarse. Compartió con él una sonrisa, cruzó las mesas aledañas y salió con Hermione a la calle. Según lo que podían ver desde la ventanilla, al menos ya había dejado de llover.

Poco a poco las personas resguardadas bajo el techo del local se fueron dispersando, intentando aprovechar los débiles retazos de sol que se colaban entre las nubes grises. Tanto así que, a cierta hora, los únicos que quedaban en Las Tres Escobas eran Harry, Ron, y un par de niñas de cuarto año que parecían aún no recuperarse del frío mañanero. Con dos botellas de cerveza de mantequilla en sus manos, se movieron desde su mesa hasta una más alejada, en una de las esquinas y frente al ventanal que daba a la calle. Así podrían ver cuando Hermione y Stella regresaran.

- ¿Crees que deberíamos contarle a Stella sobre Sirius? - preguntó Ron de repente, quebrando los eternos minutos de silencio que los habían rodeado desde que llegaron. Harry se sobresaltó un poco al escucharlo, pero no lo denotó. Se quitó los lentes con cuidado, se restregó los ojos y limpió los cristales con la punta de su camisa.

- No lo sé, Ron... No es que no confíe en ella, pero no es un asunto que esté sólo en nuestras manos. Supongo que la Orden querría que le avisáramos si estamos esparciendo secretos - opinó y Ron asintió, pensativo - Pero es cierto, quizá quiera que le explique qué sucedió...

Ron negó con la cabeza, dibujando una media sonrisa.

- No, no lo hará. Es muy prudente, ¿sabes? La mayor parte del tiempo parece que supiera cómo te sientes, qué debe decirte, cómo debe tratarte...

Harry también sonrió.

- Eso parece la descripción de Hermione...

- Es la descripción de las mujeres - concluyó, en un suspiro - ¿Por qué ellas nos entienden a nosotros, y nosotros no a ellas?

Harry se encogió de hombros, como si aquello fuera uno de los misterios más grandes de la historia. Volvió a colocar sus lentes sobre el tabique de su nariz, y miró su mano izquierda con atención. Como un chispazo, recordó cierto día de San Valentín... Cho, una mesa rosa, confeti desparramado en los manteles, parejas en todos lados... y él, asustado, obligándose a sí mismo a mirarla a los ojos y a comprometerse con un beso del que ni siquiera fue un partícipe activo... Regresando a la realidad, volvió a observar su mano y sonrió, cálido. No se había sentido obligado a tomar la mano de Stella; por el contrario, en aquel minuto lo había deseado con todas sus fuerzas y, por si fuera poco, había entrelazado sus dedos como si llevaran años haciéndolo. Lo había querido, y lo había hecho sin presiones. Por fin sentía en su corazón una paz inusual, algo que en el fondo siempre había buscado...

- Ya regresó tu novia, Harry - murmuró una de las niñas de cuarto año, castaña y de grandes ojos negros, mientras caminaba hasta la salida. Con un gesto de cabeza, apuntó hacia la puerta, donde Hermione y Stella aparecían con varias bolsas en sus manos.

Harry ni siquiera se molestó en decir “Ella no es mi novia”. Tocó el brazo de Ron, quien estaba absorto mirando a través de la ventana, e indicó hacia su derecha. Hermione, dejando las bolsas pesadamente a un lado de la mesa, arrugó la frente al mirar a sus amigos.

- ¿Aún están aquí? - se sorprendió, cruzándose de brazos. Stella sonrió a Harry, pero evitó rápidamente su mirada - Creí que estarían donde Zonko's...

- Ahora íbamos para allá - mintió Ron, levantándose de su silla.

- Qué bien... así me ayudarás con mis bolsas - dijo, sonriendo ampliamente, y Ron alzó una ceja, divertido.

- ¿No puedes conjurarlas para que se muevan solas? - preguntó, mirándolas de reojo.

- Sí puedo, pero ya no sería tan divertido - finalizó, instándolo luego para que tomara las más pesadas. Al fin lo hizo, no de muy buena gana, pero Stella lo detuvo.

- Hermione, ¿vas a Zonko's?. Pero prometiste que me llevarías a la Biblioteca...

- Yo puedo llevarte, si quieres - habló Harry, algo sonrojado al ver que todas las miradas confluían en él. Stella no supo qué contestar.

- ¿Qué tal si los cuatro vamos primero a Zonko's, y luego a la Biblioteca? Stella, si te gustaron los dulces ácidos de Fred, espera a que veas los ojos verdes salados y los...

- Ron tiene razón, no tiene caso separarnos - interrumpió Hermione, apresurándose a dar a conocer su opinión. Stella descubrió en su voz un resquicio sospechoso - Hay varios lugares que aún no visitas, Stella. Los tres te haremos un pequeño tour.

Ron y Harry asintieron, pero éste último sintió como si Hermione, a propósito, hubiera coartado su posibilidad de estar a solas con Stella. Pero no quiso pensar mucho en ello. Sin que ella se lo pidiera, tomó un par de sus bolsas y las llevó al hombro. Stella le agradeció con una sonrisa, y pronto abandonaron Las Tres Escobas en dirección a Zonko's, así como gran parte de la masa estudiantil lo hacía en cada viaje. Zonko's era el lugar indispensable por definición; si ibas a Hogsmeade, no podías dejar de pasar. Al menos en los cinco cursos anteriores, seguía siendo una atracción sin igual para Harry y Ron pero, en especial este año, había perdido un poco su encanto. En lo que a Harry se refería, de seguro hubiera preferido seguir caminando por las calles, conversando animadamente con Stella de cualquier cosa, en lugar de entrar a una tienda abarrotada de niños para conseguir algunas golosinas. De pronto, y casi divertido, se sintió como un adulto en el jardín de infantes.

Esperaron a que Ron comprara algunos de sus dulces favoritos y se aprovisionara de unas cuantas bombas fétidas, y luego se encaminaron hasta la Biblioteca. En el camino se encontraron con muchos conocidos: con Neville y Hannah, quienes parecían muy entusiasmados con las plantas carnívoras del Jardín botánico de Madame Tulipan; con Dean, Seamus, Collin y Dennis, intercambiando bromas recién adquiridas en Zonko's; con Cho y Michael Corner (Harry abrió los ojos como platos y Ron puso cara de pocos amigos),

sentados en las escaleras del Servicio de Correos, aunque ninguno de los dos parecía muy feliz con la compañía; con Draco y su grupo, riendo a grandes carcajadas por algo que Hermione no pudo alcanzar a oír; y, en la esquina anterior a la Biblioteca, divisaron a Ginny y Owen, charlando tranquilamente a las puertas de la Florería. Ginny tenía una margarita en sus manos, y justo en el segundo en que Ron hacía las conexiones pertinentes del caso, Owen tomó la flor, tímido, y la colocó suavemente en el cabello de Ginny.

Harry sólo escuchó un fuerte bufido de molestia y el sonido de las bolsas de Hermione al caer al suelo. Volteó hacia la derecha y observó a Ron, iracundo, apretar los puños y dirigirse con paso firme hacia donde estaba Owen y su hermana. Claro que no contaba con los reflejos de Stella.

- Ron - lo regañó, tomándolo del suéter. Hermione también había salido a escena: se había colocado frente a él, obstaculizando su camino hasta Ginny - Ni lo pienses.

Ron miró fijo a Stella, respirando con agitación, y luego a Hermione.

- ¡Ustedes la están encubriendo!

- Ay, por Dios, Ron - refunfuñó Hermione, tomándolo del brazo y obligándolo a caminar hasta la Biblioteca. Desde ahí, Ginny y Owen se perdían de vista. Harry y Stella, por otro lado, suprimieron una carcajada. Después de todo, Ron no sólo era “territorial” con Hermione, sino también con Ginny o con cualquier miembro femenino de su familia. Stella esperaba que no tomara la misma actitud protectora con ella.

Hermione logró arrastrarlo hasta dentro, cruzaron un par de enormes estantes llenos de libros antiguos y se sentaron en una de las mesas de

estudio. O más bien dicho, Hermione ordenó a Ron que se sentara, ya que él parecía dispuesto a perseguir a Owen hasta Londres si era necesario.

- Ahora vas a escucharme con mucha atención, Ron - pronunció Hermione, severa. Stella y Harry seguían luciendo rostros entre sorpresa y diversión - Quiero que los dejes en paz, ¿quieres?. Ginny no necesita que seas su chaperón... ya puede cuidarse muy bien sola.

- ¡Es mi hermana, tengo que protegerla! - se defendió Ron, aún dirigiendo su mirada hacia la salida - No sabemos quién es ese... ese...

- Claro que lo sabes, no busques excusas baratas - le discutió, cruzándose de brazos - Es Owen Cauldwell, es el campeón del torneo de duelos, pertenece a la Armada... pero por sobre todo, es un excelente chico y es nuestro amigo, así que no quiero verte con esa expresión de furia en el rostro, ¿entendido?.

Ron arrugó la frente, reticente a tener que cambiar de humor. Pero sabía que en el fondo Hermione tenía razón: Ginny ya no era la niña pequeña de antes, a quien incluso debió cambiar pañales una vez. No, Ginny había crecido, al igual que él, y no tenía derecho a fiscalizar su vida de esa manera. Suspiró profundo, y dirigió una última mirada a la puerta.

- ¿Estás bien, Ron? - preguntó Hermione, preocupada esta vez.

- Sí, mamá - respondió, haciendo una mueca infantil. Hermione sonrió.

- Entiendo que te preocupes por ella, y te aseguro que Ginny lo traduce como un acto de cariño... pero debes dejar que haga su vida, ¿sí?.

Ron asintió, resignado, aunque no del todo. Intentaría no ser tan dominante, pero tendría a ese tipo Cauldwell entre ceja y ceja hasta el término del año escolar. Hermione podía estar pendiente de sus actos, pero no podía leer su mente...

- Nadie será jamás lo suficientemente bueno, ¿no es así? - opinó Hermione, alzando una ceja, sentándose junto a Ron luego de verlo más tranquilo.

Él lo pensó un momento.

- No, la verdad no... sólo Harry - bromeó, volteando hacia su amigo, quien ya se había alejado unos metros, mostrándole a Stella algunas de las secciones de la Biblioteca.

- Pues lo siento. Creo que Harry ya no está disponible - concluyó Hermione, mirando en la misma dirección que Ron. Aunque su voz no denotaba una gran felicidad...

Hubo unos segundos de silencio, hasta que Ron volvió a hablar.

- Harry no sabe nada de libros - dijo, divertido, observando cómo su amigo indicaba a Stella algunos lugares, secciones, ediciones...

- Y Stella lo sabe - respondió Hermione, sonriendo esta vez - Pero está disfrutando el momento.

Ron asintió como si aquello fuera prácticamente obvio. Pensó hacia sí un segundo, volteó ligeramente y se encontró con los ojos de Hermione. Ella se ruborizó un poco.

- ¿Qué? - dijo, aún sonriendo.

- Nada - respondió, sin cortar el contacto visual. Casi por inercia, los ojos de ambos fueron a parar a los labios del otro, pero antes de que pudieran siquiera pensar qué harían con eso, la voz de Stella los regresó bruscamente a la tierra.

- ¿Está segura que no lo tiene? - preguntó por última vez, dirigiéndose a la encargada de la Biblioteca. Ella, una señora de avanzada edad enfundada en un delicado delantal color tierra, negó suavemente con la cabeza.

- Lo siento, señorita. Jamás hemos tenido aquí un libro con esas características...

Stella asintió, cabizbaja. Volteó hacia Harry, y él se encogió de hombros. Pronto Hermione y Ron se les unieron.

- No te rindas, ya lo encontrarás - la animó Hermione. Luego se dirigió hacia sus amigos - Vamos, aún no hemos ido al café o a la Casa de los Gritos...

- Aún no hemos comido - gruñó Ron, acariciándose el estómago. Hermione puso cara de impaciencia.

- Está bien, pasaremos primero por Las Tres Escobas - dijo, y así fue. Ron compró varios sandwiches, algunas cervezas de mantequilla, y caminaron hasta un sitio a los pies de la colina, donde el césped ya estaba seco. Hermione conjuró un mantel a cuadros típico para picnics, y los cuatro se sentaron a recibir los débiles rayos de sol que lograban colarse por las nubes. A pocos metros se alzaba, imponente, la llamada Casa de los Gritos, y mientras Harry le narraba a Stella la historia conocida, Ron tragó con apremio su último sorbo.

- Harry, los calcetines... - le recordó, refiriéndose a Dobby, y Harry dudó un momento. Buscó en su bolsillo, sacó unos cuantos galeones y se los pasó.

- ¿No podrías comprarlos tú por mí? La tienda sólo está en la esquina - pidió, sonriendo sospechosamente. Ron pareció entender al instante.

- Está bien, me servirá para estirar las piernas - le sonrió de vuelta, reincorporándose del césped - Hermione, ven conmigo.

- ¿Yo? ¿Por qué yo? - preguntó, sorprendiéndose.

Ron la apremió con la mirada, insistente.

- Porque no tengo idea de combinaciones, y estos calcetines deben ser elegantes, y no sé distinguir entre...

- Ron, son sólo calcetines. Elige cualquiera que..

Pero no terminó de hablar. Sin esperar a que Hermione terminara de desplegar todas sus excusas, la tomó suavemente del brazo y la levantó.

- De verdad necesito tu ayuda - le dijo entre dientes, moviendo las cejas. Aunque el escándalo no era necesario: ya había adivinado las intenciones de Harry, pero no estaba segura de querer dejarlo solo con Stella...

A regañadientes, tomó su bolso y caminó junto a Ron hacia la tienda. Stella arrugó la frente ante la escena y luego miró a Harry pidiendo una explicación. Él se encogió de hombros, sonriendo, y Stella suspiró.

- ...y bueno... ¿Qué sucedió con la casa? - dijo, intentando retomar el tema que los había mantenido interesados durante los últimos veinte minutos.

- Como se esparció mucho el rumor sobre que la casa estaba embrujada, nadie quiso habitarla ni visitarla jamás. Y desde entonces, se ha convertido más bien en un atractivo turístico de la zona...

- ¿Alguna vez has visto a esos supuestos fantasmas? - preguntó, suspicaz - Es decir, ¿Hay algún testigo de la historia que acabas de contarme?

- Más de los que piensas - dijo, pensativo. Fue inevitable traer a su mente a Remus, Sirius, Peter... a su padre - Además, no es muy difícil de creer. Has visto todos los fantasmas de Hogwarts, has visto Patronus como estelas de luz, ¿por qué no habrían de existir un par de espectros horrendos y furiosos?

Stella rió ante el comentario, y Harry hizo pronto eco de ésta.

- Ya que lo mencionas - comenzó a decir ella, curiosa - Hace tiempo he querido preguntarte por qué tu Patronus toma la forma de un ciervo - dijo, y Harry se reincorporó un poco para poder mirarla de frente. Él también había deseado preguntarle eso - Es que... bueno, el mío intenta... es decir, de alguna forma representa a mi padre...

Harry sonrió de sorpresa.

- ¿Bromeas? ¡Mi ciervo también refleja a mi padre! - exclamó, extasiado. Quizá el padre de Stella también era un Animagus y se convertía en una gran libélula o algo...

- Es muy bello. Cuando lo vi creí que estaba viendo tu reflejo. Si tú fueras un Animagus, te convertirías en algo muy parecido - opinó, dibujando una sonrisa cálida. Harry mantuvo su mirada.

- ¿Cómo podrías saberlo?

Ella se encogió de hombros, algo ruborizada.

- Sólo lo sé.

Harry no hizo más preguntas. Como bien lo había dicho Ron, las mujeres tenían una forma muy especial de comunicarse, de tratar con la gente, sobre todo con el sexo opuesto. Y antes de que quisiera ahondar en su pasado, saber quién era ella, de dónde venía o quiénes eran sus padres, Ron y Hermione aparecieron corriendo hacia ellos. Harry apretó los labios en señal de desilusión.

- Vamos, adelantaron la hora de regreso - habló Ron, recogiendo alguna de las bolsas de Hermione.

- ¿Y eso por qué? - preguntó Stella, al tiempo que Harry le ayudaba a levantarse. Al parecer ella tampoco deseaba irse tan pronto.

- Creo que Dumbledore avisó que el clima empeoraría en cualquier segundo, que era mejor que regresáramos al castillo - explicó Hermione, comenzando ya a caminar hacia la calle principal de Hogsmeade.

Harry, Ron y Stella se apresuraron a igualar su paso, y en pocos segundos los carruajes de Hogwarts ya estaban frente a ellos. Subieron a uno de los primeros, justo a tiempo para no sufrir una vez más los estragos de la lluvia. Gruesas gotas comenzaban a golpear el techo, y los pocos destellos de sol que los habían acompañado durante la tarde se esfumaban rápidamente. Ron tomó el sitio junto a la ventana.

- ¿El profesor Dumbledore tendrá un servicio metereológico propio? - pensó en voz alta, y Hermione entornó los ojos, impaciente, aunque no respondió nada. Estaba muy cansada... no recordaba un viaje a Hogsmeade tan agotador...

Frente a ella, Harry y Stella también demostraban signos concretos de cansancio. El ánimo comenzaba a abandonarlos, y el día gris de afuera no ayudaba en lo absoluto. Sin estar completamente consciente, Harry pausó su respiración y se apoyó, cómodo, sobre el mullido respaldo de su asiento, dispuesto quizá a tomar una siesta rápida. Segundos después sintió algo en su hombro; Stella, rindiéndose también al cansancio, buscó en Harry una cuasi almohada, y él no tuvo intención en oponerse. Es más: la arropó con su chaqueta y permanecieron así, juntos, hasta que las luces del castillo se hicieron visibles. Stella durmió tranquila, sin promesas que la atormentaran o recuerdos nefastos que la persiguieran, y mientras su corazón descansaba en la alegría de las circunstancias, en ningún lugar en particular, Harry soñaba con un ciervo... con una mariposa y un ciervo...

Capítulo doce

Todo lo que No Debo

Como siempre solía suceder, tres horas antes del baile los pasillos de Hogwarts se hallaban vacíos. Los pocos estudiantes que deambulaban eran de primero, segundo y tercer año, y parecían absolutamente ajenos al acontecimiento que se llevaría a cabo en el salón principal. Dumbledore siempre bromeaba con el "silencio tensional" que los bailes provocaban en su víspera, y este año no era la excepción. Para el almuerzo, ya se escuchaba un murmullo de excitación en cada una de las mesas, y Harry observó, al borde de la risa y la sorpresa, cómo algunas chicas dejaban sus platos intactos por el miedo de que luego no cupieran en sus vestidos. En lo que a Stella y Hermione respectaba, las dos comieron bastante bien y no se veían nerviosas ni nada, al igual que Ron y Harry, quienes conversaron entre ellos como si fuera sólo un día más de estudio. Lo que ni unos ni otros sospechaban era que, mientras la hora se acercaba, el nerviosismo crecía a paso acelerado en las respectivas salas comunes, aunque más específicamente en los dormitorios, tanto de los chicos como de las chicas.

Hermione, algo histérica en aquel segundo, lidiaba a regañadientes con su cabello, untándolo con una poción alisadora que había preparado para estos casos, pero, por más que lo intentaba, no lograba dejar su moño como ella quería.

- ¿Necesitas ayuda? - preguntó Stella sonriendo, dejando una mano en su hombro, al tiempo que Hermione dejaba escapar un suspiro de desesperación. Tras su rostro en el espejo, decenas de chicas iban y venían, frenéticas, peleándose por su turno en los baños, o el maquillaje, o la ayuda en los peinados... - Tranquila, todo va a salir bien.

- No si este estúpido peinado continúa negándose a permanecer quieto... - gruño, apuntando a su cabeza. Stella volvió a sonreír, tomó algunas orquillas sobre la mesa y miró un momento el cabello de Hermione, pensativa.

- ¿Puedo... mmm... hacerle un par de retoques?

Hermione clavó su mirada en ella, y luego en sus manos. Su estómago dio un vuelco.

- ¿E-e-estás segura? - preguntó, balbuceante - Tú aún no te has vestido, y tal vez te voy a demorar en...

- No es problema - respondió Stella, natural - Además, no podré vestirme tranquila si sé que aún lidias con tu cabello...

Hermione tragó saliva. Cerró los ojos y asintió, suspirando.

- Está bien... es todo tuyo, yo me rindo - dijo, y Stella asintió, alegre. Desarmó los lazos, las orquillas puestas a presión, y organizó todo un nuevo tocado. En pocos minutos, y con más facilidad de la que hubiera esperado, transformó los enmarañados rizos de Hermione en un delicado bouquet.

- ¡¡Excelente!! - exclamó, anonadada. Volteó varias veces sobre su eje, se acercaba y alejaba constantemente del espejo - Te debo una. ¿Cómo lo lograste?

Stella se ruborizó un poco.

- Mira mi cabello - dijo, girando un poco para que su amiga pudiera verlo bien. Los retazos rojizos llegaban unos centímetros más abajo de la cintura - Debo lidiar con él todos los días... ¿y crees que no puedo arreglar un simple moño?

Hermione le sonrió, profundamente agradecida, y sintió una punzada de remordimiento en su pecho. Había estado muy cortante con ella y Stella no hacía más que acercarse... Pero, ¿qué más podía hacer? Ella misma sabía el peligro que corría si...

- ¡¡Stella!! - gritó alguien tras Hermione, y Stella sonrió, divertida.

- Es Ginny... debe estar tan nerviosa como tú - explicó, haciendo un ademán de caminar hasta ella.

- Pero nunca me había pasado... - dijo Hermione, pensando en voz alta, y Stella detuvo su paso para escucharla - Es decir, en el baile de tercero no estaba ansiosa ni nada...

Stella le dirigió una mirada cómplice.

- Pero ahora no vas con Víktor, ¿o sí? - dijo, sonriendo, y le guiñó un ojo antes de alejarse.

Hermione bajó la mirada y se ruborizó un poco. Luego admiró su aspecto en el espejo del ropero: estaba muy satisfecha con su vestido *strapless*, largo y sutilmente ajustado, de azul oscuro con bordados que brillaban con cada movimiento. Stella tenía razón, ahora era distinto. De la mesa tomó el perfume que Ron le había regalado la navidad anterior, y untó unas gotas en sus muñecas. Esperaba que él hubiera tenido la decencia de comprar una nueva túnica de gala...

(...)

- ¿Qué te parece? - preguntó Ron, entusiasmado, luciendo su túnica azul con

bordes plateados frente a todos. Seamus levantó su puño en signo de aprobación.

- Ya quiero ver la cara de Hermione - opinó Dean, mientras ataba los cordones de sus zapatos.

Ron se sonrojó ante el comentario, pero volvió el rostro nuevamente hacia el espejo. Harry lo miró de reojo desde la esquina, pero regresó pronto a su propio reflejo. Luego de un exhaustivo sondeo, la figura estampada en la puerta del ropero le arrojaba las siguientes características: cabello revuelto pero atractivo (Collin había dicho que su prima, una chica de cuarto año, creía que su pelo sin peinar le daba un toque natural irresistible). Después de eso, no lo pensó dos veces y ni siquiera intentó tomar la peineta), zapatos debidamente lustrados, pantalones recién lavados y planchados, combinados a la perfección con su camisa negra de cuello alto y su túnica, reluciente, de verde opaco. Si lo pensaba bien, tenía todo a su favor para sentirse satisfecho con su atuendo, pero algo no le calzaba.

Neville se le acercó sin que lo percibiera, observó un momento a Harry y luego habló.

- Se nota que has crecido desde el último baile - dijo, y al tiempo que Harry volteaba hacia él, Neville apuntaba hacia abajo - Pero sé como arreglarlo.

Harry arrugó la frente, confundido.

- ¿Arreglar qué?

Neville intentó ser más claro.

- Yo también olvidé comprar una túnica nueva... pero hablé con McGonagall y ella lo solucionó - explicó, mostrando su propia túnica y apuntando luego a la

de Harry, la cual apenas sobrepasaba sus rodillas - Vi cómo lo hizo. Es un hechizo muy simple para agrandar prendas de ropa... si quieres puedo tratar.

Harry hizo una mueca de desconfianza, pero no estaba en momentos de relaxo. Era cierto: su túnica estaba perfecta, salvo la desaparición lógica de 20 centímetros de tela para llegar a sus zapatos. Había crecido, y lo había advertido en todo... menos en un traje de fiesta. En cualquier minuto tendrían que bajar al vestíbulo, y si Stella lo viera así...

- Bien, hazlo - afirmó Harry, aunque no lo suficientemente seguro. Neville asintió, contento por ser útil. Sacó su varita, arrugó la frente en señal de concentración y apuntó a la túnica de Harry.

- ¡Engorgio túnica! - exclamó, y Harry cerró los ojos ante un posible desastre. De pronto, un calor inusual se apoderó de su pecho, brazos y piernas. Abrió un ojo, temeroso, y vio a su túnica destellar en todas direcciones, y lo que antes era verde, ahora era rojo, y luego amarillo, y luego rosa...

- ¡Haz que se detenga! - gritó Harry, horrorizado al ver cómo su túnica se convertía en una luminosa tela multicolor.

- ¡Ese era el hechizo, estoy seguro! - gritó de vuelta Neville, asustado. Por más que pensaba, no podía recordar el contrahechizo... - ¡¡Ayúdenme!!

Ron, Seamus y Dean corrieron hacia Harry, y cada uno hizo una mueca distinta al ver su túnica transmutar en diferentes tonalidades. Suprimiendo sus carcajadas, sacaron sus varitas y apuntaron hacia Harry. El único problema fue que, dado la histeria del momento, no se pusieron de acuerdo sobre qué contrahechizo utilizar; cada uno exclamó algo distinto, y en lugar de ayudar a Harry, hicieron que todo fuera peor...

Algunos chicos de cuarto y quinto curso se acercaron a mirar. Ron, Seamus, Dean y Neville se alejaron unos pasos de Harry, asombrados. Ahora la túnica no sólo cambiaba de colores, sino además se extendía como una carpa de circo y se encogía como un bulto de calcetines con dos segundos de diferencia. De la tela se desprendían cierres, lazos, bolsillos... las mangas se ensanchaban como las ropas de Dumbledore y luego se encogían como tirantes de un vestido... hasta que, justo al tiempo en que Harry lanzaba un grito de desesperación, repentinamente todo cesó. No más rayos luminosos, ni cambios, ni arcoiris de colores, ni telas desbocadas. Temeroso, Harry abrió los ojos esta vez para ver qué había quedado de su túnica original, y al observarse en el espejo alzó las cejas, impresionado. Se quitó sus gafas, se restregó los ojos, volvió a colocarlas y se observó de nuevo, sólo en caso de haber estado alucinando. Pero no, aquel reflejo era él: sobre su camisa caía, galante e impecable, una túnica negra que desprendía destellos verdes al rozarla. Llegaba adecuadamente hasta sus tobillos, y era más elegante que la antigua. Aún sin poder creerlo del todo, Neville se acercó, tímido.

- Perdóname, Harry... sólo quería ayudar - dijo, cabizbajo. Harry, observando su reflejo por última vez, volteó hacia él, dibujando una sonrisa nerviosa.

- Está bien, no pasó nada grave... de hecho, ahora me gusta más que antes - dijo, sonriendo ahora con más determinación. Seamus y Dean le sonrieron de vuelta, admirados.

- Por lo menos no tienes cabestrillo en los puños... - bromeó Ron, refiriéndose a su propia túnica para el baile de tercero.

Curioso, caminó alrededor de Harry para ver mejor su túnica nueva. Harry suspiró, dejando notar un visible nerviosismo. No dejaba de

arreglar el cuello de su camisa.

- Cómo pude olvidar comprar otra túnica... - pensó en voz alta, sin despegar la vista del espejo.

Ron alzó una ceja, suspicaz.

- ¿Te preocupa verte bien por vanidad... o por tu acompañante?

Harry apretó los labios. Ahora sí que estaba nervioso.

- ¿Tengo que decírtelo?

- No, ya lo sé de todos modos - bromeó, sonriendo abiertamente. Harry no pudo evitar ruborizarse. Bajó la mirada.

- ¿Y si lo arruino todo? - murmuró, cambiando su nerviosismo por una extraña seriedad.

- Bienvenido al club - respondió Ron, con algo de amargura - Pero no pienses en eso. Te has tomado las cosas con calma, y eso te favorece. Lo que es yo, debo comenzar todo de nuevo...

Harry le sonrió. No había nada qué decir; solo descubriría que las cosas con Hermione habían mejorado notoriamente.

- Suerte - dijo, alejándose luego del espejo. No soportaría ver su reflejo una vez más.

- Suerte a ti también... aunque no la necesitas - respondió, dándole unas palmadas en el hombro. Harry prefirió callar. Ron no tenía idea de cuánto lo había abandonado la suerte este año...

Interrumpiendo el murmullo efervescente en el dormitorio de los chicos, Filch golpeó la puerta con fuerza y entró sin tapujos. Con su usual mirada de asco, y con la Sra. Norris en sus brazos, miró en todas direcciones, asegurándose de que no hubiera ninguna chica infiltrada.

- ¡Va a empezar! ¡Todos al vestíbulo, ahora! - les gritó, en aquel tono desagradable de siempre.

Ron y Harry tomaron aire, irguieron sus espaldas y siguieron a Seamus escaleras abajo. La sala común destacaba por su silencio; Ron elevó la mirada hacia la entrada del dormitorio de las chicas, pero nada delataba el caos de histérica que se desataba adentro. Lo más probable es que aún estuvieran arreglándose, pensó, y pasó luego por el retrato de la señora gorda. En pocos minutos llegaron a la entrada del Gran Salón. Se escuchaban voces, risas y mucho movimiento, pero mantenían cerradas las puertas. Ahí se encontraron con los otros chicos de Hufflepuff, Ravenclaw y Slytherin, y casi instantáneamente, quienes pertenecían a la armada se reunieron en círculo. El más nervioso de todos (según la apreciación rápida de Harry) era Neville. Se veía muy bien con su túnica roja opaca. Parecía un rey o algo parecido.

- ¿Quién es tu pareja, Neville? - preguntó Zacharias, notando su nerviosismo tal como lo había hecho Harry. Las conversaciones de los otros cesaron al instante para escuchar la respuesta.

Neville hizo un gesto de angustia y palideció notoriamente.

- Es... es... es Hannah - tartamudeó, evitando la mirada de todos. Varios intercambiaron miradas elocuentes.

- ¿Y tú, Harry? - preguntó Collin, risueño como siempre.

- Cho, por supuesto - se adelantó Owen - Los vi conversando cerca de la fuente hace unas semanas.

Harry hizo un gesto de molestia al recordar aquel episodio. Apretando los labios, sonrió al pensar en su verdadera pareja, y antes de que pudiera decir su nombre, Michael Corner apareció tras Ron, quien no parecía muy contento de tenerlo tan cerca.

- Disculpen, no pude evitar oír la conversación y... creo que hay un error... - explicó, casi desafiante. Miró a Harry con desagrado, como si hubiera estado esparciendo rumores falsos a propósito. Harry le devolvió una sonrisa forzada, e intentó sacar a sus amigos del error.

- No te alteres, Michael, nadie va a quitarte tu pareja - pronunció, al tiempo que Ron susurraba a su lado "Como si alguien quisiera ir con ella...". Harry debió reprimir una carcajada ante el comentario, y continuó hablando, mirando a Owen esta vez - Michael va con Cho, no yo.

Dennis pensó un momento, mirando fijamente a Harry. Luego sonrió.

- ¿No es obvio? - dijo, atrayendo la atención del grupo - Harry va con Stella.

Harry sintió un leve ardor en sus mejillas, pero se obligó a sí mismo a no delatarse. Neville, Seamus, Dean y Ron sonrieron elocuentemente, pero no emitieron comentario. Harry siempre había sido muy reservado en lo que se refería a sus asuntos privados.

- Impresionante Patronus - opinó Ernie repentinamente. Harry suspiró de angustia; hubiera preferido que cambiaran de tema.

- Me gustan las mujeres con poder... ¿Qué se siente tener competencia, Harry? - preguntó Terry, en un tono gracioso. Harry, algo atolondrado, sólo atinó a sonreír, y antes de que pudieran extorsionarlo para que relatará detalles que definitivamente no quería compartir con nadie, Dean se dejó escuchar.

- Ahí vienen - dijo, tragando saliva. Ron, al ver la reacción de Dean y de los otros, se sintió más tranquilo. Él no era el único con los nervios de punta.

Aún no aparecían por la escalera, pero sus murmullos se escuchaban desde el pasillo. Poco a poco fueron apareciendo, casi siempre las de cuarto año a la cabeza de la comitiva, ya que eran las más entusiasmadas con esto de ya tener la edad suficiente para poder asistir a los bailes. Paulatinamente algunos chicos se iban acercando a la escalera para recibir a sus respectivas parejas, y entre ellos, Harry buscaba con la mirada. Por el momento, ni rastros de Stella.

A su lado, Ron comenzó a pasearse con desesperación.

- Ohhh Ho-hola Hermione... mmm no... te ves muy bien, Hermione... ay, no, algo mejor... - susurraba en voz alta, pensando la frase que diría cuando la viera. Se obligó a sí mismo a tranquilizarse; si no, comenzaría a sudar, y no era el mejor aspecto que podía presentarle a su pareja.

- ¿Ron? - lo llamo Harry.

- Qué - respondió casi como reflejo, aún con la vista perdida y replanteando mentalmente sus líneas.

- Apóyate en el pilar más cercano...

Ron elevó la mirada hacia él, confundido.

- ¿Y eso por qué?

- Porque vas a desmayarte - sonrió, apuntando con la mirada hacia la escalera.

Tan flamante que muchos chicos voltearon a verla, Hermione se acercaba a paso lento hasta las puertas del Salón, buscando a Ron entre la multitud. El vestido le sentaba muy bien y se veía cómoda y feliz. Harry volteó para chequear el estado de Ron, y luego sonrió, divertido. Ron se había quedado paralizado, estupefacto. Tenía la boca parcialmente abierta, gesto que mutó levemente hasta llegar a una sonrisa de satisfacción.

- Hola - saludó Hermione tímidamente, sonriendo. Ron demoró unos segundos en recordar que era un ser humano y que tenía la facultad de comunicarse, pero cuando lo hizo, no pudo evitar demostrar toda su admiración.

- Te ves... - comenzó a decir, y luego de repasar mentalmente un sin fin de adjetivos, creyó encontrar el adecuado - ...perfecta.

Hermione abrió los ojos de sorpresa y se ruborizó. Apretó los labios en una sonrisa de agradecimiento y, afablemente, recorrió a Ron con la mirada.

- Me encanta tu atuendo... - dijo, y luego desvió su mirada hasta su vestido - Es como si nos hubiéramos puesto de acuerdo...

Era cierto; la túnica de Ron y el vestido de Hermione combinaban armoniosamente. Se miraron con entusiasmo, e inesperadamente Ron le ofreció su brazo. Un sonido de cadenas y madera crujiente les avisaba que las

puertas se abrirían en cualquier segundo. Harry aún buscaba entre la multitud, ya más dispersada, y al fijar la vista en el tope de la escalera, sintió que su corazón se detenía.

- Oh, Dios - exclamó un chico de Slytherin junto a Harry, impresionado, mirando en dirección a la escalera. Harry estuvo a punto de decir "estoy de acuerdo", pero las palabras no salían de su boca.

De un momento a otro todo desapareció a su alrededor; podría haber pasado una manada de elefantes y él no se hubiera dado por enterado. Tembloroso, caminó algunos pasos hacia adelante, y el murmullo estacionario que se había apoderado del vestíbulo durante todos aquellos minutos, ahora se convertía en silencio, expectante. Varios chicos se detuvieron a mitad de camino para observar, y muchas chicas exclamaron un "¡Ohhhh!" colectivo. Y es que, sin exagerar, Stella parecía envuelta en un halo de luz angelical. Llevaba el cabello semi recogido, dejando que el resto cayera con docilidad hasta su cintura, terminando en pequeños rizos. Su vestido, celeste- grisáceo brillante, era de escote recto con pequeños tirantes en la mitad de sus hombros; era ajustado hasta la cintura y algo más ancho hasta los zapatos, moviéndose con elegancia en cada paso. Además, de sus hombros se desprendía una delicada capa extensa de un celeste más oscuro. Del mismo color que sus ojos, había dicho Parvati, sin tener la intención de moverse hasta que viera la expresión de Harry. Él, aún estupefacto pero manteniendo la compostura, se acercó lo más posible, tendiéndole su mano para ayudarlo a bajar los últimos escalones. Ella aceptó su ofrecimiento, y al tiempo que sus dedos se tocaban, Harry sintió algo así como electricidad. Si lo pensaba bien, no era un vestido común; no sólo era extremadamente elegante, si no que había algo en su confección que profesaba una magnificencia digna del sastre más experto...

Sus ojos se encontraron, nerviosos, y luego intercambiaron una

sonrisa cálida. Las palabras sobraban; se habían convertido, con amplia ventaja, en la pareja más elegante e imponente del baile. Varios estudiantes se alejaron unos pasos y les abrieron camino para que se adelantaran. Ya frente a las puertas se encontraron con Filch, más tosco que nunca, dando instrucciones para hacer la entrada.

- ¡Escúchenme bien o lo arruinarán! - gritó, y mientras algunos acallaban sus conversaciones, el decrepito vigilante de Hogwarts comenzó a pasearse entre las parejas - Deben entrar una pareja tras otra... vamos, hagan una fila... ¡Es para hoy, inútiles!

De mala gana, gran parte de los estudiantes se ubicó en una larga hilera frente a las puertas. Filch tomaba a algunos de los brazos y los cambiaba de lugar a su antojo, y cuando el sonido en el Salón indicaba la apertura inminente, una pareja se acomodó forzosamente delante de Ron y Hermione.

- Los más importantes deben ir primero - dijo Draco con sorna, y Pansy liberó una pequeña carcajada. A regañadientes, Ron dio un paso atrás para tener más espacio.

- Claro, por eso es que Owen, Harry y Stella van a la cabeza - respondió Hermione, desafiante. Draco esfumó su sonrisa irónica.

- Veo que tienes túnica nueva, Weasley. Ojalá la hipoteca de tu casa haya bastado...

Si hubiese sido otro momento, lo más probable es que Ron saltara con furia e intentara golpear a Draco con todas sus fuerzas. Pero, y tan sorprendente que Hermione sintió su pulso acelerado, Ron no se movió ni un

centímetro. Tal como si hubiera escuchado el más inocente de los comentarios, sonrió con naturalidad.

- Ahorra saliva, Malfoy. No vas a arruinarme la noche... no vales tanto - dijo, y el rostro de Draco se arrugó en un gesto de impotencia. Si no fuera porque Filch volvió a gritar sus instrucciones, Draco hubiera pensado en un nuevo ataque verbal.

- Escúchenme ineptos, porque no voy a volver a repetirlo. Cuando de la señal, entrará la primera pareja, y luego las siguientes, ¡en orden! - exclamó, y se escuchó un murmullo vago de entendimiento.

En eso, un crujido seco hizo que todas las miradas confluyeran en las grandes puertas de madera de roble. Con lentitud, se abrieron para dar paso a un hermoso espectáculo que muchos ya habían presenciado alguna vez: todo estaba tenuemente iluminado por diferentes candelabros, ubicados en cada una de las mesas dispersadas por el lugar. Un gran espacio vacío en medio simulaba una pista de baile y, un poco más atrás, una mesa larga indicaba el lugar de los profesores. En las esquinas y pegadas a las paredes, más mesas sostenían un sin fin de platos deliciosos, postres, jugos y demases. Además, y sobre el cielo falso del salón, levitaba una asombrosa decoración de Halloween. Calabazas encendidas, escobas en miniatura y otras cosas, todo precedido por un cielo negro estrellado, hermoso y despejado para la ocasión.

Filch hizo un desagradable sonido gutural para llamar la atención de todos. El murmullo cesó. El vigilante levantó una de sus manos, y comenzó la cuenta.

- Uno... dos... tres... ¡andando!

Owen, sonriendo ampliamente mientras Ginny lo tomaba del brazo, dieron un paso adelante y entraron solemnemente al salón, al tiempo que una suave música de fondo comenzaba a sonar. Unos segundos después los siguieron Michael Corner y Cho, y tras ellos, Stella y Harry, evidentemente felices con la compañía. Ella se apoyó con delicadeza en su brazo, y él se estremeció mínimamente acto seguido. Con paso firme, entraron al Salón, y Harry comenzó a pensar que podría hacer de este baile el mejor recuerdo de su vida...

Paulatinamente, las parejas fueron avanzando hasta sus respectivas mesas, y cuando fue el turno de Draco, lo único que escucharon los de más atrás fue un golpe seco y un bufido de furia. Draco y Pansy habían caído de bruces al suelo sin siquiera dar un paso, y desde ahí murmuraban maldiciones para todos. Pero Pansy había visto la causa: Ron, justo tras ella, había pisado la punta de su vestido y la había hecho tropezar. Pero antes de que pudiera encararlo, o siquiera levantarse del piso, él y Hermione se acercaron por el lado, dispuestos prácticamente a pasar sobre ellos.

- Ups, lo siento, Pansy - dijo Ron, en una voz de irónica inocencia, mirándola desde arriba - Es que no escuché cuando Filch dijo "tres"... porque no lo dijo, ¿verdad?.

Pansy hizo un gesto de aborrecimiento profundo, y luego posó los ojos en Hermione.

- ¿No pudiste soportar que te ganara, no Hermione? Tenías que ir corriendo a contarle a tu noviecito...

- Oh, no, Hermione puede cuidarse muy bien sola... yo sólo me estoy divirtiendo - respondió Ron, sonriendo esta vez a Draco, quien ya se había levantado y sacudía el polvo de sus pantalones.

Con agilidad, pasaron junto a ellos y entraron en el salón. Hermione miraba a Ron con admiración, y unos metros antes de llegar a su mesa él volteó.

- ¿Qué? - dijo, tranquilo pero contento, intentando no evidenciar el delicioso dolor de estómago que la palabra "noviecito" había provocado en él.

- Nada - respondió Hermione, mirándolo con un brillo distinto que el mismo Ron lo tradujo como ternura, o quizás...

La última pareja tomó posición en su mesa y la música se dejó de escuchar. Para entonces gran parte de las miradas se dirigieron a la mesa de los profesores, y así fue como Ron, Harry y Hermione se percataron de un grupo de personas, muy conocidas por ellos, erguidos cerca de Dumbledore. Los tres intercambiaron una sonrisa de sorpresa, y esperaron las palabras del director.

- ¡Bienvenidos todos a un nuevo baile de Halloween! - exclamó, abriendo los brazos con entusiasmo. Cuando el silencio fue sepulcral volvió a hablar - Apenas a comenzado el año escolar, pero sobre todo en estos tiempos donde las tristezas parecen más duraderas que la dicha, aquellos espacios de distensión y armonía se hacen incluso más necesarios... - dijo, al tiempo que se levantaba de su silla - Este año se ha realizado exitosamente un Club de Duelos, dirigido por el profesor Libertes Pittycarp - señaló al profesor, algo tenso por el nombramiento, pero sonrió. Al mismo tiempo, Dumbledore se ubicaba, sonriente, junto a un hombre de 45 años, de cabello color ceniza y que vestía una túnica ocre brillante - ...y aquella travesía ha arrojado un ganador, el cual

no sólo se ha hecho merecedor del respeto del alumnado, sino además de una condecoración especial que ahora detallaremos. Será entregada por Remus Lupin (a quien muchos de ustedes recuerdan) en representación de la Orden del Fénix, nuestros invitados de honor...

La sala se llenó de un bullicio expectante y emotivo. Varios se sobresaltaron al escuchar "Orden del Fénix", y éstos fueron los encargados de contarle a los demás quiénes eran. Si bien durante años no había sido más que un mito, un secreto a voces, ya no había razón para esconderse. La Guerra había comenzado, y mientras más personas se enteraran que la resistencia sí era posible, mucho mejor. La Orden ya no necesitaba mantenerse en el anonimato... o al menos no todos ellos. Siempre, según la apreciación de Dumbledore, debían guardarse un par de cartas bajo la manga...

Tonks, Molly, Hestia y Emmeline se ruborizaron e hicieron un leve gesto de saludo. Arthur y Kingsley Shacklebolt se quitaron sus sombreros, Fred y George levantaron sus brazos como si estuvieran saludando a la multitud en un estadio de Quidditch, Moody golpeó el suelo con su pata de palo y los demás (Elphias Doge, Dedalus Diggle y Sturgis Podmore, entre otros) se levantaron levemente de sus asientos. Todos lucían muy elegantes y preparados para la ocasión, sobre todo Lupin, radiante e irreconocible según las palabras de Harry. Entonces él descubrió sus brazos por sobre su túnica ocre y apuntó hacia una de las primeras mesas.

- Owen, sube por favor.

Apenas había abandonado su asiento y ya había irrumpido en el salón un aplauso general. Owen no pudo dejar de ruborizarse, pero sonrió con naturalidad y caminó con paso firme hasta la mesa de profesores. Ginny era la más entusiasta, y no pudo disimular algunas lágrimas de emoción.

- Felicitaciones muchacho - habló Moody, golpeándolo un par de veces en la espalda. Arthur le guiño un ojo, y aquello fue mucho más de lo que habría esperado; en el fondo, ya era un punto a su favor en la conquista de sus "suegros"...

- Como el mismo profesor Dumbledore dijo una vez, hace falta mucho coraje para enfrentarse a los enemigos, pero mucho más para enfrentarse a los amigos - comenzó a decir Lupin, y tras sus palabras todo se sumergió en silencio. Caminó unos pasos hacia Owen, sacó una pequeña caja de madera de su bolsillo, y volvió a hablar - Sabemos que debiste combatir contra tus amigos, con personas que estimas y admiras, con chicos a los que jamás te atreverías a lastimar a conciencia... y aún así, con inteligencia y valentía, supiste surcar los obstáculos y demostraste tu talento. La Orden del Fénix te premia, y con mucho orgullo te otorga la Distinción de Osesed...

Ron, Hermione e incluso Stella abrieron la boca de la impresión.

- ¿Qué? ¿Qué es eso? ¿No era el nombre de aquel espejo...?- susurró Harry a Ron, un poco avergonzado por evidenciar su ignorancia.

- Bueno, Owen no es un Auror, por eso no le dieron un grado de la Orden de Merlín... - pensó en voz alta, asombrado y admirado - Esa distinción es uno de los grados más altos en magia que puede recibir un hechicero no- profesional...

Harry hizo un gesto de comprensión y volvió a acomodarse en su silla, justo a tiempo para observar cómo Lupin, alegre, colocaba una suerte de medalla de plata en la túnica de Owen, todo aquello cubierto de aplausos llenos de euforia. Harry, sin saber si lo que estaba sintiendo era lo correcto, se cruzó de brazos y arrugó la frente, como si fuera un niño pequeño al que no lo dejaron salir a jugar. Era absurdo; Owen sólo había ganado un tonto Torneo

de Duelos, en cambio él se había enfrentado a cosas mil veces más peligrosas... había arriesgado su vida, había salvado la de otros...

- ¿Cómo es que no te han dado una a ti, después de todo lo que has hecho? - preguntó Ron, de alguna forma adivinando el pensamiento de Harry. Él suspiró, aliviado de no ser el único que se dio cuenta de aquel detalle. Para ese minuto, Owen ya había estrechado la mano de casi toda la Orden. Molly lo abrazó, y luego miró elocuentemente a Ginny. Al parecer, madre e hija no guardaban secretos.

- Me parece que estás exagerando, Ron... - opinó Stella de repente, dejando de aplaudir para entrar en la conversación de sus amigos. Hermione también hizo un ademán de querer integrarse - ...la Distinción de Oesed es un premio importante, pero sólo es uno entre muchísimos de una gran lista. Con todo lo que ha hecho Harry por Hogwarts y nuestro mundo, merecería al menos la Orden de Merlín Segunda clase, pero deben creer que aún es muy joven para otorgársela...

Harry sonrió a Stella con un profundo alivio. Si a ella no le preocupaba la dichosa distinción, todo estaba bien. "Y eso que Owen ni siquiera pudo batirse conmigo... lo habría hecho picadillo" pensó, pero era un pensamiento demasiado agresivo para mantenerlo. Tomó un sorbo de zumo de naranja e intentó relajarse.

- ¡Tres hurras por nuestro ganador! - exclamó Dumbledore, más alegre que de costumbre, estrechando la mano de Owen. El eterno aplauso continuó, al tiempo que el director volteó hacia su derecha, hizo un gesto y la música volvió a sonar. En una plataforma mediana, Hermione distinguió a 'Las Brujas de Macbeth', un grupo mágico-pop muy popular - Que comience la fiesta... ¡Feliz Halloween!

Owen tragó saliva y suspiró profundo; él y Ginny debían inaugurar el baile, pero no había contado con la presencia de sus padres ni de sus hermanos. Volteó sutilmente hacia donde estaban Arthur, Molly y los gemelos, pero ellos sonrieron con naturalidad; no tanto así Fred, pero al recibir una mirada de reprimenda por parte de su madre, mutó su rostro y forzó un gesto de felicidad. Un poco más tranquilo, Owen se acercó a la mesa, le tendió su mano a Ginny y caminaron hasta la pista. Con el pulso acelerado, la tomó suavemente de la cintura y se deslizaron al compás de la música suave que se colaba por el salón. Pronto se les unió Michael y Cho, y tras ellos, Stella y Harry.

Tomados de la mano (algo que sorprendió a varios miembros de la Orden, transformándolo en el tópico de sus conversaciones), Stella y Harry se ubicaron a unos metros de los otros. Tembloroso, Harry la tomó de la cintura, y sintió que su pecho explotaría por tenerla tan cerca de sí. Suspirando, evitó su mirada unos segundos.

- Ahhmm... Stella... es posible que pise tus zapatos en algún momento... por eso, te pido disculpas adelantadas... - se ruborizó, dando el paso inicial. Stella apoyó una mano en su hombro, y la otra la colocó tras su cuello. Harry sintió un escalofrío, y ella, algo más inadvertida, también se estremeció.

- No te gusta bailar... ¿verdad? - le dijo, sonriendo tiernamente. Harry asintió, ruborizado.

- Lo evito mientras pueda - respondió, sonriendo esta vez. Comenzaba a sonarle cómico.

- Todos lo hacen... suelo escuchar que los bailes son cosas de niñas - murmuró,

también en un sutil tono de broma. Harry sintió que el asunto se estaba volviendo más liviano de lo que habría creído - Pero no te preocupes, lo haces muy bien.

- ¿Yo? Oh no, claro que no, yo apenas puedo...

- ¿Y qué es lo que has estado haciendo?

Demoró un segundo en entender el sentido de las palabras de Stella, pero cuando lo hizo, se vio a sí mismo muchos metros lejos de donde habían comenzado a bailar. De hecho, ya era la segunda canción que sonaba, y muchas otras parejas los acompañaban en la pista. El bullicio que los rodeaba era digno de la más masiva de las fiestas, y el ambiente se había vuelto más distendido y sociable. Alegre, Harry miró a Stella con agradecimiento. Aprovechando el término de la canción, la tomó de la mano y la guió hasta una de las esquinas, donde Hermione y Ron conversaban animadamente con Tonks y los de la Orden.

- Buenas noches a todos - saludó Harry, inusualmente feliz, y recibió como respuesta varios "Hola" en distintos tonos e intenciones - Quiero presentarles a alguien...

Le hizo un gesto a Stella para que se acercara, y aquello fue motivo para terminar abruptamente todas las conversaciones. Como un rayo, cada una de las miradas confluyeron en ella, curiosas, ávidas... algunas evidentemente sorprendidas. Dedalus miró a Arthur con estupefacción, y él negó con la cabeza, certero. Dedalus asintió, comprendiendo en el acto, y sonrió hacia ella.

- Remus Lupin, mucho gusto - dijo Remus repentinamente, estrechando su mano. Stella sonrió ampliamente - ¿Sabes? Tu rostro me es muy familiar. ¿No nos habíamos visto antes?

Stella tragó saliva y un halo de palidez la embargó. Rápida como siempre, intentó salir del percalce. Volvió a sonreír, lo más natural posible, y negó suavemente con la cabeza.

- No, lo siento, no lo creo. Soy nueva en Hogwarts - respondió, y Lupin hizo un gesto de pseudo decepción. Se alejó unos pasos, aún pensativo.

- Yo no he tenido el placer... hola, qué tal... - bromeó George, también estrechándole la mano.

Fred tomó su mano izquierda.

- Es un honor, mucho gusto... - bromeó siguiendo a su hermano, y entonces observó a Harry - Discúlpame que lo diga, pero... Eres inteligente y bella... ¿qué haces con un pésimo bailarín como Harry? Déjenme que les dé un par de clases de maestría...

- No es conmigo con quien tienes que bailar, Fred - le respondió Stella, risueña, mientras Harry sonreía, divertido ante la situación - Angelina está sólo a tres mesas de aquí, y no parece muy a gusto con su acompañante... ¿Por qué no vas directamente y le preguntas?

George levantó una ceja hacia su hermano, suspicaz. Lo mismo hicieron Ron, Harry, e incluso Arthur, quien dejó su conversación a medio terminar con Kingsley para poder escuchar lo que su hijo tenía que decir.

- Angelina, ¿eh? - habló George, semi enfadado - ¿Por qué no me habías dicho

nada?

- No hay nada qué contar - se defendió, mirando a Stella con apremio. Ella se encogió de hombros, divertida - Nada ha pasado, vuelvan a sus vidas...

- Fred, seguro que ella está esperando que te acerques... No te ha quitado la vista de encima en todo el baile - opinó Hermione, y Ron asintió. Fred desvió la mirada hacia la mesa de Angelina, y ahí la vio, solitaria, siguiendo el compás de la música con los pies. Se veía muy bien con esa túnica rosa...

- ¿Y si lo arruino? - pensó Fred en voz alta, al tiempo que Harry y Ron intercambiaron una mirada elocuente. Stella se le acercó.

- Le gustas, y lo sabes. Si no vas allá, jamás sabrás si pudo ser...

Fred suspiró profundamente y estremeció sus hombros. Era la primera vez que Harry veía a uno de los gemelos realmente nervioso. Fred estrechó a Stella en un abrazo y sacó fuerzas de flaqueza.

- George, si no llego mañana a la tienda, ya sabes dónde estaré...

- Flotando en el lago junto al calamar gigante, claro...

- Tú si me conoces - le respondió, para luego estirar su túnica y caminar, indeciso, en dirección a los de séptimo año.

Harry y los demás aguantaron la respiración, y siguieron los movimientos de Fred paso a paso por entre las parejas que danzaban de un lado a otro. Entonces la vieron, primero sorprendida por la presencia de Fred, luego visiblemente contenta, y después entusiasmada con su petición de bailar. La

pareja de Angelina, un chico de Slytherin, no tuvo intención en impedir que ella se alejara.

- Señoras y señores, misión cumplida - habló Ron, elevando su copa de jugo hacia la distante silueta de Fred.

- Gracias a Stella - opinó Arthur, respaldado a su vez por Molly. Ambos le sonrieron paternalmente - ¿Todo bien, querida? ¿Qué tal tu estadía en Hogwarts?.

- Muy bien, gracias. Ha sido muy agradable - respondió, manteniendo la sonrisa. Molly sintió muchas ganas de abrazarla, pero sabía que debía contenerse - ¿Y el huerto, Molly? ¿Ya florecieron tus rosas?

La Sra. Weasley no pudo evitar que sus ojos se empañaran medianamente. Entonces asintió, feliz.

- Te enviaré algunas muy pronto. Stella, querida... si necesitas algo, cualquier cosa... no sabes cuánto hemos... recuerda que siempre...

- Oh, vamos Mamá, no es el momento de sentimentalismos. Stella está muy bien - la regañó Ron, alegre - Vamos, esta canción es buenísima.

Tomó a Hermione de la mano y prácticamente la arrastró hacia la pista. Stella dirigió una mirada tierna hacia Molly, sonrió hacia Arthur y luego tomó el brazo de Harry.

- A mí también me gusta esta canción - le dijo, y aquellas palabras eran para Harry casi una orden. Se miraron un momento a los ojos y luego corrieron tras Hermione.

Molly la siguió con la mirada y suspiró. De pronto sintió una tristeza enorme por Stella, y por todo a lo que ella debía renunciar. Realmente habría querido abrazarla...

Desde la mesa de profesores, Dumbledore y McGonagall observaban, atentos y animados, a una de las tantas parejas dispersas por el salón. Las palabras entre ellos sobraban; desde hace mucho manejaban la misma exacta idea, esperanzadora, pero más lejana de lo que quisieran. Tomando un pequeño sorbo de jugo, Minerva clavó los ojos en Stella una vez más. Parecía muy a gusto con Harry, riendo cada vez que giraban al compás de la canción. Dumbledore, adivinando el pensamiento de su gran amiga, apoyó una mano en su hombro. Ella volteó, suspirando profundamente.

- Lo siento, es que... aún no puedo creer que quizás... Es decir, Albus, ¿es posible que hayamos estado equivocados, todo este tiempo?

Dumbledore asintió levemente.

- Todo es posible en nuestro mundo, Minerva, pero me temo que es aún más peligroso sustentar nuestras esperanzas en una gran coincidencia...

- Pero, Albus... - dudó, volteando hacia la pista de baile - El parecido es asombroso... tú mismo lo dijiste. Me parece que sí tenemos razones para pensar que... que nunca fallamos, después de todo...

- No sin la profecía, Minerva, lo sabes - interrumpió Dumbledore, aunque con su usual tono cálido - Sin el libro... sin la profecía, todo sigue siendo una coincidencia.

McGonagall asintió, no demasiado convencida.

- Y si le contamos... si les decimos nuestras sospechas... quizás ella misma pueda...

- Stella tiene un destino que cumplir, Minerva. No podemos entrometernos... ni siquiera la Orden. Está fuera de nuestro alcance - afirmó, con un deje de tristeza.

- ¿Y si su destino fuera otro? - inquirió McGonagall, mirando a Dumbledore directamente esta vez. Él apenas pestañeó.

- Lo sabremos... tarde o temprano - finalizó, sintiendo (como ya había sucedido en otras oportunidades) un atisbo de impotencia al ver que, nuevamente, más de una persona sufriría por la ignorancia que otros habían impuesto. Sutil, juntó sus manos por debajo de su túnica y fijó la vista en Harry y Stella, quienes se alejaban de la pista caminando hacia una de las terrazas. En el fondo, deseaba que Minerva estuviera en lo cierto.

(...)

- Oh, Molly, por dios... ¿sigues ahí?

Arthur se acercó a su esposa y se sentó junto a ella. La Sra. Weasley llevaba varios minutos ahí, sentada sola en una de las mesas, siguiendo con melancolía los movimientos de Stella.

- ¿Cómo Dumbledore deja que esto pase? - susurró, preocupada y algo triste - ¡No quiero ni pensar cuánto sufrirá Harry!

Arthur asintió levemente.

- Molly, no podemos entrometernos...

- ¡Eso dicen todos! Pero, ¿es que no lo ves, Arthur? Stella no puede pensar claramente ahora, debe estar muy confundida... ¡Está corriendo un gran riesgo por un capricho adolescente!

- Cuando tu madre te prohibió salir conmigo no lo consideraste un capricho adolescente - pronunció Arthur, alzando una ceja.

- Por favor, Arthur... esto es radicalmente distinto, y lo sabes. Mi madre no te aceptaba por tontas trivialidades como el color de tu cabello o la forma en que llevabas tu camisa, pero Harry... Harry es... Dios, Arthur, si ellos llegan a saberlo... ¡Esto es una locura!

- ¿Y crees que Stella no está consciente de eso? Apuesto que ha debido luchar contra sus sentimientos todos estos meses...

- Y todo por un amor pasajero...

- No creo que ellos sientan que es pasajero... Tú tampoco lo creíste así, si no, jamás te hubieras casado conmigo...

- ¡Arthur, esto es serio! - exclamó, al borde las lágrimas, encarándolo - Es un sufrimiento innecesario... ¡Jamás van a estar juntos, alguien debería hacer algo al respecto!

- Molly, creo que yo entiendo lo que Arthur intenta decirte - habló Dedalus Diggle repentinamente, sentándose a la derecha de Molly. Arthur le hizo un

gesto de agradecimiento - Stella ha sufrido más que todos nosotros... ha tomado difíciles decisiones y ha llevado desde pequeña una responsabilidad enorme sobre sus hombros... Hoy, por fin, ha encontrado un lugar donde se siente acogida y querida... ¿No crees que deberíamos dejarla en paz? El plazo se cumplirá pronto y todo habrá acabado...

Molly estaba a segundos de estallar en llanto.

- ¿Y Harry? ¿Quién se preocupa por él?

- Harry puede cuidarse muy bien solo... y si va a enterarse de la verdad, lo hará a través de Stella. Es ella quien debe decírselo. Nosotros... nosotros debemos permanecer al margen. Es su decisión - concluyó Arthur, con una mirada que no dejaba lugar a objeciones.

- "El amor tiene razones que la razón desconoce"... ¿no es así la frase? - dijo Dedalus, algo más esperanzado que Molly, y Arthur sonrió.

- Yo no pude decirlo mejor - opinó Arthur, al tiempo que Molly se levantaba bruscamente de su silla.

- Ustedes no entienden... ¡no entienden nada! - exclamó, secando de un manotazo las finas lágrimas que se deslizaban por su mejilla. Rodeó la mesa y caminó, casi a tropezones, hasta el tocador más cercano. Tonks, quien conversaba animadamente con Remus, tuvo que dejar su charla en la mitad y corrió, preocupada, tras Molly.

- Buena suerte - susurró Arthur, al ver a Harry y Stella mientras caminaban hacia una de las terrazas. Molly tenía fundamentos suficientes como para oponerse, pero hace mucho tiempo que Stella había decidido vivir su vida, independientemente de lo que todos dijeran. Había decidido vivir... hasta que

llegara la hora, aquel nefasto día comprometedor.

Stella se había adelantado unos metros. El cielo estaba hermosamente estrellado esa noche, a lo lejos se escuchaba un murmullo vago proveniente del Bosque Prohibido, y de vez en cuando se dejaban oír un par de chapuzones en el lago. El calamar gigante siempre aprovechaba las noches para nadar. Harry la siguió hasta la terraza. Estaba nervioso; le sudaban las manos y su respiración se había agitado. Podía intuir lo que sucedería pero, como siempre, no se sentía preparado para ello. La vez pasada había sido todo muy fácil... él ni siquiera se había movido, Cho había hecho todo el trabajo... pero ahora, ¿quién daría el primer paso?. Suspirando, y ya a unos pasos de ella, la vio temblar. Una brisa helada sacudía las copas de los árboles y se había llevado más de la mitad de la decoración en los exteriores. Sin pensarlo dos veces, se quitó su túnica silenciosamente y la puso sobre sus hombros. Ella se estremeció al sentir el contacto, y cuando vio a Harry junto a ella, sonrió, agradecida. No podía creer que esto le estuviera sucediendo...

- De todos los sitios que he conocido, de todos los colegios en los que he residido... nunca me había sentido tan a gusto... Hogwarts es mi hogar ahora - comentó, pero más allá de denotar felicidad no podía dejar de descubrir una profunda tristeza.

- ¿Y eso no es bueno? - preguntó Harry, preocupado por ella.

Ella sonrió, melancólica.

- Lo es... por eso me siento así...

- Por que te irás, ¿verdad? - adivinó Harry, también con algo de tristeza, y Stella volteó sorprendida hacia él.

- ¿Cómo lo sabes?

- Es bastante lógico, en realidad. Viajas mucho, por tu madre... supuse que Inglaterra no sería tu última parada...

Stella asintió en un gesto de comprensión, e intercambió con él una mirada urgente.

- Muchas veces despierto y espero encontrar que soy otra persona... con otro nombre, otro rostro, otro pasado. Quisiera por un minuto que nadie me conociera, poder ir donde yo quisiera, quedarme donde yo quisiera... sin tener que rendir cuentas o cumplir las expectativas de otros...

Harry creyó que estaba alucinando. ¿Era su idea o acaba de escuchar su propia descripción? - Es horrible sentir que no puedes ser tú mismo, si no lo que los demás esperan que seas. No importa lo que haga o diga, todo tiene la connotación de El-niño-que-vivió. Yo también he deseado, muchísimas veces, sólo correr y escapar, lejos, donde mi nombre no signifique nada, no remita a nada...

Stella lo miró con más determinación que nunca, sintiéndose derrotada. "Oh Harry", pensó, "¿Por qué, a pesar de estar tan cerca, estás tan lejos?..." Hizo el intento por sonreír.

- Presenciaste aquel truco frente a Draco esa vez, pero... ¿Quieres ver un truco de verdad?

Harry sintió sus ganas de pensar en otra cosa, de olvidar por un momento que algún día tendría que irse y salir de su vida. Le sonrió, conmovido, y asintió.

- ¿No vas a llenar mi cara de furúnculos, verdad?

Stella rió, divertida.

- Claro que no, no combinan con tus ojos... - respondió, y el estómago de Harry se movió bruscamente. Ella se acercó - Quiero que tomes tus manos y las unas en un óvalo, como si estuvieras manteniendo el calor de un huevo...

Harry alzó una ceja en signo de desconfianza, pero mantuvo la sonrisa. Juntó sus manos tal como Stella le había dicho, y se mantuvo atento a lo que ella haría. Stella se mordió el labio inferior, concentrada, y envolvió las manos de Harry con las suyas. Cerró los ojos y murmuró algo que Harry apenas alcanzó a escuchar. En unos segundos, él sintió un leve calor en las puntas de sus dedos, pero pronto desapareció.

- Ahora, ábrelas - habló Stella, quitando sus manos por sobre las de Harry. Él no se movió ni un centímetro.

- Pero no has hecho nada, ni siquiera has pronunciado un hechizo...

- Por eso es un buen truco - respondió, divertida. Lo instó con la mirada para que despegara sus manos, y cuando él lo hizo, lo vio sonreír con verdadera alegría.

Una mariposa pequeña, del tamaño de una polilla, de alas multicolores pero de cuerpo semitransparente, salió por entre los dedos de Harry y revoloteó por su rostro haciéndole cosquillas, dejando una estela de

pequeñas chispas a su paso. Harry rió por ello y jugo con ella hasta que se desvaneció, simple, como si fuera un haz de luz.

- Genial - murmuró, tocando con sus manos el brillo que aquella diminuta mariposa había dejado - No te preguntaré cómo lo hiciste.

- Y yo no te responderé. Soy una mujer y debo resguardar mis secretos - pronunció, contenta por la reacción de Harry.

Él no pudo dejar de sentirse... como decirlo... Vivo. Apenas la conocía y lo hacía sentir como si fuera la persona más importante del planeta. Pero ella se iría, lo había dicho. Quizá lo mejor era no hacerse ilusiones y dejar todo como estaba. Había sufrido por todo y por todos durante mucho tiempo. ¿Valdría la pena querer a alguien que saldría muy pronto de tu vida? Pero, qué estaba diciendo... él ya la quería. La miró fijamente a los ojos, y se acercó un par de pasos. Buscaba en su mirada un signo de aprobación, algún indicio de que ella también sentía algo por él...

- ¿Qué? - susurró Stella, sin romper el contacto visual. Sabía que su rostro estaba cubierto de rubor, pero intentó no denotarlo en sus actos.

- Nada... yo sólo estaba... imaginando... - elevó los ojos por sobre la cabeza de Stella - ...imaginando una rama de muérdago.

Stella arrugó la frente ante eso, y Harry comprendió después de unos segundos. A pesar del gran valor que le había supuesto decir aquella frase, perdía su sentido si su interlocutor no sabía de qué diablos estaba hablando.

- ¿Nunca oíste hablar sobre el muérdago?

Stella sonrió, algo avergonzada.

- Sé que es una especie de planta... que es parte de las tradiciones anglosajonas para navidad, pero nunca he visto una ni sé cuál es su motivo - confesó, encogiéndose de hombros.

Harry rió levemente.

- Está bien, no hay problema - dijo, resignándose, como si fuera lo más natural del mundo - Haremos esto: en un par de semanas comenzarán a decorar el castillo con motivos navideños. Cuando veas un muérdago, te sitúas justo debajo de él y esperas a que yo llegue, ¿vale? Entonces te enseñaré cómo funciona.

Stella sonrió, inocente, pero la mirada de Harry decía algo más. Iba a preguntar qué era lo que significaba exactamente un muérdago, pero pronto escucharon las voces de Hermione y Ron, acercándose a las terrazas. Harry se alejó un par de pasos, sonrojado.

- ¿Stella? - la llamó Hermione, dudosa. Sabía que quizás estaba interrumpiendo algo importante.

Stella volteó y sonrió con naturalidad. Ron apretó los labios, contrariado por estar ahí.

- ¿Sí?

- Ginny ha estado buscándote con desesperación... está esperándote en la escalera del vestíbulo- explicó, sonriéndole luego a Harry con timidez. Stella suspiró, reticente a tener que irse, pero agudizó el oído y se percató de algo evidente.

- ¿Ya terminó el baile?

- Hace unos minutos - dijo Ron, mientras dirigía una mirada elocuente hacia Harry. Se moría por saber qué había ocurrido.

- Está bien, allá voy - dijo, mirando a Harry por última vez. Él le sonrió con confianza.

- Yo voy contigo - dijo Hermione, y la siguió de regreso al salón.

- ¡Oh, espera! - exclamó Stella de repente, volteando hacia donde se habían quedado los chicos - Harry, ten... me había olvidado de tu túnica.

- No, está bien, consévala... puedes resfriarte o algo. Puedes regresármela mañana - respondió, sonriendo con calidez. Stella tomó el cuello de la túnica de Harry, lo apretó contra su rostro y le sonrió de vuelta. Luego retomó junto a Hermione el camino hacia el salón.

Apenas las chicas se hubieron alejado lo suficiente, Ron golpeó a Harry en la espalda con fraternidad, también de regreso al salón.

- ¿Y? ¿Qué tal todo?

- Nada mal - respondió Harry, sonriendo para sí. Por primera vez en toda la noche sintió el frío de la brisa, por lo que resguardó sus manos en los bolsillos de su pantalón - ¿Y tú?

- Sobreviviré - murmuró, encogiéndose de hombros, pero dibujó en la comisura

de sus labios una sonrisa de satisfacción. Harry sabía que la noche no había terminado, al menos no para ellos.

- ¿Cerveza de mantequilla? - sugirió Harry, apuntando con la mirada hacia la mesa de bebidas.

Ron sonrió. Aflojó el cuello de su camisa, y por el rabillo del ojo distinguió a Stella y Hermione conversando a viva voz con Ginny. Las tres parecían muy contentas. Desvió la mirada y suspiró de felicidad.

- Yo preferiría un Whisky de fuego.

Capítulo trece

Mariposas de Papel

Según Ron, aquellos días habían pasado frente a sus narices totalmente inadvertidos. Para él Halloween se había celebrado recién ayer, pero, según el conteo oficial del calendario, habían pasado más de tres semanas. Y aún conservaba la sonrisa en la cara. Nada comprometedor había sucedido, pero disfrutó la compañía de Hermione a cada segundo. De verdad sintió que la pasaron muy bien juntos, y así lo demostró ella al día siguiente, cuando en lugar de decirle un simple “Buenos Días” al desayuno, le había saludado con un beso en la mejilla. Harry y los otros prefirieron ahorrarse sus comentarios y volver la vista hacia sus platos; las orejas de Ron se habían puesto tan rojas que Ginny creyó que podrían arder. Stella también le comentó a Harry cuánto disfrutó del baile, y cuando regresaron a la Sala Común le devolvió su túnica, sugiriéndole – indirectamente – que la usara más seguido. Harry se alegró, minutos después, de no enrojecer tan evidentemente como Ron.

Ya en diciembre los cielos negros de antes comenzaron a dispersarse, pero en cuanto a sensación térmica no ayudaba en lo absoluto. Ahora los días aparecían más claros, más agradables visualmente, pero el frío se hacía insoportable y los alumnos ya casi no se quitaban los guantes, ni aún para comer. Los elfos domésticos habían doblado las raciones de leña en cada Sala Común, y dejaban todas las noches bolsas de agua caliente en las camas, cuestión que Seamus no dejaba de agradecer cada vez que se acostaban. En las últimas clases de Transformación no habían hecho más que leer teoría, pues según la profesora McGonagall, había muchos conceptos que manejar antes de intentar el conjuro de la Desaparición. Aquello se prestó, por supuesto, para que fuera comparada con Dolores Umbridge y sus inútiles clases de Defensa, pero los comentarios no se extendieron demasiado y pronto entendieron que

aquella teoría, por más aburrida e innecesaria que la creyeran, les serviría enormemente más adelante.

Pero, sin lugar a dudas, las clases de Cuidado de Criaturas Mágicas eran las más duras de todas. Hagrid insistía en realizarlas al aire libre, lloviera, tronara o nevara, pero como para la última vez ni siquiera él era capaz de hablar con claridad a causa de la gélida brisa, optó por ir a los Invernaderos y, junto con la profesora Sprout, les enseñó las características de las babosas carnívoras. Según Hermione, había sido una clase de lo más interesante, pero Harry y Ron no opinaban exactamente lo mismo; sus dedos estaban llenos de pequeñas mordidas, ya que Hagrid los eligió a ellos como ‘voluntarios’ para tomar las babosas y mostrarlas al resto del curso. La señora Pomfrey lo regañó mucho por dejar que estudiantes manipularan tales criaturas, pero Harry y Ron dejaron escapar un bufido de cansancio. Y es que aún no se enteraba sobre los escregutos de cola explosiva...

En una de aquellas tardes, casi al término de la clase de Herbología, algo inesperado alteró la rutina de Hogwarts. Por unos segundos la clase se vio sumida en pánico: un estruendo horroroso retumbó en cada una de las paredes del castillo, sin saber cómo ni de donde. La profesora Sprout dio un gran salto de su silla, gritó con desesperación y salió corriendo del Invernadero, dejando a sus alumnos abandonados a su suerte. Lavender y Parvati se abrazaron instantáneamente, y Ron hizo una mueca de terror.

- ¡¿Qué fue eso?! - exclamó, alejándose rápidamente de las ventanas, como si en cualquier momento un monstruo gigantesco viniera a atacarlos.

- Vino del otro lado del castillo... quizá del Bosque Prohibido - tartamudeó Hermione, aferrándose a la capa de Ron.

Harry tragó saliva; no se atrevía siquiera a mirar por la puerta. Gran parte de los chicos se habían refugiado bajo las mesas, y varios aprovecharon el pánico para correr tras la profesora Sprout. Draco y su grupo fueron los primeros en desaparecer.

- Deberíamos ir a ver... quizá pasó algo grave y necesitan ayuda - sugirió Harry, al tiempo que Neville, Dean, Seamus, Lavender y Parvati se acercaban. El miedo se traducían en sus rostros, pero estaban de acuerdo con Harry sobre ir a investigar.

- Se escuchó como Dragones - opinó Parvati, temblando. Lavender asintió junto a ella.

- No, parecía una manada de leones...

- Fue como una lluvia de rayos en la peor de las tormentas...

- O como si hubieran talado la mitad del bosque...

- Chicos, chicos, de nada vale especular - los tranquilizó Hermione, tomando la palabra. También se veía nerviosa - Lo mejor que podemos hacer es esperar a que alguien venga y nos explique lo que...

- Yo quiero ir a ver - la interrumpió Neville, y Seamus apoyó la idea. Harry también estaba de acuerdo. Hermione pensaba en volver a protestar, pero luego desvió la mirada en todas direcciones, arrugando la frente.

- Stella... ¿Dónde está Stella?

El grupo recorrió el lugar con la vista y por primera vez se percataron de su ausencia. Harry hizo un signo de preocupación, miró debajo de las mesas y tras las plantas tropicales, pero no había rastro de ella.

- Debe haber corrido como los demás - pensó Dean, apuntando hacia la puerta por donde había salido hace unos minutos, despavorida, la profesora Sprout. Hermione negó con la cabeza.

- No, ella no haría eso - dijo, pensativa.

- Viste cómo escapó cuando vio a Dobby... ¿Por qué no lo haría esta vez? - inquirió Ron, sospechoso por la actitud de Hermione. Ella evitó su mirada.

- Muy bien, vamos a ver. Como dice Harry, si fue algo grave pueden necesitar ayuda.

Y no se habló más. Dejando a la mitad de la clase abandonada en los invernaderos, corrieron a través del viento helado, rodeando el castillo. Seamus había sugerido que lo atravesaran por los pasillos subterráneos, pero Neville negó diciendo que lo mejor era rodearlo, que eso les ahorra camino. No discutieron mucho tiempo y siguieron a Neville. Demoraron cerca de diez minutos el llegar a la puerta principal, pero no debieron acercarse demasiado para notar un ambiente insual. Un gran gentío se reunía en torno a algo, muy cerca del límite del Bosque Prohibido. Mientras corrían hacia allá, Harry pudo divisar a Hagrid y un par de profesores adentrarse en el bosque; su amigo semigigante iba con una lanza en las manos, y los otros dos con sus varitas desenfundadas. El panorama no se veía bien.

Muchos estudiantes, la mayoría de cursos superiores, rodeaban a la señora Pomfrey, quien atendía a la profesora McGonagall en una improvisada silla de campo. Dumbledore estaba junto a ellas.

- ¿Seguro que estás bien, Minerva? - preguntó Dumbledore, frotando sus manos. El frío era insoportable.

- Sí, sí, ¿cuántas veces tengo que decirlo? - exclamó, alterada, rehusando los intentos de la enfermera por ver su brazo más detalladamente. Tenía un corte muy feo en él, pero se mostraba reticente a hacer escándalo por ello - Albus, ya lo he dicho... nada me pasó, es sólo un rasguño. Me preocupan los niños.

- Ellos están bien, los envié a su Sala Común. Ve y descansa... pero primero pasa por la enfermería para que puedan curarte.

Iba a exclamar una nueva negativa, pero la mirada de Dumbledore no dio lugar a excusas. Poppy la ayudó a levantarse y avanzaron a paso ligero hasta el castillo.

- Profesor Dumbledore... ¿qué sucedió aquí? - preguntó Harry, mientras gran parte de los curiosos se dispersaba. Hermione, Ron y Neville se acercaron para escuchar.

- Aún no lo sabemos - respondió, calmado - La profesora McGonagall paseaba por aquí con un grupo de primer año y entonces se escuchó aquel ruido. Ni siquiera ella pudo describirnos qué o quién lo efectuó, pero fue tan fuerte como para botar un par de árboles y herir a Minerva... - explicó, señalando unos troncos caídos cerca de la choza de Hagrid.

Hermione dirigió la mirada hacia el Bosque y se estremeció. Se presentaba tan lúgubre como siempre, y lo rodeaba un sospechoso silencio. Era sabido la gran cantidad de criaturas extrañas que habitaban ahí, pero ¿qué podría haber provocado un sonido tan estridente como aquel...?.

Al tiempo que Seamus y los otros corrían hacia los árboles caídos para verlos más de cerca, Harry, Ron y Hermione se miraron, como si compartieran la misma idea.

- Profesor... no cree que se trate de... Es decir, ¿puede estar V-Voldemort detrás de todo esto?

Dumbledore permaneció quieto, impenetrable, pero su barba se agitó levemente.

- Hagrid, Libertes y el profesor Grubby-Plank nos lo dirán en cualquier minuto. Les sugiero que vuelvan a sus salas comunes... Si se trata de algo de interés colectivo, lo sabrán para la hora de la cena.

Y diciendo esto, dio media vuelta y comenzó a caminar hacia el bosque. Hermione levantó una ceja, pensó un momento y luego se relajó. De hecho, dibujó una sonrisa espontánea en su rostro.

- Te aseguro que no será nada agradable - opinó Ron, aún con un gesto de terror.

- Quién sabe, Ron. Quizá sean buenas noticias - dijo Hermione, mucho más calmada que sus amigos, y antes de que Harry pudiera preguntarle a qué se refería, la vio correr hacia la Torre Gryffindor.

Ellos la siguieron, subiendo los escalones de dos en dos. Los pasillos estaban atiborrados de gente, todos asomados en las ventanas o empujándose por un lugar en las terrazas con tal de ver qué había sucedido. Harry, Ron y Hermione eran los únicos que caminaban contra la corriente, por lo que les costó bastante llegar hasta el retrato de la señora Gorda.

- Dime linda, ¿qué fue aquello? El Barón Rojo no ha hecho más que gritar que ha comenzado la batalla... - habló la señora Gorda, nerviosa, sentada incómodamente en su sillón rosa y mordiéndose las uñas.

Hermione negó con la cabeza.

- Aún no sabemos nada, pero todo está bajo control - le aseguró, y ella suspiró, tan fuerte que levantó unos centímetros la tela de su óleo.

- Qué alivio. Al menos los niños están bien... esa chica tiene un aura muy especial.

- ¿Una chica? ¿Quién? - preguntó Harry, interesado.

- La que ayudó a los niños. Sir Nicholas me contó todo hace un par de minutos, fue testigo presencial - explicó, y los tres amigos intercambiaron miradas sospechosas - Está aquí adentro. Fue muy oportuna...

Ron no dejó que terminara el relato y avanzó hacia ella, decidido. La señora Gorda apenas respiró.

- Vamos, muévase, necesitamos entrar - ordenó Ron, impaciente, haciendo un ademán con sus manos para que cambiara de lugar.

- No sin la contraseña, querido - dijo, sonriendo forzadamente. Él gruñó.

- Llevamos seis años entrando y saliendo de aquí, ¿y aún no puede recordar nuestros rostros...? - murmuró hacia Harry, molesto.

- Es su trabajo, Ron, no seas infantil - lo regañó Hermione, irguiéndose luego justo frente al retrato - *Nimbus Nibletonia*.

- Gracias, querida - sonrió la señora Gorda, abriendo su retrato para que los tres entraran, aunque dirigió una mirada de reprimenda hacia Ron.

Cruzaron el umbral prácticamente al mismo tiempo. Ginny los alcanzó antes de que avanzaran demasiado, y les hizo un gesto con su dedo para que no emitieran sonido. Ron arrugó la frente, y su hermana señaló hacia la chimenea: Ahí, sentada entre unos cojines muy cerca del fuego, y con dos pequeñas niñas abrazadas a cada lado, Stella hablaba suavemente a un grupo de niños. Estaban arropados con mantas navideñas y, mientras temblaban sutilmente, escuchaban con atención lo que ella decía.

Ginny los instó a caminar hasta una de las esquinas. Desde ahí podrían escuchar mejor. La sala común estaba medianamente llena, pero los rodeaba un silencio expectante. Todos parecían sumamente interesados en el relato de Stella.

- ...entonces Ron avanzó con su caballo a través de los cuadrados negros y blancos, en lo que sería una jugada magistralmente estratégica. En el fondo sabía que era una locura, que se estaba sacrificando, pero si no hacía ese movimiento, Harry no podría hacer Jaque Mate para salir de ahí...

Todos los niños pronunciaron un “¡Ohhh!” de admiración, y Stella les sonrió, divertida. En eso, notó que Ginny le hacía un par de señas

hacia la derecha. Ahí, erguidos con caras de interrogación, Hermione, Ron y Harry fijaban sus ojos en ella. Stella volvió a sonreír.

- ¿Qué pasó con Ron? ¿Ganaron la partida?

- Hermione era un alfil... ¿qué hizo después?

- ¿Harry pudo encontrar la Piedra Filosofal?

Stella suspiró ante la curiosidad de los niños, para luego mirar fijamente a sus amigos.

- Ellos están aquí... ¿Por qué no les preguntan directamente?

Los niños voltearon instantáneamente y, al ver a los tres aludidos, abrieron la boca de sorpresa. Es como si tu superhéroe favorito hubiera abandonado el cómic para visitarte. Harry se acercó, sutil, y se sentó en uno de los cojines. Una niña de ojos grandes y muy negros lo miraba estupefacta.

- Tú... tú... tú e-e-eres Harry Potter – tartamudeó, y Harry la miró con ternura.

- Así es - respondió, y luego volteó hacia Stella - ¿Están todos bien? ¿Qué fue lo que sucedió?

- Están muy bien, luego hablaremos de ello – dijo, tranquila – Estaba contándoles tus aventuras mientras esperábamos. Creí que los tranquilizaría, ya que...

- ...ya que mientras el profesor Dumbledore y Harry estén aquí, nada malo nos pasará – interrumpió un niño de cabello castaño y ojos pardos, el cual parecía el

más pequeño del grupo. Terminó la frase con entusiasmo, y sus compañeros asintieron, alegres. Stella miró a Harry y se ruborizó. Él le sonrió de vuelta.

- ¡Ahí está Ron! - exclamó otro de ellos, apuntando hacia el pelirrojo. Él abrió los ojos al máximo, sintiéndose repentinamente observado - Fue la mejor partida de ajedrez que he escuchado.

Ron apretó los labios, algo avergonzado, sin saber si debía decir 'gracias' o no. Una niña de trenzas muy largas apuntó luego a Hermione.

- ¡Ella es Hermione, estoy segura!

Hermione asintió levemente, ruborizada, y junto con Ron tomaron un cojín y se sentaron cerca del fuego. Stella se alegró mucho al verlos a todos reunidos. La Sala Común poco a poco comenzaba a llenarse de gente, todos atraídos por el rumor de que el grupo de niños atacados estaba en la Torre Gryffindor. Ella se acomodó, contenta; abrazó más estrechamente a una niña de pelo amarillo y ojos azules, quien aún parecía muy choqueada con el episodio. Luego elevó los ojos hacia Harry.

- Bueno, yo sólo sé lo que sucedió hasta que terminó la partida de ajedrez. Quizá Harry quiera contarnos el resto de la historia... - pronunció, acomodándose como una espectadora más, y Harry se sintió abrumado. Todos los pequeños rostros, algunos entumecidos y otros un poco nerviosos, fijaron sus ojos en él, esperando que hablara. Al parecer, habían quedado muy intrigados con la historia que Stella les había relatado.

- Después de que distraje al Rey para que Harry pudiera ganar la partida, él debía cruzar el tablero, bajar unas escaleras y entrar en un salón muy antiguo, con tal de atrapar al desgraciado que quería robar la Piedra Filosofal... -

comenzó a decir Ron, feliz de ser por un momento el centro de atención, y nuevamente tras sus palabras se escuchó un “¡Ohhh!” colectivo. Pudo ver por el rabillo del ojo a Neville, Lavender y Collin sentarse muy cerca de ellos, visiblemente interesados y atentos en la conversación. Hermione aclaró su garganta.

- La única forma de obtener la piedra era a través del Espejo de Oesed, pero nadie sabía cómo hacerlo...

- ¿El espejo de qué? - preguntó uno de los niños, y Harry le sonrió. Tomó aire, movió su cojín para estar más cerca de ellos, y comenzó a hablar. La niña de trenzas sonrió abiertamente al tenerlo a su lado.

- El Espejo de Oesed - explicó Harry, pausado - En él puedes ver todas aquellas cosas que más deseas. Yo vi... bueno, vi lo que más anhelaba en el mundo...

Tras las últimas palabras, un tenue silencio rodeó a los estudiantes más grandes. Todos ellos sabían qué es lo que Harry más anhelaba... Stella le dirigió una sonrisa de comprensión y lo instó a seguir con la historia. Él, intentando abandonar la repentina pesadumbre que lo embargó, redibujó su sonrisa.

- ¿Es cierto que cuando rescataste la Piedra Filosofal tenías 11 años, como nosotros? - preguntó el niño de cabello castaño, ávido por la respuesta. Nuevamente todas las miradas confluyeron en él.

- Ahhh... eh... pues sí - respondió, dubitativo. No estaba seguro de querer fomentar aquel tipo de “aventuras” en niños tan pequeños. De hecho, no recordaba haber lucido tan indefenso cuando él tenía 11 años...

El grupo susurró un “wow” de admiración y sorpresa, también incluso algunos estudiantes de cuarto o quinto año, quienes parecían recién enterados de los acontecimientos pasados. Los niños veían a Harry como el mayor héroe que podrían conocer, y sonrieron cálidos hacia él, olvidando por un momento que no hace mucho habían pasado por un episodio nefasto. Ron creyó que en cualquier minuto se abalanzarían contra él y comenzarían a tocarlo como si estuviera bendito.

- Nunca nos va a pasar algo malo. Tú nos protegerás, ¿verdad, Harry?

La niña de trenzas, embobada, lo instó con la mirada a decir que “sí”. Harry sintió que una gran responsabilidad caía sobre sus hombros (una más entre tantas), pero no tenía corazón para negarse.

- Siempre estaré aquí si me necesitan – respondió Harry, seguro, mirándolos a todos y sonriéndoles con cariño. Por segunda vez en el año, se sintió completamente adulto. Pero no sabía si aquello era bueno o malo...

Por casi media hora, Harry, Ron y Hermione narraron la continuación de la historia con euforia y ánimo. Hasta los cuadros se movían, impacientes cuando se producía algún silencio o sorprendidos cuando se narraban las partes más importantes. Stella fijaba la vista en Harry cada vez que le tocaba el turno de hablar, y cuando cambió a Hermione, una niña de tez morena tiró de la túnica de Harry, sigilosa. “Le gustas” dijo, sonriendo hacia Stella, quien estaba muy concentrada en las palabras de Hermione. Rió bajito y volvió a su puesto, dejando a Harry con un leve rubor y un sentimiento muy agradable en su estómago.

Bajó la mirada y sólo se dedicó a escuchar, hasta que, ya cerca de las nueve de la noche, divisó a un par de niños dormidos sobre sus cojines,

fuertemente asidos a sus mantas. Dando un vistazo general, todos los pequeños tenían rostros cansados y somnolientos, pero estaban tan interesados en las aventuras de Harry y sus amigos que ninguno de ellos quería ir a la cama. Stella, en un tono dulce pero directo, les prometió que continuarían la historia otro día, pero que ahora debían ir a dormir. Aún algo reticentes, se levantaron lentamente del suelo y fueron subiendo, uno a uno, a sus respectivos dormitorios, no sin antes despedirse de Harry, Hermione y Ron con alegría. Stella daba un beso en la mejilla a cada uno al tiempo que subían la escalera.

Cuando el último hubo desaparecido tras la puerta de sus dormitorios, Stella tomó uno de los sillones cerca de la chimenea, sintiéndose observada. Gran parte de la multitud hasta hace poco aglomerada en torno a la chimenea había bajado a cenar, pero varias personas esperaban escuchar su propia historia. Todos los que permanecieron eran de la Armada, por lo que Stella se sintió algo más libre para hablar.

- Dinos ya, que nos tienes en ascuas - la instó Ron, tomando el sillón frente a ella. Harry, Hermione, Neville, Parvati, Lavender, Collin, Dean, Seamus y Ginny tomaron ubicación en las cercanías y agudizaron el oído.

- No hay mucho qué decir en realidad – se excusó Stella, encogiéndose de hombros. Ron puso cara de decepción - Yo tampoco pude ver mucho de lo que sucedió. Apenas escuché el ruido, corrí tras la profesora Sprout y llegué justo a tiempo para ayudar a la profesora McGonagall...

- Pero, ¿qué sucedió exactamente? - preguntó Hermione, ansiosa.

- Sólo escuché el estruendo, y luego vi un par de árboles amenazando con caer sobre los niños. Junto con la profesora Sprout, logramos inmovilizarlos el

tiempo necesario para que pudieran refugiarse en un lugar seguro. Entonces llegó el profesor Dumbledore, y me envió con los niños a la Sala Común.

Mientras algunos intercambiaban sus comentarios al respecto, Ginny tomó la palabra.

- ¿Tienes idea de qué pudo ocasionar el ruido?

Stella apretó los labios con disimulo, pero pronto buscó la mirada de Hermione. Ella comprendió en el acto.

- Tú crees... crees que quizás... - tartamudeó, pero Stella pareció corroborar sus sospechas.

- No sé ustedes, pero... - comenzó a decir, intranquila - a mí me sonó como un grupo de Gigantes.

- ¡¡Gigantes!! - gritaron Dean y Neville al unísono, prácticamente desfalleciendo en sus asientos. Los demás acallaron un grito de sorpresa.

- Es completamente lógico, ¿no lo ven? ¡Hagrid lo ha logrado! ¡Logró convencer a los Gigantes de venir a ayudar! –exclamó Hermione, entusiasmada. Stella sonrió, más relajada.

- ¿A esto te referías como “buenas noticias”? – la regañó Ron, tragando saliva.

Hermione asintió, tímida, pero Harry no parecía muy contento.

- Es muy peligroso que haya Gigantes en Hogwarts...

- ¿Más peligrosos que un centenar de Dementores? – inquirió Seamus, recordando cuando, en tercer año, debieron soportar la presencia de numerosos

guardianes de Azkabán en cada esquina del colegio, todo por el pánico que provocaba pensar en aquel peligroso reo fugitivo, Sirius Black.

Harry consideró el comentario de Seamus y prefirió callar. Stella tomó la palabra.

- Gigantes o Dementores... en estos tiempos da igual. Harry tiene razón; no podemos confiar en que mantendrán un buen comportamiento mientras estén aquí. Pensando, claro, que sean Gigantes realmente...

- ¿Qué más podría ser? – pensó Collin en voz alta.

- Cualquier cosa – respondió Parvati, segura – No conocemos ni la mitad de las criaturas que habitan el Bosque Prohibido.

Antes de que terminara de hablar, la puerta del retrato se abrió de golpe. Dennis entró corriendo a la sala.

- Terminó la cena, y el profesor Dumbledore no dijo nada sobre el incidente - comentó, jadeando. Se sentó junto a su hermano para recuperar la respiración.

- No hay duda, deben ser Gigantes – aseguró Ron, acomodándose en su sillón, intentando acostumbrarse a la idea - Si no, ¿por qué el Director querría guardar el secreto?

- El profesor Dumbledore nos sorprende a cada momento, Ron. No lo subestimes – opinó Hermione, y Lavender asintió a su lado.

- Pero, ¿de qué se preocupan? – dijo Dean repentinamente, saltando de su asiento – No importa qué tan peligroso o feroz o horripilante sea... Harry es nuestro héroe, ¿no es así, compañeros?

Tras sus palabras, los rodeó unos segundos de silencio, y luego, intempestivamente, todos se echaron a reír. Stella se ruborizó otra vez, sintiéndose responsable de aquella frase. Evitó la mirada de Harry, pero no demoró en compartir las carcajadas de los demás. Harry quería decirle cuán halagador fue encontrarla ahí, rodeada de un grupo de niños, relatando sus andanzas como si fuera la mejor de las historias de ficción... pero no perdería su tiempo en preguntarle cómo supo todos esos detalles. Con el paso del tiempo, su nombre y sus acciones se habían esparcido por el mundo mágico a la velocidad de la luz. Sólo la observó y sonrió, embobado. No quería definir aún su sentimiento hacia ella, pero era agradable, muy agradable, y por ahora le bastaba con ello. Era feliz, en aquel exacto y preciso minuto de su vida, y no le importaba nada más. Ni siquiera un aterrador grupo de Gigantes.

Bajó las escaleras rápidamente, aguantó el dolor en sus costillas y se sentó, dificultoso, bajo una de las ventanas del comedor. Estaba totalmente sellada con tablas de madera, pero había un retazo por el que podía ver el exterior. Hasta hace unos minutos la noche estaba despejada e iluminada por una hermosa luna menguante, pero ahora no había más que una intimidante oscuridad, coartando sus posibilidades para dar un paseo. Y él sabía por qué: ellos lo habían seguido, lo estaban acechando... A cada segundo podía sentir la presencia de un Dementor, abrumantemente cerca, ávido por un par de recuerdos felices de los que alimentarse...

Conteniendo la respiración en una de las noches más heladas de la temporada, Bellatrix Black Lestrangle acomodó su capucha negra y se apoyó en el cerco que daba a la carretera. Esperaría toda la noche si fuera necesario. Él tenía que salir en algún momento, lo obligaría a hacerlo. ¿Quién pensaría

que aquella estúpida construcción, folclóricamente llamada la ‘Casa de los Gritos’, estaba resguardada con un potente hechizo? Volteó a su derecha y divisó, inquieta, el caminar nauseabundo de uno de los Dementores que la acompañaban. Ni aun él tenía el poder de forzar la entrada. Sólo quedaba esperar, aguantar las ganas de triturarlo con las manos. Había osado burlarse de ella, escapó de sus garras prácticamente inmune, y no descansaría hasta averiguar cómo diablos lo había hecho.

Rodeó la casa una vez más, manteniendo su debida distancia con los Dementores. A ella no la lastimarían; tenían instrucciones estrictas de Voldemort, pero no podía confiarse. Eran las criaturas más horrendas que habitaban su mundo, y no correría riesgos innecesarios. Tratando de no hacer demasiado ruido, se acercó a una de las ventanas abiertas que daban a los cuartos inferiores, estiró su mano para apartar los postigos... y entonces la retiró, humeante, ahogando un grito de dolor. No importaba cuán sutil se acercara: cada vez que tocaba un centímetro de aquella casa, una intensa sensación de quemadura embargaba su cuerpo.

- ¡Hey, ustedes dos! No se acerquen demasiado. No estoy dispuesta a perder a mis escoltas... – Obedeciendo, los Dementores lanzaron un desagradable sonido gutural semejante a un carraspeo, quizá molestos, y dieron unos pasos hacia atrás.

Jadeante, el hombre de cabello negro se arrastró como pudo hasta la mesa del comedor, y se resguardó bajo ella. Arrugó la frente de dolor y llevó sus manos al pecho, lanzando maldiciones en volumen bajo. Al menos por ahora, aquella casa suponía el mejor refugio que podía desear. Pero estaba atrapado, incomunicado. El paso hasta el Sauce Boxeador estaba sellado por dentro. Sólo se podía llegar hasta la casa, pero no salir de ella... y él no había contado con aquel espantoso detalle. El elaborado plan que tanto le había

costado trazar durante aquellos meses se había ido por el caño, y si no recibía ayuda rápida, perdería su única oportunidad de sobrevivir...

Bellatrix lanzó un bufido de impaciencia y regresó a su posición en el cerco. No le daría en el gusto, claro que no. Él debía salir, tenía que hacerlo... lo haría en cualquier segundo, y entonces no tendría escapatoria. No se permitiría errores esta vez, el Señor Tenebroso no se lo perdonaría. Estaban corriendo muchos riesgos; las cosas no habían salido como el amo esperaba, y aquello tenía a todo el bando con los pelos de punta. Nadie podía darse el lujo de fallar ahora. Debían eliminar a la escoria lo antes posible, si no, las consecuencias serían nefastas. Bellatrix lo sabía, todos los mortífagos lo sabían. Y él... principalmente él, aquel pútrido fugitivo desertor, debía ser borrado del mapa con premura. Su sola presencia suponía la peor de las amenazas; su existencia significaba fuerzas renovadas, y si lograba llegar al castillo de Hogwarts... Bellatrix prefirió no pensar en ello. No sucedería, no podía suceder, y apostaría su vida en ello.

Para el jueves, luego del almuerzo, la Biblioteca estaba llena de estudiantes, la mayoría adelantando un par de deberes para viajar más tranquilos a sus respectivas vacaciones de Navidad. Stella, sola lidiando con su tarea de Runas Antiguas, estaba sentada en una de las mesas arrinconadas a un lado de la sección de Pociones. Arrugaba la frente cada varios minutos, concentrándose para hacer un buen trabajo. Debían entregar aquel ensayo el lunes siguiente, pero ella prefería dejar todo listo. Así tendría más tiempo libre para hacer otras cosas. Dormir... caminar... pensar... Se ruborizó un poco y se sumergió aún más en el gran libro que tenía sobre la mesa, queriendo quizá esconderse tras sus páginas. Debía reconocerlo; quería más tiempo para pensar

en Harry... pues, después de todo, es lo único que podría tener de él. Un pensamiento, una idea, una ilusión.

Sintiéndose triste y maldiciendo su suerte una vez más, se levantó para buscar un nuevo libro, uno sobre Culturas Ancestrales con el que por fin terminaría su trabajo. Se acercó al mesón de la Señora Pince, le preguntó dulcemente por el título que necesitaba, y ella le indicó uno de los estantes de la entrada. Stella caminó hasta allá, recorrió unos minutos las hileras de grandes y pesados libros... hasta que encontró el suyo, tan viejo y estropeado que creyó que no sería capaz de leerlo. Apretándolo fuertemente contra su pecho para que no se escapara ninguna de sus hojas, volvió a su mesa, apartando su pergamino para hacer espacio. Fue entonces cuando la vio, simple pero perfecta, posando entre sus líneas sobre Runas. Una pequeña mariposa de papel, hecha notoriamente a mano, descansaba sobre su pergamino con naturalidad. Stella la tomó en sus dedos, la rozó para sentir su textura, y volteó la mirada en todas direcciones, con tal de descubrir el responsable de aquel misterioso regalo. Pero no encontró a nadie, salvo decenas de concentrados alumnos que apenas levantaban sus cabezas por sobre sus deberes.

Stella volvió a admirar la mariposa y sonrió, agradecida. Alguien, consciente o no, había alegrado su día. No muy segura, volvió a sentarse para terminar su ensayo, dejando aquella obra de arte junto a su tinta. Cada ciertos segundos volteaba a verla, incólume, escudriñando en su interior sobre el posible artista. Tenía una posible lista de sospechosos, y sonreía ampliamente al pensar en una persona en particular. Pero pronto se regañaba a sí misma, obligándose a pensar en otra cosa, a seguir con sus deberes... y aun así su mente volaba, autónoma, hasta la dulce imagen de un joven de lentes, concentrado y alegre, plegando con sus manos una pequeña mariposa de papel...

Una hora más tarde, Stella abandonaba la Biblioteca con una cálida sensación de bienestar. Llevaba aquella mariposa en sus manos, dispuesta a dejarla en un sitio privilegiado junto a su cama. Pero, al girar en la primera esquina rumbo a la Torre Gryffindor, su corazón se detuvo y sus ojos se abrieron al máximo. Levitando frente a ella, a no más de un metro de distancia, dos mariposas de papel, idénticas a la que asía en su mano, esperaban por ella. Stella ahogó un grito de conmoción. Se acercó lentamente, las tomó con sus manos y las acarició. De pronto sus ojos se llenaron de lágrimas. ¿Quién estaba detrás de esto? ¿Cuál era su motivo?

Guardó los tres pedazos de papel en su mochila, pero unos pasos más allá la esperaban cinco de ellas, revoloteando con la brisa del pasillo como si hubieran adquirido vida. Sutiles, sugerían al transeúnte que advirtiera su presencia que subiera una estrecha escalerilla dispuesta en uno de los costados. Stella alzó una ceja, suspicaz, pero sonrió ante aquella indirecta proposición y subió, uno a uno, los largos escalones. Pegadas en la pared cada ciertos metros, dos o tres mariposas le indicaban el rumbo correcto. Cuando ya creía que había atravesado al menos un par de pisos, la escalera llegó a su fin. Frente a ella, y mostrando lo único que quedaba por descubrir, una puerta de madera, algo desgastada, se alzaba silenciosa al final de un profundo pasillo de grandes ventanales, algunos debidamente decorados en bitreaux. Levitando a su paso encontró varias mariposas más, todas iguales, cerciorándose quizá de que ella entendiera el mensaje.

Al llegar a la puerta, la empujó suavemente con la yema de los dedos, nerviosamente curiosa, y lo que encontró no lo habría soñado ni en un millón de años. Tapizando el techo y las paredes, centenares de mariposas de colores, todas plegadas en papel, revoloteaban livianamente por la habitación, enmarcadas entre los finos rayos de sol que se colaban por los ventanales. Sonrió ampliamente ante ellas, dejó caer su mochila llena de libros y sintió, por

fin, que no debía esconder sus sentimientos ante nadie. Dejó que las lágrimas cayeran a destajo, abrió los brazos y dejó que los millares de pequeñas alas la envolvieran con su encanto. Podía permanecer ahí para siempre... quería hacerlo.

- ¡¡Sorpresa!! - se escuchó fuerte y claro desde una de las esquinas.

Stella se sobresaltó bruscamente. Dirigió su mirada hacia el foco del sonido, algo asustada, y de ahí aparecieron una veintena de rostros conocidos, amigables, sinceros. Muchas mariposas se esparcieron para darles paso, y dejaron ver, tras ellos, una mesa llena de comida, con globos, serpentinas y confeti. Todo decorado para la ocasión.

- ¿Qué... qué hacen aquí? ¿Qué está sucediendo? – preguntó, atragantada con las palabras a causa de la emoción y la sorpresa. Ron se adelantó por sobre los otros, y levantó una ceja.

- No habrás olvidado tu propio cumpleaños, ¿verdad?.

Stella demoró unos segundos en reaccionar. Su rostro se paralizó, aguantó la respiración y deseó con todas sus fuerzas una silla donde desfallecer. Ron se angustió ante la escena, creyendo que se había equivocado de día o que a Stella simplemente no le gustaban las fiestas. Intercambió con Ginny una mirada de apremio, pero Stella sacó fuerzas de flaqueza y comenzó a hablar.

- Ron... Amigos... lo siento. Me tomaron desprevenida, eso es todo – se excusó, sonriendo débilmente – Es que... bueno, yo... hace muchísimo tiempo que no celebro mi cumpleaños – dijo, algo avergonzada, evitando sus miradas – Mi

madre... ella... no es muy buena con las fechas, y yo... bueno, yo he terminado por olvidarlo cada año...

Harry sintió una punzada de tristeza en medio de su pecho. Por inercia, trajo a su mente el recuerdo de cada cumpleaños, solitario, deprimente, en la que ningún ser en el planeta se acordaba de él y su crecimiento irreversible. Y al mismo tiempo recordó la alegría que supuso su cumpleaños número once, su encuentro con Hagrid y la hermosa noticia sobre su condición de mago, la verdad sobre sus padres y la posibilidad de abandonar a los Dursleys al menos por gran parte del año. Él sabía por experiencia propia la desolación que producía un cumpleaños a solas, en olvido... y no dejaría que alguien cercano a él pasara por eso.

- Desde hoy nunca más lo olvidarás – pronunció Harry, enternecido. De un segundo a otro habría querido olvidar que muchas personas lo estaban observando y correr, ir hasta ella y abrazarla hasta que pasaran las horas. Pero no podía; no sólo por la presencia de otros, si no porque llevaba en sus brazos una deliciosa torta, decorada con merengue de colores y escrito en el borde: “Feliz Cumpleaños Stella”.

- No, no lo olvidaré. Claro que no – respondió, aturdida y halagada. Neville, Ginny, Hermione, Collin... todos le sonreían con afecto y amistad. Apenas podía creer que aquello le estaba sucediendo – ¿Cómo... cómo se enteraron?

- Mamá nos avisó, y nos advirtió que quizá actuarías raro – dijo Ginny, con los ojos empañados. Le sonrió con cariño.

- Oh, Molly... – susurró Stella, tan agradecida que no cabía en sí de emoción – Pero, ¿y todo esto? Es demasiado... jamás lo habría esperado. No sé cómo agradecerles.

- No me mires a mí, todo fue idea de Harry – confesó Ron, sonriendo perspicaz. Harry se ruborizó a morir y bajó la mirada hacia el pastel, como si estuviera muy interesado en escudriñar los misterios culinarios del bizcocho, manjar, merengue, chispas de chocolate...

Pero las miradas lo presionaron para que alzara la cabeza y se encontrara, irremediabilmente, con los ojos emotivos de Stella. Él sonrió, dichoso de haber sido el responsable de tanta felicidad. Se acercó unos pasos, tímido, y le extendió el pastel unos centímetros.

- Pide un deseo – dijo, mientras los otros se acercaban por atrás.

Stella negó suavemente con la cabeza, manteniendo la sonrisa tierna y los ojos en Harry.

- Mi deseo ya se hizo realidad – murmuró, en un tono especial que sólo Harry podía reconocer. Luego se inclinó suavemente, tomó aire y sopló las velas. Todos aplaudieron, animados.

- ¡A comer! – exclamó Ron, arrugando algunas mariposas con sus brazos. La profesora Trelawney les había enseñado a hacerlas para que pudieran relajarse (y abrir, de paso, el ojo interior), y Ron había hecho tantas que las puso en una bolsa bajo su cama. Harry, sin darle detalles, se entusiasmó con ellas y se las pidió todas. Él no se negó, y menos mal que no lo hizo; le agradaba que hubieran sido utilizadas en algo así.

Ginny corrió hasta Stella y la abrazó fuertemente. Hermione se sobresaltó e hizo un ademán de querer separarlas, pero se obligó a sí misma a retroceder. Pensar que Stella jamás había celebrado su cumpleaños era sólo un detalle de su enorme tristeza. La observó y sonrió; muchos se habían dedicado

en esta vida a decirle qué es lo que debía o no debía hacer... y Hermione no estaba dispuesta a tomar ese rol. Ella era su amiga, y como tal compartiría su alegría.

Cuando Ginny la soltó, tras ella Ron le dio su propio abrazo, y después Hermione, indecisa, pero Stella la apretó tan fuerte que ella no tuvo más remedio que ceder. Luego todos fueron hasta la mesa de comida, disfrutando de un banquete que, al parecer, había sido encargado a un par de elfos. Lo importante era que Hermione no se enterara.

Era el turno de Harry. Sabía que en cualquier minuto comenzaría a enrojecer, pero hizo caso omiso y avanzó hacia ella. Stella aún tenía sus ojos llenos de lágrimas, y al encontrarse con la mirada de Harry, se maldijo a sí misma por ser quien era... por tener aquel rostro, aquellas manos, aquel nombre. Lo único que quería era abrazarlo y descansar en su hombro hasta que anocheciera. Pero no, no podía... no debía. Mantuvo su mirada, e intentó sonreír. Él lo merecía... lo merecía todo...

Sólo los separaban unos centímetros, pero Harry estaba demasiado nervioso como para decidir qué hacer. Entonces ella lo resolvió: se puso en puntillas, le tomó el rostro y lo besó en la mejilla. Él cerró los ojos mientras duró el contacto.

- Gracias, Harry... Significa mucho para mí – murmuró ella, conmovida. Harry susurró un “de nada” casi como un suspiro, pues al parecer aquel beso le había robado la mitad del aliento. Stella sonrió ante eso, divertida, y las ganas de abrazarlo se incrementaron.

- Vengan acá o no probarán el pastel – les habló Dean desde la mesa, masticando un gran pedazo.

Ellos asintieron, sonrientes. Pronto Neville repartió vasos para todos y brindaron por el acontecimiento. Stella sentía que aquello era demasiado... que muchos de ellos, en un día muy cercano, se arrepentirían de haber estado ahí, pero decidió aprovechar el momento, sin dejarse abatir por ideas pesimistas. Era feliz, en aquel exacto y preciso momento de su vida, y no le importaba nada más. Ni siquiera el hecho de tener que alejarse, tarde o temprano.

La Mejor de Mis Navidades

Hace una semana que Harry vigilaba atentamente a los duendes que colocaban la decoración de Navidad en los salones, terrazas y pasillos. Al menos durante aquellos días, su búsqueda “inconsciente” por una rama de muérdago se había vuelto frenética, pero había recorrido muchos lugares y aún no encontraba ninguna. Ya estaba harto de ver campanas, bastones dulces, renos de jengibre o estrellas doradas. Necesitaba ese muérdago; era su coartada, y sin ella, no sería capaz de hacer aquello que tantas veces había repasado en su cabeza y que aún no podía concretar. No quería hacer algo precipitado y echarlo todo a perder. Había llevado las cosas con una calma impresionante... quería asegurarse de no hacer el ridículo, y ella parecía disfrutar aquella táctica. Pero no sabía por cuánto tiempo podría seguir soportándolo; tenerla a su lado sin tomarle la mano, sin rozarle la mejilla, sin sonreírle como un bobo cada vez que se encontraban. Recordó aquel episodio con Cho y el muérdago utilizado en la sala oculta del séptimo piso, pero le pareció de mal gusto intentarlo justamente con ese. Seguiría buscando, inadvertido, espiando en los rincones.

Pensando en eso llegó a la Sala Común, luego de atravesar el retrato de la Señora Gorda, y el panorama sugería imponentemente que las vacaciones navideñas se acercaban a pasos agigantados. Había mucha gente yendo y viniendo, subiendo y bajando las escaleras a los dormitorios, y al centro, la profesora McGonagall se cruzaba en el camino de algunos y anotaba algo en un gran pergamino. Giró sobre sus pies y, cuando divisó a Harry, le hizo un gesto para que se acercara. Advirtió a Hermione y a Stella conversando cerca del fuego, pero intentó no ser demasiado evidente y no volteó.

- Potter, me temo que no podrás salir este año para las fiestas - le comunicó, arreglando la montura de sus gafas - Remus y los otros han debido viajar y no hay nadie en Grimmauld Place para recibirte.

Harry se limitó a asentir, distante. Lo cierto es que no había pensado en la posibilidad de salir de Hogwarts para Navidad, después de todo. Creía firmemente que nada más atractivo que la compañía de Stella podía estar esperando por él allá afuera. Entonces fijó la vista en el pergamino de McGonagall y frunció el ceño.

- ¿Sucedo algo? No veo muchos nombres en su lista...

McGonagall sonrió, algo impaciente.

- Me parece que hay algo mejor que hacer en las vacaciones - le dijo, guiñándole un ojo y caminando hacia la entrada para detener a un grupo de tercer año.

Harry abrió la boca para protestar, confundido, pero la voz de Ginny lo trajo a tierra. Cerca de la chimenea, gran parte de la Armada se unía en una carcajada; Collin había contado un chiste excelente. Harry sonrió hacia todos y quiso integrarse a la conversación.

- Nos reunimos ayer por la tarde y acordamos por unanimidad que nos quedaríamos en Hogwarts - explicó Hermione, sonriendo, y los demás asintieron con entusiasmo. Harry elevó una ceja.

- ¿Por qué harían eso? - dijo, sereno, pero algo inquieto. Dennis y Lavender intercambiaron una mirada de confusión - Ginny, tu madre morirá de la pena si no van a visitarla para Navidad. Lo mismo sucede con la tuya, Seamus... o con tus padres, Hermione. ¿Qué los detiene en Hogwarts?

Ginny arrugó la frente, pensativa. Jamás creyó que Harry reaccionara así.

- ¿Por qué? Sólo te diré dos palabras: Armada Dumbledore - respondió, contrariada.

Ron bajó la mirada y supuso conocer las razones de Harry para no querer que muchos de ellos rondaran Hogwarts en los días de fiesta. Sonrió perspicaz, dirigió una mirada sutil hacia Stella y volvió a acomodarse en el sillón para fijar los ojos en Harry.

- En esta época el colegio está desierto, lo que nos da más oportunidad para practicar nuestra Defensa sin obstáculos - opinó Ernie, sin advertir el tono distante de Harry - Además, Stella, Theresa, Neville y tú debían quedarse de todas maneras, por lo que decidimos acompañarlos.

- Haz pasado muchas Navidades solo, Harry, y no creemos que sea justo. Somos un grupo ahora, y debemos apoyarnos en todo - pronunció Dean, alegre.

- Somos algo así como los Mosqueteros... uno para todos y todos para uno. Aunque, pensándolo bien, necesitaríamos demasiadas espadas...

El espíritu risueño que se había apoderado de la Armada los últimos días estalló en numerosas carcajadas luego de la intervención de Collin. Harry suspiró, resignado, y se unió a la risa colectiva. No le agradaba demasiado que veinticinco conocidos vigilaran su espalda en aquellas semanas, pero apreciaba mucho su intención de alegrarlo y acompañarlo en las fiestas. “Hay tiempo para todo”, pensó sonriendo, ya más tranquilo.

Pronto a su alrededor, y sobre todo después del almuerzo, centenares de estudiantes bajaban por la escalera principal con un par de maletas y debidamente abrigados para el viaje. Un par de días de pasillos solitarios era un buen tiempo para poner en forma a la Armada. Con todos los deberes que habían tenido que entregar en el resto de las asignaturas, casi no les había quedado tiempo para practicar.

A la hora de la cena, prácticamente los únicos en todo el comedor eran Harry y sus amigos, por lo que hicieron rápidos movimientos y se sentaron todos en una sola mesa. Cuando Dumbledore y McGonagall entraron por la puerta lateral no pudieron reprimir una sonrisa. Observaron atentamente a aquel grupo, charlando animadamente y brindando a cada minuto por una nueva excusa.

- Y eso que alguna vez me sugeriste no permitir sus encuentros - bromeó Dumbledore, sonriendo bajo su barba. Minerva alzó una ceja - Es el mejor escenario jamás planeado: representantes de las cuatro casas luchando por un objetivo común.

- Reconozco que me equivoqué, Albus. Ellos se reúnen por diversión, pero no tienen idea de lo que están haciendo por Hogwarts...

- ¿Querrán que los acompañemos?

Minerva negó con la cabeza, haciendo eco de la sonrisa.

- Claro que no - respondió, y giró sobre sus pies - Vamos, dejémoslos solos.

Varios metros más allá, en la mesa de Ravenclaw, Ron y Seamus intentaban ponerse de acuerdo.

- ...somos una asociación legal ahora, es cierto, pero Filch sigue vigilando nuestras andanzas. Incluso ha entrado a nuestras habitaciones para cerciorarse de que todos estemos durmiendo. ¿Cómo haremos para salir sin que nos atrapen? - opinó Ron, y Seamus se acomodó en su silla.

- Es una buena pregunta - dijo Harry, pensativo.

- Podríamos agrandar la capa invisible de Harry para que quepamos todos dentro - sugirió Cho, y gran parte de los presentes la miró como si se hubiera vuelto loca.

- No, no gracias - dijo Harry, mirando a Neville de reojo - ¿Alguien más tiene una idea?

- ¿Poción multijugos? - dijo Dennis, y Ron puso cara de asco.

- A menos que nos transformemos todos en Filch o la Sra. Norris, lo dudo - opinó, aún con aquella mueca de desagrado.

- Podríamos ir en pijamas - habló Luna repentinamente, con la mirada perdida en su budín de espinacas y con su usual tono somnoliento. Todos volvieron sus ojos hacia ella, y tras sus palabras los rodeó un incómodo silencio. Unos segundos después Hermione tomó la palabra.

- Ehhh... es una buena idea, en realidad - opinó, arrugando la frente ante la mirada colectiva de reprimenda. Ella se encogió de hombros - No, de verdad, es una buena idea. Si practicamos en pijamas, estaremos ahorrando tiempo valioso. Ron, dices que Filch ha entrado a sus habitaciones para cerciorarse de que estén durmiendo. Si los encuentra en pijamas en la Sala Común, no tendrá como acusarlos de nada...

Seamus, Dean y Collin asintieron ligeramente y sonrieron, de alguna manera aprobando la solución transitoria. Los demás comenzaron un murmullo de entusiasmo.

- Ron, Theresa y yo somos prefectos. Podemos inventar cualquier excusa si nos alcanza fuera de nuestras habitaciones - habló nuevamente Hermione, y Theresa le sonrió desde la esquina opuesta de la mesa.

- Además, podemos decir que Neville es sonámbulo, y si Filch nos encuentra en el pasillo, sólo diremos que salimos a buscarlo... - concluyó Lavender, y Neville arrugó la nariz en señal de molestia. ¿Por qué siempre debía ser él quien hiciera el ridículo?.

- ¿A favor de la fiesta en pijamas? - preguntó Ginny, sonriendo, y todos levantaron sus manos.

- Perfecto - se alegró Harry, dejando su copa de zumo de naranja sobre la bandeja - Que no se hable más. A las diez en punto nos vemos junto a la pintura del Trol, ¿de acuerdo?.

Todos asintieron y poco a poco se fueron dispersando. Las luces de los pasillos comenzaban a decaer y la profesora Sprout - la única docente que se había quedado en el comedor para cenar - les sugirió que regresaran a sus salas comunes cuanto antes. Nadie objetó y subieron rápidamente las escaleras. El show iba a comenzar.

Harry golpeó un par de veces uno de los jarrones del estante con su varita.

- ¡Pónganme atención o jamás terminaremos!

Las risas y murmullos que llenaban el salón escondido cesaron apenas escucharon el último grito de Harry. En una de las esquinas había un gran árbol de navidad decorado con bolas luminosas, y por todos lados colgaban diversos adornos y guirnaldas. Además, cantos de villancicos se escuchaban a lo lejos, como si tras las paredes hubieran escondido un par de parlantes. Hermione arrugó la frente, sintiéndose de pronto como si estuviera atascada en un elevador de Londres.

La vista era bastante singular: distante de la monotonía de sus uniformes, los pijamas de cada uno hacían, en conjunto, un extraño collage multicolor. Claro que, al menos para Harry, el más interesante era el de Stella. A cada lado de su camisa había un pequeño bolsillo, y en ellos destacaban unas cintas con pequeñas mariposas dibujadas, sólo que en el de la derecha faltaba una. Harry sonrió y evitó su mirada unos segundos; él tenía esa cinta, la había encontrado en casa de los Weasley, y ahora que sabía su procedencia no se desprendería de ella por nada. Volvió a sonreír, aclaró su garganta y habló fuerte.

- Lo están haciendo muy bien, pero necesito saber un par de cosas antes de que sigamos - explicó, paseándose entre ellos - El profesor Pittycarp dijo que le señalaría a cada uno, luego del torneo, en qué estaban fallando para así poder superarlo. Quiero que se concentren en eso y lo practiquen hasta el final de la sesión - finalizó, y lo siguió un gesto colectivo de asentimiento.

Como las críticas de Pittycarp fueron bastante diversas, Harry se dio el tiempo de detenerse en cada uno y ayudarles en su mejoría.

- En general me felicitó, dijo que había demostrado conocer la técnica, pero que me faltaba seguridad - le habló Neville, encogiéndose de hombros.

- Estoy de acuerdo - afirmó Harry, comenzando a hablar como un verdadero profesor - Lo mejor será que practiques con Owen, entonces. Vencer al ganador del Torneo será un gran apoyo para tu confianza - sonrió, y Neville le agradeció el gesto. Owen levantó su puño desde el otro lado de la sala, mostrándose de acuerdo con la idea de Harry.

- A mí sólo me dijo que cuidara mi temperamento - comentó Ron, tranquilo - Nada más. Y que siguiera practicando mi Rictusempra. Según él aún faltaba liberar más chispas...

- Haz eso entonces - le animó Harry, apuntando luego hacia su izquierda - y practica con Dennis. Pittycarp le hizo exactamente la misma observación.

Avanzó unos pasos y se encontró con Stella, Hermione, Theresa y Ginny.

- No pudo criticar nada pues no alcanzó a verme en acción - explicó Hermione, con un deje de molestia - pero me pidió que desarrollara mi intuición. Dijo que no me faltaba seguridad, pero sí algo de ambición al momento de pelear con alguien... ¿raro, no?

Harry iba a ser un comentario pero alguien lo interrumpió.

- Se refería a que no te gusta lastimar a nadie... pero que para cuando te enfrentes a alguien como Pansy, deberías dejar tu bondad a un lado y patear algunos traseros - opinó Theresa, risueña - A mí me dijo lo mismo. De hecho, le sorprendió mucho que estuviera en Slytherin.

Hermione y Theresa se sonrieron. Harry les pidió entonces que practicasen en pareja y siguió con su ronda, pero mientras le señalaba a Collin

cómo hacer un buen Expelliarmus, algunas carcajadas lo distrajeron. Volteó hacia su derecha y divisó, resguardadas en la esquina, a Stella y Ginny, quienes se lanzaban algo blanquecino desde sus varitas. Frunció el ceño, y dejando su lección a la mitad, se acercó a ellas. Entonces, de la nada, algo suave y fresco lo golpeó en mitad de la cara.

- ¿Pero qué....? - murmuró, sorprendido por el impacto. Limpió su cara con la manga de su camisa, se quitó las gafas y volvió a escuchar algunas carcajadas.

- Oh, lo siento mucho, señor profesor - se disculpó Stella, coqueta, aunque con algo de broma - Eso iba para Ron.

- ¿Para mí? - exclamó Ron, desde el otro lado de la sala - ¿Qué iba para mí?

Sólo tardó dos segundos en saberlo. Una bola blanquecina lo había noqueado en pleno rostro. Luego se escuchó la risa de Ginny.

- ¿Qué es esto? - preguntó Harry, tocando aquello que lo había golpeado. Parecía nieve, pero era mucho más suave y no te congelaba los dedos.

- Es nieve ficticia. No es fría y es más manejable para jugar - explicó Ginny, aguantando la risa al ver el rostro de Ron - George me enseñó sobre ella en el verano.

- Gemelos Weasley. Claro, quien más... - murmuró Owen, y al segundo siguiente se volvió a escuchar un “puff”. Si su cabello antes era rubio, ahora aparecía completamente blanco.

Tocó su cabeza, sintió la suavidad de la sustancia, y sonrió, desafiante. Ginny se sonrojó levemente.

- ¡Ahora verás!

De un minuto a otro, todo se transformó en una locura. Bolas de nieve iban y venían, y dado cierto tiempo era tal la cantidad acumulada en las esquinas, que ya servía para hacer un hombre de nieve. Claro que algunos se tomaron aquello al pie de la letra: Terry, Collin, Dennis y Seamus tomaron a Neville de sorpresa y lo cubrieron de blanco de pies a cabeza. Le colocaron bolas luminosas del árbol como si fueran botones de una chaqueta, un sombrero de Santa Claus sobre su cabeza y uno de los bastones dulces de la decoración para posarlo en su mano inmóvil. Luego de ver aquel espectáculo, Ron y Hermione no pudieron dejar de reír. Mientras, Angelina, Susan, Hannah, Theresa y Luna lidiaban una lucha reñida: cuál introducía más nieve en el pijama de la otra.

- ¡¡Bomba!! - gritó Stella, divertida, y Harry se agachó justo a tiempo.

- ¡Ni lo pienses...! - exclamó de vuelta, lanzándole una bola de nieve que la hizo tropezar con Parvati y Alicia. Las tres cayeron estrepitosamente a un lado del árbol, pero al ver que ninguna se había hecho daño, rompieron a reír.

- ¡Hey, amigos!! ¡Miren la hora!

Owen señaló al reloj de pared y todos detuvieron sus juegos. Eran casi las cuatro de la mañana. Compartieron miradas de preocupación, pero Harry intentó suavizarlas.

- Muy bien, levántense todos. No hay nada qué temer... lo haremos como lo planeamos. ¡Vamos, de a tres en tres, rápido!

La orden de Harry fue acatada con inmediatez y pronto la sala se fue desocupando. A medida que iban saliendo, Harry divisaba de reojo el muérdago que colgaba cerca de la puerta. Luego cerraba los ojos, negaba sutilmente con la cabeza y regresaba a su labor de guía.

- Nosotros somos los últimos. Andando - le susurró Stella, pero al llegar al cruce de la puerta vio que Harry no la seguía - Harry, vamos... estamos perdiendo tiempo.

Harry estaba prácticamente hipnotizado en el muérdago, luchando en sus adentros sobre si debía utilizarlo o no. Giró la mirada hacia Stella... estaban solos, era su oportunidad...

- ¡Vengan rápido, escuchamos a Filch!

Decepcionado pero sin más remedio que escapar, Harry corrió por el pasillo junto a Stella y se reunieron con los otros tras la estatua de la Bruja Jorobada.

- Bien chicos, ha sido un placer. Nos vemos en el desayuno - se despidió Ron, sonriente, y cada uno siguió su camino hacia su sala común.

A poco andar, Hermione advirtió que dejaban una notoria estela blanquecina en los pasillos, por lo que liberó aire caliente de su varita y secó aquellas huellas con la ayuda de Stella. Dudaban que a Filch le pareciera muy gracioso encontrar nieve mágica en los corredores que daban a la Torre Gryffindor.

- ¿Quién osa despertarme a las cuatro de la madrugada? - balbuceó la Señora Gorda, al sentir que alguien tiraba de la tela de su óleo.

- Lo siento... es que queremos entrar - se disculpó Hermione, algo avergonzada
- Ninmbulus Nimbletonia.

- Sí, sí... aaagggghhhh... pasen ya - bostezó, abriendo el retrato. La Sala Común estaba sumida en un agradable silencio, el fuego de la chimenea ya se había consumido, las luces del árbol de navidad continuaban parpadeando armónicamente y, tras la ventana, comenzaban a divisarse los primeros signos del alba.

- Hey, esperen un segundo - los detuvo Ron, erguido en medio de la sala - ¡Hoy es Navidad!

Los demás demoraron un momento en reaccionar. Claro, ya era 25, pero habían pasado tanto tiempo en la sala oculta que prácticamente lo habían olvidado. Ginny, Dennis y Angelina no perdieron tiempo y saltaron hacia el árbol, escudriñando el monte de regalos.

- Este es tuyo, Harry - dijo Ron, extendiéndole un paquete - Tres a uno a que es un nuevo suéter de mamá.

Harry rasgó el papel, lo abrió y sonrió. Era un suéter verde con su inicial bordada, bastante más grande que el del año pasado. Luego miró a Ron: él tenía uno igual, pero rojo y con una gran 'R' en el pecho. Ginny le pasó un paquete similar a Stella; lo abrió, expectante, y encontró un suéter azul claro con su inicial. No pudo contener una carcajada.

- Es hermoso, lo usaré sin duda - dijo, dado que Ron ponía cara de reticencia –
Qué alegría ser parte de una tradición.

- No me digas que tampoco celebran la navidad... - comentó Alicia, casi en tono de broma, y Stella bajó la mirada, avergonzada. El resto intercambió una mirada de “ups”, silenciosos.

- Seguro que esta navidad valdrá por todas las anteriores - la animó Harry, y ella le sonrió.

Fijó sus ojos en él, pensó un momento y se arrodilló frente al árbol, buceando entre los regalos sin abrir. Apartó dos paquetes pequeños con muchos sellos y timbres raros, como si hubieran tenido que pasar por cien aduanas distintas.

- Ten. Feliz Navidad - le sonrió Stella, y Harry se sorprendió.

- ¿Para mí...? - balbuceó, recibiendo el paquete en sus manos - No... no tenías que molestarte...

Se ruborizó un poco y el resto de sus amigos ahogaron una risita elocuente. Ron los hizo callar, aunque no pudo reprimir una sonrisa (“Vuelvan a sus asuntos, ¡envidiosos!”) admirando expectante qué sería aquello que Harry intentaba descubrir tras el papel marrón. Envueltas en una funda rojo-dorado, Harry dejó ver un par de lustrosos guantes de protección de Quidditch.

- ¡Vaya, excelente! Los míos ya estaban muy desgastados, muchas gracias - exclamó Harry, y Stella sonrió, emocionada.

Ron corrió hasta él, se los quitó de las manos y comenzó a estudiarlos con la mirada. Parecía embobados con ellos. Stella se acercó aprisa.

- ¿Ya viste en el interior? - le dijo a Harry, y éste arrugó la frente, confundido. Quitó uno de las manos de Ron, buscó dentro y, un par de segundos después, abrió la boca de sorpresa. Apenas podía pronunciar palabra. Ron lo miró, apremiante, instándolo a que dijera qué era aquello tan sorprendente, pero ya que Harry no podía comunicarse normalmente por ahora, Stella lo sacó de la duda - Un viejo amigo consiguió aquellos guantes para Harry... Aidan Lynch, no sé si lo conoces.

Ron por poco se desmaya.

- ¡¿Bromeas?! - gritó, quitando los guantes a Harry y cerciorándose de que aquella codiciada firma estuviera en el interior - ¡Aidan Lynch, el buscador del equipo de Irlanda! ¡Esto debe haberte costado una fortuna!

Stella rió, divertida ante el gesto tanto de Ron como Harry, y negó con la cabeza.

- Cuando le escribí a Aidan pidiéndole sus guantes, se mostró bastante complacido al saber que Harry los usaría... - dijo, y Harry sonrió como bobo - Él mismo pagó todas las franquicias de correo.

- ¿Cómo... cómo te contactaste con él? ¿Cómo lo conociste? - preguntó Harry, tartamudo, aún sin salir de la impresión.

- Me encontré con él y su equipo en uno de mis tantos viajes. Son excelentes personas, muy inteligentes y talentosos. Varios de ellos te nombraban en sus conversaciones, Harry - recordó, y Harry volvió a sonrojarse. Entonces Stella abrió los ojos como si hubiera olvidado algo importante - Y bueno, no sólo estuve con el equipo de Irlanda, sino también con el de Polonia, Escocia, Bulgaria, Nigeria... lo que me recuerda que también tengo algo para ti, Ron - sonrió, y Ron hizo un gesto de sorpresa.

Extendió hacia él el segundo paquete, y Ron apenas pudo tomarlo con firmeza. Le temblaban las manos, prácticamente había comenzado a sudar, y el resto de los de la Armada lo rodearon inmediatamente, ávidos por saber el contenido de su regalo.

A tientas, Ron desgarró el papel y se encontró frente a frente con otro par de guantes de Quidditch. Tragó saliva, buscó nerviosamente en el interior y, estupefacto, leyó las letras doradas.

- ¿P-P-Petro Z-Zograf-f-f...? - tartamudeó, casi al borde de las lágrimas. Un “¡Ohhh!” colectivo siguió sus palabras.

Stella sonrió.

- ¿Y a quién esperabas? ¿A Viktor Krum?

Ron le devolvió un gesto de pseudo molestia, y pronto se largó a reír. Ginny tomó uno de los guantes para cerciorarse por sí misma del acontecimiento.

- ¿Petro Zograf, el guardián de Bulgaria? ¡Increíble!

Todos comenzaron a alabar aquellos regalos como si estuvieran benditos. Harry se puso los suyos, probó su flexibilidad y sonrió, dichoso. Ron hizo lo mismo con los de Zograf.

- Insisto, eres mi héroe - le agradeció Ron, dándole un abrazo. Ella murmuró un tibio “gracias a ti”. Harry aún no terminaba de creer que tenía los guantes del buscador más codiciado del circuito, y del equipo ganador de los últimos mundiales de Quidditch.

- Tengo sus direcciones por si quieren escribirles - comentó Stella, tranquila - Estoy segura de que Aidan estaría gustoso de recibir una carta tuya, Harry.

Él asintió. Neville intentó tomar uno de los guantes de Zograf, pero Ron los alejó pronto de la vista de todos y los resguardó con el paño de tela. Los apretó contra su pecho, y comenzó a pensar, aturdido, el rostro que pondrían Fred y George cuando supieran... hasta que una imagen nebulosa lo trajo a tierra. Se quedó estupefacto frente a la ventana, entornó los ojos y dejó caer sus guantes, los cuales Ginny retomó rápidamente.

- ¡Oh, no, lo perderé! - gritó, tomándose la cabeza. Acto seguido corrió hasta Hermione, quien estaba revisando el regalo de sus padres. La tomó de la mano y la arrastró hasta la salida.

- ¡Ron, qué haces! - exclamó Hermione, sorprendida y confundida.

- ¡Corre o lo perderemos!

Hermione no tuvo tiempo de entender nada. Así como estaban, con sus pijamas y apenas resguardados por sus batas, desaparecieron tras el retrato de la señora Gorda. Neville, Seamus y Collin intercambiaron miradas atónitas, pero no lo pensaron demasiado. Ron podía ser muy raro a veces.

Pasado unos minutos, gran parte del grupo subió a sus habitaciones para vestirse. Pronto sería la hora de desayunar. Cuando sólo quedaban Harry, Ginny y Stella, las dos chicas hicieron un ademán de subir las escaleras, pero Harry se adelantó.

- Stella, espera un momento - le dijo, y luego sonrió, incómodo, hacia Ginny. Ella entendió en el acto.

- Te espero arriba - dijo la más pequeña de los Weasley, y cerró tras de sí la puerta de su dormitorio.

Stella volteó hacia Harry, curiosa. La luz de la mañana comenzaba a entrar a raudales por las ventanas de la sala común.

- Yo también tengo algo para ti - pronunció Harry, entusiasmado como si tuviera cinco años. Regresó sobre sus pasos, buscó algo bajo el árbol y extendió hacia ella un paquete cuadrado envuelto en celofán - Ehh... Feliz Navidad.

Ella le dirigió una mirada tierna. Jamás habría esperado recibir un regalo de Harry para Navidad... así como tampoco había esperado que celebraran su cumpleaños. Le sonrió, agradecida, y tomó el paquete entre sus manos, depositándolo luego en una de las mesas. Harry se apoyó en el borde, justo a su lado, expectante.

- Pensé en dártelo para tu cumpleaños, pero creí que la Navidad sería un mejor momento - comenzó a decir Harry, mientras Stella desataba delicadamente el lazo amarillo que rodeaba el regalo. En sus palabras denotaba nerviosismo.

Los segundos que siguieron se hicieron eternos para los dos. La Sala Común estaba rodeada de un silencio inusual, invadido sólo por el sonido del celofán al desprenderse. Harry aguantó la respiración, y fijó la vista en Stella, ansioso por ver su reacción. Entonces sucedió. Sus ojos se agrandaron y sus labios se abrieron parcialmente en signo de sorpresa. Llevó una mano a su boca, cerró sus ojos en una milésima de segundo y se inclinó para rozar, temblorosa, la portada de un viejo libro empastado. Era de textura gruesa, se notaba antiguo y desgastado, y la tapa estaba hecha de una extraña madera flexible. Al centro, y delicadamente tallada, una majestuosa libélula apuntaba hacia una pequeña cerradura, rodeada de distintos trazos en forma de runas.

Harry sintió que aquello había surtido el efecto deseado, y suspiró de satisfacción.

- Estaba en el Callejón Diagon, bajo nuestras narices. No fue muy difícil encontrarlo, e incluso me pareció que el dueño de la tienda estaba muy aliviado por deshacerse de él. Yo no pude abrirlo, pues no venía con ninguna llave, pero estoy seguro de que... tú...

Fue incapaz de seguir hablando. El rostro de Stella era suficientemente elocuente. Sus ojos estaban llenos de lágrimas, y clavaba su mirada en él con ansiedad, como si acabara de salvarle la vida. Harry no sabía como reaccionar, no había planeado tanta conmoción, pero ella, nuevamente, había resuelto su duda: sin preámbulos, avanzó unos centímetros y lo rodeó con sus brazos. Temblaba. Harry aún permanecía quieto, congelado, incapaz de realizar un movimiento coordinado, pero pronto sus neuronas hicieron las conexiones necesarias y entendió, tardío, que Stella estaba en sus brazos y que respiraba suavemente cerca de su cuello. Una sonrisa tonta se dibujó en su cara y entonces movió sus manos, sutil, por la espalda de ella, respondiendo al abrazo.

- Supongo que te gustó - bromeó, y Stella rió, nerviosa. Lo liberó un poco de aquel estrecho gesto, le tomó el rostro y lo besó en la frente - ¿Vas a decirme por qué este libro es tan importante? - preguntó en un susurro, fijando la mirada en sus pies. Estaba demasiado sonrojado como para verla a la cara.

- Hay muchas cosas que quisiera decirte - respondió, serena, aunque algo melancólica. Jamás habían tenido sus rostros tan cerca - ...pero sólo hay una que necesitas saber. En este libro está mi redención, mi destino. Sin querer, haz hecho que renazca en mí las ganas de seguir.

Es cierto, Harry no entendía nada, pero por el momento le bastaba saber que había contribuido enormemente en algo bueno, y que ella era feliz. Esperaba que algún día, no muy lejano, tuviera la confianza suficiente para contarle sus secretos.

- Pero está cerrado... Es decir, no venía ninguna llave, y por más que traté no pude abrirlo - le advirtió, y ella sonrió.

- No te preocupes, encontraré la manera - finalizó, tomando el libro y apretándolo contra su pecho.

Harry sonrió hacia sus adentros. Parecía que el tiempo había pasado tan rápido... Stella caminó hasta la escalera, y luego volteó, suavemente.

- Aidan dice que es posible que un agente del Circuito Internacional de Quidditch te envíe una carta en los próximos meses. Quieren que los consideres en tu futuro profesional - comentó, orgullosa. Y luego añadió: - Víktor te envía saludos.

Harry soltó una carcajada.

- ... y, no lo digas: un par de maldiciones para Ron - bromeó, y ella asintió, alegre. Subió luego rápidamente los escalones, dejando a Harry a solas con sus sentimientos. Por un momento, se arrepintió de no haber mantenido aquel abrazo un poco más...

Con dificultad, Ron ayudó a Hermione a escalar por la rústica escalerilla que comenzaba en la Lechucería. Durante todo el camino no habían

cruzado ni una palabra, pero el rostro de Ron bastaba para saber que algo importante pasaría. Ella, confiando a ciegas, no había preguntado nada, pero como ya habían cruzado muchos lugares y en cualquier segundo se encontrarían en la azotea de Hogwarts, no pudo más con su curiosidad. Avanzaron lentamente por aquel sitio plano, y se detuvieron cerca del borde. La brisa era helada pero no suficiente para molestar.

- Ron, puedes decirme qué es lo que...

De pronto sintió que hablar, en aquel contexto, simulaba el peor de los insultos. Frente a ella, majestuosos, los alrededores de Hogwarts se teñían de un naranja furioso, pasando de amarillo a rojo dependiendo de lo que tocaba la luz. Las colinas estaban cubiertas de nieve, así como las copas de los árboles, y los delicados rayos pintaban sus siluetas en las paredes de piedra del castillo. El sol aparecía medianamente en el horizonte, claro y nítido como jamás lo había visto, y sintió que el pecho se le encogía de emoción. Desde ahí, la vista era impresionante, hermosa.

Ron se le acercó lo suficiente, y Hermione sintió su respiración agitada. Estaba maravillada con el espectáculo.

- Podría haberte regalado cualquier cosa... - comenzó a decir, tímido. La brisa revolvió el cabello de Hermione cerca de él - ...pero nadie olvida un amanecer, ¿verdad?

Por un momento Hermione creyó que estaba soñando. Era como si la hubieran golpeado desde adentro y necesitara con urgencia un grito de liberación. Insegura, volteó hacia él y vio en sus ojos aquel gesto de ansiedad, de expectación, de miedo. Su temor a no hacer lo correcto era uno de sus puntos más débiles. Entonces ella sonrió, feliz. Nunca hubiera esperado algo

así... ni de Ron, ni de nadie. Era lo más romántico que había tenido el placer de presenciar en toda su vida.

- Gracias - murmuró, y Ron relajó los hombros, suspirando de alivio. Se sonrieron. - ¿Cómo encontraste este lugar? - preguntó, desviando la mirada nuevamente hacia el paisaje frente a sí.

- Buscando - respondió Ron, divertido, dando a entender que no revelaría un secreto tan grande. Ella no insistió.

- Bajemos... muero de hambre - pronunció luego, y Ron pareció estar de acuerdo.

Sin que se lo esperara (ni en un millón de años), Hermione le tomó la mano y caminaron juntos de regreso a la escalera. Por primera vez – quizá única, quién sabe – se sintió lo suficientemente a gusto como para no enrojecer.

- Hermione... - la llamó, antes de que cerraran la puerta de la Lechucería - ¿Está... está todo bien?

Presentía que aquel momento llegaría. Él quería saberlo... saber si el innombrable incidente del verano se había dado por superado. Hermione lo miró a los ojos, serena, y asintió levemente. Ron le sonrió con ternura y emprendieron nuevamente el rumbo a la sala común.

Todo había sido perfecto.

Dumbledore había dispuesto una nueva decoración en el comedor esa mañana. En lugar de las cuatro mesas usuales, sólo había una, redondeada y suficiente para los cerca de treinta estudiantes que aún quedaban en el colegio. La cubría un mantel blanco con bordados navideños, el cielo falso mostraba una tibia nevazón y las bandejas estaban llenas de coloridas galletas de jengibre. Aunque aún no habían llegado todos, Harry y otros ya habían llenado sus platos de comida. Además, la conversación era de lo más interesante, aunque monotemática: los guantes de Quidditch.

- ¿Te fijaste en la marca de fabricación? ¡Lethiorder, la filial de Ollivander's! - exclamó Angelina, atragantada con las palabras. Miraba a Harry como si esperara que él se los regalase.

- ¿El tipo de las varitas? - recordó Terry, y los demás asintieron.

- Eso quiere decir que son guantes de fabricación especial, no se hacen al por mayor. Fueron confeccionados a la medida - explicó Alicia, entusiasmada. Harry sonrió.

- Son de Aidan Lynch... eso es suficiente para mí.

En realidad iba a decir “Es un regalo de Stella, eso es suficiente para mí”, pero quiso ahorrarse los comentarios intimidatorios. En eso, Luna, Ginny y Stella aparecieron en el comedor. Ella llevaba el libro contra su pecho, conversando animadamente con las otras. Apenas se acercaron a la mesa, Ginny y Luna tomaron un lugar vacío, pero Stella sólo cogió algunas galletas y las metió en sus bolsillos.

- ¿No vas a desayunar? - le preguntó Ginny, y Harry volteó como si estuviera pensando en lo mismo. Stella se encogió de hombros.

- No tengo mucha hambre. Además, quiero leer - explicó, animada, sonriendo hacia Harry. Se despidió de ellos con la mirada y giró sobre sus pies camino a las terrazas.

Harry esperó a que todos volvieran a sus conversaciones y se levantó, raudo, apresurando su paso para alcanzarla. Logró detenerla justo en el ventanal, pues ella volteó sintiéndose repentinamente observada. Al advertir que era Harry quien la seguía, no pudo evitar un leve rubor.

- Olvidé darte esto - dijo, y le extendió un marca-libros hecho de un papel rosa, donde destacaba, en la punta, una mariposa plegada en origami. Stella sonrió, mas era una sonrisa especial.

- No sigas, Harry, o terminaré creyendo que quieres conquistarme...

Harry hizo eco de su sonrisa, pero no dijo nada. ¿Era necesario? Ella volteó, ágil, y Harry la siguió con la vista hasta que se perdió.

- ¿Por qué no lo hiciste?

Neville se había acercado tan sutilmente que Harry no había advertido su presencia hasta que le habló. Sacudió la cabeza, corrigió la postura de sus lentes y le dirigió una mirada confusa.

- ¿Hacer qué? - repitió, en un gesto de interrogación.

Neville alzó una ceja, incrédulo.

- Muérdago - respondió, apuntando al techo.

Harry sintió la imperiosa necesidad de golpear a alguien hasta que las fuerzas lo abandonaran. Reticente, elevó la vista y vio ahí, intacta, una rama de muérdago colgada de la cornisa. Segundos antes, la cabeza de Stella había estado bajo ella.

- Ella lo vio, pero se hizo la desentendida apenas me acerqué - comentó Neville repentinamente, y Harry se sobresaltó.

- ¿Estás seguro? - preguntó, ansioso - Pero ella no sabe qué son...

- Parecía bastante informada para mi gusto - dijo, en un pseudo tono de broma. Luego giró sobre sus pasos, caminando hacia la mesa donde estaba el resto del grupo - *¿No es hermosa la Navidad?* - comenzó a cantar, y varios se rieron acto seguido.

Harry también rió, pero de puros nervios. Pensó un momento, se rascó la cabeza y luego suspiró, resignado.

- Seguro que sí... - murmuró, volteando hacia donde Stella había caminado.

Más suerte para la próxima vez.

Capítulo quince

Weasley es nuestro rey

Sin importar la lluvia, la nieve o el frío – y así lo repitió Angelina incansablemente durante todo el almuerzo – la temporada de Quidditch comenzaría el jueves, día de la celebración de Año Nuevo. Para el martes todos los alumnos regresarían al colegio, por lo que debían maquinar su próxima misión: encontrar con urgencia un par de golpeadores nuevos para el equipo. “Los quiero el miércoles a las diez, sin falta, vestidos y dispuestos en el campo para las pruebas” había ordenado a Harry y Ron, y ellos, mudos, no intentaron contradecirla. Para el recreo, luego de la clase de Binns, y de regreso a la Sala Común, se las había ingeniado para salir a sus caminos y recordarles la frase, sólo en caso de que lo hubieran olvidado. “Hace una pareja perfecta con Fred. Son igual de fastidiosos” comentó Ron, haciendo un ademán de locura al tiempo que Angelina por fin se alejaba de ellos.

Aquel día, la afluencia de personas en la Sala Común se había incrementado notoriamente, cuestión que molestó en parte a Harry, pero no se lo comentó a nadie. Los demás parecían dichosos de abandonar el silencio de los pasillos, la tranquilidad de los jardines y la pasividad del comedor a la hora de la cena; sobre todo Hermione, ya que era la más entusiasmada por comenzar a practicar el encantamiento de Aparición. No tanto así Ron o Lavender, quienes no sacaron muy buena nota en el ensayo del profesor Binns, por lo que debieron hacer deberes extras.

- Eso me pasa por tratar de ser buena persona. Para la próxima, copiaré sin remordimientos el trabajo de Hermione – gruñó Ron, mientras caminaba junto a Harry hacia la clase de Encantamientos.

- Podrías pedirle que te de un par de clases particulares – sugirió Harry, risueño, sin dirigirle la mirada. Tratando de ganarle a la brisa del pasillo, lanzaba y cogía constantemente una snitch. Ron se sonrojó.

- Gracioso – bufó, pero le siguió la corriente – Lo pensaré – respondió, al tiempo que se topaban con el resto de los estudiantes en el salón de Flitwick.

Draco, quien avanzaba con su grupo muy cerca de ellos, fijó la vista en Harry, corrió hasta él sin aviso y atrapó la snitch en el aire, abriéndose paso al empujar a Ron de un manotazo. Él le devolvió una mirada de odio.

- Practiqué más a conciencia este verano... Tendrás que tragarte mi polvo, Potter – lo desafió, acariciando la bola dorada entre sus dedos. Harry hizo un ademán para que se la regresara, pero entonces Draco la observó un momento, pensativo – Hay unas letras... ¿Qué tiene inscrito?

- Nada de tu incumbencia – gruñó Harry, algo ruborizado, arrebatándole la snitch de las manos. Draco alzó una ceja, sonriendo irónicamente.

- Mi madre me contó que tu odioso padre solía hacer eso. ¿Intentas resguardar algún tipo de tradición familiar? – se burló, y Crabbe rió tras él.

Harry apretó los puntos, estrangulando las alas de la pequeña bola. Ron quiso entrar en la discusión, pero Harry volteó hacia él y negó con la cabeza. El profesor Flitwick había salido al pasillo para llamar a los rezagados, y para entonces Goyle, Crabbe y Draco ya habían desaparecido tras la puerta del salón.

- ¿A qué se refería Malfoy? – preguntó Ron, apresurándose a entrar.

Harry lo miró con reticencia, pero luego suspiró.

- Mi padre... Bueno, él solía escribir las iniciales de mi madre en una snitch cuando ella no lo tomaba en cuenta – confesó, con las mejillas rojas y sin mirarlo a la cara. Ron sonrió, y con ello dio la conversación por terminada. Podía adivinar qué letras estaban inscritas en la snitch de Harry.

La clase de Flitwick fue algo más interesante que las del resto del año. Dando rigurosas instrucciones y advirtiendo severamente que nadie intentara copiar sus movimientos, el profesor se apareció y desapareció constantemente por los alrededores del salón, mostrando las técnicas usuales y los niveles requeridos de concentración. Antes de que evidenciaran su ignorancia al respecto, Hermione les recordó a Harry y Ron que el salón de Encantamientos era el único dispuesto para practicar el hechizo, ya que en los terrenos de Hogwarts nadie podía aparecer o desaparecer. Luego el profesor instó a que cada uno intentara realizar el conjuro con uno de sus libros, pero el primer ensayo resultó en un completo desastre y el salón terminó atestado de cientos de hojas amarillentas, dobladas, arrugas, trozadas...

El mayor avance fue de Parvati quien, después de mucha concentración, logró que la mitad de su libro de Defensa llegara justo a un lado de la cabeza de Flitwick, mientras que la otra parte apareció en la mochila de Ron. Nada mal para ser la primera vez.

Como no tenían deberes pendientes, después de la cena la mayoría se fue temprano a la cama, sobre todo Harry y Ron, pues debían guardar energías para el partido. Los reflejos de Draco habían sorprendido a Harry por un momento... ¿Le haría las cosas más difíciles esta vez? Esperaba que no. Jamás otro buscador lo había superado; al menos no en una batalla igualitaria, ya que aquella vez en que Diggory había tomado la snitch (una desagradable sensación lo embargó al recordarlo), él había caído de la escoba a causa de los Dementores. No había sido una victoria justa, por lo que su

registro seguía intacto: ningún otro buscador había logrado ganarle un mano-a-mano, y no estaba dispuesto a cambiar la historia.

Pensando en ello se durmió, fatigado, pero su mente no lo dejó descansar. Sirius volvió a visitarlo, jadeante y moribundo, pidiéndole ayuda a gritos antes de que cayera tras el velo... y Harry, casi a kilómetros de él, extendía su mano en un fatuo intento...

Acostumbrado a aquella pesadilla, despertó al día siguiente con menos sobresalto que las veces anteriores, aunque las nauseas no lo habían abandonado del todo. Corrió las cortinas de su cama, dejó que la luz de la mañana le diera de lleno y buscó a Ron con la mirada. Su cama estaba vacía; seguramente ya era tarde y todos habían bajado a desayunar. Con desgano, caminó hasta los lavabos, se inclinó unos centímetros y dejó que el agua fría del grifo envolviera su cabeza. Se sentía afiebrado, quizá de rabia, o de pena, pero no quiso pensar en ello. El equipo estaría esperándolo en el campo para las pruebas de golpeadores, y si no se presentaba rápido, Angelina no lo dejaría en paz. Volviendo sobre sus pasos, buscó su uniforme rojo-amarillo y se cambió, cuidando de no agitarse demasiado o vomitaría al menor descuido. Se acercó luego al espejo y confirmó su deplorable estado: estaba algo pálido, pero podría disimularlo. Entonces tomó su saeta de fuego, cerró el baúl y corrió escaleras abajo. Hubiera dado lo que fuera por comer algo; su estómago lo estaba matando, pero no podía llegar tarde a las pruebas.

Apenas pisó el campo de Quidditch, divisó a Angelina sobrevolando los arcos, asegurándose de que todo estuviera en orden. En la otra esquina, un grupo de unos veinte chicos levitaban suavemente sobre sus escobas, hablando a viva voz e intercambiando tácticas. Harry no recordaba haber visto tantos postulantes para un puesto en el equipo... Entonces alguien le tocó el hombro y lo hizo saltar. Su estómago dio un desagradable gruñido, pero apretó los labios e intentó relajarse.

- No te ves bien, Harry. ¿Ya desayunaste? - Era Alicia, visiblemente preocupada por el aspecto de su amigo. Él asintió, no muy convincente.

- ¿Llegué tarde?

- No, justo a tiempo – respondió Alicia, aún contrariada por la palidez del rostro de Harry. Caminaron hasta el pórtico más cercano, donde Angelina ya había comenzado a dar instrucciones.

- ...y bueno, es cierto que el año pasado Andrew Kirke y Jack Sloper hicieron un buen trabajo, pero sólo eran golpeadores provisorios. Por ello, me pareció más justo que volvieran a hacer la prueba, y así asegurarnos que son los más adecuados para el puesto.

Todos asintieron, de acuerdo con la decisión.

- ¿Haremos lo de siempre? - preguntó Katie Bell, subiendo ya a su escoba. Angelina movió la cabeza.

- Sí. Ron, quiero que te mantengas cerca de los aros y atrapes o desvíes las bludgers cada vez que se acerquen a ti. Te servirá como un buen entrenamiento - le dijo, y Ron sonrió, alejándose con su escoba. Luego miró a sus cazadores - Alicia, Katie... ustedes se alinearán conmigo y dejarán escapar las bludgers cuando yo lo diga. Y tú, Harry... - lo apuntó, pero pronto arrugó la frente, preocupada - ¿Te sientes bien?

Harry suspiró de cansancio. Estaba harto de que le preguntaran eso.

- No dormí bien, pero estoy listo para jugar – respondió, tajante.

Angelina alzó una ceja en signo de desconfianza, pero luego se encogió de hombros.

- Bien. Tú harás lo mismo que Ron, sólo que recorrerás todo el campo de prueba, asegurándote que las bludgers no se alejen demasiado. ¿Todos han entendido?

Se escuchó un ‘sí’ general y los cuatro despegaron los pies del césped. Arriba, muy cerca de Ron, los aspirantes se sumergieron en un silencio expectante. Angelina les sonrió a todos, y desplegó luego un pergamino que llevaba en su túnica.

- Alan Arather y Tom Bishop – leyó en voz alta, y un par de chicos muy robustos, uno muy moreno y el otro extremadamente pálido, volaron unos metros hacia adelante – El resto de ustedes puede esperar en las graderías. Los llamaremos en orden – explicó, y así todos se dirigieron al lado oeste del campo.

Ahí también estaban Hermione y Ginny, aprovechando su bloque libre antes de Herbología para ver las prácticas. A su lado, Stella parecía muy entusiasmada con aquel deporte llamado Quidditch, pero había llevado su libro bajo el brazo, dispuesta quizá a echarle un vistazo cuando el entrenamiento dejara de ser interesante. Un poco más arriba, y dando suprimidas carcajadas cada cierto tiempo, un grupo de chicas de cuarto año observaba a Ron con curiosidad, cuestión que no dejaba de irritar a Hermione, volteando de vez en cuando para callarlas.

- Vamos, Hermione... sólo quieren animar a Ron un rato. ¿No crees que lo merezca? – inquirió Ginny, y Hermione se cruzó de brazos, mordiéndose el labio inferior.

- ¿No estarás celosa, o sí? – preguntó Stella esta vez, haciendo que Hermione abriera los ojos al máximo – Ron se ha transformado en un chico muy atractivo. No tiene nada de malo que tenga un par de seguidoras – dijo, aguantando las ganas de reír. Hermione realmente parecía molesta.

- ¿Celosa, yo? Estás loca – balbuceó, pero pronto volvió la vista hacia las chicas, y luego hacia Ron, arrugando la frente con irritación.

- Estoy segura que Ron se siente halagado – afirmó Ginny, divertida por la reacción de Hermione. Ella acomodó su bufanda.

- ¿Quieren concentrarse y dejar de hablar barbaridades? Las pruebas van a comenzar – dijo, algo perturbada, y fijó su vista en el horizonte. Stella y Ginny intercambiaron una mirada elocuente, pero decidieron no hacer más comentarios.

Tras la señal, Alicia y Katie dejaron escapar las bludgers. La idea era que uno de ellos fuera capaz de golpear alguna de las bolas con su bate, y así pasarla a su compañero la mayor cantidad de veces, antes de que logran escapar... Pero, según lo comprobaron todos los espectadores apenas unos segundos después, aquella instrucción no fue entendida a cabalidad por los primeros dos postulantes. A juzgar por sus contexturas, deberían sostener el bate con gran facilidad, pero al primer golpe, el chico de pelo oscuro se noqueó a sí mismo con él y minutos después confesó ni siquiera haber visto la bola. Angelina se tomó la cabeza, desesperanzada, pero suspiró profundo para tranquilizarse y llamó a la siguiente pareja.

La misma rutina: liberación de bludgers, golpeadores listos... y pobres demostraciones. Recién la cuarta pareja, compuesta por dos chicos de séptimo, lograron pasarse la bludger mutuamente dos veces, constituyendo todo

un récord comparado con la patética presentación de los demás. Tras ellos, llegó el turno de Kirke y Sloper, y a pesar de que no lo hicieron mucho mejor, al menos fueron los únicos capaces de golpear la bludger sin salir lastimados al mismo tiempo. Harry se sentía algo mareado por haber tenido que correr tras las bludgers una y otra vez, pero no se quejó en ningún momento. Por su lado, Ron hacía un gesto divertido ante cada pareja que pasaba, levantando o bajando el pulgar en cada ocasión. Pero no era demasiado expresivo: recordaba perfectamente todo el sufrimiento que le supuso entrar al equipo, por lo que intentaba no involucrarse. Mal que mal, la decisión era de Angelina.

Entonces ella, luego de que dos chicos de segundo prácticamente huyeran del campo (luego de ver la actuación de los otros), exclamó los últimos nombres, no muy segura, y aquello llamó enormemente la atención del equipo: los hermanos Creevey. Harry y Ron intercambiaron una mirada de preocupación, pero les parecía interesante que sus amigos intentaran tal desafío. Angelina y Alicia, entre tanto, los miraron de arriba a abajo: Dennis y Collin eran muy valientes y divertidos, los apreciaban mucho y los halagaba el hecho de poder participar, pero destacaban por su frágil aspecto. Rubios albos, de textura delgada y pequeña, simulaban más un par de niños de segundo año en lugar de cuarto y quinto respectivos, y aquello estaba lejos de ser un punto a favor para elegir a los nuevos golpeadores. Angelina pensó un momento, quizá deseosa de evitar que realizaran la prueba, pero Katie se acercó a tiempo.

- Angelina, dales una oportunidad. Saben lo que hacen – le dijo, segura, y ella asintió.

- Bien – susurró, y luego elevó la voz para dirigirse al equipo - ¡Golpeadores, a sus puestos! Alicia, Katie... cuando quieran.

Los dos hermanos, sin perder sus sonrisas, se situaron a varios metros de distancia del otro, se miraron con decisión y movieron la cabeza hacia Angelina. Ella dio la señal.

Rápidas e histéricas, dos bludgers volaron en línea recta hacia cada uno de los Creevey, quienes agacharon sus cabezas, giraron sobre sus propios ejes en un gesto casi acrobático y golpearon, certeros, las dos bolas en dirección a los arcos. Intencionalmente o no, hicieron un gol doble, celebrándolo con un choque de manos. Ron y Harry corrieron tras ellas y las regresaron al campo, donde una vez más Collin se lució con su puntería. Dennis esquivó la última, se lanzó en picada y la desvió con todas sus fuerzas hacia su derecha, donde Katie la recibió en mitad del pecho. Con esfuerzo, logró bajar y regresarla a su caja, no sin antes sonreírle a sus amigos por el buen trabajo. Angelina levantó las manos, dando por finalizada las pruebas. Ordenó a Alicia que guardara la segunda bludger, pidió a Collin y Dennis que los esperaran en las gradas, y reunió al equipo en tierra firme.

- La decisión es obvia para mí – opinó Harry, y los demás estaban de acuerdo. No tanto así Angelina, quien mantenía la vista en el suelo, pensativa.

- No... no puedo – dijo por fin. Ron arrugó la frente, confundido.

- ¿Qué significa eso? – preguntó, y Angelina hizo un ademán para que cerraran aún más el círculo. Luego bajó la voz.

- Está bien, debo admitirlo. Collin y Dennis me han sorprendido, son los mejores, sin duda... pero no puedo aceptarlos en el equipo.

- ¿Por qué no? – la encaró Katie, algo molesta por aquella confusa discriminación. Angelina alzó una ceja, impaciente.

- Es muy simple. No hay modo de que los hermanos Creevey puedan competir con los golpeadores de Slytherin... un par de bestias que se incorporaron el año pasado.

- Crabbe y Goyle – refunfuñó Ron, y Angelina asintió.

- Son enormes, rudos y peligrosos. ¿Cómo podrían enfrentárseles un par de niños pequeños?

- Antes que nada, no son unos niños, Angelina – la corrigió Harry, y los demás asintieron – Es cierto, Crabbe y Goyle son un par de hipopótamos, pero a mí me parece que esa es su mayor debilidad. Aquello les da desequilibrio, torpeza y escasa velocidad. Lo único que realmente los favorece es la fuerza, cosa que Collin y Dennis también demostraron tener. Además, ellos fueron muy rápidos y al ser tan livianos les da la posibilidad de escabullirse mejor. ¿No crees que, en lugar de estar en desventaja, llevamos terreno ganado?

Angelina escuchó sus palabras atentamente, y luego suspiró. Buscó en las miradas de los otros un signo de aprobación, y luego sonrió, tranquila.

- Recuérdame que te recomiende como capitán para el próximo año, Harry – le dijo, y él le sonrió de vuelta. Ya se sentía mucho mejor.

Para el almuerzo, un gran revuelo se apoderó de la mesa Gryffindor. Y como ya era usual, algunos estudiantes de las casas aledañas se sumaron a la celebración. Collin y Dennis no cabían en sí de felicidad.

- ...pero no entiendo. ¿Cómo pudo tu padre enseñarles Quidditch si él es muggle? – preguntó Ron, confundido, quien llevaba varios minutos hablando con ellos sobre sus escondidas habilidades.

Dennis rió.

- No, no... Papá no nos enseñó Quidditch. Todos los veranos jugamos Baseball con él. Es un juego muggle muy popular, en donde también usamos bates... pero no escobas.

- Lo he visto un par de veces en la televisión – comentó Harry, y Hermione asintió.

- Ahí debemos golpear una pelota más pequeña, pero se necesita de igual fuerza y precisión. Supongo que tantos años jugándolo nos sirvió de maravilla para el Quidditch – explicó Collin, alegre.

Harry les sonrió, pero un nudo amargo le cerró la garganta. Cómo hubiera deseado que su padre hubiera practicado Quidditch con él... En eso, sintió una mano en su hombro.

- Pero heredaste su talento. Eso también es un buen legado – le dijo Stella repentinamente, adivinando su pensamiento así como tantas veces. Harry asintió, sonriéndole de vuelta, pensando en qué tan notorios podían ser sus gestos como para que Stella supiera siempre cómo actuar...

Concentrados en el trabajo de Snape, la tarde y la noche se fusionaron con rapidez, y ya a la mañana siguiente, Harry no pudo distinguir cuánto tiempo había pasado desde que había abandonado los deberes y logrado dormir. Ni siquiera se había puesto el pijama, y había vuelto sin querer su frasco de tinta sobre la colcha. Incapaz de recordar algún hechizo que le

serviera para arreglar el desastre, se cambió de camisa y bajó las escaleras. Un murmullo de excitación inundaba la Sala Común.

- Desayunen algo liviano y luego suban a cambiarse. Practicaremos una hora antes del partido – les informó Angelina, al tiempo que Harry se sentaba cerca de la chimenea junto a Ron y Katie – Díganle a Collin y Dennis que los quiero con media hora de anticipación. Necesito verlos en acción más detenidamente.

Y diciendo esto salió por el retrato de la Señora Gorda. Pocos minutos después Harry y los otros la siguieron, y apenas dieron un paso dentro del comedor, un cántico conocido les llamó la atención. Varios estudiantes de Gryffindor – observados atentamente por algunos de Slytherin, visiblemente molestos – tarareaban unas rimas mientras comían sus tostadas. Harry sonrió débilmente.

- ...es un guardián de temer, Weasley es nuestro rey – susurró Ginny un poco más alto, al ver que Ron y los demás se acercaban. Él se sonrojó, halagado.

- Quizá Draco quiera reclamar sus derechos de autor – bromeó Dean, y varios rieron, aunque de la mesa de Slytherin sólo se apreciaban miradas de odio – Podríamos invitarlo a cantar con nosotros.

- No seas tonto... No creo que Malfoy sepa cantar – continuó Seamus, incrementando las carcajadas.

Ron se unió pronto a ellas, pero Harry tenía un extraño presentimiento. Draco se había superado a sí mismo en rapidez y agilidad. ¿Lograría derrotarlo? No había dormido bien, pues las pesadillas no hacían más que incrementar su pesadumbre y desconcentración. Inesperadamente, su estómago dio un vuelco y nuevamente lo atacó aquel conocido malestar. Llevó

una mano a su frente, sentándose pesadamente entre Stella y Angelina. No fue la mejor decisión.

- ¿Harry, te sientes bien? Estás muy pálido – se preocupó Stella, extendiendo su mano hacia su rostro para tomarle la temperatura – Puede que tengas fiebre.

- Estoy bien, no es nada – dijo Harry, intentando no atraer demasiada atención. Aunque, obviamente, ya todos habían abandonado sus conversaciones para fijarse en él.

- Harry, no puedes jugar en ese estado. Podrías caer de la escoba y terminar mucho peor – opinó Hermione, y Stella pareció estar de acuerdo.

- Jugar así y con este clima... No, lo mejor que puedes hacer es guardar reposo y dormir lo más posible. Si quieres, puedo prepararte una poción para...

- ¿Se han vuelto locas? – exclamó Angelina, aterrada con la idea – ¡Harry no puede dejar de jugar!

- Su salud es más importante que el juego, Angelina – la regañó Stella, dirigiéndole por primera vez una mirada de molestia.

- ¡Es el primer juego de la temporada! – se defendió Angelina, contrariada, levantando más su voz.

- ¡Hey, chicas! Cálmense – las separó Harry, sorprendido – Hace tiempo que puedo decidir por mí mismo. Estoy listo para jugar... sólo un poco nervioso, eso es todo.

Angelina sonrió con determinación y alzó las cejas hacia Stella, quien evitó su mirada. Luego se levantó de un salto.

- Harry, come algo. Te esperamos en el campo – concluyó, mientras Alicia, Katie, Collin, Dennis y Ron la seguían fuera del comedor.

- Ojalá los guantes de Aidan te den suerte – murmuró Stella, sin mirarlo a la cara, y acto seguido hizo un ademán de levantarse. Harry la tomó suavemente del brazo, lo que la hizo voltear.

- Gracias por preocuparte – murmuró, pero ella no hizo más que apretar los labios y caminar rápidamente hasta la salida. Hermione hizo lo mismo, tomando un par de galletas de la bandeja y abandonando el comedor tras Stella.

A Harry le urgía jugar, pero recordaría la advertencia de Stella durante toda la mañana, e incluso hasta los minutos previos al comienzo del partido.

Habían hecho un gran trabajo limpiando la nieve del campo, pero las nubes amenazaban con una lluvia torrencial en cualquier momento. Un viento gélido elevaba sus capas, y si no fuera por sus protecciones en codos y rodillas, apenas lograrían mover sus articulaciones. Las graderías llenas de espectadores se hallaban más silenciosas que nunca, en parte porque la mayoría intentaba resguardarse bajo sus túnicas, en parte porque el ruido del viento era más estruendoso que cualquier grito de aliento. Aunque, de vez en cuando, podía escucharse “Weasley es nuestro rey...” vitoreado por unos pocos...

Suspirando hondo e intentando obviar su intenso dolor de cabeza, fijó los ojos en Angelina, demostrándole que estaba poniendo atención

en las instrucciones. Pero lo cierto es que su voz se oía muy lejana, vaga, como si los separaran decenas de kilómetros. Por algún extraño motivo cada vez se sentía con menos fuerza, tan cansado como si hubiera corrido una maratón, pero estaba decidido a jugar, y a jugar bien.

Ubicado a un lado de Alicia, y concentrado en Madame Hooch, oyó el silbato.

- ¡Ha comenzado, señores! – gritó Justin Finch-Fletchley, ya que, luego de que Lee Jordan se graduara, postuló para el puesto de relator. Aclaró su garganta, golpeó suavemente el micrófono y volvió a inclinarse sobre él – Horribles condiciones climáticas han acompañado a nuestros deportistas hoy, pero esperamos ver un partido digno de estrellas. Gryffindor luce nuevos golpeadores... Esperemos que den a su equipo grandes satisfacciones.

- ¡El juego, Justin! – le gritó McGonagall, exasperada, intentando comunicarse tras su gruesa bufanda – ¡Queremos escuchar el juego!

- Ehhh... sí, el juego – Volvió a toser – Bien, Gryffindor versus Slytherin, queridos compañeros... un juego de gigantes. Ron Weasley da el primer pase a Katie Bell... ¡Cuidado! Warrington la rozó con los dedos. Katie se apresura, esquiva el bate de Goyle y hace un osado lanzamiento a otra cazadora... ¡Buena jugada! ¡Angelina toma la quaffle y se lanza hacia el pórtico de Slytherin!

Harry observó a Angelina tomar fuertemente la quaffle bajo el brazo, dar un par de instrucciones a Katie y avanzar con decisión hasta los aros resguardados por Bletchley, el desagradable guardián de Slytherin. La brisa le congelaba el rostro, pero no dudó en cruzar el campo de lado a lado, sola y desprotegida, con tal de anotar. Montague, cazador y capitán de Slytherin, se cruzó en su camino e intentó quitarle la quaffle de un manotazo, pero pronto

apareció Collin, prácticamente de la nada, batiendo su mazo y golpeando una de las bludger contra él. Montague la esquivó con suerte, pero perdió el contacto visual con Angelina y le dejó el camino libre hasta Bletchey.

- ¡Collin ha ido en rescate de su capitana con astucia! ¡Increíble estrategia! Angelina se apresura, está a un metro del aro, lanza... Bletchey se encamina demasiado tarde... ¡¡Gryffindor anota!!

Por primera vez, Harry escuchó los gritos de euforia de los estudiantes, no tanto por el hecho de anotar, si no por la gran jugada que Collin y Angelina habían protagonizado. Capitán y Bateador intercambiaron un saludo elocuente, volaron hacia la mitad del campo y esperaron la reanudación del juego. La tablilla del marcador cambió rápidamente sus números, mostrando “Gryffindor 10, Slytherin 0”. Sintióse algo más animado que antes, Harry sobrevoló cerca de sus compañeros y se concentró en su verdadero trabajo: encontrar la snitch.

Draco no había dado señales de nada en los últimos minutos, aunque Harry se divertía mucho con sus gestos de odio cada vez que Angelina, Alicia o Katie anotaban. Cerca de la media hora de juego, Gryffindor llevaba una asombrosa ventaja de 110 puntos, lo que hacía prácticamente imposible la victoria del equipo de Montague. Collin y Dennis habían demostrado una sincronía digna de acróbatas de circo, y lo que es más, se habían convertido en una especie de “guardaespaldas” de las cazadoras, yendo en su ayuda cada vez que un homólogo Slytherin amenazaba con quitarles la quaffle. A pesar de que Angelina jamás se lo hubiera esperado, aquella táctica (que minutos después denominaron entre ellos como el “Ataque Creevey”) se transformó en la mejor jugada jamás planeada. Además, aquella ventaja había supuesto un excelente tónico revitalizante para Ron, quien, con una eterna sonrisa en la cara, golpeó, desvió y atajó muchísimos intentos de gol, desafiando la brisa que le azotaba el

rostro y que le congelaba los dedos tras los guantes. Claro que Warrington y Pucey lo aterrorizaron a menudo con sus horrendas caras de asesinos a sueldo; era su única forma de anotar, pero la mayor parte de las veces la euforia de la barra de Gryffindor lo agitaba y se lanzaba contra ellos al menor aviso. Aquel “Weasley es nuestro rey”, que en algún minuto de su existencia le había dado el peor de los dolores de cabeza, ahora sonaba como una armoniosa melodía en sus oídos...

Justo en el minuto en que Katie volvió a anotar, y Justin gritaba “Gryffindor 180, Slytherin 40”, Harry vio un destello dorado cruzar el campo cerca de Ron. Sin dudarlo un segundo, tomó fuertemente su Saeta de Fuego y se apresuró a perseguirla, actitud que Draco advirtió acto seguido, corriendo tras él. El viento soplaba de su lado y Harry sintió en pocos segundos que ya estaba muy cerca... podía ver incluso las pequeñas alas destellantes de la bola, batiéndose a mil y luchando por escabullirse...

Entonces volvió a embargarlo aquella pesadumbre, ese malestar físico que abrumaba su mente y no lo dejaba pensar. Su estómago se encogió en un par de arcadas y una punzada le comenzó a latir en la sien derecha. ¿Qué le estaba sucediendo? Se concentró en la bola con determinación y esquivó la cara perpleja de Goyle para estirar su mano e intentar cogerla de una vez por todas. Así el partido terminaría y podría ir a descansar. Sólo necesitaba algo de sosiego, algo caliente para tomar y un sitio mullido donde reclinarse... pero primero debía alcanzar la snitch.

Muy cerca de las graderías de Slytherin, la bola dorada torció hacia los fierros y se perdió en la multitud. Harry realizó el mismo giro, no se despegaba de ella ni por un segundo. Podía sentir el frenesí de sus alas, la calidez de su fulgor destellante... hasta que todo se volvió oscuro. Ya no había nada frente a él. Los gritos de la muchedumbre y la brisa helada de invierno seguían ahí, pero la snitch había desaparecido. Sorprendido por la rapidez de

los acontecimientos, se detuvo en pleno vuelo, parpadeó varias veces y examinó acuciosamente su entorno, pero antes de que pudiera entender lo que ocurría, Justin le proporcionó la información necesaria.

- ¡¡Draco Malfoy ha cogido la snitch!! Eso quiere decir que Slytherin ha ganad... ¡No, esperen! ¡Katie marcó un gol para Gryffindor al mismo tiempo...! Madame Hooch está cerciorándose... ¡Sí, así es! ¡Increíble, pero cierto! ¡Han empatado en 190 puntos!

Parte de la muchedumbre ahogó un grito de decepción. Harry no podía dar crédito a sus oídos, y luego a sus ojos, los cuales le mostraban a Draco, a pocos metros de él, extendiendo su brazo en signo de triunfo y estrangulando con vehemencia la snitch contra su puño. Su rostro estaba cubierto de un expresivo gesto de euforia, pero no denotaba restos de ironía, o burla, o arrogancia. Era felicidad, simple y pura, y por sobre todo, merecida. Reía con naturalidad, era agradable escucharlo...

Harry se tomó la cabeza: ahora sí que tenía ganas de vomitar.

Madame Hooch dejó escuchar su silbato, pero una sola vez. Eran dos silbidos los que anunciaban el término del partido, por lo que Angelina alzó una ceja, confundida, y se acercó a la profesora. El resto de ambos equipos hicieron lo mismo.

- Muchachos, me temo que no puedo dejarlo en un empate – explicó, elevando la voz para que alcanzaran a oírla contra el fuerte viento, al tiempo que Draco se unía al grupo. Aun cuando Harry estaba esperando que le dirigiera la más sarcástica de las miradas, sólo sonrió, alegre como un niño de cinco años – Como es el primer partido de la temporada, los dos quedarían sin puntos, lo que los dejaría casi al margen de la copa. He decidido, pues, llamar a penales. Ya saben, un tiro por cada cazador. El que logre más anotaciones, gana.

Angelina y Montague intercambiaron una mirada desafiante, áspera, pero asintieron luego y retrocedieron para que Madame Hooch pudiera pasar. Se ubicó frente al pórtico de Gryffindor, dejó escuchar su silbato nuevamente y luego llamó a Bletchey. Esperó a que se ubicara sobre los aros, se alejó unos metros y ordenó a Alicia que se acercara a la línea de campo, a unos veinte pies del guardián. Hooch alzó una mano, gritó “Adelante”, y un segundo después toda la barra de Gryffindor se levantó al unísono. Alicia había anotado, sin mayor dificultad que como lo había hecho durante todo el partido.

Tras ella fue el turno de Katie. Bletchey regresó a su posición, Madame Hooch sopló el silbato y acto seguido Gryffindor sumaba un nuevo gol al marcador. Pero cuando tocó el lanzamiento de Angelina, finas gotas de lluvia comenzaron a caer sobre el campo, las que con la brisa se convertían en delgadas capas de hielo sobre sus túnicas, cabezas y escobas. Dando un ligero escalofrío, Angelina tiró... pero no con mucha suerte. Aunque Bletchey jamás logró tocar la quaffle, sí batió su brazo lo suficiente como para hacer que el viento la desviara. La capitán de Gryffindor observó la quaffle rebotar en el césped, lejos de la meta, y cerró los ojos con furia.

- ¡¡Gryffindor anota dos de tres!!

Era el momento de Slytherin. Al llamado de Hooch, Ron se ubicó frente a los aros y suspiró hondo. Menuda responsabilidad que caía sobre sus hombros. Comenzó a sudar sólo de pensarlo, pero sacudió la cabeza con violencia y no se permitió flaquezas. Lo había hecho muy bien hasta ahora... no había motivo para fallar.

Warrington decidió lanzar primero, movió la quaffle insistentemente entre sus manos y dirigió a Ron una mirada de seudo

compasión. Eso lo enfureció: tensó los puños, fijó los ojos en la bola y olvidó por un momento quién la lanzaría. Solo debía concentrarse en ella, en su trayecto, en su movimiento... pero perdió demasiado tiempo en fijaciones y tardó en reaccionar. “¡Anotación para Slytherin!” gritó Justin, y Ron no pudo creer tanta ineptitud. Intentó hacer caso omiso a las carcajadas de Montague, fijó nuevamente los ojos en la quaffle, y se obligó a sí mismo a no fallar... hasta que funcionó. Ágil, se adelantó al torpe movimiento del capitán Slytherin y desvió la bola con la punta de su escoba lo más lejos que pudo.

La multitud estalló en histeria. Sólo un punto decidiría la historia: si Pucey anotaba, deberían ir a penales extras hasta determinar el ganador... pero si Ron lograba coger la quaffle, liquidarían el partido.

Ron hizo todas aquellas conexiones en su cerebro en un par de segundos, y se alistó para el último tiro. No se atrevió a voltear hacia Angelina o los otros; la presión de sus miradas sólo lo harían ponerse más nervioso. Movié sus dedos para mantener el calor y sintió el sudor y la lluvia empapar sus guantes de cuero... los guantes de Petro Zograf. Recordó el momento en que los calzó por primera vez en sus nudillos, la felicidad y la buena suerte inmediata que creyó recibir, y entonces dejó su mente en blanco. Arrugó la frente, se inclinó ante su escoba y voló, tan rápido que apenas advirtió el balanceo. En un suave movimiento golpeó la quaffle y luego la atrapó, en el aire, ante la vista de un enfurecido Pucey.

- ¡¡Ron coge la quaffle en un movimiento certero!! ¡¡GRYFFINDOR GANA!!

Antes de que pudiera cerciorarse de lo que había hecho, sintió un fuerte apretón: Angelina se le había tirado al cuello, así como todos los del equipo. Sin más palabras que un bufido de furia, Montague bajó a tierra firme, azotó su Nimbus 2002 contra el piso y abandonó el campo con rapidez. El resto de los Slytherin siguió sus pasos, pero Draco destacaba por su tranquilidad.

Sereno y satisfecho, admiró un momento la snitch apretada en su puño; llevó luego su escoba al hombro y caminó hacia los vestidores.

Harry compartió la felicidad de su equipo sólo por unos instantes, pero pronto regresó a la realidad. Gryffindor había ganado... pero él había perdido. La snitch era una lucha personal, y había sido abatido por el peor de sus enemigos. Para colmo, su estómago seguía molestándolo, advirtiéndole con severidad que debía correr a los lavabos más cercanos o vomitaría en frente de todos.

Sin que sus compañeros lo notaran, Harry bajó hasta al césped y abandonó el campo lo más rápido que pudo. No quería encontrarse con nadie, no quería hablar con nadie, o, peor aún, no quería que lo detuvieran para felicitarlo. Aquello sólo lo haría sentir peor, más inútil, más fracasado.

El campo se había llenado de un segundo a otro de centenares de agitados estudiantes. Ron estaba algo cansado de recibir abrazos, pero lo bueno es que estaba compartiendo el crédito del triunfo con Collin y Dennis, lo que lo dejaba descansar por unos momentos. Luego de que Madame Hooch le estrechara la mano, felicitándolo por su desempeño en el juego, un efervescente grupo de chicas de cuarto año prácticamente se abalanzó contra él. Como era de suponerse, no supo reaccionar, salvo, claro, de enrojecer como un tomate. Abrumado, escuchó una repetición resumida y en cámara lenta de cada una de sus jugadas, relatadas por aquel inusual grupo de fans, y al tiempo que una de ellas bromeaba sobre su estilo de vuelo, Ron se relajó y rió con ellas. No creía haber presenciado nunca algo tan halagador...

Unos metros más atrás, Hermione, Ginny y Stella se habrían pasado entre la multitud. Aunque el movimiento de las masas no las dejaba ver con claridad, pronto encontraron a Angelina, gritando y riendo junto a Katie, Collin, Dennis y Alicia. Cerca de ellas, distinguieron la cabeza de Ron. Para

entonces, los labios de Hermione transmutaban desde un gesto de felicidad a uno de visible desagrado, cruzándose de brazos.

- ¡¡Ron!! – le gritó, esperando que notara su presencia y caminara hasta ella, dejando a aquellas indeseables niñas con la palabra en la boca. Pero no, no fue así. Ron ni se dio por enterado; conversaba tan animadamente con ellas que no se percató de que alguien lo llamara.

Como era muy difícil llegar hasta allá, volvió a llamarlo, una, dos y tres veces, pero nada pasó. A Ginny le pareció que su hermano estaba demasiado embobado con aquellas chicas, pero antes de que pudiera advertir la rabia de Hermione, la vio avanzar con paso firme en línea recta, esquivando, empujando y amenazando a quien osara cruzarse en su camino. Stella reaccionó en el acto y la siguió, temiendo que hiciera una locura... y bueno, no estaba muy lejos de aquello. Un segundo antes de que Hermione apareciera en escena, Ron la divisó por el rabillo del ojo. Elevó los ojos hacia ella, y entonces la observó avanzar con decisión. Se hizo paso entre dos de las más entusiastas chicas de cuarto – quienes la insultaron por ser tan brusca, recibiendo nada como respuesta – se detuvo a unos centímetros de Ron, se puso en puntillas... y lo besó.

Ron tardó siglos en reaccionar, pensando en que quizá estaba soñando, o que alguien intentaba jugarle una broma con una chica muy parecida a Hermione. Pero, en un segundo que se hizo eterno, cerró los ojos por inercia y creyó recordar la textura de los labios que estaban rozando los suyos. Entonces su estómago se retorció de nervios y cayó en la cuenta de lo que estaba sucediendo. A su alrededor todo se había convertido en silencio expectante. Las risas y los aplausos habían desaparecido, y no pudo sentir nada más que los brazos de ella alrededor de su cuello. Una intensa calidez se adueñó

de su pecho, pero para cuando había decidido rodearla con sus brazos y responder a aquel beso, ella ya se había apartado lo suficiente.

- ¡Vamos, vamos, vayan a molestar a alguien más! ¡Patéticas babosas! – exclamó Hermione, imponente, hacia las chicas de cuarto, quienes voltearon, indignadas, dirigiéndole a Ron una mirada de decepción. Él apenas podía moverse – Buen trabajo, Ron. Te veo en la Sala Común.

Entonces giró sobre sus pies, dio un par de pasos y se perdió entre la gente. Ron no pudo contestarle; estaba demasiado ocupado procesando lo que acababa de ocurrir como para gastar su energía emitiendo un par de palabras. En lugar de eso, se llevó lentamente una de sus manos a su boca, y dibujó en ella una sonrisa tonta. Dean, Seamus y Collin, quienes no habían dejado de observar aquella insólita muestra de afecto, se acercaron rápidamente hacia él para conocer los detalles de buena fuente, pero Stella irrumpió antes, visiblemente preocupada.

- Ron, escúchame... no puedo encontrar a Harry en ningún lado – le dijo, con la voz ahogada. Ron le dirigió la mirada sólo unos segundos después.

- ¿Qué...? ¿Qué cosa? – balbuceó, aún con su mente perdida en el espacio sideral. Stella tiró de su túnica, impaciente.

- ¡Te hablo de Harry! Creo que necesita apoyo en este momento.

Ron nuevamente tardó unos segundos en entender a cabalidad las palabras de su amiga, pero cuando lo hizo, no fue de mucha ayuda. Confesó que no había sabido de él desde que terminó el partido, y que, conociéndolo, ahora no querría compañía. Stella asintió, comprensiva, y aunque desistió en la idea de buscarlo, habría dado lo que fuera por darle un poco de apoyo moral...

Lo que ni Harry, ni Stella, ni ninguno de los estudiantes repartidos por el campo de Quidditch sabía, era que, a decenas de kilómetros de distancia, un par de personas comentaban – aunque suene increíble – todo lo que ahí sucedía.

- Nunca me gustó el Quidditch... – dijo, entornando los ojos para volver a su realidad física. Después se preocuparía del estado de su mediador psíquico – Bludger, quaffle, snitch... no sé para qué sirve cada cual. El equipo de Slytherin apesta. Creo que tendré que hacer un espacio en mis planes para darles un par de consejos. ¿Alguna vez jugaste, Pettigrew?

El rechoncho y calvo sirviente de Lord Voldemort negó con la cabeza, cabizbajo. Luego escuchó un siseo, y un amago de carcajada que más bien sonaba a tos.

- De nosotros, sólo James Potter se atrevió a jugar, pero lo que hacía bastaba por los cuatro...

Un silencio espeluznante acompañó sus palabras. Aquel apellido no era bienvenido en esa casa; cómo pudo pasarlo por alto. Sudando y tragando saliva fuertemente, se inclinó para rellenar su taza de té. Rezaba porque el castigo no fuera necesario.

Capítulo dieciséis

Lo que Soy

Veinte minutos luego de terminado el partido, y aprovechando que gran parte de los estudiantes aún se encontraban en las inmediaciones de los campos de Quidditch, Dumbledore y Madame Pomfrey escoltaban a Snape hasta la puerta principal del castillo. Su aspecto era deplorable; apenas pudo llegar por sus propios medios al carruaje que lo esperaba. Estaba extremadamente pálido, temblaba de escalofríos y su nariz sangraba tanto que Poppy, algo asustada, debió cambiar el paño frío que llevaba contra su rostro por uno nuevo. Una gruesa manta le cubría los hombros, pero sus manos y pies estaban congelados. Dumbledore, impasible pero haciendo movimientos tan rápidos que delataban su nerviosismo, tomó el brazo de Severus y lo ayudó a subir al carro. Luego elevó los ojos, dirigiéndose a una extraña mujer encapuchada que ocupaba el segundo puesto, a un lado de Snape. Ella asintió levemente.

- Manténlo abrigado, en una habitación oscura, pero asegúrate de que no duerma. Aquí hay suficiente poción insomnina para sostenerlo una semana. ¿Serás capaz de hacer un poco más cuando se termine, Severus? – le preguntó, en un tono aprensivo, mientras le extendía una rústica botella de vidrio. Con las pocas fuerzas que le quedaban, Snape se las arregló para asentir.

- Me encargaré de todo – dijo la mujer, cogiendo la botella.

Dumbledore hizo un ademán de cerrar la puerta.

- Estaré esperando noticias – concluyó, y al tiempo que aquella mujer volvía a asentir, Dumbledore murmuró algo bajo la barba. El carruaje encantado se

levantó unos centímetros, se agitó mínimamente y se encaminó hacia la ruta que atravesaba las colinas.

- Hay que parar esto, Albus. No sabemos quién puede ser el siguiente – advirtió Poppy, angustiada. Dumbledore la miró, serio.

- No habrá un “siguiente”, Poppy – respondió.

Ella asintió, incapaz de contradecirlo.

- Pobre Severus – murmuró, en un gesto que mezclaba tristeza y nerviosismo, viendo al carruaje alejarse. Luego volteó hacia el Director – Será mejor que busquemos a Potter. Él no debe encontrarse en mejor estado.

- No, dejémoslo por ahora. Estoy seguro de que alguien cuida de él en este momento – afirmó, sin dar lugar a objeciones, mientras giraba la vista hacia la torre Gryffindor.

Aún no había anochecido, pero la luz de algunas velas se apreciaban desde la ventana de su Sala Común. Ahí, las cosas sucedían tal como el Director lo había dicho. Extendiendo algunos cojines en el suelo, Stella se las arreglaba para acomodar a Harry lo mejor posible. Sin perder mucho tiempo, ordenó a Neville que bajara a las cocinas y pidiera a los elfos domésticos un fuerte té de manzanilla. Apoyó su cabeza en alto, comprobó que estuviera respirando e intentó detener la hemorragia de su nariz. No era demasiado abundante, pero bastó para alarmar a todos los estudiantes aglomerados en la Sala. Stella, rogando que le dieran espacio y pidiéndoles que regresaran a sus asuntos, desaflojó el uniforme de Harry y suspiró de impotencia. No tenía la menor idea sobre qué debía hacer. Lo había encontrado hace unos minutos, inconsciente, y aunque pensó de inmediato cómo ayudarlo, fue tanta la gente que apareció tras ella que se vio

imposibilitada de hacerlo. En reemplazo, puso a varias personas en una misión distinta: Neville debía ir por el té, Lavender fue en busca de Madame Pomfrey, Ginny se preocupaba de alejar a los curiosos para que Harry pudiera respirar, y entre Hermione y Stella intentaban reanimarlo.

- Esto no es una simple fatiga... no puede serlo – comentó Hermione entre dientes, mientras pasaba a Stella un algodón empapado en aquella conocida sustancia amarilla para sanar heridas cortantes. Stella asintió, nerviosa.

- Me ha dicho que se siente así cada vez que tiene pesadillas – dijo Stella, pensando – Además, el partido sólo empeoró su estado.

Hermione movió la cabeza.

- Puede ser... pero esto es demasiado. Creo... es decir, yo sólo espero que...

Ron irrumpió en la Sala en aquel segundo, jadeante. Collin y Dennis lo acompañaban. Se detuvo sólo a unos centímetros de Harry, y arrugó la frente al verlo, preocupado. Luego giró los ojos hacia Hermione, y aunque no pudo evitar ruborizarse un poco – ella también, aunque lo disimuló mejor – le habló directo.

- Hermione, tenías razón. Escuchamos a McGonagall decir que Snape se había desmayado mientras presenciaba el partido...

- Estaba muy mal, lo vimos salir del castillo con el profesor Dumbledore – continuo diciendo Dennis, alarmado - ¿Qué está ocurriendo? ¿Cómo lo supiste?.

Hermione evitó sus miradas y se mordió el labio inferior. Stella la observó con apremio.

- Hace mucho tiempo que nos ocultas algo, Hermione. Si vas a ayudar a Harry, será mejor que...

Pero no pudo terminar la frase. Tras Lavender, Madame Pomfrey entraba en la Sala con paso ligero.

- ¡Ay, Potter! ¡Yo lo sabía, yo lo sabía! ¡Se los advertí! – exclamó, perturbada. Sin pensarlo demasiado, movió su varita y materializó una camilla en frente de todos. Harry levitó sobre ella, lo arrojaron instantáneamente unas mantas, y Poppy lo condujo hasta la salida. Stella se levantó en el acto, acompañándolo, pero nadie la siguió. Por el contrario, Ron, Neville y Ginny acorralaron a Hermione cerca de la chimenea.

- Nos debes una explicación – comenzó a decir Ron, suavemente pero imperioso, sentándose en el sillón frente a ella.

- Más de una – corrigió Ginny. Neville asintió.

Hermione arrugó la nariz, inquieta. Luego miró en todas direcciones: la multitud que hace poco abarrotaba la Sala Común ya se había dispersado.

- Lo siento, chicos, pero no puedo decirles nada – respondió, con un hilo de voz. Sabía lo que escucharía a continuación.

- ¿No puedes... o no quieres? – la desafió Ginny. Hermione suspiró.

- No puedo. Me hizo prometer que no lo diría, ¿entienden?. Si por mí fuera...

- ¿Desde cuando tú y Dumbledore tienen tantos secretos en común? – espetó Ron, molesto. Aquella persona a la que se refería Hermione debía ser el Director. Nadie más la obligaría a hacer algo contra su lógica.

Hermione tensó sus manos y elevó el mentón, suspirando de nuevo.

- No diré nada, ¿está bien? Lo sabrán cuando llegue el momento. – Y diciendo eso se levantó lo más rápido que pudo, subiendo la escalera de dos en dos a los dormitorios.

- Ha perdido el juicio – pensó Ron en voz alta, manteniendo la mirada en las escaleras.

Ginny alzó una ceja.

- Te besó frente a cientos de personas. Primer signo de locura – bromeó, hablándole al oído. Ron tragó saliva, esperó a que Ginny abandonara la Sala... y entonces sonrió.

- Estoy bien, estoy bien. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? – refunfuñó Harry, quitando de las manos de Stella la taza de té, alegando que podía tomarlo solo.

La enfermera colocó sus manos a cada lado de la cintura, casi exasperada.

- Arghh... Ustedes los Gryffindor son un montón de tercos. Minerva, Angelina Johnson, Oliver Wood... ¡Todos los Weasleys sin excepción! Y ahora tú, Potter – lo apuntó, en un tono de decepción – No quiero escuchar más alegatos. Debo ir a solucionar un par de cosas. Para cuando vuelva, espero ver esa taza vacía, ¿entendido?.

A regañadientes, Harry sólo atinó a encogerse de hombros. Poppy dirigió una mirada elocuente hacia Stella, y ella asintió, mientras la veía salir rápidamente de la enfermería. Luego se acomodó en su silla junto a la cama de Harry, y se encontró con su expresión de molestia.

- ¿Qué? – preguntó ella, comenzando a ruborizarse.

- No tienes que quedarte, estoy bien. Terminaré el té y bajaré a cenar con los demás.

Stella alzó una ceja, desafiante. Se apoyó firmemente en el respaldo de la silla, cruzó lentamente sus piernas y luego sus brazos, dando a entender que no se movería ni un centímetro. Harry abrió los ojos al máximo ante aquel movimiento, pero no evidenció sus sentimientos al respecto.

- Hay algo en este mundo llamado “cariño”, Harry. Es lo que hace que tus amigos corran hacia ti cada vez que los necesitas... y como ves, estoy en representación de la casa Gryffindor - bromeó, apuntando a la insignia de su túnica. Harry sonrió, tímido, pero ella enserió un poco su rostro, fijando la vista en sus zapatos – Además, fui yo quien te encontré inconsciente en la Sala Común. Entonces pensé... bueno, estaba sola, no sabía cómo pedir ayuda. Me asustaste mucho, Harry... de verdad.

Él asintió levemente, sintiéndose un completo idiota.

- Lo siento... Es decir, agradezco mucho que se preocupen por mí, pero odio cuando me tratan como un niño.

- A veces lo eres – opinó Stella, divertida. Harry ni siquiera gastó el tiempo en discutir.

- Perder la snitch me tomó mal, eso es todo – confesó, aunque no parecía demasiado convencido.

- Draco jamás hubiera cogido la snitch si hubieses estado en perfectas condiciones – le dijo, intentando animarlo – No te sentías bien y a menudo volabas en zig-zag, como si no pudieras sostenerte por mucho tiempo sobre la escoba. Todos lo notaron, incluso Angelina y los otros del equipo. Por eso no te culpan de nada. Además, ganaron el partido, y eso es lo importante.

Harry fijó la vista en las hojas de manzanilla que flotaban en su taza humeante. Sonrió, débil, pero no hizo comentario. No la culpaba por no entender cómo se sentía... Todos se empeñaban en decirle que lo único realmente importante era ganar el partido pero, para él, nada era más preponderante que terminar los treinta minutos de juego con aquella bola dorada apretada al puño. Y ahora estaba en posesión de Malfoy.

Agitó la cabeza y se obligó a sí mismo a pensar en otra cosa.

- Dejemos el Quidditch a un lado por el momento, ¿está bien? Mejor hálame de tu libro, muero de curiosidad por saber de qué trataba.

Stella abrió los ojos al máximo, sorprendida por su petición, y pronto esfumó la sonrisa de su cara.

- No hay mucho qué decir al respecto...

- ¿Aún no puedes abrirlo? – se preocupó Harry. Había puesto mucha dedicación en aquel regalo, y ahora, contrario a sus propósitos, se estaba convirtiendo en un dolor de cabeza – ¿Probaste pedir ayuda a Hagrid? Lidia a diario con cosas peores, quizás él pueda...

- Oh, no, Hagrid no – dijo ella, tajante – No estoy segura de querer correr tal riesgo. Apostaría a que pondría todo de su parte para abrirlo, pero temo que termine en un desastre. Es decir, si llegara a romperse o algo...

- Entiendo – habló Harry. Luego se llevó una mano a la barbilla, pensando – Si está tan tercamente cerrado... bueno, sólo resta pensar que está protegido por un hechizo.

Stella asintió levemente, como si no presentara novedad.

- Ya pensé en eso, pero no hace más que deprimirme. Hay cientos de hechizos selladores. ¿Cómo sabré cual es el correcto?

- McGonagall siempre está dispuesta ayudar... usualmente recurrimos a ella cuando estamos en problemas – le dijo, sin evitar recordar las andanzas de la profesora de Transformaciones mientras Dolores Umbridge estuvo a cargo de la escuela – De seguro ella sabría qué hacer, pero no creo que pueda recibirte ahora. Con todo eso de que hoy llegan los refuerzos, la Orden debe andar de un lado a otro preparando cosas, aprendiendo el idioma...

Un silencio incómodo los rodeó por unos segundos. Luego, insegura, Stella habló.

- ¿Refuerzos? – repitió, curiosa, tensando su espalda al borde de la silla. Un muy mal presentimiento la embargó.

- Sí, los refuerzos de la Orden del Fénix. No le hemos dicho a nadie de la Armada porque queríamos que fuera una sorpresa, pero ya que hoy es el gran día... ¿Oíste hablar alguna vez sobre los *Altos Elfos*?

Por un momento Harry creyó que Stella había sufrido un paro cardíaco. Palideció horriblemente, abrió la boca de asombro y la tapó luego con

una de sus manos, llevando la otra hacia su corazón. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

- No... no es posible. ¿Cómo... cómo sabes eso? – balbuceó, en un tono de voz irreconocible. Harry se acercó más a ella, nervioso a causa de su reacción.

- D-Dumbledore nos lo dijo hace unos meses, pero... ¿Qué... qué sucede? ¿Qué fue lo que hice? – preguntó, asustado, pero como ella parecía no querer responder, pensó un momento – Hermione y Ron reaccionaron muy parecido cuando supieron sobre estos... Altos Elfos. Al parecer sí son importantes, ¿no?.

Stella cerró los ojos y suspiró profundamente, angustiada. Harry la sintió temblar.

- Es que... Harry, es imposible. Ellos jamás se alejan de sus tierras, nunca viajan en masa...

Sin querer evidenciar su propia ignorancia al respecto, obvió preguntar “Cómo sabes eso”. En su lugar, intentó tranquilizarla.

- Yo solo sé lo que decía el mensaje, y si recuerdo bien... Sí, creo que decía que una comisión de ellos vendría para Año Nuevo. Dicen que son buenas personas, y muy poderosos. Serán de gran ayuda para la Orden en estos tiempos.

No necesitaba escuchar nada más. Levantándose lentamente de su silla (casi tambaleándose, según la opinión de Harry), Stella volteó hacia la puerta. Era como si quisiera salir corriendo de ahí lo antes posible.

- Te... te veré luego, ¿sí? – dijo, al borde del llanto, y al segundo siguiente ya había desaparecido de la enfermería.

Harry estaba bastante acostumbrado a aquel eterno halo de misterio que la rodeaba, pero esto había ido más allá de su lógica. No obstante – y era un buen punto para tomar en cuenta – todos a su alrededor parecían saber perfectamente la importancia de los Altos Elfos, menos él.

Dejando el té a medio terminar sobre la mesita, cambió su uniforme de Quidditch por una muda de ropa limpia que Madame Pomfrey había mandado traer. No sabía por qué pero, en el fondo, esperaba que aquel mal presentimiento sólo fuera un desvarío.

Muy cerca de la medianoche, todos los estudiantes de Hogwarts se aglomeraron en los jardines, ansiosos por intercambiar abrazos de año nuevo y, por supuesto, admirar los acostumbrados fuegos artificiales. Dumbledore siempre les tenía una sorpresa distinta para cada año... Seamus recordó cuando, en tercer curso y en medio de muchas chispas de colores, irrumpió una enorme ave fénix hecha de varitas rojas. Fue tan imponente que no se desvaneció en toda una semana. Pero, este año, varios alumnos ya podían prever la novedad: Fred había enviado una nota a Ginny diciéndole que no se perdiera el espectáculo por nada del mundo. Y aquello, claro, no hacía más que evidenciar que ‘Sortilegios Weasley’ enviaría una buena carga de su mercancía para la entretención de Hogwarts. “Los *Dragones-Saltarines de Fuego* son mis favoritos”, había dicho el profesor Flitwick, aludiendo a aquel memorable episodio con Umbridge sólo unos días antes de que los gemelos escaparan del castillo, entre aplausos y vitoreos. Hasta Peeves los había animado.

Como solía pasar, sobre todo durante los últimos meses, los miembros de la Armada Dumbledore se reunieron casi por inercia en un mismo lugar, a la derecha de la fuente principal. No era usual en Hogwarts ver a un

grupo de 25 personas charlando y riendo con tanta confianza, pero como lo integraban estudiantes de todas las casas, animaban muchísimo el ambiente e instaban a los otros a establecer más y mejores relaciones con sus congéneres. McGonagall había hablado muy bien del grupo en cada consejo docente, alegando que no sólo era una buena forma de fomentar el aprendizaje de Defensa Contra las Artes Oscuras, sino que además ayudaba al buen avenimiento entre las casas, cuestión nada fácil de realizar, ni mucho menos de mantener. Snape casi siempre guardaba silencio, molesto quizá de que alguno de sus alumnos compartiera su tiempo libre con otros que no fueran Slytherin, pero la profesora Sprout, jefa de la casa Hufflepuff, no cabía en sí de la emoción. Generalmente su casa era la más marginada en todas las actividades, la que nunca sobresalía en nada, la que jamás obtenía la Copa de las Casas o algún estudiante con el Premio Anual. Pero esto de la Armada, junto con la distinción de Oesed obtenida por Owen, era un comienzo, un excelente comienzo...

Contrario a lo que los demás hubieran supuesto, Ron y Hermione apenas habían cruzado palabra desde el episodio aquel en los campos de Quidditch. Según Ginny, al parecer Hermione se habría dado cuenta de que sólo fue víctima del ímpetu del momento, y que en posesión de toda cordura, jamás hubiera besado a Ron ante tanto público. Pero ya era tarde; lo había hecho y tenía que enfrentarse a los murmullos, aunque moría de vergüenza al voltear hacia él. Ron también se sentía cohibido, nervioso y asustado, por lo que la evasión de Hermione le resultaba, por el momento, más que cómoda. No estaba listo para hablarle, para preguntarle por qué lo había besado, si bien aquel efervescente grupo de chicas de cuarto podía darle una idea. Según su rápida apreciación al respecto, Hermione estaba celosa, y aquello sólo lo hacía sentirse halagado. O, mejor dicho, *querido*, pero prefería no pensar en ello. Jamás lo creería si no lo escuchaba de su propia boca.

Por otro lado, Harry se sentía muy bien. Las molestias habían desaparecido, había cenado lo suficiente y sus amigos se habían encargado de animarlo. Todos bromearon con que el “Invencible Potter” debía caer alguna vez, que no era perfecto y que debía asumirlo, pero que seguía siendo el mejor buscador que el equipo de Gryffindor había tenido en muchísimo tiempo. La misma Angelina se encargó de decirlo y demostrárselo, por lo que Harry no tuvo más remedio que ceder y olvidar por un momento el rostro feliz de Malfoy. Por demás, ya tendría su revancha. Y, precisamente mientras hablaban de Quidditch, Harry notó que Stella no estaba con ellos. Volteó en todas direcciones, pero no la divisó en ningún otro lugar del jardín.

- La vi caminar hasta el despacho de Dumbledore cuando salí del comedor – comentó Neville, justo cuando una suave chispa plateada se disparó del tejado, escribiendo en el aire “23: 45”. Sólo restaban quince minutos para Año Nuevo.

- Si no llega pronto se perderá los fuegos artificiales – opinó Ginny, haciendo un ademán de regresar al castillo para ir a buscarla.

- Está bien, yo iré – dijo Harry, y Ginny le sonrió. Harry, sonrojado, prefirió no decir nada y correr hasta las escaleras.

Los pasillos estaban vacíos, tal como le gustaban, pero como no tenía tiempo para paseos, se apresuró lo más que pudo hacia el despacho de Dumbledore. Claro que, ya frente a la gárgola, cayó en la cuenta de un pequeño detalle: no sabía la contraseña. No sacaba nada con esperar a que alguien llegara; lo más probable es que todos estuvieran ya en los jardines, incluido Dumbledore y el resto de los profesores.

Pensando lo más rápido que pudo, decidió volver sobre sus pasos y comenzar a buscar en la Sala Común. Cuando llegó hasta el retrato de la Señora Gorda, debió aminorar el paso por la sorpresa. Lo encontró más

abarrotado que nunca: Doña Violeta, el caballero del piso dos, Sir Cardogan, un par de ovejas e incluso un Troll indefenso, llenaban cada hueco del estrecho óleo. Además, flotando frente a ellos, estaba Sir Nicholas, Peeves, la Dama Gris, el Fraile Gordo y el Barón Sanguinario. Harry nunca se había detenido a pensarlo, pero ahora que lo veía le parecía bastante lógico: hasta los no-vivos se reunían para año nuevo.

- ¿No deberías estar abajo con todos, querido? – le preguntó la señora Gorda al verlo llegar. Había varias botellas de champaña sobre su sillón rosa, y al juzgar por el tono de su voz, ya llevaba varias copas de más.

- Sí, lo sé, pero es que debo entrar – se excusó, sonriéndole a Doña Violeta y a la Dama Gris – *Nimbus Nimbletonia*.

- Está bien, pasa – respondió, arrastrando las últimas letras y buscando a tientas una nueva copa.

- ...y a ver si consigues convencerla de que baje contigo – se apresuró a agregar Sir Nicholas, amable, apuntando a la Sala – La pobre no ha dejado de llorar desde que entró.

Harry, esta vez, no perdió tiempo en preguntar a quién se refería. Apenas dio un par de pasos dentro, la suave luz de la chimenea evidenció su silueta. Sola, abrazada a su libro y apoyada en una de las ventanas, Stella observaba con melancolía a la multitud en los jardines. Harry se acercó lentamente, dudoso quizá sobre lo que debía decir o hacer, pero verla tan triste lo conmovió.

- ¿Stella? – la llamó, tímido, y ella se sobresaltó al verlo. Le dirigió una mirada profunda, dulce, como si se encontraran después de años de distancia. Pero

pronto volvió a envolverla aquella sombra de pesadumbre, de angustia. Harry se acercó lo suficiente como para sentir su respiración – ¿Qué sucede? – le preguntó, con tanta ternura que hasta él mismo se sorprendió – Todos te esperan abajo para celebrar.

Ella fijó la vista en la ventana, suspirando fuertemente.

- No tengo nada por qué celebrar, Harry – respondió, con la voz entrecortada. A Harry le pareció que llevaba llorando mucho tiempo.

- Puedo quedarme para hacerte compañía, si quieres – ofreció, algo ruborizado, incapaz de pensar algo mejor que decir. Ver a una mujer llorando siempre había sido un suplicio para él, pues nunca sabía qué hacer o cómo reaccionar. Pero, de algún modo, esta vez sentía que, si le preguntaba directamente la raíz de su tristeza, aquello sólo lo llevaría a más evasivas.

Stella lo observó un momento, quieta.

- Te lo agradezco, pero no tienes que quedarte por mí. Apuesto que Fred y George tienen preparado un *show* excelente allá afuera... – le dijo, aunque en el fondo deseaba que no se apartara jamás. Harry asintió, encogiéndose levemente de hombros.

- E-Está bien, como quieras – respondió, no muy convencido, sin ganas de partir - Pero, ¿sabes? Hay algo en este mundo llamado “cariño”. Es lo que hace que tus amigos corran hacia ti cada vez que los necesitas... y como ves, estoy en representación de la Armada – comentó, sonriendo elocuentemente. Stella sonrió por primera vez.

- Es bueno saber que sí escuchas lo que digo – murmuró, manteniendo la sonrisa sólo por un segundo más – ...pero, hablando en serio, preferiría que

regresaras con los demás. Yo estoy bien. Bajaré en un momento – mintió. Tenía sus razones.

Harry volvió a asentir, y aunque no quería dejarla sola, prefirió obedecer. Volteó hacia la puerta, sin advertir la mirada implorante de Stella tras él.

- ¿Estás segura? Es decir, ¿No hay nada que pueda hacer por ti? – preguntó, en un último intento por confortarla.

Stella lo miró con ternura y luego apuntó hacia su libro, el cual dejó apoyado en la cornisa de la ventana. Las llamas de la chimenea acentuaban la libélula tallada en su portada de madera.

- Darme este libro fue lo mejor que tú o cualquier otra persona podría haber hecho por mí, aun cuando ahora ya no sirva de nada – murmuró, recalando la tristeza de sus palabras – Siempre te lo agradeceré, Harry, con toda mi alma. No pude leerlo, pero lo tuve en mis manos, y eso era más de lo que podía soñar.

- Me hablas como si te estuvieras despidiendo – inquirió, nervioso. Tal vez no quisiera escuchar la respuesta, y adivinando sus pensamientos, Stella calló. Apretó los labios y miró hacia el suelo, nuevamente al borde del llanto. Él creyó entender – ¿Te... te irás? ¿Tan pronto...?

Por un segundo se sintió desfallecer. ¿Por qué tenía que irse? ¿Por qué ahora? Pero ella no respondió. No podía, no quería. El tiempo la había alcanzado; le había puesto una soga al cuello y había tirado de ella con todas sus fuerzas. Había llegado el momento, temido, eludido y que semanas atrás había parecido tan lejano; pero ahí estaba, apremiándola para que tomara

sus cosas y enfrentara la realidad. Aunque su realidad inmediata era otra. Aquella que podía ver, escuchar, sentir bajo la piel...

- ¿Adónde irás? ¿Es muy lejos? – preguntó, sorprendido – Al menos podrás escribirme... o quizás...

Ella negó tan tajante y tristemente que Harry quedó con la frase a medio decir.

- Eso no sucederá, Harry... Lo siento... yo... no me será posible – habló, sin atreverse a mirarlo a la cara. Harry arrugó la frente, confundido, reticente a resignarse.

- Pero... pero... – tartamudeó, comenzando a tensar su rostro, algo molesto, dolido – ¿No te interesa mantener contacto con nosotros? Es decir, con Hermione, con los otros, ¡con los Weasleys, al menos! Ginny querrá sin duda tener noticias de...

Aquello sólo incrementó su amargura, pero tragó saliva y lo interrumpió.

- Es muy probable, Harry... – comenzó a decir, dejando ver un par de lágrimas correr por sus mejillas. Su rostro se había enseriado como una pantalla a su fatalidad – ...muy seguro, en realidad... que... después de esta noche... jamás vuelvan a saber de mí – sentenció, ahogando el llanto con todas sus fuerzas.

Harry abrió la boca de sorpresa, evitando dar crédito a sus oídos.

- ¿Y... y... y yo? ¿Q-Qué pasa conmigo? – preguntó, tan nervioso que sintió su estómago retorcerse con violencia – ¿Tengo que aceptarlo... así nada más?

Stella sabía perfectamente a qué se refería, y temió este momento desde el mismo día en que lo vio, sonriendo como un niño, mientras la ayudaba a recoger sus libros en el Callejón Diagon. ¿Cómo rechazarlo, cuando su corazón deseaba todo lo contrario?.

- ¿Es que no lo entiendes? – dijo, sacando fuerzas de flaqueza, mirándolo de frente. Estaban tan cerca que podía ver sus ojos empañados reflejarse en sus lentes – No puede ser. Yo no puedo... es decir, no *debo* – Encontrándose con su mirada, que mezclaba rabia y miedo, pronunció esa frase, por primera vez no demasiado convencida – *No se me está permitido amar...*

Eran las palabras mágicas, el resumen de toda su existencia. Como un rayo atravesándolo de lado a lado, toda la rabia o dolor que pudo haber sentido se esfumó, raudo, con el solo hecho de mirarla a los ojos cuando pronunció aquellas sílabas. Ahora sólo sentía una profunda lástima, por ella, por él, por la situación. Era ilógico, incoherente en su literalidad... pero paulatinamente adquiriría sentido. Por eso nunca se concretó nada entre ellos, por eso evitaba acercarse demasiado a él...

¿Quién tiene el poder suficiente como para decidir por la vida de otros? Lo más probable es que la Sra. Maris estuviera detrás de todo eso. Tendría que serlo, pues, según Ron, su padre había muerto y Stella no tenía más familiares o personas cercanas. Por un momento Harry odió a aquella mujer. Tenía ganas de decirle que no era posible, que nadie podía obligarla a algo tan cruel, que se olvidara de todo y de todos, pero su voz había sido tan directa y certera... había sonado como una sentencia imposible de violar.

Eso era todo... Había terminado algo que ni siquiera lograron comenzar.

Harry bajó la mirada y se alejó unos pasos. Deseaba correr al lago y ahogarse en él. El mundo no estaba de su parte, acababa de confirmarlo. Era el Niño-Que-Vivió, y como tal, sería un mártir de por vida. Todo se le arrebató de las manos cuando apenas comenzaba a conocerlo o disfrutarlo. Sus alegrías eran tan pasajeras que ya no confiaba en ellas. Todos quienes sostenían su temple lo habían abandonado: Sus padres, Sirius... ahora ella. A él

nadie lo obligaba, pero – pensó, amargamente – tampoco se le estaba permitido amar...

Deseoso de golpear la pared hasta que sus puños sangraran, se apoyó en el muro y llevó una de sus manos a su frente. Stella elevó la mirada y clavó sus ojos en él, conmovida, justo al tiempo en que él le dirigía un gesto de desesperanza. Sus pensamientos habían llegado hasta ella con más claridad que nunca, y no pudo dejar de sentirse impotente, atrapada... pero, luego de unos segundos en que el momento se hizo más nítido que nunca, entendió el atisbo de libertad que se le estaba regalando. No tenía decenas de ojos inquisidores a sus espaldas, no había nadie a quien rendirle cuentas... No ahí, al menos. No en aquel segundo y en aquel lugar. Y entonces sintió que el espacio tenso que los separaba se volvía absurdo e innecesario... quebrantable de manera tan fácil...

Depositando su confianza y sus fuerzas en un último intento de sentirse libre, avanzó unos pasos y lo besó, segura y urgente, tomándole el rostro con las manos. Harry no lo habría esperado ni en un millón de años, y aunque la sorpresa lo había dejado atónito por unos segundos, había deseado tanto ese momento que su cuerpo reaccionó casi como si estuviera programado. Dejando su mente en blanco, olvidándolo todo, respondió a ese beso aun cuando su inexperiencia le indicaba que era mejor no arriesgarse a hacer un movimiento. Y es que, por una milésima de segundo, el episodio con Cho le pareció tan lejano y trivial... Ahora no sólo debía responder, quería hacerlo. Todo en él lo instaba a tomarla de la cintura y estrecharla contra sí, asegurándose de que no corriera lejos al menor aviso.

Pero Stella no tenía intención de ello. Sentía su pulso agitado, la ternura de su abrazo, los nervios y el alivio entremezclados en un gesto dulcemente universal. No tenía que renunciar a todo por *ellos*, no después de lo que había sucedido...

El estruendo paulatino y entrecortado de numerosos fuegos artificiales sonó como música de fondo por varios minutos, en los que Stella y Harry ni siquiera sintieron la necesidad de separarse para respirar o decir “Feliz Año Nuevo”. Ella sabía que sería la primera y única vez que podría sentir a Harry de esa manera, por lo que intentaría mantener aquel beso lo más posible, que no terminara nunca... pero un sonido estridente y un fulgor que llenó la sala de luz llegaría para entorpecer sus deseos.

Suavemente pero con premura, quebraron el ambiente para fijarse en la ventana, aunque no rompieron el abrazo. Stella cerró los ojos y rezó, pero el sonido y la luz no habían sido producidos por un grupo de potentes chispas voladoras o un cohete chino en mal estado. No, ese fulgor era evidente, incuestionable, más familiar de lo que hubiera deseado. Sintiendo que la urgencia de ese beso se volcaba burlescamente en su contra, abandonó los brazos de Harry, asustada, al tiempo que las lágrimas se agolpaban insistentes en sus ojos.

- Oh, Harry... lo siento tanto...

Grabó su rostro en la retina y corrió, evadiendo la mirada estupefacta de Harry. Él se vio incapaz de reaccionar debidamente por unos segundos; temblaba y se sentía algo mareado, pero lejos de parecerse al malestar que lo atacó en el partido de Quidditch, esto era consecuencia de la mejor de las sensaciones que había experimentado jamás. Sonriendo a medias, se llevó una mano a la frente, luego a su boca y regresó la vista hacia la puerta de la Sala Común. No tenía idea sobre lo que debía hacer a continuación, pero no se dio demasiado tiempo para reflexiones. Salió lo más rápido que pudo por el retrato, corriendo tras ella, pero tropezó con una nube de serpentinas dejada por Peeves justo a un lado de la puerta. Levantándose rápidamente y sacudiéndose los pantalones (mientras Peeves reía a destajo y Sir Nicholas lo

regañaba severamente), Harry no quiso perder su tiempo en alcances de palabras y bajó las escaleras a toda prisa. El crepitar de los fuegos artificiales ya casi había cesado, pero el murmullo del gentío se oía desde el vestíbulo.

- ¡Feliz Año, Harry! – exclamó Hagrid apenas Harry logró llegar a los jardines. Le bloqueó el paso amigablemente, abriendo los brazos.

Harry, sin querer pecar de descortés, respondió al abrazo y murmuró un “Feliz Año Nuevo” también, aun cuando intentaba escudriñar los abarrotados grupos de estudiantes que se movían en todas direcciones. Entonces notó la elegancia del traje de su amigo guardabosques... bueno, si es que un cúmulo de pieles toscamente unidas en un chaquetón, una camisa de toalla y una descolorida corbata naranja podían caber en esa clasificación.

- ¿Qué sucede, Hagrid? – preguntó, apuntando al jardín central. Al parecer había mucho movimiento, pero nadie entraba en el castillo.

- ¡Los extranjeros, Harry! Estarán aquí en cualquier minuto. Por eso saqué mi mejor traje del ropero – sonrió, acariciando la solapa de chaqueta, desprendiendo de ella un olor sofocante.

Harry asintió, sonriendo forzadamente, y se alejó de él con la excusa de ir a intercambiar abrazos con más personas. Miró hacia todos lados en busca de Stella, pero no debió caminar mucho; no es difícil distinguir a tres pelirrojos entre un ir y venir de cientos de túnicas negras.

- Stella, me estás asustando... – murmuró Ron, al tiempo que Stella lo soltaba del estrecho abrazo en el que lo tenía. Secando sus lágrimas de un manotazo, lo besó tiernamente en la mejilla. Luego regresó la vista a Ginny.

- ¿Porqué te estás despidiendo? ¿Adónde irás? – gimió Ginny, comenzando a invadirla las ganas de llorar. Stella le sonrió amargamente, la abrazó de nuevo y los observó a los dos con cariño.

- Díganle a Molly y Arthur... díganle que aprecio mucho lo que hicieron por mí y... que... trataré de escribirles o... sé que ellos entenderán... – tartamudeó, sin saber si hacía lo correcto – También despídanme de Fred y George... y de Hermione... y de la Armada...

- Stella – habló Ron, contrariado, comenzando a contagiarse de la tristeza de su hermana – Yo no... quiero decir, no entiendo nada. Nunca nos dijiste que...

Pero el rostro desagradable de Filch los interrumpió, tomándolos del hombro y arrastrándolos bruscamente hacia una orilla.

- ¡Tercas mulas! ¿No escucharon a la profesora McGonagall? ¡Deben dejar un gran espacio al centro o el transporte de los Elfos no podrá pasar!

Ginny observó al resto de la multitud y ya la mayoría estaba dispuesta en semicírculo, tal como si se encontraran en un estadio. Luego giró la vista hacia Stella, quien le acarició la mejilla, estremeciéndose al contacto.

- Te quiero mucho. ¿Lo sabes, verdad?.

Ginny, sintiendo una angustia inusual, dejó escapar una lágrima y asintió. Y entonces la vio avanzar, ausente, haciéndose paso entre los estudiantes. Cuando ya no había más que un gran espacio vacío frente a ella, suspiró hondo, eludió la mirada inquisidora de Filch y comenzó a caminar por el jardín.

- ¡Stella, no puedes ir allá! – le gritó Ginny, pero ella no volteó. Por el contrario, sirvió para atraer la atención de los demás.

Los murmullos a su alrededor cesaron instantáneamente, convirtiéndose en silencio expectante. Todas las miradas confluían en Stella quien, con la mirada perdida y el rostro húmedo por las lágrimas, caminaba a paso lento sin mirar atrás. Unos metros antes de llegar al centro del círculo humano que los alumnos habían dispuesto para los extranjeros, ella volteó hacia Dumbledore, quien observaba todo desde uno de los pisos superiores. Él, con el rostro impassible pero los ojos delatando algo de compasión, asintió con la cabeza y la instó a seguir. Stella asintió de vuelta, regresando la vista al horizonte. Ahí esperó, quieta.

- ¿Qué... qué está haciendo? – preguntó Harry, en un tono de molestia. Le había costado mucho trabajo llegar hasta donde estaban sus amigos, ya que la multitud se empujaba unos a otros para ver más de cerca lo que sucedía en el jardín central, sin contar la gran cantidad de personas que salieron a su camino para darle el abrazo de año nuevo. Arrugando la frente, pensando en todas las alternativas posibles, hizo un ademán de querer ir tras ella.

- No, Harry... No puedes – lo detuvo Hermione, tomándolo del brazo, dirigiéndole una mirada de apremio.

Harry divisó en ella signos de llanto reciente. Luego observó a Ginny en las mismas condiciones, a Ron... y entonces nuevamente a Stella, quien parecía una estatua de piedra escoltada a distancia por decenas de alumnos que compartían con él su estupefacción. No entendía nada, no podía pensar. Lo había besado con una intensidad inigualable y luego había escapado de él como si nada. Estaba dispuesto a evadir la guardia de Hermione y caminar hasta ella, pedirle una explicación, pero un segundo fulgor, muy

parecido al que irrumpió en la Sala Común hace unos minutos, los encandiló un momento e iluminó cada rincón del castillo, como si frente a sus narices hubiera explotado una bomba nuclear.

Recuperándose de la ceguera temporal, advirtieron, sorprendidos, a un grupo de personas caminar desde el borde de los campos de Quidditch, precedidos por los restos de la luz. Eran alrededor de 12 o 15, todos majestuosamente vestidos de blanco e iluminados desde dentro como si estuvieran hechos de electricidad. Eran altos, delgados, de túnicas anchas que flotaban con la brisa y capuchas que cubrían sus rostros. Maravillados, muchos alumnos ahogaron un grito de shock. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, varios de los extranjeros dejaron advertir algo más de sus características, definiendo su magnificencia.

Quien iba a la cabeza parecía ser el líder, un anciano que a ratos recordaba a Dumbledore por su serenidad y compostura. Llevaba el rostro semi cubierto por su capucha, dejando apreciar su barba frondosa y sus ojos profundamente negros. En su mano derecha, asía un cetro de madera tallada que usaba como bastón, y tras él, una comitiva de hombres y mujeres avanzaba a paso ligero, todos cubiertos por sus capas... hasta que Harry pudo advertir más detalladamente a uno de ellos, a alguien dolorosamente familiar. Con aquel gesto de desagrado que la caracterizaba, la Sra. Maris (o como se llamara) murmuró algo a la persona que iba a su lado, sin detener el paso. Entonces Harry sintió una ola de aire gélido bajar desde su cuello hasta su espalda, sumiéndolo en un escalofrío. Con extrema violencia, comenzaba a entender las cosas...

A poca distancia de los alumnos, unos asustados y otros incapaces de hablar, Stella se envolvió repentinamente en un manto de luz. Su cabello se elevó a causa de una brisa inexistente, su uniforme comenzó a cambiar y, para cuando el fulgor se había extinguido, apareció ante todos

cubierta con un traje blanco muy similar al de los extranjeros. Su piel estaba más pálida que nunca y la punta de sus orejas se asomaba por entre su cabello, pero lo único que se mantenía, imperturbable, eran las decenas de lágrimas que no dejaban de caer por sus mejillas...

El grupo se detuvo justo a unos pasos de Stella. El anciano, impasible, bajó la cabeza, se apoyó en su bastón y se arrodilló lentamente, mientras el resto seguía su ejemplo. Nada los rodeaba más que un silencio tenso, asfixiante.

- *Aranel* – murmuraron, solemnes, aunque sonó fuerte y claro en los oídos de todos los espectadores.

Stella inclinó su cabeza en respuesta, llorando desconsoladamente, mientras Ginny llevaba las manos a su boca en un gesto abrupto. Neville, Seamus y Dean estaban tan pasmados que no podían mover ni un músculo, y Harry y Ron sentían que les habían quitado el aire de los pulmones.

- *¿A-A-Aranel?* – balbuceó Ron en voz baja, incapaz de expresarse mejor - E-Eso signif-fica...

Hermione, a su lado, gimió entre lágrimas. No estaba sorprendida, ni maravillada, ni estupefacta. Sólo conmovida, profundamente triste.

- “Princesa”... – respondió, en un tono apenas perceptible, y acto seguido escondió la cara entre las manos.

Ron tragó saliva y, asustado, giró la vista hacia Harry. Su rostro era indescriptible, vago. Su mirada era opaca, casi inexpresiva; apenas podía percibir a sus amigos mirándolo, o el murmullo creciente de fascinación, o el llanto de Ginny... Sus ojos estaban fijos en una sola imagen, como un viejo televisor al que no puedes volver a sintonizar.

Era una niña, una niña con ojos color cielo. Era hermosa y dócil, dolorosamente distinta, y hoy, abismantemente lejana, envuelta en un halo majestuoso de luz que semejaba la peor de las cárceles. Él había tenido la osadía de mirarla, de quererla para sí. Había cometido el atrevimiento de tocarla, de besarla con todas sus fuerzas, y aquello lo quemó por dentro como si hubiera sido sentenciado por el solo hecho de recordarlo. Nada es lo que parece. Únicamente le quedaba aquella imagen, la idea de lo que pudo ser, hipnotizado, ciego...

Capítulo diecisiete

Los Tareldar

Acostumbrada a hacerlo cada vez que era necesario, relajó los músculos de su cara y se mantuvo absorta, quieta, sin denotar la mínima expresión. No les daría en el gusto. De vez en cuando fijaba la vista en una chica erguida en una de las esquinas, como si estuviera esperando por instrucciones, pero pronto cerraba los ojos, respiraba profundo y regresaba a tierra, resignada a lo que tuviera que suceder. Gran parte de las conversaciones se referían a ella, a la osadía que suponía “mezclarse” con magos; criaturas inferiores, según la apreciación de la mayoría de sus pares. Y aunque ella pensaba – y sentía – algo totalmente distinto, debía callar. Por su bien, por el de sus amigos. Por el bien de Harry, aunque él no pudiera entenderlo, ni hoy, ni nunca.

Mientras Dumbledore explicaba al líder de los Elfos las entradas, salidas e instalaciones del castillo por cualquier eventualidad, miraba a Stella de reojo con preocupación. Estaba ahí, sentada en un gran sillal al centro de la sala, la cual había sido habilitada para las reuniones. El resto del grupo, compuesto en su mayoría por hombres, hablaban en grupos pequeños en su propio lenguaje, signo quizá de que los extranjeros no deseaban compartir demasiado con los dueños de casa. Varios sillones de tapiz aterciopelado ocupaban las paredes, haciendo juego con las cortinas de los grandes ventanales. Dicho salón estaba en el lado oeste del castillo, y hace muchísimo tiempo que no se ocupaba. Según McGonagall, Dumbledore la reservaba sólo para grandes ocasiones.

- ...Sí, sí, te lo agradecemos, Dumbledore. Nuestra estadía será muy corta, los lujos no son necesarios – le explicó el anciano, sonriendo débilmente – Además

– comenzó a decir, con un deje de ironía, al tiempo que volteaba hacia Stella –
...estoy seguro de que Eleneär podrá mostrarnos los rincones del castillo si lo
creemos pertinente.

- ¿No seguirás con eso, no Ingolmo? – opinó uno de los otros, abandonando su
propia conversación para acercarse hacia los dos viejos. Al parecer era uno de
los pocos que conocía el idioma. Era muy alto, de brillante tez blanca, nariz
redondeada, cabello castaño hasta la cintura y ojos profundamente negros. Se
acercó hacia ellos, hizo un pequeño movimiento de cabeza hacia Dumbledore,
y luego frunció el ceño hacia su líder – Eleneär ya ha tenido suficiente. Nada de
esto ha sido su culpa.

- No hace falta que me lo recuerdes, Hyarion – le respondió, cortésmente,
aunque Dumbledore tuvo la impresión de que si él no hubiera estado ahí,
aquello hubiera terminado en un duelo de hechizos – Sólo espero que los
Calaquendi pasen por alto la impureza que supone...

- No debemos arrepentirnos de nada – lo interrumpió, molesto, y advirtiendo
acto seguido la imprudencia de su acto, se inclinó suavemente ante el anciano
antes de volver a hablar – La vida de nuestra Aranel estaba en peligro. Su paso
incógnito por el mundo Istari era su única posibilidad de sobrevivir, y así
preservar nuestra estirpe. Si me lo permite, Ingolmo, la “contaminación” de la
que habla es ridícula. Eleneär no podía pasear por estas tierras sin comunicarse
con sus habitantes. Además, lo importante ya está resuelto. Así como lo
establecimos hace 15 años, el trato con los Calaquendi se cumplirá, sin
obstáculos – explicó, clavando sus ojos en Ingolmo – Los Tareldar somos gente
de palabra.

Ambos elfos intercambiaron una mirada muy dura, y aunque
Dumbledore tenía mucha curiosidad, no podía referirse a ellos antes de que se

le concediera la palabra. Hyarion notó la ávida mirada del Director, y le hizo un gesto para que se integrara a la conversación. Él respondió con una reverencia.

- ¿Está ya fijada la ceremonia? – preguntó, intentando sonar imparcial.

Ingolmo asintió, apenas agitando su barba.

- En dos días. Los Calaquendi han dispuesto una guardia especial para esperar a Eleneär en la frontera.

Dumbledore asintió, dando a entender que su misión ahí ya había terminado.

- *Heren Onistari* está en camino – explicó hacia el anciano, antes de voltear a la salida – Nos reuniremos muy pronto.

- ¿La Orden del Fénix? – tradujo Hyarion, sonriendo. Bajó la mirada y pensó un momento – Recuerdo a Arthur Weasley... a Alastor Moody... será un placer volver a verlos.

- Estamos aquí por una lucha ancestral, Hyarion. Te ruego que evites las distracciones sociales – ordenó tajantemente una mujer, alta y de cabello plateado, con un gesto de aborrecimiento en su rostro que Dumbledore conocía muy bien. Llevaba un hermoso vestido azul bajo su usual túnica blanca, traje que distinguía a los de su clase. La “Sra. Maris”, o como se llamara, compartió una mirada elocuente con Ingolmo, y éste asintió.

- Améthles tiene razón. Este no es un viaje de placer... sin menospreciar la hospitalidad que nos brindas, Dumbledore – se apresuró a decir el viejo.

- Por supuesto – sonrió Dumbledore, inclinando su cabeza. Sintiendo que ya era hora de irse, hizo una última reverencia – Si me permiten, debo bajar al comedor con mis alumnos.

Ingolmo señaló suavemente a dos elfos domésticos situados junto a la puerta, cada uno con una amplia sonrisa. Al parecer significaba un gran honor para ellos el servir a los Tareldar. Diciendo algunas palabras que el Director sólo entendió a medias, los elfos corrieron a coger las manillas y abrieron la puerta de par en par para que él pudiera salir. Dumbledore murmuró “*Hantale*” bajo la barba (lo que significa “gracias” en Quenya, el lenguaje élfico), y salió con paso ligero.

Stella lo vio abandonar el lugar con pesadumbre. Tenía muchos mensajes que enviar, y otros que esperaba con ansias recibir. No podía acercarse a sus amigos, sino que ellos tendrían que ir hasta ella. Pero, ¿se atreverían a hacerlo?. Si es que, claro, aún consideraban esa amistad...

Para el desayuno, el único tópico en las conversaciones de todos y cada uno de los estudiantes era la llegada de los Altos Elfos, y, por consiguiente, el destape del misterio que rodeaba a Stella. Pero, y aun cuando circulaban cientos de rumores distintos sobre su llegada a Hogwarts y su relación con ciertos estudiantes, ninguno de ellos se acercaba a la realidad. El acoso a los de la Armada se hizo insostenible hasta cierto punto; incluso McGonagall debió intervenir un par de veces, aislándolos, y así, poco a poco se fueron retirando del comedor, sin ni siquiera haber terminado de comer. Ginny y Ron, al menos, hace mucho que habían perdido el apetito.

El más codiciado en las redadas era Harry, naturalmente; todos querían saber qué se sentía convivir “de cerca” con un elfo. Pero él los evadía a

todos, molesto, incapaz de sonreír por cortesía o inventar excusas para ausentarse. Simplemente hacía oídos sordos, doblaba en la primera esquina y dejaba a sus interrogadores con la palabra en la boca. Nadie lograría entender su confusión, sus sentimientos encontrados. Era demasiado complejo para explicarlo, y más aún para entenderlo.

Extenuado mentalmente, no lograba decidirse sobre lo que deseaba hacer. No sabía cómo expresar sus sentimientos, no sabía cómo encauzar el caos en su mente, su frustración... pero antes de que pudiera pensar en algo cuerdo, Hermione lo había obligado a aterrizar en la realidad y conversar sobre el tema. No podría evadirlo por mucho tiempo; además, Harry tenía una concepción muy vaga sobre el real significado de la procedencia de Stella, y, por supuesto, todo lo que había sucedido no solo lo involucraba a él, sino a todos los que convivieron con ella.

Aclarado ese punto, se reunieron algunos en la Sala común, esperando a que Ginny apareciera. Sin importar qué tan confundida o molesta estuviera, abandonó el comedor antes que cualquier otro, subió a su habitación, tomó un par de “Orejas Extendibles” que Fred le había regalado, y siguió a Dumbledore hasta el salón de los Tareldar. No tardaría en regresar.

- Tú siempre lo supiste, ¿no, Hermione? – preguntó Ron, dejando notar algo de su molestia sobre el asunto y quebrando violentamente el silencio tenso que los rodeaba. Ella asintió, nerviosa, mientras Neville y Lavender intercambiaban miradas de desaprobación

- La delataban muchas cosas, en realidad, y como he leído mucho sobre elfos, yo pude...

- ¡¿Y por qué nunca nos dijiste?! – inquirió Ron, acercándose a ella.

- ¡Tuve que prometerlo! – exclamó, intentando no perder el control – Lo descubrí por la historia de su lucha contra un Dementor, ¿recuerdas? – dijo, mirándolo de frente. Él asintió – Nadie puede invocar a un Patronus sólo con un movimiento de varita... nadie. Excepto, claro, que no seas un mago común. Por eso el profesor Dumbledore...

- Él, siempre él – murmuró Harry entre dientes, pero nadie alcanzó a escucharlo.

- ...me hizo jurar que no le diría a nadie, porque, si se sabía la verdad antes de tiempo, sería muy perjudicial para ella, y...

Harry se levantó bruscamente del sillón y se detuvo justo frente a una de las ventanas. Era uno más de los tantos fríos días de invierno, pero algunos retazos de sol aparecían entre las nubes.

- Pero, ¿por qué mentirnos? – interrumpió, desolado, intentando comprender – ¿Qué sentido tenía? Todo hubiera sido igual si...

No alcanzó a terminar la frase. Neville, Lavender, Parvati, Dean, Seamus, Hermione y Ron intercambiaron una mirada extraña, como si estuvieran pensando en la misma idea. Los únicos que compartían la confusión de Harry parecían ser los hermanos Creevey.

- Nada hubiera sido igual, Harry – comentó Parvati, temiendo herir la sensibilidad de su amigo. El resto asintió, como si aquello fuera obvio – Los elfos jamás interactúan con magos. Ellos son... superiores – dijo, acentuando la última palabra.

- De ellos proviene la magia, la vida y la creación del mundo. Nada se les compara. Si tuviéramos que hacer una pirámide en cuestión de poder, ellos irían a la cabeza – explicó Hermione, a lo que Collin abrió los ojos, anonadado.

- “Magia sin varita”... – recordó, y Hermione asintió, apenada.

- Bonito truco – habló Dennis, irónico, mirando la manga de su túnica y regresando luego los ojos hacia la chimenea.

Harry bajó los ojos, algo avergonzado por su ignorancia, pero Neville creyó saber lo que sentía.

- Está bien, Harry, no tenías por qué saberlo. No creciste en nuestro mundo, y eso te alejó de muchas cosas – le dijo, comprensivo, pero Harry no volteó para agradecer el gesto.

- Según mi madre, los Altos Elfos son como los dioses del antiguo Olimpo. Son buenos, generosos y justos, pero creen que es un deshonor mezclarse con humanos – explicó Seamus, seguro, y Hermione volteó hacia él, satisfecha al escuchar que alguien más manejaba esa información.

- Algo muy importante tiene que haber sucedido como para que ella llegara hasta acá – opinó Lavender, pensativa – Es como... es como si estuviera escapando de algo, escondiéndose de alguien.

- ¿Escondiéndose? – repitió Harry, elevando un poco la mirada. Dentro de todo, podía tener sentido... podía explicar muchas acciones.

- O quizás hizo algo muy malo y los de su clase la expulsaron de sus tierras, o...

- Imposible. Ya viste cómo se arrodillaron cuando la vieron. Tiene que ser otra cosa – la interrumpió Ron, agitando la cabeza.

- Podría haber confiado en nosotros – dijo Harry, como un susurro – La habríamos ayudado, en lo que fuera...

Justo en aquel segundo, el retrato de la Señora Gorda se abrió para dejar paso libre a Ginny. Todas las miradas confluyeron en ella, expectantes, pero la sola expresión de su rostro podía darles un par de pistas de la información que ansiaban conocer. Venía algo cabizbaja, pensativa, y apenas alcanzó el área de la chimenea, dirigió a Harry una mirada aguda de tristeza. Él no supo cómo reaccionar, salvo seguirla hasta que se sentó junto a Hermione, lanzando las Orejas Extendibles sobre la mesita del centro.

- ¿Y? – la apremió Neville, mientras el resto reducía el espacio para escuchar. Harry se hizo paso y se sentó justo frente a ella. Ginny dio un gran suspiro.

- Stella... – comenzó a decir, pero pronto se retractó – ...bueno, ese no es su nombre, pero no alcancé a escuchar el verdadero – dijo, como si estuviera a punto de llorar – E-Ella es muy importante para ellos. A veces le dicen ‘Arael’... es decir, “princesa”, pero el más viejo de todos se refirió a ella como *Hide... hadel... hidis...*

- *Hildëinya* – pronunció Hermione, quieta, haciendo un gesto de entendimiento – Significa “heredera”.

- A-Ahhh... sí, eso – asintió Ginny, con la vista perdida – No es mucho lo que pude escuchar, pero, según lo que entendí, ellos la enviaron a Hogwarts para que pudiera sobrevivir... para que pudiera... preservar su estirpe – dijo, insegura

sobre el real sentido de sus palabras. Luego tragó saliva, como si cada sílaba dicha le costara un peso enorme.

- ¿Sobrevivir? – balbuceó Dean, sin entender nada.

- ¿Ven? Estaba escapando, yo lo dije – bufó Lavender, triunfante, pero Harry la miró con tal molestia que ella pronto volvió a enseriarse, ruborizada.

- Estaba en peligro... bien, eso aclara muchas cosas, pero, ¿tenía que mentirnos? – insistió Harry, más triste que enojado, pero ninguno de sus amigos podía escudriñar aquello en la quietud de su rostro.

- No tenía otra opción – habló Hermione, tímida – Si nos hubiera dicho quién era, jamás nos hubiéramos acercado a ella. Ninguno de nosotros hubiera querido o podido ser su amigo... ni hubiéramos dejado que tú lo fueras, Harry – dijo, notando como él se ruborizaba, aunque luego volteó hacia la ventana, alejándose unos pasos del grupo.

- No la defiendas, ¿quieres? – dijo Parvati, evitando la mirada de todos por un momento, recordando – “Impresionante Patronus...”, bah. Apuesto que es lo más pequeño que puede hacer – refunfuñó, dolida, cruzándose de brazos.

Ron suspiró, cansado.

- Mamá morirá cuando lo sepa – murmuró, arrugando la nariz con nerviosismo, imaginando el rostro de Molly por unos segundos.

- Ya lo sabe – dijo Ginny vagamente, con la vista en el suelo, y Ron se sobresaltó a su lado.

- ¡¿Qué?!

- Dumbledore la llamó desde su oficina. Les dijo que vinieran, a Papá también. Que lo peor ya había pasado...

Luego de eso nadie se atrevió a hablar o hacer un movimiento, salvo Ginny, quien parecía ahogada con la información que atestaba su cabeza. Tras varios indescifrables sonidos guturales, levantó la vista y la fijó en Harry, indecisa. Él la miró ansioso, apremiándola.

- ¿Hay... hay algo más?

Ginny asintió, olvidando por un momento que muchas personas los rodeaban.

- Ella debe irse, en dos días. Hay u-u-una ceremonia... con otros elfos. E-E-Ella... – Incapaz de seguir sosteniendo la mirada de Harry, giró el rostro – Ella... va a casarse.

Todos abrieron sus ojos al máximo, sorprendidos, pero nadie emitió sonido. Incluso Hermione, la más enterada de todo, parecía choqueada con la nueva información. Harry negó con la cabeza, como si hubiera escuchado algo absurdo, pero al notar el rostro tenso de Ginny, cayó en la cuenta de que todo aquello era muy en serio, aunque se resistiera a creerlo. Hasta hace un segundo, su condición de Elfa y los innumerables obstáculos que los separaban le parecían una niñería; mientras aún existiera entre ellos un sentimiento común, podrían enfrentarse a cualquier cosa... pero esto era diferente. Ese sentimiento común, dada la última información, no podía existir. Ella no lo quería, nunca lo quiso. Por eso no deseaba acercarse demasiado, por eso lo evadía mientras pudiera. Claro, todo tenía sentido. Estaba comprometida, pero ella es Elfa, una especie de dios... podía darse el lujo de divertirse con otros...

Se paseó frenéticamente por la habitación, furioso, mientras Ginny escondía la cara entre unos cojines. De algún modo, se sentía culpable por la rabia contenida de Harry.

- Ella jugó conmigo – murmuró de repente, abatido. Se detuvo justo al otro lado de la sala, donde, hace apenas unas horas atrás, había experimentado una de las sensaciones más increíbles de su vida.

- Claro que no – se apresuró a decir Hermione, nerviosa, levantándose del sillón – Te aseguro que debe haber una razón para...

- ¡No la defiendas! – gritó, decidiendo exteriorizar su molestia aunque se arrepintiera luego de las consecuencias. Lavender y Parvati saltaron de sus sillas – Según lo que dicen... si lo he entendido bien, se supone que no podía hablarle, o tocarla, o acercarme. Entonces, ¿Por qué me dejó hacerlo? Por qué dejó que yo... que yo... – No se atrevía admitirlo. No podía decir que la había besado. Era dulce, embarazoso y humillante a la vez – ¡Claro! Es superior, ¿no?. Jugar con un par de humanos es el menor de sus pasatiempos – La ironía de sus palabras dejaba un gusto tan amargo en el ambiente que ninguno de sus amigos creyó a cabalidad lo que escuchaba – Jamás iba poder estar cerca... no iba a quedarse. Ella... ella... – pensó, apretando los puños, sintiendo cómo lo dominaba la ira – Jugó conmigo, con todos nosotros.

Sin poder aguantarlo por mucho tiempo más, Ginny estalló en llanto, buscando los brazos de Ron. Él la abrazó, se apoyó en su cabeza y compartió su pena.

- No... no lo sé, Harry. Fue tan agradable tenerla en casa... Jamás se comportó de manera extraña o nos trató como una arrogante. ¿No fue así, Ginny? – le susurró, y ella, entre gemidos, logró asentir.

- Ron tiene razón – opinó Neville, pensativo – Ella nunca nos miró en menos o algo parecido. Como dice Hermione, debe haber otro motivo para que Stella...

- ¡Ese no es su nombre! ¡Stella no existe! – exclamó Harry, herido, mientras el resto se movía incómodamente en sus asientos – Éramos su diversión de turno, ¿no lo entienden? ¡Ella no es nadie, nadie! Que vuelva con los suyos, que se case con quien le de la gana, ¡aquí nadie la necesita!

Si hubiera estado sólo unos centímetros más cerca, lo más probable es que el candelabro de la esquina se hubiera roto en mil pedazos, virtualmente lanzado con todas sus fuerzas hacia el suelo. Pero, quizá controlándose más de lo que hubiera esperado, se detuvo a milímetros de cogerlo y volteó, con lágrimas en los ojos, hacia la salida de la Sala, golpeando el retrato de la Señora Gorda con furia.

- Él no cree nada de eso – murmuró Ginny, secando su rostro con la manga de su túnica.

- Claro que no, lo sabemos – asintió Hermione, también con ganas de llorar – ...pero está demasiado dolido para reconocerlo. Ha sido mucho para él... ha tenido bastante.

Todos asintieron. Harry sólo necesitaba un momento a solas, para tranquilizarse, para pensar. Para recuperar la fe.

Alejándose del grupo con la excusa de ir en busca de alguien de Gryffindor – con tal de fastidiarlos con el asunto de los Elfos – Draco caminó

hacia el corredor principal del tercer piso, donde, como ya se había encargado de averiguar, se asentaría momentariamente la delegación de los Tareldar. Jamás había sufrido de insomnio (aunque los ronquidos de Crabbe podían desvelar a cualquiera), pero durante la noche anterior no había hecho más que retorcerse entre las sábanas, inquieto, mirando el techo de su habitación buscando respuesta a su desasosiego. Los Elfos lo habían impresionado, eso es cierto; Lucius, su padre, se había encargado toda la vida de decirle lo peligrosos que eran, lo importante que significaba el hecho de no mezclarse con ellos... aunque Draco siempre lo tradujo como un sentimiento de cobardía, de aceptación ante el más fuerte. Sabía que el Señor Tenebroso los odiaba, pero sólo porque eran más poderosos que él.

Pero no, eso no era todo. No era la llegada de los Tareldar lo que lo tenía así... o, bueno, no completamente. Todo sucedió en una fracción de segundo, en la que sintió que su corazón se detenía. Entre aquellas esbeltas criaturas de luz, enfundadas en elegantes túnicas blancas, una chica llamó su atención. Era apenas perceptible tras su capucha, pero bastó un momento, un milésimo momento, en el que ella elevó el rostro y se encontró con sus ojos, serena. Draco se había sobresaltado, pestañeado un par de veces, pero para cuando volvió a enfocar la mirada, ella ya se había arrodillado ante Stella, la estúpida presumida de Gryffindor, quien ahora tendría que dar muchas explicaciones.

No la perdió de vista ni un segundo, no hasta que llegó Dumbledore, al menos, escoltándolos camino al castillo. Por un momento Draco creyó que lo había imaginado; que la luz cegadora le había jugado una mala pasada y que ella jamás volteó a mirarlo, pero tenía aquella imagen tan debidamente grabada en su mente, que no pudo dormir pensando en ello. Ella no era nadie; era una desconocida, una criatura de la que – según le había dicho su padre – debía estar lo más alejado posible, pero la exquisita sensación

de encontrarse con sus ojos no lo abandonaba. Por el contrario, se hacía más y más nítida a cada segundo... y si no hacía algo, se volvería loco...

Dispuesto a observarla, aunque fuera una sola vez más en toda su vida, caminó a tientas por el oscuro pasillo, iluminado levemente por un par de fogatas, muy distantes una de la otra. Sabía que estaría ahí, en la segunda puerta a la derecha. ¿Y si la viera? ¿Y si apareciera ahora, e intentara hablarle? Tragó saliva y acomodó su cabello platinado hacia atrás, nervioso. No sabía qué decirle, cómo actuar. Pero, bah, qué estaba diciendo. No hablaban el mismo idioma, la comunicación entre ellos sería imposible. No pudo dejar de sentirse algo desanimado al pensar en eso, pero pronto movió la cabeza y se obligó a sí mismo a no perder la compostura. Draco Malfoy jamás mostraría su debilidad ante nadie... ni siquiera ante ella.

- No es bueno que estés aquí, ¿sabes?.

Una voz profunda pero armoniosa llegó a sus oídos. Asustado, volteó rápidamente, y entonces la vio, tranquila, juntando delicadamente sus manos hacia adelante y esperando a que él le respondiera. Pero Draco apenas se podía mover. Estaba sorprendido, embobado, pero haciendo un seudo gesto de molestia – forzado, por supuesto, pero jamás se atrevería a reconocerlo – la encaró con decisión, como si su presencia no fuera más importante que los retratos o las fogatas.

- Como estudiante de Hogwarts, tengo derecho a caminar por donde yo quiera – le dijo, desafiante, pero ella apenas se inmutó.

Sus ojos lilas, asombrosamente quietos, se clavaron en él con tranquilidad. Tenía el cabello castaño oscuro, con algunos retazos rojizos si se acercaba demasiado a la luz. Su tez era muy blanca, brillante, y sus labios eran

tan delgados que al sonreír formaban una línea perfecta. Draco sintió ganas de responder a esa sonrisa, abandonando su usual mueca despectiva, pero no tuvo tiempo para pensarlo.

- No puedo oponerme a eso, pero dudo que también tengas derecho a espiar – le encaró, y Draco se vio a sí mismo, como muy pocas veces en su vida, atrapado sin saber qué decir. Acentuó su rostro en su usual gesto de molestia, e hizo un ademán de regresar sobre sus pasos.

- Hablas mi idioma – comentó, y un segundo después se dio cuenta de la estupidez que había dicho. Claro que sabía su idioma; si no, no habrían estado hablando hasta ese segundo. Ella sonrió ampliamente esta vez.

- Una de las peores debilidades de ustedes, los humanos, es su estrecha visión de las relaciones. Hablo tu idioma, sí, pero hay muchas formas de comunicarse – le dijo, con un deje de superioridad en su tono de voz que Draco no supo contrarrestar. Caminó unos pasos, se detuvo a mitad de pasillo y volteó hacia él, a quien le estaba costando un mundo pronunciar un par de sílabas - Te recomiendo que vuelvas con los tuyos. A mí no me perturba, pero si Ingolmo te ve espiando por aquí, no querrás enterarte de las consecuencias.

Diciendo eso, le sonrió por última vez, giró sobre sus pasos y siguió caminando por el pasillo. Draco quiso decirle algo, llamarla, provocarla con algo por el solo hecho de continuar la conversación. Pero no pudo pensar en nada bueno en tan poco tiempo. Sólo la vio alejarse, serena, mientras él se veía a sí mismo embobado por alguien que no sólo lo trataba como algo inferior, sino que además lo dejaba sin aire en los pulmones, sin poder maquinar frases exactas en los momentos precisos...

- ¡Tu nombre! – exclamó, haciéndola voltear instantáneamente. Insólito en él, sintió sus mejillas ardiendo – No me dijiste tu nombre.

Ella arrugó la frente, confundida. Luego miró fijamente a Draco, lo observó desde sus zapatos hasta el brillo de su cabello, y entonces sonrió, divertida.

- *Eärendil* – dijo, en voz baja y sin estar demasiado segura sobre si hacía lo correcto – Pero no le digas a nadie o me meterás en un lío.

Draco asintió rápidamente, tan obediente que él mismo se sorprendió, para luego alejarse de aquel piso tal como ella le había recomendado. Torciendo la comisura de sus labios en una sonrisa sincera, pensó sobre los pasatiempos de los Elfos. ¿Sabrán lo que es el Quidditch? No estaba seguro, pero intentaría ese tema la próxima vez que se vieran. Tenía que decirle lo bueno que era, lo bien que volaba en su Nimbus 2001, cómo había cogido la snitch en las narices del estúpido de Potter...

(...)

Se escucharon tres suaves golpes a la puerta, pero Stella no demostró intención de querer visitas. Estaba erguida frente a uno de los ventanales de una improvisada habitación, sólo para ella, dispuesta por Dumbledore para su comodidad. Había una cama al centro, bastante grande y con delicados retazos de tela que colgaban desde los armatajes del dossier. Frente a esta, destacaba una enorme estantería llena de libros de todo tipo, y a un costado, las llamas de una pequeña chimenea crepitaban incesantemente. El ambiente era cálido y acogedor, pero ella, en el fondo, sólo deseaba desaparecer.

Nuevamente se escucharon los tres golpes. Resignada, enjugó las lágrimas que asomaban por sus ojos y volteó hacia la puerta. A su pedido estricto, ningún elfo doméstico quedó a su cuidado.

- *Enyalië* – dijo, desanimada, pero apenas la puerta se abrió y dejó apreciar la persona tras ella, Stella se sintió libre para llorar.

- *Aiya Eleneär Lindórie* – saludó la visitante, haciendo una reverencia frente a Stella. Se mantuvo unos segundos en esa posición, se levantó luego lentamente y, cambiando bruscamente de gesto, recibió a Stella a la altura del pecho, estrechándola en un fraternal abrazo.

“Mi nombre es Stella” pensó ella amargamente, ocultando su rostro en el hombro de su acompañante.

- Oh, *Eärendil*... – susurró luego, comenzando a llorar - Quiero morirme...

Eärendil se liberó un poco de aquel abrazo para ver a la princesa a los ojos. Entonces apretó los labios, sin saber cómo confortarla.

- Sabía que este día llegaría, *Aranel*. Siempre lo supo, y aunque lleva 15 años lejos de nosotros, el trato con los *Calaquendi* debía permanecer indeleble... – le recordó, al tiempo que Stella regresaba sobre sus pasos y volvía a fijarse en la ventana, melancólica.

- Sí, siempre lo supe, pero he visto tanto... he vivido tanto... – Con los ojos empañados, giró hacia ella – El mundo *Istari* es fascinante, *Eärendil*. Si quisieras aprender, te lo enseñaría.

- Yo estoy muy bien en mi posición, Aranel, no se moleste – comentó, inclinando su cabeza al decir la última palabra – Nuestro mundo es suficientemente interesante para mí.

Eleneär asintió sin entusiasmo. Curiosa, pero negándose a aceptarlo, volteó hacia su dama de compañía, mordiéndose el labio inferior.

- ¿Lo conociste?

Eärendil creyó entender a quién se refería.

- Sí, Aranel. Estuvimos en sus tierras antes de venir hasta acá – Caminó unos pasos hacia el ventanal, aunque se mantuvo a una distancia prudente de la princesa – Su nombre es Varyar. No pude hablar con él, pero lo observé durante un tiempo. Posee gran respeto entre los Calaquendi; es justo, valiente y, si me permite el atrevimiento, bastante atractivo también.

- Hay muchos Istari tan o más atractivos - opinó Eleneär en un tono vago, entristecida.

“Ya lo sé” pensó Eärendil en respuesta, sonriendo, divertida al recordar a Draco.

- Estoy segura de que será un buen esposo, Aranel.

La princesa suspiró de cansancio. Prefirió ahorrar más comentarios pues, en aquel minuto de su vida, sus apreciaciones sobre un matrimonio por conveniencia no serían bienvenidas. Entonces volteó hacia Eärendil, y observó en ella la misma sonrisa anterior. Mantuvo la mirada por unos segundos, hasta que creyó entender. Abrió los ojos de sorpresa y susurró: “Te gusta”.

Eärendil elevó el rostro, hizo una pequeña inclinación y se dirigió a ella.

- ¿Decía, Aranel?

- Te gusta – repitió Eleneär, por un momento algo más distendida – Varyar. Admítelo.

- ¿A mí? – se sorprendió, ruborizándose por unos segundos – No, por supuesto que no. Qué insulto sería para nuestra Aranel si yo...

- Pero te gusta – insistió Eleneär, acercándose a ella – Y no es un insulto, al menos no para mí. No tengo interés en él.

Eärendil tragó saliva, carraspeó suavemente y bajo la mirada.

- Como dije antes, me preocupé de observar al *Aranwë* Calaquendi para después notificarle a usted, pero nada más. Pido perdón por mi atrevimiento. Jamás debí dar tantos detalles.

- ¡Eärendil, por favor! – exclamó, sintiendo lo agridulce de sus palabras – No lo quiero, ¿entiendes? No lo conozco y no me interesa conocerlo, o qué tan valiente o poderoso es... Lo hago por obligación, y aquello no deja espacio para el afecto.

- Nadie habla de afecto, Aranel – la corrigió Eärendil, segundos después de hacer una nueva reverencia – Creí que ya tenía claro eso. Naturalmente esto no se trata de amor, sino de preservar nuestra estirpe, luchar porque nuestra cultura no se extinga...

- Desearía que alguien más lo hiciera por mí – dijo, abatida, suspirando profundamente – Me enseñaron a encerrar mi espíritu ante el afecto pero... en este mundo, Eärendil, comprendí que aquello es imposible... que el afecto es

una fuerza increíble, más poderosa que el más grande de los hechizos, que te atrapa al menor aviso, sin escapatoria...

Eärendil, hizo un gesto de terror, como si aquella fuerza que Eleneär relataba fuera peligrosa y destructiva. Entonces creyó comprender algo, tomándose el mentón en señal reflexiva. Hizo una nueva reverencia ante su princesa, y quiso hablar.

- ¿Tendrá que ver... sobre eso del “afecto”... un Istari llamado Harry?

Eleneär volteó bruscamente hacia ella y no pudo evitar ruborizarse.

- ¿Harry...? ¿Qué pasa con él?

Eärendil arrugó la frente en signo de reproche.

- Lo nombró anoche, mientras dormía – Eleneär giró lentamente hacia la ventana, bajó la mirada y volvió a suspirar – Harry... ¿Es un amigo de Hogwarts?

- Un amigo... sí. Un buen amigo – murmuró, sintiendo algunas lágrimas agolparse en sus ojos. Entonces Eärendil clavó se mirada en ella, concentrada, tal como si estuviera haciendo Legilimencia. Alzó una ceja.

- Usted... usted se preocupa por él – pronunció, en un tono que fluctuaba entre afirmación y pregunta.

- No sé de qué hablas – contestó Eleneär, sin dirigirle la mirada, tragando saliva.

- Sí... eso es. Usted lo quiere – siguió diciendo, como si no hubiera escuchado la puntualización de Eleneär. Encajaba las piezas en su cerebro, pensó un par de

segundos y luego sofocó un grito de sorpresa. Instantáneamente llevó las manos a su boca, aterrorizada, como si recién entendiera el real significado de aquello – ¡Oh, por Dios, usted lo ama!

- ¡N-N-No digas eso! – exclamó Eleneär, asustada, comenzando a temblar. Una lágrima se deslizó por su mejilla.

- Pero, Aranel... – continuó, nerviosa – ...esto es muy grave. Si Ingolmo llegara a enterarse...

- No se enterará – afirmó, esta vez bastante seria y tajante, secando de un manotazo las lágrimas que empapaban su rostro – No lo sabrá, ni hoy ni nunca. Y tú jamás, jamás oíste hablar de alguien llamado Harry Potter. ¿Me has entendido?.

- Sí, Aranel – respondió, sumisa, inclinándose ante Eleneär.

Satisfecha, agitó la cabeza y volvió a suspirar.

- Si algo llegara a pasarle, yo... – susurró, llevando una mano a su frente – Sólo quiero que esto termine.

Lo más probable es que Eärendil continuara con sus advertencias si nada la hubiera interrumpido. Pero, justo en aquel instante, se escucharon tres golpes a la puerta. Eleneär se encogió de hombros, curiosa, y ordenó a su acompañante que fuera a ver. Eärendil se inclinó suavemente, caminó hasta la puerta, y apenas el marco de madera se apartó unos centímetros, el corazón de la princesa comenzó a latir a cien mil por hora, conteniendo la respiración.

- Hermione – la llamó, con los ojos llenos de lágrimas. La estudiante de Gryffindor le sonrió a medias.

- ¿Qué buscas? – preguntó Eärendil al instante, no demasiado complacida con la visita.

- Me preguntaba si puedo hablar unos minutos con tu Aranel – dijo, al tiempo que Eärendil le dirigía una mirada de pocos amigos. Buscó aceptación en los ojos de Eleneär, quien asintió con vehemencia.

Hermione avanzó unos pasos dentro de la habitación e inspeccionó rápidamente el lugar. Era bastante más sencillo de lo que hubiera esperado, sin lujos u ostentaciones innecesarias. Apenas estuvo a unos metros de Eleneär, inclinó su cabeza en una sutil reverencia, lo que no pudo dejar de incomodar a la aludida. Se vio a sí misma con su vestido verde-azulado, de mangas anchas y caída magnífica, y luego observó el uniforme de Hermione, sintiendo una profunda melancolía. Ella, al elevar el rostro, hizo un ademán de querer avanzar hasta la princesa, pero Eärendil se interpuso en el acto.

- No puede acercarse más, es la ley – le explicó, casi desafiante. Hermione asintió, comprensiva.

- Ella puede hacer lo que quiera. Es su castillo, son sus territorios. Nosotros no tenemos jurisdicción – se apresuró a decir Eleneär, dirigiendo una mirada severa a su dama de compañía – Puedes retirarte.

Eärendil abrió los ojos al máximo, sorprendida y ofendida a la vez.

- Pero, Aranel... ella no puede...

- He dicho que te retires – insistió, seria – Y si alguien te pregunta, estoy sola y no quiero visitas, ¿entendido?.

- Sí, Aranel – respondió ella, molesta, pero no emitió comentario y salió de la habitación con rapidez, cerrando la puerta suavemente tras de sí.

Al momento que se vieron solas, un intenso silencio las rodeó. Ambas parecían avergonzadas, confundidas sobre el tiempo y el espacio. No hace mucho hablaban y reían de igual a igual, como compañeras o hermanas, pero ahora – y no precisamente por su conciente iniciativa – la única manera de comunicarse era en escala piramidal. Sabía que para Hermione había sido muy incómodo el hecho de tener que inclinarse ante ella, pero también sabía que no tenía opción. Las reglas eran las reglas, su vida era su vida. Y aunque no quería aceptarlo, así sería, así se desarrollaría, así terminaría...

Hermione sintió el peso de las ideas en la mente de Stella y quiso aliviarla, aunque no sabía bien cómo. De hecho, si lo pensaba bien, ni siquiera sabía por qué estaba ahí. Pero la vacilación de ambas no duró mucho. Decidida pero bastante nerviosa, la princesa tomó la palabra.

- ¿T-Te ha enviado D-Dumbledore? – preguntó, sin mirarla a los ojos.

- No, no sabe que estoy aquí. Dudo que dejara que me acercase – dijo, en el tono más calmado que pudo emitir.

- Deben estar muy enfadados, ¿no es así?

Hermione sabía que llegaría ese momento. Suspiró para tomar fuerzas.

- La mayoría... no te voy a mentir – confesó, si bien sabía que su pregunta apuntaba específicamente a Harry – Él... bueno, Harry es muy temperamental, tiene muchas cosas en qué pensar ahora. Sólo dale un poco de tiempo.

Eleneär asintió levemente, volviendo a embargarla aquel sentimiento de pesadumbre, expresión que abarcó su rostro y que Hermione denotó con intensidad.

- Tú lo sabías – la encaró, y Hermione asintió con la vista en el suelo.

- Lo descubrí hace un tiempo, por lo de tu escape del Dementor... Pero aún hay muchas cosas que desconozco.

Eleneär bufó amargamente.

- Debí suponerlo. Tú cerebro nunca descansa, ¿no, Hermione? – pronunció, en un débil intento de bromear, y Hermione le respondió con la mejor sonrisa que podía evocar según las circunstancias – Por eso estás acá. Ya lo sabías, no fue un shock para ti. Eres la primera... y la única que se acercará a mí antes de partir – sentenció, dolida, aguantando la respiración para ahogar el llanto.

Hermione no tenía corazón para confirmar ese hecho, pero tampoco podía desmentirlo.

- Es sólo que... al menos yo, necesito entender las cosas. Odio cuando el misterio se alarga – Pensó un momento, evocando una imagen – “La información nos lleva al entendimiento, y el entendimiento es el primer paso para la aceptación”. Eso nos dice el profesor Dumbledore constantemente – explicó, segura, y Eleneär sollozó mínimamente.

- Pero no sabría por dónde empezar - dijo, casi desfalleciendo a los pies de su cama.

Hermione se sentó en la escalerilla continua, mirándola ligeramente hacia arriba.

- Podríamos comenzar por tu nombre – sugirió, y en un segundo que se hizo eterno, ambas sonrieron, con los ojos empañados en lágrimas.

Su nombre. Sí, ese sería un buen comienzo.

Capítulo dieciocho

El Niño Eterno

Si bien aquella vez recibió algo de información, Hermione quedó con aún más dudas que antes. Cuando Stella (o Eleneär, daba igual, y pronto contaría por qué) comenzaba a darle detalles, Eärendil entró corriendo en la habitación, diciendo que Ingolmo venía en camino con el resto de la comisión. Rápidamente, y sin siquiera despedirse, Hermione debió correr escaleras abajo y perderse en el pasillo. No le gustaba eso de tener que verse a escondidas, pero si no quedaba otro camino...

Las escuetas visitas continuaron durante el resto del mes, aunque se habían convertido en meros intentos de conversación, ya que la mayor parte de las veces ni siquiera lograban verse, y cuando lo hacían, nunca tenían el tiempo suficiente como para hablar de cosas importantes. Ya en Febrero los Elfos habían aflojado la guardia en la puerta de Stella, por lo que Hermione creyó que pronto se daría la oportunidad de aclarar algunos puntos. Pero, en la mañana del día 7, no pudo correr hacia ella antes del desayuno con su excusa de siempre. Algo estaba sucediendo en la entrada del castillo, y los murmullos se acrecentaban con rapidez. Muchos se acercaron a ver, pero cuando Hermione logró llegar al vestíbulo, la mayoría se había dispersado.

Apenas regresó a la entrada de la Torre Gryffindor se enteró de la causa del alboroto. La Orden del Fénix había arribado para una reunión urgente con los Tareldar, cuestión que no hacía más que revelar lo temido por todos: Lord Voldemort estaba cerca, y estaría preparando una emboscada.

- No nos han dejado participar – le contó Ron, molesto, al tiempo que se situaba junto a ellos frente a la chimenea – McGonagall vino a avisarnos hace

unos minutos. Dijo que no podemos perder las clases de Encantamientos, que pronto tendremos un examen sobre el conjuro de Aparición y...

- ¡Pero somos parte de la Orden! ¡No pueden dejarnos afuera! – exclamó Harry, alterado. Había regresado a la Sala Común unos momentos antes que Hermione.

- Harry, tranquilo... está bien – lo calmó Hermione, serena. Después de la “guardia” que había visto alrededor de Stella, supuso que, definitivamente, los magos no eran bienvenidos en presencia de Elfos – McGonagall tiene razón. Ahora nos toca Encantamientos y no podemos perder esa clase. Ya nos contarán qué fue lo que conversaron.

Harry hizo un ademán de impaciencia, pero no se resistió mucho más.

- ¿Y Ginny? ¿Y Luna, Collin, Dennis, Owen, Theresa...? Ellos no son de sexto, no tienen un estúpido encantamiento qué aprender – inquirió, desafiante.

- McGonagall vino a decir que no quería a nadie de la AD en la reunión, que eso podía perturbar a los extranjeros – explicó Ginny al tiempo que se acercaba a ellos, cruzándose de brazos.

Harry volvió a bramar, como si su cabeza se hubiera transformado en un dragón enfurecido.

- ¿Qué les sucede? ¿Acaso creen que son los amos del universo? – refunfuñó, suspirando entre dientes.

- “No estamos en posición de discutir” – remedó Lavender, entornando los ojos e imitando la voz de McGonagall – “La Orden se encargará de todo. Como magos menores de edad, no tienen derecho a presenciar las reuniones de estrategia...” y bla bla bla.

Harry ciertamente hubiera querido debatir sobre el tema hasta la hora de la cena, pero Hermione pensó más rápido y evitó un desastre de proporciones. Ágilmente, intercambió una mirada elocuente con Ron, tomó a Harry del brazo y lo sacó de la Sala Común a regañadientes. Muchos cortaron sus conversaciones para admirar la escena, pero ya unos pasillos más allá la multitud comenzó a dispersarse, caminando hacia sus salones.

- ¿Podrías soltarme ya, Hermione? – habló Harry, dirigiéndole una mirada de molestia. Seamus y Dean se detuvieron en mitad de camino, pero Ron les ordenó que regresaran a sus asuntos.

- Lo siento – se excusó ella, sonrojándose un poco - Sólo quiero que te calmes, ¿está bien? Vamos retrasados a Encantamientos.

- No deberíamos ir a clases... ¡Deberíamos estar con la Orden!

- Harry, olvídale, ¿quieres? – opinó Ron, arrugando la frente, asustado de que Harry comenzara a gritar otra vez – No podemos asistir y punto. Ya oíste lo que dijo McGonagall. Somos brujos menores de edad, y no queremos que los Altos Elfos sientan que...

- ¡Los Elfos! Vaya, lo olvidaba. No hay que hacer nada que pueda molestar a las altezas imperiales. ¿Nos permitirán respirar, al menos? – preguntó, sarcástico, y al no recibir respuesta se adelantó luego por el pasillo, dejando a sus amigos con miradas atónitas.

- ¡No todos los elfos son iguales! – exclamó Hermione, sintiéndose impotente. Ron y ella corrieron tras él, pero Harry parecía querer ignorarlos. Casi a la entrada del salón, Hermione logró llegar a su lado – Harry, por favor,

reflexiona un segundo. Tú no eres el único que ha sufrido. Stella... - Apenas la nombró, Harry volteó el rostro – Harry, ella está muriendo por saber de ti. Si sólo fueras a verla, conversaras con ella...

Harry suspiró de cansancio.

- ¿Acaso no es omnipotente, superpoderosa? ¡Que ella venga aquí, si es que tiene el coraje para mirarme a la cara...!

- ¡Oh, Harry! – sollozó Hermione, de rabia esta vez, sujetándose en la manija de la puerta – ¡¿Cuándo dejarás de ser un niño?!

Como pudo darse cuenta en los segundos siguientes, aquella frase había surtido un pésimo efecto en Harry. No sólo les dejó de hablar, a ella y a Ron, durante toda la clase, sino además su humor se había vuelto más insoportable que nunca. La mayoría de los alumnos se percató rápidamente de ello, pues Harry no dejaba de fruncir y extender el entrecejo, rumiando quizá la reprimenda de Hermione.

Según lo que explicó el profesor al comienzo, cada uno debía practicar con un libro, desapareciéndolo y volviéndolo aparecer las veces que fueran necesarias, hasta que sintieran un determinado dominio sobre el hechizo. Haciendo la salvedad, claro, que para desaparecer un libro y desaparecer a una persona se necesitaba el triple de sabiduría y concentración. Ron ya al menos lograba desaparecer la portada, dejando un montón de hojas sueltas alrededor de su pupitre, pero Hermione iba muy avanzada. En uno de sus últimos intentos, logró desaparecer su libro en apenas un chasquido, devolviéndolo luego con un certero “¡*Apparate!*!” a no más distancia que la mesa a su lado. Flitwick aplaudió, efervescente.

- ¡Maravilloso! Muy impresionante, Srta. Granger. 20 puntos para Gryffindor por tan asombroso adelanto.

Hermione se sonrojó levemente, satisfecha consigo misma, y acto seguido fijó los ojos en Harry. Algo estalló frente a sí, llenando su revoltoso cabello negro de trozos chamuscados de papel. Era el quinto libro que utilizaba para practicar. Decía “*¡Dispparate!!*” con tanta fuerza que en lugar de conjurar bien el hechizo en su objeto, lo abrazaban varias chispas rojas y lo hacían volar en pedazos. Amablemente, Flitwick le extendió un nuevo libro, pero Harry no se detuvo a darle las gracias.

Hermione levantó la mano instantáneamente, intentando quizá que las miradas del resto dejaran de acosar a Harry.

- ¿Cuándo comenzaremos a practicar la Desaparición en nosotros mismos? – preguntó, y el profesor pensó un momento, recorriendo el salón con la mirada.

- Bueno... había pensado que lo dejáramos para el próximo mes. Tenemos que seguir practicando, pero ya que la Srta. Granger y otros de ustedes han mostrado satisfactorios avances, supongo que no nos vendría mal entrar de lleno a tierra derecha.

Los murmullos de entusiasmo se incrementaron.

- ¿Y si algo malo pasa? Es decir, sabemos que han sucedido muchos accidentes, terribles... – comentó Lavender, preocupada. Flitwick le sonrió con tranquilidad.

- Este salón está especialmente habilitado para este conjuro, como ya saben, pero eso no sólo quiere decir que es el único espacio en el castillo donde es posible Aparecerse. Lo más importante es que está diseñado para que ningún

imprevisto nos juegue una mala pasada. Si practican en ustedes mismos y el conjuro está mal empleado, simplemente no Desaparecerán. Nada pasará, no cambiará nada. Pero si el conjuro está bien hecho, es probable que Desaparezcan y Aparezcan en esquinas opuestas del salón. Nadie va a quedar con su cuerpo a la mitad, se los aseguro – afirmó, sonriéndole a la clase. Algunos rieron.

- De todas maneras no seré voluntario – opinó Ron, haciendo una mueca divertida y retrocediendo un par de pasos. En eso, se oyó el caer de un pesado libro sobre una mesa.

- Yo lo haré.

Harry se había adelantado unos metros por sobre el resto de la clase para ubicarse junto a Flitwick. Era el mejor en los más intrincados movimientos de Defensa Contra las Artes Oscuras... este encantamiento no podía ser más difícil. El profesor lo vio acercarse con seguridad, pero sus ojos no se encontraron con él. Llevó una de sus manos a su barba, pensativo.

- No, Harry. Lo intentarás la próxima clase.

Harry, quien había comenzado ya a concentrarse en el conjuro, volteó hacia Flitwick con incredulidad.

- Disculpe, ¿cómo dijo?.

- Eso. Preferiría que no lo hicieras. Agradezco tu intención pero, por favor, regresa a tu sitio. Más adelante tendrás la oportunidad de...

- ¡¿Pero por qué no ahora?! – dijo, dando un par de pasos hacia adelante y comenzando a alterarse. Ron tragó saliva, pensando en un posible escándalo.

- Sr. Potter, haga lo que le digo. El conjuro de la Desaparición es un arte muy delicado, particularmente difícil, que necesita de mucha concentración y, por sobre todo, de serenidad de espíritu. Como ya les he explicado innumerables veces, la mente debe estar en blanco, el cuerpo debe relajarse, en completa armonía con...

- ¡Yo puedo hacer eso! ¡Soy un mago calificado, mejor que cualquiera de este salón! – gritó, irritado, pero Flitwick no cambió su expresión gentil ni retrocedió un centímetro – ¡He salvado la reputación de este colegio innumerables veces, he salvado la vida de unos cuantos hasta el cansancio...! Pero no, no tengo el temple necesario para un inútil encantamiento. No tengo suficiente poder sobre mí mismo... – lo desafió, irónico. Luego miró rápidamente hacia su alrededor, deteniéndose en la ventana. El profesor permanecía inmutable – No soy perfecto... ¿No soy un elfo, verdad?.

Con todo el dolor que suponía decir esa frase, giró sobre sus pasos y abandonó el salón, tirando un par de sillas en su camino. Los alumnos se habían sumergido en un espeso silencio, que no se disipó aun cuando Harry hubo desaparecido dando un gran portazo. Ron, preocupado y sorprendido a la vez, hizo un ademán de ir tras él, pero la voz de Flitwick lo detuvo.

- No, Weasley. Déjalo. Sólo necesita estar solo – dijo, más calmado de lo que Hermione hubiera supuesto, sobretodo después de que un estudiante le hubiera gritado de esa manera. Pero lo más probable es que Flitwick ya estuviera al tanto de todo lo que había sucedido, por lo que la reacción de Harry no estaba lejos de lo que los profesores ya veían venir – Srta. Granger... ¿Desearía usted comenzar con la práctica?

Hermione asintió, nerviosa, fijando la mirada en la puerta de madera.

La brisa helada le pegó fuertemente en la cara al salir del salón, pero no detuvo el paso hasta que llegó a los jardines. Sin saber exactamente hacia dónde se dirigía, terminó por inercia en aquel árbol a la orilla del lago, lugar que compartía con Hermione y Ron cuando intentaban escapar del calor en los días más asfixiantes del verano. Pero no era un día caluroso, no era verano y, ciertamente, no deseaba la compañía de nadie.

Se sentó descuidadamente sobre el césped congelado, apoyó su espalda en el tronco e inspiró profundo. Jamás se había sobrepasado así con un profesor; bueno, le sucedió varias veces en la clase de Umbridge, pero al menos ella lo merecía. Flitwick, sin embargo, siempre había sido amable y comprensivo con él. ¿Por qué tenía que haberle gritado de esa manera? En el fondo no había querido, pero un desagradable nudo de nervios le apretaba la garganta y le urgía desahogarse. No había sido totalmente consciente, pero pensó que sería mejor ir a disculparse al término de la clase. Entonces una sonrisa triste se asomó en sus labios: si hubiera sido Snape, le habría gritado el doble, y sin arrepentimientos.

Sentado ahí, quieto después de tanto alboroto, su dolor de cabeza se hizo más evidente. También le zumbaban los oídos. Tenía que calmarse, tenía que pensar en otra cosa, o el dolor lo obligaría tarde o temprano a agarrarse a golpes con el primero que se apareciera. Casi había perdido los estribos con Hermione... ¿sería capaz de golpearla? Se le revolvió el estómago

de solo pensarlo. No, tenía que tranquilizarse. Ya había pasado por cosas peores, por momentos más inestables que éste. Tenía que reponerse e ignorarlo.

Sí, eso. Práctico y sencillo. Su nombre, su rostro, su voz.. Todo lo que se refería a ella lo atormentaba a cada segundo, recordándole su error y su maldita suerte, poniéndolo de un humor insoportable, obligándolo a pelear con quienes menos deseaba hacerlo. Pero, si lograba calmarse y concentrarse, quizá podría bloquear aquel episodio de su vida, así como tantas veces había querido hacerlo con la muerte de Sirius...

¿Olvidarlos? Ni en sueños. Stella y Sirius habían calado demasiado hondo como para desterrarlos de su memoria... aunque, bueno, el recuerdo de Sirius era marca indeleble, al menos hasta que llegara el día de ajustar cuentas con una desastrada mujer llamada Bellatrix Black LeStrange. Pero Stella... su recuerdo era desechable. Tenía que serlo, o al menos lo intentaría. Llegó a su vida muy rápido, y con la misma agilidad la arrancaría de su cabeza. Era lo más sano que podía hacer, y lo sabía. Hermione había dicho que Stella moría por hablar con él, pero ¿qué iba a decirle?. “Siento haberte ilusionado, Harry, pero no me relaciono con inferiores”. Al diablo, no estaba dispuesto a escuchar semejante burla. Ya había tenido demasiado. Había perdido a las personas más importantes de su existencia: sus padres, Sirius... y después del dolor que había significado comprender que jamás tendría una familia, no estaba dispuesto a seguir sufriendo. Estaba harto; hace 16 años que su mente y su corazón no tenían descanso. Antes sólo su cicatriz era la causa de sus males y desventuras, pero ahora incluso su condición de humano comenzaba a estorbarle. Era más de lo que podía soportar y, por primera vez, intentaría tomar el camino más fácil.

Altos Elfos... bah. Para él no eran más fascinantes que los centauros o los escregutos de cola explosiva. Si son tan poderosos como dicen, podrían hacer el trabajo ellos solos. Podrían luchar en solitario contra

Voldemort cuando se digne a aparecer, y así él tendría un lío menos de qué preocuparse. Eso, optaría por eso. ¿No era su filosofía? Los magos a un lado, los ultra-majestuosos-elfos-de-la-nada al otro, y así todos felices. No más enredos, ni malos entendidos, ni citas desastrosas o ilusiones rotas. No más nada.

Amargamente satisfecho con sus conclusiones, Harry metió una de sus manos en el bolsillo de su túnica. De ahí extrajo una cinta de seda, suave, brillante y llamativa... aquella que alguna vez perteneciera al pijama de Stella. “Su disfraz” sentenció él duramente, mientras entrelazaba la cinta en sus dedos. Entonces miró hacia el frente y no lo pensó un segundo. Arrugándola en el puño con una piedra cercana, la lanzó al lago con todas sus fuerzas. Apenas se escuchó un débil “plop”, pero unos segundos después algunas burbujas subieron a la superficie. Dolido, esperaba que el calamar se la hubiera tragado. Acto seguido hizo ademán de levantarse, olvidar la rabia y seguir con su vida (si es que tenía una), pero tuvo la mala idea de voltear hacia el castillo para ver si las clases habían terminado. Ahí, en el corredor abierto del tercer piso, ala oeste, divisó el pausado caminar de dos esbeltas figuras, una de ellas tristemente familiar. Stella y otra chica, indudablemente elfa, se habían detenido en uno de los ventanales y miraban a los jardines con melancolía. Harry tragó saliva, contrariado. Aun cuando no podía perdonarla por lo que había hecho, aun cuando quería odiarla con todas sus fuerzas, su sola presencia lo hacía estremecer, nublando su ira...

Se tomó la cabeza con ambas manos y la agitó violentamente. ¿Dónde habían quedado sus propósitos? ¿Tan fácil los había olvidado? Tenía que tranquilizarse, concentrarse...

- Brillantes criaturas de exhibición, ¿no Potter?. Apuesto a que quisieras una para ti.

El rostro puntiagudo de Draco Malfoy se contrajo en una mueca despreciativa, alzando las cejas hacia donde estaban Eleneär y su damisela. Su indeseable grupo de amigos rió por lo bajo, resguardándose tras sus capas. Harry contó pausadamente hasta diez, quieto, intentando dominar aquella voz en el fondo de su cabeza que lo instaba a golpear a alguien.

- ¿Pero es que aún no te enteras, Draco? – comenzó a decir Crabbe, en un tono de absurda inocencia – Potter ya está en problemas. Besó a una, y si los elfos llegan a saberlo, lo matarán – sentenció, ahogando una carcajada.

- ¿Q-Quién te dijo eso...? – preguntó Harry, choqueado y molesto. Había abandonado el césped de un salto.

- La próxima vez que beses a alguien en tu sala común, aléjate de la ventana, ¿quieres?. Puede que alguien con estómago delicado esté observando – respondió Draco, sarcástico, aludiendo sin duda a la noche de Año Nuevo. Harry se sonrojó levemente, pero su molestia lo hacía disimular.

- Vámonos, Draco. Si nos peleamos con Potter, ella vendrá a rescatarlo – dijo Pansy, apuntando hacia arriba. Draco observó a las Elfas un momento, absorto – ...y no quiero toparme con ninguno de esos fenómenos.

- Tampoco nosotros – opinaron Crabbe y Goyle al unísono, haciendo un gesto de repulsión.

Draco apenas se percató de los comentarios. Estaba demasiado concentrado en una chica de ojos lila como para prestarle atención a algo más. ¿Qué tenía Eärendil para atraerlo de esa manera? Era una Elfa, una criatura distante y ajena, perteneciente a un mundo tan o más detestable que el Muggle...

- ¡¡Draco!! – lo llamo Pansy, visiblemente irritada. Era la cuarta vez que lo hacía, pero Draco no daba señales de escuchar. Aprovechando el momento, Harry se le acercó y le golpeó el hombro, sin mucha fuerza en realidad. Si no hubiera ido contra su eterna postura de hostilidad, Pansy le hubiera dicho “gracias” – ¡¡Draco, vámonos!!

El chico platinado demoró unos segundos en reaccionar. Miró a Harry como si recién se percatara de su presencia, extrañado, embobado... hasta que recordó dónde estaba, con quién, en qué circunstancia...

- Nos vemos, Potter – se despidió Draco, sardónico, aunque no demasiado convencido, mientras Pansy lo jalaba de la túnica.

Harry lo siguió con la vista hasta que entraron en el castillo. Había notado su expresión mientras observaba a Stella y la otra chica. ¿Qué es lo que pretendía? Como un repentino ataque de acidez, algo caliente le revolvió el estómago y se alojó en su garganta. Apretó los puños. No quería admitirlo, pero no cabía duda alguna: estaba celoso. Volvió a girar la mirada hacia el corredor del tercer piso, pero las Elfes habían desaparecido. ¿Stella había jugado también con Malfoy? El solo hecho de pensarlo le hacía hervir la sangre. Que tenga que casarse ya es lo suficientemente horrible, pero Malfoy...

Salpicó la mitad de su taza de té en la alfombra del pasillo. El portazo no sólo había sido repentino, sino además estruendoso. Con los nervios de punta, Peter Pettigrew se apresuró al vestíbulo. ¿El Amo había llegado ya? Pero era imposible; sólo había salido hace un par de horas...

Se encontró con Bellatrix al pie de la escalera. Impaciente, intentaba quitarse el largo abrigo negro, y apenas lo hizo, lo lanzó hacia el perchero junto con su máscara. Ésta hizo un ruido de trizura, pero no pareció importarle.

- E-El Amo no est...

- ¡Ya sé que no está! – le gritó Bellatrix rápidamente, enfurecida – ¡¿Crees que tendría la osadía de presentarme si sólo tuviera malas noticias?!

Pettigrew juntó las manos a la altura del pecho, suspicaz.

- ¿M-Malas noticias?

Bellatrix deseó haber callado. Se maldijo a sí misma por su imprudencia, y sin siquiera dirigirle la mirada, atravesó el comedor, se detuvo en la sala y se sentó, tosca y ruidosamente, a un lado de la chimenea. Tenía su varita fuertemente apretada al puño, como si esperara la menor provocación para descargar su rabia. Pettigrew tragó saliva; no sería él quien le diera un motivo.

- ¿Y Macnair, Avery, Rookwood...? – preguntó ella de repente, sobresaltando al calvo y rechoncho Colagusano. Él agitó la cabeza.

- No lo sé. No se han aparecido en días. El Amo estaba muy preocupado de que las cosas no estuvieran saliendo bien.

Bellatrix bajó la mirada y arrugó el rostro. Pettigrew adivinó su expresión: era miedo.

- ¿El Amo te ha mencionado algo sobre mi misión? – volvió a preguntar, algo nerviosa. Colagusano negó.

- Nada. Supongo que confía demasiado en ti como para creer que estás fallando.

- ¡¿Fallando?! – exclamó, irguiéndose de un salto. Apuntó su varita hacia él – ¡¿Quién ha dicho que estoy fallando?!

Pettigrew dio un par de pasos hacia atrás, escudándose torpemente con su mano de hierro.

- T-Tú lo dijiste. “M-M-Malas not-t-ticias”...

Bellatrix lo observó un momento, dudosa. Arrugó la nariz en un gesto de asco, desvió la mirada y extendió su brazo con furia hacia la chimenea. Un chorro de luz rojiza se escapó de la punta de su varita, chocó contra la leña y elevó tanto las llamas que Colagusano pensó que su mano se derretiría.

- El muy desgraciado debe estar riéndose a carcajadas en este momento. Estaba tan cerca... – dijo ella por fin, golpeando ligeramente el sofá más cercano con los nudillos.

- ¿Aún no lo atrapas? – especuló, alzando una ceja. Ella le dirigió una mirada de odio.

- Al parecer tu amiguito sabía muy bien dónde esconderse – respondió, alterada

- Esa casa está maldita.

Colagusano carraspeó, haciéndose el ofendido.

- Él no es mi amigo – corrigió, pero Bellatrix no dio señal de tomarlo en cuenta. Luego bajó la mirada, intentando no admitir su interés – ¿D-De qué casa hablas?

- Una choza gigante a las afueras de Hogsmeade. Es sólo un montón de madera, pero se ha vuelto una pesadilla.

Pettigrew se movió entre las sombras ágilmente, pensando en la mejor forma de disimular su avidez por información. Como quien comenta el tiempo atmosférico, se mantuvo en un tono casual.

- Bueno, ya sabes que eso de los fantasmas debe ser un mito pueblerino que...

- ¡No puedo entrar en ella! ¿Entiendes? – le gritó, incapaz de dejar que el pobre Pettigrew terminara siquiera una frase – No importa lo que haga, no puedo tocar ni una sola rendija. Los Dementores están desesperados, sintiéndolo tan cerca, sin lograr aproximarse...

- ¿Has probado algún contrahechizo? – sugirió, inocente. Su pequeño cerebro ya había comenzado a unir algunas piezas.

Bellatrix bufó con impaciencia.

- ¿Con quien crees que estás hablando? – lo encaró, en un desagradable tono de superioridad – He intentado cientos de conjuros, algunos aprendidos directamente del maestro, pero nada. El estúpido de mi primo ha estado bajo mis narices hace semanas, y aún no puedo apretar su cuello... – Abrió y cerró su puño en el aire, furiosa – Si el Amo llegara a enterarse... Pero no, encontraré la manera, haga lo que haga.

Peter Pettigrew no dijo nada. Una sonrisa maliciosa se dibujó en su rostro, pero volteó lo suficiente para que Bellatrix no lo notara. Sabía que, después de todo, ocultar algunas cosas sobre su pasado le serían de gran ayuda en determinado momento. Según lo que pudo entender, para Bellatrix y el resto de los mortífagos, la Casa de los Gritos no era más que una construcción en ruinas, protegida, eso sí, por un escudo invisible que no podían soslayar. Ella y los Dementores habían pasado semanas intentando quebrantar la entrada, pero era un esfuerzo vano, y Pettigrew lo sabía bien. Estaban perdiendo el tiempo, pero, ¿A quién se le ocurriría preguntarle al más inservible y pequeño de los seguidores del Señor Tenebroso?

Dejó escapar una risita de entusiasmo, pero la disimuló pronto con un forzado estornudo, agachándose junto a un sillón para sacudir la alfombra. Nadie reparaba en él; nadie creería que él tuviera la respuesta para alguna materia de importancia vital. Nadie tomaba en cuenta al regordete Colagusano, ni siquiera el propio Amo de las Tinieblas, quien le debía a su humilde servidor gran parte de la ayuda empleada en su regreso de las garras de la muerte. Pero no, nadie parecía recordarlo o apreciarlo, aun cuando su mano metálica no era una imagen fácil de eludir. Pettigrew se había convertido en el criado de turno, aminorado y jamás reclutado en la lista de los Mortífagos, pues al parecer no era digno del puesto. Sólo servía el té; limpiaba la casa, enviaba y recibía mensajes, custodiaba la guarida... y servía más té.

Pero ya no más; esta era su oportunidad de sobresalir, de hacer algo grande, heroico, a la altura de cualquier mortífago. Ahí donde Bellatrix fallaba, él poseía una silenciosa ventaja, y era el momento de aprovecharla. Todos sabían de su anterior amistad con Remus Lupin, Sirius Black y James Potter, claro; la historia sobre su ruptura del encantamiento Fidelio para entregar al pequeño Harry había llegado a los oídos de todos los seguidores del Señor Tenebroso, pero nadie, nadie conocía sus andanzas una vez al mes en

aquella casa de la colina, antiguo refugio de un lobo, un perro, un ciervo y un ratón. Nadie sabía, ni siquiera el maestro, sobre lo provechosa que podía llegar a ser la condición de Animago...

Bellatrix avanzó tan rápido hacia la escalera que obligó a Colagusano a abandonar violentamente sus pensamientos, quebrando uno de los candelabros a raíz del sobresalto.

- ¿*Witched* está arriba? – preguntó ella en voz alta desde el primer escalón, rumiando su furia.

Pettigrew no movió un pie.

- ¿La lechuza? Sí, debe estar en la habitación del Amo, si es que Nagini aún no la ha devorado.

Haciendo caso omiso a la tentativa humorística de Colagusano, Bellatrix subió rápidamente los peldaños, rebotando el eco de sus botas desgastadas en los muros de piedra. Pero Pettigrew se sentía bien, mucho más animado que hace unas horas atrás. Su limitado cerebro estaba sobreexcitado por las posibilidades que se abrían en su horizonte inmediato. Él podía atrapar al indeseable, sabía como entrar en esa casa, y lo cogería con sus propias manos. Sin intermediarios, sin plazos. El Amo lo condecoraría, estaba seguro. Era su día de suerte.

Ya había arrinconado a Sirius Black una vez. Repetirlo sería pan comido.

Albus Dumbledore jamás había visto arder furia en los ojos de Molly. Conocía de fuente directa su terco carácter, su protección maternal ante

todo y sus nervios a prueba de balas, pero observarla en plena batalla visual con alguien a quien supuestamente no debería enfrentar (no se podía molestar a los Elfos) simulaba una novedad, si no grata, al menos sorprendente.

- Molly, querida, me parece que no tiene caso discutir – concluyó Arthur. Si bien estaba más calmado su esposa, fruncía el ceño en signo de molestia.

- Es que, Arthur... ¡Esto es ridículo! – exclamó, levantando uno de sus puños. Dumbledore permanecía impávido – ¡Tenemos derecho a hablar con ella!

- Ningún Istari tiene derecho sobre Eleneär – se apresuró a recalcar Améthles, tajante, sin mover más músculos de los necesarios – Te ruego que dejes de insistir.

- ¡Eres tú quien no tiene derecho! – le gritó, prácticamente fuera de sí, acercándose a ella – ¡Ohtar la dejó a nuestro cargo, ella es nuestra responsabilidad! Ella es... es... ¡Es como mi hija!

Los ojos de Améthles se abrieron al máximo, ofendida.

- ¡Pero qué arrogancia! - gruñó, en un tono entre sorpresa y desagrado – Hace 15 años que les explicamos todo esto, ¿tendré que repetirlo? No sólo osaron compartir el mismo techo que ella en los meses de verano, sino además urdieron la manera de celebrar su “cumpleaños”. ¡Ceremonias Istaris para una Tareldar, inaudito! ¡Esto es una deshonra! ¡Cada vez me sorprenden más las limitaciones de su raza!

- Sin insultos, Améthles, hazme el favor – habló Dumbledore, calmado – Estás en mis terrenos, no lo olvides.

Ella agitó su largo cabello amarillo, mostrando su desaprobación.

- No lo olvido, Dumbledore. A excepción de tus amigos presentes, mi memoria es excelente – objetó, elevando la barbilla en señal de superioridad. Molly gruñó entre dientes algo ininteligible.

- ¿Podríamos dejarle un mensaje, al menos? – pidió Arthur, en un tono duro pero sin perder los modales. Améthles negó con la cabeza – ¡No puedes negarte a eso! ¡No eres su madre, no eres nada!

- ¡Soy la directa responsable de su bienestar! – exclamó, indignada, para luego lanzarles una mirada displicente – Como tutora de Eleneär, puedo hacer lo que me plazca – rectificó, tensando los labios. Dumbledore creyó que Molly se lanzaría en una nueva discusión en cualquier segundo, por lo que se levantó de su escritorio, apoyando su mano en el hombro de la perturbada pelirroja.

- Te ruego, Améthles, que no desconozcas la estrecha relación entre Eleneär y la familia Weasley. Aunque tu pueblo les dé la espalda, Ohtar les otorgó su custodia al nacer. Él era su padre, y su palabra permanece aun cuando haya fallecido hace tanto.

- Ohtar no es nadie – pronunció, altiva y asqueada, curvando sus labios en una sonrisa despectiva – Perdió el respeto de nuestra estirpe el día que se unió a ustedes, a la Orden del Fénix. Se lo dijimos, se lo advertimos... Tener una lucha común no significa tener que mezclarnos.

- ¡Cómo puedes hablar así de él! – se sorprendió Molly, iracunda – ¡Era tu hermano!

- Era un traidor – corrigió Améthles, sin tapujos – un desertor y un iluso. Mientras él fue nuestro líder casi nos lleva al exterminio. Nos dio la espalda por perseguir una causa perdida. Si no fuera por Ingolmo, no hubiéramos

sobrevivido – afirmó, evadiendo la mirada de odio de Molly – La palabra de Ohtar ya no significa nada para nosotros. Debí pensarlo dos veces antes de mezclarse con el mundo Istari, o antes de entregar a su hija a un par de... de... – Se arrepintió de decir algo violentamente peyorativo – ...de desconocidos.

- ¡No voy a permitirlo! – exclamó Molly, indignada, al tiempo que Arthur la sujetaba del brazo – Arthur, ¡nos llamó “desconocidos”! Recuerda, odiosa engreída, que nadie conoció a Ohtar mejor que nosotros... éramos sus amigos...

- ¿Cómo me has llamado? – la interrumpió Améthles, ofendida, pero Molly no dio señales de escucharla.

- ...y habría hecho cualquier cosa por su pueblo, ¡lo que sea! Pero salvar a Eleneär era su prioridad, y si confió su vida a nosotros y no a ustedes, ha de ser por algo. Así que, escúchame bien, tú... tú... – la apuntó, acercándose, conteniéndose para no comenzar a arañarla – Exijo ver a Stella en este preciso segundo. ¡Soy su madrina y tengo más derecho que nadie!

- ¡Su nombre es Eleneär! – exclamó la Elfa de vuelta, y aunque su rostro luchaba por permanecer impávido, sus ojos irradiaban ira – ¡Esto es inconcebible! Me retiro, Dumbledore, he tenido bastante. Creí que aquella noche, 15 años atrás, habíamos dejado las cosas claras. Nuestra Aranel está fuera de la jurisdicción Istari, y no hay nada más qué decir – concluyó, elevando la voz – Además, no fue ella quien trajo la comisión Tareldar hasta Inglaterra.

- Estamos conscientes de ello – se apresuró a decir Dumbledore, antes de que Molly pudiera intervenir con algún acalorado comentario – Están aquí por nuestro enemigo en común, y siempre estaremos agradecidos por su gentileza al aceptar venir a ayudarnos.

- Si hubiera sido mi decisión, jamás habríamos regresado a estas tierras – habló, aún con aquel aire ofendido - ...pero era Ingolmo quien debía discernir y sólo me queda acatar – Volteó hacia Molly, segura, y la apuntó – Podrán compartir nuestra mesa, nuestras tácticas, unir fuerzas en batalla, pero a Eleneär nunca, nunca la tocarán.

Lágrimas de impotencia comenzaron a deslizarse por las mejillas de Molly, pero no quiso gastar sus fuerzas en una nueva discusión. Arthur la cubrió suavemente con sus brazos, al tiempo que Dumbledore hacía un gesto a Améthles para escoltarla hasta la salida del despacho. Pero no pudieron avanzar mucho. Apenas bajaron la escalerilla cerca del escritorio, las puertas de madera se abrieron con estruendo, y tras ellas, un agitado Lupin se abrió paso.

- Remus – lo detuvo Arthur, justo en el momento en que Lupin se percataba de la inusual reunión en la oficina del Director. Carraspeó un par de veces, alisó su túnica improvisadamente e hizo una breve reverencia ante Améthles, quien ni se inmutó. Llevaba el cabello despeinado, barro en los zapatos y polvo en los hombros, pero lucía una amplia sonrisa.

- Lo siento, profesor Dumbledore. No sabía que estaba ocupado – se disculpó, más alegre que acongojado – ...pero tenía que venir. ¡Me urgía la noticia!

Albus Dumbledore se separó lentamente del lado de Améthles y apremió a Remus con la mirada. En una chispa de entendimiento, Arthur creyó adivinar, acercándose a Lupin con nerviosismo. Molly había dejado de llorar.

- *Sirius* – pronunció Dumbledore, fuerte y claro, en un tono esperanzador. Los ojos de Remus brillaban en un gesto de afirmación.

- Más vivo que nunca – agregó él, casi al borde de la risa nerviosa.

Molly se aferró al brazo de su marido, estupefacta, al tiempo que Dumbledore juntaba sus manos en señal de triunfo.

La Orden estaba completa. Renacería.

Capítulo diecinueve

Tras el Velo de Hades

Se levantó como pudo y echó a correr. La visibilidad era casi nula: el Bosque Prohibido en una noche de invierno podía llegar a ser realmente aterrador. Pero lo que menos preocupaba a Harry en aquel momento eran los insondables misterios de los parajes oscuros de Hogwarts... Si no se daba prisa, los Dementores lograrían su cometido, y si así fuera no se lo perdonaría jamás.

Una rama esquiva rebotó en su brazo y le arañó el rostro, pero no tuvo tiempo para lamentarse. Fudge ya había dado el aviso en un desesperado intento por imponer la ley: los guardianes de Azkabán tenían permiso para besar a Black apenas lo encontraran. Pero no podían hacerlo, él no los dejaría. Sirius era su familia, su única familia; hace sólo unas horas se había enterado de su inocencia, y lo protegería con su vida. Sólo esperaba producir un Patronus lo suficientemente robusto como para mantener a raya a una decena de horripilantes criaturas. Pero para ello necesitaba un recuerdo feliz, Lupin se lo había advertido. “Voy a vivir con mi padrino, voy a dejar a los Dursleys” comenzó a repetir en su cabeza, mientras se acortaba la distancia que lo separaba del lago. A lo lejos se escuchó el aullido apagado de un lobo... Harry esperaba que Lupin se encontrara bien, donde quiera que haya ido. La luz de luna llena ya comenzaba a fulgar entre los árboles. Sólo unos metros, unos metros más...

La orilla sur del lago de Hogwarts se hallaba completamente desierta. Harry se detuvo a centímetros del agua. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Dónde estaban todos? Habría jurado que Hermione le pisaba los talones. Ron no habría podido levantarse y alejarse del Sauce Boxeador, ya que su pierna

rota se había agravado cuando Pettigrew intentó escapar. De Snape, ni hablar; seguía inconsciente, flotando sobre el césped y con un hilillo de sangre brotando de su cabeza. Pero Sirius... él corrió hasta esos terrenos, debía de estar ahí, rodeado de Dementores, buscando su muerte...

Confundido, se tomó la cabeza con las manos y su cicatriz comenzó a arder. Ahogó un grito de dolor, dejó caer su varita en el pasto mojado y comenzó a caminar a tropezones. Rodearía kilómetros de costa si fuera necesario. Sirius debía estar en algún lugar, no muy lejos, implorando por ayuda...

Entonces volteó. Un leve movimiento en la superficie del lago llamó su atención. Desde aquella posición era imposible dilucidar qué era, por lo que se acercó lo más que pudo, sigiloso. Era un bulto mediano, pero la noche no le permitía saber detalles. Al comienzo creyó que se trataba del calamar gigante, pero aquella sombra acuosa era demasiado pequeña para comparársele. Una repentina curiosidad lo embargó, y sin pensar detenidamente en sus acciones, dio un paso adelante, hundiendo los zapatos en el agua helada. Tenía que saber qué era, tenía que alcanzarlo...

Un minuto después el agua le llegaba a la cintura. Su túnica empapada suponía un peso enorme al avanzar, por lo que intentó quitársela aún cuando las manos le temblaban, amoratadas por el frío. Poco a poco aquel bulto tomó forma, incluso colores. Lo que antes parecía una masa ambigua, ahora se separaba en trazos, extremidades. ¿Brazos? Sí, podía ser; no estaría seguro hasta tocarlo. Estiró la mano, hizo el esfuerzo, hasta que topó con algo esponjoso, enmarañado en hebras rojizas.

- ¿Sirius? – habló, casi sin sonido, volteando con nerviosismo el cuerpo inerte que flotaba frente a él. Pero no descubrió a Sirius, ni a ningún hombre que se le

pareciera. Era una niña, una niña de cabello largo y ojos color cielo, gélida, muerta... - ¡¡NOOOOOOOOOO!!

Saltó de la cama a través de los resquicios de aquel grito, pero no había despertado por completo hasta que sintió unos golpes en su mejilla. Tenía el pijama empapado en sudor, el estómago revuelto y una cicatriz en forma de rayo ardiendo con intensidad a un lado de su frente. Sin siquiera tomar sus gafas, corrió hasta los lavabos, tambaleándose. Se arrodilló ante el primer excusado justo a tiempo para vomitar todo lo que había comido en la cena anterior. Oyó unos pasos tras él, pero estaba demasiado mareado y asqueado como para voltear.

- Harry... Harry, ¿estás bien? – le preguntó una voz, pero él no contestó. Apenas tenía fuerzas para levantarse – Ven, déjame ayudarte.

Sólo veía una imagen borrosa, sombras y luces dispersas, pero mientras intentaba enfocar, sintió unas manos que lo cogían por los hombros y lo reincorporaban del suelo. Aquella voz le era muy familiar...

- ¿Profesor Pittycarp? – habló Harry, parpadeando para cerciorarse de que fuera él – ¿Qué está haciendo aquí?

Libertes Pittycarp sonrió amigablemente en respuesta, extendiéndole sus lentes, pero Harry volteó justo en aquel segundo para sumergir la cabeza bajo el grifo de agua fría. El profesor esperó varios minutos hasta que él se hubiera recuperado y, mientras se frotaba el cabello con una toalla, recibió agradecido sus gafas. Haciendo como si intentara ponérselas contra el reflejo de la ventana, Harry aprovechó el momento para dar un vistazo al lago. Parecía tan quieto como siempre, pero aquel hecho sólo lo hacía palidecer más.

- Más pesadillas, me atrevo a adivinar – comenzó a decir Pittycarp, tomándole el hombro derecho. Harry volteó hacia él – Admiro cómo lo soportas sin chistar, pero no creas que ha dejado de ser un tema para la Orden. Hace mucho que trabajamos en la solución para...

- No vino a las tres de la mañana para decirme sólo esto, ¿verdad? – lo encaró Harry, en un tono más agrio del que habría deseado. No le gustaba el hecho de que alguien presenciara sus peores momentos de debilidad, pero más que nada, necesitaba salir corriendo de ahí lo antes posible, con tal de cerciorarse de que su pesadilla sólo fuera eso: un sueño.

- No, Harry, en realidad no – respondió el profesor, sereno. Si llegó a molestarse por el tono de Harry, lo disimuló muy bien – Venía a buscarte. Necesito que me acompañes – explicó, recalcando la última frase con una pizca de nerviosismo.

Harry alzó una ceja, reticente.

- ¿Ahora? Es decir, como puede ver no me siento muy bien y muero de sueño – mintió, rozando suavemente su cicatriz con la yema de los dedos.

Una vez más dirigió la mirada hacia la ventana, y Pittycarp siguió su movimiento, curioso. Sin esperar a que Harry le explicara el porqué de sus acciones, carraspeó y retomó el punto.

- Harry, es muy importante que me acompañes – repitió, esta vez bastante serio y profundo, lo que dejó a Harry con sentimientos encontrados – Vamos, ve a cambiarte. Te esperaré en la Sala Común.

Y así sin más, salió de los lavabos. Harry no tuvo tiempo para preguntar nada, pero la insistencia del profesor había abierto su curiosidad. ¿Qué podría estar sucediendo a estas alturas de la noche?. Sin querer perder más tiempo – sobre todo por el hecho de tener que correr a los jardines con urgencia – fue hasta su baúl, sacó su uniforme y se vistió sin respirar. Unos minutos después se encontró con Pittycarp, apoyado melancólicamente en la chimenea de la Sala.

Apenas cruzaron palabra y comenzaron a andar. El retrato de la Señora Gorda se cerró silenciosamente tras sus pasos, y sin tener la menor idea de adónde se dirigían, Harry se limitó a seguir el movimiento de la capa de su profesor. Cruzaron varios pasillos, subieron un par de escaleras, y ya en el que parecía ser el último corredor, Harry no contuvo las ganas de hacer un comentario.

- ¿Por qué vamos a la enfermería? – preguntó, reconociendo el pasadizo lleno de óleos de antiguos "sanadores" del mundo mágico, así como las enfermeras que ocuparon el puesto en Hogwarts antes de Madame Pomffrey.

Pittycarp no respondió, pero por primera vez en la noche, dibujo una sonrisa tibia en sus labios, seguido de un gran suspiro de nerviosismo. ¿Le habría pasado algo a Ron o Hermione? O quizás... Sintió una punzada en el pecho. ¿S-Stella? ¿La habrían encontrado ya? Entonces... entonces su sueño había sido una verdadera visión, como tantas otras veces. ¿Sería eso? ¿Lo habría levantado Pittycarp a las tres de la mañana para comunicarle la noticia, para que reconociera el cuerpo? No, era imposible, no podía ser. No había sido una completa visión... Su sueño había comenzado con el recuerdo de los Dementores en tercer año, cuando persiguieron a Sirius y casi le dan el beso de la muerte. El resto sólo debía ser un desvarío. Eso, sí, había sido una pesadilla común. Tenía que serlo, pero, ¿Para qué, entonces, su profesor de Defensa lo traía hasta acá?

A sólo unos pasos de la entrada, Harry pudo distinguir unos murmullos. Al parecer había mucha gente ahí dentro. ¿Para qué se reunían? Estiró el brazo para tomar la manija, pero Pittycarp se interpuso. Un brillo misterioso iluminaba sus ojos.

- ¿Seguro que estás bien, Harry? – le preguntó, apremiante. Harry asintió – Te sugiero que estés lo más tranquilo que puedas, ¿sí?.

Harry no contestó. No tenía idea de a qué se refería, pero antes de que pudiera preguntar, Libertes empujó la puerta de madera y dejó entrever el gran cuarto cuadrado de la Enfermería, lleno de numerosas camas empotradas en las paredes, biombos verdes en algunas esquinas, e iluminado por la luz tenue de varios candelabros levitando a ciertas distancias. Claro que – como pudo percatarse tras la milésima de segundo que duró su recorrido visual por el lugar – no se trataba de una noche cualquiera de un par de estudiantes con dolor de estómago. Casi al final de la sala, un gran grupo de personas se reunía en torno a una camilla, aunque desde la entrada era imposible saber quién la ocupaba. Pero no demoró demasiado en descubrir la identidad del resto: apenas cubierto por los otros, el rostro sereno pero alegre de Albus Dumbledore destacaba a la luz de una vela cercana. Junto a él, Remus Lupin, Arthur Weasley, Dedalus Diggle y Kingsley Shacklebolt ocupaban la delantera de la cama, mientras que a los lados se hacían un espacio Molly, Tonks y Emmeline. Incluso divisó a Bill, el mayor de los hermanos Weasley, a quien no veía desde el año anterior. Rápidamente sacó las cuentas: era la Orden del Fénix en pleno, pero, ¿Por qué?.

En eso – Harry todavía no había dado ni siquiera un paso dentro de la enfermería – el grupo estalló en una carcajada. Sorprendido, vio como Pittycarp hacía eco de aquella, y distinguió las voces... salvo una. Una de ellas,

profunda y entusiasta, se elevaba en volumen por sobre las otras y mantuvo el tono risueño incluso hasta que los otros hubieron callado. Fue entonces cuando lo supo, congelándole la sangre bajo la piel. No... no podía ser, era imposible. ¿Era... era él? ¿Estaría soñando aún? Quizá desvariaba. Porque no, él no... él estaba muerto...

Pittycarp cerró las puertas de la enfermería tras de sí, golpe que hizo voltear al grupo en un instante. Todos aguantaron la respiración al ver a Harry, atónito, erguido bajo el umbral sin poder mover un músculo.

- ¿Quién es? – preguntó aquella misteriosa voz, y acto seguido Tonks y Molly se hicieron a un lado para que pudiera ver. Estaba semi recostado sobre un par de almohadillas, llevaba el pelo negro recogido a la altura de la nuca, algunos rastros de heridas en su mejilla y una gruesa venda en su mano derecha. Al ver a Harry quedó absorto unos segundos, pero pronto sonrió, conmovido – ...al fin. Ahí estás. Ven acá y dame un abrazo.

Harry sintió que la fuerza abandonaba su cuerpo de golpe. No se sentía capaz de hacer ni el más mínimo movimiento. Estaba paralizado, demasiado choqueado como para decir algo o reaccionar. ¿Era un sueño? Si fuera así, era el más cruel que había tenido jamás. Él estaba ahí, más cerca que nunca, sonriéndole, rodeado de sus amigos y colegas. ¿Podría ser cierto? ¿Podría ser que, por alguna extraña razón, por algún milagro desconocido, Sirius haya regresado de la muerte?...

Aún debatiendo internamente sobre la veracidad de la escena frente a sí, Libertes Pittycarp apoyó una mano en su hombro, instándolo a andar. Su roce era demasiado fuerte, se sentía muy real como para ignorarlo, por lo que, sin saber cómo, dio un paso adelante, y pronto lo siguió el otro pie. De a poco apresuró la marcha, y lo que segundos antes habían sido unos

pequeños pasos tímidos, ahora eran grandes zancadas. Cualquier cosa con tal de llegar hasta él lo antes posible, tocarlo, convencerse de que era cierto...

Sin medir la torpeza de sus actos, pasó a un lado de Tonks, se apoyó en la camilla y abrazó a Sirius con todas sus fuerzas. Él respondió al abrazo instantáneamente, con los ojos llenos de lágrimas. A Harry no le importaba tener que perder su postura de adolescente-casi-adulto avalanzándose de esa manera sobre su padrino: era un acto de cariño, de desesperación, de angustia, y fue lo único que se le ocurrió hacer. Molly dejó escapar un sollozo.

- Harry... – balbuceó, con un nudo en la garganta – Harry... también me da gusto verte, pero deja de apretarme o vas a romperme la única costilla sana que me queda – bromeó, en una sonrisa nerviosa, mientras Arthur y Kingsley reían detrás. Dumbledore sonrió cálido bajo su barba.

Harry hizo caso de la petición de Sirius y aflojó el abrazo, mirándolo luego a los ojos. Tenía los lentes empañados.

- ¿C-C-Cómo...? – atinó a decir, con un hilo de voz y el pulso acelerado. Sirius movió la cabeza, aún sonriendo.

- Luego – respondió, tratando de tranquilizarlo. Le revolvió aún más su pelo azabache y le golpeó suavemente en la mejilla. Sus ojos transmitían emoción y prisa – Hablaremos de eso luego.

- Mañana, sería mejor – opinó Molly de pronto, secando su propia mejilla con un pañuelo – Tienes que descansar, Sirius. No has tenido más que jaleo desde que llegaste.

- Es que me gustan las reuniones festivas – dijo, guiñándole un ojo a Harry. Él, sentado a su lado en la camilla, aún no lograba procesar bien todo lo sucedido.

- Molly tiene razón – habló Dumbledore desde atrás, en un tono profundo y sereno. Dedalus se hizo a un lado para que se acercase – Me parece que te hemos agobiado mucho por hoy. Mañana tendremos opción de seguir conversando. Pero, si lo deseas, y creo que así será, puedo permitir que Harry se quede para hacerte compañía.

Sirius volteó hacia Harry antes de contestar. Él asintió, todavía sin poder creer la visión de la persona frente a sí, y luego Sirius sonrió hacia el Director. Éste entendió enseguida, pero al tiempo que hacía un gesto al resto de la Orden para abandonar la sala, dos mujeres irrumpieron en escena. Era Hestia Jones, acompañada de cerca por Madame Pomffrey, quien se veía bastante agitada. Dumbledore alzó una ceja.

- ¿Todo bien, Poppy? – preguntó, preocupado, al tiempo que la enfermera asentía levemente, evitando la mirada de Sirius.

- Ya le expliqué todo, Albus. Está más tranquila ahora – dijo Hestia, acariciando la espalda de Poppy. Ella volvió a asentir.

- Pido mil disculpas por mi comportamiento, Albus – habló por fin, dejando ver su rostro tenso y avergonzado – No sabía que... es decir, nunca me dijeron que el Sr. Black...

- Está bien, Poppy, ya pasó todo – intervino Lupin, calmado – Debimos haberte contado la verdad hace mucho. Pero ya no importa. Así como tú acabas de hacerlo, todo el mundo se enterará de la inocencia de Sirius para mañana.

- Cuento con eso – recalcó él, mientras Remus le sonreía con esperanza. Acto seguido tomó la mano de Harry, quien parecía casi ignorado por los adultos, y lo sintió temblar. Sus ojos se encontraron, y así pudo caer en la cuenta del caos que su regreso había causado en su mente.

Iba a pedir a Dumbledore que los dejaran solos, pero pronto nuevamente los interrumpió una visita. Sus pasos se escucharon desde el pasillo, y para cuando todos voltearon, ella ya estaba a unos metros del grupo. Era alta, delgada, de tez muy pálida y nariz puntiaguda. Llevaba una capucha de viaje, y al deslizarla hacia atrás dejó entrever su largo cabello platinado. Harry ya la conocía; la había visto una vez, en los mundiales de Quidditch, pero su expresión era tan distinta ahora que la hizo prácticamente irreconocible. Su boca ya no se curvaba en una eterna mueca de asco como cuando la conoció, sino que ahora, nerviosa, sonreía con calidez y caminaba con soltura. Por primera vez se dio cuenta de lo hermosa que era.

- Vaya, ahora sí que es una fiesta – opinó Sirius, risueño, justo a tiempo para recibirla en sus brazos. Harry alzó una ceja, confuso, mientras que Molly y Tonks hacían gestos de disgusto a sus espaldas.

- Cuando Remus me lo dijo no pude creerlo – habló ella, entre lágrimas, mientras lo soltaba del abrazo – Vine en cuanto pude.

Molly dirigió a Lupin una mirada de odio, pero él se encogió de hombros. “Tuve que llamarla” se excusó en voz baja, pero Tonks se cruzó de brazos y prácticamente salió indignada del salón. No le agradaba mucho la visita de la hermana de su madre.

- Narcissa, estás corriendo un riesgo muy grande. Sé que me extrañaron, pero no sabía que fuera para tanto – volvió a bromear, y ella sonrió. Harry la miraba embobado.

- Está bien, valió la pena. Tenía que asegurarme con mis propios ojos – dijo, acariciándole la mejilla. Molly volvió a dar un leve bufido de molestia.

- ¿Qué tal mi viejo amigo Snape? – preguntó Sirius, pronunciando “Snape” como quien dice “excremento” – No te ha dado problemas, supongo – continuó, y Narcissa le dirigió una mirada de reprimenda, aunque sonreía. Dumbledore se mantuvo atento.

- Ya sabes cómo es. Aguanta el dolor en silencio. Pero creo que ya ha pasado lo peor. Aún nos queda poción insomnia, pero no sé cuanto más pueda resistir, o cuanto más pueda yo tenerlo escondido... – pronunció, algo asustada - Le he dicho que desista, pero no he podido persuadirlo.

Sirius y Lupin intercambiaron miradas elocuentes.

- Si tú no puedes, no sé quien podría – opinó el último, sonriendo – Pero sí esa es su decisión, déjalo. De todas formas está haciendo un gran trabajo por nosotros – concluyó, mientras Dumbledore asentía.

- Severus lo sabe, por eso no se ha quejado.

- Bueno... Algo rescatable debía de tener el pobre hombre, ¿no?.

- ¡Sirius! – lo regañó Narcissa, en pseudo broma – No hables así. Se mostró muy interesado en saber sobre tu regreso.

- Claro, para ahorcarme por la noche mientras nadie lo vea – volvió a bromear, pero esta vez Narcissa le dirigió una mirada severa. Entonces suspiró – Está bien, está bien. El tipo tiene su mérito, lo admito, pero no me pidas que lo trate como mi mejor amigo, ¿sí?. No creo que lo merezca. Sin menospreciar tus gustos, primita – sonrió al fin.

- Me parece que ya es tiempo de abandonar viejas rencillas, Sirius – opinó Dumbledore, pausado – Han pasado casi 30 años y todavía parece una pelea de colegiales.

- Siempre ha sido una pelea de niños – repitió Sirius, serio – ...pero todo a su tiempo. Por ahora tengo mejores cosas en qué pensar.

Entonces volteó hacia Harry. Su ahijado no había hecho más que escuchar las conversaciones de otros, pasmado, aturdido. Nadie había reparado en él y en su confusión, y aquello le hizo sentir a Sirius una profunda lástima. Le sonrió, y Harry intentó sonreírle de vuelta.

- No pretendo ser maleducado ni nada, pero ¿podrían dejarnos solos? Harry y yo tenemos una larga noche por delante – explicó, y lo siguió un asentimiento colectivo.

Narcissa se levantó lentamente de la cama, no sin antes besarle en la mejilla, y fue la primera en abandonar la enfermería junto con Remus. “Nos vemos, amigo” le había dicho al salir, mientras Sirius alzaba el puño, alegre. Molly, Arthur y el resto fueron saliendo paulatinamente, hasta que sólo quedaron Madame Pomffrey y Dumbledore.

- Poppy se quedará en su despacho por si necesitan algo – explicó el director, y Sirius le agradeció con la mirada. La enfermera giró sobre sus pasos y entró por

una puertecilla contigua, dejando todo en silencio. Dumbledore volvió a sonreír a Sirius y volteó hacia la salida, pero la voz de Harry lo detuvo.

- ¿Profesor Dumbledore, Señor? – lo llamó Harry, inseguro sobre su capacidad de comunicarse con naturalidad. Después de todo, el hecho de que la mayoría de los adultos lo ignorara por un buen tramo de tiempo le había servido para calmarse y asumir en algo la situación. Pero, y al ver al director alejarse, recordó algo importante, que le apretó el estómago a causa de los nervios – Profesor Dumbledore, ¿sabe algo de los Elfos? E-Es decir, sobre si ya están dormidos, o... bueno...

Dumbledore clavó la mirada en Harry con naturalidad. Él sabía que el director podía sentir su ansiedad, sus ganas de saber algo en específico, pero no hacía nada por evidenciarlo.

- Ya se fueron a dormir, sí. Hace poco estuve en su última reunión – dijo, en un tono neutral.

Harry asintió, no muy convencido.

- Pero, está seguro que... es decir... ¿TODOS están en sus habitaciones? – recalcó, y Sirius alzó una ceja, suspicaz. Dumbledore no movió ni un músculo.

- Todos ellos, Harry, estoy seguro. Acabo de estar en el ala oeste. Pero si te preocupa algo en particular puedo ir a cerciorarme – ofreció, tan sutil e incólume que era imposible distinguir si sentía curiosidad o no por las extrañas preguntas de Harry.

- No, no es necesario. Está bien, gracias – respondió, intentando no parecer demasiado preocupado. Dumbledore asintió levemente, dirigió una última mirada a Sirius y desapareció a paso lento tras las puertas de madera.

Sirius hizo una mueca de seudo molestia, divertido.

- ¿Hay algo sobre algún elfo domestico que yo deba saber?

Harry sonrió amargamente.

- No exactamente sobre elfos domésticos, pero es una historia larga. Luego te la contaré – dijo, sin mirarlo directamente a la cara. Aún le costaba trabajo entender que Sirius estaba ahí, vivo, sonriéndole... – Te odio a veces, ¿sabes?.

- Lo sé, pero soy un fastidioso, no puedo evitarlo – sonrió, volviendo a revolverle el cabello, paternal – Sé que estás confundido, pero no es tan complicado como parece – comenzó a decir, apoyándose mejor en los almohadones. Harry también se acomodó.

- Cuando caíste tras el velo... es decir, a través de aquel arco, corrí a buscarte, pero Lupin se interpuso. Me dijo que todo estaba perdido, que ya no había nada que hacer. Pero... estás aquí – tartamudeó, como si no diera crédito a sus propias palabras - Estás vivo...

- Y sin compromiso – bromeó, pero al ver el rostro serio y perturbado de Harry, prefirió abandonar por un momento su espíritu festivo y bajar a tierra. Tosió un par de veces, volvió a apoyar su nuca en el respaldo de la cama y suspiró, dispuesto a relatar una gran historia. Harry hizo un ademán de atención – Yo nunca fui el estudioso del grupo pero, aunque no lo creas, había materias que yo dominaba incluso mejor que Remus. Como tu padre, Peter y yo decidimos convertirnos en Animagos para hacerle compañía, debimos pasar muchas horas estudiando los procedimientos en la Sección Prohibida de la Biblioteca – comenzó a decir, bajando la mirada como si aquello le ayudara a traer de vuelta los recuerdos – ...y no sé cómo pero, cuando entré al Salón de la Muerte para salvarte de los mortífagos, algo de esos estudios vino a mi mente cuando

reconocí el Arco... el llamado “Velo de Hades”. Porque ya lo había visto, Harry, varias veces en un mismo libro.

Harry apretó los labios, tímido, pero se atrevió a hablar.

- Todavía no entiendo...

- Calma, calma, ya llego a la parte interesante – dijo, haciendo un gesto con sus manos – ¿Recuerdas que cuando nos conocimos te hablé de lo peligroso e intrincado que era el convertirse en Animago? Pues bien, si a fin de cuentas logras transformarte en uno, todas las dificultades por las que atraviesas te son retribuidas. Todo tiene sus pro y sus contras – pensó en voz alta, pero antes de que Harry volviera a protestar por una información más clara, retomó la palabra – Convertirse en Animago sólo tiene dos salidas: o el éxito, o la muerte. Si no sigues bien las instrucciones, al momento de dar el último paso te espera una muerte inminente y dolorosa, pero si el procedimiento ha sido el correcto, al adquirir la condición de Animago se te regala un especie de don – explicó, guardando saliva para lo que diría a continuación – La Pre-Inmortalidad.

Harry abrió los ojos como platos.

- ¡¿E-E-Eres inmortal?! ¿Pero c-cómo...?

Sirius casi comienza a reír.

- No, no. Nadie es capaz de dominar la muerte, y menos yo, te lo aseguro – dijo, pero al ver que Harry volvía a la confusión, continuó – Te hablé de Pre-Inmortalidad, es decir, la habilidad de sortear ciertos riesgos de muerte. La Animagia te regala eso, Harry, y fue lo que me salvó.

Harry asintió levemente, uniendo en silencio las piezas en su cabeza.

- Entonces, no falleciste porque eres un Animago...

Sirius agitó la cabeza.

- No exactamente – respondió, y Harry lo apremió con la mirada – Verás, como ya te dije, nadie es invencible, ni siquiera nuestro camarada Voldemort. Así como me ves soy tan o más vulnerable que cualquiera, y puedo morir por mil causas distintas, desde una fuerte gripe hasta una estocada certera en el corazón, pero, mientras soy aquel gran perro negro que ya conoces, no poseo las mismas debilidades que los humanos, y esa es mi ventaja. ¿Recuerdas que, aquella vez en la Casa de los Gritos, debimos obligar a Peter a que se transformara de nuevo en humano para encararlo? Teníamos que hacerlo pues en forma de ratón habría sido muy difícil aniquilarlo, y él lo sabía. No sólo mantuvo 14 años su apariencia de Scabbers por miedo a salir a la luz, sino porque sabía que estando en ese estado sus posibilidades de morir eran más remotas.

- Pero, Sirius... – lo interrumpió, con su cerebro trabajando a cien por hora – Cuando caíste tras el velo tenías tu apariencia natural, no tuviste el tiempo de transformarte...

- Eso creyeron todos – dijo, guiñándole un ojo – La caída a través del Velo de Hades es lenta y silenciosa, como si estuvieras flotando, y cuando estás a unos centímetros del suelo pierdes el conocimiento y ya no sabes de nada más. Pero, como yo ya sabía cómo funcionaba el velo, me transformé apenas unos segundos antes de desmayarme.

- ¿Cómo supiste lo del Velo...?

- Ya te dije, por el libro principal de conversión. En las primeras doscientas páginas se encarga de ilustrarte debidamente sobre todos los peligros, atrocidades y desgracias que padecerás si intentas transformarte en un

Animago, pero en las diez últimas hacen una interesante alusión a un par de ventajas. Entre ellas, la inmunidad ante el Velo de Hades.

- ¿Pero que hay ahí? Es decir, ¿por qué mueres al atravesarlo? – preguntó, ávido de curiosidad.

- Es una buena pregunta – opinó, llevando una mano a su barbilla – El libro de Animagia sólo te dice que es un lugar donde te espera la muerte, al que no debes acercarte por ningún motivo, pero no da más explicaciones. Por algo se encuentra en el Departamento de Misterios – dijo, perspicaz - ...pero ya que tuve la suerte de estar ahí por algunos segundos, pude percatarme de mi alrededor antes de perder el conocimiento. Y lo he pensado mucho antes de llegar a una conclusión...

- ¿Cuál es? Quiero saber – lo apremió Harry, y Sirius no supo cómo negarse.

- No estoy seguro, pero me pareció que era algo que los muggles llaman “Purgatorio”. Es una especie de lugar intermedio donde residen las almas antes de ir al cielo, o donde quiera que vayan. El Velo, entonces, funcionaría como resguardo y cárcel a la vez, y ya que sólo recibe muertos, si algún vivo cae ahí por equivocación, el Velo lo asimilará como tal y no lo dejará salir. Así de simple.

Harry recibió los detalles con excitación. Entender las cosas le daba una paz inigualable, y por primera vez en la noche sintió verdaderas ganas de sonreír.

- ¿Y qué pasó entonces? ¿Cómo lograste escapar?

- Algo me arrastró hacia afuera cuando ustedes ya se habían ido. Supongo que fue el mismo Velo, pues dudo que acepte animales bajo su techo – opinó, y (también por primera vez) Harry sonrió ante la broma. Aquello hizo a Sirius suspirar de tranquilidad – Para entonces estaba muy débil y demacrado. El Velo no me mató, pero sí actuó en mí como si hubiera activado un sistema de descomposición. Tal como un cadáver andante, perdí mucha temperatura, incluso algunos kilos; mis manos se arrugaron, mis ojos se hundieron y ya casi no tenía fuerzas para andar. Pero el hecho de haber sobrevivido me daba nuevas esperanzas, por lo que me arrastré hasta el pasillo del ministerio y, creyendo que hacía lo correcto, atravesé el primer retrato que encontré, esperando aparecer en algún lugar seguro donde reponerme. Por desgracia, llegué al peor sitio en el peor de los momentos.

- ¿Azkabán? – intentó adivinar Harry, pero Sirius negó con la cabeza.

- Peor. Un sitio abarrotado de muggles – respondió, frunciendo el entrecejo como si aquel recuerdo doliera – ¿Cómo le explicas a un muggle que acabas de salir de una pintura? Creí que me agarrarían y me internarían en un manicomio, pero por suerte pensé en algo rápido y salí del percance. Maldito sea el brujo que le vendió un óleo encantando a una familia muggle – gruñó, pero no detuvo la explicación – Aparecí en el cuarto de unos niños, quienes se aterraron al verme, pero como la pintura estaba muy cerca de la ventana, inventé que había entrado por ahí, que me habían asaltado, que estaba mal herido y que había irrumpido en la casa en mi desesperación por ayuda. Gracias al cielo, y a su ingenuidad, se tragaron el cuento y me recibieron, pero era tanta mi fatiga que permanecí casi inconsciente por una semana. Luego recuperé en algo el conocimiento, y caí en la cuenta de que aún me encontraba en aquella casa...

- Vaya suerte – comentó Harry, pero Sirius hizo un ademán de impaciencia.

- ¿Suerte? Gracia divina, diría yo. Aunque no hay nada peor que caer en manos de un par de muggles... – refunfuñó, con la mirada perdida – Después de un par de semanas ya me estaba volviendo loco con tanta pregunta sobre mi existencia o mi destino, por lo que preferí arreglármelas solo y escapar. Claro que, antes de eso, tuve la genial idea de enviar un mensaje – ironizó, y Harry dio un salto.

- ¡El mensaje del ave negra! – recordó, y Sirius asintió.

- No encontré nada mejor para el viaje. Además, como yo apenas podía sostenerme en pie, pedí al dueño de casa que escribiera el mensaje por mí. Ya imaginarás su rostro cuando le dicté “soy libre”, “cuatro patas” o “no me busques”. Estoy seguro de que hubiera querido llamar a la policía.

- Nadie creyó que aquel mensaje fuera realmente tuyo, sólo yo – dijo Harry, satisfecho por haber tenido razón en aquella oportunidad, después de todo.

- No los culpo. El mensaje estaba escrito por un tercero, en papel ajeno y enviado en un cuervo. Tenía todas las características como para desconfiar, pero me urgía comunicarme contigo, y no se me ocurrió otra manera – confesó, encogiéndose de hombros.

- Está bien. Siempre tuve la secreta esperanza de que algún día te encontraría con vida – sonrió, cálido, sintiendo cómo la conmoción volvía a embargarlo.

- Por eso eres mi ahijado preferido – respondió él, alegre, mirándolo a los ojos.

- Sirius, soy tu único ahijado – corrigió Harry, divertido.

- Sí, sí, siempre lo olvido – bromeó, compartiendo una carcajada, aunque retomó luego su historia – Sobre el resto no hay mucho qué decir. Es aburrido, en realidad. Deambulé por muchos días, sin comida, con techos provisorios y con un mínimo sentido de la orientación, hasta que me percaté de que alguien me seguía. No sé cómo, pero Bellatrix y otro par de mortífagos me pisaban los talones.

La alegría de Harry se esfumó por unos segundos, mutando en algo de ira.

- ¡Bellatrix! ¡¿Y qué hiciste?!

- Canuto al rescate – respondió, sereno – Me transformé, y aunque Bellatrix sabe qué forma adquiero, estaba tan flaco y tan maltrecho que, lejos de parecer aquel imponente perro negro de siempre, sólo simulaba un desteñido can callejero. Así, pasó sobre mis narices varias veces, y nunca me cogió. Logré llegar hasta la carretera, conseguí transporte – sonrió elocuentemente tras la última frase – ...y arribé en Hogsmeade justo a tiempo para descubrir que no había burlado del todo a mi querida prima. Pero no contaba con mi astucia – volvió a sonreír – ...ni con la Casa de los Gritos.

- No entiendo. ¿Te escondiste ahí?

- Sí – respondió, entusiasmado – ...y he aquí otra asombrosa ventaja de la Animagia: las casas encantadas. – Hubo un breve silencio tras lo dicho, esperando que Harry procesara la información – Cuando Dumbledore creó esa casa para Remus, no sólo colocó al Sauce Boxeador en la entrada para impedir la irrupción de intrusos, sino que también la cubrió con un hechizo anti-humanos. Es decir, sólo animales son capaces de cruzar la puerta, detalle que, una vez más, me salvó la vida.

- Y vaya de qué forma – opinó una voz desde la puerta, en un tono coloquial. Luego de algunos pasos, la luz de las velas distinguieron la silueta de Lupin, quien sonreía ampliamente – Siento interrumpir, pero creí que querrías saber que todo está en orden, Sirius. Hay dos de nosotros custodiando a Peter.

- ¿Peter Pettigrew? – preguntó Harry, sorprendido. Lupin asintió – ¿Qué pasa con él?

Sirius sonrió como si estuviera a punto de contar un chiste excelente.

- Bellatrix me acechó junto a dos Dementores por varios días, pero mientras estuviera dentro de la casa, sabía que nada me pasaría. Ella jamás descubriría cómo entrar. Pero, hace apenas unas horas, sucedió algo bastante inusual: una rata gorda se las arregló para atravesar una rendija...

- Gordita y calva – acotó Lupin, divertido, y Sirius hizo eco de aquello.

- Seguramente quiso dárse las de héroe y fue a buscarme por su cuenta. Era el único en el bando de Voldemort que sabía la forma de entrar en la casa. Claro que, inocentemente, nunca creyó que lo reconocería tan fácil. ¡La de veces que lo vi transformarse frente a mí! Y así fue como lo cogí, mientras corría por el pasillo del segundo piso. Había pasado por el Sauce desatracando la puerta por fuera, dándome la posibilidad de escapar hacia el castillo. Se puso a chillar como loco cuando lo tomé por la cola.

- Y aún chilla, sólo que nadie lo escucha – volvió a intervenir Lupin.

- ¿Dónde lo tienen? – preguntó Harry, visiblemente interesado.

- Nuestro amigo Colagusano ha encontrado por fin la manera de ser útil – bromeó amargamente – Lo tenemos fuertemente atado en la Casa de los

Gritos, y amablemente ha tomado mi lugar. Como te dije, un par de Dementores acompañaban a Bellatrix, y ellos pueden oler la presencia de humanos. Mientras Peter esté en la casa, Bellatrix creará que todavía sigo sentado bajo la mesa del comedor – sonrió, al igual que Lupin. Un silencio espeso los rodeó por unos segundos, y entonces Sirius bajó la mirada, suspiró hondo y movió las manos nerviosamente bajo las sábanas, como si de pronto hubiera recordado algo de suma importancia. Dubitativo, elevó los ojos hacia Harry, mientras Remus se acercaba más a ellos, curioso – Dumbledore te mencionó hace tiempo que algún día te alegrarías de haber perdonado la vida al estúpido de Peter. Pues bien, ese día ha llegado, Harry – afirmó, en un tono que mezclaba esperanza y expectación – Él no sólo está ahora cubriendo mis espaldas, no sólo fue clave para mi salvación, si no además, contribuirá dentro de muy poco en un favor que nos dará una alegría muy grande... A ambos.

Tanto Remus como Harry alzaron la ceja derecha al mismo tiempo.

- ¿De qué hablas? – preguntó Lupin, y Harry movió la cabeza dando a entender que quería preguntar lo mismo. Sirius volvió a suspirar, nervioso.

- Aquel día en el Departamento de Misterios, en aquellos segundos tras el Velo de Hades, descubrí algo más que un par de ánimas errantes – dijo, ahogando su desesperación por lo que diría a continuación. La llama de las velas comenzaron a titilar – Tengo la sospecha... la esperanza, mejor dicho, de que así como yo escapé del arco de la muerte, alguien más podrá. Colagusano, nuestro querido Colagusano, tendrá el honor de servirnos de carnada para un antiguo conocido... – Sus ojos brillaron, emocionados hacia Harry – Para traer a James, tu padre, de vuelta.

Capítulo veinte

Cuentas Pendientes

Hermione llevaba constantemente una mano a su boca, estupefacta, coincidiendo con los momentos en que Harry tomaba aire para seguir. Junto a ellos, Ron y Ginny mostraban las mismas caras de sorpresa, pero no se atrevían a emitir sonido hasta que Harry dijera la última palabra. De vez en cuando hacían una pausa para cerciorarse de que nadie los escuchaba; a pesar de estar resguardados en la esquina más apartada de la Biblioteca, nunca podían estar seguros. Y es que debieron escapar ahí, sin más alternativa, luego de que encontraran al comedor en su eterno e insufrible estado de aglomeración mañanera, justo cuando Harry necesitaba la mayor privacidad posible. En aquel panorama, ni pensar en nombrar a Sirius... aunque sus posibilidades volvían a reducirse.

Inoportunamente, McGonagall apareció en el pasillo para ordenarles correr a sus respectivos salones. No tenían excusa para negarse; por tanto, Harry debió rumiar su nerviosismo todas las clases que siguieron hasta el almuerzo. Ahí, junto a Hermione, por fin pudo volver a reunirse con Ginny y Ron, quien debió correr desde la Buhardilla. Sin detenerse a bufar por su odio hacia la Adivinación, se sentó junto a Harry al final de la mesa. Según lo poco que había expresado, aquello que Harry tenía que contarles era de vida o muerte. Estaba ansioso, exaltado, y ni siquiera intentó comer algo, por lo que sus amigos hicieron eco de su preocupación y lo siguieron escaleras arriba, rumbo a la Biblioteca.

En apenas un par de minutos, Harry prácticamente escupió toda la información que se agolpaba en su cabeza. Tuvo que medir muy bien sus movimientos para no saltar o gritar o reír exageradamente, pero en más de una oportunidad no pudo evitar demostrar sus sentimientos. Sirius estaba a salvo, en

Hogwarts... junto a él. Todo lo resumía aquella frase, pero, eso sí, cuidó de no revelar un valioso detalle: el asunto que involucraba a su padre.

En un principio había sentido que estaba a punto de infartarse. ¿Traer a su padre... de vuelta? ¿En otras palabras, “resucitarlo”? Recordó que tanto él como Lupin saltaron al mismo tiempo. Sirius se había vuelto loco, estaba seguro; tantas pesadumbres le habían afectado la psiquis. Era casi absurdo, pero dentro del segundo siguiente lo bombardearon con preguntas inquisitivas, aún cuando él se escudó diciendo que no podía darles más información, que aún lo estaba meditando, pero que creía importante decir que existía la posibilidad. No obstante, claro, les advirtió a los dos que no lo comentaran con nadie, pues podía producirse un alboroto de proporciones. ¡Cómo no! En todo caso, Harry no tenía intención en divulgarlo. Ya era demasiado difícil procesarlo para él mismo. Toda una vida sin padres... y ahora, de la nada, se abría la esperanza de ver, por primera vez, el rostro de uno de ellos, que sólo lo hacía sonreír, secretamente ansioso...

- Vivo... - balbuceó Ron, en un hilo de voz, con la mirada atónita - Sirius está vivo...

Harry sonrió otra vez. No había tenido tiempo de dormir, pero en su rostro no se reflejaba insomnio, sino alegría pura. Ginny secó las lágrimas de su mejilla con la manga de su túnica, cuidando de no dejar caer el grueso libro que tenía en sus manos.

- E-Es una historia sorprendente... - alcanzó a decir Hermione, sin detenerse a disimular la emoción de sus palabras. No se atrevió a mirarlo a los ojos - Y-Y-Y yo... H-Harry... lamento haber dudado de aquel mensaje...

Harry apretó los labios, asintiendo levemente.

- Ya no importa. Sirius me dijo que tuviste mucha razón en desconfiar.

Hermione sonrió a medias al escuchar eso, con los ojos empañados.

- ¿A dónde lo llevaron? - preguntó, y los otros elevaron el rostro, interesados - Porque, supongo, no habrán cometido la imprudencia de mantenerlo en la Enfermería...

Harry se encogió de hombros, algo avergonzado.

- Ehh... bueno, si no me equivoco aún está ahí.

- ¡Pero pueden descubrirlo! - exclamó Ron, asustado - Cualquiera de nosotros puede ir allá por un simple dolor de estómago, y entonces...

- No, no, no se preocupen - se apresuró a decir Harry, intentando calmarlos - El profesor Dumbledore ya había pensado en eso. Al menos por hoy, la Enfermería está cerrada, y según lo que dice el letrero a la entrada del pasillo, es porque están haciendo el inventario para reponer los medicamentos que faltan - explicó, pero mientras Ron relajaba los hombros, Hermione permanecía suspicaz - Nadie puede entrar, salvo la Orden.

- Aún así es muy peligroso - reclamó Hermione, arqueando las cejas, pero Harry no tenía ánimo para discutir.

- Si quieres, puedes persuadirlo tú misma. Estoy segura de que estará feliz de verlos.

Tanto Ron como Ginny sonrieron al unísono, pero para cuando compartían un ademán de avanzar hacia la salida, Ginny cogió la mano de Hermione, deteniendo su paso. No le dijo nada, pero su mirada era suficientemente ansiosa como para sospechar.

- Ehhhh... ¿Chicos? - los llamó Hermione, antes de que Ron y Harry se alejaran demasiado por entre las mesas - Ginny y yo los alcanzaremos enseguida... No nos esperen.

Harry no tenía tiempo que perder en escudriñar misterios. Se encogió de hombros, hizo un gesto hacia su amigo y ambos abandonaron el lugar. Entonces, lentamente, Hermione volteó, preocupada.

- ¿Por qué no quieres ir a ver a Sirius....?

Ginny negó con la cabeza, suspirando.

- No, no es eso... - comenzó a decir, mientras la arrastraba hasta la esquina de la estantería. Ahí desplegó el libro que había llevado consigo todos aquellos minutos: “Criaturas Ancestrales y la Creación del Mundo”, texto obligatorio ordenado por el profesor Binns para el sexto curso - Sólo quería decirte que he estado... bueno, que he estado investigando... sobre... - suspiró de nuevo, perdiendo la batalla al intentar recordar la pronunciación de aquel nombre - ...sobre ella.

Hermione ahogó de golpe su comentario sobre el manejo de Ginny en torno a libros que no eran de su propia clase. No lo habría esperado. Se apoyó en la cornisa del ventanal, denotando tranquilidad.

- Está bien... Puedes llamarla ‘Stella’ si quieres - sonrió, pero Ginny alzó una ceja, no muy convencida - Es probable que hayas encontrado un apartado sobre los nombres élficos en aquel libro, ¿no?. Te habrás dado cuenta que ellos le dan más importancia a la significación que a las letras. En cuanto a eso, tanto “Eleneär” como “Stella Maris” se refieren exactamente al mismo concepto...

- “Estrella de mar” - susurró Ginny, pensando en voz alta, y Hermione asintió.

- Ella misma me lo explicó el primer día que fui a verla. En teoría, mientras mantengas el significado de su nombre, puedes llamarla como quieras. Ningún elfo podría oponerse.

Recogiendo su cabello hacia atrás, Ginny sintió la necesidad de sonreír, aunque no duró mucho.

- Harry debería saberlo - opinó, apretando los labios.

- Ya se enterará - respondió Hermione, sin darle demasiada importancia - Ha tenido este libro en sus narices todo el año. Hasta hemos hecho varios ensayos sobre el tema, y ni él ni Ron se han dado por aludidos. Bastaba leer un par de capítulos, o quizá sólo escuchar la primera clase de Binns con atención para comprender quién era Stella. Pero claro, nadie toma en serio Historia de la Magia...

- Hermione - la interrumpió Ginny, reticente - No estoy aquí para hablar de Binns. Además, ya estoy retrasada para ir a clases, pero... Necesito saber, entender algunas cosas - explicó, mientras Hermione hacía un gesto de atención - Esto de los Elfos es bastante complicado... Hay muchos tipos distintos, muchas razas, costumbres, linajes... uff.

Hermione negó levemente, con algo de tristeza.

- Lamentablemente, Ginny, a consecuencia del tiempo, su propio aislamiento y las guerras acabaron con la mayoría de ellos. Sólo quedan los Tareldar y... bueno, al parecer todavía quedaba un grupo Calaquendi en los confines del mundo. Pero sólo son ellos, su raza se ha extinguido...

- ¿Por eso va a casarse? ¿Porque no hay nadie más?

Hermione bufó de molestia, cerrando los ojos.

- En parte, sí. Dicen que es la única forma de preservar su estirpe, de que la cultura élfica no muera... - explicó, para luego apoyar la cabeza contra el vidrio
- ...y Stella, aunque no está de acuerdo, tiene la responsabilidad de su linaje. No tiene opción. Está sufriendo mucho, por Harry, por todos, y aquello no me ha dejado dormir. Aunque... b-bueno... todo terminará dentro de muy poco.

Ginny abrió los ojos al máximo, comenzando a embargarla las ganas de llorar.

- El plazo...

- ...se cumple hoy - balbuceó Hermione, terminando la frase amargamente.

La más pequeña de los Weasley bajó la mirada y cerró el libro frente a sí. Suspiró profundo, como si quisiera ahogar un llanto estridente.

- Desearía despedirme... abrazarla quizá - murmuró por fin, sin despegar la vista del suelo, rebotando cerca de sus zapatos una lágrima solitaria.

- Estoy segura de que muere por verte, pero no podemos acercarnos. Lo he intentado mil veces. No se me ocurre cómo burlar la custodia, ni a quién recurrir. Ni siquiera el profesor Dumbledore tiene la facultad para darnos el permiso. Está atrapada, al igual que nosotros - concluyó, tragando saliva con fuerza.

Luego de un segundo de silencio, Ginny alzó el rostro, como si alguien la hubiera despertado de repente. Dejó escapar entonces una mínima carcajada.

- Toda jaula, por más impenetrable que parezca, tiene una pequeña puertecilla... - comentó, pensando a mil por hora, deteniéndose a unos centímetros de Hermione con la mirada perdida.

- ¿Qué estás tramando...? - preguntó Hermione, levantándose. Sin esperar réplica, su propio cerebro ya comenzaba a trabajar. En un atisbo de esperanza, sus labios se curvaron en una sonrisa tibia, entusiasmada.

- Es difícil... ciertamente complicado, algo vergonzoso... - comenzó a decir, exteriorizando sus pensamientos tal como venían - ...es casi imposible a simple vista, pero no perdemos nada con intentarlo.

Hermione no respiró.

- ¿Hay alguien... alguien que yo haya pasado por alto, que pueda ayudarnos? - se atrevió a adivinar, alzando una ceja. Ginny asintió sonriendo, sospechosa, enjugando el resto de sus lágrimas.

- ...Y pobre de él si llega a negarse. No tiene idea de a quién se está enfrentando - concluyó, airosa, maquinando la manera de convencerlo.

- ¿Snape? - pensó Hermione en voz alta, animada, pero Ginny negó - ¿McGonagall? ¿Hagrid? ¿Lupin, Binns...? ¿...Harry? - volvió a sugerir, tentativa, pero Ginny siguió negando, con una amplia sonrisa en el rostro.

- Aún más improbable - dijo, entornando los ojos. Dado el contexto, pronunciar aquel nombre se hacía de lo más divertido - Malfoy, Hermione. Draco Malfoy.

- Tendrás que explicármelo de nuevo, porque aún no lo entiendo - pidió Ron, confundido, rascándose la cabeza con la mano derecha. Quietos a mitad de una de las escaleras movedizas, esperaban a que ésta se detuviera en tierra firme para poder avanzar - ¿Qué hacía la madre de Malfoy aquí? Hasta donde sabíamos, ella está con los mortífagos...

- Lo sé, lo sé... Ni siquiera yo lo entiendo bien, Ron - se excusó Harry, encogiéndose de hombros - Pero ahí estaba. Lo más raro de todo es que Snape está con ella, y Sirius parecía muy alegre de verla. Tu madre y Tonks, en cambio, no dejaban de gruñir...

- No es difícil de suponer - comentó, haciendo una extraña mueca - Alguien tiene que aclarárnoslo. Lo único que falta es que aparezca Bellatrix con una tarjeta de felicitación...

La broma era divertida, pero Harry no podía sonreír cuando el nombre de que aquella mujer estaba de por medio. Se limitó tan solo a mirar al frente, impávido, mientras Ron aún lidiaba con sus pensamientos.

- Y sobre Snape... ¿qué le pasa exactamente? - volvió a preguntar, pero Harry no volteó - Espero que no regrese en mucho tiempo... no más Pociones...

- Tampoco sé qué pasa con él, aunque Lupin dijo que estaba haciendo un gran trabajo por la Orden.

- Así es, en realidad - respondió una voz tras ellos, sobresaltándolos.

Remus Lupin, enfundado en una sencilla pero cuidada capa azul, les sonreía con naturalidad. Al parecer, el regreso de Sirius había actuado en él como el mejor de los tónicos revitalizantes. Su pelo color ceniza acentuaba

su edad, pero su rostro casi no tenía arrugas, como tampoco sus manos. Dumbledore tenía razón: con Sirius, la Orden renacería.

- No te escuchamos venir - habló Harry, tranquilo. Ron parecía algo más incómodo, sobre todo por lo mal que habló del profesor Snape - ¿Vas a ver a Sirius?

- Mmmm... No - respondió, perdiendo en parte su sonrisa - Es a ti a quien busco.

Harry alzó una ceja, perspicaz. No recordaba tener algún asunto pendiente con su antiguo profesor de Defensa. Ron, en cambio, pareció entender rápidamente la indirecta.

- Harry, creo que me adelantaré a la Enfermería. Te veo allá, ¿sí?

Dirigiéndole a Remus una mirada de desconcierto, giró sobre sus pasos y echó a correr por el pasillo. En eso, Harry sintió el nerviosismo de su acompañante. No era demasiado notorio, pero movía insistentemente su capa hacia adelante y atrás, mirando al piso...

- ¿Hay algo sobre Sirius que debería saber? - preguntó de golpe, ansioso por saber la respuesta. Remus jamás lo detenía a mitad del pasillo sin una buena razón.

- No... Sirius está bien, esto no es sobre él - corrigió, dejando a Harry con más dudas. Tomó aire, carraspeó levemente y volvió la mirada, expectante - En realidad quería hablarte... sobre Stella.

Harry se estremeció al escuchar aquel nombre. No habría esperado que Lupin lo detuviera con aquel tema, y aunque sentía mucha curiosidad, lo disimuló muy bien. Suspiró, enseriándose lo más posible.

- No conozco a ninguna Stella.

- Harry... - bufó Remus, comenzando a impacientarse. Luego, cruzando sus brazos a la altura del pecho, le dirigió una mirada tan severa que Harry no supo qué hacer a continuación.

- ¿Qué? - pronunció él por fin, como si el tópico lo perturbara - ¿Qué pasa con ella...?

Remus suspiró. De algún modo, sabía que se encontraría con una actitud semejante.

- Sólo quería saber si le has hablado.

- No - respondió, tajante - y no planeo hacerlo.

- Harry, no es posible que...

- ¿De qué se trata todo esto? ¿Te ha contratado como intermediario o algo? - gruñó, bastante más ácido de lo que Remus hubiera esperado.

- Te ruego que te refieras a mí en otro tono, Harry. No recuerdo haberte insultado - lo regañó, tan serio y calmado que quebró la seguridad de Harry en una milésima de segundo. Es más: lo hizo ruborizar, descubriéndose avergonzado por sus actos. Entonces bajó la mirada, aunque no demasiado, y se obligó a disculparse.

- Lo siento.

Remus agitó la cabeza, comprensivo.

- No es a mí a quien le debes una disculpa - dijo, acentuando innecesariamente el carácter elocuente de la frase - Se va en unas horas... ¿lo sabías?.

Harry alzó la mirada con sorpresa. Lupin pudo sentir su interés, pero Harry reaccionó lo suficientemente rápido como para disimular.

- No, no lo sabía - confesó, en un tono forzosamente despreocupado. Remus sonrió levemente - ...pero no creo que esta conversación nos lleve a algún lado. Si me dejas, quisiera ir a ver a Sirius.

- Ella es más importante de lo que piensas - corrigió Lupin de inmediato, interrumpiéndolo - Arriesgó su vida al estar aquí, aunque te empeñes en hacer oídos sordos. Merece que la escuches. ¿Ni siquiera vas a despedirte?.

Harry tragó saliva, sintiendo como lo embargaba una ira mezclada con la peor de las tristezas. Sin perder la postura, miró a Lupin a los ojos.

- Tiene mejores cosas en las que pensar que en una conversación conmigo. Sólo quiero vivir en paz, ¿está bien?. No creo que sea mucho pedir. Además, y según tengo entendido, los Elfos no se relacionan con Magos, ni menos las princesas. No puedo hacer nada que altere a la realeza... - concluyó, con una ironía irreconocible en cada frase.

- Vamos, sabes muy bien que ella no ostenta lo que...

- Yo no sé nada - lo interrumpió él esta vez, dando a entender que quería cortar el tema de raíz - Nada. No sé qué debo creer y qué no. He sufrido suficiente... ¿no les basta? Y ya lo dije: quiero vivir en paz.

Remus cerró los ojos un momento, volviendo a suspirar. Parecía como si de pronto se hubiera enfrascado en un duro debate consigo mismo. Luego, tras apenas un par de segundos, clavó su mirada en el último punto luminoso del pasillo.

- Oh, Harry... - murmuró, en un tono de tal decepción que clavó muy duro en el interior del adolescente - Nuevamente me sorprendes, pero lamento que en esta oportunidad no sea una grata sensación. No quise creer los rumores, pero aquí estás, confirmándolos por ti mismo - dijo, mostrándose realmente enfadado por primera vez - Has hecho más cosas por nosotros de las que habría podido imaginar, te has enfrentado a peligros y situaciones tan escabrosas que jamás habría previsto que salieras airoso... pero esto... esto es, si me permites, prácticamente un insulto para todo el temple que nos has demostrado poseer. Has probado ser y actuar con altura cada vez que otro te necesita, pero... ¿Por qué cuando tiene que ver contigo, sólo contigo, te empeñas en parecer un inepto? - pronunció, tan claro y reprobatorio que Harry apenas podía creerlo - ¿Por qué eres un adulto en batalla, y un niño a solas?

Escuchar aquellas palabras de boca de Lupin era más de lo que podía soportar. Ni en un millón de años habría supuesto que sería él quien le diera ese tipo de sermones. ¿Había tenido el descaro de llamarlo “inmaduro”, después de todo lo que había hecho por Hogwarts y la Orden? ...

- Yo sabré qué hago con mi vida privada, muchas gracias - respondió Harry, irritado, apretando los dientes. No quería ser agresivo con Remus, pero su absurdo discurso sobre valores lo había descolocado por completo.

- Sin duda - dijo Lupin, amargamente. Sin ánimos de continuar la discusión, le hizo un gesto con la mirada, y luego con su brazo derecho - Ve con Sirius. Ojalá él te entienda mejor que yo.

Despidiéndose a medias, sólo por cortesía, Remus volvió sobre sus pasos y bajó por la primera escalera, dejando a Harry a solas en el oscuro pasillo a la Enfermería.

Rumiando cientos de frases defensivas, intentaba alejar el agrio sabor que había dejado en él las palabras de uno de los mejores amigos de su padre. Remus jamás lo había tratado así; estaba acostumbrado a recibir regaños de McGonagall, de Hermione, incluso de Sirius, pero... ¿Lupin?. No habían sido sólo sus palabras, si no la elección del momento a decirlas. La sorpresa, de alguna forma, había incrementado el dolor. ¿Realmente pensaba eso? Que era un inepto, que no era capaz de resolver su vida. “¡Sólo tengo 16 años!” pensó enfurecido, escudándose en su juventud al momento de los errores. ¿Sería suficiente? ¿Era una verdadera excusa?.

Ella se iría. Se iría para siempre. “Mejor, debe ser para mejor” pensó, intentado aparentar absoluta seguridad, pero apenas unos pasos más allá todo se derrumbó, sintiéndose - como ya era casi habitual - dolorosamente abatido. Cerrando los ojos y apoyándose en el muro, suspiró de aturdimiento. Podía rugir y reñir a cada segundo, podía evitar el tema, podía engañarlos a todos... Sin embargo, por más que lo intentara, jamás se autoconvencería. Sus propias convicciones lo atormentaban. Se iría, sin haber hablado, sin haberse despedido, y en el fondo, él no quería eso. Quería verla por última vez, escuchar de su boca que no todo estaba perdido...

No muy lejos, denotó la voz exaltada de Ron al oír, por enésima vez, el relato aventurero de Sirius. Luchando por no hacerle caso a sus instintos, dio un par de pasos más, donde las voces se hacían más audibles... Hasta que se detuvo. Suspiró profundamente una vez más, tragó saliva y apretó los puños. Tanto lo había evitado... Había pasado tantas horas convenciéndose de que ignorarla era su mejor recurso... y ahora, como un bobo, el correr de los minutos le apretaba el pecho. Se iría. Ella se iría.

Temiendo arrepentirse, dio la vuelta y echó a correr hacia el lado oeste. Si se daba prisa - y si tenía suerte, algo más que esquivó el último tiempo - tal vez la vería salir del castillo entre la comisión. Incluso, si la fuerza lo acompañaba, alcanzaría a escribirle una nota. Aunque jamás la leyera.

- No tan rápido, Sr. Potter.

La tibia luz de ambiente acentuaba su limitada silueta. Cornelius Fudge, el atribulado Ministro de Magia, y a la cabeza de un grupo compuesto por media docena de malhumorados guardias de la institución, avanzaba a paso raudo por entre las pequeñas fogatas de los muros, obstaculizando el pasillo. Vestía un grueso traje verdoso, su capa negra caía a ras de suelo y llevaba su sombrero fuertemente arrugado en el puño. Tensaba los músculos de su rostro como si lidiara con mucha rabia contenida, y, como era de esperarse, Harry se topó cara a cara con él, deseando al rato siguiente haber caminado hacia el lado opuesto.

- Sr. Ministro... qué sorpresa - pronunció Harry al segundo, nervioso, haciendo trabajar a su cerebro con rapidez.

No podía suponer por qué Fudge estaba en Hogwarts, justo aquel día y con aquellos matones, pero no demoró mucho en atar cabos. Tras uno de los guardias, el cuerpo esbelto de Remus Lupin se dejó entrever. Estaba

fuertemente sujeto por aquel tipo, y Lupin no disimulaba su nerviosismo. De pronto, Harry sintió una punzada en la sien, se le secó la garganta y advirtió el sudor agolparse en el cuello de su camisa.

Sirius. Han descubierto a Sirius.

- Va a tener el honor de acompañarnos, Sr. Potter - pronunció Fudge con alevosía, sin apenas moverse. Hizo un gesto al guardia a su lado para que se acercase a Harry - No volveré a perder a Black... así tenga que apresarlos a usted con él.

- ¡Pero qué dice, Ministro Fudge! - exclamó Remus, visiblemente molesto. El guardia no dejaba de asediarlo con los ojos - Estamos del mismo lado... ¿lo ha olvidado?.

- Lo que no he podido olvidar, Sr. Lupin - comenzó a decir, volteando lentamente hacia él. Harry notó cómo empuñaba aún más su estrujado sombrero, acentuando las marcas de insomnio en su rostro - ...es cómo el Sr. Potter, con recursos que desconozco, ayudó a escapar a Black la noche que lo capturamos.

- Nunca tuviste prueba de ello, Cornelius.

Harry alzó la vista por entre los guardias y la fijó hacia la escalera. Flamantemente de blanco, como siempre, Albus Dumbledore hacía su aparición. Junto a él, Kingsley Shacklebolt carraspeó notoriamente, acercándose a los guardias con cara de pocos amigos.

- Dumbledore - habló Fudge entre dientes, quemándolo con la mirada. El director apenas hizo un gesto con su cabeza.

- Creí haberte pedido que me esperaras en mi despacho, Cornelius.

Fudge ahogó un sonido de desprecio.

- Esto no es un trámite común, Dumbledore. No tengo tiempo que perder. Estoy a punto de apresar al prófugo más buscado por la justicia...

- Creí que los más buscados por la justicia eran los Mortífagos - se apresuró a inquirir Remus, desafiante. Fudge tragó saliva.

- También creo recordar - continuó Dumbledore, como si no hubiera escuchado ni una palabra dicha por el ministro. En una milésima de segundo, quiso encontrarse con la mirada suplicante de Harry - ...que, cuando te pedí que vinieras, era justamente para aclarar el asunto de Sirius, y no para que te lo llevaras.

- ¡¿Usted lo llamó?! - preguntaron Harry y Remus al unísono, sorprendidos. Dumbledore asintió.

- Si queremos ayudar a Sirius, debemos hacerlo por la vía más derecha posible. Si no, el calvario puede ser eterno - opinó Kingsley, clavando la mirada en el ministro.

- No se preocupen - lo interrumpió Fudge, esbozando una pequeña sonrisa triunfante - Será más rápido de lo que creen.

- Así lo espero - respondió Dumbledore, sin la más mínima alteración.

Remus - habiéndose liberado del asedio de aquel guardia - se adelantó al grupo y encabezó la comisión, instando a Harry a que comenzara a

caminar. Tras ellos vendrían Fudge y los suyos, y al fondo, Dumbledore y Kingsley, asegurándose de que nada saliera de lo normal.

A medida que la distancia con Sirius se acortaba, Harry no pudo evitar traer a su mente todo lo ocurrido el año anterior. Su audiencia en Londres, los rumores falsos sobre él en El Profeta y la campaña para dejar al Director de Hogwarts como un viejo demente frente a la ciudadanía. Todo aquello, de alguna forma, comandado por Fudge... aquel hombre de respiración agitada que ahora le pisaba los talones. Y aunque jamás recibió disculpas públicas por todos los malos ratos, al menos luego del último encuentro con Voldemort las cosas habían vuelto - si es que aquello era posible - a la normalidad. El Profeta había terminado con las injurias y tanto su nombre como el de Dumbledore se habían limpiado. Pero, aún después de eso, aún después de las evidencias, Fudge parecía mantener aquel halo de encono y resentimiento... de rabia, de actitud defensiva, de constante alerta.

En el fondo (muy en el fondo), Harry podía comprenderlo. Desde que el Ministerio tuvo que cambiar su “versión oficial” sobre las cosas, admitiendo que Lord Voldemort había regresado, no sólo su reputación bajó considerablemente, sino que toda la institución se sumó en una profunda crisis. Además, y para colmo de males, la fuga masiva de Azkabán y la deserción voluntaria de los Dementores habían dejado una grieta administrativa difícil de reparar. Según lo poco que el Sr. Weasley podía contar a sus hijos, el ambiente en su departamento cada día era más tenso. Muchos habían abandonado sus puestos de trabajo, unos por su incapacidad de soportar las presiones, otros por la indignación de saber que habían sido engañados, todo aquel tiempo, con el asunto del Señor Tenebroso. Antes de pasar el día completo tras sus escritorios, preferían regresar con sus familias y amigos pues, tal como corría el rumor principal, Voldemort estaría reuniendo partidarios, y aquellos que debían enfrentársele, no podían quedarse atrás.

Claro que, como organismo estatal, El Profeta había anunciado poco y nada de aquel caos. Fudge jamás se delataría... jamás admitiría que se equivocó, ni mucho menos que necesita ayuda. Quizá por eso - Harry suponía - Dumbledore había tomado la determinación de comenzar la resistencia por su cuenta. Si esperaba a que Fudge diera el primer paso, perderían tiempo valioso y las fuerzas de Voldemort los aplastarían. Porque no podían fiarse de nada... de nadie, al menos por ahora. Y así - también por las mismas causas - la captura de Sirius se convertía en un piso crucial a estas alturas. Si Fudge lograba devolverlo a Azkabán, después de tanto tiempo en fuga, algo de su malograda reputación se levantaría, para entonces retomar, con la frente en alto, las labores de magistrado.

Interrumpiendo sus pensamientos, Remus abrió ruidosamente las puertas de la enfermería, de par en par, pasando Harry junto a él sólo un par de segundos después. Apenas los divisó en la entrada, Sirius detuvo su relato y les sonrió aunque, sin más retraso que unas milésimas, la esfumó de su rostro como si lo hubieran golpeado con violencia. Ron palideció; saltó de la camilla y retrocedió unos pasos.

- Tranquilo - le advirtió Remus, haciendo un gesto con su mano hacia Ron. Luego miró a Sirius, quien hacía el intento por levantarse - Hey, ni lo pienses. No estás en condiciones.

Sirius frunció el ceño a causa del dolor en sus costillas. Volvió a recostarse, no muy convencido, pero era cierto: aún no podía mantenerse en pie.

- Así es, no se levante, Sr. Black. Hará mi trabajo más fácil.

Cornelius Fudge contuvo la respiración al cruzar el umbral. Ahí, frente a sus ojos, Sirius Black se hallaba completamente indefenso, otorgando el mejor escenario para encarcelarlo. Después de tanto tiempo... por fin. Mediante otra sonrisa ganadora, apuntó a dos de sus guardias y los envió hacia la única camilla ocupada del salón.

- La violencia no es necesaria, Cornelius. Sirius no irá a ningún lado - afirmó Dumbledore, interpusiéndose en el camino de los guardias.

Fudge, sin apagar la sonrisa, se cruzó de brazos.

- Estoy listo, Dumbledore. Convénceme con una de tus historias.

- No hay historia esta vez - aclaró, sereno - ...y no te llamé para convencerte de nada. Tú mismo te darás cuenta de la verdad.

- Nada me hará cambiar de opinión, pierdes tu tiempo - aclaró, agriamente seguro.

- ¿Ni siquiera un poco de evidencia?

Fudge eliminó el último resto de satisfacción de su rostro.

- ¿Evidencia? - repitió, incrédulo. Luego hizo una mueca de disgusto - ¡Hace 16 años que tengo toda la evidencia que necesito! Dudo que poseas algo realmente bueno bajo la manga esta vez, Dumbledore. No creeré nada que ponga en duda su culpabilidad.

- ¡No puede negarse a recibir nueva evidencia! - exclamó Harry, molesto. Remus se apresuró a poner una mano en su hombro, tranquilizándolo.

- Harry tiene razón - intervino Sirius, lo más calmado posible - Tengo algo que me libera. Algo ineludible, palpable, que demuestra mi inocencia.

- Ahorra tus palabras, Black. No eres más que un asesino para mí.

- Pero es mi amigo - dijo Dumbledore, saboreando el efecto de aquello en el ministro. Declararse “amigo” de un asesino convicto no era la mejor de sus credenciales - ...y como tal, es mi derecho y deber dar a conocer la evidencia que limpia su nombre.

- ¡No pueden engañarme! - gruñó Fudge, con aires de superioridad, deseoso de saltar sobre Sirius y ahorcarlo con sus propias manos - A menos que revivas a Peter Pettigrew y lo traigas a declarar, me temo que no hay manera de que pueda reconsiderar la peor de las condenas para...

- Oh, pues creo que estamos de suerte - sonrió Dumbledore, sereno, juntando sus manos bajo su túnica.

Con apenas una mirada en la dirección correcta, el Director hizo que todos voltaran hacia la entrada. Ahí, un par de segundos después, aparecería lo que dejaría a Fudge con la sangre congelada en las venas. Fuertemente atado de pies a cabeza con una delgada soga evidentemente hechizada, y debidamente custodiado por Elphias Doge, Sturgis Podmore y Dedalus Diggle, un rechoncho conocido luchaba por liberarse, flotando a unos centímetros del suelo. Entre los tres lo conducían a punta de varita pues, al parecer, llevarlo de aquella manera era bastante más fácil que forcejear en las escaleras.

- Por Dios - fue lo único que Fudge atinó a maquinar, estupefacto ante la escena. A unos metros de él, tanto Harry como Ron suspiraban de alivio - ¿P-P-Peter...?

Pettigrew se agitó frenéticamente bajo las sogas. Sus excitados ojos azules, su calva pronunciada y su poca estatura eran signos fehacientes de su identidad. Tenía varias gotas de sudor en su frente, y su brazo metálico (atado con consideraciones extras) no dejaba de hacer extraños ruidos de roce. Apenas lo hubieron dejado cerca de Dumbledore, Elphias cerró las puertas con llave.

- Como verás, Cornelius - comenzó a decir Dumbledore, sin mover más músculos de los necesarios - ...Peter ha querido acompañarnos hoy para aclarar el malentendido.

- ¡¿Q-Qué truco e-e-es éste?! - balbuceó Fudge, casi asustado, retrocediendo un par de pasos. Sin estar absolutamente consciente, pasó una mano por su frente sudada - ¡No es posible, él está muerto! - gritó, apuntándolo. Y entonces volteó hacia Sirius, con el pulso tembloroso - ¡Tú lo mataste!

- Evidentemente no fue así - intervino Kingsley, con su profundo tono de siempre.

- Pero... pero... - tartamudeó, racionando el aire en sus pulmones - Hay testigos... todos lo vieron... y sólo encontraron su... su dedo - terminó de decir, aunque la última palabra apenas se escuchó. Sus ojos viajaron directamente hacia la mano metálica de Colagusano.

- No vieron, creyeron ver - corrigió Sirius, incorporándose lo más posible - Peter era el espía, el súbdito de Voldemort que nunca pudieron descubrir. Él

entregó a los Potter, mató a los muggles de esa calle y, buscando inculparme, fingió su propia muerte... - relató, fugaz, atragantado con las palabras. Su desesperación por contar su verdad de una vez por todas estaba traicionando su temple - No hay mejor prueba que ésta. Si Peter está vivo, yo soy inocente.

Harry sintió también aquel peso menos en su consciencia.

- Yo descubrí a Peter la primera vez, ¿lo recuerda? Pero no quiso creerme. Ahora, supongo, no podrá eludir que está ahí, frente a usted.

Fudge tragó saliva nuevamente, acosado por la presión.

- Tiene que haber un error. Quizá... quizá Peter corrió asustado, amenazado por Black, y por eso nunca encontramos su cuerpo...

Entre inteligibles sonidos guturales bajo un hechizo silenciador, Pettigrew intentaba decir “¡Sí, sí!”, pero Elphias le dirigió una mirada tan penetrante que lo hizo callar.

- Me temo que no fue así, Cornelius, pero no te preocupes. Estoy seguro de que Peter querrá amablemente proporcionarte todos los detalles que desconocemos. Así entonces, espero, el asesino correcto sea enjuiciado.

Los guardias del Ministerio intercambiaron gestos tan aturdidos que Fudge no supo en quién escudarse esta vez. Peter Pettigrew estaba ahí... No podía eludir una prueba tangible, pero todo había ocurrido tan rápido que no alcanzaba a procesar la información. Sirius era un asesino, así había sido desde siempre. ¿Por qué cambiarlo ahora?.

- Está bien, Dumbledore... está bien - dijo por fin, curvando los labios como si de pronto hubiera sentido ganas de vomitar - Escucharé a... a... a P-Peter. Pero esto no ha terminado. Tiene que haber un malentendido... tengo fe en ello.

- Estamos en presencia de un malentendido, sí, ciertamente - confirmó Dumbledore, en un tono neutral - Si tienes la amabilidad, Cornelius... Kingsley te acompañará de regreso a mi despacho. Iré en un minuto. Y ah, no hay necesidad de dejar a alguno de tus guardias. Como has podido apreciar, Sirius no está en condiciones de escapar. Y yo, si así lo prefieres, respondo por su conducta de aquí en adelante.

Sirius sonrió a medias, y a Fudge le pareció que era el gesto más horrendo que había visto jamás. Dando aquel detalle por zanjado, el Director hizo un gesto con su brazo, instando a Fudge a avanzar hacia la salida. Elphias corrió a abrir nuevamente las puertas, mientras que Dedalus y Sturgis alzaban sus varitas para conducir a Peter quien, por cansancio u otra razón, ya había dejado de bramar. Kingsley se ubicó oportunamente a un lado de Fudge, quien no dejó de expresar su molestia. Miró a su alrededor con atención, quizá buscando algún indicio que le dijera que todo había sido una pesadilla... pero, irguiendo el pecho en señal de orgullo en alto, dio un paso adelante y siguió la sombra del cuerpo flotante de Peter por el pasillo.

- ¡Remus! - exclamó Sirius, suplicante, en un tono bajo para que los demás no lo oyeran. Se miraron fijamente un segundo, hasta que Lupin pareció entender. Aunque dudaba, asintió.

- Yo me encargaré - dijo, e hizo un ademán de salir tras el ministro.

- Espera un momento, Remus - pidió Dumbledore, dejando entrever en su tono una pizca de preocupación - Harry, Sr. Weasley... me parece que ya van atrasados para su clase de Encantamientos.

Harry, pensando ágilmente en la indirecta, no movió ni un músculo.

- Si tiene que ver con la Orden, creo que debería quedarme.

- También yo - añadió Ron.

Albus Dumbledore, impávido como cada vez que sucedían este tipo de situaciones, movió sutilmente su barba al abrir la boca.

- Estoy de acuerdo, estoy de acuerdo. Sin embargo, y dado tu comportamiento, no creo prudente que pierdas una clase del profesor Flitwick, Harry - explicó, compartiendo con él una mirada elocuente. Harry tragó saliva - Les sugiero que se dirijan a sus salones de inmediato. Si surge algo importante, reuniré a la Armada, ¿está bien?.

No había mucho qué alegar al respecto. Cortésmente, los estaban invitando a salir de la habitación. Y si Remus lo había llamado un “niño” hace pocos minutos atrás, esto ya era el colmo.

Los dos amigos se miraron con molestia y decepción pero, incapaces de contradecir al Director, asintieron levemente, se despidieron de Sirius y se perdieron tras las puertas, cerrándolas con fuerza. Una vez fuera, Harry permaneció quieto, como si deseara ver a través del muro.

- Te mueres de curiosidad, ¿no? - habló Ron, bajando el volumen. Harry asintió - Pues yo también quiero saber.

Mirando en todas direcciones, asegurándose de que no eran vistos, metió la mano en uno de sus bolsillos y extrajo dos artículos ya conocidos por Harry: Orejas Extendibles.

- ¿De dónde las...?

- Ginny. Pero date prisa, o perderemos el hilo...

En un par de segundos, ya estaban los dos pegados al muro, guardando un profundo silencio. Arrugando la frente en señal de concentración, Harry distinguió la voz de Remus.

- ...y ya me encargué de poner a Sirius al corriente. Entrará al servicio apenas se recupere.

- Ya estoy mejor, no exageres - rumió Sirius. Dumbledore carraspeó.

- Me alegro pues, lamentablemente, el día que temimos se ha adelantado... y no escatimaré en recursos.

Un silencio fúnebre los rodeó por varios segundos. Luego irrumpió un entrecortado sonido de resortes, lo que avisaba que Sirius acababa de saltar de su camilla.

- ¿Voldemort...?

No se escuchó nada, pero Harry presintió que el Director asentía.

- Mutang - pronunció, ahora entre preocupación y nerviosismo - Myer Mutang murió esta mañana.

- Dios - exclamó Remus, sorprendido - ¡Fred y George! ¿Han tenido noticias?

- Están con sus padres ahora - aclaró rápidamente, como si aquello no fuera lo más importante - Ellos han encontrado el cuerpo a las afueras de Hogsmeade. Maldición Cruciatus, según nuestras pericias. Y ya saben lo que eso significa...

- ¡Maldito bastardo! - exclamó Sirius, golpeando una mesa cercana con su puño
- ¡Debe haberlo confesado todo!

- Gracias a los esfuerzos de Severus, al menos no la información más importante, Sirius - explicó Dumbledore aprisa - Pero no podemos fiarnos. Debemos estar más alertas que nunca.

- ¿Ingolmo lo sabe?

- Sí, acabo de comunicárselo, y ya están preparados. La pregunta es, ¿lo estamos nosotros?

Remus suspiró.

- Llamaré al pleno. Nos reuniremos esta noche.

- Pero, Dumbledore... - habló Sirius, aún muy preocupado - No dejarán que Stella pierda la ceremonia, y correrá más peligro si...

- No puedo involucrarme - explicó Dumbledore, con un deje de impaciencia - ...pero les he comentado la posibilidad de aplazarla hasta que tengamos, si no la certeza, al menos la sospecha palpable de que Voldemort todavía desconoce su paradero. Mientras, sólo nos queda confiar en su buen proceder.

- Si yo hubiera estado aquí... - comenzó a decir, molesto, como si pensara en voz alta - ...jamás hubiera dejado que confiaran en Mutang. No importa qué tan buenas intenciones tuviera. Era un mortífago, y lo son hasta la muerte. No hay redención para ellos.

- Pero no estabas, Sirius - se apresuró a inquirir Dumbledore, serio - ...y para entonces la posibilidad de contar con los Tareldar era más importante que

cualquier cosa. En todo caso, Severus viene en camino. Él nos dirá lo que necesitamos saber.

Sin detenerse a pensar si la conversación había terminado o no, Harry retrocedió unos pasos del muro. Sin que lo hubiera planeado, casi por causalidad, comenzaba a entender algunas cosas aunque, al mismo tiempo, surgían más y más grandes dudas. Pero, por ahora, todo se resumía en dos preguntas: ¿Por qué querría saber Voldemort el paradero de Stella? ¿Qué conexión tenía Myer Mutang con los Altos Elfos? Era un mortífago, y Fred y George se habían involucrado con él... ¿Qué diablos estaba sucediendo?

- Harry, salgamos de aquí. Ya salen...

Ron tiró de la túnica de Harry y lo obligó a correr por el pasillo. Entonces ahí, al borde de tomar la primera escalera, se toparon cara a cara con Hermione, quien venía corriendo desde la esquina opuesta.

- ¡Hermione! No sabes lo que ha pasado, tenemos mucho que contarte y...

- Luego, Ron, luego - lo interrumpió ella, jadeando. Se apoyó un momento en la baranda, intentando recuperar la respiración - Tienen que venir conmigo... - explicó, y antes de que Harry pudiera preguntar por qué, ella sonrió, aunque con algo de tristeza - Stella quiere despedirse.

A medias, Ron hizo eco de aquella sonrisa, pero volteó luego hacia su amigo. Harry bajó la mirada, cerró los ojos y pensó un momento.

- ¿Irán ustedes conmigo?

Ron se encogió de hombros, mientras Hermione asentía.

- Y también Ginny. Nos está esperando.

Harry no respondió, pero puso un pie, nervioso, en el primer escalón. Bien, estaba dicho. Era el momento de probar su temple... sobre qué tan “niño” podía ser.

Capítulo veintiuno

Sobre Flaquezas y Profecías

Ninguno intentó mencionar el nombre de Stella en todo el camino, y si es que alguna vez existió la idea, fue desechada antes de llevarla a cabo. Y es que el rostro de Harry no daba espacio para distensiones. Respiraba agitadamente, contraía y relajaba sus puños a cada segundo, y no despegaba la vista del horizonte. Abrumado y contrariado, repasaba en su mente ciento de frases a decir pero, por más que se esforzaba, no daba con las palabras correctas. ¿Qué le diría cuando se encontrara con su rostro, con sus ojos? Si el solo hecho de imaginarlo le hacía helar la sangre, más que nervioso, algo asustado...

Cada cierto tiempo, Ron relataba a Hermione los puntos más importantes sobre la conversación de Dumbledore en la enfermería, pero no se alargaban demasiado. Ella tan sólo se limitaba a asentir y pensar en silencio, mirando a Harry de reojo. Por alguna extraña razón, el último pasillo hacia el ala oeste se hacía ridículamente largo...

- ...entonces, ¿fue idea de Ginny?.

Hermione movió la cabeza.

- Sí, pues al parecer encontró la manera de burlar la escolta permanente que... que... b-bueno, que mantienen en la habitación de ella - explicó, aún algo nerviosa, atenta a la reacción de Harry.

- ¿Y cómo lo hará? - preguntó Ron.

- Aún no lo sé. Sólo me dijo que la encontrara en este piso y así pod...

- ¡AUCH!

Con tanta rapidez que fue imposible advertirlo, alguien chocó con violencia contra Ron mientras doblaban la esquina en sentidos opuestos, tirándolos al piso. Harry apenas reaccionó, debido, como supondrán, a su aterrador ensimismamiento. Por su lado, Ron, algo aturdido y acariciando su hombro, iba a decir “Lo siento”, cuando...

- ¡Eres tú! - gritó Ron, apuntando al rostro molesto de Draco Malfoy - ¡Y pensar que iba a disculparme!

- Fíjate por donde caminas, Weasley - gruñó Draco, levantándose en un segundo y sacudiendo sus pantalones - ...y mejora tus reflejos, o te mantendrás por siempre como el mediocre guardián que eres.

Ron frunció el ceño con ira y estuvo a punto de abalanzarse contra Malfoy si no fuera porque Ginny, corriendo a su encuentro y con la ayuda de Hermione, se interpuso a la golpiza.

- Muchachos, muchachos, cálmense... - sugirió Hermione, tomando el brazo de Ron - Estamos aquí por una causa en común...

- ¿En común?

Era la primera vez que Harry abría la boca en todos aquellos minutos. Miró a Hermione con desconfianza, alzando una ceja, desviándola luego hacia Malfoy, quien no parecía muy contento con la compañía.

- Sí - respondió Ginny, alejándose un poco de Draco al ver que ya no iban a pelearse - Draco va a ayudarnos a ver a Stella.

Sin que pudiera evitarlo, Harry recordó, fugaz, aquel día en los jardines, así como la ira que lo embargó al notar que Draco miraba a Stella con un inusual interés... y aquella ira, entonces lejana, comenzaba a atacarlo de nuevo...

- ¿Cómo es que sabes la manera de entrar a su habitación?

- ¿Y desde cuando te dedicas a la caridad? - preguntó Ron inmediatamente tras Harry, compartiendo su profunda molestia. Draco sonrió con sorna.

- No lo hago por mi devoción hacia ti, si a eso te refieres - dijo, innecesariamente burlesco - Créeme que, si por mí fuera, ocuparía mi tiempo libre en algo más agradable.

- Draco, te lo advierto - habló Ginny, impaciente, cruzándose de brazos - No más insultos. Has lo que viniste a hacer y podrás liberarte de nosotros.

Draco no respondió pero, tras hacer una mueca de asco hacia Ron, asintió a regañadientes. Ron soltó una carcajada irónica.

- Increíble pero cierto. ¿Ahora Ginny te da órdenes? ¡Espera a que lo sepan en la Sala Común!

Draco cerró los puños con fuerza y dio unos pasos hacia Ron.

- Te arrepentirás, Weasley...

- ¡Draco, Ron, por favor! - pidió Hermione, mirando con angustia hacia el pasillo donde estaba la habitación de Stella.

- Ron, cálmate - continuó Ginny, acercándose a él - No tengo por qué darte explicaciones sobre las cosas que hago o dejo de hacer. Además, Draco tiene sus razones para estar aquí, ¿no es así? - le preguntó, casi desafiante. Él volvió a asentir, sin despegar la mirada de odio hacia Ron, lo que no lo hacía distinguir la ira en los ojos de Harry - Entonces, ¿vas a ayudarme o qué?.

Rumiando (quizá) algún insulto para Ron, caminó unos pasos hasta llegar a la escalera que los llevaría al pasillo del ala oeste. Inseguro sobre actuar o no, pasó instintivamente una mano por su cabello, alojando luego sus manos en sus bolsillos en señal de despreocupación. Hizo entonces un gesto seco hacia Ginny, quien no demoró en llegar hasta él. No muy lejos, Hermione, Harry y Ron se acercaban, suspicaces, atentos a los pasos de Malfoy.

- Ahora, escúchame bien porque no volveré a repetirlo - dijo, tan duro y despreciativo que Harry habría querido callarlo de un manotazo. Se apoyó en la baranda de la escalera y apuntó hacia su derecha - ¿Ves ese pasillo? Hay sólo cuatro puertas. Como ya sabes, la habitación del fenómeno... es decir, de ella - se apresuró a corregir, aunque no muy convencido - ...es la tercera. Por nada se te ocurra entrar en la primera, ¿entendido?. Lo único que debes hacer es ir hasta la segunda puerta, dar tres toques fuertes y dos suaves, y alguien saldrá. Es... es una chica, una elfa. Se llama Eärendil - explicó, ruborizándose levemente al pronunciar aquel nombre. Haciendo como que no había pasado nada, les dio la espalda y siguió hablando - Cuando salga, te preguntará "¿qué buscas". Entonces debes decirle que quieres hablar con su princesa. Es probable que se niegue, pero sólo debes recordarle que están en nuestros terrenos, y que por lo tanto, no tienen real jurisdicción. Así no tendrá más remedio que dejarlos pasar - concluyó, volteando para observar el rostro de Ginny. Ella sonreía.

- Draco, nunca creí que te diría esto, pero... gracias - habló, arrugando la frente por lo raro que sonaba aquella escena. Luego él volteó, expectante, hacia donde estaban Hermione, Ron y Harry.

- No esperarás que corra a abrazarte, ¿o sí? - habló Harry, en un tono de pocos amigos. Draco le devolvió un gesto de odio.

- Espero que te sirva, Weasley... porque no regresaré - habló hacia Ginny, y ella asintió en silencio, sin detenerse a protestar.

Hermione y Ron no dijeron nada. El solo hecho de que Draco Malfoy hubiera aceptado ayudarlos en un asunto así de importante, era suficientemente extraño como para sentarse a meditar. Entonces, y sin querer pasar más tiempo junto a sus eternos odiosos contrincantes, el rubio de Slytherin giró sobre sus pies rumbo a su Sala Común.

- ¡Gracias! - volvió a gritarle Ginny. Draco no volteó ni respondió, pero elevó fugazmente una mano por sobre su hombro. Hasta Hermione se sorprendió.

Cuando se perdió de vista, Ron se atrevió a hablar.

- Bien, estoy esperando - alegó, cruzándose de brazos ante Ginny.

- ¿Qué? - preguntó la aludida, haciéndose la inocente.

- ¡Tienes que decirnos cómo lograste que Malfoy viniera hasta acá! - exclamó Harry, más que interesado. Hermione movió la cabeza, como diciendo que necesitaba escuchar la misma información.

La menor de los Weasleys se encogió de hombros, pensativa.

- Bueno... Tuve que chantajearlo, esa es la verdad - confesó, arrugando la nariz
- Por casualidad me enteré de algo sobre él... algo de lo que su familia se avergonzaría mucho, en especial su padre, y Draco no está dispuesto a evidenciarse - explicó, volteando hacia el ansiado pasillo - Además, en aquella oportunidad me enteré de su conocimiento para burlar la escolta de los elfos... y fue entonces cuando fui a hablarle.

- Uy, debe tratarse de algo muy interesante - habló Ron, entusiasmado - Soy todo oídos.

Ginny lo miró como si estuviera loco.

- Olvídalo, Ron, no te diré nada - sentenció, tajante, mientras subía las escaleras. Hermione, al parecer de acuerdo con su amiga, subió tras ella.

- ¿Qué? ¡No puedes hacerme esto! - le gritó Ron, sorprendido, subiendo los escalones de dos en dos - ¡No puedes dejarme con las ganas! Vamos, cuéntanos... ¡Debe ser un chisme excelente!

- Ron, escúchame - suspiró Ginny, impaciente, volteando a mitad de camino - Le dije que esparciría su secreto por toda la escuela si no me ayudaba. Pero sí lo hizo, ¿no es así? Bueno, ahora debo cumplir mi parte del trato.

De mala gana, Ron iba a continuar protestando, pero Harry lo tomó del brazo. No valía la pena seguir discutiendo. En el fondo, Ginny tenía razón.

- No es justo - refunfuñó Ron entre dientes. Ginny estaba demasiado ocupada en escudriñar el pasillo como para escucharlo, pero Hermione volteó al segundo, visiblemente molesta.

- Oh, Ron, por favor - suspiró, evitando su mirada - No necesitas un tonto rumor para poner a Draco en su lugar, y lo sabes. Así que, si no te importa, tenemos algo más importante de qué preocuparnos ahora.

Ron congeló sus movimientos. ¿Escuchó mal, o Hermione le había dado un cumplido? Aún confuso sobre el real significado de aquellas palabras, sonrió, siguiéndola hasta el muro.

- Sí, mamá - respondió, sin poder quitar la sonrisa de sus labios. Ginny y Harry, entre tanto, pegaban sus espaldas a la pared, con tal de sólo asomar sus cabezas.

- Bien, está desierto. Ahora o nunca - habló Ginny, segura - Ustedes quédense aquí. Si logro entrar, les daré una señal, ¿entendido?.

Todos asintieron. Deseándole suerte, la vieron escabullirse entre las columnas de piedra, sigilosa, cuidando cada paso. Volviendo a asegurarse de que nadie la observaba, suspiró hondo, movió la cabeza con determinación y se irguió, nerviosa, frente a la segunda puerta, tal como Draco le había dicho...

- Tres toques fuertes y dos suaves... - repitió Ginny en voz baja, alzando el puño sobre la puerta de madera.

- ¿Y qué tal si es un truco? - susurró Harry a Hermione, incrédulo, mientras Ron asentía como si su amigo le hubiera quitado las palabras de la boca - Di lo que quieras, pero yo jamás confiaré en Malfoy.

- Yo tampoco - confesó Hermione, atenta a los movimientos de Ginny - ...pero no tenemos opción, ¿o sí?.

Harry no tuvo tiempo de discutir. Los cinco golpes que Ginny debía dar ya retumbaban en los faroles de bronce. Suspirando otra vez, se alejó un par de pasos para observar completamente a quien saliera por la puerta... pero, quien quiera que fuera, demoraba demasiado, y no hacía más que incrementar el nerviosismo de los cuatro Gryffindors. Comenzando a perder la paciencia (y también un poco de fe), Ginny relajó un poco su postura, volteando hacia Hermione con ojos suplicantes.

Hermione pensó rápido.

- ¡Inténtalo de nuevo! - le sugirió, insegura, lo más despacio que pudo.

Ginny sacó fuerzas de flaqueza. Avanzó unos centímetros, golpeó tres veces fuerte y dos suave... y volvió a retroceder. Entonces esperó... esperó...

Tras un par de minutos, Ron salió tras el muro, algo exasperado.

- Ginny, sal de ahí ahora. Te lo dije... se los dije a todos. ¡Malfoy nos está tomando el pelo!

- No, no puede ser - se defendió Ginny, también un poco alterada. Volteó nuevamente hacia la puerta, como si quisiera abrirla sólo con el poder de su mente... hasta que entendió. Bajó la mirada, tomando su barbilla, fijando los ojos luego en el silencioso pasillo...

- Ginny - la llamó Hermione, decepcionada, pero la pelirroja no se movió - ¿Ginny?

- Claro... eso es - murmuró ella, como si hablara consigo misma - No es que los toques no funcionen... Es que no hay nadie ahí.

- ¿Cómo dices? - preguntó Harry, confundido, al tiempo que la veía correr hacia la puerta y girar la manilla.

- ¡Ginny, no! - gritó Hermione, pero ya era tarde. Ginny ya estaba en la mitad de la habitación.

Reticentes, y dando pequeños pasos como si estuvieran pisando galletas, Ron y Hermione entraron tras Ginny. Harry, dudoso, tan sólo se paró en el umbral.

- Ya no hay nadie... nadie - volvió a decir Ginny, aunque esta vez con visible amargura.

Y era cierto: la sala se hallaba vacía. Los sillones de terciopelo estaban intactos, pero en dos de las mesas dispuestas en las orillas, aún quedaban vestigios de una comida reciente. Los platos estaban a medio servir, como también las copas... Era como si hubieran tenido que salir de urgencia... escapando...

- ¿Se fueron? Pero, ¿c-c-cuándo... c-cómo? - susurró Hermione, aún no dando crédito a sus ojos, mientras recorría el lugar ávidamente en busca de respuestas.

Harry no se detuvo a pensar. Decidido, caminó hasta la tercera puerta, dio un gran suspiro y giró la manilla frente a sí. Contuvo la respiración un momento, sospechando quizá que se encontraría frente a frente con Stella... pero - lamentable o afortunadamente - no fue así.

La habitación estaba desierta. La cama estaba parcialmente desecha; su dosel de tules anaranjados se deslizaba suavemente por la brisa, las ventanas estaban abiertas de par en par y en la chimenea aún ardían débiles

chispas, restos de lo que habría sido un contundente fuego minutos atrás. Las luces del atardecer iluminaban las paredes.

- Tampoco hay nada en las otras dos habitaciones. Se... se han ido - afirmó Ginny, sin saber cómo debía mirar a Harry. Ron y Hermione entraron tras ella.

- Y ya sé porqué - comentó Ron, cabizbajo, mirando la cama vacía de Eleneär. El resto lo rodeó en un par de segundos - ¿Recuerdas lo que dijo Sirius? Que Stella corría peligro por causa de Mutang... por su muerte. Además, Dumbledore aseguró que ya había prevenido a Ingolmo, el anciano que va con ellos. A mí me parece que huyeron...

- ¿Murió Myer Mutang...? ¿Cómo lo saben? - preguntó Ginny, confusa luego de las palabras de Ron.

Hermione hizo un ademán de querer responderle, pero justo en aquel segundo varios pasos se escucharon tras ellos. Alguien (o más de alguien) se acercaba a la habitación.

- ¡Escóndanse! - exclamó Harry, nervioso, pero no alcanzó siquiera a andar.

- ¡Fred! ¡George! - gritó Ginny al verlos, corriendo hacia ellos.

Fred Weasley recibió a Ginny a la altura del pecho, abrazándola. Su hermano George, en tanto, examinó un segundo la habitación. A pesar de que los gemelos vestían muy elegantes, casi relucientes, ninguno parecía muy feliz. En sus rostros se reflejaba el cansancio y algo de insomnio.

- Sí que son rápidos estos Elfos, ¿no?.

- ¿Sabías que se irían? - inquirió Harry, ansioso.

Fred asintió, suspirando, mientras George se acercaba al resto.

- Era bastante obvio en realidad. Con Mutang muerto, no podían correr el riesgo de quedarse... Veníamos a despedirnos de Stella, pero el profesor Dumbledore se nos adelantó. Acaba de decirnos que los Tareldar emprendieron retirada apenas pudieron.

- Y ahora que lo dices... - comenzó a decir Ron, cruzándose de brazos - ¿Van a explicarnos de una buena vez el gran misterio? Me encantaría que confiaran en nosotros... ya tenemos edad para entender, no importa lo que sea.

Los gemelos se miraron un largo segundo, dudosos. Entonces Fred habló.

- Es que... no comprendes, Ron. No está en nuestras manos. No sé si estamos autorizados para relatar detalles...

- Peligraría nuestra estadía en la Orden... - añadió George, no muy convencido.

Ron suspiró de impaciencia.

- No se preocupen, ya sabemos casi todo... Hemos oído muchas conversaciones - mintió, esperando que Hermione no se atreviera a contradecirlo - Es sólo que necesitamos... llenar algunos vacíos, eso es todo.

- Además, ustedes inventaron las Orejas Extendibles... no pueden quejarse ahora - intervino Ginny.

Los gemelos volvieron a mirarse. Se inclinaron hacia el otro, hablaron un par de cosas en voz baja, y luego voltearon hacia el grupo, sonriendo débilmente por primera vez.

- ¿Prometen no contárselo a nadie... a menos que sea para fastidiar a un par de mortífagos?

Salvo Harry, todos sonrieron.

- Ese es el espíritu Weasley - habló Ginny, más relajada.

- Pero salgamos de aquí - sugirió Fred, haciendo un ademán de nerviosismo - Este sitio no es seguro.

Sin protestar, Hermione, Ginny y Ron abandonaron la habitación rápidamente, seguidos de los gemelos. Sin embargo Harry, por su lado, observó la habitación otra vez, sin sentir deseos de marcharse. Caminó lentamente hasta la cama, acariciando, tembloroso, un retazo de tela... hasta que reparó en un gran dibujo en mitad de la colcha. Parecía como un escudo de casta o algo. No podía leer lo que decía; estaba escrito en un lenguaje extraño y de trazos ininteligibles, pero el dibujo le era muy familiar... Parecía una galante mariposa, aunque, si se miraba con atención, más bien parecía una gran libélula... una libélula como la que vio tallada, hace ya tanto, en la tapa de un libro...

- ¿Vienes?

Hermione regresó sobre sus pasos apenas cayó en la cuenta de que Harry no iba con ellos. Rodeó la habitación con mucha tristeza, pero al fijar la vista en Harry, se enserió rápidamente.

- Sí, en un momento - contestó Harry, aún absorto en las sábanas revueltas sobre la colcha.

Hermione suspiró.

- No vas a decirme que lamentas su partida, ¿o sí?

Harry volteó hacia ella como si acabaran de hablarle en japonés. Tragó saliva, evitó su mirada y se sonrojó levemente.

- ¿Y si así fuera...?

Ella ni se inmutó, apoyada en la cornisa de la puerta.

- Entonces pensaría que estás bromeando.

- ¿Qué? - dijo Harry, intentando no buscar el doble sentido en las palabras de Hermione.

- Tienes que estar bromeando, no veo otra razón para...

- Hermione - la interrumpió Harry, sorprendido y apenado - Jamás bromearía con algo así.

- ¿En serio? Es difícil de creer, en realidad - respondió ella, evidenciando ahora su molestia sin camuflajes. Al parecer, llevaba mucho tiempo aguantando las ganas de encararlo - ¡Tú te lo has buscado! Ella estuvo aquí, en esta misma habitación, por algo más de un mes... ¿y sólo ahora te das cuenta que la extrañas? - exclamó, dolida, acercándose unos pasos - Estuvo atrapada entre estas cuatro paredes por más tiempo del que cualquiera de nosotros pudo haber soportado, muriendo por verte, por saber de ti, por escuchar una palabra tuya... ¿y sólo ahora te das cuenta que la extrañas?!

Harry fue incapaz de moverse o pensar en algo razonable. Si bien ya había presenciado la ira de su amiga en otras oportunidades, verla así,

realmente furiosa con él y debidamente mezclada con su tristeza, era un escenario completamente diferente.

- Hermione, y-yo...

- ¿Sabes qué? Está bien. Has lo que quieras... no es mi problema, pero... a veces, creo que no la mereces.

Los ojos de Hermione brillaron por las lágrimas que luchaba por contener. Pero sin querer evidenciarse de esa manera, giró sobre sus pasos y caminó rápidamente por el corredor en busca de los otros, dejando a Harry a solas con su confusión.

Abatido, se dejó caer en la cama, tomando su cabeza con las dos manos. Era suficiente. ¿Quién más vendría a recordárselo...? ¿Quién más vendría a recordarle cuán estúpido, cuán “infantil” había sido? Y si buscaba refugio en Sirius... ¿Lo regañaría él tal como los otros? Por un momento, Harry se sintió angustiado... solo. Solo y desesperado, al igual que cierta princesa Tareldar, llorando a cientos de kilómetros de distancia...

- Pig, ¿quieres callarte? ¡Intento concentrarme!

La decisión fue unánime. Si de hablar secretamente se trataba, uno de los lugares de resguardo por excelencia era la Lechucería. Pero siempre de noche, pues con el alboroto de las mensajeras en pleno horario de trabajo, sería imposible escuchar con claridad al interlocutor. Claro que, en aquellas circunstancias, no tenían opción. Aún quedaban un par de horas de luz, por lo que tendrían que soportar el ir y venir de un par de lechuzas... sin mencionar el

cálido recibimiento de Pig, quien no dejaba de revolotear sobre la cabeza de Ron.

Una vez que se hubo calmado (la encerró en su puño y comenzó a acariciarla), los gemelos se sintieron en libertad para hablar. Se sentaron en círculo sobre un montón de paja amontonada en la esquina, quedando Harry frente a Hermione. Ninguno de los dos cruzó palabra con el otro durante toda la conversación, y de vez en cuando ella le dirigía una mirada fugaz, algo arrepentida de haberle gritado. Pero Harry no volteaba, aún dolido.

- ...¡Por eso estaban tan misteriosos! - exclamó Ginny, entusiasmada por entender - Mutang era un ex-mortífago, y mamá los habría matado si se enteraba...

- Exactamente - confirmó Fred, arrugando la frente al imaginar el rostro de su madre - Nos estaba ofreciendo un buen negocio... y como sabes, tiempo son galeones...

- ¿Pero cómo lo conocieron...?

- Ahí comienza la historia - habló George, como si quisiera iluminar su rostro para relatar una historia de terror - Todo sucedió luego de la fuga masiva de Azkabán...

- El Callejón Diagon hervía en buenos chismes... y en pánico, si puede decirse. A las cuatro de la tarde ya no había nadie en las calles, ni siquiera en Knocturnalley. Pero en aquel momento no nos importaba, pues aún estábamos decorando y preparando la tienda para su próxima apertura en unos días...

- Entonces escuchamos a papá cuando hablaba con Ojo Loco, a mitad del verano. Que los Dementores habían desertado... que los mortífagos recién

capturados habían vuelto a escapar, y que junto con ellos varios prisioneros aprovecharon el buen momento. Entre ellos, Myer Mutang...

- Nunca pudieron probar que era un mortífago, pero la Orden tenía fuertes sospechas al respecto... - continuó Fred, inusualmente serio - Ojo Loco fue quien lo acorraló cuando intentaba llegar a Londres...

- ...pero no dejó que lo regresaran a Azkabán. Les rogó piedad... qué se yo, actitud que como sabrán no ablandará jamás a Alastor Moody... sólo que, en el peor de sus desvaríos, prometió a la Orden información confidencial... información que ni el propio Señor Tenebroso conocía, y que sería crucial para una próxima batalla...

Acto seguido los rodeó un pesado silencio, hasta que Hermione dejó escapar un sonido agudo, abriendo la boca parcialmente, sorprendida.

- ¡Claro! ¡La ubicación de los Altos Elfos!

Fred y George asintieron al mismo tiempo, mientras Ron, Ginny y Harry, estupefactos, ataban sus propios cabos sueltos.

- Encontrarlos era de suma relevancia para él, pues haría la diferencia, dado el momento, entre perdedores y triunfadores...

- ¿Voldemort quería que se unieran a ellos...?

Fred arrugó la frente.

- Voldemort los quería muertos, Ron - corrigió duramente, como si aquello fuera prácticamente obvio - Sabía que quedaban muy pocos, que estaban casi extintos... y así mismo, sabía que jamás se unirían a él... Suponíamos que sólo

intentaba cerciorarse de que no se contactaran con nosotros, de que jamás aceptaran luchar...

- Bueno, eso suponíamos... antes - aclaró George, algo incómodo.

- ¿Antes? - repitió Harry, curioso.

Los gemelos asintieron, embargándolos de pronto un extraño nerviosismo.

- Mutang tenía la misión de encontrar a los Elfos, para que Voldemort pudiera deshacerse de ellos... pero no era sólo eso. Buscaba... buscaba a alguien en particular.

- A Stella - continuó Fred, antes de que Ginny dijera “ya lo sabíamos”.

- Ohhh ya veo - habló Ron, cruzándose de brazos y mirando a sus hermanos con molestia - No sólo Hermione ya sabía sobre Stella... ¡ustedes también y nunca nos dijeron nada!

- Cálmate, Ron, no es lo que crees - se excusó George, tomándolo del brazo - Lo único que sabíamos era que Voldemort iba tras la princesa de los Altos Elfos, pero jamás, ni en un millón de años, habríamos pensado que era Stella... Comió y durmió en nuestra casa por semanas, ¿te das cuenta de eso?.

- George - lo interrumpió Fred, dirigiéndole una mirada de advertencia. Él asintió.

- Pero aún no entiendo dónde cabe un club muggle en toda esta historia... - dijo Hermione, confundida, ansiosa por saber.

- Es muy fácil. A cambio de la información, Dumbledore optó por liberar a Mutang... claro que alguien de la Orden lo tendría en constante vigilancia. Supimos que poseía una buena cantidad de galeones en Gringotts, y que quería enmendar su vida... - bajó la mirada y sonrió para sí, al igual que su hermano - Y bueno, tú sabes que nuestras almas caritativas siempre están al servicio del necesitado...

- ¡Pero qué ambiciosos! - los regañó Hermione, exaltada y molesta - No importa el beneficio monetario que podía traerles... ¡Hicieron negocios con un mortífago! ¡Eso es traición!

- Oh, Hermione, por favor - gruñó George, quitándole gravedad al asunto, aun cuando Fred parecía algo incómodo con la situación - El tipo realmente parecía arrepentido de sus acciones pasadas... y el primero que nos sugirió darle otra oportunidad fue el profesor Dumbledore. Nosotros no hicimos más que seguir su consejo al pie de la letra...

Fred alzó las cejas, intentando relajarse.

- Los muggles han quedado embobados con nuestra cerveza de mantequilla...

No era fácil reprochar algo a los gemelos, pero Hermione no abandonó su postura de cólera, como tampoco Ginny, quien se sentía un poco decepcionada por lo que acaba de escuchar. Para Ron, en cambio, no había de qué preocuparse.

- Yo creo que está bien. Negocios son negocios... y eso no quiere decir que ustedes comenzaran a abanderarse por Voldemort o algo parecido...

- En lo absoluto, por supuesto - confirmaron Fred y George al unísono, dirigiendo sus miradas hacia Hermione. Ella se sonrojó.

- ¿Y ahora...? - comenzó a decir Harry, interviniendo por segunda vez en toda la conversación - ¿Adónde están los Elfos ahora?

Fred se encogió de hombros.

- Ni siquiera Dumbledore lo sabe - explicó - Mutang está muerto... muerto por la maldición Cruciatus, y además está decir quién es nuestro principal inculpado...

- Si lo torturaron, es muy posible que haya revelado muchas cosas... información que sólo nosotros sabíamos...

- Pero no todo - negó Ron inmediatamente, pensando en voz alta - El profesor Dumbledore lo dijo: Mutang no pudo haber confesado lo más importante, pues Snape había hecho algo al respecto...

- ¿Snape? - preguntó Ginny, alzando una ceja. Harry y Hermione asintieron.

- No tenemos idea de qué es lo que el viejo maestro de pociones está haciendo - confesó George, intentando explicar la situación a Ginny - Nunca quisieron contarnos... pero sin importar lo que sea, impidió que Voldemort se enterara de que los Elfos estaban en Hogwarts, y les dio tiempo para escapar...

Harry bajó la mirada un momento, pensando en voz alta.

- ¿Recuerdan cuando me sentí muy mal, durante el partido de Quidditch? Sacaron a Snape de las graderías, inconsciente, prácticamente al mismo tiempo... - dijo, marcando el tono elocuente - ¿Tendrá algo que ver con todo esto?

- Quizá - habló Fred, encogiéndose de hombros - Llevas seis años aquí, Harry... Deberías saber que, con magia de por medio, cualquier cosa es posible.

Harry asintió. ¿Cualquier cosa era posible...? Cualquier cosa... ¿Incluso traer a Stella de vuelta?.

Fred y George se levantaron de un salto, sacudiendo el aserrín de sus capas. Ya era de noche y Molly los regañaría mucho si no llegaban pronto a casa.

- ¿Sabes... sabes que va a casarse, v-verdad? - susurró Ginny al oído de Fred, y él asintió, dirigiendo una amarga mirada fugaz hacia Harry.

Él intentó disimular. Ya era lo suficientemente incómodo como para que ahora los gemelos lo abrumaran con preguntas del tipo “¿Qué se siente besar a una elfa?”. No quería ni pensarlo. Pero al parecer ninguno de ellos tenía intención de avergonzar a Harry; no les hubiera gustado estar en sus zapatos.

Para no llamar demasiado la atención, salieron de uno en uno de la lechucería. Cuando sólo quedaban Harry y Hermione, ella lo detuvo, tomándolo del brazo. Él volteó enseguida.

- Hermione, si vas a seguir diciéndome lo estúpido que he sido, todo el tiempo que perdí y no aproveché, te ruego que...

- No, no es eso - negó ella, sutil. Su voz se arrastraba por una gran pena interna - Sólo quería darte esto. - Lentamente, movió su mano hacia él, depositando en su palma extendida un delicado trozo rectangular de papel que él conocía muy bien. Era de color rosa pálido, y en uno de sus extremos, se apreciaba una

mariposa doblada en origami - La encontré en una de las habitaciones. Creí que quizá... que quizá querías conservarla.

Harry no supo qué decir, pero apretó el marcalibros contra su puño y asintió levemente, sin dirigirle la mirada. Acto seguido giró sobre sus pies y bajó las escaleras a paso lento, pensando consigo mismo. Tragó saliva fuertemente para bloquear la pena que subía por su garganta... Pero entonces lo supo.

Se detuvo, brusco, a mitad del escalón; observó detenidamente el marcalibros, pensó en el dibujo de la colcha, y luego se golpeó en la frente, impaciente. ¡Cómo pudo pasarlo por alto! No quiso pensarlo dos veces y corrió a toda prisa. Tiene que estar ahí... tenía que estar ahí. El libro debe estar ahí. Ella lo dejó, aquel día de año nuevo, apoyado sobre la ventana. Aún debe estar en algún rincón de la sala común... aquel libro tan extraño, antes tan ajeno, pero que ahora, según su lógica, parecía contener todas las respuestas...

- ¿Albus...?

Sin esperar réplica y tras un par de golpes a la puerta, Minerva McGonagall había entrado al despacho del Director. Estaba nerviosa; las cosas no habían salido del todo bien los últimos días, y si al Director le urgía verla, debía ser por algo importante.

Al dar un par de pasos en la habitación, lo divisó, tranquilo, sentado tras su escritorio como tantas otras veces. Arrugando la frente, denotando su concentración, daba vuelta a las páginas de un libro. Fawkes, a su lado, se inclinaba de vez en cuando sobre el hombro de su dueño, moviendo sus largas pestañas en signo de curiosidad.

- ¿Me llamaste, Albus? - volvió a preguntar ella, acercándose al director. Él elevó la mirada por sobre sus anteojos de media luna.

- Sí, Minerva, sí. Por favor, siéntate.

McGonagall apartó una silla frente al director y se sentó, expectante. Dumbledore apenas se movió de su lugar.

- ¿Se ha sabido algo de los Tareldar? ¿Hemos tenido noticias? - se adelantó ella, nerviosa ante la posible respuesta.

Dumbledore suspiró.

- No, lamentablemente no... pero ya las tendremos - respondió, sereno como siempre. Esbozando una sonrisa tibia, cerró el libro frente a sí, volteándolo para mostrarlo hacia la profesora de Transformación - ¿Lo reconoces?

Minerva arregló la postura de sus gafas cuadradas y se inclinó ante el libro, pero no demoró mucho en reaccionar. Dio un pequeño salto en su silla, emocionada.

- ¡Por Merlín! - exclamó, rozando la tapa con dedos temblorosos - ¡El diario de Ohtar! -. Dumbledore asintió ligeramente, volviendo a abrirlo frente a sus ojos - ¿Pero c-cómo...?

- Dobby, nuestro inquieto elfo doméstico, lo trajo hasta mí hace unos minutos. Dice que lo halló en la Sala Común de Gryffindor, y que de inmediato reconoció el grabado. Ingenuamente, creyó que yo se lo entregaría a Ingolmo apenas regresara...

Minerva sonrió elocuentemente, gesto que Dumbledore compartió a su momento.

- ¿Y cómo llegó hasta ahí...?

- Stella debió hallarlo... en algún lugar del mundo y con mucha suerte. Pero es una lástima que haya sido en vano. Debe haber sido muy duro para ella tener la repuesta en sus manos, pero sin poder leerla...

- ¿En vano? - preguntó la profesora, confundida.

Dumbledore asintió, algo más animado.

- Sólo Arthur y yo podemos abrirlo... ¿Recuerdas?

Minerva hizo un gesto de entendimiento, algo extasiada. Sonrió nuevamente hacia el Director pero, rápido como un rayo, una idea cruzó su mente en un segundo. Abrió los ojos como platos, clavó la mirada en su amigo y llevó una mano a su boca.

- Dios, Albus - pronunció apenas, como si le faltara el aire - La profecía... el *Augurio*.

El Director sonrió ampliamente.

- Comenzaba a creer que lo habías olvidado - habló, arqueando las cejas - ...siendo tu misma quien descubrió la serie de coincidencias...

Minerva lo apremió, angustiada, moviéndose nerviosamente en su silla.

- ¿Y? Dímelo, por Dios, no me tengas en ascuas. ¿Lo has leído? ¿Lo encontraste? ¿Está... como él mismo lo dijo? ¿Está la transcripción exacta? -. Dumbledore demoró unos segundos en contestar, absorto en las páginas amarillas del libro entre sus manos. Sin emitir sonido, volvió a asentir. Entonces

ella saltó nuevamente de su asiento, al borde de un ataque de nervios - ¡Por Merlín, Albus! ¡¿Qué es lo que dice?!

Dumbledore tomó sus gafas con su mano derecha y las depositó suavemente sobre su escritorio. Suspirando de nuevo, sus ojos brillantes tradujeron un sentimiento de triunfo imposible de esconder.

- Dice, con comas y puntos, que jamás fallamos después de todo... que la muerte de los Potter no fue el fracaso que siempre creímos... - afirmó, elevando el mentón, recordando con orgullo a todos aquellos que un día pertenecieron a la Orden del Fénix, y que cayeron en batalla - Así que, ya sabes qué hacer - dijo, al tiempo que ella juntaba sus manos en silencio, cerrando los ojos, sonriendo con emoción - Necesito que envíes una lechuza rápida, querida Minerva. Debemos impedir un matrimonio.

Capítulo veintidós

A Distancia

Apenas Madame Pomfrey terminó de cambiarle el vendaje a Sirius, y luego de asegurarse de que tomara hasta la última gota de una extraña poción amarillenta, Hermione asomó su cabeza por la puerta. Se regañó por ser tan sentimental, pero no podía evitar emocionarse cada vez que lo veía. No alcanzaba a creer que él estaba ahí, frente a ella... aquel tipo que cruzó un extraño velo tiempo atrás, y que nadie había vuelto a ver desde entonces...

- Hermione - sonrió Sirius, acomodándose con los almohadones que tenía a mano.

Aunque protestó hasta más no poder, el profesor Dumbledore lo persuadió para que guardara reposo un par de días. Todavía no estaba en condiciones de levantarse... ni de mostrarse libremente por ahí, al menos por ahora. Cornelius Fudge había brillado por su ausencia, deliberando quizá el más duro de sus casos. Hasta ahora nadie sabía qué había pasado con la declaración de Peter Pettigrew (si es que hubo una), pero nadie estaba demasiado alterado. Sólo había que esperar, decían, y mientras el día de su redención llegara, la Orden consideró el ala oeste del castillo Hogwarts como el mejor refugio próximo. Nadie iba ahí; la mitad de la escuela aún pensaba que los Altos Elfos residían en sus pasillos, y como el paso estaba prohibido para cualquier humano curioso, no habría de qué preocuparse.

La habitación escogida fue aquella que perteneciera a Eärendil, la elfa esquiva de ondulado cabello castaño. Por alguna extraña razón, Remus pidió que no usaran la de Stella, y aunque varios pusieron cara de interrogación, nadie intentó contradecirlo. Sirius, por su parte, no tenía ganas

de discutir. Iría a donde mejor les pareciera, con tal de descansar otro par de días y huir así de la vista pública...

- Trajiste lo que te pedí, ¿no es así? - preguntó, con los ojos brillantes por la expectación. Hermione asintió en silencio, cerrando la puerta tras de sí.

No estaba segura de hacer lo correcto, pero no tuvo corazón para negarse. Sirius estaba empeñado en lograr su objetivo, en ahondar el tema hasta donde fuera posible. James Potter, su amigo, su hermano... podía regresar. A causa de las más fatuas de las experiencias, una alternativa para traerlo de vuelta había surgido, y si era tan cierta como su fe en ello, no escatimaría en intentos.

- Sirius... - comenzó a decir Hermione, suspirando lentamente. Se sentó con suavidad a los pies de la cama, mirándolo con timidez - ... te das cuenta en lo que te estás involucrando, ¿verdad?.

- Hermione, por favor. Primero Remus... ahora tú. ¿Tan horroroso es que quiera a mi amigo de regreso? - habló, exhausto - ¿Tan malo es que quiera... que Harry abrace a su padre?

El estómago de Hermione dio un brusco vuelco. Algo ruborizada, volvió la vista hacia sus zapatos.

- No es eso... y lo sabes. Nadie más que nosotros desearía darle a Harry aquel segundo de felicidad, pero...

- ¿Pero? - inquirió Sirius, algo desafiante, pero no tanto como para amedrentarla. Hermione volvió a suspirar.

- Sirius, el procedimiento es muy engorroso. Es como intentar hilar la aguja del pajar. ¡Tenemos sólo una chance entre millones! ¿No lo ves?

El rostro del último de los Black se ensombreció por escasos segundos, en los que no despegó la mirada de Hermione.

- ¿Y no crees que, aquella mínima oportunidad, vale cualquier riesgo...? Eres una Gryffindor ejemplar. Supongo que no has perdido el coraje...

Hermione bajó los hombros en señal de desasosiego. No conseguiría hacerlo cambiar de opinión, ahora estaba segura. Mordiéndose el labio inferior, e intentando eludir la mirada inquisitiva de Sirius, buscó en su mochila y extrajo, no sin esfuerzo, un pesado y viejo libro de hojas rosáceas. En la tapa, imponente, se cruzaban las siluetas de un dragón, un caballo y un elefante.

- Ahí está - dijo ella de repente, abriendo el libro frente a él en una página marcada. Él se inclinó con ávida curiosidad - Al parecer nadie había cogido este libro en años... la Animagia no es muy bien cotizada entre el alumnado. Me costó tres noches encontrarlo, pero ha valido la pena... supongo.

Sirius alzó una ceja, pero Hermione no añadió nada más. No quería continuar protestando.

- ¿Lo encontraste? Es decir... ¿confirmaste el... el requisito?

Durante un largo segundo, Hermione apenas se movió. Luego, y casi indescriptiblemente, agitó su cabeza en signo positivo. Sirius alzó el puño, dichoso.

- ¡El estúpido de Peter calza con la descripción, lo sabía! ¡Lo sabía!

- Sirius, Sirius... - comenzó a decir Hermione, en voz de alerta. No sentía ganas de sonreír - Te lo he advertido desde un principio... ¡Es más peligroso de lo que piensas! ¿Qué sucedería si Peter conoce cómo burlar el Velo? También es un Animago, no podemos confiarnos...

- Oh, vamos - exclamó él, casi despreocupado - Estás olvidando quién le enseñó todo lo que ese zopenco sabe de Animagia... y déjame decirte que jamás le mencioné lo del Velo de Hades. Para entonces no lo creí importante.

Hermione se levantó intempestivamente de la cama, alcanzando en un par de zancadas el ventanal abierto de par en par. Aún se escuchaba el rumor de las conversaciones en el jardín central.

- Es que... es que... - No sabía cómo empezar, qué decirle - ...no estoy segura, eso es todo.

Sirius hizo un gesto de compasión. Por un momento entendió que, por más que compartieran sus ganas de ver a James otra vez, jamás lo ayudarían en su intento si no creyeran que es cien por ciento plausible. Algo más tranquilo, carraspeó.

- Repasemos, ¿quieres? -ofreció, cándido, intentando menguar la presión - Remus no ha hecho más que eludirme... y tú eres la más inteligente del grupo. Si no logro convencerte a ti, no tendré ninguna oportunidad con los demás...

Hermione le dirigió una mirada de cuasi reprimenda. Observando la ventana una vez más, regresó sobre sus pasos y volvió a sentarse. Sirius se acomodó el cabello, tomó el libro entre sus manos e hizo un ademán de atención.

- Está bien... te escucho - concluyó ella, aunque a regañadientes. Sirius se conformó con eso, por ahora.

- Bien... - Sacó otro libro bajo su almohada. Era más pequeño, con hojas craqueladas y en tonos azules, y en su costado podía leerse “Peligrosos y Prohibidos: Conjuros Nominales”. Sin mayores preámbulos, y sin que Hermione le preguntara cómo lo había conseguido (era un título vetado en la mayoría de las bibliotecas mágicas de Inglaterra) lo colocó sobre el libro anterior - Ya sabes que, si le hubiera dicho esto a Harry aquella vez, hubiera sido un shock muy grande para él... pero así fue cómo sucedió. Vi a James, así como a muchos otros conocidos, en los pocos segundos que estuve tras el velo. Lo vi a lo lejos, corriendo hacia mí como si hubiera intuido mi llegada... pero no fue nada más que eso. Aunque, por supuesto, fue suficiente como para sospechar que no sería la última vez que nos veríamos.

Hermione evitó su mirada, tomando su mentón.

- Y cuando escapabas de Bellatrix, intentabas al mismo tiempo estrujar tu memoria fotográfica, a ver qué recordabas del libro de Animagia... - continuó, impaciente. Él ni se inmutó.

- Exacto. Por eso recurrí a la Biblioteca apenas puse un pie en el castillo. Necesitaba cerciorarme... convencerme a mí mismo de que no estaba equivocado, de que sí era posible...

Hermione no se atrevió a contradecirlo, pero no aguantó las ganas de sembrar la duda.

- ¿Y... es posible?

Sirius suspiró, esbozando una sonrisa tibia. Luego apuntó hacia los libros.

- Cuando hablé con Remus y Harry, la noche de mi regreso, les dije que el sitio tras el velo parecía lo que los muggles llaman 'Purgatorio'. Bueno, no era así, pero tampoco estaba tan lejos... - tendió el libro pequeño hacia Hermione, marcando una página - El Arco no recibe a cualquier ánima errante... Recibe sólo a algunas, aquellas que comparten un detalle en particular...

Hermione, aguda en su razonamiento, se inclinó sobre la hoja y leyó en pocos segundos.

- Avada Kedavra - murmuró, en un hilo de voz, sorprendida.

Sirius asintió.

- Por eso había tantas caras familiares... ¡muchos de ellos alguna vez pertenecieron a la Orden del Fénix! Torturados, muertos por los mortífagos... ¿te das cuenta? Sólo quienes murieron por aquel conjuro capital fueron a dar al velo, estoy seguro... Es la única respuesta. Es como si no hubieran muerto, después de todo...

Ella tragó saliva, aún lidiando con sus pensamientos.

- Pero... ¿qué hacen ahí? ¿Cuál es el propósito del velo? Aún no hemos encontrado esa respuesta en ningún libro...

- Debe haber una razón de peso para que esté en el Departamento de Misterios, ¿no crees?

Hermione se sonrojó levemente, pero no cambió el tono.

- Está bien. Eso no lo sabemos, pero por el momento no importa mucho. Lo que realmente importa es... es... - puso una mano en su frente, arrugando la nariz - Dios, Sirius... estás desafiando a la muerte...

- ...y a la vida - añadió, serio - No creas que no lo he pensado, que no le he dado cien vueltas en mi cabeza, sabiendo la osadía que cometo al intentar algo de este tipo... Pero quiero intentarlo, necesito intentarlo... - sus ojos brillaron en signo de ruego - Por otro lado, doy fe de que Peter estará encantado de dar la vida por James. ¿No se trataba de eso, acaso, el encantamiento Fidelio que él mismo rompió?

Hermione suspiró, agotada. Sirius llegaría hasta el fondo con esto, sin importar quién se interpusiese...

- Nada nos asegura que tendremos éxito...

- Pero jamás tendremos una oportunidad como ésta, y de eso sí podemos estar seguros.

Hermione hizo un gesto de renuncia, tomando el libro viejo que ella había traído. Sirius tomó el suyo.

- ¿Has leído bien el conjuro? ¿Tienes todo lo que necesitas?

Sirius sonrió como un niño, escudriñando las hojas.

- Sólo son tres cosas. Para abrir el Arco, se necesita pronunciar un conjuro... está aquí escrito. Además, necesitamos un voluntario... ya sabes, nuestro amigo Colagusano. Dice que debe estar vivo, no se aceptan cadáveres, y que debe cumplir con el requisito... - alzó la vista - Tú lo encontraste. ¿Qué era?

- Lo que suponías - contestó, seria - El voluntario debe haber usado el conjuro de muerte al menos una vez...

Sirius hizo una mueca amarga.

- Pues el nuestro lo usó... veamos... ¿veinte veces? Eso creo. Creo que eran veinte muggles los de esa noche...

Hermione levantó su mano para interrumpirlo.

- Pero espera... ¿Cómo pretendes obligar a Peter?

- Fácil - respondió, curvando la comisura de sus labios - Cuando Fudge termine con él, no sabrá dónde ponerlo. Azkabán está destruida... Los matones provisorios que ha dispuesto en las entradas y salidas no son capaces de abarcarlos a todos. La mayoría de los que no escaparon están en estados deplorables... por eso fueron de caza rápida. Pero Peter... él se encuentra en absoluto uso de sus cabales. Tendría mil formas de escapar. Por lo tanto, cuando Fudge no sepa qué hacer... le pediré un pequeño favor -. Hermione alzó una ceja en señal de desconfianza - Hey, no me mires así. En realidad yo le estaré haciendo un favor a él. Sólo le diré que lo entregue a la Orden. Nosotros fuimos los principales afectados en todo esto... Y con todos los problemas que tiene nuestro querido ministro, dudo que se niegue a cooperar.

- ¿Y crees que te lo entregará así nada más... o que Peter va a dejar que hagas lo que quieras con él?

Sirius se encogió de hombros.

- Lo que la rata piense me tiene sin cuidado. No tendrá los pantalones para enfrentarme. Fudge, por otro lado, no nos dará problemas. Querrá deshacerse de él cuanto antes, y si yo lo ayudo...

Hermione no pudo evitar un resoplido, algo molesta.

- Estás tan seguro de que te saldrás con la tuya... ¡No has cambiado nada!

Sirius lo tomó como un cumplido.

- Lo sé, soy un encanto... - dijo, apretando los labios en una sonrisa elocuente -
Entonces... ¿vas a ayudarme?

Hermione se mordió el labio inferior, dudosa.

- Todavía no me dices cuál es el último ingrediente... lo último que necesitas.

Sirius ensombreció su mirada, como si de pronto esa altiva seguridad se hubiera esfumado.

- Bueno... Es la parte más difícil, aunque no imposible.

Hermione se acercó a él con curiosidad.

- ¿Qué es?

Arrugó la frente, recostándose en los almohadones.

- La idea del conjuro es un intercambio... de almas, por así decirlo. El Arco sólo dejará salir a una si recibe a otra en retribución. Para eso necesitamos a Peter. Pero, por otro lado, James no saldrá así como así... hay que... llamarlo. Gritar su nombre.

- No es difícil de suponer - intervino Hermione, impávida - Por algo estamos tratando con uno de los "Conjuros Nominales"...

Sirius le dirigió una mirada de impaciencia. No necesitaba que le recordara cuán escrupulosa era en cuanto a materias académicas se refería.

- Lo que intento decirte, Hermione, es que hay que decir su nombre para que pueda salir... pero no cualquier persona puede hacerlo. He ahí la dificultad.

- ¿No puedes hacerlo tú?

Sirius negó.

- Este libro no lo especifica, pero dice que... - puso su dedo en una línea, e intentó leer - "...sólo quien ha visto la cara de la muerte, puede volver a invocarla, y pedirle redención. Sólo quien lo haya visto caer, podrá tender su mano, y levantarlo".

Hubo un momento de silencio en que Hermione apenas dio señales de respiración. Luego irrumpió su voz, segura.

- Eso significa... significa que la única persona que puede pararse frente al Velo y decir aquel nombre, es quien haya visto a esa persona morir... ¿no es así? Entonces, si quieres traer al padre de Harry...

- ...sólo Harry podrá llamarlo - añadió Sirius, terminando la frase - Sólo Harry vio a sus padres morir. Nadie más estaba ahí. Y a menos que nuestro camarada Voldemort quiera prestarse para el servicio, Harry es nuestra única y última oportunidad.

- Pero, Sirius... Harry era muy pequeño entonces...

- Eso no importa. Es probable que no recuerde nada de aquella noche, pero él estuvo ahí, y es lo único que necesitamos.

Hermione asintió en silencio. Las cortinas del ventanal bailaron intempestivamente al compás de la brisa, mientras ella las observaba, quieta.

- ¿Estás seguro de que esto es lo que Harry quiere?

Sirius arrugó la frente, confundido.

- No le he preguntado su opinión, si a eso te refieres... Pero no creo que sea algo que resista mayor análisis. Es su padre, por Dios. Por supuesto que querrá intentarlo... - opinó, pero Hermione no dijo nada, evitando su mirada mientras pudo. Él quebró su tono - ¿Tú... tú crees que no?

Ella suspiró.

- Sirius, entiéndeme. Estás jugando con algo muy delicado. El Velo de Hades, el conjuro para abrirlo... escapan a nuestro entendimiento. No hay nadie vivo que haya hecho esto y haya podido contarlo. No podemos saber si estamos haciendo lo correcto... - comenzó a explicar, casi angustiada, intentando no perder la calma - No me cabe duda de que Harry haría lo que fuera por pasar un segundo con su padre, pero... ¿Qué pasa si no resulta? ¿Qué sucedería si nadie sale del velo...? Pasar por todo eso haría que Harry abriera la herida que aún no sana, por una esperanza esquiva... ¿y si jamás llega a verlo? ¡Puede terminar muchísimo peor!

Después de la última palabra dicha, Sirius no dijo nada. Bajó la mirada, jugando un momento con una de las páginas del libro pequeño. No lo había pensado... Tantas energías había gastado en pensar cómo traer a su amigo de vuelta, que no reparó en la persona más importante en esto: Harry. Jamás se le ocurrió siquiera que Harry se negaría a intentarlo... pero ya no estaba tan seguro. Quizá, con todo lo que había sucedido, ya no estaba dispuesto a sufrir por un castillo en el aire... por una posibilidad que no le daba garantías. Y él, su padrino, no podía permitir que siguiera sufriendo... aunque, en el fondo, esto lo hacía por Harry...

- ¿Cómo está? - preguntó de repente, sobresaltando a Hermione - Es decir... ¿está bien? ¿Cómo ha tomado lo de Stella?

Hermione sonrió con debilidad.

- Está mejor... supongo. Ha pasado de ser un completo energúmeno a un completo ensimismado. No hace más que caminar solo por los jardines o sentarse por horas frente a la chimenea, con la mirada perdida. Siempre está murmurando sobre un libro de Stella... creo que lo perdió o algo. Pero me preocupa, pues creo que se está tragando todo lo que siente (como siempre) y puede hacerle mal - concluyó, melancólica. Luego levantó su brazo hacia Sirius

- Si hay alguien en este mundo a quien le confiaría sus pensamientos, es a ti.

Sus retazos de cabello negro rozaron su mejilla al elevar la mirada, asintiendo.

- Lo sé, pero tampoco ha querido hablarme al respecto - respondió, profundo, encogiéndose de hombros. Luego suspiró - Veremos qué pasa... no me adelantaré. Lo importante es saber si tiene ganas... si está dispuesto. Quien debe decidir es Harry... sin él no podemos hacer nada.

Hermione volvió a sonreír. Por el momento, eso es todo lo que deseaba escuchar pues, como él había dicho, sólo Harry debía dar la última palabra. Pero, ¿sería suficiente? ¿Valía la pena acrecentar su esperanza, por algo que nadie podía asegurar...?

Harry sorprendió a todos con su pasividad en el resto de la semana, aún cuando los eventos que siguieron deberían haberlo dejado con el peor de los humores. Pero no fue así... y hasta Ron comenzó a pensar que se estaba volviendo loco. No había vuelto a gritarle a nadie, pidió las disculpas respectivas al profesor Flitwick y estudiaba por las tardes en la Biblioteca, si bien no se acercaba ningún examen importante. Al parecer, prefería estar solo; solo con su pena y su corazón, hecho un ovillo enredado.

Nadie sabía nada de Stella, ni de ninguno de los Elfos. Hermione había intentado comunicarse, pero las lechuzas regresaban con las cartas

intactas. ¿Estaría aún en peligro? Preferían pensar que no, aunque, para Harry, su mayor angustia iba en otro sentido. ¿Se habría casado ya, pensando erróneamente que él la odiaría de por vida...? Pero no podía emitir comentario, ni menos quejarse, pues era su culpa. Dejó que el tiempo le pusiera la soga al cuello, y lo estaba pagando con creces. Entonces, tratando de matar la incertidumbre, llenaba su agenda de cosas por hacer, aún cuando siempre terminaba en el mismo sitio, en el mismo pensamiento... en el mismo sueño de una mariposa y un ciervo...

Sin embargo, la Primavera se encargó de traerle un par de distracciones. Por la segunda ronda de la temporada de Quidditch, Slytherin ganó a Hufflepuff por una diferencia arrolladora, sin contar que Draco Malfoy volvió a coger la snitch cuando la multitud menos lo esperaba. Durante el partido, Harry había escogido un asiento lejos de sus amigos, en pos de una buena concentración, y sacó de su baúl los binoculares mágicos que guardara desde el Mundial de Quidditch. Quería observar los movimientos de su contendor muy de cerca, adelantar y retroceder las jugadas con tal de encontrar alguna estrategia, al tiempo que oía de fondo los gritos eufóricos de sus admiradores. Al término del partido, suspirando, cayó en la cuenta de algo levemente doloroso: Draco se había convertido en un jugador bastante bueno, y tenía todos los recursos para ganar. Además, con la mejora en su juego, Slytherin compartía el favoritismo de Gryffindor para ganar la copa... aunque aquello duró sólo hasta el lunes siguiente.

A través de los últimos días grises del invierno, el equipo que por segundo año dirigía Angelina Johnson, perdió ante Ravenclaw por el margen mínimo. Y todo porque, sincronizados, mientras Harry cogía la snitch, el capitán de las Águilas anotaba otro tanto, lo que los dejaba con escasos diez puntos arriba. Suerte de perros, pero nadie dijo nada; no se sentían barridos. Los hermanos Creevey habían hecho un juego excepcional, Ron se había

desenvuelto muy bien y Harry por fin había podido atrapar la bola dorada, aunque no hubieran conseguido ganar. Extrañamente, luego de que Madame Hooch levantara los brazos sellando el partido, Angelina estrechó la mano de Roger Davies con tranquilidad, y camino a los vestidores no dio señales de histerismo. La seriedad de su rostro demostraba su frustración, pero - y según los cálculos de Harry, por primera vez - abandonó el campo con el sentimiento de haber jugado un buen partido.

Y Harry lo compartía. Por alguna insólita razón, el Quidditch, para él, había dejado de ser una batalla entre buenos y malos, sobre todo después de entender que, si Draco lo vencía, era porque había practicado lo suficiente como para hacerle peso. Y no es que disfrutara con la alegría del equipo de Slytherin, pero, por un segundo, mientras veía a ambos equipos sobrevolar sus porterías, entendió que mientras él cumpliera bien con su papel, podría sentir la satisfacción del triunfo, aún cuando perdieran el partido. Así se sentía ahora. Si se retiraba con la snitch entre los dedos, podría dormir tranquilo. Al menos para él, nada era más importante.

Al descubrirse a sí mismo ante tal conclusión, lo embargó un inusual sentimiento de paz. ¿De madurez? Imposible decirlo. El Quidditch era su deporte favorito, su distracción más atrayente... pero, al menos durante los cinco años anteriores, la mayor seducción suponía que el equipo contrario mordiera el polvo del otro. Aunque, si se mira del modo práctico, aquello estaba bien; la competencia dura hace que el otro entregue lo mejor de sí... mas Harry sentía - equivocado o no - que había olvidado lo más importante: Divertirse. El Quidditch lo hacía sentir bien, lo hacía feliz. ¿Cuándo fue la última vez que pensó en eso?

Angelina los felicitó a todos y los animó para el próximo partido, pues aún tenían posibilidades de alcanzar un buen puesto en la lista. Además, y totalmente *off de record*, Madame Hooch alabó a Dennis y Collin como los mejores bateadores que había visto en muchos años de juego. Así, el equipo

elevó su confianza; Gryffindor no había ganado, pero había posesionado estrellas, algo que ningún otro equipo podía jactarse de tener.

Las semanas que siguieron serían, hasta el momento, las más agitadas del año, dado que, con las vacaciones de Semana Santa como tope, cada alumno tenía decenas de deberes por entregar. Ya habían acumulado dos ensayos para Binns, uno para McGonagall y otro para Flitwick, este último sobre las precauciones y atenciones del conjuro Aparecedor. Además, Ron debía hacer deberes extras para Trelawney (ya que no había obtenido muy buenas calificaciones) lo que acrecentaba su caos. Hermione, por su lado, y a pesar de tener aún más trabajo por sumar sus asignaturas de Runas Antiguas y Aritmancia, se las arreglaba como siempre para entregarlo todo con excelencia, y en los plazos establecidos. Eso sin contar que pasaba muchas noches en la Biblioteca o en la habitación de Sirius, supervisando que el asunto de James Potter no se les escapara de las manos. No le habían dicho a nadie de esas visitas, pero por ahora era lo mejor. Sólo Harry advirtió las continuas ausencias de su amiga, por lo que pensó que quizá estaría usando el Giratiempo otra vez, aunque no le prestó demasiada atención. Es más: no lo comentó. El silencio que lo había rodeado hace semanas le hacía sentir más tranquilo que incómodo. Tenía mucho qué pensar, mucho qué arreglar, solo...

Aunque la soledad no le duraba demasiado. Por las tardes, y hasta altas horas de la noche, las Salas Comunes de cada casa no daban abasto para tanta demanda, e incluso, en el caso de Ravenclaw, debían turnarse los sillones frente a la chimenea. Al menos es que lo repetía incansablemente Cho Chang, molesta, durante las últimas sesiones de práctica de la AD.

- ¿Has probado la Lechucería? - opinó Owen, al tiempo que volvía cada uno a sus puestos. Practicaban el hechizo Stupefy. A su lado, Susan y Hannah

ayudaban a Neville con su Expelliarmus, mientras Ginny observaba desde la otra esquina, impaciente, la sonrisa tonta de Owen al hablar con Chang.

- Sí, ya lo hice. ¿Y qué crees? ¡Al menos diez personas intentaban acomodarse entre los nidos! Nunca había visto tanto movimiento como ahora... En fin... uno, dos, tres... ¡*Stupefy!*

Owen se agachó a tiempo para no recibir el golpe en pleno pecho, pero Cho, quien aún seguía rumiando su falta de un adecuado lugar de estudio, apenas alcanzó a reaccionar. Con mucha suerte, la bola rojiza le rozó la cabeza.

- ¡Casi te dejo en la enfermería! - exclamó Owen, sonrojado, rascándose la cabeza en signo de disculpa.

- Qué lastima - ironizó Ginny, cruzándose de brazos. Más molesta que antes, dejó su puesto junto a Luna y corrió hasta Harry, quien en aquel minuto le daba la espalda - ¡Eh, Harry! Creo que ya es tiempo de cambiar de parejas, ¿no? - preguntó, pero él no dio señales de vida. Ginny alzó una ceja - ¿Harry?

Nuevamente no contestó, pero antes de que Ginny comenzara a alterarse y lo tomara del hombro para que volteara hacia ella, se fijó en aquello que atraía su atención. Mientras el resto del grupo practicaba los hechizos que él mismo les había mandado (y algunos que el profesor Pittycarp les había sugerido), él se dedicaba a escudriñar las estanterías de la Sala de Requerimiento. Concentradísimo, iba libro por libro, buscando siempre algo en la portada. Y aún con su rostro de semi decepción, volvía a buscar, uno por uno...

- Todavía no encuentras el dichoso libro, ¿verdad? - preguntó Lavender, acercándose por atrás. Parvati y Padma la seguían de cerca. Harry volteó al segundo, suspirando - ¿Y estás seguro de que ella no se lo llevó?

- Muy seguro - respondió él, arreglando sus lentes - Lo olvidó en la Sala Común, yo la vi.

Tras Padma, Seamus, Dean y Terry asomaban sus cabezas, interesados en la conversación. La mayoría había abandonado la práctica.

- Bueno, no tenemos ese libro, pero sí encontramos algo que puede interesarte...
- habló Terry, intentando sonreír. Harry abrió los ojos, expectante.

Seamus se adelantó, colocándose al frente del grupo.

- ¿Recuerdas que aquella vez, cuando supimos lo de Stella, te enseñé algunas cosas sobre los Elfos? Bueno, sucede que mi padre es un fanático de ellos. Tiene muchos libros al respecto, sabe muchas historias y leyendas... y recordé algo que quizá te suba el ánimo.

Harry arqueó las cejas, entre ruborizado y desconfiado. Todas las miradas confluían en él.

- ¿Qué es?

Seamus apretó los labios, mientras el resto se sumía en silencio profundo.

- Papá me contó una vez, cuando era más pequeño, que aunque las razas élficas mantienen la pureza de su especie por ley, no siempre todos siguieron las reglas. De hecho, hace casi mil años atrás, dos elfos, hombre y mujer, confesaron su fascinación por el mundo mágico (más bien por una hechicera y un brujo, en realidad) y como aquello se consideraba un horrible deshonor, los expulsaron. Entonces no tuvieron más remedio que abandonar sus tierras para vivir en una

ciudad común, y ahí se mezclaron con magos. Según mi padre, fueron muy felices; hasta tuvieron hijos y todo. Y bueno, eso quiere decir, Harry, que quizá ustedes si tienen una oportunidad después de todo...

Katie se adelantó antes de que Harry abriera la boca.

- Con todo lo que has hecho por Hogwarts, nos has demostrado que nada es imposible. Ya verás como pronto tendremos noticias de ella...

Harry procesó los hechos lo más rápido que pudo. Luego, con la mirada fija, observó a la Armada. Todos le sonreían, salvo Cho, quien parecía no querer encontrarse con su mirada. Él suspiró, sin perder el rubor anterior.

- G-Gracias, lo tendré en cuenta. No... No esperé que estuvieran tan interesados...

Las hermanas Patil intercambiaron una mirada de reproche.

- ¿Que no va a interesarnos? Vamos, Harry. Se supone que los amigos hacen esto...

- No sólo somos amigos - intervino Justin, mientras Ernie asentía a su lado - Somos un grupo, como una hermandad... Si alguno de nosotros necesita ayuda, siempre estaremos atentos...

- Si no, pregúntale a Theresa - habló Hermione, sonriendo - Sacrificó toda una tarde de su estudio para explicarle a Ginny y Luna cómo hacer una buena carta astral.

Theresa sonrió débilmente, mientras Ginny y Luna le guiñaban un ojo.

- Hasta un Slytherin puede ir en tu rescate cuando menos lo esperes - opinó ella, elocuente, apuntando hacia la insignia de su capa.

- Draco nos dijo cómo entrar al pasillo del ala oeste, ¿recuerdan? - dijo Ginny.
Ron dio un bufido.

- Claro, pero sólo porque lo extorsionaste. Bonita generosidad...

- No seas resentido, Ron - lo regañó Dean - Al menos ayudó, ¿no es así? Por el momento eso basta... - Después de la última palabra, volteó hacia Harry, manteniendo la sonrisa - Te hemos visto muy solo últimamente... y está bien, si eso es lo que quieres. Pero puedes recurrir a nosotros cuando quieras...

- Además - intervino Hannah - ...estrujaremos la memoria de Seamus por si encontramos más detalles alentadores...

La mayoría soltó una carcajada, y aunque Harry no rió, sí se sentía profundamente conmovido.

- Gracias - murmuró de nuevo, tratando de que aquella palabra fuera para todos. Recibió como respuesta varios pulgares en alto, guiños, sonrisas y gestos.

- Bien... basta de sentimentalismos - dijo Zacharias de repente, en su usual tono indolente. Harry lo tomó como algo divertido - No sé ustedes, pero yo tengo muchos deberes que terminar.

Hermione fue la primera en apoyar la moción. Sin protestas, la sala fue desocupándose poco a poco, mientras desde el fondo del pasillo volvía a escucharse la voz de Cho, histérica. "Sí, claro, estudiar. ¿Y alguien puede decirme dónde lo haré?".

No obstante toda la carga académica, durante el resto del mes la vida transcurrió con normalidad en los pasillos de Hogwarts. La Primavera había liberado a los jardines de aquel blanquecino rocío, ya casi no habían hojas amarillas en los senderos, los árboles comenzaban a mostrar sus retoños, disfrutaban de un sol un poco más tibio por la mañana, y ya no necesitaban tanta leña en las Salas Comunes. Harry ya se había acostumbrado a usar el pequeño descanso antes de Cuidado de Criaturas Mágicas para caminar por ahí... escuchar la brisa y sentirla en su cara. La soledad no lo angustiaba; lo relajaba, le daba paz, pero en el fondo sabía que sería pasajero. Que solo lo preparaba para algo más, para lo que viniera. Además, Sirius le enviaba continuas notas de saludo (ya que no podía aparecerse a vista y paciencia de todos) y siempre encontraba a algún miembro de la AD en las esquinas, quienes lo convencían para jugar una partida de Snap Explosivo, o de Ajedrez Mágico, o simplemente integrarse a una animada charla sobre los últimos resultados del Quidditch internacional o sobre las dificultades del conjuro Aparecedor. La clase de Flitwick (junto con la de Libertes Pittycarp, quien les estaba enseñando nuevos hechizos de desarme más poderosos) se había vuelto repentinamente popular, sobre todo para los de sexto, quienes veían cada vez más cerca el examen frente a la comisión especial de magia. ¿Se repetiría la misma tensión pre-TIMOs? ...

Aún así, la única asignatura que había sufrido un cambio radical era Pociones. El profesor Snape llevaba casi un mes sin presentarse, pero al parecer había dejado todo muy bien esquemado en caso de ausencia. Dejó deberes específicos para cada clase sin él, y siempre al final de la hora, aparecía Madame Pomfrey para llevarse los pequeños muestrarios de vidrio y así poner la calificación. El ambiente del salón casi siempre era silencioso, pero sin el resoplido lastimero del profesor en sus nuca, todo se hacía más agradable.

Desde entonces, el ánimo de todos - sobre todo de Neville - se había acrecentado. Poco a poco la enfermera se transformó en algo más que

una recolectora de trabajos, y de pasar sólo unos minutos cada clase, a la semana siguiente se quedó media hora (“Sólo por si tienen alguna duda”), luego una hora completa (“Es que quisiera explicarles un pequeño detalle sobre la asignación anterior...”), y luego toda la sección (“Prefiero supervisar la elaboración completa del trabajo, pues así no cometerán los mismos errores. No les importa que me quede, ¿verdad?”). Sin que nadie se lo pidiera - aun cuando por lo bajo muchos ya casi se lo habían rogado - intempestivamente tomó las riendas del curso, aclarando a todo momento que se trataba de un simple “reemplazo”, y que no quería quitarle el empleo a nadie. Todos asentían, inocentes, encontrándole la razón, pero si hubiera pedido una votación a mano alzada, era probable que más de la mitad del salón hubiera exigido la renuncia de Snape. Pero, todo a su tiempo. Ya llegaría la hora de hablar de ello.

Por la distensión que provocaba en cada clase, la mayoría de los alumnos no sentía remordimientos de criticar a Severus Snape enfrente de Madame Pomfrey. Ella siempre escuchaba las opiniones, atentamente silenciosa, y a pesar de que no perdía momento para defender la calidad académica e instructiva del profesor Snape, fruncía el ceño con disgusto cada vez que alguien alegaba por sus malos tratos. Además, durante las clases volvía a explicar algunas instrucciones en el caso de que alguien no hubiera comprendido, y ayudaba a los más distraídos, aunque usualmente en un tono de reprimenda. No obstante, ya no había más rondas intimidatorias entre los calderos o burlas satíricas contra los más débiles; ella siempre estaba dispuesta a cooperar si era necesario. “Lo importante es que aprendan” decía en voz baja, provocando más de una sonrisa de aliento. Pero no se convirtió en un ángel ni nada parecido; todos conocían a la enfermera desde hace mucho, y sabían que su carácter era tan o más explosivo que el del mismo Snape. Sin embargo, su método de enseñanza distaba mucho de aquel que aplicaba el viejo de pelo graso, y aunque era muy estricta y exigía trabajos impecables y exactos, ponía muy buenas calificaciones si lo ameritaba. De hecho, Neville jamás había tenido

un promedio tan elevado en Pociones como ahora. ¡Qué diría su abuela cuando se enterara!

Durante aquellos días, y aprovechando que el tema común en todos los pasillos era la irrupción de Madame Pomfrey en la clase de Pociones, Harry, Hermione y Ron esperaban con ansias la entrega de *El Profeta* todas las mañanas. Intentando disimular, cogían el periódico, un par de galletas y corrían a leerlo en la Sala Común, llevándose luego a Sirius para que se enterara de las noticias por él mismo. Hace bastante tiempo que no se sabía nada de Pettigrew. ¿Qué habría pasado con él? ¿Fudge habría corroborado la versión de Sirius? Pero las páginas no les daban información. No había nada sobre el “Peligroso Fugitivo Sirius Black” o algo que se refiriera a él. Una vez más, y cruzando los dedos para que el infierno de Canuto terminara, no les quedaba más que esperar.

Una de esas mañanas, sentados los tres ante el periódico, sintieron al retrato de la Señora Gorda abrirse con estruendo. De hecho, la escucharon exclamar: “¡Ya va, ya va, niña! ¡Qué prepotencia!”, y en pocos segundos, divisaron el cabello de Ginny.

Hermione fue la primera en saltar de su asiento.

- ¿Pasa algo malo?

Ginny se apoyó en uno de los sillones para recuperar el aire. Entonces sonrió.

- No van a creerlo...

Ron y Harry también se reincorporaron, curiosos. La mirada risueña de Ginny fue a dar a los ojos de Harry, quien se sintió repentinamente conectado.

- ¿Le sucedió algo a Sirius?

Ginny resopló, divertida.

- No... él está muy bien.

- ¡Entonces qué es! No nos tengas con la duda... - pidió Ron, algo molesto. Ella alzó una ceja.

- Déjame hablar, ¿sí? - le dijo, mutando luego en una nueva sonrisa - ¡No saben quién está ahora en el despacho del profesor Dumbledore!

El cerebro de Harry, raudo, se detuvo en su idea más urgente. Sólo repetía un nombre. Que sea ella, por favor, que sea ella...

- ¿Es Stella? ¿Dumbledore está con Stella?

Ginny disfrutó el tono de Harry al pronunciar el nombre de ella, pero no tuvo más remedio que negar sutilmente con la cabeza. Harry bajó la mirada, algo desesperanzado, y eso la hizo saltar.

- ¡No, Harry, espera! No es Stella, pero es alguien que puede llevarnos hasta ella...

- ¿Quién? - se apresuró a preguntar Hermione, inquieta.

- Aquella chica que siempre iba con ella... *Erad... Aren...*

- ¡Eärendil! - corrigió Hermione, animada - Es su dama de compañía...

- ¿Quién? - dijo Ron, algo confundido. Harry le hizo un gesto.

- Yo la vi un par de veces... no se despegaba de su lado - dijo Harry, bajando la mirada para recordar. Ginny asintió.

- Y ahora está aquí... vino sin la comisión. Luna la vio subir al despacho del profesor Dumbledore hace unos minutos, ¡y quise venir corriendo a avisarles!

Ron se rascó la cabeza, desconfiado.

- ¿Luna?

- Sí, Luna - repitió Ginny, molesta - Yo confío en ella. Si tú no, no importa. Nadie te ha invitado a venir.

- ¿A ir? ¿Dónde?

Hermione entornó los ojos, impaciente.

- ¡A ver a Eärendil, qué más! - exclamó, tomando a Harry del brazo - No perdamos más tiempo... ¡no volveremos a tener otra oportunidad como ésta!

Harry asintió, y aunque se le revolvía el estómago de puros nervios, caminó, decidido, hasta el retrato de la Señora Gorda. El resto lo siguió sin decir nada... sin pensar si aquella elfa les daría buenas o malas noticias. Lo mejor era no adelantarse, no echarse a morir.

O no ilusionarse.

Capítulo veintitrés

Espera y Conteo

Ginny fue la primera en doblar la esquina hacia la gárgola. El pasillo estaba vacío, pero desde lejos podían escucharse los pasos y conversaciones del alumnado, camino al comedor para el almuerzo. Pero ninguno de los cuatro Gryffindors tenía hambre. El nerviosismo les había impedido hablar, topándose con varios compañeros rodeados de un silencio sospechoso. Harry había repasado en su cabeza las frases exactas que diría, así como todas las alternativas plausibles, y hasta la más extrema (por ahora) tenía solución. “Si no encontramos a Eärendil”, pensaba, apurando su paso tras Ginny, “...no importa. Seguro que el profesor Dumbledore sabe cómo comunicarse con los Elfos. Le explicaré mi problema... no se negará a...”

La mano de Hermione sobre su hombro lo devolvió a tierra. Elevó la mirada, raudo, y entonces lo vio. Dos personas, rodeadas por un extraño resplandor, se alejaban a gran velocidad por la puerta junto a la gárgola.

- ¡Hey, esperen! - gritó Ron, corriendo tras Ginny.

Ellos voltearon. Llevaban una capa azulina de viaje que los cubría de pies a cabeza, destacando bajo éstos dos trajes impecablemente blancos. Él era un hombre de mirada serena, cabello oscuro y manos grandes. Cuando los vio acercarse, en lugar de retroceder o sorprenderse, les sonrió con cortesía. Ella, por otro lado, hizo una mueca de reticencia. Apenas asomaban un par de retazos de su largo cabello, pero lo más imponente eran sus ojos, llamativamente lilas. Ron tenía su boca algo abierta, embobado al detenerse unos centímetros frente a ella, aunque recuperó pronto la compostura al recibir

un codazo de Hermione en las costillas. Resopló, molesta, y regresó luego la vista hacia la Elfa. Al parecer Harry también se había quedado sin palabras.

Eärendil volvió a hacer un gesto de distancia, buscando algún indicio sobre qué hacer en la mirada de su acompañante. Él asintió levemente hacia el grupo, hizo una pequeña inclinación con la cabeza hacia la elfa y regresó a su camino. Hermione se estremeció, como si aquel imponente elfo hubiera querido transmitirles algún tipo de sentimiento de paz.

Apenas él hubo desaparecido frente a sus ojos, las cuatro miradas confluyeron en ella.

- Necesitamos hablar contigo... - rogó Ginny, adelantándose. Rozó uno de sus brazos, a lo que la elfa se sobresaltó. Ginny, sonrojada, dio dos pasos hacia atrás.

- No se me permite hablar con Istaris - explicó, pausada. Volvió la vista hacia donde Hyarion había desaparecido.

- No te quitaremos mucho tiempo, lo prometemos - se apresuró a aclarar Hermione, nerviosa. No le gustaba la mirada de Eärendil... la hacía sentir como un ratón de laboratorio.

- Sólo queremos saber sobre Elen... sobre Eleneär - tartamudeó Ginny, repentina. Le suponía un esfuerzo enorme tener que pronunciar aquel nombre. El resto asintió.

- No tuvimos tiempo de despedirnos - explicó Ron, tratando de ganar terreno. Ella se encogió levemente de hombros.

- Si es sólo eso, le haré llegar sus saludos apenas regrese...

El muro psicológico que construía segundo a segundo era cada vez más alto, pero no lo suficiente para no trepar... Al ver que nadie pronunciaba palabra, la Elfa dio el asunto por concluido. Sonriendo a medias, giró sobre sus pies hacia la escalera.

- En realidad... - comenzó a decir Harry, en un tono profundo. Ella volteó por la sorpresa, al igual que los otros - ...queremos expresarles nuestros saludos por nuestra cuenta... si no te importa.

En un segundo que se hizo eterno para todos, los ojos de Eärendil parecieron llenarse de comprensión. Movi6 ligeramente su cabeza, avanzó un paso hacia el grupo y arrugó la frente, curiosa, escudriñando el rostro de quien había hablado. Ginny notó que su capa apenas hacía sonido al rozar con el suelo.

- Tú eres Harry Potter, ¿no es así?

Harry abrió los ojos como platos, tragando saliva. Sin saber si hacía lo correcto, asintió. Hermione aguantó la respiración, al igual que Ginny, pero pronto sucedió lo inesperado. Tras la respuesta de Harry, Eärendil suspiró. Relajó los hombros, bajó la mirada en señal reflexiva y juntó sus manos, apretando con más fuerza el rollo de pergamino sujeto entre sus dedos.

- ¿Tienen idea del peligro que estoy corriendo por hablar con ustedes? - dijo, bajando el tono de voz. Sin disimular, miró en todas direcciones antes de pronunciar la siguiente frase - El consejo me expulsaría, y mi Aranel quedaría completamente desprotegida... - explicó, y antes de que cualquiera de los Gryffindors intentara dilucidar qué era lo que ella intentaba decir, volvió a

escucharse su voz - Sólo se me permite hablar con Albus Dumbledore, y como no se encuentra en el castillo, debo regresar de inmediato...

- ¿Regresar? ¿A dónde...? - preguntó Hermione, atragantándose con las palabras. Eärendil alzó una ceja - Está bien, no necesitas decirnos la ubicación exacta. Sólo... Sólo queremos hablar con ella, eso es todo.

Como si aquellas palabras hubieran provenido de la pared, los ojos de Eärendil ignoraron a Hermione y volvieron a posarse en Harry. Él, firme ante lo que tuviera que suceder, no apartó la mirada.

- Ya se casó, ¿verdad? - preguntó, tratando de disimular su angustia - Es decir, la ceremonia... ¿Ya se efectuó la ceremonia?

Ella suspiró otra vez.

- No, Almië Wilwarin se ha pospuesto. La seguridad de mi Aranel está ante cualquier cosa - contestó, casi cómplice. Harry se obligó a sí mismo a reprimir una sonrisa - ...pero no será por mucho tiempo. Ya hay nueva fecha y lugar, muy pronto...

Ginny, quien sí había sonreído después de todo, cambió de humor apenas unos segundos después.

- Eso quiere decir... bueno, quiere decir que aún tenemos tiempo... para hablar con ella, me refiero - balbuceó, intercambiando una mirada de aprobación con el resto. Harry asintió vehementemente.

- Sólo queremos charlar con ella un momento... - aclaró Ron, en tono de súplica. Nuevamente, los ojos de Eärendil hacían sentir al grupo como si el

único presente fuera un joven de cabello negro y hermosos ojos verdes tras un par de lentes.

- Una luz muy especial debe cubrir a Harry Potter como para que mi Aranel lo mencione en sus sueños... - dijo de repente, y el estómago de Harry se apretó con fuerza. Ella dudaba, era demasiado notorio, pero algo les decía que intentaba ceder - ¿Sólo... quieren despedirse?

Los cuatro asintieron al unísono.

- Sólo eso - habló Hermione, representando al grupo - Si puedes darnos una dirección, o una lechuza orientada por ustedes, quizá alcanzaríamos a enviar...

- Hay... hay algo mejor, y más rápido, que el correo Istari - la interrumpió ella, demostrando ahora una profunda lástima. Cerró los ojos, tomó aire y volvió a hablar - No me corresponde opinar sobre los designios del consejo, pero Elenëär está sufriendo y... si hablar con ustedes realza su espíritu...

- ¿Hablar con ella? - repitió Ginny, animada - ¿Quieres decir que podríamos verla... estar con ella?

Eärendil asintió, apretando los labios. Se escondió aún más bajo su capucha.

- ¿Saben cómo usar el *Narëasto*?

Harry, Ginny y Ron elevaron la ceja derecha exactamente al mismo tiempo. Mientras, Hermione se golpeaba la sien con el pulgar. “Narëasto, Narëasto...” repitió, tratando de recordar... y justo antes de que la elfa perdiera la paciencia, Hermione dio un salto.

- ¡”Polvo de Fuego”! - gritó, volteando hacia sus amigos para que logaran entender - ¿No lo ven? ¡Nos está hablando de los Polvos Flu!

Ginny y Ron suspiraron de alivio, sonriendo con nerviosismo. Eärendil, por su parte, no parecía muy contenta al escuchar la explicación de Hermione.

- La arrogancia Istari no dejará de sorprenderme... ¡Polvos Flu! Qué decepción. Aquello que con tanta naturalidad has mencionado, pertenece al legado milenario de mis ancestros hacia ustedes, humanos. El Narëasto fue un regalo al mundo Istari, hace mucho tiempo atrás, por ayuda concedida... ¡Y han cometido el atrevimiento de malversar su nombre!

Hermione retrocedió un par de pasos, notoriamente avergonzada. El resto tragó saliva.

- L-Lo sentimos mucho... n-nosotros no... no sabíamos que...

Arrogante, elevó el mentón tras una mirada de disgusto.

- Sí, ya lo he escuchado. Los jóvenes Istaris usualmente no saben nada... Pero no es ese nuestro asunto - opinó, tratando unos segundos después de suavizar su gesto de molestia - ¿Saben usar el *Narëasto*, sí o no?

Todos asintieron, incapaces de contradecirla. Físicamente, lucía exactamente igual que ellos, aproximadamente de la misma edad, pero la fuerza y altivez de sus palabras la hacían parecer bastante mayor.

- Entonces... necesitamos una chimenea... - comenzó a decir Hermione, como si quisiera remediar su osadía - ¿Cualquier chimenea?

Ella bufó, impaciente.

- ¡Claro que no! ¿No dijiste que sabías usarlo? - inquirió, y sin esperar respuesta, continuó la frase - Sólo hay una chimenea en este castillo que es capaz de conectarse con nuestros terrenos...

Esta vez, fue Ginny quien se adelantó.

- La de la habitación de Stella... - afirmó, segura, pero al notar que Eärendil fruncía el ceño con cuasi ira, carraspeó - Q-Quiero decir, la habitación de Eleneär...

La elfa asintió, aunque reticente.

- Cuando llegamos, Ingolmo, nuestro líder, habilitó el Narëasto en su habitación por si sucedía algo imprevisto. Y aunque sí sucedió, debimos escapar antes, y nadie deshizo el hechizo. Si no me equivoco, el canal sigue abierto...

Harry intercambió con Ron una mirada de aliento. Luego suspiró.

- Esa chimenea... ¿conecta con su habitación... allá donde están ustedes?

Ella negó.

- Conecta con la sala principal... - corrigió, para luego evitar su mirada, mordiéndose el labio inferior - Será muy arriesgado... siempre hay muchas personas rodeándola... y si advierten que un Istari está usando el Narëasto, las consecuencias pueden ser fatales...

Por primera vez en mucho tiempo, Harry sintió las ganas de correr cualquier riesgo.

- Está bien, lo entendemos... y si algo nos sucede, tú no tendrás responsabilidad alguna - dijo, fuerte y claro. Ginny y Hermione sonrieron ante su gesto - Tienes mi palabra.

La Elfa volvió a examinarlo de arriba a abajo, dubitativa. Suspiró, y luego hizo una leve inclinación de cabeza.

- Si mi Aranel confía en ti, yo no tengo razones para no hacerlo.

Harry sonrió, cálido.

- Entonces... ¿Cómo lo haremos para burlar a todas esas personas?

Eärendil hizo un gesto rápido, haciendo que el grupo pegara sus cabezas para oír mejor. Ella, no obstante, se mantuvo a una distancia prudente.

- La ceremonia será el 4 de abril. Según nuestras tradiciones, mi Aranel debe pasar sin compañía la última hora antes del evento. Yo misma la llevaré hasta la sala. Entonces, deben conectarse a las nueve en punto... de lo contrario, no tendrán otra oportunidad.

Todos asintieron, algo nerviosos.

- Es en vacaciones de Semana Santa - habló Ron - Al menos no tendremos que preocuparnos de Filch.

Harry suspiró; tenía un nudo en la garganta.

- Gracias - le dijo, expectante. Ella sonrió forzadamente.

- No lo hago por ustedes... lo hago por Eleneär - especificó, tajante. Nadie movió ni un músculo - Ya ha sufrido lo suficiente por nuestra gente... Me niego a verla sufrir por un par de Istaris.

Está bien, era comprensible. Nadie hizo comentario, pues no valía la pena. Suspirando de nuevo, arregló su capucha hasta que apenas se asomara su nariz.

- Buen viaje - deseó Hermione, no muy convencida.

Eärendil la miró fijamente, un segundo antes de darles la espalda y desaparecer tras la esquina.

- Nueve en punto - repitió, clavando la mirada en Harry - No la defrauden.

Lo primero que hizo Harry al regresar a su habitación fue abalanzarse sobre su baúl y escarbar entre sus pertenencias en busca de su “Recordatorio de Deberes”, aquel peculiar regalo de Hermione para la navidad pasada. Pero no tenía ningún trabajo o ensayo que marcar, sino una fecha muchísimo más importante: Cita con Stella, Cuatro de abril. En el fondo, no tenía por qué marcarlo; sabía que no lo olvidaría. Lo realmente importante era... ¿qué le diría? ¿Cómo empezaría? ...

Durante aquella semana su estómago estuvo más sensible de lo normal. Ya prácticamente había perdido el apetito. Aunque no sabía bien por qué; no iba a presentarse para un EXTASIS o a una apelación en el Ministerio de Magia. Era sólo una cuasi cita con una chica... Está bien, no era una chica cualquiera, pero tanto nerviosismo era absurdo. La vería un par de minutos, en donde tendría que condensar, con prudencia y tacto, meses y meses de reflexión. Suspiró. Lo único que tenía que hacer era desearle suerte. Decirle que, a pesar de todo lo que sucedió y toda la rabia que había sentido, había logrado entender por qué hizo lo que hizo. Que siempre tendría un amigo al otro lado del mundo... Y así, sin más, dejarla ir. Dejarla ir. ¿Podría hacerlo en realidad...?

- Harry... Tierra llamando a Harry Potter... ¿Quieres poner atención?

Confundido, Harry se encontró con la mirada impaciente de Lavender Brown tras unos segundos. Había perdido completamente la noción del tiempo, enredado en sus pensamientos...

Disculpándose torpemente, tomó su cubeta vacía y fue a llenarla al estanque. Su lección de hoy había sido, literalmente, bucear en un charco de barro y atrapar a un Piare, una especie de cerdo en miniatura que no tenía ninguna cualidad especial... salvo escupir una extrañísima sustancia pegajosa. Debían atraparlo y asearlo, lo que provocó una mueca de asco general apenas Hagrid pronunció las instrucciones. Como casi todas las criaturas que el Guardabosques solía presentarles en cada oportunidad, el Piare provocó un rechazo inmediato en el alumnado, y aún cuando varios de ellos aceptaron el deber sin más lógica que la obediencia académica, Hagrid no hacía más que charlarles sobre la bondad y eficiencia de sus nuevos objetos de clase.

Según su historia, los Piare eran capaces de encontrar las direcciones correctas tan o más acuciosamente que los Therestrals, pero su ventaja radicaba en que, al ser tan pequeños, podían esconderse en el sombrero, en un bolso común o bajo la capa, convirtiéndose en fabulosas brújulas de mano. “En otras palabras, completamente inútiles” susurró Draco a su grupo de siempre, y éstos ahogaron una carcajada. Claro que, quienes rieron unos minutos después fueron varios Gryffindors, ya que Goyle salpicó de lodo la camisa de Draco al intentar coger a uno de los cerdos. Hagrid les había advertido usar el equipamiento de seguridad que había traído para todos, pero el rubio, para variar, se había negado a usarlo. “Él se lo buscó” le dijo Ron al semigigante, al tiempo que éste comenzaba caminar hacia el grupo de Slytherin.

Pero no alcanzó a llegar hasta allá. La figura de Harry desvió pronto su atención, así como lo había hecho durante gran parte de la clase. Había percibido su ensimismamiento por varios minutos, pero no quiso acercársele. Por demás, ni Ron ni Hermione podían hablar por él; según su percepción, no sólo lo relacionado con Stella lo tenía en ese estado. Y no estaban muy lejos: en realidad, era todo, todo lo que sucedió tan rápido. La llegada de los Altos Elfos, la verdadera identidad de Stella, el regreso de Sirius, la posibilidad de traer a su padre de vuelta a la vida... Eran muchas cosas para procesarlas juntas, aún para un joven que ya ha pasado por más penurias y desventuras que cualquiera de sus congéneres.

Mientras veía el caer del agua que rebotaba en el fondo de la cubeta, escuchó la voz de Hagrid anunciar el término de la clase. Era la última de la jornada, por lo que el campo estuvo prontamente desierto; el aroma de la cena (un delicioso estofado de pollo) llegaba hasta los jardines. Cada grupo dejó su piare en un pequeño cerco dispuesto y corrieron al comedor.

Harry, por su parte, no sintió necesidad de apresurarse. Con toda tranquilidad, se quitó el delantal contra las manchas, se liberó de aquella asquerosa baba pegajosa, similar a una telaraña (¡Diffendo!) la cual estaba adherida a sus guantes de cuero de dragón, y aclaró sus gafas con su camisa. Luego miró hacia el cielo; hace mucho que no tenían un atardecer tan cálido como aquel.

- ¿Todo bien, eh Harry?

Antes de la voz de Hagrid, sintió las pisadas de un conocido perro jabalinerero. Mientras volteaba, guardó su varita en el bolsillo de su túnica, se inclinó un poco, acarició las orejas de Fang y luego elevó los ojos hacia el semigigante. Él sonreía, aunque preocupado.

- Sí, todo bien, Hagrid...

Él asintió, mientras miraba de reojo la entrada del castillo.

- ¿No quisieras acompañarme un momento? Estaba a punto de hacer un poco de té...

Harry se encogió de hombros, pero Hagrid suspiró, animado. Fang se adelantó unos metros, abrió la puerta de la cabaña y se echó en el felpudo. Harry acercó las manos a la chimenea.

- Siento que quieres hablarme de algo en especial... - comenzó a decir, dejando a Hagrid de una pieza. No hubiera esperado una pregunta tan directa.

- Ahhmmm... en realidad no, Harry. Es sólo que... hace mucho que no me visitan, que no charlamos... y sólo quería cerciorarme de que estuvieras bien.

Por inocencia o algo de sopor, Harry quiso creerle.

- Yo estoy bien, ya te lo dije... pero ya que lo mencionas... Hace mucho que no te vemos. Te la has pasado saliendo de un lado a otro... Sí hemos venido a visitarte, pero nunca estás. No sigues tratando de convencer a los gigantes, ¿verdad? - Hagrid apretó los labios, evadiendo su mirada, incapaz de responder - ¡Hagrid!

- No es lo que crees, Harry... deja que te explique... - balbuceó, algo nervioso. Dejó la tetera sobre la mesa, liberando una pequeña estela de vapor a su paso - No he regresado a las montañas. Me ordenaron abandonar la misión. Sin embargo... alguien tomó mi lugar.

- ¿Madame Maxime? - habló, tentativo. Hagrid negó.

- Yo jamás lo habría pensado... si me lo hubieran dicho varios meses atrás, ¡los habría tildado de locos! Pero, dada las circunstancias, y por todos los cambios que ha tenido... yo... yo creí que quizá podría funcionar.

Harry contuvo la respiración.

- No me digas que... - Hagrid evitó su mirada, absurdamente pasmado en su taza de té - ¡Hagrid, enviaste a Grawp a las montañas! ¡Es casi suicidio!

- ¡Lo sé, lo sé! - exclamó, haciendo un ademán de tranquilidad - Yo también pensé que era absurdo... pero el mismo Grawpy se ofreció, y Dumbledore confía en él.

Asombrado por la rapidez en que el medio hermano de Hagrid había aprendido el idioma, llevó una mano a su mentón.

- ¿Y has tenido noticias tuyas, al menos? ¿Estás seguro de que aún continúa con vida?

Tras la espesa barba del semigigante se asomó una sonrisa de satisfacción.

- Más que eso... mucho más que eso...

El cerebro de Harry comenzó a funcionar sin que su dueño se lo pidiera. Arrugó la frente, recordando.

- ¿No tendrá que ver con cierto episodio de invierno... con un ruido escalofriante, el accidente de la profesora McGonagall y un grupo de niños aterrados en mi sala común?

Esta vez, la sonrisa de Hagrid era innecesariamente elocuente.

- No puedo decirte... pero sí advertirte que no entres al Bosque Prohibido por un tiempo. Ya te avisaré cuando las cosas se calmen. Y es que Grawp está haciendo un trabajo excelente, ¿sabes? Estoy muy orgulloso...

- Pero, Hagrid... - dijo Harry, sorprendido - ¿Qué diablos está haciendo Grawp como para provocar tal ruido...?

- Lo siento, Harry - dijo el guardabosques, intentando aparentar seriedad - Son cuestiones confidenciales. De la Orden, ya sabes. No puedo comentar nada.

- ¡Yo soy parte de la Orden! - gruñó él, encarándolo. Hagrid tragó saliva.

- Calma, Harry... Ya te enterarás. No está en mis manos esparcir los secretos. Si el profesor Dumbledore le confió algunos a Hermione, tiene que haber tenido sus buenas razones para...

- ¿Que el profesor Dumbledore hizo qué...?

Hagrid depositó violentamente su taza sobre la mesa, absorbiéndose en su imagen. Suspiró, nervioso.

- No debí haber dicho eso, no debí haber dicho eso...

- Pero ya lo hiciste - sentenció Harry, abatido, dejándose caer sobre la silla - Todos saben todo... menos yo. Últimamente he sido el menos enterado de la realidad... ¿Hasta cuando quieren seguir con esto? ¿Cuándo aprenderán que ocultándome la verdad me hacen más daño que nada? ... - Bajó la mirada en signo de cansancio, para luego hablar en tono deprimido - Ya sabías sobre Stella, ¿verdad?

Hagrid no supo cómo negarse.

- El profesor Dumbledore se lo dijo a todos los profesores a comienzos del año. Pero nos hizo prometer que no lo comentaríamos, porque podía ser muy perjudicial para ella y entonces...

- Sí, sí... al menos esa historia ya la conozco - concluyó, levantándose. Dejó su taza de té intacta sobre el platillo - Nos vemos, Hagrid...

Esta vez no se inclinó para acariciar a Fang. Con la mirada perdida en el horizonte, tomó la manilla de la puerta y la giró para salir. Una brisa cálida se coló por la rendija.

- Harry... - lo llamó Hagrid, siguiendo con su tono de preocupación. Harry se detuvo en el umbral, volteando a medias - No la culpes, ¿sí? Es una gran chica. Perdió a su padre cuando era muy pequeña, igual que tú... ni siquiera recuerda su rostro, y por si fuera poco, ha debido vagar su vida entera con tal de sobrevivir. No la ha pasado bien, nada de bien. Ha sufrido... tanto como tú, pero tú tienes una gran ventaja... - dijo, mirándolo directamente esta vez - Tú puedes elegir. Puedes decidir qué hacer con tu vida. Ella no.

Harry no supo qué contestar. De pronto su garganta estaba tan seca que le costaba pronunciar sonido. Sólo atinó a asentir levemente, evitar la mirada de su amigo y cerrar la puerta tras de sí. Apoyado en la madera, suspiró profundamente. No tenían que recordárselo a cada segundo, él ya lo sabía. Stella no podía tomar las riendas de su propia vida... tiene una responsabilidad que cumplir y eso implica autoanularse. Quedar a la merced de otros, cumplir expectativas ajenas, casarse tan joven y sin siquiera conocer al novio...

Harry apretó los puños, impotente ante la situación, ante una nueva prueba en su camino. Tal vez, en su cita de Semana Santa, le diría algo más que sólo "adiós"...

- ¡Harry, aquí estás!

A través de los últimos retazos de luz de atardecer, divisó a Hermione corriendo entre el huerto de calabazas de Hagrid. Suspirando de nuevo, hizo un gesto de molestia.

- Harry, te he buscado por todas partes... Remus quiere hablar con nosotros - explicó, haciendo un ademán para que se acercara. Harry no se movió, estático en el umbral de la cabaña, por lo que Hermione alzó una ceja - Está... ¿Está todo bien?

Él no contestó. Tan sólo se cruzó de brazos, bajó la escalinata y emprendió rumbo hacia el castillo. Hermione, confundida, tuvo que volver a correr para alcanzarlo.

- ¡Harry, espera! - gritó, tomándolo luego del hombro para que volteara - ¿Qué te sucede? ¿Pasó algo malo?

- Vaya, es divertido - dijo él, algo irónico - Es la primera vez que no sabes lo que ocurre. Que... ¿el profesor Dumbledore dejó de contarte sus secretos?

Hermione aguantó la respiración. Por un espeso segundo cruzaron una mirada desafiante, pero Harry no lo soportó demasiado y retomó su camino. Ella no tuvo intención en llamarlo ni seguirlo; sus ojos estaban llenos de lágrimas, lágrimas que él no alcanzó a notar. ¿La habría herido con su comentario? Quizá, pero no quiso pensar en ello. Hermione solía traspasar cualquier lazo afectivo con tal de involucrarse en cuestiones secretas, misteriosas. Quizá era su forma de sentirse superior, quién sabe, pero no sería él quien desentrañara el caso. Tenía suficiente con desentrañar su propia vida. Si

ella quería - y, asimismo, entendía el enojo de Harry - tendrían tiempo de hablar más adelante.

Claro que, cuando llegó al vestíbulo principal, notó cierto detalle importante: no tenía idea de a dónde dirigirse. Hermione tendría que haber sido su guía, pero debía estar bastante lejos de él en aquel momento. ¿En qué lugar quería Remus que se reunieran?

- Harry... por fin. ¿Dónde está Hermione?

Remus Lupin sonreía ampliamente bajo la luz tenue de uno de los candelabros de la entrada. Llevaba una gruesa capa de viaje, una bufanda gris al cuello y un par de pergaminos en su mano. Junto a él, Minerva McGonagall, Ron y Ginny esperaban.

Harry se acercó a ellos, un poco nervioso.

- No lo sé... Me avisó que querías verme y luego desapareció. Ya vendrá.

Remus asintió, aunque daba la sensación de que presentía algún tipo de problema. Aún así, sugirió al grupo que cerrara el círculo para no tener que subir la voz.

- Sólo vengo por unos minutos... debo regresar a Grimmauld Place de inmediato, pero creí que querían saber las buenas noticias.

Sin importar de qué tratara, sus cuatro interlocutores sonrieron al unísono. Hace tiempo que no escuchaban una noticia gratificante, de lo que fuera, aunque Harry tenía una corazonada...

- ¿Es sobre Sirius? - preguntó, y Remus asintió acto seguido, depositando su mano libre en el hombro de Harry.

- Arthur acaba de avisarme. El consejo de Crímenes Violentos evaluó las pruebas... ¡y ha determinado su exoneración! - exclamó, tan animado que parecía irreconocible. McGonagall juntó las manos a la altura del pecho, emocionada, mientras Ginny y Ron emitían sonidos de entusiasmo. Harry apenas podía hablar - Según lo que me ha contado tu padre, Ron, la sola presencia de Peter en el ministerio hizo que a muchos se les pusieran los pelos de punta. Y bueno, no es para menos. Dice que se negó muchísimo a dar su declaración, que alegaba inocencia a todo segundo, pero que la aparición de Severus fue crucial para...

- ¿Snape? - habló Harry, interrumpiéndolo, desvaneciendo en parte la sonrisa de sus labios - ¿Qué hacía Snape ahí?

- Profesor Snape - corrigió Remus, algo serio - Él, como ya debes saber, no es un simple maestro de Pociones, sino un experto en la materia. Justo a tiempo, apareció en las oficinas del consejo con una buena porción de Veriseratum... Los detalles de la declaración de Peter son confidenciales, sólo Fudge y los jueces conocen cada palabra que salió de su boca, pero al menos sabemos que confesó la redada contra los Potter, la matanza de muggles y la ruin inculpación de Sirius... - continuó explicando, tan rápido y extasiado que tendía a trabarse con el discurso - Canuto es libre. Es oficial, y no me sorprendía que lo condecoraran por servicios al ministerio... - ríe, mientras el resto hacía eco de ello.

- Tendrá que ser portada exclusiva de El Profeta, espero... - mencionó McGonagall, alegre. Remus asintió.

- Así lo supongo. Será la noticia del momento.

- ¿Y qué sucederá con Peter? - preguntó Ron - ¿Irá a Azkabán?

Remus negó, preocupado.

- No... no pueden llevarlo allá. La cárcel está en ruinas, si mal no recuerdan. Los guardias provisorios no están bien entrenados, no saben realmente a qué se enfrentan... Los rehenes estarán en estados deplorables, pero sin los Dementores pueden recuperar su fuerza y provocar una nueva fuga. No, sería muy peligroso... no hay espacio ahí para un hombre totalmente cuerdo. Podría convertirse en un buen líder insurrecto - pensó, agitando su cabeza luego. No quería ni pensar en ello - Fudge no correrá el riesgo de perderlo. Según tengo entendido... - murmuró, como si no estuviera seguro de lo que diría a continuación - ...traerán a Peter a los calabozos de Hogwarts.

- ¡¿Aquí?! - exclamaron Harry, Ron y Ginny al mismo tiempo. Remus y Minerva asintieron.

- Es el lugar más seguro... por ahora. Alguien de la orden lo vigilará las 24 horas.

- ¡Pero aún así es muy peligroso! - opinó Ginny, sorprendida - No sabemos de lo que Peter es capaz...

- No hay de qué preocuparse, confía en mí. Estará en buenas manos...

Aún no muy convencida, Ginny asintió. Ron, por su lado, parecía cómodo con la respuesta de Remus. Confiaba ciegamente en el proceder de la Orden.

- El ministro no debe estar muy feliz, ¿no es así? - opinó él, pensativo. McGonagall se adelantó a Lupin.

- Cornelius Fudge, por como están las cosas, tiene mucho más que perder si toma una posición defensiva. Tiene las pruebas... no podía resistirse demasiado. Esperemos que no aparezca con alguna sorpresa desagradable...

- No lo hará - sentenció Remus, seguro - Arthur no me lo aclaró, pero dijo que, tras la resolución del consejo, fue él mismo hasta las oficinas de El Profeta. Quizá haya tomado, por fin, el camino correcto... De hecho, todos aquellos pormenores están aquí - dijo, mostrando los pergaminos asidos en su mano, debidamente sellados con lacre y el logotipo del ministerio - Debía entregárselos al profesor Dumbledore de inmediato, pero no sabía que ya había viajado...

- Es un viaje largo... no tenía tiempo que perder - intervino Minerva, expectante. Harry alzó una ceja.

- Earen... Es decir, nosotros también lo buscábamos esta mañana y no dimos con él - habló Harry, balbuceante, a milímetros de confesar lo que no debía - ¿A dónde fue? Si puede saberse, claro...

- Pues no, no puede saberse, Sr. Potter - aclaró McGonagall, con su usual mueca de respeto intransable - Los asuntos del Director son asuntos del Director. Pero no se preocupen, ya regresará...

- ...y bien acompañado, esperamos - añadió Remus, compartiendo con la profesora de Transformaciones una mirada cómplice. Ambos sonrieron, sin advertir las miradas interrogantes de los tres Gryffindors junto a ellos.

Molesta por sentirse excluida de la conversación, Ginny habló fuerte.

- ¿Ya sabe Sirius sobre su nueva condición de héroe?

Remus volvió bruscamente a tierra y asintió.

- Sí, acabo de estar con él... - respondió, y entonces sus ojos fueron a dar a Harry por inercia. Suspirando, se dirigió al resto - Bueno... eso es todo lo que tenía que decirles. Moría por esparcir la noticia cuanto antes, aunque, además está decir que no la comenten con nadie hasta mañana, ¿está bien?.

Todos se mostraron de acuerdo. Un segundo después, McGonagall tomó a Ginny y Ron de los hombros.

- Vamos... corran al comedor o se quedarán sin cena.

Ron no lo pensó dos veces.

- Está bien, mi estómago está crujiendo. ¿Vienes, Harry?

- Harry irá en un momento - dijo Remus, al tiempo que Harry lo clavaba con la mirada, curioso.

Ron y Ginny entendieron la indirecta sin más explicaciones, por lo que sólo sonrieron, giraron sobre sus pies y corrieron al comedor. Minerva, asimismo, hizo un ademán de alejarse.

- Buena suerte, Remus - le dijo, estrechándole la mano con afecto - Estaremos en contacto.

Remus hizo un movimiento de cortesía con su capa hacia ella, al tiempo que la profesora seguía los pasos de los dos pelirrojos. Acto seguido, se volvió hacia Harry con premura.

- Escúchame, Harry, no tengo mucho tiempo... - dijo, ajustando su bufanda y guardando los pergaminos en el bolsillo interior de su capa - Sirius te espera arriba, necesita hablar contigo. Bueno... quería hablar con los dos, pero debo hacer algo muy importante y no puedo quedarme, lo siento - se disculpó, pero sin darle a Harry tiempo para preguntar el tema de la conversación, Remus prosiguió - En todo caso, Sirius ya me lo ha contado todo... y, si me permites decirlo, no estoy completamente de acuerdo con lo que quiere hacer...

- ¿De qué hablas? Sirius no me ha dicho de nada que...

- Es sobre James, Harry... y la manera de regresarlo a la vida - aclaró, directo, a través del gesto perplejo de su joven interlocutor - Sé que no me corresponde opinar, pero me niego a depositar fe ciega en un procedimiento del que no tenemos ninguna garantía. Claro que, dada las circunstancias, eres tú quien debe decidir. Yo no estoy de acuerdo, pero si decides tomar el riesgo... si quieres aprovechar la oportunidad, te apoyaré sin titubeos. Es lo que tu padre hubiera hecho por mí.

Harry asintió, tragando saliva con dificultad. Sintió de pronto un desagradable nudo en la garganta, hecho de nervios y expectativas. Lo que antes había sido un mero comentario, ahora se tornaba en una realidad concreta, cercana...

Remus suspiró, preparándose para salir.

- Sólo una cosa más - dijo, con una mano en las grandes puertas de madera - Hay algo que me ha estado preocupando hace muchos días. Es que (y no sé si estarás de acuerdo conmigo) siento que todo esto ha sido muy fácil. Peter prácticamente se dejó atrapar... ¿no lo crees? Y la idea de que todo sea una trampa me está volviendo loco. Sólo... sólo menciónaselo, ¿está bien?. Es importante que Sirius lo tenga en cuenta, pues ya nos ha sucedido; tener al

Señor Tenebroso en nuestras narices sin darnos cuenta... - suspiró - De cualquier forma, cuando lo traigan a Hogwarts lo someteremos a nuestro propio estilo de interrogación.

Harry asintió. Lo cierto es que no se había detenido a pensar en lo fácil que había resultado la captura de Colagusano, ni en la posibilidad de una coartada. En aquella oportunidad, sólo lo había atribuido a su comentada torpeza, pero las palabras de Remus podían adquirir gran coherencia hasta cierto punto...

Dejaría que Sirius tomara las cartas sobre el asunto. Mientras tanto, sólo le interesaba aquello que tuviera que ver con su padre. ¿Podría, realmente, abrazarlo por primera vez? Era una idea, aunque aterradora, alentadoramente maravillosa, pero el cuestionamiento de Remus lo hacía dudar. Debe tener sus razones para contradecir a Sirius... Ya tendría tiempo de discernir.

Se despidió de él con un gesto de mano. Tenía hambre, pero sentía que la cena podía esperar. Su padre, no.

Capítulo veinticuatro

Lazos de Sangre

Suspiró, abatido. Las danzantes llamas de la chimenea trajeron a Stella a su mente por inercia, pero intentó alejarla cuanto antes. Le urgía reflexionar en algo más inmediato... más, quizá, trascendental. Algo que por años había pertenecido a sus fantasías, y que ahora luchaba por salir a la superficie, a la luz. Algo tan seductor, pero a la vez, tan paralizante...

Se quitó las gafas y se restregó los ojos con fuerza. Algo en su interior le avisaba que aún no había llorado ni la mitad de las lágrimas que el destino le tendría deparadas...

Sirius, revolviéndose cada ciertos segundos en el sofá rojo, esperaba... incómodo, silencioso. No había sido fácil, pero tal como si hubiera diseñado un discurso específico para la ocasión, las palabras salieron solas de su boca... aunque, raudas y punzantes, mil voces en los espacios de su conciencia se debatían en apreciaciones al respecto, aturdiéndolo. “Hablaste muy rápido, tal vez no lo entendió bien...”, “Debiste relatarle más detalles sobre el Arco, puede que no esté convencido...”, “Lo presionaste demasiado, ahora creerá que deberá aceptar sólo para no contradecirte...”, “Jamás aceptará. No querrá matar a Peter, ya le perdonó la vida una vez...” ...

- ¿Por qué no mi madre?

La irrupción de la voz de Harry en un silencio de tal densidad hizo que los oídos de Sirius estallaran. Aún aturdido, agitó la cabeza, se sentó de mejor manera y clavó los ojos en su ahijado.

- Disculpa, Harry... ¿Qué dijiste?

- Te preguntaba... es decir, yo... sólo quiero saber... ¿Por qué no regresar a mi madre, en lugar de mi padre...?

De toda la infinidad de preguntas posibles que Sirius planteó y replanteó en su cabeza antes de hablar con él, precisamente ésa era la más dolorosa... la más confusa. Y Sirius no sólo debía debatir con la verdad, con los hechos, sino consigo mismo. Le costó bastante llegar a aquella conclusión, intentó mantenerse al margen, pero no conseguiría engañar a nadie... Él quería ver a James, a su amigo, a su compañero, a su hermano. Añoraba su presencia más que nada en la vida... salvo lo que concernía a Harry, claro, ya que él mismo, al ser la viva imagen de su padre, le recordaba segundo a segundo aquel lazo que ni la muerte pudo romper. James había sido su pilar, su única familia por casi treinta años... ¿No bastaba eso, acaso, para pactar con el Diablo si era necesario, con tal de traerlo de regreso? Su acrobática escapada de las garras de la muerte gracias a la Animagia no sólo le había dado una nueva oportunidad de vida, sino de devolvérsela a otros. El Arco se había pronunciado sobre sus debilidades, consciente o no, y había que utilizar el recurso... Pero, ¿por qué James, y no Lily? Sirius llevó una mano a su frente, nervioso. Su corazón quería una cosa, eso era seguro, pero aunque diera paso a una posibilidad alternativa, los hechos se empeñaban en regresar la mirada...

Harry conocía de antemano la extenuante situación en la que había puesto a su padrino. Lo sabía, hasta la última de las implicaciones, pero no se arrepentía de haber actuado. Debía saberlo... tenía que saberlo, aunque creyera poseer la respuesta. Y es que en cuestión de segundos pasó del absoluto entusiasmo al completo dolor. Sólo un alma por otra. Sirius únicamente le hablaba de James, pero lo que realmente quería decir es que podían sacar sólo a uno de los dos... Sólo a uno. Pero, ¿por qué sólo a uno? Y si así fuera, irremediablemente... ¿A cuál debía elegir?. Sin importar las preferencias de su

padrino, aquellas que Harry conocía tan bien, la decisión lo estaba matando. ¿Cómo elegir, si tanto uno como el otro se habían convertido en una quimera? ¿Cómo elegir, si deseaba con la misma intensidad ver ambos rostros? ...

- Harry... - comenzó a decir Sirius, ahora algo apenado. Al apoyar sus codos en sus rodillas, el fuego se reflejó, estático, en el brillo de sus ojos. Harry no elevó la mirada - Es tan... no sabes cuánto... las probabilidades de... - tartamudeó, aclarando luego su garganta - Es decir, no quería llegar a esto, pero fui un necio al creer que no me lo preguntarías...

- Ya no importa... puedes no responder, si quieres. No se necesita mucho para saber que tú pref...

- Ella no está ahí - sentenció, seco, sin esperar a que Harry terminara la frase. Sabía perfectamente lo que su ahijado diría, y no quería escucharlo. Ya lo había oído de su propia cabeza demasiadas veces...

Harry lo vio a los ojos esta vez, esperando quizá a que estuviera bromeando. Pero el rostro de Sirius se ensombreció lo suficiente como para despejar cualquier duda.

- Ella... ¿Ella no está ahí?

Sirius negó con la cabeza, suspirando profundamente. Con cuidado, se levantó del sillón, caminó un par de pasos y se sentó junto a Harry frente a la chimenea.

- Harry, hay algo que debes entender. Aún no estamos ni así de cerca de develar el misterio del Velo de Hades... - dijo, haciendo un ademán con sus dedos pulgar y anular, dejando un mínimo espacio entre ellos - No existen

testigos que hayan hecho algo parecido a lo que nosotros haremos, ni mucho menos existen los libros suficientes como para atenernos a sus acciones o sus designios. Y aunque tenemos una vaga idea de quienes están tras el arco... es decir, aunque tanto James como Lily comparten la misma característica, aún cuando los dos murieron por el mismo conjuro capital, por alguna razón... - ¿Por qué le costaba tanto decirlo? - Insisto... sobre el velo no sabemos nada, pero, por alguna razón, Lily no estaba ahí...

Harry demoró en asentir, y al hacerlo fue tan débil que Sirius no alcanzó a percibir su respuesta.

- ¿Estás... seguro?

Sirius levantó su ceja derecha, paternal, e iba a contestarle con un monosílabo cuando entendió el real significado tras las palabras de Harry. Él lo miraba, fijo, casi desafiante... como si no le creyera del todo...

- ¿Acaso piensas, Harry... - comenzó a decir, agravando su voz - ...que sería capaz de engañarte en algo tan delicado como esto? ...

- No, no eso... Es sólo que...

Acomodó su cabello hacia atrás y se obligó a sí mismo a no perder el control.

- Temía que me malinterpretaras. Sabes que todo lo que tenga que ver con tu padre es muy importante para mí... y eso te incluye directamente - explicó, tratando de despejar sus ideas para hablar con claridad. En el fondo, era lógico que Harry pensara que Lily, comparada con James, no significaba nada para él - ...pero Lily fue una gran amiga y una gran aliada. Jamás olvidaré todo lo que hizo por mí y por James. Es tu madre, y tanto ella como tu padre tendrían el

mismo derecho de salir del Arco y admirar por ellos mismos en el gran muchacho en el que te has convertido... así como yo lo hago ahora...

Su voz tendió a quebrarse cuando pronunció las últimas palabras. Estiró su brazo - no sin temer a que él lo rechazara - y le rozó la mejilla con el dorso de la mano. Harry se estremeció; a través de sus propias pupilas empañadas, logró ver en la mirada de su padrino el mismo brillo de aquella vez, en aquella fotografía, posando junto a sus padres en una de las fotos de su boda...

Entonces lo abrazó. Se quedaron así un par de segundos, y para cuando se alejaron, Sirius le dirigió una sonrisa tibia, melancólico, revolviéndole luego el cabello.

- No quería incomodarte...

- Está bien... Era muy importante que despejáramos esa duda, sobre todo porque eres tú quien debe decidir. Yo solo te ofrezco una posibilidad...

Harry volvió a dirigir la mirada hacia la chimenea, buscando paz. Su corazón se aceleraba sólo de pensar en estrechar la mano de su padre... pero luego se encogía, aterrado, al pensar que todo el esfuerzo pudiera resultar vano...

- Estoy cansado de estar solo, ¿sabes...? - murmuró, con la mirada perdida en las llamas. Sirius abrió la boca para protestar, pero luego lo pensó dos veces. Suspiró - Me alegra que estés aquí...

- Y aunque no lo estuviera - comenzó a decir, sin perder el tono paternal - ...nunca estarás solo, Harry...

- No estoy hablando del profesor Dumbledore, o de mis amigos o de la Orden, yo no...

- Sé perfectamente a qué te refieres, por eso dije lo que dije - corrigió él, sereno. Harry volteó hacia su padrino - Sé lo que es no tener una familia, Harry... recuerda que abandoné la mía muy joven. Conozco el sentimiento de soledad más de lo que puedas imaginar, y por eso mismo, puedo asegurarte que nadie jamás estará completamente solo...

Harry mantuvo el gesto de confusión.

- ¿Tengo algún familiar que aún no haya conocido...?

Sirius apretó los labios, moviendo la cabeza.

- Me temo que no, Harry... pero creo que no me has entendido. A ver si con esto me explico mejor. ¿Alguna vez te preguntaste por qué tu Patronus adquiere la forma de tu padre?

Harry se encogió de hombros, pensando.

- ¿Por qué él me protege?

Sirius sonrió.

- Exacto. Jamás conociste a tu padre, no sabías de su condición de Animagus, y aún así tu Patronus toma esa forma... porque James vive en ti - lo apuntó, suavemente, sin perder el contacto visual - No sólo se refleja en tu extraordinario parecido con él, sino además en tus acciones y pensamientos. Él te protege y camina contigo, así como tu madre, como tus abuelos, pues las personas que amamos jamás se van del todo... Es un lazo muy poderoso, imposible de quebrar, y está basado en un sentimiento que puede deslumbrar y aterrar a la vez... Aquello que, ese día en la fuente del Ministerio, te salvó la vida...

Harry viajó instantáneamente casi un año atrás, a un salón oscuro y frío, no muy lejos del Velo de Hades... Los murmullos de algunos de la Orden y varios mortífagos, apagados entre el sonido chispeante de cada hechizo, precedían a la silueta del Director, quien no dejaba de moverse, lento, a unos pasos de él... mientras Lord Voldemort, tal como una escamosa criatura, intentaba poseerlo y así, sin más salida, obligar a Dumbledore a matarlo... El dolor era insoportable, innombrable. Harry jamás había pasado por algo parecido, y aún cuando tuviera que morir, deseaba que acabara... porque podría ver a Sirius otra vez...

- ¿Cómo sabes lo que sucedió? - preguntó él, regresando a tierra. Sirius volvió a sonreír.

- Remus me lo dijo. Y puede sonar ridículo, incluso algo cursi, pero Dumbledore fue preciso al decírtelo: tu corazón fue lo que te salvó. El hecho de que puedas arriesgar tu vida por tus amigos, por los que quieres... que sientas el deber de proteger a los más débiles o de luchar por lo que crees más justo, es hoy, ante Voldemort, tu mayor ventaja. Es algo que él jamás poseerá... y lo sabe. Pero subestima su valor, y aquello sólo puede beneficiarnos, pues cuando llegue el día de la batalla, puede marcar la diferencia entre perder o ganar...

- Lo haces sonar como algo grandioso, pero no ha hecho más que traerme dolores de cabeza... en todo sentido...

No lo decía sólo por él, estaba seguro. Por creer que su padrino estaba siendo torturado, apresuró las cosas, viajó solo a Londres, arriesgó la vida de sus amigos y condujo a Sirius a la muerte... o al menos eso había creído. Pero no se refería sólo a eso. ¿De que le había servido su corazón ahora? ¿De qué sirve amar cuando no pueden corresponderte...?

- Sé lo que estás pensando, y todo lo que acabo de decir, también va por ella... - habló Sirius, haciendo que Harry se sobresaltara. Él alzó una ceja, cómplice - Debe casarse, es cierto, pero según mi modo de ver, no se trata más que de un simple contrato. Ella no desaparecerá, Harry... porque ha creado un lazo contigo que ni aún los Altos Elfos pueden romper... Así como Lord Voldemort jamás pudo deshacer aquel que Lily selló teniéndote en sus brazos, el día que murió por ti, protegiéndote...

Sabía lo doloroso que era para Harry revivir aquel nefasto momento, pero no tenía otra salida. Su ahijado había crecido lo suficiente como para entender que las batallas no sólo son una lucha de fuerza, sino de cientos de otros factores...

- Entonces... - comenzó a decir, nervioso, suspirando. La duda lo estaba matando - ¿Crees... crees que vale la pena intentarlo?

Harry mantuvo la mirada, sintiendo cómo su corazón se aceleraba otra vez

- ¿Estarás ahí... conmigo?

- Siempre.

Volvió a suspirar, decidido.

- Ellos lo arriesgaron todo por mí... yo lo haría todo por ellos - dijo, con algo de emoción en su voz. Luego sonrió - Está bien... Hagámoslo.

Sirius hizo pronto eco de su sonrisa. No podía negarlo; había tenido sus dudas. Por un segundo, creyó que Harry sucumbiría al temor de una nueva ilusión sin solidez, y se iría de la habitación, si no apenado, molesto.

Pero, como tantas otras veces, Harry lo había sorprendido, llenándolo de orgullo.

- Por Peter no te preocupes - dijo él, al tiempo que Harry se levantaba, sacudiendo sus pantalones - No tienes que ensuciarte las manos con él. Es... una cuestión personal, si me entiendes - explicó, levantando las cejas. Harry asintió en silencio - Yo lo lanzaré al Velo. No... no creo que sea necesario, aún, que lleses el peso de una muerte sobre tus hombros...

Harry se incomodó bastante con aquella frase, pero no dijo ni aparentó nada. ¿Qué quería decir con eso? ¿No confiaba en su capacidad... en su temple?

- ¿Cuándo lo haremos? - preguntó, antes de salir. Sirius se había acercado a la ventana, dejando que entrara la brisa nocturna.

- Pronto. Hay otras cosas... más urgentes que solucionar. Primero debo lograr que Fudge deje a Peter en mis manos... sin decirle exactamente qué haré con él, por supuesto...

- Pero lo traerán a Hogwarts, es un hecho... Remus nos lo dijo hace una hora.

- Lo sé, pero que esté atado al sótano es muy distinto a que pueda ponerle mis manos al cuello, ¿entiendes?

Harry asintió. No indagaría más en el asunto; él dijo que se encargaría. Pero en eso, y aún con los nudillos sujetos a la puerta, retrocedió un par de centímetros. No sabía cómo le caería a su padrino una pregunta como esa, pero tenía que probar...

- ¿Sirius...? - Él volteó, sorprendido de que Harry siguiera erguido en el umbral. Lo miró, instándolo a hablar, mientras cerraba el ventanal. La brisa comenzaba a enfriarse - Nunca te casaste...

Si Sirius hubiera estado bebiendo algo, de seguro lo habría escupido. Y es que la sentencia de Harry, que más bien sonó a pregunta, descolocó en gran parte al último de los Black. No sabía si reírse a carcajadas o ponerse a llorar.

- No, nunca me casé. ¿Por qué lo preguntas?

Harry se sintió algo avergonzado ante la reacción de su padrino, y sólo atinó a encogerse de hombros.

- Simple curiosidad... - respondió, evitando su mirada - Es que... ¿Recuerdas cuando estuve en el recuerdo del profesor Snape, y los vi a ti y a papá tomando sus TIMOs? Por lo menos dos chicas a tu alrededor parecían embobadas contigo... y yo... bueno, siempre me pregunté por qué no habías formado una familia...

El rostro de Sirius se enserió por un momento. Bajó la cabeza en señal reflexiva, sentándose sobre la cama.

- Tu padre era mi familia... eso bastaba para mí. Pero si te refieres a una relación... supongo que nunca estuve listo para sentar cabeza, para comprometerme... - habló, como si pensara en voz alta - Soy demasiado libre como para atarme a un solo lugar... y eso no es algo que entienda la mayoría de las mujeres...

Harry asintió, conforme. Hasta cierto punto era sensato, pero luego de la última palabra, dilucidó en el gesto de Sirius más autocompasión que seguridad. Sintiendo que quizá había metido la pata, salió silencioso de la habitación.

- Tú eres mi familia - murmuró Sirius, con algo de emoción, un segundo antes de que Harry cerrara la puerta tras él.

Se sonrieron. Es lo único que necesitaban saber.

- ¿Dónde está, Hermione? - preguntó Ron, al tiempo que decidía qué tostada lucía más apetitosa. Harry se encogió de hombros, pero miró, preocupado, hacia las puertas del comedor. Ni rastros de ella - Más vale que se apresure, o se perderá la fiesta...

Ginny lo golpeó en el hombro con elocuencia, asegurándose de que los estudiantes a su alrededor aún estuvieran enfrascados en sus propias conversaciones..

- ¡Cállate! - exclamó, con un hilo de voz - No podemos decir nada, ¿o lo olvidaste?

Ron hizo una mueca de disgusto, sobando su brazo.

- No te alteres... Se supone que las lechuzas ya deberían estar por... ¡Ahí están!

Harry elevó la mirada instantáneamente. El sonido de cientos de aleteos en conjunto era la ineludible presencia de las mensajeras, revoloteando y dirigiendo sus vuelos entre las columnas, puertas y estudiantes. Pero nadie

parecía muy concentrado en ellas, salvo Harry, Ron y Ginny, quienes compartieron una mirada expectante. En pocos minutos, El Profeta estaría en manos de la mayoría de los presentes, y fueran o no lectores acuciosos, se enterarían de la noticia...

Pigwidgeon perdió altura al comienzo de la mesa Gryffindor, por lo que Ron tuvo que levantarse a recogerla. El peso del periódico era demasiado para ella. Para cuando regresó a su puesto, Errol y Hedwig ya habían sido liberados de sus respectivos encargos, y cada uno picoteaba en el plato de cereales de su dueño. Muy cerca, algo desorientada, una lechuza parda buscaba destinatario.

- Debe ser el periódico de Hermione... - comentó Ginny, quien tomó a la lechuza, desató su carga y la dejó marchar.

Al segundo siguiente, cada uno se inclinó ávidamente sobre su retazo de papel. Paranoico, Harry hubiera jurado que el comedor se sumió en un espeso silencio...

La portada era suficientemente aclaratoria. Con una sonrisa maliciosa de triunfo, Cornelius Fudge sujetaba la varita que llevaba atado (con una soga invisible) a Peter Pettigrew. Donde estaban parecía aquella sala de piedra, escalofriante e intimidante, en la que, no hace mucho, Harry debió defender el uso de su Patronus en pleno verano...

Atrapado asesino y espía más buscado del

Ministerio

PETER PETTIGREW: CULPABLE

- ¿...más buscado del ministerio? - habló Ginny, entre confusión y sorpresa -
¿Pero no era Sirius el que...?

- Ssscchhh... - la hizo callar Ron, obligándola a volver a la lectura. Ginny no objetó.

“Según una entrevista exclusiva proporcionada a uno de nuestros enviados especiales por el mismísimo Ministro de Magia, Cornelius Fudge, se ha resuelto ayer por la tarde uno de los misterios más grandes de la historia de la institución. Peter Pettigrew, antaño condecorado por servicios honoríficos a la defensa de la integridad en los días de terror de El-Que-No-Debe-Ser-Nombrado, fue desenmascarado después de 16 años como uno de sus espías más fieles, luego de comprobar su participación en la muerte de un grupo de muggles en aquel entonces, de fingir su propia muerte e inculpar de sus crímenes al conocido fugitivo Sirius Black, hoy ya exonerado de todos los cargos.

<Siempre lo supimos, pero no podíamos decir nada hasta que tuviéramos a Peter en nuestras manos> aclaró el Ministro, orgulloso de su labor <En aquellos tiempos el comité de Aurores atrapaba a cualquiera en actitud sospechosa, y en una de esas redadas cayó Sirius Black por equivocación. Y aunque siempre supe que Peter Pettigrew era el verdadero asesino, no pude probar nada pues desapareció. Pero ahora lo he resuelto. Lo he atrapado con mis propias

manos, después de años de búsqueda incansable, y lo ha confesado todo, tal como lo predije>.

Aunque prefirió no dar detalles de las pericias que concluyeron en la captura de Pettigrew, el Ministro hizo hincapié en la importancia de que la ciudadanía se involucre en la aclaración de los crímenes e infracciones de los tiempos de El-Que-No-Debe-Ser-Nombrado, para que no vuelvan a suceder malentendidos como éste. <No puedo decir cómo atrapé a Peter, o qué sucederá con él ahora que ha confesado todos los cargos, pero su captura ha servido para que la gente se de cuenta del trabajo consciente que se lleva a cabo en el Ministerio, de nuestra absoluta disponibilidad para aclarar y resolver problemas, de la fidelidad que aún nos profesa todo el mundo mágico, y de mi inmejorable desempeño en el alto mando>.

Para finalizar, el ministro Fudge reiteró a todos los puestos fácticos a lo largo de Inglaterra que la búsqueda y recompensa por la cabeza de Sirius Black se ha cancelado, pidiendo que se aboquen a la captura de otros criminales. Además, se ha hecho un llamado a Black para que salga de su escondite y comparezca en las oficinas de Crímenes Irremediabiles en la sede de Londres, donde deberá firmar un simple documento que acredite su libertad.”

El artículo terminaba ahí, pero seguían pequeñas reseñas, como “El Sufrimiento de la Madre de Peter, página 7”, “La Confesión de un Asesino,

página 12” o “Los Otros Espías, página 20”, pero a ninguno le interesaba seguir leyendo.

- ¡Es inconcebible! - exclamó Ron, casi lanzando el periódico sobre la cabeza de Harry - ¡Lo han descrito como un simple malentendido! Malentendido, claro... ¡Pobre Sirius! ¡Trece años en la cárcel, tres años prófugo, y ni siquiera le piden disculpas!

Ginny gruñó, molesta, alejando el periódico de su vista.

- Y lo que es peor, Fudge se llevó todo el crédito. “Siempre lo supe...” Bah... ¡Por supuesto que no!

- Sirius fue quien atrapó a Peter... ¡por lo menos debieron darle las gracias!

Harry, quien no había hecho ningún comentario, dobló El Profeta con cuidado y lo metió en su túnica. Hermione querría verlo después.

- ¿Saben? Ya no importa demasiado. Si Fudge quiere llevarse el crédito, que lo haga. Lo importante es que Sirius es libre, ya no lo culpan de nada, y puede caminar por donde quiera sin miedo...

Ron y Ginny se miraron algo avergonzados, pero no tuvieron tiempo de medir cuál de los dos estaba más ruborizado. Desde la esquina opuesta de la mesa, Neville venía corriendo con El Profeta batiendo en su mano.

- ¡Harry! - exclamó, sentándose a su lado con estrépito. Algunos voltearon a ver - ¡Es Black, Harry, Sirius Black! ¿No era ese el nombre de tu padrino... el que traspasó ese extraño velo?

Harry sintió un incómodo cosquilleo tras el cuello de su camisa. Nervioso, elevó la mirada para encontrarse con la mitad de Hogwarts volteando en su dirección. Algunas chicas ahogaron un grito, otros regresaban la vista hacia el periódico para leer con más detención, esperando quizá que el nombre de Harry apareciera en algún lado, pero la mayoría compartía miradas de estupefacción. Tanto fue así, que hasta el propio Dumbledore se levantó de su asiento, dispuesto a intervenir. Había estado atento a las reacciones del alumnado desde que escuchó venir a la primera lechuza...

- Así que Black es tu padrino, ¿no, Potter? Ahora se aclaran muchas cosas... De tal palo, tal astilla. Tu familia es un nido de fenómenos... ¿No tendrás a algún Troll o un Dementor entre tus tíos cercanos?

El siempre indeseable grupo de Slytherin estalló en carcajadas. Draco había abandonado su asiento, apretando El Profeta contra su puño, y no había dejado pasar el momento para dar sus agudos comentarios. El resto de los presentes no dijo nada, transmitiendo entre sorpresa, aversión o indiferencia.

- Déjalo en paz... - comenzó a decir Neville, con los puños apretados, levantándose también. Se sentía culpable; había sido él quien con su bastante audible intervención había puesto a Harry en evidencia.

- Aprende a leer, Malfoy, y así te enterarás que Sirius Black ya no es un prófugo... Le han quitado todos los cargos - dijo Ron, enojado, irguiéndose un segundo tras Neville.

En eso, Lavender, Ginny, Luna y Padma adoptaron la misma postura defensiva, levantándose de sus puestos en signo de apoyo hacia Harry. Draco apenas se inmutó, curvando sus labios en una sonrisa irónica.

- Primero era la Elfa... ¿ahora tienes cuatro novias para que te defiendan?

- Y también un par de novios, si no te importa, claro...

Dennis, Collin, Ernie, Owen, Seamus, Dean, Justin, Terry, e incluso Zacharias, quien tuvo la osadía de hablar, se unieron al resto, alzando sus cabezas. Pansy, Goyle y Crabbe, en tanto, también se levantaron para apoyar a Draco, aunque él ni siquiera les dirigió la mirada en agradecimiento.

- No necesito que nadie me defienda, Malfoy - respondió Harry, indignado. Luego hizo un gesto con la mano, sonriéndole tibiamente a los que estaban más cerca - Yo no llamé a nadie, pero ahí están todos... Mis amigos. ¿Tienes alguna objeción con eso?

- Oh, no, ninguna... - contestó él, altivo, sin inmutar su rostro de complacencia - Sólo me preguntaba si tendrías escondido a tu querido padrino-asesino-convicto bajo la capa...

- Me temo que no, Sr. Malfoy, pero si quiere puede buscar bajo la mía...

La voz grave y profunda del Director de Hogwarts retumbó en cada platillo de cereales. Crabbe y Goyle regresaron a sus asientos en una milésima de segundo, casi aterrados, pero ninguno de los otros se movió un centímetro.

- Como ya todos se habrán enterado - comenzó a decir el anciano, atrayendo la atención de todo el comedor. La profesora McGonagall y Sprout lo miraban con admiración - ...el antes prófugo Sirius Black ha sido absuelto de todos los cargos que se le imputaban. Por lo tanto, si decide entrar en este castillo y

visitar a Harry, o esconderse bajo la capa de cualquiera, no seré yo quien se lo impida.

Ron y Ginny compartieron una sonrisa amplia, y luego voltearon hacia Malfoy, desafiantes. Draco sólo se limitó a responderles con un gesto de profundo disgusto, curvando las cejas y arrugando la nariz, el mismo que solía poner Snape cada vez que se nombraba a Sirius en su presencia...

Harry se mantuvo absorto unos segundos, quieto ante el rostro de Malfoy. Pestañeó. Ese gesto... igual a Snape. Demasiado parecido. Su corazón se aceleró, y en cuestión de segundos, su cerebro comenzó a bombardearlo con ideas, hechos, argumentos... como si un antiguo engranaje por fin encontrara la manera de funcionar.

Oh Dios. ¿Cómo no lo notó antes? El trato especial de Malfoy en Pociones (donde casualmente ostenta el mejor promedio de notas), Snape escondido en casa de Narcissa... el mismo tono desagradable, despectivo... los dos Slytherin...

No, no puede ser... pero, quizá, no era tan descabellado. Remus dijo que visitaría a Sirius por la mañana, tal vez él pueda aclarar...

- ¿Harry?

Sacándolo abruptamente de sus conclusiones mentales, Parvati le tomó el hombro. Junto a ella, su hermana Padma, Justin, Dennis, Collin, Angelina, Dean, Seamus, Cho y Theresa lo miraban con interés. Harry tragó saliva.

- ¿Es cierto? - preguntó Angelina tras unos minutos, luego de ver que ninguno se atrevía a emitir sonido - ¿Es cierto... que Sirius Black es tu padrino?

El silencio se profundizó aún más. Todos lo miraban. Entonces Harry asintió, relajando los hombros.

- Sí. Era el mejor amigo de mis padres...

Justin hizo un gesto de reticencia, al igual que Seamus, pero el resto intentaba entender.

- ¡Peleaba para la Orden, yo lo vi! - exclamó Neville, saliendo en rescate de Harry - Es un excelente hechicero... muy hábil...

Ignorando sus palabras, Zacharias movió a Neville y se hizo paso hasta Harry.

- Y todos estos años escapando... ¿lo viste? ¿Hablaste con él?

- ¿Tiene cicatrices y marcas como un prófugo de verdad? Y el número de celda... ¿está tatuado en su brazo?

- ¿Es muy terrible la prisión de Azkabán? Mamá dice que los que entran ahí jamás se recuperan del todo...

- Hey, hey... oigan - intervino Ron, levantando las manos, sintiendo a su amigo más que atosigado - El periódico ya lo dijo... se equivocaron al encerrar a Black. Es inocente, libre, y es muy cercano a Harry. Déjenlo así, ¿quieren?

Zacharias y Alicia hicieron un gesto de impaciencia, al igual que un par de Ravenclaws más atrás, pero no insistieron. Harry apretó los labios, mostrándose de acuerdo con la determinación de Ron. No tenía reparos en gritar a los cuatro vientos quién era Sirius y todo lo que significaba para él, pero no de este modo, como fenómeno de circo...

Poco a poco se fueron dispersando, mientras Harry les prometía que en la próxima reunión de AD les contaría todos los detalles. Entre tanto, desde su sitio privilegiado en la mesa de profesores, Albus Dumbledore asentía levemente.

- Creo que iré a buscar a Hermione - habló Harry, levantándose de un salto, deseoso de abandonar el comedor lo antes posible.

- Yo la vi hace unos minutos - comentó Luna, mientras pasaba a su lado buscando las galletas de jengibre que ya no quedaban en la mesa de Hufflepuff.

- ¿Ah, sí? ¿Dónde?

- Aquí a la vuelta - apuntó, aunque con la vista fija en las bandejas de plata - ...en la escalera que da a las cocinas.

Sin detenerse a preguntar qué hacía ahí, dijo “gracias” y salió del lugar. Claro que, antes de llegar siquiera hasta la puerta, debió ignorar y esquivar decenas de miradas inquisitivas, así como otro tanto de preguntas sobre el acontecimiento del año, pero la pronta intervención de Sir Nicholas (distrayendo a la multitud con una de sus tantas recreaciones de su casi-decapitación) le dio tiempo para escabullirse y desaparecer.

Sería el tema principal el resto del año, estaba seguro. No podría quitárselos de encima, así como sucedió cuando creían que era él quien petrificaba a los estudiantes en segundo año, o cuando creían que era el heredero de Slytherin, o cuando El Profeta estuvo diciendo todas esas mentiras sobre él y el profesor Dumbledore el año pasado. Sirius estaría en boca de todos... aunque, pensándolo bien, no era tan malo. Ya era tiempo de salir a la

luz, reivindicarse... Así podría hablar de la gran persona que es sin restricciones, sin esconderse, sin tener que usar tontos nombres distractores...

- ¿Hermione?

Tal como Luna lo había dicho, encontró a su amiga a los pies de la escalera contigua al Comedor. Estaba sentada en silencio, con las rodillas muy juntas, la cabeza gacha y con algo indescriptible apretado entre las manos. Preocupado por su aspecto, Harry la llamó antes de acercarse, y lo que vio a continuación le ofreció sin preámbulos un detallado panorama de lo que sucedía.

El rostro de Hermione estaba cubierto de lágrimas, y sus ojos, empañados, fueron a dar en Harry como si fuera la última persona a la que deseaba ver. Apretó con aún más fuerza el pañuelo arrugado en su mano derecha, y acto seguido dejó ver, alzándolo unos centímetros, aquello que asía en su mano izquierda. Según el rápido razonamiento de Harry, se parecía a aquellos gorros de lana para elfos domésticos... aquellos que Hermione había estado haciendo incansablemente desde hace ya tres años.

Oh, oh. ¿Gorro de elfo?

- Siempre estoy al tanto de todos los secretos... ¿no es así?

Harry tragó saliva, nervioso, mientras Hermione le mostraba aquella prenda a través de una amarga sonrisa irónica. Aquello había sido como un duro golpe en el estómago. Se regañó duramente a sí mismo por haberlo olvidado, pero los últimos acontecimientos habían relegado el asunto de PEDDO al lugar más recóndito de su memoria. Tendría que haber supuesto que Hermione, tarde o temprano, se enteraría de todo...

- H-Hermione... lo siento. Iba a decírtelo, lo juro, pero con todo lo que ha sucedido...

Ella asintió débilmente, sin real convencimiento. Sintiéndose más torpe que nunca, alcanzó el escalón de Hermione a tientas, sentándose a su lado. Ella hizo un ademán de alejarse, pero finalmente se contuvo.

- ¿Por qué... por qué permitieron que siguiera con esto? - preguntó, entre pequeños sollozos, aunque intentaba mantener el temple - Apuesto a que Ron y tú se divertían muchísimo mientras me veían perder el tiempo...

- ¡No, claro que no! - se apresuró a decir Harry, angustiado por la situación - Sólo yo... sólo yo lo sabía, Ron no tiene nada que ver... Pero jamás me divertí, cómo crees eso... - explicó, pero la mirada de Hermione le dejó en claro que sí tenía todos los argumentos para pensar que querían burlarse de ella - ¡Hermione, por favor! Sólo lo olvidé, ¿está bien? Nadie ha querido hacerte daño... y b-bueno, al final... ¿cómo te enteraste?

Hermione suspiró, aún sin dirigirle la mirada a su amigo.

- Anoche me quedé dormida en la Sala Común, sobre mis deberes de Runas Antiguas... pero sentí un leve murmullo y desperté, asustada. Alguien trataba de husmear en mi mochila, y antes de que preguntar quién era, la cabeza de Dobby se asomó tras el sillón... - relató, entre molesta y sorprendida - Llevaba... llevaba sobre su cabeza dos de mis gorros, guantes, bufanda, calcetines... ¡prácticamente todo lo que yo había hecho! - exclamó, llevando una mano a su frente - ...y así y todo quería sacar de mi mochila las últimas prendas que había tejido... cuando me vio, sonrió como si nada... ¡Y hasta me dio las gracias por llenar su guardarropa! Quise... quise... - su voz tembló, así como sus manos - ¡Quería morirme!

Harry arrugó la frente.

- P-Pero... H-Hermione... Te lo dijimos muchas veces, ¿recuerdas? Te advertimos que tus esfuerzos eran vanos, que los elfos domésticos no quieren ser liberados... pero eres tan terca...

Hermione volteó hacia él por primera vez, impaciente.

- No es la mejor manera de animarme, ¿sabes?

Harry sonrió torpemente.

- Lo siento - dijo - ...y también por lo de ayer.

Ella regresó la vista a sus zapatos, pero no tardó en sonreír, secando sus lágrimas. Harry se relajó.

- Yo también lo siento... Debí haber hecho un gran ridículo con lo de PEDDO, ¿no?

- B-Bueno...

- ¡Harry! - lo regañó ella, casi indignada, pero él volvió a sonreír.

- Lo siento, lo siento... Mira - se acomodó para mirarla de frente, intentando calmarla - Sí, siempre creí que lo de PEDDO era una mala idea, pero eso no quiere decir que tus intenciones no hayan sido buenas. Todos hemos valorado eso, te lo aseguro. Además, estoy de acuerdo contigo en tu motivación: los elfos domésticos merecen un mejor trato, no tengo dudas sobre eso, pero de ahí a que quieran libertad...

- ¡Por fin, ahí están!

Ron apareció tras la pared bastante animado, comiendo un pastelillo de crema mientras sujetaba otros dos en su regazo. Se acercó a sus amigos con soltura, pero su rostro mutó inmediatamente al escudriñar el de Hermione. Tragó con rapidez y se acercó a ella.

- Hermione... ¿por qué lloras? ¿Qué sucede?

Al ver que ella no respondía, buscó respuesta en Harry, pero él sólo se encogió de hombros, incapaz de relatarle la situación si ella no lo autorizaba.

- Estoy bien, Ron... - dijo ella, levantándose lentamente. Harry hizo lo mismo.

- No, claro que no... ¡Estás llorando! ¿Perdiste alguna cosa? ¿Alguien te ha estado molestando? Porque puedo repartir un par de golpes si quieres... incluso a Harry...

Harry alzó una ceja como diciendo “muy gracioso”, pero Hermione sonrió, más recuperada.

- No, no es necesario... a menos que quieras golpear a Dobby...

- ¿Dobby? ¿Qué hizo esta vez?

Ella suspiró.

- Larga historia...

- Pero puedes contármela, si quieres... - ofreció, cálido, y ella le agradeció con la mirada. Ruborizándose levemente (por ahora), Ron le sonrió de vuelta - Vamos... regresemos a la Sala Común y te contaré lo que sucedió con el

periódico... ¡Todos están hablando de Sirius! Unos días más y ya será toda una celebridad... - bromeó, mientras caminaban hacia la escalera del vestíbulo - Y ah, toma estos pasteles. Apuesto a que no has desayunado nada.

Harry sonrió al verlos alejarse. No le molestaba en lo absoluto que hubieran olvidado su presencia... disfrutaba observarlos sin discutir. A ver si no en mucho tiempo se decidían a concretar algo...

Entonces una silueta lo distrajo. Por el extremo opuesto del vestíbulo, alguien bajaba rápidamente las escaleras en dirección a la salida. Llevaba el rostro cubierto por una capucha, pero en los pocos segundos en que tocó la luz, Harry distinguió sus facciones. Reaccionó tan rápido como pudo, corriendo a su encuentro.

- ¡Remus! - gritó, haciendo que se detuviera justo cuando cruzaba el umbral. Él volteó, casi asustado, pero relajó los músculos al descubrir a Harry.

- Oh, Hola Harry... ehmm lo siento, no puedo hablar ahora, me están esperando en...

- ¡Es sólo un segundo! - rogó, vehemente - ¿Por favor?

Remus hizo un gesto de reticencia, pero terminó cediendo.

- Está bien, pero sólo un minuto. El desayuno está por terminar y no quiero que cientos de estudiantes me vean... No puedo pasear libremente por aquí, ¿sabes? Pueden comenzar todo tipo de rumores...

Harry asintió, dándole la razón, arrastrándolo hasta detrás de la regordeta estatua de Helga Hufflepuff. Suspiró.

- Sé que vas a decir que estoy loco, que estoy teniendo alucinaciones... pero hay algo que me ha estado dando vueltas desde... bueno, desde la noche en que Sirius regresó...

Remus arqueó las cejas, curioso.

- Te escucho.

- Bien... - No tenía idea de cómo decirlo sin que sonara una estupidez, así que intentó ir al grano - Puede que esté equivocado, que esté viendo cosas que no son, pero... cuando Sirius dijo que Snape... es decir, que el profesor Snape estaba escondido en casa de la madre de Malfoy, y que ella lo estaba cuidando... y-y-y hoy, observando a Draco, creí reconocer... - El rostro de Remus era suficientemente elocuente. Sabía perfectamente a dónde quería llegar Harry - ¿Cuál es exactamente la relación entre el profesor Snape y Draco Malfoy?

Remus bajó la mirada, apretando los labios, para luego dirigirse hacia el comedor. Asegurándose de que nadie los escuchaba, regresó la vista hacia Harry.

- No es tan... tan absurdo lo que crees, después de todo, Harry... y he sido un tonto si he pensado que no ibas a preguntármelo...

“Ya he escuchado eso antes” pensó Harry, recordando la conversación con Sirius, pero su corazón se aceleró al oír que Remus, de algún modo, estaba validando sus sospechas. Hizo un ademán de atención, instándolo a hablar.

- Entonces... entonces, ¿es cierto? ¿Están relacionados... familiarmente?

Temía decir exactamente lo que pensaba, pero Remus era lo suficientemente astuto como para entender.

- Sé a qué te refieres, Harry, y aunque no soy quién para hablar de la vida privada del profesor Snape, supongo que, de todas maneras, algún día te enterarías...

Harry saltó.

- ¡Es cierto, lo sabía! ¡Snape es el padre de Draco!

- Harry, por favor... - pidió Remus, haciéndole un gesto para que bajara la voz. Harry se contuvo - No es lo que crees... déjame explicarte... - Tomándolo del hombro, se alejaron aún más de donde pudieran verlos. Entonces se inclinó suavemente hacia él, con el propósito de hablar en el tono más bajo posible - No, Harry. Lucius es el padre de Draco, pero estoy seguro de que quien más lo lamenta es el propio Severus...

Harry se rascó la cabeza, confundido.

- No entiendo nada.

Remus suspiró.

- Como te dije, no tengo derecho a comentar la vida de nadie, pero... para que puedas entender... - Pensó un momento, trayendo los recuerdos a su mente - Snape y Narcissa fueron novios por varios años, pero ya sabes cómo eran los Black... el tema familiar y de raza eran predominantes...

- ¡Pero si Snape es sangrepura!

- Sí, sí, pero eso no era suficiente... Severus provenía de una familia muy tormentosa. Su padre los abandonó a él y su madre cuando aún era pequeño...

nunca supe muy bien la historia... Bueno, lo importante es que, a pesar de ser sangrepura, provenía de un hogar muy humilde, y por lo demás, mal constituido, lo que lo dejaba muy mal parado frente a los Black.

- ¿No lo aceptaban?

Remus negó.

- No conozco los detalles, pero sé que Lucius apareció en el momento indicado. Sangrepura, con mucho dinero, proveniente de una familia muy influyente... no pasó mucho tiempo antes de que le dieran la mano de Narcissa en matrimonio.

- ¿La obligaron a casarse con él? - preguntó Harry, estupefacto. Los matrimonios arreglados parecían ser bastante comunes en el mundo mágico...

- No lo sé, pero lo supongo. Era una buena chica, pero las circunstancias hicieron lo suyo. El peso de su apellido era suficiente presión como para hacerla ceder. Así fue como adquirió su horrenda reputación, junto con Malfoy, y no es que ahora haya cambiado, pero al menos está de nuestro lado...

- Siempre creí que trabajaba para Voldemort...

- También nosotros, pero el año pasado vino a nosotros con información trascendental. Varios se resistieron a creerle, pero el primero en acogerla fue Dumbledore... y Severus, por supuesto. Como él ya había sido descubierto como nuestro espía, toda la ayuda que Narcissa pudiera ofrecernos era de suma importancia...

- Pero, ¿por qué cambiar de bando? ¿Qué la impulsaba?

Remus no contestó de inmediato, preso (según Harry) de un debate interno sobre si debía hablar o no. Movi6 la cabeza, arreglando su capucha.

- Escucha... No tengo derecho a entrometerme, ¿entiendes? Tampoco quiero juzgar... Severus tiene sus razones para resguardar su vida privada, y yo estoy de acuerdo. Y si 6l tuvo algo que ver en la decisi6n de Narcissa... bueno, eso es problema de ellos, ¿no crees?

Aunque moría por saber, Harry asintió. Ya se enteraría del resto...

- Est6 bien, entiendo. No tienes que contarme... y disculpa por preguntarte todo esto. Es s6lo que... por un segundo creí que era posible... lo de Draco y Snape. A veces comparten gestos muy parecidos, y el profesor lo privilegia mucho en clases... es casi desagradable...

Muchos murmullos irrumpieron en el vestíbulo. La mayoría de los alumnos saldría en cualquier minuto del comedor. Remus hizo un gesto de prisa, aunque volvi6 a hablar.

- Harry, hay algo que debes entender. La vida ha sido muy dura para el profesor Snape, y si sientes que tiene un trato especial con Draco... bueno, al menos ya sabes por qu6. Y no es el primero que hace algo parecido, pues seguramente (aunque sin proponérmelo, claro) tambi6n te di a ti un trato especial mientras yo fui profesor... - record6, sonriendo a medias - ...Porque, a veces, puede surgir entre dos personas un lazo a6n mas fuerte que el de Padre e Hijo: el de aquel que quiso ser padre, y del que pudo haber sido su hijo...

Pocas veces había escuchado algo tan dulce, y tan cierto. Eso es lo que Sirius tenía con 6l, y desde hace un tiempo, tambi6n Remus...

Compartieron una mirada elocuente por unos segundos, y a Harry le pareció que Remus se sonrojaba... aunque no tuvo mucho tiempo para comprobarlo. Despidiéndose con unas tibias palmadas en el hombro, giró sobre sus pies y desapareció tras las puertas del castillo.

Por segunda vez en su vida, Harry sintió lástima por Snape. Recordó aquel día en el pensadero... la imagen de él cuando niño, encogido en una fría esquina mientras una pareja gritaba y discutía... Debían haber sido sus padres, sin duda. Pasar por eso no justificaba la odiosidad de persona en la que se había convertido, es cierto... pero jamás había pensado en la posibilidad de que alguien, en algún rincón de este mundo, lo hubiera querido tanto. O pensar (peor aún) que Snape pudiera sentir cariño por Draco... sólo por ser el hijo de Narcissa. ¿Quién entiende este mundo de locos?

¿Sabrá Draco la historia de Snape con su madre? Podía dudarlo pero, y de eso estaba seguro, no saldría corriendo a contarlo como un buen chisme. Era algo grave... importante. Se trataba de su familia... y bien sabía él lo que eso significaba. Podía aborrecer su presencia, odiar a Draco por ser como es, pero no sentía ganas de hacer mal uso de la información que acababa de recibir. No era algo con lo que podía jugar.

Entonces sonrió, conmovido. Sus padres se habían ido, pero habían dejado a Sirius y Remus en su reemplazo. Como padres y hermanos al mismo tiempo... los mejores que hubiera podido desear.

Capítulo veinticinco

Cita en la Chimenea

Escogieron una fría madrugada de abril para internar a Peter Pettigrew en los terrenos de Hogwarts. Lo malo es que usualmente los estudiantes no abandonaban los aposentos de la escuela en las vacaciones de Pascua, y así, con el castillo repleto de gente, cualquiera de los profesores hubiera puesto el grito en el cielo antes de introducir a un traidor en sus mazmorras. Claro que, como ahora el clima de relajo permitía a los alumnos desconectarse del mundo, aprovechaban para hacer mini fiestas en las salas comunes hasta muy tarde. Y a esa hora - cinco y media de la mañana, según el reloj de bolsillo de Remus - de seguro nadie estaría husmeando en los pasillos. La mayoría debía estar durmiendo, fatigados, y los que no, aún estarían divirtiéndose con ajedrez mágico o cartas explosivas en medio de sus dormitorios. De alguna u otra forma, el camino se presentaba bastante libre... mientras Peter no diera problemas.

Cornelius Fudge, con su cuello rollizo fuertemente protegido por una bufanda verde petróleo, hizo un gesto seco a uno de sus guardias. Haciendo el mínimo ruido posible, abrió la compuerta del carruaje, desde donde salieron dos guardias más, asiendo a Peter cada uno de un brazo. Él, contrario a lo que pudiera pensarse, no tenía intención en forcejear. De hecho, su pasividad es lo que había mantenido inquieto tanto a Remus como a Libertes todo el camino. Colagusano parecía encantado de viajar hasta Hogwarts, y aquello sólo había hecho que Lupin se agitara en su asiento, incómodo, tratando de adivinar su coartada...

Sospechosamente silencioso, Peter se dejó guiar con docilidad hasta las puertas del castillo. Comunicándose sólo mediante gestos, Libertes

entendió la orden de Remus y entró al vestíbulo casi en puntillas. Miró en todas direcciones; observó la quietud del Gran Salón, la tranquilidad de las estatuas en las esquinas y el húmedo silencio que daba paso a las cocinas (al costado izquierdo), y asimismo, hacia las mazmorras. No había rastros de movimiento.

Apresurándose, se asomó por la puerta de roble y movió la cabeza afirmativamente. Fudge asintió, instando a los guardias a entrar antes que él. Le siguió Remus, y él prefirió ir al final, cerciorándose de que nadie los siguiera.

- ¡Remus... profesor Pittycarp! ¡Ya era hora! Creí que se habían perdido o algo... - exclamó Hagrid, aliviado, asomando su cuerpo semigigante desde tras la estatua de Godric Gryffindor.

- ¡Hagrid, por favor! - exclamó Libertes en el tono más bajo que pudo, poniendo cara de pocos amigos - ¿Quieres despertarlos a todos?

Hagrid tragó saliva y movió el cuello en dirección a la escalera principal, entendiendo el mensaje. Fudge, negando con la cabeza como quien desaprueba la presencia de un monstruo, se hizo paso entre ellos para bajar el camino hacia el sótano por su cuenta.

- ¡Ministro, señor! - dijo Hagrid, esta vez cuidando un poco más su volumen - Creo que yo debería entrar primero, sólo en caso de que...

Fudge, algo distante, pareció recordar por qué estaba ahí.

- Ah, sí... claro. Ve primero... y cuando entres al calabozo, sujétalo bien. No dejaré que esa bestia me toque.

Remus no recordaba haber visto a Hagrid tan enfadado. Cerró los puños al borde de la furia, rechinó los dientes y craneó en su mente la mejor

frase a decir, pero Libertes lo tomó del brazo, tratando de tranquilizarlo. Refunfuñando aún alguna contraria, bajó la mirada para posarse en Remus. Él negó.

- Está bien... - dijo el Guardabosques por fin - vamos.

Mientras Fudge volvió a dar instrucciones a sus guardias, Hagrid le lanzó una mirada de odio, atravesando en dos zancadas el gran espacio entre el vestíbulo y la escalera hacia las mazmorras. Libertes tuvo que correr para alcanzarlo.

- Hagrid, no le des en el gusto...

Él no volteó hasta que la luz de los faroles se hicieron aterradoramente tenues, el pasillo se angostaba y, sin más guía que la varita encendida de Remus, se adentraban en los que parecían ser los pasadizos más oscuros de Hogwarts.

- Siempre me ha mirado con desprecio, ¿sabes? - comenzó decir Hagrid, sigiloso, caminando junto a Remus. Fudge apuraba el paso para no quedar en tinieblas - Y puedo aguantarlo, siempre lo he hecho... Pero con mi hermano... que no se meta con mi hermano...

Como una forma de descargar su rabia, prácticamente azotó la puerta gigante de latón y fierros frente a sí. El eco rebotó en cada piedra enmohecida, acentuando el carácter siniestro del lugar al que nadie se atrevía a ingresar. Era como un salón de clases, pero muy oscuro, húmedo y lúgubre. Hagrid sonrió forzosamente por sobre su hombro; deseaba que Fudge tomara la iniciativa.

- Adelante, Señor Ministro... verá que la celda es impenetrable, ideal para los villanos - dijo, en un tono arisco. Y añadió, molesto - Ah! Y no se preocupe: la bestia no lo tocará.

De la esquina norte de aquella celda maximizada, un enorme cuerpo tambaleante se alzó entre la penumbra, como si estuviera desperezándose. Produjo sonidos inteligibles, entre gruñidos guturales y nasales, al tiempo que Hagrid sonreía. Fudge y sus guardias (arrastrando a Peter con ellos) saltaron hacia atrás, mientras que Remus y Libertes permanecían en el umbral, serenos. Hagrid, algo nervioso, se adelantó varios pasos.

- ¡Grawp, soy yo! - dijo él con voz familiar, elevando los brazos - ¡Hagrid! Hemos llegado, como te lo prometí... No, no camines, quédate donde estás... Eso, eso, quédate quieto...

- Hagrid... ¿Va a decirme de una buena vez quién... o 'qué'... será el guardián de la celda de Pettigrew? - preguntó Fudge con cansancio, obligando a Remus a que iluminara un poco más el interior de la sala, con tal de poder ver más claramente a la criatura. Claro que, por esas cosas de la vida, Remus apuntaba su varita hacia cualquier extremo, menos el indicado...

- ¿Importa en realidad? - comentó Hagrid, tratando de sonar imparcial - Peter permanecerá aquí mientras usted decida qué hacer con él... y puedo asegurarle que no escapará.

Fudge levantó una ceja, reticente.

- No puedo depositar toda mi confianza en un semigigante, como sabrás...

- Entonces tiene *MI* palabra - se apresuró a decir Libertes, antes de que Hagrid intentara despotricar nuevamente contra el ministro. Remus también habría

querido salir en defensa del Guardabosques, pero su condición de Licántropo no le ayudaba demasiado. Intercambió una mirada elocuente con sus amigos, sentó nuevamente hacia atrás su cabello semi engominado, y suspiró - Yo me haré cargo de la responsabilidad. Peter no escapará... confío plenamente en su guardia. ¿Confiará usted en mi, entonces?

Fudge hizo un gesto de antipatía, como si acabara de cerciorarse de que dejó que ellos se salieran con la suya.

- Sí, Libertes... en usted confiaré. Es una lástima que haya dejado nuestras oficinas para venir a... tomar clases. ¿No se ha arrepentido? Puedo regresarlo a su puesto cuando quiera...

Pittycarp carraspeó, denotando la mirada inquisitiva de Remus para luego bajar la cabeza. No le agradaba conversar sobre ese tema con tantos espectadores.

- Estoy muy bien aquí, gracias Sr. Ministro - se limitó a decir, cortante. Se acercó a los guardias con decisión, intentando quizá dar el tema por finalizado - Entren, y déjenlo en una silla que está a pocos metros. No avancen más allá, y salgan cuanto antes.

Los dos hombres, enfundados en impecables uniformes azules con el logotipo del ministerio, se veían bastante corpulentos, pero ante las instrucciones de Libertes cedieron a un escalofrío. Sin querer extender aún más la espera, volvieron a asir fuertemente los brazos de Peter, caminaron con él hasta la sala, y se internaron en la oscuridad.

Fudge se acercó a mirar, aunque la chispa de su varita no servía más que para alumbrar un par de metros. Los cuerpos de sus guardias ya no se

divisaban, y el eco de sus pasos se había cada vez más débil. Un leve gruñido resonó a lo lejos, y tras él, la voz de Hagrid.

- Déjenlo ahí... Muy bien, no se acerquen más. Eso es... ahí. Ahora salgan.

Diez segundos después, los dos matones de Fudge cruzaron la puerta de latón con cuasi gestos de pavor. De hecho, el propio ministro tuvo que salirles al paso para que no corrieran escaleras arriba.

- ¿Quién es? ¿Qué es? - preguntó Fudge, ávido.

Los guardias se miraron, incapaces de contestar, y sin esperar a que el ministro les diera alguna orden, emprendieron el camino de regreso entre la oscuridad. Cornelius Fudge bufó, impaciente.

- ¡Vuelvan acá! - gritó, pero el eco de su voz rebotó, vacío, en las paredes de piedra. Nervioso, volteó hacia Libertes, quien lo miraba entre sorprendido y divertido - Me dio su palabra, Pittycarp - lo señaló, algo desafiante - No me defraude.

Acomodando su bufanda y chequeando la hora en su reloj dorado, dio una última mirada curiosa hacia la celda y siguió acto seguido el camino de sus guardias. Cuando ya apenas podían oírse el golpear de sus botas en el cemento, Remus suspiró.

- Hagrid, ¿estás bien? - preguntó, asomando la cabeza por el umbral de la sala. Se volvió a escuchar un gruñido.

- Sí... - respondió el eco, desde la esquina más alejada. Se oyó el arrastrar de un bulto en el suelo polvoriento, una cosa pesada al caer y una sacudida de manos
- Entonces... Sí me entendiste, ¿verdad Grawpy?.

Un resoplido multiplicado provocó una leve brisa que salió hasta el pasillo.

- T-t-tr-r-ra-a-ai-i-i-d-do-dor-r-r... - balbuceó una voz, aunque más parecía un ronquido ininteligible.

- Sí, sí... es un traidor - respondió Hagrid, cansado. Luego se escuchó unos leves golpes secos. Según Remus, Hagrid intentaba darle a Grawp algunas palmadas fraternales en la espalda - Tú debes cuidar al traidor. Esa es tu misión ahora, ¿sí? Yo me ocuparé del otro asunto... Sé un buen chico, ¿Eh, Grawpy?

Un murmullo grave y tosco daba la sensación de un “sí”. Pocos segundos después, Hagrid apareció bajo la luz de la varita de Remus, cerrando la puerta de latón con un sonido estridente. Sacó una gran llave oxidada del bolsillo de su chaqueta de pieles, la introdujo en la cerradura y dio tres vueltas a la derecha. Libertes lo tomó del brazo.

- No te aflijas, Hagrid... estás haciendo lo correcto.

- Nadie mejor que Grawp para este trabajo - opinó Remus, elevando aún más su varita para lograr ver los tres rostros. Hagrid debió inclinarse un poco para hacerse visible.

- Lo sé... pero no me gusta dejarlo encerrado. Y menos con ese... con ese...

- Hagrid - volvió a decir Libertes, logrando que relajara los puños - No podemos dejar que vigile a Peter desde afuera. Si alguno de los estudiantes lo ve

sería fatal. Además, Grawp pareció entender perfectamente las condiciones de su nueva misión, ¿no es así?

Por primera vez, Hagrid logró atisbar una sonrisa.

- Ha tenido increíbles avances en el idioma... Ya hace frases completas y todo. Estoy muy orgulloso de él...

- Así como nosotros - le aseguró Remus, sonriéndole de vuelta. Los tres hicieron un ademán de avanzar hacia las escaleras.

- ¿Cuál fue la sentencia de Fudge? ¿Qué pasará con Peter?

Remus hizo una mueca elocuente, pero intentó disimular.

- Mientras no vuelva a la calle, podemos hacer cualquier cosa con él. Mantenerlo encerrado de por vida, torturarlo... matarlo... le dará igual. El ministro ya no quiere saber de él.

Las palabras de Lupin dieron paso a un áspero silencio, que no se disipó hasta que regresaron al vestíbulo. Ahí, cada uno separaba rumbos.

- Ha sido un honor caballeros.. - comenzó a decir Libertes, elevando el mentón
- ...pero debo cambiarme cuanto antes. Los estudiantes estarán de vacaciones, pero la docencia no descansa...

Hagrid y Remus sólo hicieron un movimiento de cabeza. Para entonces, ya podía sentirse cierto movimiento en el comedor. Los elfos domésticos seguro estarían en los preparativos del desayuno.

- ¿Irás a buscar a Sirius? ¿Volverá contigo a Grimmauld Place?

Remus asintió.

- Hoy en la noche. No quiere alejarse de Harry, pero es muy peligroso mantenerlo aquí. Exonerado o no, no puedes explicarle a un montón de niños por qué el fugitivo más buscado del mundo mágico vive en tu escuela...

- Cierto, muy cierto - murmuró Hagrid bajo la barba, elevando la mirada hacia las escaleras principales. Luego volteó hacia la salida - Bueno, debo irme. Tengo que alimentar a mis Píares...

Remus lo acompañó hasta los jardines. La temperatura se había elevado un poco y el sol comenzaba a aparecer tras una de las torres de Hogwarts. Podía verse a algunas lechuzas revoloteando en los tejados, peleando quizá por una nueva presa para el desayuno... rutina que, gracias a Dios, ninguno de los estudiantes debía hacer por cuenta propia. A las ocho en punto el comedor ya estaba abarrotado de gente, y, para variar, las galletas de jengibre no aguantaban la demanda. De eso, y de otro tipo de trivialidades, conversaban Ron y Hermione mientras caminaban hacia su árbol predilecto a la orilla del lago, aprovechando los rayos de sol que ya teñían gran parte de los terrenos del castillo.

Harry, por su parte, sólo se limitaba a escucharlos. No se sentía con ánimos para hablar ligerezas. Hoy era el día... cuatro de abril. El día temido, esperado. Hoy tendría que poner cara de circunstancias y acatar la realidad con la mayor dignidad posible. Aún no sabía qué le diría cuando la viera... A veces pensaba que lo mejor era dejar que las cosas fluyeran, pero temía quedarse en blanco y, quizá, perder la última oportunidad en que la vería...

- ...lo importante es que esparzamos la idea lo más posible. No es mucho lo que podemos hacer por los elfos domésticos de la escuela, pero muchos tienen elfos

en sus casas. Si los convencimos de los beneficios que les traería un mejor trato...

- Eso es lo que quiero... sólo eso - respondió Hermione, feliz de ver que por fin alguien la apoyaba en sus ideas 'revolucionarias' - Que los traten dignamente. Supongo que es a lo que más puedo aspirar...

- Estoy seguro de que eso les bastará - intervino Harry sin dirigirle la mirada, un segundo antes de sentarse sobre el césped, apoyando su espalda en el tronco más cercano. Ron dejó a su lado un cerro de pergaminos de Hermione, los cuales él, gentilmente, se había ofrecido a llevar - Quieren respeto, y nadie podrá negar que lo merecen...

- Así es - afirmó Hermione, sonriente - Ron, pásame el ensayo para Madame Pomfrey, ¿quieres?.

Ron admiró un momento el conjunto de papeles, confundido.

- ¿Cuál de todos es?

- Las siete primeras planas, justo debajo de mi libro de Aritmancia...

- ¡¿Siete planas?! - exclamó Ron, adelantándose a la exclamación de Harry por una milésima de segundo - ¿No crees que te estás excediendo?

Hermione lo miró como si estuviera bromeando.

- Claro que no. La tarea fue escribir sobre las pociones curativas necesarias en casos de extrema gravedad, y no puedo hablar de eso si primero no detallo a los grandes Sanadores de la historia y sus aportes al oficio... o, asimismo, no puedo dejar de mencionar una lista sobre los casos que realmente deberían

considerarse graves, y los momentos específicos en que algún hechicero ocupó esas pociones, y para qué... sus usos en...

- Sí, sí, ya entendí - habló Ron entre dientes, en tono cansado - Te prefiero cuando hablas de elfos... - comentó, mientras abría su libro de Historia de la Magia con desgano. No veía la gracia de estudiar en vacaciones, pero lo cierto es que aún le quedaban muchos deberes por terminar y tenían el tiempo justo. Hermione, por su parte, se sonrojó notoriamente, pero Ron no pareció advertirlo - Entonces, como te decía... podemos poner un pequeño folleto en el mural de la Sala común, explicando la situación. Podría ser de gran ayuda...

Harry también habló, aunque aún con la mirada perdida en el lago.

- Además, podríamos pedirle a algunos que lo leyeran especialmente en el momento en que la Sala Común está más abarrotada... así lo hacemos parecer como algo muy interesante - dijo, buscando la aprobación de su amigo. Él asintió.

- Esto *ES* interesante, Harry - recalcó Hermione, impaciente, entre el sonido rasgado de su pluma al trazar su pergamino.

Harry forzó una sonrisa.

- Claro, claro...

Ron seguía en sus reflexiones.

- De hecho, las carnadas pueden ser algunos de la AD. Sería cosa de pedirles y ya. Ninguno se negará si tu se lo pides, Harry. Todos se levantaron, incluso Dumbledore, en apoyo por el tema de Sirius. Si les pides esta pequeñez, algunos hasta se ofrecerán de voluntarios...

Hermione levantó su pluma instantáneamente, dejando caer una gota de tinta en la mitad de un párrafo.

- ¿Qué dijiste?

Ron arrugó la nariz.

- Ehhh... bueno, dije que si Harry le pide a algunos de la AD detenerse a leer tu folleto...

- No, no, eso no. ¿Qué dijiste sobre el profesor Dumbledore? ¿Dices que estaba ahí... en el desayuno, el día que apareció la noticia de Peter?

Harry y Ron asintieron al unísono, tratando de descifrar en el gesto de Hermione qué es lo que era tan sorprendente.

- Hermione, el director de este colegio suele aparecer unos minutos en el comedor para desayunar con nosotros. Después de tantos años creí que ya te habrías dado cuenta...

- Ron, no seas necio - respondió ella, casi indiferente. Ron no tuvo tiempo de sentirse agredido - Me refiero al hecho de que estuviera ahí... ese día en concreto. Es... es muy extraño. No debería ser...

- No entiendo. ¿A qué te refieres?

Hermione bajó la mirada, concentrada en la ligazón de sus ideas. Luego tomó aire.

- Bueno, yo no estuve con ustedes pero... ¿No me contaste, Ron, que la noche en que Remus les comunicó la liberación de Sirius, también sugirió que el director estaba de viaje?

Harry se reincorporó un poco desde su posición, pensando.

- Es cierto, y ese mismo día por la mañana hablamos con Eärendil, y ella buscaba al profesor Dumbledore... pero no estaba en su oficina...

- Exacto - sentenció Hermione, ahora algo más preocupada - El profesor Dumbledore no está en Hogwarts. Salió de viaje hace ya varias semanas... ¿Cómo es posible que haya estado con ustedes, aquel día en el desayuno?

Ron y Harry se miraron, confundidos. Jamás habrían reparado en ese detalle.

- Tal vez tuvo que regresar por algo urgente, y luego volvió a salir...

- Tal vez - repitió Hermione, no muy convencida, absorbida por sus propios pensamientos.

- ¿Tienes otra teoría? - la presionó Harry, curioso. Ella negó.

- No - dijo, volviendo la vista hacia su pergamino, disimulando su interés - No debe ser nada, es probable que Ron tenga razón. Quizá sólo volvió por unas horas y viajó nuevamente. Eso debe ser...

Ron se sorprendió de la rapidez con que Hermione le dio un crédito tan ciego. Pero prefirió no indagar en ello, ni menos contradecirla. Sonrió a medias, buscó la página indicada en su libro de Historia de la Magia y se sumergió en él. Harry, en tanto, de un segundo a otro totalmente ajeno a la conversación, se apoyó nuevamente en el tronco del árbol y cerró los ojos. No le preocupaba lo que el Director hiciera o dejara de hacer. Tenía algo mejor en qué pensar. Porque el día se le haría eterno, estaba seguro. Una eterna espera hasta la hora indicada, el momento preciso...

La lluvia azotaba fuerte contra los ventanales de la madriguera. El clima aquellos días había sido bastante crudo, y las circunstancias lo transformaban en un enemigo más... uno más de los que ya conocían y desconocían.

Molly Weasley echó atrás su abundante pelo rojizo y se asomó en un fatuo intento por ver hacia la carretera. Nada. La noche oscura y la lluvia incesante no la dejaban apreciar más de unos metros. Y eso la hacía temblar. De miedo, de angustia... de desesperación. No había sabido nada de Arthur en horas. El último llamado de la Orden había sido decisivo... y aterrador: alguien había develado el escondite de los Potter. El espía había actuado, mostrando su crueldad cuando menos se lo esperaban. Las fuerzas del Fénix se unirían para ir en busca del traidor... y ella, atada de manos y pies, tuvo que bajar la cabeza y dejar que se alejaran, incluyendo Arthur. Si algo llegara a pasarle...

Molly cerró los ojos y trató de serenarse. Respiró profundo... pero no pudo alejar de su mente el amago a fatalidad. ¿Qué haría ella con siete hijos, todos muy pequeños, sola, sin tener a quien recurrir? Sabía que las reglas de la Orden presumían este sacrificio, el entregarlo todo por el resguardo de la paz... pero sentía náuseas sólo de pensar que Arthur podía no regresar. Nunca.

Giró lentamente sobre sus pies, secó las lágrimas en sus mejillas y se inclinó sobre una pequeña cuna de mimbre, acolchada con almohadones rosáceos. Un bebé de apenas unos meses dormía plácidamente entre las sábanas... ajeno al dolor de su madre y a la angustia de la espera. Molly le acarició la espalda suavemente, lo arropó más y le dio un beso en la frente, embargándola nuevamente las ganas de llorar.

- Descansa, Ginny... tu padre no tardará en volver... estoy segura...

Volteando una vez más hacia la ventana, salió a tientas de la habitación. Pero apenas cerró la puerta tras de sí, agudizó el oído. Creyó haber escuchado unas cuantas pisadas. Incapaz de decidir de qué lugar de la casa provenían, prefirió comenzar a revisar en el lugar de siempre: la buhardilla. Fue hasta el extremo del pasillo, asió su varita e imitó un par de golpes en el techo.

- ¿Bill... Charles... están bien?

El ruido sordo de varios truenos acompañó la pregunta de Molly, por lo que pensó que quizá sus hijos no la habrían escuchado bien. Asió su varita nuevamente, la apuntó hacia el techo y, un segundo antes de golpear, la puerta deslizable se abrió de par en par. Desde ahí, asomado con gesto de miedo, un chico de unos quince años clavó los ojos en su madre. Un segundo niño apenas se denotaba, abrazado a su hermano y escondiendo la cabeza entre su camisa.

Molly aguantó la respiración.

- Bill, ¡¿estás bien?! ¿Les sucedió algo..? - exclamó, con el corazón en la garganta, pero Bill negó. Aún todo lo que podía verse de Charlie era su cabello rojo furioso, apretado contra el hombro de su hermano - ¿Qué sucede? ¡Dime, por Dios!

- Papá... - murmuró Bill, palabra que al parecer le había costado un gran esfuerzo - Papá v-v-viene por el s-sendero... a-a-a... a-arrastra-a-ando a un h-hombr-r-re...

Molly llevó las dos manos ha su boca. Por un lado, no era su esposo quien estaba herido (o muerto), pero por otro lado...

- ¡Bill, escúchame muy bien! - dijo ella, con el cuello adolorido por el esfuerzo de mirar hacia arriba. Bill abrió los ojos, asustado, pero intentando poner atención - Quiero que bajes y despiertes a Percy, Fred y George. Todos se esconderán en la buhardilla, sin hacer el más mínimo ruido... ¿me has entendido? - Bill asintió, tragando saliva. Los ojos de Molly estaban empañados, mirando nerviosamente hacia el primer piso - Toma a tus hermanos y escóndanse... si algo sucede, ya sabes qué hacer...

Bill volvió a asentir. Molly intentó sonreírle, cariñosa, pero entonces lo instó a que se apurara en ir por sus hermanos. Ella, en tanto, regresó sobre sus pasos hacia su habitación, se inclinó sobre la cuna de Ginny y la tomó en sus brazos. Apretándola fuertemente contra su pecho, suspiró de nervios y bajó las escaleras a toda prisa.

Al llegar al vestíbulo, sus músculos se paralizaron de tal manera que demoró varios segundos en reaccionar como habría querido. Abrió parcialmente la boca de asombro, contrajo más a Ginny entre sus brazos y dejó escapar el resto de lágrimas que se agolpaban en sus ojos.

- D-Dios mío... Arthur...

Arthur Weasley alzó la vista. Estaba completamente empapado. Su túnica estaba rasgada en varios extremos, tenía un feo corte en la mejilla y sus ojos estaban rojos e hinchados, como si hubiera llorado toda la tarde. Pero no fue eso lo que impresionó a Molly. Igualmente empapado, pero tendido en el suelo sin muchas señales de vida, otro miembro de la Orden del Fénix, un hombre esbelto de cabello negro, sujetaba en su pecho un bulto mediano. De él podía apreciarse una pequeña cabeza, también de cabello oscuro... al parecer,

una niña... y en el piso, desde la puerta, la lluvia esparcía una nítida huella de sangre, desoladora...

Sin detenerse a sacar más conclusiones, Molly dejó a Ginny en un mullido sillón de la sala, regresó hasta la entrada y se acercó con premura a los recién llegados. Los Weasleys se miraron directamente a los ojos por un momento, emocionados por volver a verse. Y aunque Molly hubiera dado lo que fuera por abrazar a su marido una hora completa, había algo más urgente de qué preocuparse. Con un nudo en la garganta, se inclinó sobre el herido, al igual que Arthur.

- Ohtar... Dios mío... Ohtar, ¿me escuchas?! ¡Ohtar!

El elfo parpadeó un par de veces, seguido de una aguda mueca de dolor. Cuando pudo enfocar la vista y apreciar su alrededor, a Molly le pareció que sonreía, aunque solo duró un segundo.

- Molly... Arthur... la emboscada... yo no...

- Ohtar, por favor... tienes que descansar, yo te curaré, ¿sí? Después nos contarás todo - sollozó, fijándose ahora en el bulto que llevaba. Frunciendo el ceño, lo tomó con cuidado, y Ohtar volvió a sonreír mientras se lo entregaba.

- Elënear...

Molly comprendió en el acto.

- Por qué... ¿Por qué la has traído hasta aquí? - preguntó, temiendo la respuesta. Descubriendo el manto que la cubría, apareció el rostro terso de una hermosa niña de un año, quien dormía - Arthur, ¿por qué Elënear está aquí?!

Arthur movió la cabeza, llevando una mano a su frente.

- Lo encontré mientras venía hacia acá... ya estaba herido. No sabía qué otra cosa hacer más que traerlo a casa. Nos topamos en... en el Valle de Godric... por... por... - De pronto su voz se quebró, sus labios se curvaron en un gesto de profunda tristeza y sus ojos se empañaron, bajando la mirada - Oh, Molly...

No tenía que decirlo. Molly podía intuirlo. Sintió náuseas.

- No, no puede ser... Ellos no... no James y Lily...

Arthur asintió, sin atreverse a mirarla a los ojos. Contuvo como pudo un profundo sollozo, tomando la cabeza de Ohtar para apoyarla en su regazo. Molly, en tanto, abrazó a la pequeña con fuerza, pero saltó un segundo después.

- ¡Harry! ¡¿Qué le sucedió?! ¡¿Dónde está él?!

- Harry está bien... - aclaró Ohtar con un hilo de voz - Él está bien, esto no ha terminado... - Molly sintió un poco de alivio, si es que aquello era posible en tales circunstancias. Una herida profunda a un costado de su cuerpo lo estaba debilitando, apagándolo... - Arthur, Molly... - balbuceó, tomando sus manos. Intentó sonreír - Elënear... es suya ahora. No dejen... ellos jamás... no deben encontrarla...

Ambos pelirrojos se miraron, estupefactos, y no atinaron más que a asentir.

- Nosotros la cuidaremos... como una Weasley más - gimió Molly, abrumada por los hechos. Los Potter habían muerto, y Ohtar, en cualquier minuto, seguiría su camino...

- Como una Weasley más... - repitió él, en un atisbo de esperanza. Extendió su brazo con mucho esfuerzo, lo posó sobre la cabeza de su hija, y cerró los ojos.

De entre sus dedos, un resplandor blanquecino recorrió todo aquello que tocaba, y lo que antes era un brillante cabello negro, ahora aparecía de un rojizo hermoso, asombrosamente similar al color de Molly. Entonces volteó hacia Arthur, elocuente - No c-confío en nadie m-más. Mi diario... el Augurio... todos deben saber...

- ¿El Augurio? - recordó Arthur, sorprendido. Tragó saliva - ¿Quieres que tome tu libro y lea el Augurio? Ohtar, no podemos... tu pueblo te condenará...

- Pero no estaré aquí para observarlo - intervino, con voz cansada. Sus párpados comenzaban a caer, como arrastrados por un peso insoportable - Todos deben saber... No todo se ha perdido, Arthur. No dejen de luchar. La muerte de Lily... no ha sido en vano... - Una lágrima solitaria recorrió su mejilla sucia por alguna batalla anterior. Clavó los ojos en su hija, acariciándola por última vez - Elënear... debe sobrevivir. No dejen que ellos se la lleven. La... estrella... guía...

No pudo seguir. Su voz se había perdido en algún rincón de su garganta.

- Ohtar... no, por favor... mírame... sigue con nosotros... - imploró Molly, ahogándose en su propio llanto - ¿Qué conexión tiene Lily con Elënear? ¿Tiene que ver con el Augurio? ... ¡Ohtar!

Él no respondió. La mano que segundos antes había acariciado a su hija, cayó inerte a un lado de su cuerpo, mientras la otra permaneció apretada contra la de Arthur. No había nada que hacer... se había ido.

Molly buscó los brazos de su marido un minuto después, aún fuertemente asida a Elënear. ¿Qué sucedería ahora? ¿Por qué su sobrevivencia era tan importante?

Pero no tuvieron tiempo de intercambiar palabras... ni siquiera de abrazar a su amigo y darle el último adiós. La puerta de madera golpeó contra la pared luego de ser azotada, dando paso a cinco desconocidos... aunque, tras unos segundos en que Arthur escudriñó cada rostro, ya no le pareció tan ‘desconocidos’...

- Entrégamela - pronunció uno de ellos... una mujer. Tenía el cabello rubio, largo hasta la cintura. Quienes la acompañaban miraron de reojo el cuerpo de Ohtar, pero no demostraron ningún sentimiento al respecto - Entréganos a Elënear.

Molly se levantó sin dejarse intimidar. Entre sus lágrimas logró hacer una mueca de profundo desprecio, contrayendo a la pequeña contra su pecho. Arthur la siguió, adquiriendo la misma postura defensiva.

- Lárguense de aquí... no son bienvenidos - habló Arthur, tenso. Se acercó a Molly lo más que pudo, tapando a Elënear con la manta - Su Aranel no está aquí.

La elfa hizo un gesto híbrido, entre impaciencia e ironía.

- ¿Creen que un simple cambio de cabello puede disuadirnos? Ohtar siempre fue tan predecible... - Levantó su brazo, estiró la palma de su mano y apuntó hacia Molly - ¡Colien lapsë Aranel!

Algo indescriptible rodeó el cuerpo de la niña, algo hecho de fuego y hielo a la vez. Y aunque Molly intentó aguantar el dolor y no ceder, no pudo mantener la fuerza por mucho tiempo. Elënear se elevó unos centímetros, levitando a través de la mirada atónita de Arthur, y viajó por el aire hasta los brazos de la elfa. Ella la observó un momento, y luego sonrió, triunfal.

- Améthles, por favor... - rogó Molly, acercándose - Ohtar dejó a la niña con nosotros... tenía sus razones...

- Me dijo que había un traidor entre ustedes... - intervino Arthur, al borde de la desesperación - ...¡deben encontrarlo! Mientras, nosotros podemos cuidar de Elënear...

- ¡Nunca! - gritó Améthles, iracunda - Ningún Istari tiene poder sobre uno de nosotros... - Pasó a Elënear a un hombre a su derecha, y luego clavó los ojos en el cuerpo de Ohtar, inerte a unos pasos de Molly - Ohtar ya no puede decidir... nosotros lo haremos por él.

Decenas de truenos volvieron a envolver la madriguera, y el relámpago que le siguió, acentuó las siluetas de los Tareldar en el umbral. Arthur cerró los puños, impotente, dispuesto a arriesgarlo todo por recuperar a Elënear... pero Améthles era más rápida... En apenas un pestañeo, ella y su gente ya estaban a metros de la casa, sin que la lluvia tocara sus túnicas... y él corrió, corrió hasta ellos... les gritó que se detuvieran, pero sus piernas no respondían... quería correr, pero sólo daba pasos lentos, espaciados, como si de pronto hubiera perdido todas sus fuerzas... pero siguió intentándolo... tenía que alcanzarlos...

- ¿Arthur? ¡Arthur, despierta!

Arthur abrió los ojos, aterrado. Estaba sentado en su sillón favorito, de frente al ventanal de la sala. ¿Qué hacía ahí? ¡Se habían llevado a Elënear, tenía que alcanzarlos! Pero...

La casa estaba en orden. Ya había anochecido, pero no llovía ni se escuchaban truenos. No había charcos de agua en el piso... ni tampoco el rastro de sangre hasta el cuerpo de Ohtar... cuerpo que ya no existía. Entonces

volteó hacia Molly, quien lo miraba muy preocupada. Su cabello se había recortado, su color se había vuelto algo canoso y su piel ya no era tan tersa como antes... pero tenía los mismos ojos, la misma expresión de cariño y amabilidad.

Suspiró. Sólo había sido un sueño. Aunque un sueño muy real... un recuerdo nefasto que quiso relegar al último punto de su memoria, pero que afloraba cada cierto tiempo, inocuo, para advertirle que el futuro estaba más cerca de lo que podía pensar...

- Arthur, querido... ¿estás bien? Te quedaste dormido.

- Sí, sí... estoy bien, Molly. Sólo tuve una pesadilla - mintió, reincorporándose del sillón. No sentía ganas de revivir con su esposa algo tan doloroso, tan perturbador, ocurrido hace quince años - ¿Qué necesitas? ¿Sucedió algo?

- Remus nos envió un mensaje hace unos minutos... - dijo, para mutar levemente en una sonrisa - Nos esperan en Hogwarts.

Arthur frunció el entrecejo, pero antes de preguntar “por qué”, se respondió a sí mismo. Sonrió ampliamente, haciendo eco del gesto de Molly, y de un salto se dirigió a la escalera. Todo el asco que le había dejado aquel recuerdo como residuo, se volvió en su contra como la más luminosa de las esperanzas.

Hace quince años se la habían arrebatado de los brazos, es cierto, pero estaba seguro de que, algún día, el destino se encargaría de traerla de nuevo a su camino, así como ahora, para enmendar el error...

- ¿Nadie?

- Nadie... - respondió Ginny - El pasillo está desierto.

- Vamos entonces.

- ¿No deberíamos revisar primero cada habitación? - opinó Hermione, bajando el tono de voz - No lo digo por Sirius, si no para estar seguros de que no nos encontraremos con ninguna sorpresa desagradable...

Harry detuvo su paso para mirarla de frente.

- Hermione, son diez para las nueve. ¡No tenemos tiempo!

Hermione prefirió no discutir. Junto a ella, Ron, Ginny y Harry habían llegado al Ala Oeste hace unos minutos, cerciorándose cada cierto tiempo de que nadie los siguiera. Harry apenas había cruzado palabra con ellos, nervioso y ansioso a la vez, pero el resto ya había predicho tal comportamiento, por lo que no lo presionaron a nada.

Sin mucho preámbulo, entraron a la antigua habitación de Stella, aunque siempre atentos a su alrededor. Ron fue quien cerró la puerta, y al verse todos reunidos entraron derechamente en materia. La hora exacta se aproximaba. La chimenea estaba apagada, y en ella sólo quedaban resquicios de una fogata anterior.

- ¡Incendio! - exclamó Hermione, creando llamas fuertes que se alzaron en pocos segundos. Luego metió una mano al bolsillo de su túnica, extendiendo un saco de cuero café - Toma, Harry. Son polvos Flu.

Harry se acercó a ella y tomó el saquito con manos temblorosas. Ginny le sonrió.

- Te deseamos suerte...

Ron le dio una palmada en el hombro.

- Nos veremos dentro de quince minutos, ¿sí?

Los tres Gryffindor giraron sobre sus ejes y caminaron hasta la salida, dejando a Harry con un gesto de confusión.

- ¡Hey, esperen! ¿A dónde van? Creí que también querían despedirse...

Hermione apretó los labios, adelantándose a los otros.

- Verás... hemos decidido que tú hablarás con ella primero. Tienes prioridad sobre nosotros. Y... bueno, supusimos que querrían estar solos - explicó, al tiempo que Harry se sonrojaba levemente - Te daremos quince minutos. Luego regresaremos.

Harry asintió. Les agradeció con la mirada, y luego los observó salir. El silencio que se produjo no le gustó para nada; sólo acrecentaba su nerviosismo, pero se obligó a serenarse. No tenía tiempo que perder.

Inseguro, se acercó a la chimenea hasta que sintió que las llamas golpeaban su rostro. Le ardían las mejillas, pero el calor lo hacía reaccionar... le daba ánimo. Se arrodilló acto seguido, siempre de frente al fuego. Tomó aire, movió el cuello y volvió a suspirar. No sabía cuánto tiempo había pasado, pero algo le decía que ya era hora. Con los dedos temblorosos, quitó la cinta del saco, metió la mano y empuñó una buena cantidad de aquellos polvos. Se acomodó lo mejor que pudo (aunque sabía que tarde o temprano sus rodillas comenzarían a sufrir), cerró los ojos y se concentró.

La imaginó, nítida, sentada entre un montón de gente. Triste, pero bella después de todo... y a su lado, Eärendil, diciéndole algo al oído. Entonces Stella sonreía, miraba en todas direcciones y salía de ahí con premura.

Eärendil la seguía. De pronto ella aparecía en una habitación con columnas y trazos de seda en las paredes, y al centro, una chimenea de grandes dimensiones. La imaginó arrodillarse, abrir los ojos al máximo, expectante, alegre...

Harry sonrió. Tal como si las imágenes en su mente fueran realidad, tensó el puño, lanzó los polvos al fuego y exclamó: “¡Stella Maris!”. Entonces sintió un extraño pero conocido cosquilleo en la nuca, de algo que lo arrastraba hacia el fuego como una aspiradora gigante... Comenzó a dolerle la cabeza, sentía que su cuello se despegaba de sus hombros, que todo daba vueltas a su alrededor, como un remolino, de viento y gritos... Hasta que todo se detuvo. La misma fuerza que empezó a arrastrarlo, ahora lo expulsaba con repudio, lanzándolo lejos...

Jadeante, Harry abrió los ojos para cerciorarse de lo que había ocurrido. Estaba ahí, recostado en la loza contigua a la chimenea, en aquella habitación del ala Oeste de Hogwarts. No se había movido. Nunca lo hizo.

Agitó la cabeza, confundido. ¿Por qué no había funcionado? ¿Qué había hecho mal? Raudo, presionado por los minutos que pasaban sin piedad, estrujó su cerebro en busca de una respuesta. Volvió la vista hacia las llamas, casi como si pidiera una explicación, hasta que lo supo.

- ¡Soy un idiota! - se regañó a si mismo, aunque más alegre que nada, por haber encontrado la solución - Me estoy contactando con Elfos, no puedo decir “Stella”...

Con el pulso agitado, volvió a introducir su mano en el saco de cuero y empuñó una nueva dosis de polvos flu. Se arrodilló tal como la primera vez, se acercó a las llamas lo más que pudo, y gritó “¡Elënear!”. Mientras el efecto del hechizo comenzaba a tomar efecto, pensó en que quizá volvería a

fallar, pues no sabía su apellido o su segundo nombre, para hacer del contacto algo más efectivo. Pero ya lo había hecho... ahora tendría que esperar.

Sintió lo mismo de antes. Los giros repentinos, el remolino en su cabello, la fuerza que parecía estirar su cabeza hasta desprenderla del resto de su cuerpo... hasta que se detuvo. Nervioso, temiendo fallar, abrió los ojos a medias. Pero no demoró más que eso. Tenía a sus costados las llamas de la chimenea, pero no lo quemaban. Había llegado a destino.

Sin pensar comenzó a rodear el lugar con la mirada. Era un salón mediano, con varios sillones de terciopelo en las esquinas y retazos de tela colgando del techo. En una mesa cercana habían vestigios de copas de vino y otros comestibles... pero de presencias humanas, nada. Comenzó a creer que se había adelantado a la cita, que ella no tardaría en llegar... pero los segundos pasaban y no había señales de ella. Entonces lo abordó la preocupación... la angustia. Repasó en su mente todos los detalles: el día correcto, la hora correcta, el lugar correcto... decir el nombre correcto. Todo estaba en su sitio. ¿Qué estaba sucediendo?.

Un minuto después las ideas nefastas no tardaron en agolpar su mente. Quizá Eärendil los había engañado... Jamás le dijo a Stella sobre la cita en la chimenea, y les hizo creer que la verían sólo para que dejaran de molestar. Harry aceleró su respiración, molesto. Sí, eso debía ser... Eärendil les había mentido... pero luego, al observar nuevamente el lugar, reparó en aquella mesa del costado. El vino, la comida... restos de celebración. Entonces su estómago se contrajo. La idea de que Eärendil los engañara era lo más fácil de pensar... y lo menos doloroso pues, según las nuevas conclusiones de Harry, su cita fallida se debía más bien a otra causal: la ceremonia ya se había efectuado.

Sintió un nudo amargo en la garganta. Dios, eso es. Habían adelantado la ceremonia. Imaginó a Stella horas antes, en la misma posición que él, rogando por que alguno de ellos apareciera y la encontrara

fortuitamente entre las llamas... así como él lo esperaba ahora. Y así, la imaginó alejándose, triste, distanciándose para siempre...

No quiso torturarse más. Echó su espalda hacia atrás como si de pronto hubiera perdido todas sus fuerzas, y de golpe, lanzado contra un sillón cercano, Harry volvió a Hogwarts.

La cabeza le daba vueltas. Su estómago aún estaba encogido, sentía la boca seca y sus nudillos se habían tornado blancos por la presión de sus puños. Todo había terminado. No volvería a verla. La suerte no quiso que pudiera despedirse... y en el fondo, por más cruel que sonara, quizá era lo mejor. No tendrían que atormentarse con la imagen del otro el resto de sus vidas. Se había ido para siempre, y tenía que dejarlo así. Tenía que aceptarlo.

Se tomó la cabeza con las manos. Como tantas veces ya le había sucedido, había invertido sus energías para nada. No había servido de nada...

Un crujido lento le avisó alguien intentaba abrir la puerta, pero él ni siquiera volteó. No quería enfrentar a sus amigos... decirles que todo había fallado, que todo había terminado...

- La perdí, Ron... - balbuceó Harry con la mirada baja, quebrando la voz - La perdí para siempre...

- Oh, no, claro que no...

Su pecho se encogió con nerviosismo. Esa voz...

Volteó instantáneamente. Una figura esbelta, enfundada en una túnica negra de viaje, se acercó unos pasos hacia él, y al detenerse retiró la capucha hacia atrás. Los retazos de cabello rojizo cayeron dóciles sobre sus hombros, y en sus ojos celestes pudo apreciar la conmoción... el nerviosismo y la alegría. Estaba sonriendo.

Harry se levantó poco a poco, como si creyera que aquello frente a sus ojos únicamente pertenecía a sus divagaciones. Pero era demasiado real... demasiado presente. Podía sentir su calor aún cuando los separaban varios metros...

Tardío, pero sincero, él también sonrió. Su mente estaba en blanco... incapaz de pensar sobre qué hacer o decir. Podría permanecer así por siempre, mirándola...

- Estás aquí... - balbuceó, inmóvil, sin detenerse a pensar qué tan estúpido había sonado su comentario.

- Acabo de llegar - respondió Stella, tímida, desviando su mirada un momento. Harry se sintió algo incómodo; no se atrevía hacerlo, pero algún momento tendría que preguntar...

- ¿Ya... ya pasó la ceremonia?

A Harry le pareció que jamás había visto una sonrisa tan bella en su vida.

- ¿Te parece que luzco como una novia?

Harry no contestó, no era necesario. Se miraron fijamente durante otro minuto, que se hizo eterno, hasta que ella evitó sus ojos.

- ¿Puedo preguntar por qué... por qué regresaste?

Enserió en algo su rostro, pero no perdió el tono de ternura y emoción.

- Por lo que tú eres... y por lo que yo soy - dijo, solemne, suspirando profundamente. Harry no tuvo tiempo de pedir explicaciones - El profesor

Dumbledore nos espera en el Gran Salón, están todos reunidos. Yo... yo iré en un momento. Quiero cambiarme.

Bien. Aquello era una sutil invitación para que abandonara el cuarto, pero Harry lo entendió perfectamente. Asintiendo, desvió su mirada y caminó hasta la puerta rápidamente, tratando de no pensar que ella estaría sólo a unos centímetros. Al pasar junto a su hombro, ambos sintieron un escalofrío. Nervioso, Harry se apresuró a tomar la manilla de la puerta.

- Me... alegra que e-estés aquí - pronunció, tartamudo, mirándola de reojo mientras cruzaba el umbral. Ella volvió a sonreír, aunque él no pudiera verla.

- A mí también - respondió Stella, justo antes de verlo desaparecer tras la puerta.

Harry se mantuvo unos segundos así, agarrado a la manilla de la puerta cerrada desde el pasillo. Era como si aquello le confirmara que no era un espejismo... que ella estaba ahí. Que había hablado con él... que no se había casado. Entonces él sonrió, cerrando los ojos, apoyando su frente en la madera... mientras, exactamente al mismo tiempo, siguiendo sus movimientos con perfecta sincronización, Stella apoyaba su frente por el otro lado de la puerta, sonriendo...

Capítulo veintiséis

La Estrella Guía

Sin saber si debía tocar o no a la puerta, Harry empujó las hojas de roble con sigilo. No le gustaba para nada el tono de la conversación que, al menos desde hace unos minutos, escuchaba atentamente tras la madera. Dos voces fuertes y graves discutían algo, al parecer, muy importante, y ya sin poder aguantar la curiosidad, entró, preguntándose qué encontraría...

Al centro de la habitación, casi como dos huracanes en enfrentamiento, Dumbledore hablaba cara a cara con otro anciano, muy parecido a él, separados sólo por sus respectivos sitios en una gran mesa ovalada... y aunque Harry demoró unos segundos, creyó reconocerlo: era el jefe de los Altos Elfos. Llevaba la barba blanca y extensa, igual que el Director, y salvo el asombroso brillo que desprendía en sus movimientos, podría decirse que eran prácticamente iguales. Además, y reunidos en torno a ellos, el resto de las sillas estaban ocupadas por rostros muy familiares...

- Harry... Entra por favor.

Si bien Sirius intentó hablar bajo para no interrumpir la discusión, pronto todas las personas presentes voltearon hacia Harry. Y no eran pocas; divididos como si fueran los espectadores de un importante partido de Quidditch, la mayoría de los integrantes de la Orden del Fénix se acomodaban en los lugares anexos a Dumbledore, mientras, justo al otro lado de la mesa, la comitiva de los Elfos destacaba, si no por su número, al menos por su magnificencia. Harry pensó que, si llegara a ocurrir una pelea, la batalla sería por lo menos tres contra uno a favor de la Orden... pero, pensándolo bien, un solo hechizo lanzado por un elfo podría con cinco magos a la vez...

- ¿Qué haces aquí? - le preguntó Harry a su padrino, algo sonrojado por encontrarse con tantas miradas, mientras cerraba la puerta. Sirius alzó una ceja.

- Remus quiso enviarme a Grinmauld Place, pero no iba a perderme esto... - explicó, entusiasmado como un niño. Cuando Harry se hubo acercado lo suficiente, sonrió - ¿Ya... ya la viste?

Harry no tuvo tiempo de responder con más elocuencia, pues entendió en una milésima de segundo que su gesto, quizá, no sería muy bien recibido entre los Elfos. Entonces, haciendo un ademán de saludo, avanzó hasta Dumbledore, quien lo instaba a sentarse junto a él. El otro viejo pareció tomar impulso.

- ¡Tú! - lo apuntó Ingolmo, alterado, trasluciendo ira en sus ojos - ¡No dejaré que mi raza muera por tu culpa!

Harry dio un paso hacia atrás, sorprendido por la prepotencia. Varios de la Orden se sobresaltaron, abandonando sus sillas y sacando sus varitas, al tiempo que otro par de elfos también adquirieron, en cuestión de segundos, una súbita posición de ataque. Ágil, Dumbledore levantó los brazos, frunciendo el entrecejo.

- Ya basta. Intentemos civilizar esta conversación... ¡Harry ni siquiera sabe por qué es culpable!

- ¿Culpable? - repitió él, confuso. Un par de elfos le dirigieron miradas reprobatorias - ¿De qué?

Dumbledore volteó hacia él, reticente.

- De haber nacido... si lo miramos de un modo - respondió el Director, consciente de lo que eso provocaría en Harry - Por favor... siéntate. Te explicaré todo lo que necesitas saber, así como se lo expliqué a Stella en el camino hacia acá.

- ¡Su nombre es *Elënear*! - exclamó Améthles desde un extremo, sobresaliendo entre su grupo. Molly saltó de su asiento, contrayendo los músculos del rostro.

- Stella, Elënear... Significan lo mismo, ¿no? Podemos llamarla de las dos formas. Aunque creo que es ella quien debe decir cómo lo prefiere.

- Prefiero “Stella”, Molly. Gracias por preguntar.

Todos los rostros confluyeron en la entrada. Stella acababa de abrir la puerta. Llevaba un sencillo vestido azul con extensiones grises en las mangas y pequeños brillos en su escote recto, lo que no la hacía ver elegante, pero sí solemne para la ocasión. La mayoría de los presentes se inclinaron instantáneamente, y a pesar de que ella los saludó con el mismo respeto, no demoró en avanzar hasta un cierto grupo.

- Oh, no, por favor... - les rogó ella, impidiendo que hicieran la tradicional reverencia. Arthur y Molly se reincorporaron, sonriéndole con cariño. Ella les devolvió la sonrisa, y luego tocó el hombro de quien estaba a su lado - Tú eres Sirius Black, ¿no es así? - Sirius asintió, confundido - Es un placer volver a verte.

Sirius arrugó la frente en señal de concentración.

- ¿Ya nos conocíamos?

- La conociste de bebé... - le susurró Remus a un metro de distancia, casi divertido. Sirius maquinó una mueca de no recordar - Está bien, te lo explicaré más tarde - dijo, pero Dumbledore carraspeó, intentando tomar la palabra.

- Lo primero es lo primero, Remus. Me parece que a quien debemos más explicaciones es a Harry...

- ¡Nos las debes a nosotros! - intervino Ingolmo, exasperado, sin perder su postura defensiva. Quienes estaban junto a él asintieron con vehemencia - Entraste en nuestros terrenos sin autorización, nos obligaste a suspender una ceremonia ancestral sin motivos concretos... *¡Quelie anna linyenwa!* ¡Exijo una respuesta!

El murmullo de excitación entre la comitiva Tareldar comenzó a subir, al tiempo que Harry entendía que no era necesario dominar su idioma como para captar la elocuencia de sus tonos. Y - se fijó unos segundos después - aunque antes las miradas inquisidoras eran sólo para él, ahora las repartían también hacia Stella, quien no hizo más que tratar de ignorarlos, sentándose en un lugar casi al centro entre los dos bandos. Desde ahí podía apreciar a todos los presentes con mayor precisión... si bien los más inquietos eran los Altos Elfos. Los miembros de la Orden, en cambio, observaban la situación con más prudencia, algo intimidados, quizás, por la aguda actitud de Ingolmo, que bien reflejaba la molestia de todo el grupo.

- Calma, por favor... Así jamás lograremos entendernos - habló Kingsley, levantando las manos. Ingolmo le dirigió un gesto de desprecio, para luego voltear hacia su gente.

- Oman colindo khil er... - les dijo, logrando así apaciguar un poco los ánimos. Cuando ya estaban casi en completo silencio, Dumbledore volvió a hablar.

- Les explicaré por qué interrumpí la ceremonia. Es mi deber hacerlo, y no duden que lo haré con detalle. Pero, antes que nada, me parece que el principal involucrado debe enterarse de todo... ¿No están de acuerdo?

Ingolmo no respondió, aunque en su rostro podía dilucidarse que no estaba muy satisfecho con la resolución del Director. Sin embargo, éste dio señas de llevarlo a cabo aún cuando todos se opusieran, pero en cuanto quiso abrir la boca, las puertas de roble volvieron a evidenciar su crujido. Alguien entraba al salón.

- Siento la demora... - habló Minerva McGonagall, caminando a paso raudo hasta situarse a la izquierda de Dumbledore. Intercambiando una mirada significativa, dejó en las manos del Director un rústico libro de portada tallada.

- ¡*Ai Ainur!* - exclamó Ingolmo, abriendo sus ojos al máximo. La mayoría de los Elfos se sobresaltó, volviendo a intercambiar comentarios, entre sorprendidos y asustados. Améthles llevó una mano a su boca, mientras, por el otro costado, Stella se revolvía en su silla, emocionada - ¡*Parma Wilwarin!*

- Sí... - dijo Dumbledore, sereno, pretendiendo que no le asombraba la reacción de los Tareldar. Levantó el libro para que todos lo vieran - Veo que lo han reconocido...

- Pero... pero... - comenzó a decir Ingolmo, visiblemente impresionado, extendiendo su brazo hacia Dumbledore como si quisiera alcanzar el libro aún con tantos metros de distancia - *Parma Wilwarin* desapareció de nuestras arcas hace 15 años...

- No tiene que decirlo... lo sabemos muy bien - intervino Arthur, evidenciando una profunda molestia acumulada. Remus lo tomó del brazo, obligándolo a tranquilizarse, mientras su mirada se posaba, desafiante, en el rostro estupefacto de Améthles.

- ¿Dónde lo encontraron? - preguntó ella, nerviosa - ¡Eso nos pertenece!

- Y-Yo... - comenzó a decir Harry, sin estar demasiado seguro sobre incluirse en la conversación - ...yo lo encontré, meses atrás, en una tienda del Callejón Diagon.

- ¿Tú? - lo apuntó Améthles, incrédula. Luego gruñó - ¿En una tienda Istari? ¡Por supuesto! ¡Todo esto se trata de una conspiración! ¿E intentan hacernos creer que no sabías nada sobre el *Augurio*?

- ¿Sobre qué...? No, yo no...

Stella se levantó rápidamente de su silla, dirigiendo una mirada agria hacia Améthles. Luego volteó hacia Harry.

- *Parma Wilwarin* es el diario de mi padre... Ohtar. Es el registro del paso de mi dinastía en el liderazgo de la raza Tareldar. Y si a alguien le pertenece... - dijo, volteando nuevamente hacia Améthles, con ira - ...es a mí.

Dumbledore se mostró de acuerdo, moviendo la cabeza.

- ...y estará en tus manos cuando todo esto termine, pero lo necesito por el momento, para aclarar las cosas.

- Sí, entiendo - respondió ella - pero, antes que nada, necesito saber... ¿Cómo pudo abrirlo? Lo tuve por un par de semanas e hice lo imposible...

Dumbledore asintió, como si leyera su pensamiento.

- Ohtar, adelantándose a las consecuencias de su muerte, lo selló con un hechizo que sólo yo conocía...

- Y yo - agregó Arthur, abriéndole paso a su voz entre Molly y Emmeline. Sus ojos brillaban.

Stella arrugó la frente, sin saber si sonreír o dudar, pero antes de que pudiera preguntarle cualquier cosa, Dumbledore prosiguió.

- Te aseguro que tendrás las respuestas que quieres, pero, insisto, primero que nada...

- ...Harry debe saber - concluyó ella, suspirando, encontrándose con los ojos de Harry por un momento fugaz.

Él odiaba estar en esa situación. “Todos lo sabemos todo, menos tú”. Nació y creció sumido en ese pozo de incertidumbre, y ni aún luego de seis años en el mundo mágico podía alejar aquel estigma. Ni siquiera después de todos los obstáculos que había sorteado, y de todos los peligros que había corrido... Siempre habría algo escondido, guardado para él, por cualquier circunstancia...

Quitó un mechón de cabello negro de su frente y enserió su rostro, tanto que hasta Sirius y Remus se sorprendieron. Negándose a sentarse, permaneció de pie a un lado de Dumbledore, frente a la comisión Tareldar. Estaba decidido a alejar como fuera su imagen de niño mimado, al que hay que ocultarle todo para no herirlo...

- Pueden comenzar diciéndome de qué soy culpable - habló él, evadiendo un segundo la mirada de Stella, escondiendo su furia tras unas palabras graves y confiadas. McGonagall pestañeó: Harry nunca le había parecido tan adulto como ahora.

Ingolmo dio señas de querer hablar pero, instantáneamente, Dumbledore levantó su brazo, obligándolo a mantenerse al margen... por el momento.

- Harry - comenzó a decir el Director, volteando suavemente hacia él - Nadie puede culparte de nada, tú no elegiste la responsabilidad que te tocó llevar... la de ser, cuando llegue el día, Víctima o Héroe...

Harry abrió los ojos con sorpresa. No estaba seguro de haber escuchado bien. Aquella nefasta sentencia, contenida en una profecía de cristal, era de conocimiento limitado, hasta donde él tenía entendido. Sólo el profesor Dumbledore y él sabían sobre aquellas líneas. ¿Por qué entonces los miembros de la Orden asentían con tanta vehemencia?

- ¿Ya lo saben? - preguntó Harry, entre la indignación y el desconsuelo - ¿Todos ustedes saben... sobre la profecía?

Se miraron entre ellos, incómodos, buscando a quien diría la primera palabra. Pero ya que nadie parecía tener el valor, Sirius se adelantó unos pasos.

- Nunca fue una sorpresa para nosotros, Harry. Sabiendo o no el contenido de la profecía, de todas maneras intuíamos que serías tú, y no alguno de nosotros, quien debería batirse con Voldemort en la pelea final...

- Tu seguridad e integridad siempre han sido primordiales en los temas de la Orden - continuó Remus, situándose junto a Sirius - Desde que naciste has sido nuestra responsabilidad... y lo seguirás siendo mientras la Orden siga viva...

- Además, sólo lo sabemos nosotros - agregó Tonks, en su usual tono despreocupado - Sólo la Orden... y, bueno, también los Tareldar... - los apuntó, cambiando en algo su gesto de amabilidad - Lo importante es, Harry, que si decides que alguien más debe saberlo, está en ti. Es tu opción. Nosotros respetaremos tu secreto con nuestra lealtad. Es uno de los principales estatutos de la Orden del Fénix.

Tras Tonks, Dedalus, Kingsley, Elphias y Moody volvían a asentir, casi ceremoniales. A Harry le pareció que hablaban lo suficientemente en serio.

- Está bien, eso puedo entenderlo, y les agradezco la preocupación. Pero... - giró lentamente, encontrándose con la mirada de Ingolmo - ¿Por qué deben saberlo ellos? ¿Qué tienen que ver conmigo?

- Eso es lo que he intentado explicarte, Harry - habló Dumbledore, pidiéndole por enésima vez que se sentara. Él, cansado de tantos rodeos, prefirió hacer caso y tomó un lugar junto a Kingsley. Todos guardaron un profundo silencio - ...qué es lo que tiene que ver Ohtar en todo esto. Pues bien, es una historia larga...

A Harry le sonó como una excusa.

- Tengo tiempo - respondió, seco.

Dumbledore asintió, apenas agitando su barba. Ingolmo y su gente se mantenían atentos a los movimientos del Director.

- Ohtar, como ya sabes, fue el padre de Stella, y estuvo a la cabeza de los Tareldar por muchos años... destacándose, sobre todo, en los tiempos de terror de Voldemort. Así como también debes saber, Voldemort temía al poder de los Elfos, por lo que decidió eliminar las distintas razas una por una. Y, hasta cierto punto, lo logró, claro que jamás habría esperado que uno de ellos se uniera a nosotros, para combatir mano a mano...

- Era un hombre extraordinario, de mucho valor y sentido común - continuó Arthur, denotando gran emoción en su voz. Améthles lo miró con desprecio - ...y aunque sus leyes le impedían acercarse a nosotros, hizo una excepción dada las circunstancias, peleando codo a codo al lado de Aurores, Brujas y Hechiceros...

- Siempre manteniendo una leve pero necesaria distancia - acotó Dumbledore, serio, tratando de evitar las miradas displicentes de la comisión Tareldar - ...porque era el jefe y debía dar el ejemplo. Pero aún así instó a su pueblo a luchar contra la tiranía de Voldemort, y aunque muchos se opusieron, la mayoría terminó peleando por un fin común... pero cada uno por su lado...

- Claro que... - comenzó a decir Moody, abriendo la boca por primera vez - ...un día, mientras nos preparábamos para el próximo encuentro, Ohtar fue a visitarnos... con intenciones... bueno, con intenciones más específicas...

- ¡Con la intención de traicionarnos! - exclamó Améthles, interrumpiendo a Ojo Loco. Quizá hubiera seguido hablando, si no fuera porque Ingolmo la obligó a callar. No era el momento para ese tipo de exabruptos.

Moody apenas se inmutó, pero su ojo giratorio volteó hacia ella y parpadeó frenéticamente, furioso, como si quisiera quemarla con visión láser.

Un par de sillas a la derecha, Arthur agudizaba su gesto de molestia. Y, por otro lado, Harry se sentía cada vez más incómodo, preso como una trucha en una lata de aluminio.

- Vino a prevenirnos, a decirnos que nuestra misión abarcaba más que simplemente defender nuestro mundo de la fuerza oscura... y que quería ayudar.

Dumbledore juntó sus manos bajo las mangas de su túnica, tomando aire.

- Quería, en pocas palabras, unirse a la Orden del Fénix.

Harry abrió la boca parcialmente. Ahora podía entender, en parte, por qué los Elfos le tenían tanto rencor.

- ¿Un Elfo entre ustedes? - dijo, todavía sin creerlo totalmente - Pero... ¿No va contra sus leyes? ¿No es considerado... casi... desacato?

El rostro de Améthles podía responder muy bien a esa pregunta, pero fue Arthur quien habló.

- Sí, así era, pero su motivación era lo suficientemente fuerte como para traspasar cualquier ley. Era necesario, y él lo sabía...

- Ohtar se unió a nosotros - continuó Dumbledore, serio y pausado - ...en el momento en que tuvo un *Augurio*. Pero no uno cualquiera: éste involucraba a Lily, el día en que naciste.

Durante un extenso segundo, Harry obvió todos los sonidos que había a su alrededor. Nadie de la Orden emitió comentario, mirándose, expectantes. Por su lado, los Tareldar volvieron a agitarse, buscando en su líder

una repuesta a la osadía que acababan de escuchar. No, era imposible... Pero para el chico Gryffindor, aquella frase había despertado cientos de preguntas en su cabeza, aunque todas confluyeron en una.

- ¿Qué es un *Augurio*?

Aun cuando al parecer Dumbledore quería contestar, pronto su mirada se posó en Ingolmo, quien había adquirido un extraño gesto desde que se había mencionado alguna conexión entre Ohtar y una Istari. Sabían del Augurio, Dumbledore acababa de decírselos hace pocos minutos atrás, pero no había mencionado nada sobre un humano. Lo primero que quiso fue pedir explicaciones, pero, contrariando lo que el Director hubiera esperado, lo pensó un momento más. Tragó saliva, intentó aquietar el ánimo de sus acompañantes y se dirigió a Harry, sin estar absolutamente convencido.

- Los Elfos estamos separados en varias razas distintas, y esas razas, a su vez, se subdividen en Dinastías. Nosotros, los Tareldar, tenemos tres dinastías predominantes, pero ha sido Wilwarin la que nos ha gobernado desde hace cientos de años... Así mismo, cada raza fue bendecida con un suprapoder diferente. El concepto surge pues la madre naturaleza tiende al equilibrio, a la Isostasia, y mientras los Poderes Generadores fueran repartidos con equidad, el mundo mantendría la armonía, y no se rendirá ante el caos...

- Los Tareldar fuimos bendecidos con el poder del Augurio - continuó Améthles, elevando el mentón para señalar el orgullo que eso significaba para ellos. El resto de la comisión asintió levemente - Una derivación de aquello es lo que ustedes llaman "Adivinación". Claro que, en su sentido prístino, lo que los Istaris hacen no puede ni acercarse al verdadero poder...

Harry hizo un esfuerzo por atar todos los cabos.

- Entonces... ¿Tener un *Augurio* es ver el futuro? ¿Es como... una profecía?

El murmullo displicente entre los Tareldar contestó a su pregunta.

- ¡Por supuesto que no! ¡Nadie puede ver el futuro! Limitados Istaris... - gruñó Améthles, con aire ofendido.

Sirius lo tomó como algo personal, pero Remus negó con la cabeza, impidiendo que hiciera algún comentario. Molesto, el último de los Black se movió incómodo en su asiento, mientras Harry intentaba hacer caso omiso a su rubor.

Ingolmo, por su lado, movió la cabeza, retomando lo que estaba por decir.

- El *Augurio* consiste en una visión de los caminos a seguir, de las señales de la vida. Nos da un panorama de lo que vendrá, pero jamás evidencia los hechos exactos que nos deparan. Sólo nos da una pista, un consejo... Pero, y lo más importante, quien llega a tener un Augurio no puede ni debe decirlo. Es la ley. Los Tareldar no tenemos el poder para cambiar el futuro, pero sí para encauzarlo. Quienes son bendecidos con Augurios se convierten en consejeros de las Dinastías, pero jamás revelan sus contenidos...

Alguien tocó el hombro de Ingolmo, pidiendo permiso para hablar. Él asintió, abriéndole paso.

- ...pero, no lo entiendo. Los Augurios sólo nos dan señales sobre nosotros, sobre los Elfos. Si lo tiene un Tareldar, tendrá que ver únicamente con los de su raza, y así sucesivamente. Entonces, ¿Por qué un Istari aparecería en una visión de Ohtar?

Albus Dumbledore y Arthur Weasley intercambiaron una mirada decisiva. Lo decía todo, y la vez, no semejaba nada. Harry levantó una

ceja, aturdido por la información, y deseoso, al igual que aquel elfo, por saber qué conexión tenía su madre con los Tareldar.

- Ohtar nos ofreció su entrada a la Orden en un momento crucial de la batalla... no íbamos a decirle que no a una de las criaturas más poderosas del planeta - se defendió Arthur, algo nervioso.

- Además, él siempre fue claro en su motivo. Venía a proteger a Lily, y aunque no podía decirnos porqué, jamás lo discutimos. Sólo acatamos, como lo hacen aquellos que reconocen a un superior, si bien Ohtar peleó como uno más, sin distinciones...

- Quiso protegerla, pero... ¿No dices que está muerta? Entonces, Ohtar falló - inquirió Ingolmo, haciendo una mueca de resentimiento.

Dumbledore elevó el mentón.

- Eso creímos todos... hasta ahora.

Molly y Minerva McGonagall dieron un gran suspiro de triunfo, sonriendo. Remus y Sirius, en cambio, al parecer compartían la confusión de Harry. Evadiendo por un momento sus miradas inquisitivas, Arthur volvió a hablar.

- Ohtar... él... él murió en mis brazos, en el piso de mi vestíbulo - recordó, quebrando su voz por un segundo casi indescriptible. Sus palabras iban directo a Harry, quien lo observaba ávidamente - Murió la misma noche que tus padres... y, antes de cerrar sus ojos para siempre, me advirtió que no todo estaba perdido... que siguiéramos luchando, que la muerte de Lily no había sido en vano... y que... que... - Sus ojos, pálidos por la pena y el cansancio, se posaron fugazmente en Stella. Ella suspiró, nerviosa, y él giró la mirada para

volver a hablar - Quería que leyéramos el Augurio. Lo había escrito en su libro... en Parma Wilwarin, como ellos lo llaman. Sabía que su pueblo no se lo perdonaría, que era una falta gravísima, pero al parecer en ello estaba la respuesta a lo que buscábamos... lo que nos aseguraría que la lucha todavía era posible.

- ¿Y la leyeron? - preguntó rápidamente Harry, apabullado por la historia. Nuevamente Director y patriarca Weasley intercambiaron una mirada elocuente.

- Eso quisimos - respondió Arthur también con premura, dirigiéndose a Améthles con molestia - ...pero ellos jamás quisieron entregárnoslo.

- ¡Desapareció de nuestras arcas, ya se los dije! - exclamó Ingolmo, indignado por aquel trato de “mentiroso” - ¡Decimos la verdad!

Améthles bajó la mirada, aislándose del enfrentamiento. Mientras, Dumbledore elevaba los brazos.

- Calma, clama... las rencillas ya no son necesarias. El libro está aquí. Harry lo encontró, llegó a mis manos en el mejor momento, y el Augurio ya es de conocimiento de la Orden - aclaró, seco, quizá más duro de lo que hubiera querido. El salón se llenó de silencio - ...confirmando lo que suponíamos. Jamás fallamos.

- ¿Por qué? No lo entiendo... - habló Harry, tímido, casi avergonzado por preguntar.

- Yo tampoco - intervino Améthles, pedante, de nuevo atenta al diálogo - Sólo he escuchado ideas vagas, Dumbledore... Llevamos perdido tiempo valioso en

este castillo, ¡y aún no has tenido la dignidad de decirnos por qué interrumpiste la ceremonia!

- Es justamente lo que iba a decir a continuación - respondió el Director, más calmado, sacando a flote su típica postura pacífica en los enfrentamientos.

- Más vale que sea convincente...

Dumbledore hizo como si no la hubiera escuchado, y, para colmo de males, en lugar de dirigir su mirada hacia los Tareldar, la fijó directamente en Harry. Continuó el silencio.

- Durante todo el tiempo en que Ohtar estuvo entre nosotros, jamás nos revelo el contenido del Augurio. Sólo sabíamos que debíamos proteger a tu madre... que no podíamos dejarla morir. Imagina el desconsuelo cuando supimos del ataque en el Valle de Godric... - relató, tomando aire desde la última frase. Recordar aquello ensombreció en algo los rostros de Remus y Sirius, sobre todo el de Molly. El Director prosiguió - Pero hoy ya lo sabemos. Sabemos por qué era tan importante... - Sonrió a medias, depositó el libro donde todos pudieran verlo, y en un suave movimiento, puso la palma de su mano sobre la tapa. Un extraño fulgor surgió de ella, y, ante la mirada atónita de Stella, el sello se desencajaba, para dar paso a un baile de gruesas hojas amarillentas, escritas en trazos largos y estilizados. Con su dedo angular, señaló una, y ésta se quedó quieta, como si esperara ser leída. Así, ante la expectación de todos, se inclinó levemente y leyó: - “La Estrella Guía, mientras brille, conducirá al niño del séptimo mes, al triunfo definitivo... Será, del elegido, su guardián y su escudo...”

- ¿”Estrella Guía”? - preguntó Harry, tratando de entender, si bien la frase “niño del séptimo mes” había sido bastante aclaratoria. Pensó de inmediato en

la profecía de Trelawney, y todo comenzaba a tener sentido. Quizá Ohtar ya sabía de esa profecía, antes de tener aquel Augurio...

- Se refería a Lily... - intervino Arthur, bajándolo a tierra - ...o, al menos, únicamente a ella. Eso creyó Ohtar en un principio, pues la descripción que detalla no deja dudas. Cabello de fuego, ojos profundos... Suponemos que siempre pensó que era ella, hasta que la vio morir...

- ...pues ahí comprendió, suponemos... - continuó Dumbledore - ...que aquella “estrella”, como no podía fallecer, no debía ser precisamente Lily, si no cualquier mujer de su Dinastía que cumpliera con las características, ya que el Augurio sólo podría referirse a una Wilwarin...

Quisieran o no, lo entendieran o no a cabalidad, todas las miradas confluyeron en Stella. Ella se ruborizó notoriamente, evitando a toda costa los ojos sorprendidos de Harry. ¿Era... era ella?

- Quienes preponderan en las Dinastías son... son nuestras mujeres - comenzó a decir uno de los elfos, tartamudo, sin quitar la vista de su Aranel. Su gesto se debatía entre la sorpresa y el desconcierto. Era muy alto, de cabello amarillo hasta la cintura y ojos grises - Son ellas quienes lideran el linaje, y quienes lo prolongan de generación en generación. Pero, por sobre todo...

- ...son las continuadoras del poder - agregó Améthles, terminando la frase, por primera vez trasluciendo una seriedad que daba miedo. Miró fijamente a Stella, chocando con su eterna expresión de ternura - “Mientras la Estrella Guía brille” quiere decir que, mientras exista una mujer Wilwarin, la visión del Augurio prevalecerá. Si no, se romperá... y ya no habrá... “escudo”...

Dumbledore asintió levemente, tratando de escudriñar en el rostro de Harry cuál era su apreciación sobre todo esto. Pero pronto volteó.

- Entonces, ya entiendes por qué interrumpí la ceremonia, ¿no Ingolmo?

El viejo Tareldar apenas se movió.

- Pero yo no - respondió Harry, más serio que confundido. También, por alguna razón, evitaba la mirada de Stella.

Dumbledore suspiró.

- ¿Recuerdas cuando te enfrentaste a Voldemort luego del Torneo de los Tres Magos? Me contaste que él, ingenuamente, te confesó algo que no sabías... que el sacrificio de tu madre había dejado un escudo en ti... de magia antigua, muy poderosa. Y si lo piensas bien, fue lo mismo que yo te expliqué, en tu primer año en Hogwarts, cuando te enfrentaste al profesor Quirrell y lograste quemarle el rostro sólo con tocarlo. Te dije que había sido por el amor de tu madre, al morir por ti... pero significaba más que eso. Significaba que tu madre tenía alguna conexión con magia antigua, sin duda magia élfica... si no, no podría haber hecho lo que hizo. Así lo asimilé entonces, pero no lo entendí bien hasta ahora... hasta que leí el texto completo. Ohtar tuvo un Augurio, pero Lily no sólo aparecía en él: trataba de ella. Sólo de ella, aunque, ahora sabemos, claro, que Lily en realidad representaba a cualquier mujer Wilwarin... por que ella misma provenía de esa dinastía.

Tras escuchar la última palabra, Harry creyó que era una broma. ¿Su madre... elfa? Los Tareldar comenzaron a emitir graves y elocuentes sonidos, gruñendo y discutiendo. Tenía que haber alguna equivocación. Aunque, después de todo, podía tener sentido...

Pero como un chispazo, un dato nefasto se coló en su cerebro.

- Esperen, esperen... - dijo él, hablando más fuerte para que su voz se oyera entre los murmullos - ¿Eso quiere decir que... Stella y yo... somos parientes?

Stella abrió los ojos al máximo, y uniéndolo al gesto en el rostro de Arthur, le avisaba que, por distintos motivos, ninguno de ellos jamás se había detenido a pensar en esa posibilidad. Pero Dumbledore habló antes de que se sacaran conclusiones erradas.

- No necesariamente, Harry - respondió, sereno, logrando apaciguar en algo la ansiedad del alumno de Gryffindor - Como sabrás, la magia proviene de los Elfos. Por tanto, en algún minuto de la historia, un elfo y un humano dieron paso a nuestra raza, a los Hechiceros y Brujas. Además, si quieres, puedes compararlo a lo que sucede con los Sangre Pura: si revisaras la genealogía de Arthur y Molly, por ejemplo, encontrarás que en algún punto de sus respectivas líneas tuvieron un familiar en común... pero eso no los hace parientes directos.

Harry no pudo evitar suspirar de alivio, aún cuando un par de elfos le dirigieran una mirada molesta. Aunque no sólo era para él, ya que Stella denotaba el mismo relajo luego de la explicación del Director. Iba a decirle algo, quería romper el hielo, pero un movimiento de mano lo distrajo. Tonks, con su cabello morado oscuro y su capa algo brillante, elevaba el brazo en busca de la atención de Dumbledore. El director, apenas entendió lo que quería, le cedió la palabra.

- Es que hay algo que aún no entiendo - dijo, con su usual tono coloquial - Stella es la última mujer Wilwarin... por eso es la princesa Tareldar, y por eso recae en ella el Augurio de Ohtar. Pero, ¿por qué interrumpir la ceremonia? Si Stella se casa, igualmente seguirá viva, ¿no?.

Nuevamente Elfos y magos cruzaron miradas extrañas.

- Ojalá fuera así de fácil - opinó Arthur, mirando a Stella con melancolía. Ella apretó los labios.

- Si bien son nuestras mujeres quienes traspasan el poder de generación en generación... - comenzó a decir Ingolmo, luego de suspirar profundamente. Cerró los ojos, movió la cabeza y su gesto se volvió suave, casi lastimero - ...al unirse a un elfo de otra dinastía, es su poder el que pasa sobre el de ella. Así, Elënear perdería su condición Wilwarin, y se convertiría en Róman, la dinastía Calaquendi... - Volteó para mirar a Harry, aunque seguía a Dumbledore de reojo - “Mientras la Estrella Guía brille” no sólo quiere decir que la heredera debe vivir, sino además, lógicamente, conservar su poder... y la ceremonia lo anularía, quebrando, a su vez, el “escudo” del que habla el Augurio...

Sirius alternó su mirada entre Harry y Stella, sin saber bien qué pensar. La Orden se había sumado en un silencio expectante, como si aguardaran un veredicto...

- Sí, sí... es una desgracia... *nwalmë nin...* - habló Améthles repentinamente, irónica - De verdad lo lamentamos, pero no creerán que arriesgaremos la continuidad de nuestra raza por proteger a un Istari, ¿o sí?

Ingolmo asintió casi imperceptiblemente, con la mirada perdida. Los murmullos Tareldar se escucharon tras el viejo.

- No tenemos esa responsabilidad...

- ¡*Áva namnalva!*

- ¡No pueden obligarnos a olvidar nuestras leyes!

- No es problema nuestro, no nos compete...

- ...¡Pero a mí sí!

Al levantarse con estrépito de su asiento, la mayoría no vio más que el vaivén de su cabello rojizo, ocultando su rostro por milésimas. Luego, tensando los músculos en un gesto de decisión, suspiró. Su voz resonó clara y fuerte, haciendo eco en las paredes de piedra. Y en aquel mismísimo instante, todos los murmullos cesaron. Incluso algunos elfos se inclinaron con premura, avergonzados, quizá, por haber gritado en frente de su Aranel. Con una mirada imperturbable (aunque parecía más bien que les hablaba por telepatía) los obligó a sentarse. Y así, cuando sólo quedó ella de pie, a la vista de todos, aclaró su garganta. Parecía molesta, muy molesta. Harry la miraba embobado, pensando qué, con todo lo que había oído, ya nada lo sorprendería...

- Ya he escuchado suficiente. *Sín rúcinanyë*... Estoy decepcionada - comenzó a decir, muy seria, pero con un deje de tristeza - He vivido en una mentira, ¿no es así? Siempre pensé que me obligaban a vagar por el mundo sólo para que Lord Voldemort no me encontrara... Siempre confié en eso, no lo cuestioné, y lo agradecía en silencio... Agradecía la lealtad a mi legado y el ahínco con el que proclamaban protegerme... Me alejaron de mis tierras, debí errar sin identidad... y todo por él, por aquel a quien todos temen nombrar... Porque él quería matarme, para que la raza Tareldar muriera conmigo... pero ahora sé la verdad. No fue sólo eso...

Améthles abrió sus ojos al máximo, aterrada. Ingolmo, por su lado, alzó una ceja.

- *Aranel*, no sabemos de qué hablas...

El rostro de Stella volvió a ensombrecerse, esta vez con profunda molestia.

- Ahora entiendo sus intenciones... y no sé cómo pude pasarlo por alto... ¡*Tára súlè!* - exclamó, mirando la mesa circular como si quisiera darle un golpe sólo con la fuerza de su mente - ¡Cómo fui tan tonta! Sus intenciones eran otras... debí saberlo desde el principio, desde que descubrí que el nombre de mi padre era tan repudiado. Parma Wilwarin no desapareció... ¡ustedes lo escondieron! ¡Lo alejaron de mí! Por que sabían que ahí encontraría un motivo... la respuesta a mi existencia, para lo que vine a este mundo... - Guardando un momento su rabia, giró hasta Harry, suspirando otra vez - ...A proteger al elegido, a continuar la línea del Augurio... A ser el escudo de quien nos librará del Reino de las Tinieblas...

Nadie dijo nada. El silencio parecía ser lo más elocuente. Harry, por su parte, no sabía si avergonzarse o alegrarse.

- ¡*Nin!* ¡*Áva cäre!* - gritó Améthles, visiblemente nerviosa. Ingolmo no daba crédito a sus oídos. Pero Stella ni siquiera les dirigió la mirada. Apretó los puños, con los ojos hacia el piso.

- Elënear, por favor... No, no puede pensar eso... N-No debe...

- Soy yo quien debe tomar una decisión. Ustedes ya lo han hecho demasiado por mí - inquirió, casi desafiante - ...y de hecho, ya he elegido. Así que escúchenme bien, pues es ésta mi voluntad. - afirmó, segura, elevando el mentón. Arthur la miraba con una mezcla de orgullo y fascinación. Entonces habló - La ceremonia puede esperar... pero no nuestra salvación. Lord Voldemort destruyó nuestras vidas, extinguió la llama de nuestras razas, nos obligó a escondernos de para siempre... ¡Es algo por lo que todos debemos luchar, no sólo los Istaris! Pero, por sobre todo... no le quitaré a Harry el poder que lo ha mantenido con vida todo este tiempo. Él es mi responsabilidad ahora. Los Calaquendi sabrán entenderlo... Varyar no tiene a nadie más con quien

casarse, ¿no es así?. Y no crean que he desconocido mi deber como su Aranel... Esto es sólo... un plazo. Cuando llegue el día de la batalla final, ya sea que Harry salga o no victorioso, mi papel en su mundo habrá terminado, y así, entonces, volveré a someterme a la disposición del consejo. Pero sólo aquel día... sólo cuando todo termine, haré lo que ustedes quieran.

Ingolmo apoyó pesadamente sus codos en la mesa, tomando su cabeza con las manos. Améthles, por su lado, llevó una mano a su boca y ahogó un grito. Al mismo tiempo, Remus observó al resto de la comisión. Sus rostros eran claros: de la más completa agitación, se sumergieron, tras las palabras de Stella, en un visible desconsuelo. Miraban en todas direcciones, como si no pudieran creerlo...

Entonces, tan rápido que pocos alcanzaron a reaccionar, Améthles se levantó de su silla, mirando hacia Stella con furia. Luego abrió la boca, pensando algo hiriente que decir, pero pronto la mano de Ingolmo estaba sobre su hombro. La obligó a regresar a su posición, mientras él se reincorporaba de la suya. Apesadumbrado, tal como si presenciara algún rito fúnebre, dirigió su voz hacia Stella. La Orden lo observaba, atónitos.

- Tiene razón... tiene razón - dijo, en un tono bajo, para luego hacer una reverencia - Es su decisión, Aranel... sólo suya. Y sé que ya no gano nada con decírselo, pero no hemos escondido su libro. *Parma Wilwarin* desapareció de nuestras arcas el mismo día de la muerte de Ohtar, y aunque jamás pudimos encontrar una razón, ha de saber que desconocíamos la situación del Augurio. Él jamás nos lo comunicó a nosotros... se unió a los Istaris sin preguntarle a nadie. ¿Cómo podríamos haberlo intuido? Pero ya no importa. Usted tiene razón... mucha razón. Puede pensar lo que quiera, decidir lo que estime conveniente... Decidir qué misión es más importante... si salvar a un Istari, o salvar a su raza... - dijo, dirigiendo a Harry la más grave de las miradas - Pero,

lo que sea que llegue a resolver, la sombra se cernirá sobre nosotros... y lo sabe. Puede hacer lo que quiera... pero deberá cargar, quizá para siempre, con la responsabilidad de vernos morir...

Stella tragó saliva, temblando bajo su vestido de raso. Entonces cerró los ojos, apretando sus puños nuevamente. ¿Es que jamás podría vivir en paz... ser libre... tomar las riendas de su vida, sin que hubiera algún oscuro pronóstico de por medio?

Dumbledore intentó guardar todas sus emociones. Podía sentir el alivio de sus amigos, la emoción de saber que la suerte volvía a estar de su lado... pero consideraba una deslealtad celebrar aquello entre la desgracia Tareldar. Harry, por su parte, había olvidado donde estaba... incluso pasó por alto, aunque sólo por unos segundos, la tristeza en el rostro de Stella. Quería abrazarla... sólo eso. Aún debía procesar toda la información recibida... atar cabos, comprender lo que vendría, pero por ahora, sólo quería abrazarla... decirle todo lo que significaba su decisión para él...

Pero no tuvo tiempo siquiera de acercarse. En un ruido estrepitoso que sobresaltó a todos los presentes, las puertas de roble se abrieron de par en par. La brisa helada del pasillo apagó las cientos de velas que levitaban cerca de los muros, dejándolos unos segundos a oscuras... aunque Dumbledore se las arregló (Harry no vio cómo, todo fue muy deprisa) para volver a encender gran parte de ellas. Y luego volteó.

Pasando entre algunos de la comitiva elfica, y tirando en su carrera un par de sillas al suelo frío, Améthles corrió hasta la persona que había empujado las puertas. Llevaba una túnica blanca, indudablemente Tareldar, pero estaba ajada por completo, sucia... casi incomparable con la de sus pares. Además, asomaba en su hombro una extensa mancha de sangre. Tenía el

cabello oscuro enmarañado, y apenas dio un par de pasos en el salón, desfalleció a vista de todos.

Un chispazo trajo a la cabeza de Harry la identidad de aquel hombre. Él ya lo había visto antes. Pronto Améthles llegó a socorrerlo, tomando su cabeza en su regazo. Algunos de la Orden y el resto de los Tareldar saltaron de sus asientos.

- ¡Hyarion, *quetelva símen!* - exclamó la elfa, visiblemente alterada.

Ingolmo se arrodilló junto a él, y todos los rodearon.

- Hyarion... reacciona, por favor... ¿Qué sucedió? ¿Quién te hizo esto? ¡Los esperábamos hace horas...! - exclamó, nervioso, pero sólo entonces se dio cuenta de lo que acababa de decir. Miró a su alrededor. Nadie venía con Hyarion. Había llegado solo. - H-Hyarion... ¿Dónde está Eärendil? - Pero el elfo no respondió, batiéndose más bien en una lucha por seguir respirando - ¡¿Dónde está?!

- V-Vold-demor-rt-t...

Sobraban las explicaciones. La mayoría de las mujeres llevaron sus manos sus bocas, sorprendidas. Nunca aquel nombre les había sonado tan aterrador como ahora.

- ¡¿Voldemort la tiene?! ¡¿La ha secuestrado?! ¡¡Contéstame!!

Con las pocas energías que le quedaban, logró asentir. Pero en lugar de lamentarse, Ingolmo se puso inmediatamente de pie. Nervioso, tomó aire. Harry observó a Stella, tragando sus sentimientos encontrados. Aún no podría dilucidar cuán grave era aquella noticia...

Si se escudriñara la mente de cualquiera de los que esa noche estaban ahí, el pensamiento habría sido unánime: la fatalidad los esperaba tras la puerta. Por un momento, en una mirada intensa y fugaz, Ingolmo y Albus Dumbledore habían olvidado sus rencillas.

La guerra, la verdadera guerra, había comenzado.

Contra la Barrera de las Torres

Apenas Dumbledore sugirió la ayuda de Madame Pomfrey, los Altos Elfos se negaron de inmediato. Ningún Istari puede involucrarse en sus cuestiones de sanación. Ellos tienen sus propias formas. El Director no insistió, pero al menos les ofreció sus antiguas habitaciones en el ala oeste para que dejaran descansar a Hyarion. A regañadientes, aceptaron, enviándolo allá junto a Améthles.

- ...pero, ¿Por qué secuestrar a Eärendil? No lo entiendo - comenzó a decir Harry, mientras observaba a la multitud reunida desplazarse frenéticamente por el salón. El nerviosismo y la agitación ya se había apoderado de todos.

- Hyarion y Eärendil eran los únicos de la comisión que se habían separado. Vinieron a Hogwarts justo al tiempo en que Dumbledore intentaba interrumpir la ceremonia en nuestras tierras... - explicó Ingolmo, agitando su barba de acuerdo al sonido de sus palabras - Usan métodos sólo conocidos por nosotros para trasladarse, pero... aun así, una división de grupo tan evidente se convierte en presa fácil para el enemigo...

Harry tomó aire.

- Pero, ¿Por qué Eärendil?...

- ¿No es obvio? - respondió Sirius, tomándose la frente con la mano derecha - Quieren a Peter. Han tomado su captura como un insulto, y querrán intercambiarla por él. Es un gesto pequeño, pero suficiente como para iniciar la secuencia de actos. Ellos o nosotros, alguien comenzará la ofensiva. Y ya no terminará más...

Una mirada sombría pasó de él hacia Harry, pero ninguno dijo nada más. Pensar que la idea de traer a su padre de vuelta se estaba esfumando de acuerdo a las circunstancias, era demasiado nefasta como para expresarla. Ingolmo retrocedió unos pasos y se reunió con aquellos que conversaban con el Director.

- No lo creo así, Sr. Black - dijo Stella, algo tensa - El profesor Dumbledore me habló de ese tal Pettigrew... pero dudo que Lord Voldemort tenga alguna consideración con él. No le interesa para nada... ya no le es útil. No creo que quiera arriesgarse a rescatarlo. No vale tanto... No, él no quiere a Peter, quiere a alguien más... - tomó aire, cerró los ojos y elevó el mentón - Me quiere a mí. - Ningún Tareldar se atrevió a acotar. Las palabras de su Aranel, dado el contexto, adquirirían mucho sentido, pero antes de que alguien pensara siquiera en dar su opinión, la voz de Stella se volvió a escuchar - Pero no cederé. Debemos rescatar a Eärendil, como sea y cuanto antes.

Harry sonrió, esperanzado. Eso es lo que quería escuchar.

- Es lo que tu padre hubiera dicho - dijo Arthur, suspirando acto seguido. Los ojos de Stella brillaron.

- Daría lo que fuera por recordar su voz... o su rostro - murmuró, bajando la mirada. Harry sintió que su melancolía lo destrozaba por dentro, y ella pudo traducir su impotencia en su rostro - Nunca lo conocí. Murió cuando yo tenía un año... y aunque los elfos adquirimos conciencia relativa desde el primer día de nuestro nacimiento, su imagen se borró de mi memoria... - Diciendo eso, algo la inquietó. Pensó un momento, abrió parcialmente su boca y subió los ojos, clavándolos en los Weasleys... - Pero sí recuerdo a Arthur... recuerdo su cara, su traje de entonces... acercándose a nosotros, intentando reanimar a mi

padre, tomándome en sus brazos... ¿Por qué... por qué te recuerdo a ti, Arthur, y no a mi padre?

Molly apretó fuertemente sus labios, como si intentara ahogar un llanto estridente, apoyándose en el brazo de su marido. Arthur suspiró.

- Ellos... ellos me obligaron a entregarte... - dijo, mirando a los Tareldar de reojo, aprovechando que se encontraban a unos metros de distancia, discutiendo algunas materias con Dumbledore - ...y dijeron que alterarían tus recuerdos de ese episodio. Pero yo me opuse... Juro que lo intenté... lo juro. Debías ser una Weasley más, es lo que Ohtar quería... para protegerte, para evitar que pasaras por esta pesadilla... pero tuvimos que dejarte ir, no teníamos alternativa. Con tu padre muerto, las leyes de su pueblo prevaleían. No podíamos hacer nada...

Las lágrimas se agolparon rápidamente en los ojos de Stella. Llevó instintivamente la mano a su cabello, como buscando un indicio, y Arthur asintió. Una Weasley más...

- No puedo creerlo... Hace quince años que dejamos esto claro, Istaris. Me niego rotundamente a que intenten introducir ideas erróneas en la mente de Elënear...

Améthles había entrado al salón, justo para escuchar la última frase de Arthur. Él le dirigió una mirada de odio, aunque en nada se comparaba con la tirria que demostró Molly apenas la elfa pasó a su lado.

- Molly, Améthles, por favor... - comenzó a decir Remus, situándose rápidamente entre ellas - No es el momento para esto. Tenemos cosas más importantes que hacer...

- Remus tiene razón...

La voz del Director llegó fuerte y clara a los oídos de todos. Los presentes conformaron un círculo rápidamente a su alrededor, y el silencio fue profundo.

- ¿Qué haremos? - preguntó Sirius, preocupado. Dumbledore tomó aire. Ingolmo estaba junto a él.

- Escúchenme todos. No podemos perder tiempo. Debemos actuar rápido y... recurrir, naturalmente, a las viejas estrategias que bien sirvieron para los propósitos de la original Orden del Fénix... - explicó, sonriendo extrañamente. Es como si el hecho de enfrentarse a Voldemort en una batalla real le diera nuevos ánimos. Suspiró profundamente, estiró su túnica y le dirigió una mirada solemne a todo el grupo - Elphias, ve y avísale a Mundungus Fletcher. Dile que abandone lo que sea que esté haciendo y regrese inmediatamente a Grinmauld Place. Si puede, que avise a los Duendes y al resto de las criaturas del bosque... - Elphias Doge asintió, seguro - Tonks, cuéntale a Arabella Figg lo sucedido. Que esté atenta a cualquier movimiento, y que corra la voz entre las demás Squib. Debemos proteger el flanco muggle cuanto antes... - Nymphadora Tonks asintió con energía, haciendo que su capa soltara varios destellos - Kingsley... Severus y Narcissa están en peligro. Comunícate con ellos y diles que abandonen el castillo Malfoy de inmediato. Que se refugien en Grinmauld Place y esperen instrucciones... - Con solemnidad pero premura, Kingsley Shackelbolt hizo una pequeña reverencia, asintiendo - Hestia, Emmeline... vayan con Hagrid y díganle que necesito su ayuda... Él sabe qué hacer. - Sin siquiera haber terminado la frase, Hestia Jones y Emmeline Vance asintieron - Minerva, despierta a nuestros profesores. Que tomen sus posiciones... ustedes permanecerán en Hogwarts como mis contactos directos - La profesora

McGonagall asintió con determinación y desafío, arreglando sus gafas cuadradas - Molly... ve a Grimmauld Place y encárgate de todo. Tú serás nuestra mensajera directa... Arthur, envía una lechuza rápida a Griselda y ponla al tanto de todo. Que tome las medidas que estime convenientes...

Arthur Weasley asintió inmediatamente, así como lo habían hecho todos, pero Harry pronto alzó una ceja. Aquel nombre...

- ¿Griselda Marchbanks... la señora que examinó nuestros TIMOs el año pasado? - preguntó él al Sr. Weasley, quien seguía interesado en el resto de las instrucciones de Dumbledore.

- La Jefa del Wizengamot... sí, Harry - respondió, sin dirigirle la vista.

- ¿Y qué tiene que ver ella con nuestra lucha...?

Arthur volteó hacia él por primera vez, frunciendo el ceño.

- ¿No lo sabes?... Bueno, es posible que no, no tendrías por qué saberlo... Griselda Marchbanks es una de las mujeres con más trayectoria y más respetadas de nuestro mundo, Harry... Aunque jamás peleó en terreno (pues, según ella, nunca tuvo gran habilidad con la varita), hace mucho tiempo dirigió nuestras acciones desde su limitada posición en el Ministerio... Y así lo hará también esta vez... Claro que, como están las cosas, dicen que aspira a algo más de poder...

Harry pensó un momento.

- ¿Quiere el puesto de Fudge?

Arthur sonrió, cómplice, volviendo la vista nuevamente hacia el círculo de personas reunidas.

- El ministro Fudge sigue con su tozudez de hacer oídos sordos, de no querer involucrarse en la pelea... Pues bien, que haga lo que quiera... Tarde o temprano le costará el cargo...

Según la apreciación de Harry, aquello le suponía una escondida alegría al patriarca de los Weasley, pero debió cambiar bruscamente de tema, ya que la voz de Ingolmo obligaba a cualquiera a prestar atención.

- Nosotros iremos por Eärendil - habló el viejo Tareldar, seguro de sí. Dumbledore agitó la cabeza.

- Estoy de acuerdo... pero te rogaría que me proporcionaras a algunos de los tuyos. Los necesitaremos si se complican las cosas. Vendrán conmigo y con el resto de la Orden... - explicó, e Ingolmo sólo demoró unos segundos en deliberar. Asintió levemente, apuntó a tres elfos a su derecha, y les comunicó en su idioma lo que habían decidido.

- Améthles conjurará un... ¿cómo lo llaman? Eso. Un trasladador. Ella lo hará por ustedes. Es más rápido y seguro a nuestro modo. Les dará uno pequeño en forma de roca a cada cual, así podrán viajar desde cualquier lugar en el que se encuentren.

Dumbledore suspiró, inclinando su cabeza en agradecimiento, para luego mirar a cada uno de sus aliados. Quiso sonreír, pero prefirió abstenerse.

- Ya todos saben qué hacer. Confío en su discreción y prontitud... y les deseo mucha suerte... Nos veremos en Pequeño Hangleton. ¡Andando!

Con una sincronización asombrosa, y mientras Améthles repartía lo que parecían extraños cuarzos luminosos, brujas, magos y elfos intercambiaron miradas de aliento al tiempo en que salían uno a uno con rapidez del salón... algo imposible de prever minutos atrás, donde no querían más que batirse unos contra otros. Pero Harry ya no pensaba en eso... ni tampoco Stella. Tenían que preocuparse del “ahora”, aunque el pasado los persiguiera, tarde o temprano, para arreglar cuentas pendientes...

- Yo iré con usted - habló Stella, decidida, situándose junto a Dumbledore. Él la miró con apremio, pero ella no lo dejó hablar - Sé lo que dirá... pero no me quedaré aquí para ver cómo todos luchan. Es mi deber estar ahí afuera. Sé lo que mi vida significa, sé que debo tomar más precauciones que ninguno... - explicó, mirando de reojo a Harry - ...pero no puede marginarme de esto. Nadie más que yo tiene razones para pelear...

Dumbledore apretó los labios.

- Lo siento, pero su seguridad está antes que nada, *Aranel* - acotó, mientras Ingolmo observaba la conversación desde una esquina. Stella arqueó las cejas, decepcionada - No podemos correr el riesgo de perderla. Le sugiero, prudentemente, que permanezca en el castillo al cuidado de Améthles y nuestros profesores. Le aseguro que la mantendremos informada de todo.

Stella bajó los hombros, casi con ganas de llorar, pero Ingolmo pronto se acercó a ella y, en su propio idioma, pareció rectificar las palabras del Director. Ella tragó saliva, aún digna, y asintió... pero al tiempo que Harry pretendía decirle algo para tranquilizarla, captó en su rostro un gesto particular... no podía identificarlo... Era reflexivo, intrigado... ¿sospechoso?

Dumbledore volteó entonces hacia Harry, parpadeando rápidamente como si su cerebro estuviera trabajando a mil por hora.

- Harry, escúchame bien. También tengo instrucciones para ti... - dijo, haciendo que el chico Gryffindor se sobresaltara, preso de una secreta emoción. Esperaba con todas sus fuerzas que, por primera vez en su vida, Dumbledore lo considerara digno de participar en algo importante - ...Despierta a todos los prefectos, lo más rápido que puedas. Diles que es una situación urgente, y llévalos a mi oficina inmediatamente...

Harry movió la cabeza en un gesto afirmativo. Aunque le hubiera gustado una misión más peligrosa, por el momento aquello lo mantendría ocupado...

- ¿Pero, profesor... - comenzó a decir, antes de que el Director girara sobre sus pies y saliera del salón en pos de sus propios asuntos - ...cómo lo haré para entrar en las otras Salas Comunes? No tengo las contraseñas ni nada que...

- Dile a la Sra. Gorda lo que necesitas. Ella te ayudará... -. Harry suspiró. Tomó aire y sonrió hacia Stella, como dándole ánimos, mientras corría hacia la salida diciendo "Sí, Señor!". Pero antes de que cruzara las puertas de Roble, la voz de Dumbledore se volvió a escuchar - Ehh... ¿Harry? - Él volteó - No olvides a Slytherin.

Harry se sintió algo perturbado. ¿Acaso lo subestimaba? ¡Por supuesto que le avisaría al odioso de Draco! Podía no aguantar su presencia, pero esto se escapaba de sus manos, y era indispensable que todos los prefectos asistieran a la reunión en el despacho del Director...

Sin querer pensar más en eso, subió las escaleras de dos en dos hacia la torre Gryffindor. Pensaba en lo que Ron y Hermione dirían cuando supieran... cuando se dieran cuenta que la guerra de la que tanto hablaban en las clases de AD, ahora era una realidad, y había que hacerle frente...

- ¡*Flor de Loto!* - gritó, algo jadeante, frente al retrato de la Sr. Gorda. Ella se despezó lentamente, pestañeó hacia Harry y se acomodó en su silla - ¿No me escuchó? ¡Dije “*Flor de Loto!*”! ¡¡Necesito entrar, es urgente!!

- Sí, sí... ya te oí - bostezó ella, haciendo un ademán para abrir el paso a la sala común - Es algo tarde, ¿sabes? No deberías despertarme con esos modales...

Harry entornó los ojos, esperando que el hueco fuera suficientemente grande como para avanzar.

- ¡La guerra ha comenzado! ¡No hay tiempo para dormir!

Los grandes ojos redondos de la Señora Gorda se abrieron de pánico, pero no pudo preguntar nada a Harry, pues él ya había cruzado la entrada. Justo en el segundo en el que comenzaba a pensar cómo lo haría para entrar al dormitorio de las chicas, vio en uno de los sillones algo que lo llenó de alivio: Hermione se había quedado dormida entre sus deberes.

Sin mucho preámbulo, la despertó a tirones. Y sin mayor filtro que un “A que no sabes...”, le relató todo lo sucedido en un par de frases, para luego subir a buscar a Ron. Hermione entendió poco y nada, claro está, pero captó lo suficiente como para saber que había que movilizarse, y rápido. Un momento después aparecieron los dos Gryffindor (Ron parecía molesto por aquella brusca despertada) y salieron nuevamente hacia el pasillo.

- ¡Tú, tú! ¡Tienes que decirme! - exclamó la Señora Gorda, apenas los vio salir. Estaba aterrada, encogida en su sillón rosa - ¿Es... es cierto... eso de la guerra?

Harry asintió, casi solemne. La Señora Gorda llevó una mano a su boca, mordiendo sus uñas.

- ...pero no tenemos tiempo para caer en pánico. ¡Tiene que ayudarme! Debo entrar a las otras salas comunes, pero como no tengo las contraseñas, el profesor Dumbledore me dijo que tal vez usted...

Ella saltó de su sitio, restregándose la cara con sólo oír el nombre del Director.

- ¡Sí, sí, por supuesto! ¡Sígueme!

Ron recordó que, hace ya años atrás, Sir Cardogan les había hecho pasar por algo parecido. Cómo no encontraban la sala de Adivinación, él les había señalado el camino, saltando de óleo en óleo... tal como ahora veían a la Señora Gorda hacerlo. Hermione jamás creyó ver en ella tanta agilidad... Aunque los tres amigos corrían con todas sus fuerzas, la refinada portera de Gryffindor les sacaba cada cierto tiempo al menos medio pasillo de ventaja, gritándoles “¡Apúrense, no hay tiempo!”. Harry sólo deseaba que Dumbledore no se hubiera hartado de esperar...

La primera parada fue la sala de Ravenclaw. Hermione abrió la boca de asombro; jamás había estado ahí, y la arquitectura le pareció fascinante. Entre pilares de piedra debidamente alineados, destacaba al centro un águila gigante de mármol, abrazada, con sus alas, a una columna de estilo griego. Más abajo, asomaba una especie de grieta. Pero antes de que Hermione comenzara a pensar sobre las diferencias entre los estilos y las técnicas de arte implementadas, la voz aguda de la Señora Gorda la sacó de sus pensamientos.

Fuertemente asida a un cuadro cercano (Era una mesa larga llena de magníficos magos en plena reunión, quienes, según Ron, se veían algo alterados con la presencia de la voluptuosa portera), gritó “¡*Cultius Libreri!*”, y las sólidas alas del águila se extendieron, raudas, como si estuvieran hechas de plumas reales. Acto seguido la grieta antes vista se abrió como si partiera la columna en dos, dejando ver las tenues luces de una limpia y ordenada sala

común... y en las paredes, tapizadas en tonos azules pasteles, se imponían grandes estanterías llenas de libros, con pequeñas butacas y faroles a los lados, por si alguien quisiera leer de noche.

Harry suspiró.

- Vamos, Hermione... ¡ve y despierta a Padma!

Ella corrió al instante.

- Yo iré por Terry... - dijo Ron, y ambos se perdieron por entre la columna.

De pronto Harry sintió un nudo en la garganta. Intentaba agudizar el oído, escuchar tras las paredes... ¿Se abrían ido todos ya? ¿Las estrategias estarían en marcha? ... Entonces comenzó a sudar, preocupado. Era como si, a pesar de que Dumbledore fue quien dio las instrucciones, el éxito o fracaso de la misión dependiera exclusivamente de él... del Niño-Que-Vivió, y que tendría que sobrevivir, otra vez, por el bien de todos. Lupin lo había dicho... de alguna forma, él era el líder. Pero, ¿sería capaz? Temía cometer un error como el del año pasado... actuar por su cuenta y echarlo todo a perder... arriesgando a los suyos...

Un conjunto de pasos lo regresó a tierra. Padma y Terry corrían junto a los dos Gryffindors, situándose junto a Harry en un par de segundos. Ambos tenían caras de terror. Pero él no se detuvo a explicarles. Aún quedaban dos casas más por visitar.

Nuevamente tras la Señora Gorda, los cinco amigos corrieron por distintos pasillos y escaleras. Llegaron al vestíbulo, doblaron en los primeros peldaños a la derecha, justo frente a las que daban a las cocinas, y se adentraron en un pasillo luminoso y cálido. Ninguno de ellos jamás había estado ahí.

Claro que el trayecto no fue tan expedito como aquel que los llevó hasta la sala de Ravenclaw. Los grandes óleos que tapizaban las paredes los saludaban amigablemente a medida que pasaban, mientras que a la Señora Gorda, algo histérica, apenas la dejaban continuar. Constantemente le ofrecían una silla (“Descanse, buena señora, y únase a la tertulia”) o algo para comer o beber... y aunque ella se inclinaba con aires de culpabilidad (“Un bocadillo no me vendría mal...”) la voz urgente de Ron la hacía rechazar todos los ofrecimientos. Demoraba mucho en pasar de cuadro en cuadro, y para cuando llegaron a la entrada de Hufflepuff, Harry ya había comenzado a perder la paciencia.

Otra sala, otra puerta, otra sorpresa. Padma, Ron y Terry, en lugar de pasmarse como lo había hecho Hermione con la entrada de Ravenclaw, fruncieron el ceño, como si sintieran que se habían equivocado de lugar. De hecho, escudriñaron el rostro de los otros para asegurarse de que compartían, aun sutilmente, aquella idea.

Estaban frente a un portón de madera, rústico pero acogedor, donde destacaba una manilla, también de madera, con un hurón tallado en la cerradura. Parecía la puerta de un rancho. Hermione lo pensó dos veces; era demasiado sencillo para ser la entrada a la Sala común.

Harry abrió la boca para decir algo, pero pronto la cerró. Sus comentarios no serían de mucha ayuda ahora... Lo que pensara sobre la puerta de los Hufflepuff era poco o nada importante. Esperó... pero a su alrededor todo era silencio. Suspiró de cansancio.

- ¡Señora Gorda, por favor! - exclamó, casi exasperado, volteando hacia el cuadro donde ella los miraba. Hermione chequeó su reloj, nerviosa - ¡¿Va a decir la contraseña o tenemos que esperarla toda la noche?!

La rechoncha portera de Gryffindor arrugó la frente en un gesto híbrido, entre molestia y confusión.

- La contr... ¿pero, qué dices? ¡Qué contraseña ni qué nada! ¡Sólo gira la manilla, por Merlín! ¡Rápido! ¡¿No dices que el Director los espera?!

Harry volvió a abrir la boca de asombro, incrédulo, pero sabía que no podía perder más tiempo, por lo que se acercó a la puerta, tomó la manilla luego de un leve temblor, y la giró. Con un pequeño “*click!*”, la cerradura se abrió, dejando pasar hacia el pasillo la luminosidad de la sala. Las paredes eran de un color amarillo pálido con decoraciones en los guardapolvos; daban una sensación de suavidad, casi acolchadas... había maceteros con flores en todos lados y muchos cuadros de caras sonrientes, y a la entrada, destacado, un pequeño cartel rezaba “El trabajo Dignifica”. Por un segundo, a Harry le recordó a la madriguera.

- Pero... ¿no es posible que no tengan contraseña! - exclamó Hermione, anonadada, volteando hacia la señora Gorda - ¡Puede ser peligroso! La entrada debería estar resguardada, y limitada sólo para aquellos que...

- Srta. Granger... válgame el cielo... - suspiró la Señora Gorda, entornando los ojos, mientras Ron y Padma corrían a la sala en busca de Ernie y Hannah - ¿No conoces el espíritu Hufflepuff? Son muy inocentes y confiados. Dejan su puerta abierta para que cualquiera pueda pasar. Así de bonachones... y hasta el momento nada malo ha pasado. Porque ninguno de ustedes viene muy seguido por aquí, ¿no es así?.

Hermione tragó saliva, algo avergonzada, pero no tuvo tiempo de intercambiar más palabras. Hannah y Ernie (despeinado, colocándose la túnica mientras corría) llegaron pronto al pasillo. Ambos parecían muy

nerviosos, pues lo más probable es que Ron les contara algo de lo que sucedía mientras los sacaba de la cama... así Harry no perdía valiosos segundos poniéndolos al tanto.

Intercambiaron una mirada de nerviosismo, Harry asintió, y luego hizo una seña a la Señora Gorda para emprender el camino hasta la última sala.

Ron y Harry ya habían estado ahí una vez... hace varios años, intentando averiguar algo sobre el supuesto heredero de Slytherin. Aquella vez los estudiantes hijos de muggles habían caído en masa, atacados y petrificados por algo desconocido, y por distintas circunstancias los rumores habían llegado a Harry. En secreto, lo culpaban, y ansioso por limpiar su nombre, se internó en una oscura sala común...

Una sala oscura, en un pasillo oscuro... tal como el que apreciaban ahora. La sala de Slytherin quedaba a poco andar desde el pasillo Hufflepuff, pero el contraste de sus atmósferas daba escalofríos. Las paredes de piedra parecían cubiertas de musgo, húmedas y lúgubres, pero al tocarlas no se sentía suave o rugoso. Era una especie de ilusión óptica... para amedrentar, quizá. Pero ninguno de ellos tenía tiempo para sentir miedo...

La Señora Gorda se detuvo en el último óleo del pasillo, a unos diez metros de lo que parecía la entrada. Harry no lo había notado, siguió caminando, pero el resto paró.

- ¿Qué sucede?

La Señora Gorda tembló imperceptiblemente, suspirando acto seguido.

- Yo los dejo aquí... no puedo ir más allá. No me está permitido - explicó, mirando fijamente a Harry esta vez - Acércate a los pilares de acero lo más que

puedas. Procura situarte al centro, donde pareciera que comienza una cabeza de serpiente, y, con voz fuerte y confiada, pronuncia lo siguiente: “Ojo de Dragón, sangre de líder, honor y pureza”.

Harry parpadeó. Miró a los otros: claramente ninguno se ofrecería de voluntario. Pero estaba bien... quería hacerlo él.

Giró sobre sus pies y caminó, sin demostrar titubeos, hasta los pilares de acero. Era una puerta imponente, fría, como si condujera a una antigua bóveda, con dos estatuas de mármol negro a los costados. Eran dos grandes víboras de cascabel, con sus ojos brillantes (dos esmeraldas) fijos en aquel que se situara en la entrada. Harry se sintió intimidado, como si aquellas serpientes estuvieran listas para cobrar vida y atacarlo en cualquier segundo, pero agitó la cabeza y se obligó a concentrarse. Sus amigos lo esperaban metros atrás.

Serío, aunque algo agitado, pronunció las palabras que le había proporcionado la Señora Gorda. Y esperó, dos, tres, cinco segundos...

Los largos cuellos estirados de las víboras se retiraron con solemnidad, y apenas se hubieron erguido lo suficiente, un chirrido metálico recorrió los pilares por algunos segundos. La puerta se abrió al instante siguiente, distinguiendo los faroles aún encendidos de la Sala Común.

- ¿Quién está ahí?

Harry se sobresaltó. Reconocería esa voz en cualquier lado... Caminó unos pasos dentro, subió la escalerilla y se topó con la figura de Draco, algo imponente por las sombras de las llamas de la chimenea tras él.

Draco abrió los ojos al máximo, sorprendido, acentuando su mueca de disgusto.

- ¡Potter! - gritó, levantándose de un salto y tirando a un lado el ejemplar de El Profeta que estaba leyendo junto al fuego - ¡¿Qué diablos haces aquí?! Espera a que el profesor Snape se entere... ¡la de puntos que...!

- ¡Draco, escúchame! - exclamó Harry, nervioso, dejando a Draco con la frase a la mitad. Él arrugó la nariz, ofendido - El profesor Snape no hará nada. No... N-No es el momento para esto. Escúchame, ¿quieres?. Tienes que venir conmigo... todos los prefectos deben venir...

Draco lo envolvió con la mirada, desconfiado.

- ¿Ir a dónde...?

Harry suspiró, al borde de la exasperación. Estaba perdiendo tiempo valioso...

- ¡No preguntes! Sólo ven conmigo, ¿está bien? Y despierta a Pansy, ella también debe venir...

Draco volvió a pestañear. Irguió más su postura, frunció los labios y se cruzó de brazos.

- ¿Y si no quiero ir?

Harry entornó los ojos. Es lo último que iba a soportar.

Sin aviso, en un par de zancadas limitó el espacio que había entre ellos. Esquivó un sillón verde de terciopelo, rodeó una rústica mesa de centro y lo encaró, estirando su brazo hacia él.

- No lo repetiré, Malfoy... ¡Estamos perdiendo tiempo aquí! ¡El profesor Dumbledore nos está esperando! Una Tareldar fue secuestrada, Voldemort está moviendo sus fuerzas, afuera se está desatando una guerra, ¡y tú sólo piensas en cómo fastidiarme el día!

Si es que acaso aquello fuera posible, quizá un rayo habría cruzado de mirada en mirada, como batiéndose a duelo. Ninguno hizo otro movimiento, pero segundos después de la última palabra de Harry, los párpados de Malfoy se arquearon de una manera extraña. Por un momento, Harry creyó que Draco se conmovía... pero no lo pensó demasiado, pues sus acciones fueron más rápidas que él. Haciendo como si jamás hubiera hablado con un Gryffindor, giró sobre sus pies, caminó hasta la escalera de caracol a unos metros de la chimenea, y se perdió piso arriba.

Harry siguió sus movimientos más confundido que nunca. ¿Lo habría entendido? Quizá sí... no podía cerrarse a la posibilidad de un milagro. O, tal vez, sólo se había ido a su habitación, dejándolo ahí parado como un idiota. ¿Sería capaz de eso? Claro, Malfoy es capaz de cualquier cosa con tal de humillarlo. Mientras él pensaba que estaría avisando a Pansy para que se levantara, Draco en realidad estaría riéndose a sus espaldas...

Entonces apretó los puños. Esperaría... no más de un minuto, y luego se iría. Volvería con sus amigos y se dirigiría directamente donde Dumbledore. No le daría en el gusto. Le ofrecería el derecho a duda... pero por un tiempo prudente.

45 segundos. En aquel silencio frío, húmedo, lleno de retratos que lo observaban con reticencia y pedantería, sólo el crepitar de las llamas lo sostenía en la espera. 30 segundos. De a poco aceleró su respiración, nervioso, moviendo insistentemente sus dedos dentro de sus zapatos. 10 segundos. Con la mirada fija en las escaleras, dio un último suspiro de furia. Malfoy se las pagaría. 5,4,3,2...

Perfecto, como quiera. Nadie lo necesita.

Bufando entre dientes, salió de la sala común lo más rápido que pudo, pasando entre sus amigos como si no existieran, regresando a través del

pasillo por el que habían venido. Hermione y Ron abrieron la boca para protestar, confundidos, pero no atinaron más que a correr tras él, igual que los otros.

- ¡Harry, espera! - gritó Padma, sin entender nada - ¿Dónde está Draco? ¿Y Pansy? ¡No podemos dejarlos! El profesor Dumbledore querrá que...

- No te alteres, Patil... voy detrás de ti.

Esta vez no le funcionó el sarcasmo. Aun cuando era su tono habitual, el rostro de Draco demostraba estar a la altura de la situación: nervioso, preocupado, serio. Acababa de salir de su sala, y Pansy lo seguía de cerca, restregándose los ojos como si la hubieran despertado de un largo sueño. Harry volteó al segundo, observó la escena y tragó saliva; ahora sí que se sentía un completo idiota.

Como nadie se movía, Pansy alzó una ceja.

- ¿No se supone que era urgente? ¡Interrumpieron mi sueño por esto! ¡Muévanse!

Hermione tiró del brazo de Harry, elocuente, y al segundo después ya estaban todos camino al despacho del Director. Ya sea por su nerviosismo o por el caos mental del que era preso en aquel momento, el trayecto se le hizo más corto que nunca. De hecho, en pocos segundos ya estaba frente a la gárgola. Curiosamente, estaba arrimada a un costado, como si los hubiera estado esperando.

Sin intercambiar palabras, subieron los escalones de dos en dos, y ya que Harry iba a la cabecera, no se detuvo a tocar la puerta. Sólo la empujó con los nudillos, dejó que todos entraran, y luego la cerró tras de sí. Fawkes hizo un suave sonido gutural, estirando su cuello. Hermione le sonrió.

- Ya era hora... - pronunció Dumbledore, apareciendo tras uno de sus estantes de libros. Terminaba de colocarse una gruesa túnica púrpura, como si estuviera a punto de salir de viaje. Algunos se sobresaltaron, pero Harry estaba demasiado agitado como para que le afectaran esos detalles. Se adelantó al grupo pasando junto a Ernie. Aclaró su garganta.

- Estamos listos, Señor. Haremos lo que sea. Estamos bien preparados, hemos practicado mucho. Puedo asegurarle que...

- Harry, Harry... - lo detuvo Dumbledore, levantando una mano. Su rostro serio ni se inmutó - Aún no te he dicho para qué los he llamado.

Harry apretó los labios, algo ruborizado, y luego asintió, dando un paso hacia atrás. Ron habló de inmediato, tratando de ayudar.

- Sabemos que todo comenzó, profesor... y queremos participar...

- Y así lo harán - respondió él, moviendo la cabeza - Escúchenme, por que no hay tiempo que perder... - Se acercó al grupo, mientras instaba a Fawkes a posarse en su brazo. El silencio expectante se hizo excesivamente denso de un segundo a otro - La guerra que tanto temíamos... se ha desatado, y el cielo se tornará oscuro para todos. Por eso, tomaremos nuevas y mejores medidas... Estoy muy viejo ya para cometer los mismos errores - confesó, con voz cansada, pero firme. Suspiró, y fijó sus brillantes ojos claros en cada uno de los prefectos - He activado el hechizo protector del castillo. Eso quiere decir que tienen exactamente quince minutos para volver a sus salas comunes. Pasado ese plazo de tiempo, las entradas de sus salas se sellarán y nadie podrá salir de sus torres... - explicó, al tiempo que Hannah y Padma abrían la boca de impresión - Sólo ustedes saben lo que sucede afuera... por lo tanto, serán los encargados de

transmitirlo a sus respectivas casas cuando sea el momento, y así evitar que el pánico se propague. En este minuto, no hay lugar más seguro para todos que sus propias torres de emblema. Y no desactivaré el hechizo hasta que crea que el peligro ha pasado... - Tragó saliva imperceptiblemente, y Harry pensó que el Director jamás le había parecido tan anciano como ahora - Voldemort no se atrevería a atacar el castillo, pero no me arriesgaré, ni los arriesgaré a ustedes. Tal como sucedió hace 20 años, ellos y nosotros estaremos dispuestos a usar cualquier recurso para vencer... cualquiera...

Hermione, Pansy, Hannah y Padma asintieron al unísono. Sólo Ernie y Harry abrieron la boca en forma de reparo. Incluso Draco.

- Pero... pero... - balbuceó Harry, estupefacto, algo aturdido por la emoción desvanecida - ¿N-No... no podremos luchar? Es sólo que yo... yo creí...

- Harry, escúchame - lo volvió a interrumpir Dumbledore, esta vez algo más paternal - Ésta no es la última batalla, no es la 'tuya'... - dijo, recargando la última palabra con una elocuencia innecesaria - ...la guerra apenas comienza, y no podemos arriesgarnos a perderte. Sabes lo que eso significaría. Por ahora, prefiero que te refugies con los demás en tu torre, y esperes las instrucciones de alguien de la Orden. Nos comunicaremos con ustedes por polvos Flu si sucede algo importante... - introdujo una mano en el bolsillo de su túnica, extrajo un brillante reloj dorado, y observó las manecillas - ...sólo tienen 12 minutos. Les sugiero que se apresuren. ¡Vamos, corran!

Harry no podía mover ni un músculo, fijo en el rostro imperturbable del Director. Sintió una impotencia profunda... pero pronto alguien lo tomó del hombro, y lo sacó a tirones del despacho, mientras el resto se amontonaba para salir. A regañadientes, bajó las escaleras y pasó junto a la gárgola, la cual se había hecho a un lado instantáneamente.

- ¡No puedo creerlo! - gritó Harry, alterado, zafándose del control de Terry, quien lo tenía sujeto. Apretó los puños - ¡Lo hizo de nuevo! Quiere que me mantenga al margen, para protegerme... ¡Estoy harto de que me protejan!

- ¡Harry, por favor, tranquilízate! - exclamó Hermione de vuelta, acercándose a él, pero Harry no la vio, tomándose la cabeza con las dos manos.

En aquel exacto segundo, unas voces lo distrajeron. Hablaban de prisa, excitados, al son del roce de lo que parecían muchas capas. Entonces todos voltearon. Un grupo de hombres, todos enfundados en un majestuoso pero sutil halo dorado, atravesaban el pasillo continuo en dirección al vestíbulo. Lo más probable es que quisieran abandonar el castillo... Harry razonó al segundo: era el grupo que buscaría a Eärendil.

Draco los siguió atentamente con la mirada.

- ¿Dijiste... - comenzó a decir, sospechoso, con la vista fija en el grupo de elfos que se alejaba a paso raudo - ...dijiste que habían secuestrado a una elfa, no es así?

Harry alzó una ceja, alterado. Simplemente no tenía tiempo para esto.

- Sí, Eärendil... - respondió, vago, casi por inercia - ¡¿Quieren ponerme atención todos?! ¡Esto es serio!

Pero nadie pareció escucharlo, pues todas las miradas confluyeron en el rubio Slytherin, y en su espontánea huida pasillo abajo.

- ¡¡Draco!! - gritó Pansy, nerviosa y confundida, viéndolo alejarse hacia los Elfos, quienes ya habían casi desaparecido tras la esquina - ¡Vuelve aquí!

- ¡Pansy, déjalo! - exclamó Hermione, tan alterada como ella, pero Pansy le devolvió la más odiosa de las miradas. Temblando, volvió a mirar en dirección hacia donde Draco había desaparecido, pero no parecía querer esperarlo. Bajando la mirada, y por primera vez realmente asustada, apretó su túnica contra su pecho y corrió hacia su sala común.

Por otro lado, y al notar que Pansy se alejaba, Hermione tomó aire, hizo un gesto a Ernie y a Terry para que se acercaran más, al tiempo que veía su reloj.

- ¡Sólo tenemos nueve minutos! - se preocupó, tomándose la frente con las manos. Luego suspiró para calmarse y clavó la vista en sus amigos, seria - Entonces... creo todos saben qué hacer, ¿no?

Hannah, Ernie, Padma, Ron y Terry asintieron con vehemencia, igualmente nerviosos y preocupados. Harry abrió la boca, mirándolos como si fueran de otro planeta.

- ¿Hacer? ¡¿Hacer qué?!

Ron curvó sus cejas en un gesto de incredulidad, mutando hacia una cuasi sonrisa.

- No creerás que vamos a perdernos esto... ¿o sí?

El mundo se había detenido. De un segundo a otro, Harry sintió que volvían los colores a su cara, y no pudo evitar sonreír. Sus amigos, debatiéndose entre el nerviosismo y la angustia de ir contra el tiempo, le sonrieron de vuelta, y él, sorprendido, nunca los había visto tan... adultos como ahora.

- ¿Vamos... vamos a pelear? - balbuceó Harry como respuesta, pasmado.

- No hemos practicado tanto para nada... - alegó Padma, quien parecía temblar, pero mantenía una mirada firme.

Hermione intentó sonreír, quizá apoyando la opinión de Padma, aunque no pudo más que tragar saliva y suspirar de nuevo.

- Escúchenme... esto es lo que haremos. Cada cual irá en busca de los de su casa respectiva. No tenemos tiempo para ir todos juntos a todos los lugares... - Volvió a mirar su reloj: 7 minutos - ¡Dios... corran! Nos veremos en el vestíbulo... ¡No olviden a nadie!

Mirando a Harry con emoción y elocuencia, cada prefecto se dispersó en direcciones opuestas y se perdieron tras las esquinas. Y tan rápido como aquella escena, Hermione tomó la mano de Ron y lo arrastró pasillo abajo.

Harry apenas podía pensar. Le dolía el estómago. Iban a pelear... de verdad. No más simulacros. Ya no podría detenerse a explicar por enésima vez la correcta pronunciación de un hechizo, o a corregir la postura de Collin al intentar un Stupefy... Había llegado la prueba, la prueba real de un mago real...

Sin saber cómo, sus pies lo llevaron por inercia hasta su Sala Común. Ron y Hermione, algo más adelantados, habían gritado a la Señora Gorda la contraseña y entrado raudamente sin dar mayores explicaciones. Mientras Hermione doblaba a la derecha, entrando con estrépito en el cuarto de las chicas, Harry seguía a Ron hasta el de chicos.

Dos minutos más tarde, Ron enrojecía, exasperado, intentando que todos salieran de la Sala. Neville no había pronunciado palabra; simplemente se había vestido, anonadado, y había sido el primero en correr al vestíbulo. Así también Ginny, Parvati, Dean y Collin, quienes con solo oír el nombre “Voldemort” saltaron sobre sus zapatos y corrieron escaleras abajo. Lo malo fue que, eran tantos los Gryffindors por despertar, que era casi imposible que aquella misión pasara desapercibida. Muchos otros despertaron con el agitado movimiento de pijamas, capas y susurros, pero Harry se había encargado de pasar por cada cama murmurando: “Todo está bien, vuelvan a dormir... práctica nocturna de Quidditch...”.

No mucho después ya todos, nerviosos, excitados e incapaces de intercambiar largos comentarios por la falta de aliento, estaban reunidos al centro del vestíbulo. Owen fue el último en aparecer, ya que se había tropezado en el pasillo con Cho mientras ella intentaba ponerse su capa. Algo jadeantes, rodearon a Harry en un segundo, ávidos por información e instrucciones. Aunque fuera de la vista, Harry podía intuir que cada uno, más o menos intrigados por la batalla, asían fuertemente sus respectivas varitas, estrangulándolas contra sus puños...

Hermione miró su reloj: tres minutos.

- ¿E-Están todos?

Harry suspiró, y luego comenzó a rodearlos con la mirada, contándolos uno a uno, cerciorándose de que...

Ginny lanzó un grito sofocado. Todos saltaron de sus puestos y voltearon hacia ella (como si sus nervios no estuvieran ya debidamente sobreexcitados), pero no vieron más que su cabello ondular por la brisa, alejándose del grupo por alcanzar la escalera junto a las cocinas.

Harry comprendió en el acto: Theresa. Habían olvidado la casa Slytherin.

Y no fue el único que entendió. Compartiendo miradas de casi pánico, la AD completa siguió a Ginny en su maratón, aunque varios se detuvieron a medio camino, pasmados ante la imponente lúgubre del pasillo de los Slytherin. Por alguna razón, pero más que beneficiosa, la puerta de la Sala Común estaba abierta de par en par, y Ginny, sin siquiera detenerse a pensar el porqué de esa anómala situación, corrió dentro y se perdió tras el resplandor de los faroles.

Hermione, Angelina, Zacharias, Harry, Collin, Justin y otros se detuvieron justo en el umbral, al borde del ataque de nervios, mientras que Dennis, unos pasos más atrás, clavaba la mirada en su reloj de pulsera. Suspiró con apremio: un minuto y medio.

Aunque para todos había pasado tanto tiempo como para cambiar de estación, cuando apareció un atisbo del cuerpo de Ginny bajando la escalera de caracol, según los cálculos de Dennis, aún quedaban 40 segundos. Las llamas de los faroles comenzaron a titilar, como si anunciaran la arremetida de una tormenta. Harry, a lo lejos, divisó la agitación de los retratos de la sala, intercambiando murmullos a viva voz y escapando (si aquello era posible) de sus respectivas pinturas. Casi como si viniera de un eco al fondo de su mente, escuchó la voz de Ron, lejana, provista de eco, apurando a Ginny...

- ¿Oyen eso?

El tirón de Hermione lo regresó a la realidad. Apuntaba hacia arriba, hacia la cornisa de las puertas...

No, nadie oyó nada, pero ya no era necesario. Ante la mirada atónita de la AD, una capa gelatinosa, transparente, pero rápida como si fuera

agua pura, comenzaba a cubrir las puertas desde el vértice superior, como si intentara cumplir la labor de una barrera invisible...

El rostro de Ron fue más que elocuente. Si Ginny y Theresa no se apuraban, quedarían atrapadas en la sala de Slytherin, y Harry no se lo perdonaría. Era su error... él era el responsable por la AD, su líder... si algo les pasaba, si quedaban fuera de la batalla por su culpa, el remordimiento lo perseguiría siempre...

Reconociendo su propio tono de voz emerger de su garganta, Harry se unió al grito de Ron, y así, en un par de segundos, toda la AD, angustiada, instaba a Ginny y Theresa a correr más fuerte. Dennis volvió a mirar su reloj: 20 segundos, mientras, frente al pavor general, la capa blanquecina avanzaba, incólume, cerrando gran parte del paso...

Exhausta y nerviosa, Ginny se alojó violentamente en los brazos de su hermano, impulsada por la velocidad. Acto seguido volteó, jadeante, para ofrecer su último aliento al apoyo de Theresa, quien se había tropezado con uno de los sillones, cortando su carrera. Entonces ella, contrayendo su cara en un gesto de angustia, elevó los ojos y calculó mentalmente los metros faltantes. Dennis gritó. 10 segundos. Hannah ahogó un bufido de impresión. Theresa se levantó como pudo, algo dolorida, y volvió a andar. Corrió con todas sus fuerzas por el pasillo, solo debía saltar las escalerillas y llegaría afuera... pero parecía estar tan lejos... más lejos mientras más corría... La barrera estaba a punto de cerrarse, como un punto muerto en el umbral, y apenas quedaba sitio para pasar hasta ellos... no lo lograría...

Pero, antes de que Harry bajara la mirada, y al tiempo en que Parvati y Alicia tapaban los ojos ante un inminente choque con la barrera, Hannah volvió a gritar, pero esta vez - como Ron pudo cerciorarse minutos después - lo hizo mediante una sonrisa. Sin que ninguno se lo esperara, y tal

como las mejores jugadas que Collin recordara en sus prácticas de Baseball con su padre, Theresa se lanzó como pudo sobre el suelo de mármol negro, deslizándose con los brazos hacia adelante... cerró los ojos, empuñó los nudillos, repasando mentalmente la cuenta regresiva... hasta que topó, en un golpe seco, con algo que al principio no pudo identificar. Todo a su alrededor se convirtió en silencio. Entonces, jadeante, permaneció así, con los ojos cerrados, comenzando a llorar por la impotencia. No lo había logrado... había chocado con la barrera gelatinosa, había perdido la oportunidad de..

- ¿Theresa...? ¡¿Theresa, estás bien?!

El corazón se alojó en su garganta sólo por el susto. Abriendo los ojos con estrépito, divisó a unos centímetros de su cara el rostro preocupado de Ernie, en cuclillas junto a ella, y más atrás, se asomaban Owen, Dean, Padma, Anthony y Ginny. Y no cupo en sí de tanta felicidad. En un acto reflejo, abrazó a Ernie por el cuello, estallando en carcajadas nerviosas. Ernie se ruborizó notoriamente, pero pronto el resto se unió a la risa, la que, sin embargo, no duró más allá de unos segundos, mientras la barrera titilaba y destellaba suavemente a sus espaldas. Ya todas las torres estaban selladas. Pronto la sombra de la angustia volvió a caer sobre ellos, intercambiando miradas de reticencia, y encauzándolas luego hacia Harry, quien no había perdido la semisonrisa en su rostro tenso, atento.

- ¿Estás bien? - le preguntó a Theresa, acercándose. Ella asintió levemente, levantándose con la ayuda de Ernie. Tenía un feo rasmillón en una de sus rodillas, pero no alcanzó a cojear.

- Entonces... - comenzó a decir Zacharias, con la voz entrecortada. Todos lo miraron, esperando que, aquello que dijera, representara la única idea que se alojaba en sus mentes - ...¿ahora qué, Harry?

Harry suspiró, profundo. Se detuvo unos segundos en el rostro de cada uno de sus amigos, y luego, tras un nuevo suspiro, sacó la varita del bolsillo de su túnica. La miró un momento, la rozó con los dedos, y elevó los ojos.

- No más práctica, Zach - respondió por fin, seguro y firme. Hermione sonrió medianamente ante la postura fuerte de Harry. El resto aguantó la respiración, llevando sus manos, casi por inercia, hacia sus respectivas varitas guardadas bajo sus túnicas. Varios, incluso, intentaron sonreír ante el desafío - No más simulacros... ahora es de verdad. La Orden nos espera. En marcha... Armada Dumbledore.

Capítulo veintiocho

El Engaño del Imagofraus

Con paso sigiloso y sin compartir más que sus respiraciones aceleradas, la AD en pleno se encaminó pronto hacia el vestíbulo, siguiendo los movimientos de Harry. Su estómago se encogía por los nervios; casi podía escuchar los murmullos de cientos de asustados estudiantes, atrapados en sus torres, tratando de entender porqué las puertas estaban selladas... Pero más allá de considerarlo algo quejumbroso, esto de estar riesgosamente afuera, lo llenaba de una nueva vitalidad. Iban a pelear... era lo único que le importaba.

- Muy bien, escúchenme todos - dijo fuertemente, apenas hubieron alcanzado la mitad del vestíbulo. Los que estaban más cerca se detuvieron en el acto, y los de más atrás, algo rezagados, apuraron la marcha para oír las instrucciones - Nuestro destino se llama Pequeño Hangleton. Es un pueblo no muy lejos de aquí... parece que está abandonado. Yo estuve ahí... - hizo una pausa larga, mirando hacia sus zapatos. Una amargura honda entristeció sus palabras - ...en cuarto año, luego del Torneo de los Tres Magos.

Nadie dijo nada. Todos suponían lo doloroso que era para Harry revivir aquel momento. Entonces, apareciendo como un brusco rompehielos, se escuchó la voz de Zacharias.

- ¿Y cómo llegaremos allá?

Antes de que Harry se tomara un tiempo para pensar, Ginny se adelantó.

- Threstrals, claro. Nos fueron de gran ayuda el año pasado.

Harry abrió la boca para hacer algún tipo de comentario, pero no encontró nada coherente qué decir. Ginny había sido más que atinada. Era una idea excelente. Asintió hacia ella y le sonrió. Ginny le devolvió la sonrisa, pero justo cuando comenzaría a relatarles el siguiente movimiento, divisó por el rabillo del ojo dos siluetas en la escalera más alejada, lo que lo perturbó por un momento. Aunque, concentrándose, los reconoció al instante: Sirius y Remus intentaban bajar hacia las mazmorras.

- ¿Están cerca de la cabaña de Hagrid, no? - pensó Susan en voz alta, siguiendo la conversación con Ginny, mientras algunos a su alrededor asentían - Los vimos en clase hace tiempo. Si nos adentramos un poco en el bosque los encontraremos...

Harry asintió, simulando que estaba sumamente concentrado en el tema; sin embargo, la realidad era otra. Desde aquella esquina, Remus divisó al grupo, y sin detenerse a cuestionar la presencia de un montón de “niños” en el vestíbulo, hizo a Harry un gesto para que se acercara. Él titubeó. ¿Les diría que regresaran a sus torres... que eran muy jóvenes para pelear? No, no estaba dispuesto a escuchar algo semejante. Por un segundo, Harry creyó que era mejor simplemente ignorar a Remus, hacer como si no lo hubiera visto, coordinar rápidamente los movimientos de la AD y salir del castillo cuanto antes. Pero justo en aquel momento en el que le daría la espalda y seguiría su discurso, Sirius apareció en escena. Remus le había advertido de la presencia de Harry, y así, acto seguido, fue también él quien lo instó, callado y muy elocuente, a acercarse a ellos.

Entonces supo que no podría resistirse. Ellos estaban ahí, esperándolos... pero sólo a él. Sólo lo llamaban a él. Nadie más se había percatado de los dos adultos, lo que le daba a Harry la opción propicia para salirse con la suya... sin lastimar - o al menos eso creía - a ninguna de las partes.

Raudo, tomó el hombro de Ginny. Ella dejó de hablar.

- Me parece una excelente idea. Usémosla - sentenció, tan rápido que sentía que se ahogaba con las palabras - Luna, Neville... como ustedes son los únicos capaces de ver a los Threstrals, comandarán al grupo. Owen, tú los asistirás. Hermione, si es necesario, crea la ilusión del cadáver de algún animal para atraerlos... - Ella asintió. Harry hizo una pausa, suspiró, chequeó de reojo que Sirius y Remus no se hubieran movido, y volvió los ojos hacia la AD - Buena suerte a todos. ¡Andando!

- ¿Pero qué dices? - lo interrumpió Ron, abriendo los ojos al máximo. Padma y Dean también habían puesto cara de interrogación - Tú eres el líder, tú debes comandar. ¿A dónde crees que vas?

- Ron, por favor, no discutas... Hay algo importante que debo hacer - Dirigió su voz nuevamente hacia el grupo, quienes ya se apostaban frente a las puertas de roble - Como siempre, confío en el proceder de todos. Están bien preparados... nunca desistan. Nos veremos en Pequeño Hangleton.

La mayoría estaba acostumbrada a no discutir. Harry siempre se guardaba cosas... siempre mantenía un halo de misterio, para bien o para mal. Además, era la oportunidad única para demostrar que valían por sí solos, sin la necesidad de que alguien estuviera corrigiendo sus posturas o la forma de pronunciar los hechizos. Saldrían al mundo real, por su propia cuenta...

Hermione tomó a Ron del brazo y lo obligó a caminar hacia la salida, mientras, tenue, le guiñaba un ojo a Harry. Él ni siquiera se sobresaltó; intuía que tal vez ella ya habría visto a Remus en las escaleras, pero, también quizá por las mismas razones que él, no había compartido la información con el grupo. Gracias a Dios, su sensatez primaba.

Esperó a que el último desapareciera tras la puerta para correr hacia Remus. Él y Sirius compartían miradas muy serias, casi exasperantes, como si llevaran horas metidos en la fila interminable de un banco estatal.

- Lo siento, Remus... es inútil - murmuró Harry al llegar, tragando saliva y levantando las manos, impidiendo que Lupin abriera la boca. Había regresado a su antiguo nerviosismo - ...ya no hay nada que puedas hacer. Los he enviado. Vamos a pelear, no importa lo que ustedes digan. Esta guerra es de todos... pero por sobre todo, es de aquellos que más hemos perdido.

Lupin suspiró y, un segundo después, esbozó una sonrisa media, lo que descolocó a Harry.

- Lo sé... y aunque tengo mis reparos al respecto, no pretendo impedir que luchen por algo que es tan suyo como nuestro. Si bien preferiría protegerlos que darlos en bandeja a un puñado de mortífagos, ya sabíamos que harían lo posible por escabullirse... Algo así hicimos nosotros a su edad, ¿no, Sirius?

Sirius asintió, aunque no sin menos preocupación.

- Pero no te llamábamos para coartar a tu Armada, Harry... - corrigió Sirius, evidenciando ahora en algo su exaltación - Debemos regresar con el resto a Pequeño Hangleton, pero antes... - apuntó hacia el subterráneo, suspirando - ...creo que Peter querrá dar un último paseo por el Ministerio de Magia.

El corazón de Harry se detuvo, por segunda vez en pocas horas. ¿Cómo había podido olvidarlo? En términos inmediatos, había algo más importante que la batalla con Voldemort... Era una batalla interna, sólo entre él y sus fantasmas, entre su yo y sus anhelos. Sin necesidad de varita, iría a enfrentarse a un velo... y a reclamarle lo que le habían negado...

- ¿L-Lo haremos... ahora? - preguntó, aún debatiéndose entre la emoción y la estupefacción.

Sirius asintió.

- No tendremos otra oportunidad... es ahora o nunca. No se puede avisar a Griselda sin que el propio Fudge se entere de todo... Es probable de que ya esté moviendo sus hilos, y como el blanco ya no es el Departamento de Misterios, creo sospechar que nunca estará más desierto que ahora.

Harry dudó, pero volvió a asentir. Remus permanecía quieto, apoyado en la baranda sin deseo de dar sus opiniones, pero respiraba agitadamente y no dejaba de arrugar un extremo de su capa con el puño. Más que nervioso, Harry lo notó distante... quizá contrariado.

- Esperen aquí - dijo Sirius, tomando el hombro de Remus - Yo lo traeré. Grawp se alterará si nos ve a los tres.

Harry y Remus asintieron débilmente, mientras Sirius giraba sobre sus pies y se perdía en la oscuridad de las mazmorras. Sólo entonces Harry se sintió en la libertad de preguntar.

- ¿Remus? - Él lo miró, quizá intuyendo la pregunta que vendría después - Estás muy inquieto. ¿Te sientes bien? Si es por esto... bueno, sé que no estás de acuerdo, pero espero que todo pase tal cual lo...

- Estoy... inquieto, sí - lo interrumpió, suave, y Harry se detuvo de golpe - ...pero no quiero abrumarte con mis dudas - respondió, más serio de lo que Harry hubiera esperado. Él levantó una ceja, confuso, y lo instó para que hablara. Ya estaba harto de secretos. Lupin asintió, algo resignado a evidenciarse. Miró hacia las mazmorras, tal vez asegurándose de que Sirius aún

no regresara, y volvió los ojos hacia Harry - Es verdad, sabes que nunca apoyé cien por ciento lo que ustedes dos pretenden hacer... Es muy peligroso, sin nombrar lo voluble. Nada les asegura que lo conseguirán. Sin embargo, y ya que te has decidido, tú y Sirius saben que siempre podrán contar conmigo... - Bajó la mirada un segundo, y suspiró - Pero es sólo que... bueno, sólo desearía tener más "Peters", ¿sabes?.

Harry alzó la otra ceja.

- ¿A qué te refieres?

Remus volvió a suspirar, sin estar muy seguro de lo que iba a decir.

- Hay tanta gente tras ese velo, Harry... tantos que lucharon y perecieron en batalla. Tantos padres, hijos, hermanos, amigos... y somos tantos los que, aquí afuera, los recordamos y añoramos. ¿Me entiendes ahora? Sólo me siento... melancólico, eso es. Me gustaría poder traer de vuelta a muchos más.

Harry no tuvo necesidad de asentir. Lupin sabía muy bien qué pasaba por la cabeza de su casi-ahijado. Había aprendido a conocerlo muy bien. Y no se equivocaba: Harry llevó una mano a su estómago, adolorido. En un flash eterno, pasó por su mente un montón de imágenes... Los padres de Susan... Los McKinnons, la madre de Luna... Todos aquellos rostros en la fotografía de Moody que aún no podía identificar... Todos, todos ellos, muertos hace tanto... y, quizá, con cierta esperanza, aguardaban sentados tras el velo, esperando el momento de salir, de su rescate...

Desvió la mirada hacia sus zapatos. Un horrible nudo se había alojado en su garganta. Sentía lástima, por todos, por sus amigos, por él mismo. Y peor aún: sentía una mezcla de reticencia y rabia, por tener en sus manos la posibilidad de traer a su padre. ¿No querría hacer lo mismo Susan, o Luna? ¿No querrían ellas también volver a abrazar a los suyos? Luna había escuchado a su madre tras el velo, lo recordaba bien...

De pronto, la culpabilidad comenzó a ahogarlo. Él, el niño-que-vivió, el bendito Potter, el siempre privilegiado y protegido por todos, ahora era el único con las armas para volver a la vida a un ser querido...

- Harry, por favor... sé lo que piensas - se apresuró a decir Lupin, depositando una mano en su hombro, inclinando la cabeza para hablarle de cerca - Todo sucede por una razón, y nunca... escúchame, nunca debes culparte por las oportunidades que se te presentan. Da gracias por tu suerte, y piensa en esto: lo realmente importante es que aquello que se te da, lo uses con la suficiente sabiduría como para no arrepentirte...

Harry elevó la mirada, evadiendo su pena por un segundo, y entonces dilucidó en el rostro de Remus un gesto particular. ¿Qué intentaba decirle? ¿Tenía que ver con su padre? ...

Pero no tuvo tiempo de preguntar. Pronto escucharon pasos, haciendo eco en las paredes.

- Grawp esperará por Hagrid - dijo Sirius apenas subió las escaleras. Traía a Peter con el conjuro levitador, debidamente amenazado con su varita, aunque era casi innecesario: Colagusano estaba encadenado de pies y manos con gruesas cadenas, seguramente encantadas, y él, así como solía comportarse desde que llegó a Hogwarts, no emitía sonido. Su mirada se perdía en algún lugar del horizonte, y su gesto no era de terror ni de alegría. No era nada, como si el encierro le hubiera quitado todo signo de humanidad - ...aunque le dije que saliera del castillo por la puerta norte de las mazmorras. No puede perder tiempo, Golgomath debe venir en camino.

- ¡Gigantes! - exclamó Harry, boquiabierto, mientras Remus asentía.

- Grawp y Hagrid han estado en eso... estableciendo relaciones diplomáticas, por así decirlo. Sabemos que Gorgomath y su tribu se unieron a Lord Voldemort, pero lo realmente sorprendente fue cuando recibimos la visita de algunos rezagados... buscando a Hagrid. Al parecer no estaban a gusto con su nuevo Gurg y decidieron escapar. Se han estado escondiendo en el Bosque Prohibido desde entonces.

Harry sonrió, esperanzado.

- ¿Y se unirán a nosotros? ¿Nos ayudarán?

- Es algo complicado - intervino Sirius, apoyando su varita sobre el escaso cabello de Peter, casi divertido - Los Gigantes tienen sus propias tradiciones, sus propias leyes. Sin importar los motivos, jamás se involucrarían en una lucha de humanos, pero sí en una con los de su raza. Claro que pelearán, están de nuestro lado, pero será una especie de... guerra privada. Gigantes contra Gigantes. Sólo esperemos que el Bosque no termine hecho añicos... el viejo Snape no podría con la tristeza de perder al Sauce Boxeador.

Colagusano pareció sonreír, y Remus gruñó acto seguido. No le gustaba aquella escena para nada, y aunque había intentado advertirle a Sirius que la rata algo estaría tramando, él seguía sin escuchar. Estaba cegado por la idea de traer a James de vuelta, y aunque entendía eso, le reprochaba que no se mantuviera alerta... conscientemente alerta...

Bufando de nuevo, aunque no lo suficientemente patente como para que Sirius lo advirtiera, sacó la voz.

- Vamos, rápido. Libertes nos espera en la sala de Defensa.

Harry abrió parcialmente la boca, apresurando el paso para situarse junto a Sirius. Se veía nervioso, pero feliz. No dejaba de enterarse de cosas nuevas.

- ¿El profesor Pittycarp...? Pero, no entiendo... ¿qué tiene que ver él con “nuestro” asunto?

Sirius respondió sin voltear.

- Lunático conoce la historia mejor que yo, ¿no, mi amigo?

Remus hizo una mueca de complicidad. Luego observó a Harry, mientras subían un último peldaño y esperaban, quietos, a que la escalera cambiara totalmente de posición.

- Hice mis averiguaciones, y luego él mismo las confirmó. Libertes trabajó mucho tiempo para el Ministerio, y hace poco lo habían ascendido a la Comisión de Aurores. Incluso estuvo en el grupo de búsqueda de Sirius, tres años atrás. Pero después del escándalo del año pasado, del bochorno que pasó Fudge por negar el retorno de Voldemort, como ya sabes mucha gente abandonó sus oficinas, y Libertes estaba entre ellos. En aquel momento, Dumbledore le pidió a Arthur una lista de quienes dimitieron, pensando en que alguno de ellos podía ser un buen profesor de Defensa... y que, por supuesto, su conexión con el Ministerio podría llegar a sernos útil... Bueno, hoy lo será para nosotros...

- Dumbledore conoce bien su negocio - sonrió Sirius, aunque apagó muy pronto su gesto, acercando su varita al rostro de Peter.

Remus sonrió forzosamente.

- ...pero el Director jamás predijo esto, claro. No sabía que saldrías del velo y regresarías conociendo la manera de burlarlo... - le habló a Sirius, mientras él suspiraba, entre orgulloso y nervioso. Entonces Lupin volvió la vista a Harry - Cualquier persona del Ministerio puede regresar a su respectiva oficina sin usar siquiera un trasladador, aunque se encuentre a kilómetros de distancia. Basta cruzar un óleo encantado y pronunciar un hechizo específico, que sólo ellos conocen, y que por seguridad, a su vez, sólo funcionará si se realiza con sus varitas. Aunque, por supuesto, este tipo de transporte se utiliza únicamente en situaciones muy puntuales, de urgencia...

-...como ahora - dijo Sirius, terminando la frase.

Harry estaba de acuerdo. No encontrarían un mejor momento para hacerlo, y mientras antes, mucho mejor... Su rostro, que conservaba aún la suavidad de la niñez, se contrajo unos momentos, preso de una nueva emoción. Vería a su padre... en nombre de todos los padres a los que le gustaría salvar. Lo abrazaría y lo miraría a los ojos, para comprobar por él mismo aquel parecido que a tantos asombra...

Cuando abandonó sus pensamientos ya se habían detenido en las puertas del salón de Defensa Contra las Artes Oscuras. Ahí, al costado derecho, un hombre esperaba, con la mirada perdida en los numerosos óleos colgados de las paredes, pero al escuchar los pasos, no demoró en llegar hasta ellos.

- ¡Vamos, dense prisa! - exclamó Libertes Pittycarp en voz baja, manteniendo la mirada de Harry un momento más de lo normal. Remus le tomó el hombro por una milésima de segundo, como si le advirtiera que no fuera indiscreto. Y así, con la misma velocidad, giró el rostro y entró al salón, seguido de Sirius y Peter. Remus instó a Harry a caminar.

No intercambiaron muchas palabras. Atravesaron la sala en silencio, interrumpido solo por el leve tintineo de las cadenas de Peter. Apenas se podía distinguir quién estaba más nervioso... quién estaba más preocupado, ansioso por el futuro inmediato.

Tras la pizarra, destacaba una antigua pintura que Harry no había visto jamás. Era el retrato de un hombre corpulento y barbudo, que no dejaba de fruncir el ceño y asir fuertemente un extraño garrote. Lo acompañaban dos duendes malhumorados, mostrando sus dientes amarillentos ya algo filudos. Si bien a la vista no era nada agradable, Harry pareció ser el único en hacer una mueca de disgusto; los otros tres, sin inmutarse siquiera, se irguieron frente al retrato y esperaron. Libertes, con cierta solemnidad, extrajo su varita y apuntó hacia el grandulón.

- *¡Pise porta Upurgeo!*

Un rayo azul salió de la punta de la varita y cubrió todo el gran óleo en cuestión de segundos. El tipo del garrote pareció tranquilizarse; incluso bajó el arma, dejando que sus brazos cayeran hacia los costados. Los duendes, por su parte, dejaron de mostrar sus dientes y se sentaron, algo reticentes, en el poco de césped bajo sus pies. No habían adquirido gestos amables, pero al menos dejaban un momento la hostilidad. Era como si esperaran...

Entonces, tras un gesto de cabeza de Sirius, Lupin tomó el brazo de Harry. Él sabía qué hacer, pero jamás había realizado algo semejante... Y aun así, ni lo pensó. Cerró los ojos y dejó que Lupin lo llevara... Sintió como si una aspiradora gigante lo tragara, arrastrándolo hacia algo desconocido... Aquel extraño vértigo le dio cosquillas, y para cuando abrió los ojos, sus dos pies habían tocado tierra en otro lugar, bastante distinto al salón de Defensa Contra las Artes Oscuras. Miró hacia los lados, asegurándose que sus

acompañantes siguieran junto a él, y, con alivio, descubrió la sonrisa aventurera de Sirius a su derecha. Harry le sonrió de vuelta, algo atontado, y entonces reparó en su entorno. Estaban en un pasillo largo, muy oscuro, aun cuando cada ciertos metros se alzaba un pequeño farol de aceite, levitando cerca de los muros de concreto. Fijó los ojos en la punta remota, y creyó reconocer el pasillo que lo llevaba hasta la sala de juicios...

Un pequeño escalofrío lo estremeció. No quería recordar aquel nefasto episodio, ni mucho menos la altanera figura de Fudge apuntándolo como un delincuente. En cambio, volvió a concentrarse en el fondo del pasillo... aquel símil a un túnel interminable de puertas... puertas con las que soñó tantas veces, y que se convirtieron en su pesadilla, llevando a Sirius a su muerte...

Pero ahora Sirius estaba ahí, junto a él. “Y aunque no estuviera aquí, jamás estarás solo, Harry” le había dicho, y él, embobado, había sonreído hacia su padrino. Al igual como lo hacía ahora, aguardando sus instrucciones. Su cabello negro apenas se distinguía entre la penumbra.

- Volveré con Arthur para cerciorarme de que no haya tenido problemas para comunicarse con Griselda - sugirió Libertes rápidamente, al tiempo que Remus asentía. Sus ojos brillaron a la luz tenue de un farol cercano - ...y veré si consigo la ayuda de un par de aurores de la academia. No podemos descansar sólo en el poder de los Elfos...

- Claro que no, y te lo agradecemos, Libertes - dijo Sirius, estrechándole la mano - Buena suerte...

- Ustedes la necesitarán más que yo - opinó Pittycarp, suspirando, mirando a Harry de reojo. Él asintió, tragando saliva, dejando que sus ojos recorrieran la figura impasible de Peter Pettigrew. ¿Por qué estaría tan resignado a su muerte? ¿Lo habría expulsado Voldemort de su lado...?

No esperaron mucho más. En un par de segundos, Libertes volvió a cruzar la pintura (los duendes se hicieron a un lado para dejarlo pasar), y en un chasquido, desapareció. Entonces Sirius comenzó a avanzar, y Harry apuró el paso.

No pudo dejar de recordar al Sr. Weasley. Aquel sueño el año pasado, violento y tormentoso, había sido tan aterradoramente real que jamás lograría olvidarlo del todo. Estaba seguro. Justo pasaban por ahí en ese momento... justo fuera de la entrada del Departamento de Misterios donde, un año atrás, Arthur Weasley había sido mordido por una serpiente, acercándolo a la muerte...

- Tú sabes cómo llegar, ¿no, Harry? - preguntó Remus, al tiempo que cruzaban la primera puerta. El silencio sepulcral era elocuente; el humano más cercano estaría a kilómetros de distancia.

Harry dudó. Aquella vez habían llegado casi por casualidad a la sala del Arco...
- No te preocupes - se apresuró a decir Sirius, apretando las cadenas de Peter un poco más sólo con un leve movimiento de varita - Yo sé el camino. Lo atravesé de regreso hace sólo unos pocos meses...

Lupin movió la cabeza, dejándolo que avanzara. El pasillo, como Harry ya sabía, llevaba a un salón circular con muchas puertas a su alrededor. Apenas se detuvieron al centro, las puertas giraron, y al detenerse, Sirius frunció el ceño. Al parecer escudriñaba cada una de ellas, buscando algún indicio...

- ¡Velo de Hades! - gritó de repente, sobresaltando a su ahijado. Y así, para su sorpresa, la sala volvió a girar, deteniéndose unos segundos después. La puerta que quedó frente a Sirius se abrió lentamente, como invitándolos a entrar.

- ¡¿Cómo hiciste eso?! - exclamó Harry, anonadado, caminado tras su padrino por la puerta señalada. Sirius sonrió a medias.

- Hermione me dio el truco. El año pasado, cuando estuvieron aquí, me dijo que lo había descubierto por casualidad...

Harry no hizo más comentarios. No eran necesarios, en realidad. Su objeto de centro era otro, y prefería no desconcentrarse. Ya estaba lo suficientemente nervioso como para, además, traer a su mente batallas anteriores. Tenía que ser fuerte. Aquellos episodios eran eso: pasado, y no podría hacer nada por eso. Debía mirar adelante... sólo adelante.

Y Sirius parecía haber leído su pensamiento. Doblaron en la primera esquina y, con un leve golpe de sus nudillos, empujó la puerta frente a sí, dejando ver entre una suave neblina, una serie de escalinatas de piedra, bastante conocidas para todos, salvo para Peter. Y ahí, al final de la sala, recóndita pero imponente, envuelta en un extraño halo solitario, un arco igualmente hecho de piedra destacaba en mitad de la pared. Inconfundible, un velo semi transparente, como una cortina vieja y rasgada, bailaba a causa de una brisa casi inexistente. Era imposible ver en su interior.

Tanto Remus como Harry permanecieron hipnotizados, admirando aquella mediana construcción con una suerte de repulsión y fascinación. Harry volvió a tragar saliva, mientras Remus suspiraba, nervioso, como si sintiera que, de un minuto a otro, todo se les escaparía de las manos. Sirius, en cambio, avanzó con paso firme, desafiante. Obligó a Peter a bajar los escalones con rapidez, pero apenas estuvo a unos metros del Arco, se detuvo, prudente. Sus ojos observaron el vaivén del velo, por primera vez denotando

evidentemente su nerviosismo, y a la vez, su respeto por aquella pieza de arquitectura tan misteriosa y amedrentadora.

Remus se acercó pronto a Sirius, y Harry bajó los escalones tras él, pero se detuvo a distancia. De algún modo, podía entender el súbito temor del que su padrino era preso. Remus le golpeó la espalda fraternalmente y hablaron algo en voz baja. Harry esperó, paciente, a que voltearan y advirtieran su presencia... mientras, casi por inercia, sin que pusiera evitarlo, las imágenes de la batalla acaecida en ese mismo lugar lo atormentaron. Pero recordó la valentía de Neville, y sonrió débilmente un segundo. Sus amigos habían dado lo mejor de sí aquella vez, sobre todo él, pensando siempre en vengar y honrar a sus padres... Harry recordó San Mungo's, las baldosas blancas adheridas a las paredes, un hedor extraño parecido al éter y los Longbottom, Frank y Alice, perdidos en algún rincón de sus mentes agobiadas y torturadas... Frank y Alice, los padres de Neville, internados por insanidad... La guerra, la guerra de ese entonces... los Bones muertos... los McKinnons, los Prewett... tantos inocentes...

En un segundo en el que creyó que había caído desde un edificio de diez pisos, su garganta se cerró de golpe y su estómago dio un vuelco. Remus volvió el rostro y lo observó, fijo, durante más tiempo del que Harry habría querido. Sus ojos se secaron, gélidos. Lo había entendido. Por fin, había entendido lo que Remus intentaba decirle, lo que había intentado explicarle desde la tangente hace tanto tiempo...

Tembló. Con desesperación, aguantó las lágrimas que se agolparon en sus ojos, así como sus náuseas. Y entonces giró el rostro hacia Sirius, desconsolado. Su gesto era nervioso, impaciente, como si le hubiera repetido cien veces la misma frase.

- El conjuro, Harry... - volvió a decir Sirius, suspirando esta vez - Remus está extendiéndotelo.

Sintiéndose totalmente perdido, como si no supiera cómo había llegado hasta ahí, fijó la vista en Remus, quien, efectivamente, le ofrecía un pequeño libro de tapa de terciopelo, abierto en una página marcada con un delgado lazo rojizo. Él lo tomó, con el pulso acelerado, volviendo a intercambiar una mirada con Remus, quien arqueó una ceja, extrañado, para luego abrir los ojos al máximo. Harry dejó rodar una lágrima sobre su mejilla, disimulándola con tanta rapidez que Sirius no alcanzó a advertirla. Remus asintió levemente, consciente de lo que estaba sucediendo, y él mismo cambió su gesto a uno de abatimiento. ¿Cómo se lo dirían a Sirius...?

- S-Siriu-u-s... - comienza a decir Harry, ahogado con su propia tristeza, pero su padrino ahora le daba la espalda, nuevamente hipnotizado por el velo.

- No te preocupes, Harry. Todo saldrá bien... - le respondió sin voltear, sin dejarlo terminar la frase - Lee el conjuro, vamos. Hay que abrir este arco del infierno...

Harry buscó los ojos de Remus, angustiado, pero él movió la cabeza, instándolo a leer. Todo acabaría pronto...

Harry respiró profundo, dejando escapar otra lágrima que Sirius no advirtió. Dio un par de pasos hacia adelante, ubicándose en mejor posición frente al velo, apenas a unos centímetros de su padrino, y enfocó las letras de trazos finos, por un momento algo confusas. Estaba escrito en latín... No sabía exactamente qué es lo que diría a continuación, pero le importó muy poco. Ya no le importaba nada, nada... por lo que, con la voz entrecortada pero intentando la máxima proyección, leyó:

*“Modo tantum mane persona adusque videre mane Orcus facies,
posse tornare ad vocare mane, ac rogare pax.*

*Modo tantum mane persona adusque fagus cadere vir,
potui adiuvare vir manus, ac levare vir.
Orcus porta, ¡libervir persona ad ego dicere!”*

El primer haz de luz lo cegó, haciéndolo retroceder un paso. Era como si aquel velo hubiera perdido su materialidad, espectral, dejando pasar tal cantidad de luz como si entre sus fauces alojara al mismísimo sol. En aquel segundo, la sala se llenó de un vago pero ensordecedor sonido, anunciando una especie de tornado. Y no estaba lejos; una corriente de viento tibio a gran velocidad los rodeó en un segundo, revolviendo sus cabellos y sus capas. Lupin también retrocedió, algo asustado, pero Sirius se mantuvo firme, desafiando al viento con su postura, dejando que azotara su cabello a destajo. A Harry le pareció que todo aquello era una muestra del enojo del Arco, de su repudio por su osadía, pero no tuvo tiempo de decir nada. Sirius tuvo que gritar para que pudieran escucharlo.

- ¡¡Manténganse a distancia, puede ser peligroso!!

Harry se protegió del siguiente haz de luz con su brazo derecho pero, contrario a lo había pensado al principio, aquel no provenía del Velo de Hades. Incluso Sirius, quien ya se había inclinado para tomar a Peter y encaminarlo hacia su final, hizo un gesto de terror ante el nuevo relámpago, ajeno a la construcción a sus espaldas.

- ¡¡Harry, abajo!!

El tercer Stupefy casi pega a Remus en mitad del pecho, pero él fue más rápido y se lanzó al suelo, estrepitoso, a un lado de Harry. Por inercia, confundido y aturdido por el rumor del viento que no dejaba recorrer con su zumbido cada esquina de la sala, protegió su cabeza con los dos brazos, al

tiempo que Remus sacaba su varita y respondía a sus atacantes. La puerta del costado se había cerrado con estruendo, y dos siluetas negras corrían hacia ellos. Sirius, desde atrás, logró darle a uno de los mortífagos, pero no fue suficiente para abatirlo. Eran grandes y fuertes, pero antes de que Harry quisiera sacar su varita y hacerles frente como fuera, Remus se paró de golpe y gritó, imponente: ¡*Lazo protego!*

Un rayo amarillo casi sólido se desprendió de la varita, atravesando los metros de sala que separaban a Remus de los mortífagos, y con una agilidad que Harry no habría creído posible, los envolvió como rollos de papel y los amarró, fuertemente, inmovilizándolos. Sus varitas cayeron al suelo, y Remus, arrugando la frente en señal de un gran esfuerzo, tomó su propia varita con las dos manos, forcejeando, dispuesto a no dejar escapar a los aliados de Voldemort de su soga de luz.

Harry se levantó al instante, jadeando, poniendo un brazo frente a sí para poder avanzar entre el viento. Aquello le recordaba su pelea frente al mismo Voldemort, unidos por el conjuro *Prior Incantato*... Se acercaría como fuera a Remus, pero él le lanzó una mirada reprobante. “¡Harry, no te acerques!!” le advirtió, y él no dio un paso más.

- ¡¿Qué hacen aquí, mal nacidos?!! - les gritó Sirius, visiblemente iracundo, agitando su puño de nudillos blancos, perdiéndose su rostro a ratos por el danzar inacabable de su cabello. No podía moverse de su sitio, pues no se arriesgaría a darle a Peter la posibilidad de escapar. Harry nunca lo había visto así.

Rabastan Lestrangle esbozó una sonrisa irónica, sacudiéndose en vano para zafarse del lazo de Lupin. Remus tiró con más fuerza, curvando sus labios en un gesto de asco.

- Eres tan predecible, Black... ¡Eres un inútil! Un bast... ¡AARRGGH!

Remus elevó los brazos y, en aquel brusco movimiento, estranguló un buen tanto más a los hermanos LeStrange, haciendo que escupieran gritos de dolor que apenas se oían, mezclándose con el zumbido eterno del viento a su alrededor. Harry no podía divisar bien a Remus, en parte por la luz cegadora del velo, en parte por la brisa, en parte por esconderse a ratos tras su túnica que se agitaba sin parar. Y el viento le tapaba los oídos, entumeciéndolo...

- ¡¡*Protego extente!*!! - gritó Remus, y un segundo después la soga que unía su varita con los cuerpos algo amoratados de los hermanos LeStrange, se tensó mediante una suerte de carga eléctrica, golpeando a los dos mortífagos, haciendo que gritaran esta vez más alto que nunca, y dejando a uno de ellos al borde del desmayo. Además, la sobrecarga construía una especie de barrera entre los mortífagos y el Arco, en caso de que logran librase del hechizo de Lupin. Harry no podía verlo, pero la frente de Remus estaba empapada en sudor

- ¡¡Sirius, apresúrate!! ¡¡No sé cuanto más pueda resistir!!

Sirius asintió, volviendo el rostro hacia Peter con un odio profundo, como si fuera él el único culpable de todas sus desgracias. Y bueno, en cierta parte lo era...

- ¡¡Harry, escúchame!! - gritó, debatiéndose entre la luz y el viento. A pesar de que solo los separaban un par de metros, debía usar toda su capacidad vocal para que su ahijado lograra entenderlo - ¡Debes estar atento! Cuando empuje a Peter al Arco, tendrás que correr hacia acá y gritar el nombre de tu padre... ¡¡¿Entendido?!! ¡¡Corre sólo cuando Peter desaparezca tras el velo!!

El nombre de su padre...

Harry no se atrevió a asentir. La desesperación volvió a invadirlo, a provocarle esas náuseas que no podía controlar, a poner en marcha nuevamente aquellas lágrimas que luchaba por no evidenciar. ¿Cómo decírselo? Ya era muy tarde, se enteraría por sí sólo... Dios, él amaba a su padrino. ¿Qué haría cuando viera lo que sucedería? ¿Lo odiaría... lo rechazaría de por vida? ...

Sirius se inclinó ante Peter acto seguido, otra vez sin percatarse de la angustia de su ahijado.

- Di 'Adiós', Rata... - gruñó, entre asqueado y nervioso, y lo que sucedió después demoró al menos un par de segundos en procesarlo. Estiró sus brazos, seguro, para tomar a Peter desde las cadenas gruesas cruzadas sobre su pecho, y, absurdamente, apenas las tocó éstas desaparecieron. ¿Era eso posible? Pestañeó, quitó el cabello que el viento se empeñaba en azotar contra su cara, y observó nuevamente el cuerpo de Pettigrew.

Harry abrió la boca de impresión. Remus desvió su atención de los LeStrange, preocupado por la demora de Sirius, y, estupefacto, se enteró lo que ocurría. Era cierto, las cadenas habían desaparecido, pero no sólo las que atrapaban el pecho y hombros de Peter, si no también las de sus brazos, muñecas, piernas, tobillos... Petrificado, y sin atinar a nada, Sirius contempló un segundo después cómo aquella mano metálica, signo característico de Peter durante los dos últimos años, desaparecía también, sutil, como si una sombra entre el zumbido del viento comenzara a dispersarla... y Colagusano, impávido, perdido, con ojos opacos, no demostraba sentimiento alguno...

Hasta que lo oyó. Escuchó el retumbar de una risa extraña, profunda pero calavérica, como si proviniera del más bajo de los huecos abismales. Era grave, carraspeada, pero más que eso, era ruin...

Sirius volteó, creyendo por un segundo que la voz salía del velo, pero no alcanzó a hacer el movimiento.

- ¿Realmente creías que ibas a salirte con la tuya, Black? ¡Estás maldito, y los malditos jamás ganan!

Rodolphus Lestrage miró a su hermano y volvió a reír, y ni aún los esfuerzos de Remus por mantenerlo a raya daban resultado. Harry fijó la vista en el mortífago, hirviendo en ira, deseando con todas sus fuerzas hacerlo restorcerse de dolor para que se tragase todas sus palabras...

- ¡¡¿Qué está sucediendo?!! - gritó Sirius, ahora visiblemente asustado y contrariado, mirando impotente como el cuerpo de Peter se desvanecía bajo sus narices, mientras Remus volvía a advertirle a Harry que no se acercara.

Mientras Rodolphus terminaba su carcajada infame, Rabastan le dirigió la mirada, mordaz.

- ¿Que qué sucede...? ¿Acaso ya no sabes distinguir entre un humano y un *Imagofraus*?

- Te dije que Pettigrew nos sería útil algún día, Rabastan. El amo sabe muy bien qué hacer con sus muertos... Si no sirve en vida, sirve como holograma...

- Sabíamos que tantos años en Azkabán te habían afectado el cerebro, Black... pero tú, Lupin... tú también caíste redondo... ¡y se supone que eras el más inteligente de tu clase!

Remus ciertamente no estaba de humor para aceptar los insultos de un par de mugrosos mortífagos, y así, rechinando los dientes de rabia, volvió a gritar “¡¡*Protego Extente!*!”), golpeando a los hermanos con todas sus fuerzas...

Pero la varita ardía y temblaba en su mano... no podría controlar el poder del hechizo por mucho más...

El viento adquirió mayor velocidad, furioso, y Harry sintió que ya prácticamente no podría mantenerse en pie. Pero no serviría de mucho. Sin que pudiera comprenderlo del todo, ante sus ojos el cuerpo de Peter había desaparecido por completo, dejando a su padrino solo en medio del círculo de piedras, arrodillado ante la nada. Ya no había cuerpo, no había a quien sacrificar... pero habían abierto el Velo, y tendrían que pagar la osadía...

- ¡¡¡Maldito seas, Colagusano!!! - exclamó Sirius hacia el cielo, aunque Harry apenas pudo escuchar su murmullo, distorsionado por la ráfaga helada que le dificultaba la respiración.

Pero sí pudo verlo. Puedo verlo levantarse, lentamente, dejando que su cabello de enredara a gusto. Ya no lo cogería más. Se levantó, mirando hacia sus pies, pensando en aquella idea remota... Luego elevó los ojos, suspiró, y clavó la mirada en los Lestrage. Sus ojos brillaron, no pestañeó. Sonreía, pero no era irónico, sino más bien triunfante. El hilillo de sangre que emanaba del labio de Rodolphus no le impidió estremecerse ante aquella escena, aturdido no sólo por los golpes de Remus, sino por la súbita reacción de Sirius Black.

Y Harry compartía en algo aquella confusión. No podía imaginar qué pasaba por la cabeza de su padrino. Peter se había esfumado, habían sido engañados con un holograma del que no tenía mayor información... Estaban perdidos, todo había sido en vano, pero él sonreía, casi calmado... Hasta que creyó adivinar, y Remus también.

- Sirius, no... - le rogó Remus desde las entrañas, aunque apenas podía escucharse a unos centímetros de distancia.

- ¿Sirius? - lo llamó Harry, preocupado, sin fijarse que su débil voz no lograba traspasar la barrera del viento. Entonces abrió los ojos al máximo, asustado - ¡¿Sirius...?!

El último de los Black caminó lentamente, como si midiera sus pasos, hacia el Arco frente a sí. No tenía miedo... El viento a su alrededor lo arrullaba, lo dopaba para no pensar demasiado en lo que haría...

Tambaleándose por la fuerza de la brisa, Sirius se irguió justo a un paso del velo, dejando que el borde de la tela, danzante como su túnica, le acariciara el rostro, como invitándolo. Entonces volteó hacia Harry, casi sereno. Su cabello parecía aquietarse al estar cerca del arco.

- Abrázalo por mí, ¿sí?

Lupin se sobresaltó, al igual que Harry, y estuvo a milímetros de soltar su varita.
- ¡No! - exclamó, arrugando la frente, escudriñando lo que había frente a él, tratando de imponerse ante los flashes de luz y las garras del viento - ¡¡¡Sirius, no hagas una locura!!!

- ¡¿Sirius...?! - volvió a gritar Harry, tratando de hacer contrapeso con su propio cuerpo para avanzar hasta el Arco. Pero la brisa era más poderosa, y a cada segundo se hacía más violenta, más rápida, más envolvente...

Sirius no se movió. Suspiró profundo, sin despejar la vista de Harry.

- Yo lo tuve a mi lado por mucho tiempo... tú no lo tuviste jamás.

Harry sintió que su respiración se congelaba. Ahí estaba, su padrino, su única familia de verdad, sonriéndole con el mismo paternalismo de siempre, sereno...

Dio un paso, dos, pero el viento lo hacía retroceder.

- Sirius... no, por favor... - murmuraba, alterado, tratando inútilmente de avanzar en medio del remolino - Yo no... tú no sabes...

- Nunca estarás solo, Harry... - le dijo, tan cerca y a la vez tan lejos - ...nunca estarás solo.

Elevó el mentón, estiró su brazo y miró a Remus, manteniendo la sonrisa. Lupin abrió la boca para protestar, para detenerlo, pero las palabras se ahogaban en su boca y se negaban a salir. Y Sirius no lo esperó. Giró el rostro, y con la mirada fija en aquel muchacho al que quiso como a un hijo, se dejó caer, inmóvil, hacia el Velo de Hades.

- ¡iiiiiiNNOOOOOOOO!!!!

Los gritos desgarrados de Harry y Remus se fundieron, subsumiendo el zumbido del viento y la bomba de luz, aquella que inundó el lugar apenas Sirius tocó el velo, cayendo en cámara lenta tal como Harry lo recordaba, desapareciendo tras el Arco de piedra en tan solo un roce.

Con sus lágrimas recorriendo cada centímetro de su cara, la furia interna de Remus Lupin se dejó ver, más patente que nunca. Mediante un nuevo grito de desesperación y pérdida, y pronunciando un hechizo que Harry no alcanzó a entender, movió sus brazos en abanico y lanzó, violenta y súbitamente, a los LeStrange contra la pared inmediata, dejándolos inconscientes sobre los escalones.

Pero eso no calmaba su pena, ni menos la de Harry, quien aún no se movía, clavado en el piso de piedra, choqueado por lo que acababa de presenciar.

- ¡¡Harry...!! - comenzó a llamarlo Remus, sacando fuerzas de flaqueza, secando sus lágrimas de un manotazo, acercándose a él - ¡¡Dilo!! ¡¡Dilo ahora...!!

Pero Harry no lo escuchaba. Sólo admiraba el velo, su vaivén magnificente, y la luz, esa luz que cegaba e invitaba a la vez...

- ¡¡Harry, dilo de una vez!! - gritó Lupin con desasosiego, esta vez lo suficientemente cerca como para hacerlo reaccionar, aunque Harry seguía perdido, abatido en algún lugar de su mente - ¡¡Di el nombre... CUALQUIER NOMBRE... pero dilo YA!! ¡¡¡¡El sacrificio de Sirius no puede ser en vano!!!!

La agresividad del viento dio su último toque, y, como un muñeco de trapo, Harry cayó de rodillas. Había olvidado todas sus fuerzas, todas las ganas. No le importaba nada ni nadie. Todo se había perdido...

Remus volvió a hablarle, pero sus palabras se perdían en la corriente gélida que los envolvía y asustaba. El Arco parecía un ser viviente, pensante, convertido hoy en observador y ultrajado... pero invitaba a Harry, lo seducía... le demostraba con su luz que, si su padrino estaba adentro, no podía ser tan malo...

Pero no, no pudo levantarse; ni siquiera para eso tenía fuerzas. Ni siquiera para morir le quedaba un resquicio de voluntad. De pronto sus lentes cayeron al suelo, y el “crash” de los vidrios al esparcirse por las piedras se convirtió apenas en un leve murmullo en el remolino. Algunos pedazos se clavaron en sus manos, punzantes, pero no tenía miedo al dolor. El dolor ya era parte de sí, era su destino habitual, su karma...

La voz de Sirius fluyó de algún lado de su cabeza. “Nunca estarás solo”. Mentía, él lo había abandonado. Había regresado sólo para dejarlo otra vez... ¿o para mostrarle el camino? ...

El contacto con Remus lo hizo estremecer. Escuchaba su nombre una y otra vez, clamado por otro de los amigos de su padre, otro de sus incondicionales... Su nombre en la boca de alguien que lo apreciaba, que esperaba lo mejor de él... Pero no, no era ese nombre el que quería escuchar. No era ese nombre el que debía cortar los desvíos y llegar fuerte y claro a lo que sea que estuviera tras el velo. No, claro que no... la muerte de Sirius no sería en vano...

Tomó su cabeza con las dos manos. Sentía sus ojos arder por tantas lágrimas, sus manos escocían a causa de las heridas, sus rodillas se resentían por el contacto con las piedras, su estómago amenazaba con expulsar de una vez todo su contenido, sin consideraciones... Pero de pronto encontró un lugar, un lugar donde resguardarse, un lugar que ni el más furioso de los vientos podía ensordecer... Una fuerza que residía en el sacrificio de sus padres, en el coraje de Sirius y el apoyo de Remus... que residía en su propia alma, ahora arrugada y menguada, pero insistentemente libre... Una fuerza que, sin saber cómo ni cuando, lo hizo gritar, con su última energía, mirando hacia el velo como si quisiera penetrar en él...

- ¡¡¡¡C-Cedric-c-c D-Dig-gory-y-y!!!!

Un rayo cruzó desde el velo hasta el muro de atrás, y dejó una grieta gigantesca, como si un cruel terremoto hubiera azotado las instalaciones del Ministerio de Magia. Sólo entonces, cuando el viento pareció cambiar de rumbo y concentrarse en el lado opuesto de la sala, una silueta amorfa se dejó entrever en la tela rasgada. Caía de espaldas, en cámara lenta, tal como lo había hecho Sirius hace unos segundos, sólo que este cuerpo luchaba por salir de aquel arco que lo aprisionaba...

Y lo logró sin hacerse esperar más de lo necesario. El velo lo depositó, con cierta suavidad, justo bajo su umbral. Era un cuerpo negruzco, cadavérico, en un evidente estado de descomposición, y que entre sus ropas hechas jirones se distinguía una insignia que Remus conocía bien. Negra y amarilla, y un hurón ahora deshilachado e irreconocible...

En ese mismo segundo, Harry caía de bruces al suelo helado, exhausto. Había sido suficiente. El viento había cesado, y ya no retumbaba en sus oídos su zumbido insistente. También se había ido la luz, la que lo cegaba a ratos y lo instaba en otros. El silencio se había apoderado del salón, abarcándolo todo, incluso su alma...

- Harry... Harry, abre los ojos...

Harry escuchaba la voz de Remus vagamente, como si procediera de la habitación contigua en lugar de a unos pasos de él. Estaba cansado, abatido... destrozado por dentro y por fuerza. Ya no quería levantarse, no tenía motivo...

- Harry, por favor... Esto aún no termina...

Sintió una mano tibia en su frente y, acto seguido, alguien que lo levantaba medianamente del suelo y lo estrechaba contra sí. Lejos de incomodarlo, era como si le hubieran leído el pensamiento... y ahí, apoyado en el hombro de Lupin, sintió el peso de la realidad, abrumándolo.

- Harry... - volvió a decir Remus, esta vez mirándolo a los ojos. El antiguo profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras estaba notoriamente pálido, igualmente abatido que él, y en sus pómulos y mejillas podían dilucidarse las marcas claras de un llanto que no pudo controlar... - Harry, Cedric tiene pulso.

Su estado es crítico, pero creo que se salvará... puede intentarlo. Yo mismo lo llevaré a San Mungo's. Y tú... tú, Harry... - le dijo, tomándole el mentón para que no apartara la mirada. Harry apenas podía enfocar la imagen frente a él - ...tú debes volver a la batalla, ¿me escuchas?. Esto no ha terminado. Tu Armada te necesita... La lucha no finaliza con una pérdida, sino al contrario, se afianza más... Vuelve a la pelea, enfréntate a tus demonios... Es lo que Sirius te hubiera dicho...

Parpadeó. Algo le indicaba que Remus sentía las mismas náuseas que él, pero se negaba a echarse a morir. Dejarse morir, así como él lo estaba haciendo...

Esperó a que sus pulmones se llenaran de aire. Con la ayuda de Remus trató de levantarse, pero sólo lo logró al tercer intento.

- ¡Reparo! - exclamó, apuntando hacia las gafas de Harry. Las piezas se reunieron, ávidas, y Remus se inclinó para recoger el resultado, extendiéndoselas luego a Harry - Harry, no pierdas tiempo. Si dos mortífagos nos siguieron hasta aquí, el resto de la Orden está en peligro. La captura de Peter fue una trampa desde el principio... es probable que Voldemort considerara que ya no le era útil, y lo asesinó a nuestras espaldas. ¡Cómo fui tan estúpido! El espía debió haber actuado... pero como no lo descubrimos a tiempo, no pudimos marginarlo...

- ¿Espía? - repitió Harry, utilizando aquella palabra para volver al estado de alerta, si no concreto, al menos era suficiente para mantenerse en pie.

- Sí, pero jamás supimos quién era... En fin, ya no es importante. Debes correr... avisa a los demás... puedes utilizar aquel óleo de la derecha. Dumbledore cree que lleva la delantera, que sorprenderá a Voldemort... ¡y es él quien le tenderá una emboscada!

Aún seguía algo perdido, pero su inconsciente recibió la información fuerte y claro. Colocó sus lentes sobre el tabique de su nariz casi por inercia, suspiró, y entonces lo vio. Vio el cuerpo de Cedric, hecho añicos por el paso del tiempo y el afán de eternidad. Y aunque ansiaba encontrar en él el rostro de su padre, agitó la cabeza, mareado, y volteó hacia el cuadro.

Se veía a un ejército espartano a las afueras de un gran fuerte de piedra. Pensó en Ron, en Hermione... pensó en la AD. ¿Estarían luchando ahora, ignorando la pesadilla de la que él era preso? Lo más probable era que sí, que sí estarían peleando, creyendo a ciegas en un motivo... un motivo que él, el Niño-Que-Vivió, su líder, les había dado.

Remus se inclinó ante Cedric, lo observó un momento, y luego elevó la mirada hacia el Velo, ahora silencioso y quieto como si jamás hubiera cedido a una de sus almas. Apretó los labios, ensombrecido, para girar luego hacia Harry. Sus ojos, brillantes en tristeza, lo instaron a sobreponerse y andar. Muchos dependían ahora de la rapidez de su mensaje...

Harry dejó rodar la última de sus lágrimas. Sirius... Ojalá esté abrazando a su padre por él.

Capítulo veintinueve

La Hoguera del Miedo

Draco Malfoy pasó una mano por su cabello plateado, suspiró (tratando de pasar inadvertido) y asintió por enésima vez. La tozudez de los Altos Elfos comenzaba a exasperarlo.

- Entonces... - continuó preguntando Ingolmo, cuyos pasos largos y ágiles hacían que Draco tuviera prácticamente que correr para ir a su lado - ¿Sabes cómo encontrar a Eärendil?

- No, no lo sé con seguridad, pero lo intuyo. Tengo... tengo cierta información sobre el Señor de las Tinieblas que nadie más maneja...

Ingolmo lo observó un segundo, suspicaz, pero no dijo nada. Draco tampoco quiso dar más explicaciones, por lo que desvió su mirada y siguió caminando, hasta que se detuvieron sigilosamente tras un roquerío en el que terminaba la arboleda. La luna brillaba intensamente, despejándoles el camino, mostrándoles todo lo que había frente a ellos. El trasladador proporcionado por Dumbledore había funcionado: ahí, a no mucha distancia, a los pies de la colina, una mansión sombría y atrayente destacaba en un paisaje casi llano. Draco lo corroboró. La Mansión Riddle.

Un elfo de nariz respingada y ojos pequeños, se acercó a Ingolmo por la derecha. Se inclinó suavemente, le susurró algo, y el viejo asintió. Luego giró la vista hacia Draco, quien no pudo evitar sentirse intimidado por el poder de una simple mirada Tareldar.

- Dejaré que nos guíes - sentenció, serio - Al comienzo dudé de tu insistencia en acompañarnos, pero no puedo pretender que maneje terrenos Istaris cuando la realidad es diferente. No podemos perder tiempo en reconocimientos de campo... - Elevó un poco su brazo, agitando su túnica blanca, y apuntó hacia la mansión - Guíanos. Demuéstranos dónde está tu lealtad.

Draco tragó saliva, pero asintió, subiendo el mentón. No evidenciaría su nerviosismo. Por más imponentes que fueran aquellas criaturas, él era un Malfoy, y no se doblegaría... Asintió nuevamente, observó con atención el campo abierto, y luego hizo un gesto para que lo siguieran. Creía tener todo calculado, pero ¿qué pasaría si fallara, si estuviera él mismo enredado en una trampa? ...

No demoraron demasiado en llegar, debido en gran parte a que los Altos Elfos se movían con una agilidad sorprendente, casi como si levitaran a ras de suelo. Draco fue el primero en pasar la cerca; estaba vieja y carcomida, acentuando el carácter de abandono de la mansión. Su idea era cruzar el jardín trasero y entrar, si aquello era posible, por la puerta del subterráneo. Nadie tendría que notar nada...

Draco los hizo detenerse a unos pasos de la puerta rasgada que daba al sótano, sólo por precaución. Dijo no estar seguro de que el lugar estuviera desierto, y ya que él había tomado el peso de comandar la misión, tenía que asegurarse de no arriesgarlos a todos innecesariamente, aun cuando un sólo movimiento de mano de un Tareldar era más poderoso que el hechizo más intrincado de cualquier mago...

Empujó la puerta con los nudillos. Hizo un crujido seco, como si aquella no se hubiera abierto hace años. Dejó al descubierto un sitio mediano de aspecto lúgubre, húmedo, que recibía un poco de luz únicamente a causa del tintineo ocasional de una ampolleta, sugiriendo una baja de voltaje. Estaba

sumamente sucio, tanto que Draco no pudo evitar toser apenas asomó su cabeza en la habitación.

Los Elfos entraron antes de que el rubio Slytherin les avisara que podían pasar. Estaban muy nerviosos... Sentían que cada segundo que perdían era un segundo menos de vida para Eärendil. Y no estaban muy lejos. De alguna forma, Draco se debatía en sus sentimientos; quería y no quería tener la razón. Por un lado, deseaba estar en lo cierto sobre el lugar donde la tenían, aquel que él conocía muy bien. Ya había estado ahí una vez, encerrado por error, y fue tan espantoso que aquella sensación desoladora lo acompañaría de por vida. Voldemort realmente sabía cómo amedrentar a sus rehenes... Pero, por otro lado, quizá prefería equivocarse, pues si Eärendil estaba en el lugar que él pensaba, corrían el riesgo de encontrarla... sin vida.

Mientras avanzaba lentamente en la oscuridad, llevó una mano a su frente y secó su sudor. No quería recordarlo, pero la imagen lo asaltó con violencia. Era navidad, del año pasado. Él y su padre, Lucius Malfoy, habían estado de visita en la Mansión Riddle... y aunque sólo había sido un segundo, se le había ocurrido preguntar... Idiota, por qué había preguntado... “Padre, padre... ¿qué es eso? Dime, muéstrame cómo funciona”. Mala opción. Jamás tendría que haberlo hecho. Lo único que recibió como respuesta fue un fuerte golpe, empujándolo dentro de aquel cubículo indescriptible... y el sonido de una reja al cerrarse. Y así, entre confundido y adolorido, comenzó a sentir el efecto... El ardor en sus pupilas, el zumbido en sus oídos... Su garganta extremadamente seca y la angustia, la angustia que comenzaba a latir en sus venas, ahogándolo... Levantó apenas su brazo, llamando a su padre para que lo sacara de ahí. Lucius sólo sonrió tras los barrotes. “¿No querías saber cómo funcionaba? Bueno, ya está. Lo llamamos ‘La Hoguera’. No hay fuego, pero tiene suficiente miedo como para consumirte hasta las cenizas...”.

Sintió un leve mareo, por lo que se apoyó en la pared. Un elfo lo observó, frunció el ceño, pero siguió su camino. Draco no lo advirtió; estaba demasiado asqueado tratando de liberarse del recuerdo. Había sido espantoso... y él sólo había pasado un par de minutos ahí, hasta que llegó su madre y lo sacó. Recordaba haber visto pelear a sus padres, pero esa vez fue particularmente violento. Narcissa no se detuvo en gritos, ni insultos, ni insinuaciones... sólo una mirada de odio profunda tras esos ojos celestes que él había heredado. Acto seguido, sacó su varita, abrió los barrotes, lo ayudó a levantarse y se alejaron de Pequeño Hangleton.

Era extraño, pero luego de aquel episodio Draco no había vuelto a ver a su padre. Pasó el resto del año en misiones extrañas, secretas, pero absurdamente evidentes para él. Era un Malfoy, y como tal, estaba al tanto de todos los movimientos de Los Caballeros de Walpurgis... o Mortífagos, como usaban llamarlos. Él prefería el nombre anterior, el de antaño... aunque, claro, nadie le pedía su opinión. Nadie reparaba en él... sólo era un paje de observación, al menos hasta la mayoría de edad. Así lo había dispuesto su padre, y él era incapaz de contradecirlo. Pero, este año, este día, en estas circunstancias, no sabía con claridad si debía mantener ese respeto, ese miedo infinito que lo obligaba a bajar la cabeza ante Lucius Malfoy, aun cuando deseara rebelarse. Había tenido la osadía de presentarse ahí hoy, en la Mansión Riddle, sin previo aviso o invitación, y sabía que lo pagaría... pero no era ese el asunto principal. No era el momento de decidir de parte de quién estaba; su motivo en Pequeño Hangleton era otro, y bastante más acotado y urgente que su reflexión sobre fidelidades. Tenía que encontrar a Eärendil, o moriría sin más remedio - estaba seguro - consumida en “La Hoguera”...

Por fin había llegado a la escalera, aquella que conectaba el sótano con la cocina. Suspiró nervioso, hizo un gesto a Ingolmo, y apuntó hacia el sitio hueco bajo la fila de escalones; no se veía más que polvo y oscuridad,

pero Draco no perdió tiempo en explicaciones. Se acercó, raudo, sacó su varita y exclamó “¡*Lumos!*”, dirigiendo la luz hacia la esquina. Únicamente así se descubrió lo oculto: era un extraño cubículo tipo celda, cubierto de ciertos brillos que, más que atraer por su exótica belleza, instaban a alejarse. El sólo hecho de estar erguido frente a ese montón de barrotes les congelaba la sangre, pero la figura que terminaba de armonizar el cuadro, entumecida al centro del concreto, lo volvía todo aún más estremecedor que el peor de los silencios. Su cabello castaño parecía flotar a causa de una brisa inexistente; sus labios estaban azules, quebrados, y sus manos y pies se contraían en un gesto vano por protegerse...

Draco agradeció, minutos después, que los Elfos fueran más rápidos que él para reaccionar ante este tipo de cosas. Él apenas pudo moverse, petrificado frente a la escena, pero un elfo pasó a su lado, raudo, tomando los barrotes con sus manos. Claro que, tan sólo unos segundos después de aquel contacto con el hierro, abrió los ojos al máximo y se soltó, angustiado, haciendo un gesto de terror que alarmó al resto. Retrocedió, pero alguien lo detuvo.

- *Caurë* - murmuró Ingolmo, levantando su mano y fijando la mirada en los fierros. Los Elfos que iban con él asintieron, serios, y dieron un paso atrás. Él, en cambio, avanzó con paso decidido, apuntó con las palmas de sus manos hacia el cubículo y, sin decir ni una sola sílaba, un halo plateado la rodeó.

El piso se sacudió un segundo, y el polvo acumulado en las paredes se transformó en niebla, aunque no lo suficientemente espesa como para dificultar la visibilidad. El resto fue sencillo; la puerta se abrió sin siquiera tocarla. Desde atrás, y aún con las manos levantadas, observó el cuerpo de Eärendil, levantándolo del suelo en un acto invisible, para luego dejarla a sus pies. Sólo entonces un par de elfos se acercaron, nerviosos, sin atreverse a tocarla. Luego Draco entendió que no había necesidad de eso; los siete

Tareldar que conformaban el grupo se arrodillaron junto al cuerpo, pusieron sus manos sobre ella y cerraron los ojos. Una nube rojiza se levantó por sobre sus cabezas, y una onda de calor llegó hasta los pies del chico Slytherin, provocándole un escalofrío. La varita de Draco cayó al suelo, pero aquel “*lumos*” ya poco importaba. La luz que emanó del cuerpo de Eärendil bastaba para iluminar todo el cuarto.

Frente a sus ojos, pasmado, ella se levantó, ayudada por Ingolmo. Se sacudió la túnica, tomó aire lentamente, cerrando los ojos, y luego giró la cabeza, fijándose en Draco. Él no pudo moverse, mientras Eärendil intentaba sonreír.

- *Aélrin...* - dijo, y aunque a Draco le hubiera gustado ser algo más efusivo, la situación no era lo suficientemente cómoda para hacer lo primero que se le pasara por la cabeza. Recibiendo desde el grupo de elfos más de una mirada inquisidora, y creyendo haber entendido el sentido de aquella palabra extranjera, se limitó sólo a mover la cabeza, como diciendo “de nada”.

En todo caso, no habrían tenido tiempo de intercambiar más impresiones. El Tareldar más cercano a la escalera dio un salto; sobre sus cabezas algo comenzó a moverse. Alguien... más de alguien estaba en la casa. Muchos pasos acompañaban el arrastre de capas, y en cualquier minuto los descubrirían...

- ¡Rápido! - exclamó Draco, corriendo hasta el otro extremo del sótano - ¡Ayúdenme! - gritó a un par de elfos, y tras el gesto de Ingolmo, fueron hasta allá. Corrieron algunas cajas, mientras Draco, en cuclillas, quitaba con su túnica el polvo pegado en el concreto. En pocos segundos un rectángulo sobresaliente en la pared comenzó a adquirir forma... como una puerta trampa, una salida...

Draco lo golpeó en la base, una, dos y tres veces, hasta que se oyó un crujido y la tapa se soltó. La abrió con cuidado, dejando entrever algo de luz.

- Es un túnel - les dijo, agitado - ...cruza el jardín delantero y llega hasta la próxima calle. Es la única forma de que no los atrapen...

Ingolmo asintió. No dudó ni hizo preguntas; movió sus manos e instó a los suyos a entrar tras él. Ya no había tiempo. Un nuevo sonido los estremeció; alguien intentaba liberar la cerradura de la puerta de la cocina. Pronto los verían, y entonces...

- ¡Vamos! - volvió a exclamar Draco a Eärendil, la última del grupo. Pero ella no se movió. Él arqueó las cejas - ¿Quieres que te maten?! ¡Anda, entra ya!

Ella negó, imperturbable tras sus ojos lilas.

- No iré a ningún lado.

Draco se levantó, entre angustiado y exasperado, encarándola.

- No sé cómo lo habrás hecho ni me interesa saberlo, pero no muchos entran en “La Hoguera” y escapan para contarlo... ¡Acabo de salvarte la vida! ¡¡Ahora, haz lo que te digo y sal de aquí!!

Pero ella se mantuvo quieta, tan seria que su mirada parecía desafiar. Draco apretó los dientes y cerro sus puños con fuerza. ¿Acaso se había vuelto loca? Un estruendo les indicaba que un grupo de personas ya había traspasado la puerta, y el saltar de la madera acompañaba sus pasos. Sólo tenían unos segundos...

- He... dicho... - comenzó a decir, nervioso. El sudor se agolpó en su frente, y su corazón empezó a latir con violencia. No estaba preparado para combatir, ni menos para defender a un tercero, por lo que tragó saliva y levantó, tembloroso, su brazo derecho. Su pulso estaba acelerado, pero no le impidió apuntar a Eärendil, directamente al rostro, con su varita - ...Vete... de aquí... ahora...

Ella no se movió, pero sus ojos se humedecieron. Quizá temblaba ...

- ¿Draco?

Draco giró sus pies tan bruscamente que casi se tuerce el tobillo izquierdo. Hizo una mueca de dolor, pero se olvidó de aquello en un segundo. Tres mortífagos conocidos lo miraban con rostros confusos. Él les devolvió un gesto de horror y, casi resignado, volteó sobre su hombro para mirar a Eärendil. No era culpable, ella fue la que no quiso escapar..

Parpadeó, abriendo parcialmente la boca de asombro. No vio a nadie. Nadie se erguía a sus espaldas, desafiándolo con una mirada que mezclaba compasión y valentía. Aquel par de ojos lilas había desaparecido.

- ¿Draco? ¿Qué haces aquí! ¿Tu padre te envió?

Sin atreverse a inventar excusas baratas, prefirió seguir la corriente y asentir.

- Él c-creyó... c-creyó que p-podría ser-rles útil-l...

Nott levantó una ceja y escudriñó a su interlocutor, intrigado, pero no lo pensó demasiado.

- Es extraño, Lucius no nos dijo nada al respecto. Pero está bien, síguenos - Curvó sus labios en una sonrisa ruin, mostrando sus dientes opacos - Debemos regresar con los otros, pero teníamos que venir a recoger la basura...

Los tres mortífagos retrocedieron unos pasos y caminaron hasta la escalera. Pero no tenían intención en subir. Su objetivo era otro... era una celda, un cubículo frío de tortura...

- ¡No! - gritó Draco, haciéndolos voltear. Nott agudizó su gesto de confusión - No... No la encontrarán. Ella ya no está ahí.

Otro de ellos, aquel de apellido Avery, hizo una mueca de horror y corrió hasta “La Hoguera”.

- ¡Es cierto, está vacía! ¡El Maestro nos matará!

Nott abrió la boca, pero lo pensó un momento antes de emitir sonido. Luego caminó de vuelta hacia Draco, esta vez con cara de pocos amigos.

- Dónde está la elfa, Draco...

El rubio de Slytherin tragó saliva notoriamente, pero sacó fuerzas de flaqueza y no movió ni un pie. Mantuvo la cabeza en alto mientras pudo.

- Yo... y-yo no...

El tercer mortífago, Teller, hizo rechinar sus dientes.

- Dónde... está... ella...

Draco suspiró, angustiado. “Piensa rápido, piensa rápido...”.

- Ellos... los otros fenómenos, esos Elfos... ellos vinieron y se la llevaron...

- ¡¿Los Elfos?! - repitió Nott, incrédulo, deteniéndose abruptamente. Su gesto había cambiado - ¡No es posible! Ellos no sabían... no podían saberlo... - Apuntó a Draco, demostrando en sus ojos el terror de haber perdido a su rehén - Sólo alguien que posee la confianza del Maestro puede ver “La Hoguera”. ¡No pueden haberla liberado así sin más!

- ¿Y qué tanto sabes tú sobre Elfos? ¡Son abominables, con poderes que ni imaginarías! ¿Cómo sabes que no pueden abrir una simple celda? Cuando llegué no vi más que capas y polvo, y no me dio tiempo para enfrentarlos...

Avery, unos pasos tras Nott, hizo un gesto de exasperación. No podían seguir perdiendo tiempo valioso.

- Entonces aún tenemos una oportunidad. Vamos, habla rápido. ¿Por dónde se fueron? ¡Dijiste que los viste huir!

Draco abrió los ojos al máximo. Sabía que aquello vendría... aquel temido momento de discernimiento, pero jamás creyó que sería tan pronto. ¿Y ahora, qué les diría? ¿Qué debía hacer? Nadie lo había enviado ahí, él no peleaba por Dumbledore... En lo que a él concernía, el Director sólo era un viejo chillado que protegía sangre-sucias, lo que no era un buen referente. No, esto no era por él, ni por nadie más. ¿Qué le importaban un puñado de sucios elfos? No compartía su causa, él nada tenía que ver en esta batalla. Sólo tenía que decirles lo correcto, enseñarles el camino... Él había cumplido su parte, los había llevado hasta Eärendil... Si los Mortífagos daban con ellos ya no era su problema. Su misión terminaba ahí, ellos tendrían que cuidarse solos. Pero, ¿por qué lo había hecho? ¿Por qué había arriesgado su pellejo de esa manera? Cuando su padre supiera, cuando los Mortífagos se enteraran... Lord Voldemort lo mataría con sus propias manos, estaba seguro. Tembló. Al menos los Elfos tenían la ventaja...

- Aquí - dijo de pronto, seco, apuntando a sus espaldas sin mover más músculos de los necesarios. Trató de contar mentalmente los minutos, calculando el tiempo que demorarían los Tareldar en cruzar el jardín - Creo que descubrieron la puerta-trampa y salieron por ahí. Quizá aún puedan alcanzarlos...

- ¡¿Quizá?!! ¡TU debiste seguirlos, incompetente! - le gritó Teller, acercándose a Draco con agresividad. Y aunque el Slytherin dio un paso atrás, creyendo que había reaccionado lo suficientemente rápido, una bofetada certera lo golpeó en mitad del rostro, haciendo que se azotara contra un montón de cajas cercanas.

Hosco, prosiguió con un escupitajo en su dirección y una sarta de insultos sobre la torpe línea Malfoy, pero pronto se atragantó con sus propias palabras. De la nada, un flash iluminó la sala completa, y para cuando Nott pudo enfocar con claridad, un rayo azulino tomó a Teller por el estómago, lo elevó unos centímetros y cruzó con él todo el sótano, para terminar en un duro “¡*crack!*” contra el muro contrario.

Ni siquiera alcanzó a gritar. Su cuerpo, pegado unos segundos a la pared, se deslizó lentamente hasta topar el suelo, dejando una brillante estela rojiza camino a su cráneo. Su expresión, entre sorprendida y aterrorizada, quedó estampada en su rostro inerte con absurda quietud.

Nott y Avery demoraron varios segundos en reaccionar, y aún más Draco, quien desde el suelo escudriñó rápidamente la oscuridad, buscando. Pero los Mortífagos pronto se adelantaron. Mientras Nott daba un paso hacia Teller, estupefacto ante la situación, Avery avanzó con su varita preparada hasta la puerta camuflada, observándola con sigilo.

- Vino de ahí, estoy seguro... vino de ahí... - murmuró Avery, quebrando el tono.

Nott no agregó nada más. Sin pensarlo dos veces, se internó en el lúgubre túnel, y Avery fue tras él. El silencio que siguió fue denso y siniestro, por lo que Draco se incorporó de golpe. No compartiría la misma habitación con un cadáver.

- ¿Estás bien?

Tal como “La Hoguera” se había descubierto ante los Elfos sólo con el toque de la luz, la silueta de Eärendil se hizo patente cuando Draco apuntó hacia el origen de la voz, gritando “¡Lumos!”. Esta vez su mirada, aquellos ojos lilas que lo hacían tartamudear, era serena. Aún algo turbado, asintió, limpiando la sangre de su nariz con la manga de su túnica.

- ¿C-Cómo... cómo tu...?

- Manto de invisibilidad - contestó, directa, sin apenas alterarse. Que su túnica tuviera la habilidad de hacerla desaparecer era, para ella, lo más natural del mundo. Entonces Draco suspiró, repentinamente enojado.

- C-Creí haberte ordenado que t-te alejaras... ¡¿No dijiste que entendías mi idioma?!

Eärendil abrió sus ojos al máximo, indignada, observando de reojo el cuerpo inerte de Teller al fondo de la habitación.

- ¡Desagradecidos Istaris! Qué osadía... ¡acabo de defenderte!

- ¡Y yo te salvé la vida! Estamos a mano, ¿no?

La Elfa clavó su mirada en él, irritada, y luego asintió levemente, elevando su mentón en un gesto de orgullo herido. El segundo siguiente se hizo pesadamente incómodo entre ellos, por lo que su movimiento fue rápido. Dándole la espalda, y sin decir ni una palabra, caminó un par de pasos y se puso en cuclillas.

- ¿Qué crees que haces? - preguntó Draco, levantando más su varita para que la luz se expandiera. Ella le devolvió una mirada distante.

- Regresa a tu castillo, Istari. Ya has hecho suficiente. - Draco frunció el ceño y abrió la boca para protestar, pero no encontró las palabras. Entonces ella suspiró, haciendo un ademán de reflexión - Es decir... Agradezco lo que has hecho por mí, pero ésta no es tu lucha. Ve, regresa con los tuyos... sabes por qué lo digo. Si no has definido aún tu lealtad... si no sabes de qué lado estás, sólo encontrarás desgracia esta noche. Hoy no habrá héroes.

Draco fue incapaz de contestar. ¿Qué decir ante eso? Se miraron intensamente un segundo, y de pronto tuvo la impresión de que sería, quizá, la última vez. Una extraña tristeza le revolvió el estómago, pero no se evidenció. Eärendil lo había congelado en su sitio, y aunque ella tampoco parecía muy feliz, no se quedó a admirar el efecto de sus palabras. Giró pronto la cabeza, estiró sus manos hacia el hueco en la pared y se perdió de vista, dejando al Slytherin peleando con sus sentimientos.

Bajó la mirada, y cerró los puños con impotencia. Después de todo, y aunque hirviera en ira al aceptarlo, ella tenía razón. No sabía dónde estaba su lealtad, a quién debía seguir, y mientras no definiera aquello, nada cobraría sentido. Era un Malfoy, un digno hijo de Mortífago. ¿Pero era él realmente uno de ellos? ...

Volteó con lentitud, se encontró con la mirada perdida de Teller, y un escalofrío recorrió su espalda. Sin importar la decisión que llegara a tomar, al menos de algo estaba seguro. No se enfrentaría a un Elfo jamás.

El silencio fúnebre, espeso, que cubría las paredes de la abandonada tienda de Antigüedades, se llenó de pronto de un extraño rumor. El piso de la habitación central comenzó a temblar, algunos candelabros tintinearón sobre sus ejes y varios cuadros amenazaron con caer... salvo uno. Uno grande e imponente, fuertemente apegado a su base, desde el cual podía apreciarse un par de vastas colinas verdes. Aunque no estaban desiertas; en la cima de una de ellas, un gran fuerte de piedra se alzaba como la construcción dominante, mientras, no mucho más abajo, cientos de soldados espartanos avanzaban decididos, con lanzas y escudos en sus manos, fijos en su objetivo...

Un potente *flash* iluminó el cuarto en milésimas de segundo, y apenas un momento después, las delegaciones bélicas saltaron disparadas hacia esquinas opuestas del cuadro. Había que hacer espacio; un joven de lentes intentaba pasar.

Pero más que “traspasar”, fue literalmente expulsado por el óleo. Harry no sabía dónde caería, por lo que ya venía preparado. Si bien había cerrado los ojos, sus brazos se estiraban hacia adelante para amortiguar cualquier golpe, posición que le sirvió bastante al chocar de cabeza contra el piso de madera. Trató de sentarse, sobó su frente arrugando la nariz, y luego arregló la postura de sus lentes. No había que procesar demasiado para saber que estaba en una tienda, muy del estilo de aquellas que llenaban los pasillos del Callejón Diagon, y que el abandono la tenía en aquel deplorable estado. Entonces suspiró; Lupin tenía razón. Llegó directamente a Pequeño Hangleton.

Se levantó y sacudió sus pantalones, pero luego debió sujetarse en la mesa más cercana. Estaba mareado, y su cicatriz ardía bajo su cabello con intensidad. Suspiró de nuevo, nervioso esta vez. Lord Voldemort debía estar muy cerca de ahí... Rápidamente buscó la salida, y cerciorándose de que nada o nadie lo estuviera acechando, salió a la calle.

Era peor de lo que hubiera creído. De pronto se sintió dentro de aquellas viejas películas que a Tío Vernon tanto le gustaban... Esas de vaqueros, de pistoleros salvajes y pueblos abandonados. Un zumbido suave rodeaba las casas y arremolinaba los restos de maleza, deslizándolos por la calle y acentuando su carácter siniestro. Era una noche particularmente oscura, no obstante se encontraran en plena primavera. Las nubes negras ocultaban la luna a ratos, y salvo un puñado de estrellas dispersas, nada más proporcionaba un poco de luz.

Harry se estremeció. En un escenario como ese, cualquier pelea la ganaría quien dominara la noche...

Sin saber exactamente hacia dónde debía dirigirse, siguió una suerte de inercia energética y se internó en la oscuridad. Sólo esperaba llegar a tiempo. ¿Los estaría esperando una trampa? Pero más que eso, ¿Tendría razón Remus al decir que Voldemort preparaba una emboscada? ...

Recordó que su última preocupación, antes de verlo desaparecer tras el cuadro, residía en el Imagofraus, en el holograma. Se preguntaba el motivo real del engaño. Y Harry, por su parte, no sabía qué pensar. ¿Qué ganaba Voldemort con mantenerlo ocupado, lejos de la batalla? ¿No era acaso él su principal oponente?

Un violento escalofrío lo atacó de repente, y aunque en aquel instante no entendió por qué, bastó con agudizar el oído. Aguantó la

respiración. Ese sonido, es roce, podía reconocerlo y atormentarlo sin importar en qué lugar del mundo estuviera erguido. Y aun cuando ahora supiera cómo enfrentárseles, aun cuando dominara la técnica, no estaba en el mejor minuto de su vida para desplegar sus capacidades. Si llegaba a encontrarlos, después del episodio en el Departamento de Misterios, se convertiría en una presa fácil para ellos... muy fácil. Su tristeza sería una delicia para los Dementores...

No lo pensó dos veces y se refugió bajo el alero de una casa en ruinas, justo en la esquina de un cruce de calles. Sacó su varita, se irguió en posición de ataque, y esperó. La oscuridad que le proporcionaba aquel rincón no suponía ningún obstáculo para los ex-guardianes de Azkabán, pero podría mantenerlo fuera de su alcance visual por el momento, aunque no sabía por cuánto...

Trató de enfocar la vista hacia el fondo de la calle, pero todo estaba muy oscuro... demasiado... Giró su rostro hacia el lado norte, y ahí, aunque siempre en penumbras, podían vislumbrarse ciertos puñados de estrellas, acompañando a una luna débil tras gruesas nubes. Luego regresó la vista hacia el lugar anterior. No veía nada; ni los árboles a los costados, ni los vestigios de las casas, ni el monte cercano que debería asomarse...

- ¿¡Tú!?

Aquel siseo indescriptible le congeló la sangre en las venas. Oírlo fue tan inesperado que no tuvo tiempo de pensar en correr, o en esconderse más, o en preparar su varita. Aquella voz, cerca pero arrastrada a ratos, bastaba para inmovilizarlo... Parpadeó, movió lentamente su cuello, y trató de buscar entre la penumbra la fuente de aquel sonido. Pero solo veía negro, negro...

De pronto esa pared de tinieblas comenzó a dispersarse, mientras Harry pegaba aún más su espalda a la madera podrida de la casa tras

él. Lo que antes era una masa homogénea, poco a poco se fragmentó en esbeltas figuras amorfas, cadentes, sinuosas y lentas, como si les costara un gran esfuerzo separarse, rozando apenas la tierra bajo sus pies. Los grandes harapos, rasgados en mangas y bordes, fue el primer detalle que Harry advirtió con notoriedad, y tras eso - o mejor dicho, tras “ellos” - una figura en sombras alzaba su cabeza por sobre un improvisado sillón en el porche de una tienda abandonada. A simple vista no había duda: era un hombre, enfundado en una capucha muy parecida a la de sus acompañantes, pero éste, en un movimiento rápido y viscoso, dejó lucir sus rasgados pero penetrantes ojos rojizos.

Harry tragó saliva, y sin aguantar más aquella posición de niño asustado, giró su cuerpo, bajó un par de escalones hacia la calle, y elevó el rostro hasta quedar frente a Voldemort, aunque los separaran bastantes metros. Los Dementores inclinaron sus cuerpos directamente hacia él; no obstante, no se decidieron a hacer ningún movimiento, extraña táctica que sólo acrecentaba el temor de Harry. Eran muchos... decenas de ellos. Bastaría un segundo para cambiarlo todo...

- Tú... - volvió a decir Lord Voldemort, asqueado y despectivo esta vez, con cierta ira desatada, estirando su brazo escamoso para apuntar a Harry - ¿Qué haces TU aquí? Se supone... Rabastan y Rodolphus... ¡¡No deberías estar aquí!!

- ¿Ah no? - se atrevió a decir Harry, sintiendo sus piernas temblar. Más allá de la figura serpenteada de Voldemort, por sí misma suficientemente intimidante aunque sólo viera su silueta, a Harry le preocupaban los Dementores. No quería... no podría enfrentarse a ellos - ¿A-Acaso no soy yo a quien buscas?

Lord Voldemort pensó un segundo, y luego, en un gesto más bien macabro, sonrió a medias.

- No, no lo eres... pero ya que has logrado llegar hasta este lugar, me harás todo más fácil. - Levantó su brazo a la altura de su hombro, extendiendo el puño - Sólo será cuestión de esperar...

Harry alzó una ceja, desconcertado por aquel trato parsimonioso, pero no demoró en comprender sus intenciones. Como una enredadera iracunda, dos tallos rugosos aparecieron estrepitosamente bajo sus pies. Abriendo la tierra en un ligero temblor, amarraron sus piernas con fuerza, inmovilizándolo, y aunque más bien parecía una alucinación que sólo sucedía en algún lugar de su mente, la confusión y el miedo no lo dejaba razonar. De la nada, repentinamente estaba cansado, tan cansado... Restregó sus ojos una y otra vez, pero no lograba mantenerlos abiertos, seguir alerta... Su estómago empezó a doler, su cabeza daba vueltas, sus piernas seguían sin responder, y el murmullo de voces conocidas comenzaba a rondar sus oídos, como lamentos desprendidos de una vieja cinta...

Voldemort bufó en señal de triunfo.

- ¿Cansado, Potter? No te preocupes, no hay necesidad de correr...

Voldemort volvió a elevar su mano derecha, murmuró palabras que Harry no alcanzó a entender, e hizo un gesto a los Dementores que lo acompañaban. Lánguidos pero igualmente tenebrosos, emprendieron camino hacia el adolescente, deslizándose a un centímetro del suelo...

Como un rayo, una punzada aguda cruzó su cabeza desde su cicatriz hasta su nuca, haciéndolo gritar de dolor. Llevó las dos manos a sus sienes, cayó de rodillas y soltó su varita, rodando ésta varios metros lejos de él. No a poca distancia, el aliento nauseabundo de uno de los Dementores llegó a sus oídos, estremeciéndolo... Cerró sus ojos con fuerza, como si quisiera evitar

que las voces lo rodearan, lo noquearan... pero era inútil, tan inútil como correr...

“¡Lily, toma a Harry y huye! Yo intentaré detenerlo... ¡Corre querida, sálvate...!”

“No, por favor... ¡te lo ruego! ...No mates a Harry, mátame a mí en su lugar...”

“Harry, tienes que ser fuerte... ¡no sueltes tu varita! Prométeme que le llevarás mi cuerpo a mis padres... ¿lo harás?”

“Yo lo tuve a mi lado por mucho tiempo, Harry... tú no lo abrazaste jamás...”

- ¡¡NNOOOOOO!!

Aquel grito de desesperación rebotó en los tejados cercanos, provocando un eco entrecortado y arrollador. Voldemort, por su lado, soltó una carcajada condescendiente.

- Vamos, muchacho... creí que eras inteligente. No se enfrenta a los Dementores así de debilitado, mucho menos si tienes una desgracia reciente. Mmmm... - Entre las sombras que no dejaban apreciar la libertad de sus movimientos, pareció llevar una mano a su mentón - Me arriesgaré a adivinar. Veamos... ¿Murió ya el licántropo? ¿O... Black, quizá?

Harry parpadeó y elevó la mirada. Ya no tenía fuerzas, ni siquiera para enfurecerse. Las lágrimas se agolpaban en sus ojos, y todo le daba vueltas. No podía soportar escuchar el llanto de su madre, o las súplicas de su padre... Cuatro Dementores lo tenían rodeado por completo, congelando su microambiente en un par de segundos. Su cercanía con ellos había marchitado y consumido a la enredadera que sujetaba sus pies, pero ya no importaba; de cualquier modo era incapaz de huir. En algún rincón de su cabeza su madre estaba luchando por él, defendiéndolo, y su voz lo atrapaba de tal manera que

no podía estirar su brazo hacia su varita, para llamarla y tratar de invocar su Patronus...

“No lo hagas... Por favor, no lo hagas... A Harry no, a Harry no...”

La sombra nauseabunda de las bestias de Azkabán ciñó sobre Harry un desconsuelo jamás vivido. No podría volver a sentirse feliz... Ya no más, nunca. Todo estaba perdido... Veía a su madre correr con él en brazos, protegerlo con su cuerpo tras ese rayo verde luminoso... La voz de Sirius, su rostro, llamándolo, pidiéndole que lo siguiera tras el velo...

“Nunca estarás solo, Harry... nunca estarás solo”

Una mano en forma de garra, grumosa y purulenta, se alojó en el último tramo de su cabello sin que él pudiera oponer resistencia. Estaba totalmente petrificado, en parte por el recuerdo de sus peores momentos, en parte por la amenaza insaciable de los Dementores...

Pero algo sucedió. Al tiempo que el Dementor se inclinaba, tomando la cabeza de Harry con la clara intención de propinarle el “Beso de la Muerte”, dejó un espacio entre él y su compañero, lo suficiente para que le permitiera entrever el fondo de la calle. Y ahí la vio. Al principio creyó que era una alucinación, una imagen creada por su mente momentos antes de morir, pero en aquellas milésimas de segundo, su composición se hizo tan nítida, que de sus labios asomó una sonrisa. Mientras, al compás del jadeo pútrido de los guardianes, la voz de Sirius volvía a repetirse, insistente...

“Nunca estarás solo...”

- Nunca estaré solo... - balbuceó Harry, haciendo un último esfuerzo para mirar hacia la calle empolvada, quebrada sólo por la figura de un hombre en una ancha túnica negra.

Y luego dio gracias por haber tenido la fuerza de hacerlo. Una mariposa algo traslúcida, grande y majestuosa, de un color azul brillante y de destellos plateados esparcidos a su paso, apareció desde la oscuridad para llenarlo todo de luz. Fue tanto su resplandor, que a Harry le sugirió un día soleado...

Los huecos cavernosos que aquel Dementor tenía en lugar de ojos, se detuvieron a centímetros de Harry pero, tan rápido que no alcanzó a procesarlo con claridad, su hedor y sus ropas rasgadas se esfumaron de su lado en cuestión de segundos. Giró el rostro hacia su derecha, y los tres Dementores que antes acompañaban el ritual, también se habían desintegrado, o en su defecto, habían huido con premura...

Lord Voldemort se había hecho a un lado tranquilamente, como quien espera el arribo del tren. Sin inmutarse siquiera, vio a la mariposa cruzar toda la avenida, ahuyentando a los Dementores, incluso desintegrando algunos, para situarse luego justo frente a Harry, quien había logrado acomodar sus lentes y recuperar su varita. Ella, tan solemne como la primera vez que se apareció en una lejana clase de Defensa Contra las Artes Oscuras, se inclinó suavemente hacia él, movió ligeramente sus antenas, y emprendió su vuelo de regreso hacia donde había venido.

Harry la siguió con la vista. Sobrevoló la calle - tratando de pasar lo más lejos posible de Voldemort, aunque éste contemplaba la escena casi aburrido - y descendió a unos metros de él, hacia el costado izquierdo, donde una persona de túnica blanca la esperaba. Su luminosidad y belleza duraron sólo unos segundos más, ya que la chica que la aguardaba levantó su brazo y convirtió su mariposa en un puñado de brillos. Luego avanzó un paso,

dos, hasta que la luz de luna que logró colarse entre las casas, luego de la huida de los Dementores, acentuó sus facciones. Sus ojos celestes ardían en furia.

- Mi querida Aranel... - comenzó a decir Voldemort a unos metros de distancia, haciendo una reverencia irónica ante ella - Recibí su mensaje, pero comenzaba a creer que no llegaría. ¿La ha tratado bien el mundo Istari?

- Basta de estupideces, Voldemort - respondió Stella de pronto, dura y enfática, tensando los músculos de su rostro.

Él ni se inmutó.

- Ya me sorprendía que no hubiera descubierto al traidor, siendo ella uno de los suyos... Bueno, nada dura para siempre, ni siquiera un Elfo. ¿Debo suponer que nuestra querida Améthles ya pasó a mejor vida?

Stella no contestó, pero suspiró, alterada, como si hubiera escuchado un gran insulto.

- La usaste... la usaste contra mí. La usaste para alejarme de Harry...

- Sí, sí... - aceptó, indiferente - ...entre otras cosas. La manipulación es mi especialidad, pero si está usted aquí esta noche es porque ha logrado liberarse de ella, ¿no es así?

Stella volvió a callar, pero su gesto implicaba un asentimiento.

- He venido... ahora cumple tu parte. ¡Dijiste que no lo lastimarías! Libera a Harry de inmediato. Es a mí a quien quieres. Cumple tu sueño... Enfrentate, por fin, al escudo que se ha vuelto tu pesadilla.

La sonrisa sardónica que Voldemort había mantenido hasta ese momento se esfumó raudamente, para dar paso a una mueca de asco y desafío.

- No tan rápido, Eleneär Wilwarin...

- No hay nada qué pensar. Tu batalla es conmigo... pero sólo conmigo. Y no te tengo miedo.

La semi sonrisa volvió al rostro escamado de Tom Riddle.

- Puede ser, pero... soy un mago difícil de complacer. Quizá quiera dos cadáveres en lugar de uno.

- Pues tendrás que pelear por ellos...

Harry, aunque confundido por aquel “trato secreto” entre Stella y Voldemort, llenó de aire sus pulmones. Apoyó una mano en la tierra, tambaleó al intentar erguirse pero finalmente lo consiguió. Arregló sus lentes y suspiró, preparando su varita en posición de lucha, aunque su pulso distaba mucho de demostrar seguridad.

Stella se adelantó un paso, levantando su mano en señal de alerta, cambiando el gesto desafiante de su rostro por uno de cariño.

- Harry, por favor...

Voldemort se burló.

- Sí, Harry, querido... será mejor que escuches a tus superiores. Yo ya te lo había advertido, no deberías estar aquí. Por eso odio las relaciones diplomáticas, siempre terminan en guerra...

- ¡Acabemos con esto, despreciable *Matloico!* - exclamó Stella, interrumpiéndolo, sintiendo que el asunto se le escaparía de las manos. Voldemort hizo un gesto

de disgusto mientras, varios metros frente a ella, Harry daba a entender que no se movería - Tu lucha es conmigo. Estoy aquí... ¡qué más quieres! ¡Exijo que dejes a Harry en paz!

- Oh, por supuesto... - pronunció, grave y mordaz - ...pero su osadía debe ser castigada, ¿no cree? Potter está en el lugar y en el momento equivocado. Así que... - giró hacia Harry, sereno pero despectivo, como si en lugar de un joven mago tratara con un simple muggle ignorante - Por favor, siéntate y espera tu turno. Primero debo acabar con tu escudo...

- ...¡¡Y CON TODOS NOSOTROS!!

El gruñido de un animal indescifrable rompió el tenso diálogo entre la Elfa y los dos hechiceros. Atravesando la oscuridad de la noche, y dejando una pequeña estela de polvo tras sus ínfimas pezuñas, un Piare corría a gran velocidad hacia Harry desde una de las calles colaterales. Y pronto tras él, gracias a la poca claridad que la luna podía ofrecerles, uno a uno fueron apareciendo... Hermione y Ron a la cabeza, con rostros entre preocupados y asustados... Luego Neville, Ginny, Luna, Cho, Zacharias, Katie y Terry... Más atrás, apurando el paso, y quizá más hipnotizados por las ruinas del pueblo que por el objetivo de su viaje hasta ahí, corrían Alicia, Collin, Seamus, Dean, Padma, Hannah, Susan y Parvati. Los últimos en hacer presencia fueron Angelina, Owen, Anthony, Lavender, Dennis, Justin y Ernie, ayudando cada cierto tiempo a Theresa, quien cojeaba por su tobillo lastimado. Cuando todos se detuvieron a relativa distancia del Innombrable, sacaron sus varitas y se ubicaron en posición. Ninguno pareció flaquear.

Hubo varios segundos, espesos y lentos como horas, en los que nadie dijo nada. Los rostros de Dennis y Luna hablaban por sí solos; la reptil imagen de Lord Voldemort, enfundada casi completamente en una gruesa

túnica negra, era tan o más escalofriante de la que aparecía constantemente en sus pesadillas. Pero éste era un sueño bastante real... tanto como para sentir su respiración, su aura maligna y su mirada, rojiza y achatada, muy similar a la de las serpientes cascabel que cuidaban la entrada de la sala común de Slytherin.

El rostro semi cadavérico del también llamado “Señor de las Tinieblas” se contrajo en una mueca de odio. Giró ágilmente sobre sus pies, apuntó con su varita directamente hacia Harry, y aunque Owen estaba lo suficientemente atento como para correr y desviar cualquier maleficio, la acción siguiente lo confundió: en lugar de arremeter contra su eterno enemigo, Voldemort apuntó hacia el pequeño Piare, quien yacía exhausto sobre un poco de césped, apenas a unos centímetros de Harry.

Un segundo después, debió voltear y protegerse con sus brazos por el estallido. Víctima de un rayo certero mientras intentaba escapar, el indefenso Piare terminó aplastado contra el cerco de la calle, confundéndose entre sus tripas, sangre y restos de su particular salvación pegajosa.

Alicia, Hannah y Parvati gritaron de horror al mismo tiempo, y Ginny se refugió en el hombro de Owen. Hermione dejó escapar una lágrima; había sido su idea el usar un Piare para encontrar a Harry entre las esquinas del pueblo.

- Vaya, vaya... - comenzó a decir Voldemort, observando la escena que se había conformado varios metros frente a sí: la princesa Tareldar a su derecha, Harry Potter a su izquierda, y, al fondo, un montón de estudiantes entrometidos - Pero qué conmovedor... el niño sin padres tiene apoyo moral. ¿Éste es tu ejército, Harry Potter?

La cabeza de Harry estaba a punto de estallar por un dolor punzante en su sien derecha, pero eso no le impidió tensar sus puños, demostrando claramente su indignación.

- Si lo que quieres es... matar a Stella... - dijo, tomando aire para cada sílaba, tratando de obviar cómo lo había herido escuchar esas palabras - ...tendrás que pelear primero.

- ...será sobre nuestro cadáver... - balbuceó Ron, temblando, pero frunciendo el ceño con encono.

- ...y si es necesario - agregó Harry, decidido, elevando el mentón, cuidando de no revelar el nerviosismo que se apoderaba furiosamente de su cuerpo - ...uno de los dos morirá hoy.

- ¡Ohh! - exclamó Voldemort, al borde de la risa, y Padma saltó hacia atrás. Aquella carcajada le congeló la sangre - ¡Harry Potter me ha amenazado!

- ¡Ya basta! - gritó Stella, ahora realmente iracunda. Luego miró hacia la Armada - Amigos, por favor... no hagan esto más difícil... Salgan de aquí, se los ruego...

- No, no, déjalos - la interrumpió Voldemort, mordazmente divertido - Quédense a la fiesta, sean mis invitados. Sólo quería un cadáver hoy, pero un par más no me molestará...

Era suficiente. Stella apretó los labios, estiró su cuello y, ante todos, aquella aura semi brillante que siempre la acompañaba se expandió hacia los lados, ardiendo, como si hubiesen prendido fuego a todo su cuerpo. Su

cabello comenzó a ondular como si lo moviera algún tipo de brisa, y su túnica adquirió un color azul profundo, como el de su mariposa.

- Vamos... trae a tus Dementores - lo desafió, en un tono grave y duro que pareció provenir desde las profundidades de la tierra. Sus ojos transmitían una mezcla de miedo y furia - Yo sola puedo con ellos.

- Oh, sí, apuesto que sí - respondió Voldemort, sin siquiera inmutarse - Puedes con cinco, siete... quizá diez, pero... ¿qué tal un centenar?

Al compás de sus palabras, abrió los brazos al máximo, y el cielo estalló en un rumor a rayos, como si se avecinara una horrible tormenta. El viento agitó su túnica con violencia, mientras apuntaba su varita hacia las nubes.

- ¡MORSMORDRE!

La Armada atinó a proteger sus cabezas por inercia. Ahí, en medio del firmamento gris, una brillante calavera verdosa llamaba a sus súbditos. Harry, Ron y Hermione la recordaban bien, nítida, en los cielos del campamento durante los mundiales de Quidditch... y si bien creían que les daría un poco de tiempo para arremeter como grupo contra Voldemort, los refuerzos del lado oscuro no se hicieron esperar.

Zacharias, aunque en un hilo de voz, fue bastante elocuente: estaban frente a una verdadera plaga. Hasta Angelina quedó petrificada en su sitio, haciendo que su varita temblara bajo su pulso. Salían de todas partes: de las casas, de las colinas, de las calles, de la oscuridad. En pocos momentos todo se llenó de su lamento fúnebre, de su ansiedad por tristezas ajenas, de su hedor

a muerte y desolación. Eran un centenar, tal como Voldemort lo había dicho...
e incluso más...

Probando el Escudo

Harry sintió su cuerpo flaquear otra vez. Abrió los ojos al máximo, retrocediendo un par de pasos hasta que topó con la espalda de Dean, quien intentaba alejarse en dirección contraria. Estaban atrapados. Sintiendo como aquellas criaturas los rodeaban ágilmente, bloqueando todas las salidas, imposibilitando cualquier escapada, Harry suspiró profundo, oyendo la respiración agitada de sus amigos. Desde el fondo de su cabeza, la voz de su madre nuevamente afloró, angustiante, pero sacando fuerzas de flaqueza, decidió usarlo a su favor. Era su madre, y aun cuando gritara y suplicara por su vida, era su voz, era su tono... era su amor y su protección por él lo que latía, patente, y eso no podría ser jamás un sentimiento nefasto...

- ¡Dispérsense, ahora! ¡¡¡EXPECTO PATRONUM!!!

Una mezcla de animales translúcidos y muchísimo polvo plateado llenó el ambiente en un par de segundos, luego de que más de veinte voces conjuraran el mismo hechizo... pero el efecto fue tan pasajero como la luz. Los Dementores apenas se detuvieron, más confundidos que amedrentados, y avanzaron pronto tras los restos de polvo, cansinos y lúgubres...

- ¡No está funcionando! - exclamó Ginny, casi como un gemido, apuntando su varita hacia el frente, temblando.

- ¡Harry! - gritó Collin, sujetándolo con su brazo izquierdo segundos antes de que cayera al suelo, mientras con su mano derecha seguía empuñando su varita. Estaba a punto de desmayarse - ¡No... no decaigas! ¡¡Expecto Patronum!!
¡¡¡EXPECTO PATRONUM!!!

Era tanta la niebla de destellos metálicos a su alrededor, que Collin tuvo que arrugar la frente para ver. Ni él mismo lo había creído al principio, pero ahí, a no más de un metro de distancia, una extraña criatura, muy parecida a un Ornitorrinco, tomaba impulso desde sus patas traseras y arremetía contra el Dementor más cercano, atravesándolo con fuerza y desintegrando su masa abominable cubierta de harapos. Hannah ahogó un grito a sus espaldas, aunque no supo si era de espanto o admiración.

Stella estaba fuera de aquel asfixiante círculo, pero no pensaba quedarse a mirar. Cerró los puños, tomó aire, y preparó su mente para arrojarse ella misma si era necesario, con tal de salvar a sus amigos...

- No, no... - la detuvo Voldemort, sin tocarla ni un centímetro, colocándose ágilmente frente a ella. Desde esa cercanía, ella pudo apreciar su piel escamosa en tonos verdes, y aquellas cuencas, negras y profundas, que alojaban dos óvalos rojizos en forma de ojos... Hizo una mueca de asco, angustiada, mientras escuchaba los gritos infructuosos de la Armada, intentando conjurar sus Patronus - No se esfuerce en vano, Alteza. Tengo algo mejor para usted.

No pestañeó. A pocos metros, la Armada comenzaba a dar signos de fatiga, o peor, de desconsuelo. Y si bien Collin había alcanzado a sonreír por lograr traer a su Patronus, el orgullo del momento duró apenas un suspiro. Como si el acoso de un centenar de Dementores no fuera suficiente, un sonido estridente apareció de la nada para cubrirlo todo. Owen, Cho y Ernie llevaron inmediatamente sus manos a sus oídos, sobre todo Seamus quien, con el peor de los gestos de horror, elevó los ojos al cielo.

- ¡Oh, no! - gritó Parvati, alterada, también mirando al cielo.

- ¡¿Qué?! ¡¿Qué sucede?! - gritó Ron de retorno, enfadado consigo mismo por lograr sólo débiles chorros de polvo plateado, que mantenían a los Dementores a raya únicamente por escasos segundos.

- ¿A-Acaso no la escuchas? - respondió Seamus, con la voz entrecortada, contrayéndose - Alguien... ¡A-Alguien morirá hoy!

Ron tragó saliva, pero antes de que pudiera preguntar el por qué de aquella conclusión, Parvati ya había resuelto su duda, apuntando hacia las nubes.

Lo primero que pudo distinguirse con claridad fue su cabello, extremadamente largo y negro como la noche... Sus ropas no distaban demasiado de las de los Dementores, pero no llevaba capucha, ni era su objetivo extraer almas ajenas. Solo la identificaba un sonido... un llanto eterno, agudo, como si saliera de sus entrañas y lo acompañara el más oscuro de los violines, anunciando muerte y desgracia...

Stella dio un paso hacia atrás, fijando los ojos en el rostro arrugado y repulsivo de aquella especie de mujer, de piel grisácea, quebradiza, de ojos alargados y expresión de profundo lamento. Jamás se había enfrentado a una Banshee, ni sabía cómo hacerlo... Y pronto apareció otra, y otra más, simulando un trío de medusas hambrientas...

- ¡STELLA, CUIDADO!

Hermione había caído de rodillas en la tierra, exhausta por el esfuerzo, pero divisó un segundo después lo que sucedería. Si bien la atención de Stella estaba completamente acaparada en las Banshees que se acercaban a gran velocidad, uno de los Dementores había cambiado de rumbo, aturcido por

la débil nutria de Hermione, y se había fijado en la Elfa, flotando hacia ella. Entonces otra mano apareció en juego. Al parecer, el nombre de Stella había obligado a Harry a reaccionar, aun cuando siguiera perdido en las voces de Sirius y Lily...

- ¡EXPECTO PATRONUM!

Desde el centro de una Armada dispersa, intentando equilibrar fuerzas para confundir al enemigo, buscando resguardo entre unos y otros, una espesa nube de polvo plateado se dirigió directo hacia Stella. Alcanzó a distinguirse sólo la cabeza de un imponente ciervo, pero sirvió para noquear al Dementor y obligarlo a regresar. Justo a tiempo.

Un rayo anaranjado salió de la mano derecha de Stella, previa exclamación de un conjuro en su lengua natal. Apenas rozó a una de las Banshees, quien en su lamento sulfúrico a alto volumen, tomaba impulso cada cierto tiempo, lanzándose en picada contra la princesa Tareldar junto a las otras.

- ¡¡NNOO... AAARGHHH!!

El grito de Neville igualó el aullido de las Banshees, alertó a sus compañeros más cercanos y produjo luego una suerte de silencio sepulcral. El cielo se mostró más negro que nunca, y una oleada de frío los hizo estremecer, protegiéndose bajo sus túnicas. Katie dio un salto hacia atrás, y al observar la escena, rompió a llorar.

Aquel Dementor se había acercado demasiado, y los numerosos intentos de Patronus de Neville no habían servido de nada. Como una extensión de su propia piel, su alma salía de su rostro y se expandía, imparabile, hacia la cabeza inclinada del guardián de Azkabán... pero, sin que nadie lo

esperara, un zorrillo azulado, pequeño pero escurridizo, saltó sin preámbulos hacia el Dementor, interrumpiendo aquel beso mortal...

Neville desfalleció. Cayó de bruces, inconsciente sobre la tierra mojada, con los ojos en blanco y los labios morados, y aunque Hannah fue la primera en correr para ayudarlo, los Dementores se duplicaban, aparecían por todas partes...

- ¡...Expecto Patronum! ¡Expecto Patronum! ¡EXPECTO PATRONUM!

El zorrillo de Luna se esfumó un segundo después, pero tuvo el tiempo de acercarse a Neville y comprobar su respiración. Aliviada, exclamó a todos que aún vivía, y al menos durante los siguientes minutos, se irguió justo a su lado, dispuesta a seguir ahuyentando a todas aquellas criaturas que tanto aborrecía...

- ¡¡Ginny, apártate!!

Un imponente Tigre blanco, aunque difuso a ratos, salió de la varita de Owen y corrió hacia dos Dementores, uno a cada lado de Ginny. Ella intentaba concentrarse, enfocarse en un recuerdo feliz, pero no lograba crear más que débiles destellos plateados... Gracias al felino, los Dementores retrocedieron lo suficiente como para que la pelirroja pudiera huir en dirección contraria, pero no tuvo tiempo para agradecimientos.

Un nuevo grito desvió sus atenciones. Harry olvidó de pronto al Dementor que lo acechaba, giró sobre sus pies por inercia, y vio a Stella caer, llevando de inmediato sus manos a su cara. Sangraba profusamente de su mejilla.

- ¡*Hül avá!* - exclamó, con lágrimas en los ojos, extendiendo su brazo hacia la Banshee a su derecha y lanzando otro rayo, esta vez nítidamente amarillo, como si proviniera del corazón de una tormenta. El llanto agudo de la Llorona estalló en un aullido inaudible, y varias chicas de la Armada gimieron de dolor, llevando sus manos a sus sienes.

- ¡¿Qué es lo que pretende?! - gritó Justin hacia Alicia, cansado y algo aturdido, liberándose de su Dementor más cercano con la ayuda de su pequeña Orca. Por el rabillo del ojo había observado la pelea entre Stella y las Banshees, y aprovechó su lejanía para hablar - ¡V-V-Voldemort sólo se ha dedicado a mirar...! ¿Por qué no pelea él? ¡¿No es acaso el mago más poderoso del mundo?!

- ¡Sí, es cierto! - exclamó Ron, indignado, enrojeciendo su rostro más de lo habitual. El Patronus de Hermione había alejado a dos Dementores que los perseguían - ¡¿Por qué no ha hecho nada?!

Una nueva arremetida de las tres Banshees en conjunto, furiosas, produjo suficiente ruido ambiental como para que la respuesta de Hermione se disipara en el aire. Tan sólo Ron, Alicia y Justin pudieron oírla.

- ¡No va a arriesgarse, ella no es una bruja común! - exclamó de vuelta, quitando el sudor de su frente con el borde de su túnica, sin perder la postura de ataque ante la inminente aparición de un nuevo Dementor - ¡Stella es mucho más poderosa que él, lo acabaría en un segundo! ¡No peleará con ella... No aún!! ¡Sólo trata de debilitarla!

Y de seguro lo estaba consiguiendo. La túnica de Stella, en el sector de su pecho y brazos, estaba hecha añicos por las uñas puntiagudas de las Lloronas. Sus voces estridentes no dejaban de aturdira, desviando de vez en cuando sus embistes de luz que, aunque sumamente potentes, no lograban dar

con las escurridizas criaturas mortuorias, moviéndose por los aires a libre destajo...

Harry bufaba de impotencia, reponiéndose como fuera de las náuseas que la cercanía con los Dementores le provocaba, e intentaba a cada momento acercarse a Stella. Ayudarla, hacer algo por defenderla... Aunque lograba avanzar cierto camino, siempre se cruzaba ante él una sombra lúgubre, buscando arrebatarse los pocos recuerdos felices que le quedaban, obligándolo a escuchar a su madre una y otra vez... Y de fondo, Stella volvía a gemir, defendiéndose de una furiosa Banshee que no dejaba de aullar...

- ¡¡Hey, t-tú... - comenzó a decir Ron, fuera del alcance de cualquiera de sus compañeros. De alguna forma, había encontrado la manera de escabullirse y caminar hacia Stella - ...t-tú, V-V-Vol-I-dem-mort-t...! - gritó, desafiante, en el tono más rudo que su voz logró exponer. Había puesto todo su esfuerzo en pronunciar aquel nombre. Su varita temblaba, estrangulada en su puño - ¿N-No vas a pelear? ¡¿No quieres ensuciarte las m-manos, no?! -

Lord Voldemort, quien apreciaba con atención los intentos de Stella por deshacerse de las Banshees, volteó lentamente hacia Ron, entre sorprendido y lastimero, como si no diera crédito a sus oídos.

- ¡RON, NO! - exclamó Hermione, visiblemente asustada, intentando que su Nutria cada vez más débil lograra crear una pared entre ella y el Dementor a su derecha - ¡VUELVE AQUÍ! ¡¡NO HAGAS UNA LOCURA!! -

- ¡¡RON!! - gritó Stella acto seguido, advirtiéndole el costo de su osadía, pero reaccionando lo suficientemente rápido como para regresar la vista y atacar a una de las Banshee que se acercaba por su espalda. Logró golpearla en el estómago, azotándola contra un árbol cercano, pero su desatención le costó otro feo rasguño, ahora en su hombro.

Lord Voldemort elevó la frente y fijó la mirada. Dejó apreciar su mano escamosa bajo la manga de su túnica, mientras empuñaba su varita hacia Ron.

- Déjame ver... Eres un Weasley, ¿no es así? - preguntó, seco y despectivo, y aun cuando Ron no respondió, dando un par de pasos hacia atrás, Voldemort movió la cabeza, mordaz - Oh, vaya... un orgulloso exponente Gryffindor. ¡Qué ilusos! Siempre creí que eso de las casas era una soberana estupidez. Si no hay un Slytherin cerca, todos son unos incompetentes...

Hermione aguantó la respiración tras aquella frase. El tiempo se detuvo. Abrió los ojos al máximo. Durante una milésima de segundo, su mente trabajó a cien por hora, y se aclaró con lo evidente. Debía hacer algo... tenía que...

Movió sus pies sin hacer el más mínimo sonido, escudándose en la lucha constante de sus amigos y los gritos de las Banshees.

- Harry, di “Excelso Patronum”... - le murmuró al pasar sigilosamente a su lado, nerviosa y angustiada. Harry se sobresaltó, pendiente de Lord Voldemort y Ron.

- ¿Q-Qué...? - dijo él, confundido, deteniéndose en su avanzada hacia el Señor de las Tinieblas, dispuesto a proteger a su amigo.

Voldemort soltó una carcajada displicente.

- Weasleys... siempre tan confiados e inocentes... - elevó su varita a la altura de su hombro, y Ron tragó saliva dolorosamente, aterrorizado - Supongo que una

pequeña lección les enseñará a tus amigos a elegir mejor dónde conceden su lealtad...

- “Excelso Patronum”... – repitió Hermione, desconsolada - Que todos convoquen sus Patronus y luego lo dices... ¡Sólo hazlo, por favor!

Pero Harry no alcanzó a contestar. Ron se había paralizado de horror, aun cuando segundos antes una valentía infinita lo había instado a provocar al mago más temido de todos los tiempos. Entonces movió su varita, curvando sus labios opacos, reptiles, en un amago de sonrisa.

- ¡AVADA KEDAVRA!

- ¡¡NNOOOO!!

Lo único que Ginny alcanzó a apreciar, luego de escuchar aquel conjuro imperdonable de la boca de Voldemort, fue el cabello de Hermione. Cruzó su distancia con Ron en dos zancadas, lo abrazó fuertemente por la espalda, y desaparecieron en un chasquido. Un brillante rayo verde salió de la varita de Voldemort directo al sitio donde Ron se erguía segundos antes, pero desembocó en la nada y golpeó, casi por casualidad, a dos Dementores cerca de Lavender, quienes se desintegraron sólo con el toque del hechizo.

- ¡¿QUÉ...?!

Voldemort soltó un grito de rabia. Se acercó hacia las marcas en la tierra, cerciorándose de que aquella extraña desaparición instantánea no fuera más que una simple capa invisible, pero los hechos aledaños le impidieron moverse demasiado.

Primero fue una Banshee, dando el peor de sus alaridos, aunque ya no como recurso de amenaza, sino como víctima de su propio dolor. Junto con aquella que fue azotada contra el árbol, otra de las Lloronas fue a parar a las ruinas de la casa tras Voldemort, destruyendo una de las paredes externas y provocando un derrumbe que simuló una suerte de temblor. Stella jadeaba, en cuclillas sobre el barro, pero sonreía. Algo parecía haber funcionado...

Y así lo descubrió Voldemort segundos después. Su descuido le costaría caro. Tan ágil y eficiente que ni Harry pudo creerlo, bastó que diera la instrucción a Justin para que, en un par de segundos, todos ya estuvieran enterados y alertas. Voldemort seguía hipnotizado por el escape de Ron y Hermione, y no reparó en lo que sucedía a sus espaldas sólo hasta que se dignó a voltear. La Armada Dumbledore, completa y ordenada, algunos más lúcidos que otros, empuñaban sus varitas contra el grupo de Dementores, también aglomerados a unos metros de ellos. Harry, al centro, dejó que la última Banshee propinara su aullido y, al son de la voz de Sirius que aún no se apagaba en su cabeza, gritó: “Concéntrense en la victoria... ahora... todos... ¡¡¡EXPECTO PATRONUM!!!”

Stella volvió a sonreír, pensando que aquello que apreciaba era un verdadero espectáculo. Voldemort apenas se movió, quizá adivinando qué es lo que Harry intentaba hacer.

Veintiséis Patronus, todos distintos tanto en tamaño como en poder, aparecieron raudos desde las varitas de sus dueños. Pero, para sorpresa de todos, no arremetieron contra los Dementores ni corrieron en alguna dirección. Solo se irguieron, estáticos, como si esperaran una orden. Los ex-Guardianes de Azkabán retrocedieron unos metros, intimidados por los Patronus, pero en cualquier minuto volverían a atacar...

Entonces Harry no lo pensó de nuevo. No tenía la menor idea de qué sucedería, pero si no lo intentaba...

- ¡¡EXCELSO PATRONUM!!

Si lo anterior había sido un espectáculo, esto ya era irrepetible. “*Vanya...*” murmuró Stella, maravillada. Hasta el mismo Voldemort arqueó las cejas, dando un par de pasos hacia atrás.

Cruzando casi todo el campo, y sólo después de que el Oso Polar de Theresa hubiera alcanzado la cabeza del grupo, el Cisne de Cho fue a reunirse con el Pingüino de Terry, el Zorrillo de Luna, el Canguro de Anthony y la Avestruz de Padma, tan íntimamente conectados que parecían - según la apreciación rápida de Luna - querer fusionarse... Así mismo sucedió con el Tigre blanco de Owen, el cual, sin previo aviso, cruzó hacia el otro extremo y tomó lugar junto a la Orca de Justin, la Jirafa de Hannah, la Tortuga de Susan, el Hipopótamo de Zacharias y el galante Pavo Real de Ernie. El resto, por su lado, se organizó de forma asombrosa, considerando que eran muchísimos... Pegado al Caballo de Ginny, le siguió el Ornitorrinco de Collin, el Ciervo de Harry, el Orangután de Seamus, el Unicornio de Lavender... una Lechuza, un Jabalí, un Rinoceronte, un Koala, y una Iguana gigante... incluso, imponente, un hermoso Elefante, aunque no de grandes dimensiones, aparecido tras el movimiento de varita de Neville. Nadie supo cómo se recuperó pero, desde su posición semi recostada en el suelo, se las ingenió para conjurar su Patronus, y parecía embobado con él. El único Patronus que permaneció aislado, pero siempre en conexión visual con los otros, fue el Oso Polar de Theresa, al comienzo del grupo, esperando...

Lo realmente impresionante llegó un minuto después. No había sido otra loca ilusión de Luna; los Patronus de verdad querían fusionarse, y así

lo hicieron. Tardaron apenas un segundo en conformar tres grandes estructuras difíciles de inadvertir, adquiriendo el tamaño de un gigante, o quizá más. Era un León, un Águila y un Hurón, símbolos patentes de fuerzas tan distintas, pero complementarias... mientras aquel Oso Polar, instado por los otros, tomó rápidamente la apariencia de una Serpiente cascabel, no amenazante, sino segura y ágil, aunque más pequeña que sus homónimas.

Nadie más volvió a respirar. Lo que había frente a ellos era demasiado. Si los Dementores pudieran hablar, lo más probable es que hubieran lanzado decenas de gritos aterradores, llenos de pánico, alejándose para no ser desintegrados, pues ante aquellos Magno Patronus, los Dementores parecían pequeñas criaturas de colección. Ni cien de ellas podían enfrentárseles, y así, con gran soltura y eficacia, el valor de Gryffindor, la inteligencia de Ravenclaw, la constancia de Hufflepuff y la ambición de Slytherin se unieron, por segunda vez en la historia, para luchar por un motivo en común... un motivo que no hace mucho, un deshilachado y viejo Sombrero Seleccionador había predicho, no sin menos sabiduría...

La luz que emanaba de los Patronus era suficiente para iluminar el pueblo completo, pero nadie cubrió sus rostros ante el resplandor. Todos querían ver, ser parte del logro, de su triunfo, de algo que jamás habrían conseguido solos.

Harry corrió y se adelantó, siguiendo los pasos del León de su casa. Sólo su roce bastaba para desintegrar al más pútrido de los Dementores, volviéndolos ceniza en el aire. Incluso amedrentó a la última de las Banshee, quien huyó despavorida tras la persecución del Águila Ravenclaw. Entonces Harry divisó a Stella por el rabillo del ojo. Estaba muy cerca de ella, y su Mariposa no había querido quedar fuera de la fiesta. Apareciendo de la nada, sobrevoló el campo y, junto a la Serpiente Slytherin y el Hurón Hufflepuff, arremetieron contra los últimos guardianes de Azkabán. El cielo se había

despejado, aquella brisa gélida que los acompañaba se había esfumado con su hedor a muerte, y las sonrisas en los rostros de la Armada eran más que elocuentes...

Pero, y Harry tendría que haberlo adivinado, aquello no podría durar demasiado. No sólo había Dementores y Banshees ahí, sino también un mago, antes llamado Tom Riddle, con la reputación de poseer más poder que cualquier hechicero en la tierra.

Su grito de encono, aunque más grave y profundo que el de las Banshee, fue tan desgarrador que retumbó en todos los tejados de Pequeño Hangleton, siguiendo el “*crash*” de cientos de ventanas en todas las esquinas. La alegría de la Armada desapareció tan rápido como los últimos vestigios de los Dementores, y sus gestos de pánico se confundían entre sus túnicas, incapaces de saber, ahora, qué hacer...

Pero el Señor de las Tinieblas no les dio tiempo para pensar. Aún en el marco de su grito, levantó los brazos, cruzándolos a la altura de su cabeza. Luego los extendió hacia los lados, tensos, como dos cuchillos rasgando el aire, lo que provocó una onda gris hasta el fondo de la calle. Su poder semejaba aquella fuerza radioactiva que sólo puede ser inducida por una bomba nuclear... y así, en un doloroso abrir y cerrar de ojos, los cuatro magno Patronus explotaron sobre su eje, agregando aún más intensidad a esa oleada opaca de maldición...

En un instante negro y eterno, Harry vio a sus amigos, uno a uno, sucumbir ante la maldad de Lord Voldemort. La potencia de aquella explosión, mitad Patronus mitad magia negra, fue ineludible, y tal como si asemejaran débiles hojas de papel, los levantó y azotó, decenas de metros más atrás, dejando a medias sus ruegos por ayuda.

Aunque no directamente, la onda de poder también llegó hasta Harry y Stella, con suficiente fuerza para hacerles perder el equilibrio y azotarlos también, violentamente, contra el suelo mojado. Desapercibida y escurridiza, su varita escapó de sus dedos, rodando hasta los pies de Voldemort, a quien su maldición parecía hacerle cosquillas.

Hasta que todo se transformó en silencio. Como pudo, Harry intentó reincorporarse. Su oído sangraba; el zumbido agudo del hechizo debió perforar su tímpano. Pero estaba vivo... aunque sólo él. Acomodó sus anteojos y enfocó: había cuerpos por doquier.

- ¡¡NNOOO!!! - gritó, desesperado, con lágrimas en los ojos. Se levantó a tropezones, tambaleante. Su oído dañado estaba afectando su equilibrio, y pronto volvió a caer de rodillas, intentando acercarse a alguno de sus amigos - No, ellos no, por favor... Primero Sirius, ahora ellos...

Voldemort, casi levitando hasta él, le bloqueó el paso. Parsimonioso, como si tuviera todo el tiempo del mundo, se inclinó a su derecha y tomó la varita de Harry entre sus largos y aceitosos dedos de lagartija. No había una sonrisa de satisfacción en sus labios, pero sí una de serenidad, macabra, que sólo el triunfo inminente podía proporcionarle.

- Tenías razón, Harry Potter... - comenzó a decir, mirando la varita del muchacho con atención. Era tan parecida a la suya... - ...uno de los dos morirá hoy, y creo que ya intuyes quién será.

Harry respiró hondo, usando la poca fuerza que le quedaba. La imagen de Lord Voldemort empezaba a distorsionarse... Restregó sus ojos, pero no eran sus lentes los que no lo dejaban ver. Era el cansancio, el esfuerzo

perdido, la tristeza, el desconsuelo... Aquel hedor a muerte que ni aún con los Dementores se había ido...

Lord Voldemort estranguló la varita de Harry en su puño. Pensó un momento, la posicionó debidamente entre sus dedos, y luego la apuntó hacia su propio dueño, quien yacía ya sin fuerzas, caído frente a él. Al parecer, aquella escena le suponía un secreto divertimento...

Pero alguien desvió su atención. Uno de los tantos cuerpos repartidos comenzó a moverse. Era Stella. También con su última energía, exhausta y sumamente herida, se impulsó con las uñas hasta Harry, interponiéndose entre él y su varita en manos de un tercero, protegiéndolo con su cuerpo.

Voldemort la vio arrastrarse sin poner oposición. Entonces bufó, condescendiente.

- Aranel, ¿no le explicaron los Elfos que no puede relacionarse con Magos? Está penado por sus leyes. Oh, pero claro... usted es su escudo. Un escudo viviente... la única razón por la que un odioso niño con una cicatriz ha permanecido inalcanzable a mis garras, una y otra vez... - Su mano, empuñando fuertemente la varita de Harry, no dudó ni un momento - Si quiere morir con él, o *por* él, hoy ya es igual.

Stella, pausada pero segura, clavó su mirada en el Señor de las Tinieblas sin denotar resquicios de temor. Con un retazo de su túnica blanca, manchada en sangre y barro, y apegada a su cuerpo por el sudor, limpió la herida de un Harry casi desmayado. Luego tomó su cabeza, apoyándola en su regazo. Él intentó decir algo... instarla, quizá, a huir... pero ya no tenía fuerza para eso. Sus padres estaban muertos, Sirius estaba muerto, sus amigos habían fallecido horrorosamente frente a él, sin que pudiera hacer nada al respecto. No, no había razones para pelear. No quería morir a manos de Voldemort, no de este modo... pero ya no le importaba nada, nada más...

Todos los hechos siguientes, uno a uno, pasaron frente a Harry como si alguien hubiera puesto la modalidad de cámara lenta. Primero fue Lord Voldemort, asqueado e incólume, comenzando a pronunciar el favorito de sus conjuros imperdonables... Mientras eso ocurría, desde atrás y junto a la colina, un grupo numeroso de hombres corría hacia ellos... Vestían túnicas negras y sugerentes máscaras, símbolo característico de los Caballeros de Walpurgis, y aunque no podía ver bien, aunque sus lentes ya no le ayudaban en lo absoluto, sí notó que dichos Mortífagos apenas se fijaban en él. No, no lo miraban a él, ni a Stella, ni a su maestro... Miraban hacia el otro extremo...

Harry giró los ojos hasta que los párpados le ardieron. Ahí, desde la calle aledaña, otro grupo intempestivo parecía muy interesado en llegar hasta la avenida. Eran brujas y hechiceros, todos con distintas vestimentas, estaturas y contexturas, pero con sus varitas en alto como denominador común. Sin dudar, Harry reconoció al cabecilla. Un anciano imponente, de túnica ancha y un nombre tan extenso como su barba blanca, si bien prefería ser conocido sólo como Albus Dumbledore...

Extrañamente, ambos grupos se acercaban por esquinas contrarias, pero aquello careció de pronto de todo interés. Ni Stella ni él querían saber lo que continuaría. Cerraron los ojos, Harry sintió la mano de Stella contraerse sobre su hombro, y escuchó, lejano, las últimas sílabas de su sentencia. "... KEDAVRA".

Todo había terminado, estaba listo para ello. No sufriría más, nunca más...

No supo si habían pasado minutos o días completos, pero el sobresalto al despertar lo aturdió como si llevara muchísimo tiempo dormido.

Escuchaba voces, numerosas voces, en diferentes tonos e intenciones... y mucho movimiento de capas...

Pestañeó. Alguien lo sostenía desde la espalda, obligándolo a sentarse. Estaba mareado, completamente exhausto...

- ¿Harry...? ¿Harry, me oyes?

Nymphadora Tonks puso su mano, cálida, sobre la frente de Harry, mientras él trataba enfocar su rostro.

Pero, un segundo después, no fue su rostro lo que llamó su atención. En un atisbo de cordura, miró rápidamente a su alrededor, y ya no había casas destruidas, ni avenidas de polvo y barro... No había cuerpos lanzados en todas direcciones, ni rastro de Dementores, ni de un mago llamado Tom Riddle...

- ¿Q-Qué...? ¿D-Don... donde estoy...? ¿Qué s-sucede...?

- Harry... Harry, ten calma - le sugirió Remus, apareciendo tras el hombro de Tonks. Ella le sonrió, preocupada - Estás en Hogwarts. A salvo, en casa.

- ¿D-Dónde?

Aún sumamente aturdido, se apoyó sobre sus rodillas y se levantó, débil, como si hubiera recibido la peor de las palizas. Escudriñó su entorno, ávido por respuestas, pero sólo veía campo abierto... El Estadio de Quidditch, silencioso, se alzaba no a mucha distancia... y había rostros... muchos rostros, conocidos... miembros de la Orden del Fénix. Todos lo miraban, entre sorprendidos y lastimeros, quizá esperando alguna palabra suya... hasta que reparó en su izquierda.

Un solo grupo de hombres no estaba interesado en él. Eran altos, delgados... diferentes al resto no tanto en sus cuerpos sino en aquello que desplegaban, quietos, como destellos de un aura visible... Estaban reunidos en torno a un cuerpo... Se acercó dos pasos, tres... Sí, era un cuerpo... una mujer... una mujer de cabello rojo y túnica blanca, tendida sobre el piso, con los ojos cerrados y los labios entreabiertos... inmóvil... sin vida...

Aunque por dentro quería y necesitaba gritar con todas sus fuerzas, no tenía ya energía para hacerlo. Sólo se abrió paso, apenas, arrastrándose hasta Stella aunque sus rodillas clamaran piedad.

- ¡No, Harry! - lo contuvo Arthur, arrodillándose junto a él justo antes de que lograra entrar en el círculo de Elfos - Ya no... ya no hay nada... no es posible... - tartamudeó, visiblemente acongojado, con la mirada brillante y acuosa - Lo siento... lo siento tanto...

Pero no, Harry no lo sentía. Tampoco lo creería, no hasta verlo con sus propios ojos, pero Ingolmo no lo dejó acercarse. Lo tomó del hombro fuertemente, dándole a entender a quién concedía toda la culpabilidad...

- Aléjate, Harry Potter. Nada hay que hacer. Déjanos en paz... has perdido tu escudo.

Apresurándose, Arthur habló por Harry.

- ¡Pero todavía podemos hacer algo! Si la llevamos a San Mungo's... si la tratamos con nuestros métodos, quizá podría...

- ¡Ningún Istari tiene poder sobre Elënear! Entiéndalo de una vez... ¡Ni aun muerta la tocarán!

- ¡NOOO! - gritó Harry, escupiendo su dolor desde las entrañas. Corrió hasta el cuerpo frío de Stella, arrojado sin cuidado sobre el césped, pero entre Sturgis y Kingsley lo detuvieron - ¡Ella no está muerta, no está muerta! - Forcejeaba, débil y cansino, aunque supiera que dos magos de alto calibre tenían amplia ventaja, ahora, sobre él - ¡No puede! No... Ella no... Ella... - Casi había perdido el aliento, pero un punto de luz al fondo de su cabeza lo hizo reaccionar - ¡Ella no conoce a su padre! ¡No ha visto su rostro! ¡Yo iba a mostrárselo, era una sorpresa! ¡Ella no puede morir... no sin haberlo visto! ¡No puede!

Como si estuviera hecho de jabón, se escabulló de los brazos de Kingsley y corrió en dirección opuesta, hacia las puertas del castillo. Arthur y Remus gritaron su nombre, haciendo un ademán de querer salir tras él, pero Kingsley les sugirió dejarlo. No era el mejor momento para ofrecerle compañía.

(...)

Había perdido la conciencia de sus actos. Sin saber exactamente cómo, caminó hasta la torre Gryffindor. Todo estaba tan quieto, tan silencioso... Los cuadros estaban vacíos, no había voces en los corredores... Incluso el retrato de la Señora Gorda estaba abierto, descubierto y accesible para cualquiera...

No entendía de dónde sacaba fuerzas para andar, pero entró y salió de su Sala Común con pocos minutos de diferencia, empuñando un trozo de papel. Estaba cegado, concentrado en un solo objetivo. Debía llegar hasta ella, darle la foto... Moody se la había regalado con la intención de que tuviera un recuerdo de sus padres, pero al menos él ya conocía sus rostros. Stella no. Ella nunca pudo, le arrebataron su memoria... Jamás habría pensado que, en aquella antigua fotografía de la original Orden del Fénix, aparecía un Elfo de gesto amigable y cabello oscuro, estrechando manos con Albus Dumbledore...

Pero se detuvo bruscamente en mitad del pasillo. Tuvo ganas de vomitar. Su oído derecho comenzó a sangrar otra vez. Miró su mano, la fotografía arrugada en su puño... y se sintió el ser más estúpido y miserable del planeta.

No había a donde correr. No había necesidad de llegar hasta ella... Ella ya se había ido. La Fotografía, su sorpresa, el rostro de Ohtar... Ya era tarde, muy tarde.

Se preguntó, pavorosamente tranquilo, por qué no había muerto él también. ¿Qué caso tenía seguir en el mundo? Sin padres, sin padrino, sin amigos... ya nada volvería a tener sentido para él. Estaba seguro de eso. Y ya que el destino se empeñaba en hacerlo difícil, tendría que tomar cartas en el asunto. Era tiempo... Sí, era tiempo. Lo haría él mismo. Ahora, la muerte sólo significaba alivio...

Fijó la vista en el horizonte infinito de los campos de Hogwarts. Apoyó un pie en el muro de piedra, dio un leve salto y se apoyó en el marco del ventanal. Estaba en el tercer piso... Curvó sus labios en algo parecido a una sonrisa; la caída sería fulminante. Entonces los vio... Ahí, lejos pero nítidos. Su madre, abrazada a su padre, le hacía señas desde abajo. Sirius estaba junto a ellos, sonriéndole como siempre, instándolo con la mirada a terminar con todo... Se reuniría con ellos, en el Cielo del que hablan los Muggles o tras un velo escondido en el Ministerio de Magia, pero volvería con ellos... Regresaría con los suyos, con quienes pertenece... con aquellos que le arrebataron...

Despegó los talones un par de centímetros, y sintió la brisa que anunciaba un pronto verano. Solo bastaría un impulso, un pequeño impulso y caería, por fin...

- Si yo fuera tú, no lo intentaría, Harry.

La voz de Albus Dumbledore se escuchó fuerte y clara, pero Harry se negó a voltear. Era suficiente. ¿Ni aun para morir lo dejarían en paz?

- ¿Ah, sí? - le contestó, todavía mirando hacia el vacío frente a él - ¿Y qué hará para detenerme...? ¿Va a conjurar alguna protección... así como lo ha hecho desde que llegué a esta escuela?

- No, Harry, no... - respondió el viejo, sereno pero alerta, sin mover ni un solo pie - Yo no haré nada esta vez. No es necesario. Podrías lanzarte de la torre más alta si quisieras, y aun así no recibirías ni un rasguño... ¿Sabes por qué? Hay niños en este castillo, Harry. Abundan los traviesos, inquietos y escurridizos, y esta construcción se caracteriza por sus terrazas y pasillos con amplios ventanales. ¿Crees realmente que no habría puesto hace mucho tiempo ya, un hechizo contra el peligro de una caída? Si te lanzas, rebotarás suavemente hacia tu lugar de origen, como si te recibiera un resorte gigante...

Harry suspiró. Cerró los ojos, apretando fuertemente sus párpados, y llevó una mano a su frente. No sabía qué más esperar...

- Además... - continuó diciendo el Director, esta vez acercándose un par de pasos. Harry no se movió - ...estoy seguro de que cierta Tareldar estará muy interesada en esa fotografía.

Harry volteó tan rápida y bruscamente que su cuello quedó resentido, y sus pies, algo torcidos, perdieron su equilibrio y lo trajeron de vuelta, al pasillo de donde todo había comenzado. Tragó saliva, y enfocó su mirada cansada en el anciano.

- ¿Qué dice...? ¿Por qué... Stella... ella no...?

- Está en San Mungo's - respondió, certero, con la suficiente seguridad para que Harry no dudara.

- Pero... pero ellos dijeron...

- Yo mismo di la orden de llevarla hasta allá – confirmó él, sospechoso, tratando de no dar más explicaciones - Arthur te contará los detalles. Anda... Si querías lanzarte, hazlo por aquí... - Apuntó hacia un óleo cercano, donde aparecía una señora muy alegre con sus dos pequeños hijos, muy atenta a la voz de Dumbledore - ...te llevará al hospital. Pregunta a la primera persona que encuentres. Se dio instrucciones precisas de que irías hacia allá. - Harry, aún confundido, elevó los ojos hacia el Director, quien le tomó el hombro. Su expresión era de tristeza, pero sus ojos luchaban por demostrar quietud - La muerte sólo busca a quien persigue lo contrario, Harry. Mientras algo te ate a este mundo, por más pequeño que sea, ningún conjuro imperdonable te alcanzará...

Harry no respondió. Solo fijó la vista en la pintura, y en la sonrisa de aquella señora al sentirse repentinamente útil. Agradeció en silencio el empujón de Dumbledore, y volvió a captar en sus extremidades aquel remolino conocido, como de una aspiradora. Iba camino hacia el otro lado, suave, balanceándose...

(...)

Le pesaban los pies. Un extraño hedor invadía aquel pasillo, mezcla de pociones curativas y algo que Harry alcanzó a distinguir como veneno para polillas. El silencio que golpeaba las paredes abombaba sus oídos magullados, y ya casi no sentía fuerzas para andar. Había muy pocas luces,

salvo pequeñas “luciérnagas” que cruzaban el techo cada cierto tiempo y enfocaban, sutiles, a quien estuviera en el corredor. A cada lado, en cada muro, una gran ventana de vidrio ahumado presentaba a los enfermos en sus habitaciones, y aunque aquella especie de enfermera le había indicado la última habitación, no pudo contener las ganas de mirar... observar cada hueco, cada cama... buscando...

Pronto su mente le dijo dónde detenerse. El letrero en la parte superior de la puerta rezaba “Cedric Diggory”. Apenas logró enfocar las letras tras sus anteojos empañados, pero el concepto se clavó en su estómago, frío. La luz tenue de luna menguante se colaba por la estrecha ventanilla del cuarto, cayendo justo en el rostro de Cedric, cubierto de vendajes. Lo miró absorto, quieto, como si aún no entendiera por qué estaba ahí. Parecía un trozo de madera tapado entre sábanas; su piel, o lo que quedaba de ella, estaba oscura y quebrajada, semejando una estadía de años bajo capas de tierra...

Cerró los ojos y, con el poco aire que sentía correr en sus pulmones, suspiró. Probablemente los padres de Cedric vendrían en camino, y él no quería estar ahí cuando eso pasara. No podría soportarlo, pues sabía lo que sucedería. Escuchar un “gracias” contribuiría únicamente a agregar una fatalidad más para completar su lista. Sentía náuseas sólo de pensarlo. ¿Agradecer... agradecer por qué? ¿Por liberarlo, por nombrarlo? ¿Por dejar que usara el alma de su padrino como redención? ...

Desde su lugar bajo el umbral del cuarto, giró lentamente hacia el pasillo. No podía soportarlo más...

- ¿H-Har-r-ry-y?

Harry no volteó, pero elevó la mirada y tensó sus músculos. En lugar de la voz de un muchacho, llegó hasta sus oídos una suerte de quejido, de

susurro de ultratumba. Su tono era irreconocible, y aquello lo hizo estremecer... temblar con su tristeza, con su miedo.

Pero retrocedió. No supo cómo, con qué fuerzas o por qué motivos, pero volvió sobre sus pasos hacia la habitación, deteniéndose a una distancia prudente de la camilla. El aspecto de Cedric, más que provocar repulsión, destrozaba el temple de cualquiera.

- H-Harry-y-y... perd-dónam-me...

Un nudo en la garganta no lo dejaba respirar. No se atrevía a mirarlo... no podía. Sus ojos vagaban, vacíos, desde los cordones de sus zapatos hasta las líneas de las baldosas. No, no quería escucharlo. Ni perdón ni agradecimientos... No quería nada...

Tampoco quería parecer rudo o descortés, pero todo había pasado tan rápido, tan violento...

- Él... H-Har-ry... Él s-sonrió...

Harry ya había avanzado hasta la puerta, dispuesto a escapar si era necesario, pero al oír aquellas palabras se detuvo bruscamente. El nudo en su garganta volvió a ser palpable. Sus mejillas ardían, sus ojos se empañaban...

- ¿Qué? - atinó a decir en un hilo de voz, situándose en lo que era hasta el momento su mayor cercanía con Cedric. Él suspiró, entrecortado, dando a entender el esfuerzo que le suponía pronunciar un par de sílabas, pero volvió a tomar aire, decidido... de alguna forma angustiado, por lo que lo convertía en víctima y no podía cambiar...

- Él... C-Cuando gr-ritas-s-te mi nom-mbre... É-él... tu p-padre... Él sonrió...

Una extraña sensación lo recorrió desde la nuca hasta sus piernas. Sin siquiera percibirlo, Harry arrugó el borde de la sabana entre sus dedos, cerrando el puño con fuerza, mientras su instinto le advertía que no podría contener el llanto por mucho tiempo más. “Él sonrió”... pero no quería pensar en ello, ni en su significado ni en su causa. No ahora, no ahí. Era suficiente. Ya basta, ya basta...

Pasos con premura lo hicieron saltar. Al menos tres personas se acercaban por el pasillo, y entre aquel murmullo de excitación y angustia, pudo distinguir la palabra “resurrección”. Entonces no lo pensó dos veces. Tenía que salir de ahí, como fuera. No podía encontrarse con los padres de Cedric...

Aquella habitación se conectaba con las siguientes a través de una puerta más pequeña en mitad de la pared, y adquiriendo una velocidad insólita para la ocasión, cruzó el cuarto en dos zancadas y se alejó sin despedirse. Pasó por una, dos, tres habitaciones distintas, llenas de camillas desocupadas, enfermos quejumbrosos, ciertos ronquidos y ese habitual hedor a naftalina, hasta que pudo salir nuevamente al pasillo. Se apoyó en el umbral de la última puerta, llevó una mano a su frente y suspiró.

Demoró una milésima de segundo en advertir que justo la habitación de enfrente, cruzando el pasillo, era la de Stella. Y ya no lo pensó más. Tambaleándose, caminó hasta ella, la empujó apenas con los nudillos, y sin observar aún lo que sea que hubiera entre las cuatro paredes, cerró la puerta tras de sí con el peso de su cuerpo.

Entonces la vio. Primero observó su rostro, iluminado apenas por la luz de una vela en una mesita cercana. La habitación se dispuso sólo para ella, y su cama ocupaba apenas un rincón. De algún modo, la magnificencia Tareldar se había esfumado, porque entre tanto espacio, silencio y desolación, ella se veía tan pequeña...

Con pasos lentos, casi inseguros, llegó hasta su camilla. Tomó la silla a un costado, la acercó y, sin temer a ser una visita indeseada, se apoyó en las sábanas. No supo si era por los nervios o el cansancio, pero no alcanzó a comprobar si aún respiraba. Esperaba que sí. Subió sutilmente los codos, los brazos, hasta quedar semi recostado frente a ella, cerca de su pecho. Se quitó los lentes torpemente, rasguñándose el rostro, y bajó la cabeza hasta que su nariz tocó la tela suave que arropaba la camilla.

Sólo entonces aquel violento espasmo de dolor, de desesperación, atacó su mente y su cuerpo, y lo llevó, catártico, al llanto ineludible. Ya no podía más. La tristeza era tan fuerte que golpeaba sus pulmones y acalambraaba su espalda, torciéndose, contrayéndose como si hubiera sido apaleado sin conmiseración... Conteniendo las ganas de gritar, envolvió su cabeza entre sus brazos, arrugando las sábanas, humedeciéndolas sin reparo...

Bienvenido, Harry Potter. De regreso al mundo.

Capítulo treinta y uno

Cementerio Sagrado de Aurores

Le quitó un mechón de cabello negro de la frente, dejando su cicatriz al descubierto. Entonces sonrió. Los rayos del sol ya acaparaban gran parte de la habitación, pero Harry dormía, profundo, como si prefiriera no volver a despertar. Sus anteojos estaban apretados en su puño derecho, y su expresión denotaba más agotamiento que descanso. Posiblemente estaría en medio de un mal sueño, atormentado aún por todo lo ocurrido. La noche anterior había sido larga, muy larga...

Con delicadeza, posó su mano sobre los ojos de Harry. Quería aliviar su dolor aunque fuera un momento. Entonces su pecho se contrajo, sus hombros se relajaron y respiró hondo, como si hubiera recibido de pronto una onda de calor. Stella lo observó y volvió a sonreír, pero no hizo nada más. Al parecer aquello lo había despertado.

Pesadamente, Harry se reincorporó de su torpe posición sobre la camilla y restregó sus ojos. No los abrió de inmediato; seguía algo mareado. Había tenido un sueño tan extraño... El Arco, los *flashes* cegadores y el viento que no lo dejaba avanzar... y frente a él, Sirius, preparándose para correr y lanzarse... aunque no estaba solo. Hermione, Ron, Susan, Owen, Dean, Ernie, Theresa... toda la AD estaba ahí. Ellos también querían traspasar el Velo. “Así puedes traer a tus dos padres, y a tus abuelos” le dijo Ginny, sonriente. Y aun cuando él les gritaba que no lo hicieran, que se detuvieran, la tormenta de viento no lo dejaba avanzar, y sus amigos cada vez estaban más lejos, más atrapados por la luz del Velo de Hades...

Entonces, de la nada, todo se volvió blanco. El arco había desaparecido, así como Sirius y sus amigos. Ya no había escalones de concreto,

ni paredes de piedra, ni brisa enfurecida que le revolviera el cabello. Ni siquiera podía ver dónde pisaba, pero no le preocupaba demasiado. Todo se había vuelto tan tibio... tranquilo... y una voz, dulce, de algún lado de su cabeza, comenzó a susurrar: “Despierta, Harry... Despierta”...

- Despierta, Harry...

Saltó de la silla, nervioso, y abrió los ojos al máximo. Solo vio manchas borrosas, pero luego sintió aquel bulto apretado en su puño. Rápidamente colocó sus lentes sobre el tabique de su nariz, y entonces la vio. Stella le sonreía. Tenía un corte profundo en su mejilla, debidamente cubierto con una venda, y varios rasguños en su cuello, brazos y manos. Al intentar acomodarse mejor en su almohadón, evidenció que el resto de su cuerpo también estaba bastante amoratado. Hizo una mueca de dolor, pero no dijo nada. Podría haber sido peor.

- E-Estás... estás bien... - atinó a pronunciar Harry, segundos después, aún sorprendido. Stella asintió.

- Sólo un par de golpes y rasguños... nada que no pueda sanar en unos días - dijo, pausada. El aspecto de Harry no era mucho mejor. No tenía feos cortes o oscuras marcas en su cuerpo, pero su gesto de abatimiento y desolación parecía incluso más destructivo.

- Pero yo... yo lo vi... a Voldemort. Él nos apuntó... lanzó el Avada Kedavra contra ti... ¡Creí que habías muerto!

Stella suspiró, apretando los labios. No había perdido su serenidad.

- Sabía que lo pensarías, pero no tuve tiempo de advertirte. No importa qué tan poderoso fuera aquel conjuro... No había forma de que me tocara, Harry. ¿No

lo entiendes? - Harry parpadeó. No sabía qué se había perdido. Algo avergonzado, negó con la cabeza - Lord Voldemort usó tu varita. Ese fue su error. Teníamos un pacto de paz, ¿recuerdas? Tu ciervo y mi mariposa lo hicieron a principios de año. Sin considerar cómo o quien usara nuestras varitas, jamás funcionarían contra el otro... Si no te hubiera protegido con mi cuerpo, el conjuro hubiera llegado a ti... y entonces habrías muerto...

Harry relajó notoriamente los hombros, adquiriendo un gesto de comprensión y alivio. Por supuesto... cómo pudo haberlo olvidado. Agradeció en silencio que su “escudo” tuviera mejor capacidad para recordar ese tipo de detalles claves, pero no tardó en volver a tensarse. Tragó saliva e hizo un ademán de querer correr hacia el pasillo.

- ¿Y los demás? ¿Ginny, Ernie, Susan, Neville, Anthony...?

Stella le sonrió, elocuente, levantando sus manos. Harry detuvo su impulso y regresó a su silla, alzando una ceja.

- Calma, calma... todos están bien. Algo golpeados... pero bien.

- ¿Y cómo lo sabes?

- Una mujer Istarí viene a chequear mi estado cada media hora. Ella fue quien me lo dijo. Apuesto a que la mayoría de ellos ya debe haber abandonado el hospital...

- ¿...y por qué no me despertaste?

Stella suspiró. Lo pensó un momento antes de hablar.

- Ya habías tenido suficiente. Además, eran buenas noticias... ya te enterarías de todos modos.

- Pero, pero... - volvió a decir Harry, aún no muy convencido - Yo los vi... ¡los dos los vimos! Los vi elevarse en el aire y azotarse contra el piso muchos metros atrás. Ese hechizo... esa onda los golpeó... muy fuerte... y yo... y-yo sólo vi cuerpos repartidos, inmóviles...

Stella asintió de nuevo.

- Lo sé, lo sé... Cayeron bastante duro, es cierto, pero aquello no bastaba para matarlos. Si te fijas bien, lo que realmente los golpeó fue la fuerza desintegrada de los Magno Patronus... y nadie muere por una sobrecarga de energía positiva, ¿no es así?

Harry pasó del consumo por la duda al alivio de las buenas noticias por segunda vez en menos de un minuto. Pero el rostro de Stella había mutado a un gesto de angustia contenida. Lo miraba con tanta tristeza y compasión mezcladas... Suponía que las noticias no habían terminado.

- ¿Hay algo más?

Ella asintió levemente, evitando su mirada.

- También supe sobre Cedric... - dijo, no muy segura de querer pronunciarlo, alzando luego sus ojos hacia él - No se ha hablado de nada más durante toda la mañana.

Harry movió la cabeza en un gesto ambiguo, entre desazón y deber. Sus ojos se posaron, fijos, en sus zapatos sobre el piso blanquecino, y alzó notoriamente los hombros en un suspiro profundo. No quería pensar en nada, no quería recordarlo todo... No quería hablar sobre lo que sentía o no sentía, ni

siquiera con Stella. No tenía fuerzas ya para detener el llanto, si es que éste viniera a agolpar sus ojos en cualquier segundo...

Se inclinó lentamente hacia adelante, apoyando sus codos en la camilla. El silencio que se había formado no era incómodo, pero sí abrumantemente triste. Si hubiera desviado su mirada hacia ella en aquel momento, habría visto sus ojos humedecerse, pero inyectados de un brillo nuevo.

- No sé todos los detalles, aunque lo intuyo... y créeme, Harry, que no sólo me has llenado de orgullo a mí, sino a todo aquel que ha escuchado la noticia. Yo jamás pensé... es decir, jamás creí que tú... - Tomó aire para terminar la frase, pero no lograba encontrar en su cabeza las palabras exactas. Harry seguía con la mirada baja, fija en las sábanas, aguantando las lágrimas. Apretó los labios y suspiró. Estiró su brazo hacia él, lentamente, hasta que el dorso de su mano le rozó la mejilla - ¿Te das cuenta de lo que has hecho... Harry? ¿Lo has pensado realmente? Elegiste lo que era justo, y no lo que sólo a ti beneficiaría... Por eso eres un líder nato, y tantos en todas partes depositarían sin dudar su confianza en ti. Tomaste una decisión real... en el mundo real. Una decisión adulta...

Harry bufó sin elevar la cabeza, entre destrozado e irónico.

- Quizá, pero... Solo desearía que no doliera así... tanto...

Una lágrima recorrió la mejilla magullada de Stella. Intentó sonreír.

- Entonces ya no sería “madurar”, ¿no crees?

Harry se mantuvo quieto un segundo. Luego alzó la cabeza, y giró suavemente hasta encontrarse con los ojos de Stella. No sonrió, pero el gesto de sus ojos había cambiado.

- ¿Por qué eres así...?

Stella arrugó la frente, confundida.

- ¿"Así"? - preguntó.

- Así... directa... y asertiva. Siempre dices lo correcto en el momento correcto...

Ella se sonrojó un poco, evitando su mirada. Luego habló.

- Varias veces creíste que leía tu pensamiento, ¿no es cierto? - dijo, y Harry asintió. Ella intentó explicar - Nosotros, los Elfos, somos seres de luz, Harry. Nos movemos según el ritmo de la vida, la tierra y la naturaleza. No puedo leer tu mente... Nadie puede, no existe tal cosa. Hay algunas formas de acercarse a lo que hay en tu cabeza, pero nada más. Pero lo que sí puedo hacer, es saber cómo te sientes... Los sentimientos traspasan las fronteras del cuerpo y se expresan de innumerables maneras... son menos tangibles que las ideas, fluyen con libertad propia... y los tuyos, Harry, llegaban a mí con intensa claridad. No necesito entrar en tu mente para comprenderte. Lo que sientes habla por sí solo, más que las palabras... - Hizo una pausa, pensó para sí, y luego continuó - Me parece que los humanos heredaron algo de ese poder... Un elfo al principio de los tiempos debió concederlo a tu raza. Creo que lo llaman "Empatía"...

Él asintió levemente, mirándola a los ojos por primera vez desde que había llegado al hospital. Sus labios permanecían quietos, como si los músculos de su cara hubieran olvidado cómo sonreír, pero su mirada brillaba, expectante.

- ¿Puedes sentir lo que yo siento... ahora?

Ella mantuvo el contacto por un par de segundos. No parpadeó, absorta.

- Sí... y no sé por donde empezar. Admiro que estés aquí... de pie, aún...

Harry inclinó su cuerpo un poco más. Apoyó su cabeza en las sábanas, muy cerca del rostro de Stella. Cerró los ojos.

- No vuelvas a asustarme de esa manera... No quiero perder a nadie más...

Stella se movió unos centímetros, hasta topar sus frentes. También cerró los ojos.

- Lo intentaré...

Un murmullo sordo provenía de algún lugar del pasillo, pero ninguno de los dos se movió, al menos por varios minutos. La tranquilidad de la habitación había relajado los músculos de Harry a tal punto, que sentía que volvería a dormirse, profundo... El cansancio le ganaría...

Hubo dos toques a la puerta, y luego el crujido de ésta al abrirse. Quien estaba detrás no había esperado réplica.

- Stella, querida... ¡Oh, Harry, aquí estás!

Molly Weasley juntó las manos a la altura del pecho, dando un suspiro de alivio. El Sr. Weasley entró pronto tras ella, cerrando la puerta tras de sí. Desde el umbral, miraron a Stella como si aún no se decidieran a hacer un movimiento. Ella les sonrió, y elevó un poco los brazos.

- Oh, vamos... Vengan aquí - rogó, y la Sra. Weasley fue la primera en acercarse. Aunque reticente al principio, se inclinó para besarle la frente, pero Stella la abrazó y la estrechó hacia sí. Los ojos de Molly bordeaban las lágrimas.

Un segundo después era Arthur quien la abrazaba, también algo emocionado. Pronto Molly rodeó la camilla y llegó hasta Harry. Lo chequeó

rápidamente, cerciorándose de que estuviera bien, y luego lo abrazó. Harry no opuso resistencia.

- No puedo creer tan rápida recuperación... - dijo Arthur de pronto, tomando la mano de Stella. Su voz denotaba algo de nerviosismo - Debimos poner una barrera al comienzo del pasillo... Cuando se supo que una elfa estaba en San Mungo's, todos quisieron venir a ver, y bueno... - Dio una mirada fugaz hacia Harry, tomando aire - ...también supieron sobre Cedric, claro. No sé cómo la noticia se expandió en tan poco tiempo, pero ahora todo el área tiene acceso restringido. Si no es porque nos topamos con Augustus Pye en el ascensor, no nos habrían dejado pasar...

- ¿Augustus Pye? - preguntó Harry.

- Sí, el Sanador Asistente que cuidó de mí el año pasado, cuando sufrí la mordedura. Lo reconocí y le pedí ayuda para entrar aquí... - explicó.

De pronto, Stella también adquirió un gesto serio.

- ¿Puedo preguntar por qué estoy en un hospital? Es un sitio Istari, mis leyes no lo permiten...

Arthur y Molly intercambiaron una mirada elocuente. Debatieron un segundo sobre quién hablaría, hasta que Arthur tomó la palabra.

- Sé que no deberías estar aquí... Ingolmo, como era de esperarse, se negó rotundamente al principio. Pero no podía quedarme ahí, sin hacer nada, viéndote morir...

- Pero sólo estaba desmayada...

- Ahora lo sé, pero en aquel minuto todo fue muy rápido y confuso. Tu padre murió en mis brazos, ¿recuerdas? Sé lo que sucede cuando eso pasa... La luz, ese brillo que los rodea, se apaga repentinamente. Así te encontramos. Y sé que tus leyes dicen que cuando el brillo desaparece no se puede intervenir, pero yo... Molly y yo... no íbamos a quedarnos de brazos cruzados.

Molly asintió con vehemencia.

- Améthles está muerta, y ya que ella era tu tutora mientras estuvieras lejos de tus tierras, ahora alguien debe tomar esa responsabilidad. E-Es... bueno, es lo que reclamamos nosotros - sentenció, nerviosa, evitando la mirada de todos.

- Molly y yo somos tus padrinos... Ohtar nos eligió, no pueden hacer oídos sordos a eso. Por eso, aprovechamos el caos inmediato y logré que me dejaran traerte aquí. Ellos te dejarían morir, pero yo no.

Stella le sonrió, cálida, e iba a decir algo cuando la voz de Harry la interrumpió.

- ¿Améthles está muerta? - repitió, tratando de que alguien reparara en él y le explicara algunas cosas. Molly y Arthur asintieron en silencio.

- Cuando todos abandonaron el castillo, trató de encerrarme en uno de los salones - explicó Stella, agravando su tono - Quería impedir que me involucrara en la pelea. Me aseguró que todo terminaría, que pronto ya no sería el escudo de nadie y podría por fin seguir con la línea de sangre que mi raza requería... Entonces temí por tu vida. Pensé que te quedarías en el castillo, así que supuse que te atacarían ahí, mientras todos se encaminaban a Pequeño Hangleton. Por eso la encaré, la obligué a decirme la verdad... - Tomó aire y continuó - Lord Voldemort había hecho un trato con ella. Debía mantenerme alejada de Hogwarts... de tí, para que jamás me enterara del Augurio. Ella fue quien robó

a Parma Wilwarin de nuestras arcas. El plan se completaría el día de la ceremonia... El escudo se rompería sin que yo me hubiera enterado de su existencia...

- ...y Voldemort tendría, por fin, el camino libre para eliminarte - dijo Arthur, terminando la frase.

- Aunque ya no importa cómo, él se enteró de que la ceremonia nunca se llevó a cabo, y Améthles creyó que vendría por mí. El trato se había roto, pero ella no dejaría que me encontrara... Me rogó que abandonara la lucha, pero como me negué, quiso encerrarme... Fue entonces cuando apareció Hyarion y... bueno, ya lo saben...

Los Sres. Weasley asintieron acto seguido, y Harry parecía ser el único realmente sorprendido.

- ¿La asesinó así nada más?

Arthur alzó las cejas en un gesto severo.

- La traición es un asunto muy delicado entre Elfos, Harry - le explicó, pausado - ...y sólo se paga con la muerte. Pactar secretamente con el enemigo es razón suficiente para el castigo. Yo... yo bien puedo decirlo. Ohtar debió pagar con su vida su lealtad hacia nosotros. Nunca fuimos enemigos de los Elfos, pero somos una raza extraña e inferior... Unirse a la Orden del Fénix era considerado una traición tan grave como lo podía ser aliarse al Señor de las Tinieblas...

- Hyarion estaba enfurecido - habló Stella, con la mirada perdida, evocando aquel momento - Pasé 15 años en el exilio, errando por el mundo, creyendo que sólo era para que Lord Voldemort jamás diera con mi paradero. Así lo creían todos los Tareldar, pero la verdad era otra: debía viajar y jamás volver a

Inglaterra... - afirmó, suspirando, y luego miró a Harry - ...porque tú estabas aquí. Améthles propuso la idea al consejo, sin mencionar tu nombre, por supuesto, y partí el mismo día que mi padre murió...

Molly apretó los labios. Claramente la muerte de Ohtar era uno de sus recuerdos más tristes, pero respiró hondo y mantuvo la compostura.

- ¿Y ahora? - preguntó ella, entre ansiosa y suplicante - ¿Qué pasará ahora, querida?

Stella no respondió de inmediato. Entrelazó los dedos de sus manos, fijando su mirada en ellos.

- En vista de todo lo que ha sucedido, ya he tomado una decisión. Reuniré al consejo cuando abandone el hospital...

Arthur asintió. Molly la apremió con la mirada, deseosa de saber qué era aquello, pero el Sr. Weasley coartó su intento. Ya habría tiempo de enterarse.

Entonces suspiró, clavando la mirada en Harry. Acercó una silla y le indicó a Molly que se sentara. Arrugó la frente, inseguro sobre lo que diría a continuación, y enserió aún más su rostro.

- Amos Diggory quería hablar contigo, Harry... pero le dije que no era el momento ni el lugar. Le rogué que no insistiera; es preferible que se calmen un poco las cosas. Abajo en el recibidor había dos reporteros de El Profeta tratando de saber en qué habitaciones estaban, y lo más probable es que quieran la exclusiva. Pero no dejaremos que te acosen, Harry. Ni menos a Stella - acotó, mirándola con cariño paternal - Dumbledore ya nos dio instrucciones específicas.

- Necesitas descansar - afirmó Molly, siguiendo las palabras de Arthur - Los dos lo necesitan. Han tenido suficiente. Arthur ha venido por ti, Harry querido. Te llevará de vuelta a Hogwarts.

Harry abrió parcialmente la boca, seguramente para protestar, pero en el fondo sabía que no tenía razones para hacerlo. No sabía si Hogwarts era el mejor lugar a donde ir, pero no tenía más opciones. A estas alturas prefería no discutir.

Al levantarse de su silla, sintió todos sus huesos crujir. Parecía como si hubiera recibido una enorme paliza. Hizo una mueca de dolor, a lo que Stella reaccionó. Lo miró con apremio, pero Harry movió la cabeza.

- Estaré bien - se apresuró a decir. Estiró su mano, y ella hizo lo mismo, aunque no lograron más que tocar la punta de sus dedos. Arthur tenía prisa por salir.

- Vamos, o nos encontraremos con algún indeseable reportero...

Molly le acarició el cabello, despidiéndose, y unos segundos después los vio salir al pasillo.

Estaba desierto, silencioso... Nada alteraba el orden a la vista, pero tan solo hasta que llegaron a las hojas de vidrio ahumado, precedidas por un gran cartel de ACCESO RESTRINGIDO. Un barrote grueso, quizá de acero, trancaba las puertas para la entrada y/o salida del pasillo. El Sr. Weasley se adelantó, se irguió justo en medio de la puerta, y pronunció: "Soy Arthur Weasley. Voy junto a Harry Potter. Queremos salir". En ese instante, aquel barrote simuló disolverse; su estado imperturbable se volvió casi líquido, se apegó a las paredes contiguas y dejó el paso libre. Entonces Arthur tomó a Harry del hombro y empujó una de las puertas con los nudillos. Apenas

hubieron cruzado el umbral, un tintineo sonó a sus espaldas; el barrote había vuelto a aparecer.

El bullicio lo sobresaltó. No recordaba haber visto tanta concurrencia en San Mungo's. Magos y brujas iban y venían, hablando en voz baja, apuntando hacia el pasillo bloqueado, intercambiando frases en las que “Elfa”, “Resucitado” e “Increíble” eran las palabras más comunes. Y varios Sanadores, aunque en menor número, intentaban que los curiosos regresaran a sus asuntos y despejaran el recinto, pero solo lo lograban a medias.

- ¡Arthur, aquí!

El cabello plateado de Elphias Doge se distinguió entre un grupo del costado, y Arthur se apresuró hasta él. Varias personas ya habían reparado en Harry y prefería evitar el acoso de saludos o interrogaciones. Mundungus Fletcher lo acompañaba.

- Vaya locura... - comentó Arthur al llegar a la esquina, donde, ágilmente, entre Elphias y Mundungus los subieron al ascensor. Afuera quedó un fotógrafo del tamaño de un Gnomo, refunfuñando, luego de que reconociera a Harry muy tarde para alcanzarlo.

- ¿Y qué esperabas? - intervino Mundungus, en su tono despreocupado de siempre. Se puso en puntillas hasta apretar el botón que tenía el número “1”. La luz se encendió - El Profeta adelantó la salida de su número matinal y arrasó con más de una exclusiva. Tuve que pelear con una bruja de Salem para conseguir un ejemplar. Ni idea cómo supieron de Cedric, pero ahí está, en portada...

- Además, la princesa de los Elfos está a dos habitaciones de distancia... - acotó Elphias, alzando las cejas - Me sorprende que nadie del Ministerio haya venido... El departamento completo de Criaturas Fantásticas estaría fascinado con ella... No se ve a un Elfo por estos lados en casi veinte años...

Arthur elevó el mentón, y luego suspiró, contrariado.

- Mejor así... Dejen a Stella en paz, no es un producto de exhibición - opinó, serio. Harry hubiera dicho algo para apoyarlo, pero prefería no abrir la boca. Por ahora, se sentía más cómodo en aquella posición: silencioso y sin que nadie reparara en él. No quería miradas lastimeras ni ansiosas.

- Claro que omitieron la noticia más importante, a mi parecer - continuó Mundungus, casi irónico. El ascensor se detuvo en el piso cuatro, pero apenas las puertas comenzaron a abrirse, él apretó el botón de cierre y volvieron a juntarse, de golpe. Todas las personas que esperaban lanzaron un par de maldiciones, pero Elphias no tuvo tiempo de disculparse. Mundungus volvió el rostro y siguió hablando como si nada, mientras el ascensor bajaba al piso tres.

- ¿Peter? - sugirió el Sr. Weasley, y Elphias, retomando el hilo del tema, asintió. Por primera vez, Harry quiso entrar en la conversación.

- ¿Qué pasa con él? - preguntó, reconociendo su propia voz bastante apagada y perdida.

Los tres adultos compartieron una mirada de reticencia. Mundungus se encogió de hombros, excusándose, y volvió el rostro hacia los botones. Nadie había llamado en los dos pisos siguientes. Estaría atento al próximo.

Arthur puso una mano en su hombro.

- Harry, no es necesario. Nosotros nos encargaremos de todo. No vale la pena que escarbes aún más en tu...

- Quiero Saber - lo interrumpió, enfático y serio como no lo había estado jamás. Arthur hizo un gesto de sorpresa y, acto seguido, instó a Elphias a hablar. El anciano bajó la mirada, resignado.

- Encontraron el cuerpo de Peter Pettigrew afuera de la Casa de los Gritos, en Hogsmeade - dijo, algo tartamudo, como si le costara trabajo ordenar las ideas en su cabeza - Murió por un *Avada Kedavra*, los expertos lo confirmaron esta mañana...

Mundungus carraspeó, incómodo.

- ...y según la data de muerte, no es posible que haya sido capturado, ni confesado sus crímenes al ministro Fudge, ni liberado de cargos a Black, ni mucho menos haber permanecido en los calabozos de Hogwarts...

La noticia no presentaba novedad para Harry, pero había ciertas cosas en las que no había reparado. Era cierto; si no había sido el verdadero Pettigrew a quien capturaron, su confesión no tenía validez. Harry suspiró, cerrando los ojos. Creyendo lo contrario, Sirius había muerto con la sombra de la culpabilidad...

Un leve tintineo lo obligó a mirar. Las puertas del ascensor se habían abierto en el primer piso.

- Aquí los dejamos - dijo Mundungus, haciéndose a un lado para dejar pasar a Arthur. Elphias tampoco se movió de su posición.

- Cuídate, Harry - se despidió, sonriéndole con calidez.

Él no volteó. Caminaba por inercia a un lado del Sr. Weasley. Tenía su mente, su mirada, perdida en un nuevo dolor. Parecía que todo aquello jamás terminaría...

- ¡Harry, Papá!

La voz de Ron lo trajo bruscamente a tierra. Estaba sentado en un pequeño banquillo a un costado de la recepción, pero se reincorporó de inmediato al verlos acercarse. Hermione estaba junto a él, pero permaneció quieta. Tenía las rodillas apretadas al pecho, y gemía suavemente.

- Y-Yo... Yo casi lo olvido... U-Ustedes... - balbuceó Harry, apuntándolos - Están bien... ilesos...

Ron puso cara de circunstancias.

- Es una suerte que Hermione sepa usar su cerebro en situaciones límite - acotó, entre avergonzado y aliviado - Qué bueno que aparezcas... Estabamos seguros de que estarías con Stella. ¿Cómo está ella? ¿Está bien?

Harry demoró un segundo en contestar. Aún estaba procesando la presencia sana y salva de sus amigos.

- Sí... Está bien. Se repondrá pronto...

Ron relajó los hombros, sonriendo, pero volvió a escucharse el llanto de Hermione.

- ¿Escuchaste, Hermione? - comenzó a decir el Sr. Weasley, acercándose a ella - Stella está muy bien, pronto saldrá del hospital... No hay necesidad de llorar...

Hermione secó su cara con la manga de su túnica, arrugando un pañuelo en su puño derecho, mientras Ron negaba con la cabeza.

- No está llorando por Stella, papá... - dijo, arrugando la frente. Nuevamente se sentó junto a ella.

- ¿Ah, no? ¿Por qué entonces? - preguntó, confundido.

Ella tragó saliva. Suspiró profundamente, elevó el mentón y trató de conservar la calma. Ron, por su lado, le extendió un otro pañuelo desechable.

- Y-Yo... estoy... estoy en problemas - dijo, intercalando sus palabras con pequeños respiros - C-Cuando ay-yudé a Ron, us-sé el... el conjuro D-Desaparecedor... - Buscó la mirada de Harry, y luego la del Sr. Weasley, quien parecía haber comprendido en el acto - ¿E-Entienden ahora? Use el conjuro... ¡pero no tengo licencia! - Comenzó a llorar otra vez, curvando sus labios - Estaba prohibido... ¡Violé el Decreto para la Prudente Limitación de la Magia en Menores de Edad!...

- No, no necesariamente... - acotó Arthur, pensando - El conjuro Desaparecedor puede ser usado por un menor, pero siempre y cuando posea la licencia correspondiente... Es decir, aquí en realidad estamos hablando de Infracción por magia No Acreditada... Aunque, bueno... en algunos casos puede ser peor que violar el Decreto de menores de edad... - agregó, pero la severa mirada de Ron lo hizo callar de golpe. “No ayudes tanto, papá”, le susurró, en una mueca lastimera.

- El m-ministro vendrá por mí, estoy segura... Esto es muy grave... Es probable que yo... puede que y-yo esté, justo en este m-mismo segundo... yo p-

podría... - abrió sus ojos al máximo, aterrorizada - ¡Esto me costará la expulsión de la escuela, lo sé!

Ron bajó la mirada, más avergonzado que nunca. Todo había sido su culpa... todo por librarlo del castigo merecido a su estúpida puesta en peligro...

Harry lo miró, quieto, con tanta impotencia como él. ¿Qué decir para ayudar?... Pero no alcanzaron a pensar nada rápido. Varios pasos los hicieron voltear.

- ¡Arthur, aquí estás! Gracias a Dios, creí que te habías marchado. Elphias me dijo que revisara el primer piso, de todas maneras...

Una señora alta, de mejillas rosadas, manos gruesas, abrigo de piel de zorro y un amplio sombrero saludó al Sr. Weasley con solemnidad. Él se inclinó levemente, casi sorprendido por su presencia, y le sonrió. Dos hombres vestidos de negro, con miradas desafiantes, la acompañaban a cada lado.

- Griselda... No esperaba que vinieras hasta aquí...

Griselda Marchbanks sonrió ampliamente.

- Tenía que asegurarme que todo estuviera bien por estos lados... ¡Una princesa élfica en nuestros corredores, imagínate! Y bueno, el joven Diggory... Sólo debía cerciorarme de que la prensa se mantuviera alejada de ellos, por ahora... - Recorrió su entorno inmediato al segundo siguiente, y reparó pronto en Harry. Hizo un gesto de entusiasmo, pero no duró mucho. Prefirió tener una actitud de acuerdo a los sucesos - Harry Potter... nuestra eterna celebridad. Eres un digno representante de los Potter... entrarás a la Academia, estoy segura - pensó en voz alta, orgullosa, pero continuó de inmediato con la frase - Te ruego que

descanses y no te preocupes de nada. Ya tenemos a varias personas investigando el caso de Sirius Black... jamás nos había sucedido algo parecido...

Harry no contestó. No quería ser maleducado, pero la verdad es que no estaba en ánimos para recibir halagos...

- ¿Te refieres al holograma? - preguntó Arthur, al tiempo que ella asentía.

- Me parece que el Señor Tenebroso ha sumado un delito más a su registro: el uso ilegal y malversado de un Imagofraus - afirmó, decidida.

Ron abrió parcialmente la boca, maquinando la frase a decir.

- ¿Se necesita permiso para usar esas cosas?

Hermione se movió, inquieta y nerviosa, al sonido de la palabra “permiso”. Ron le dirigió una mirada de arrepentimiento, mientras Griselda asentía como si aquello fuera lo más lógico del mundo.

- Si no estuviera regulado... ¡tendríamos clones de todos esparcidos por el mundo! - respondió, y Ron se encogió de hombros, lamentando haber preguntado - Se necesita un permiso especial del Departamento Contra el Uso Indebido de la Magia, además de un montón de papeleo sobre situación conductual, empleo que ostenta, antecedentes delictuales, tests de insania o violencia, etc. No cualquiera puede crear un Imagofraus... sólo se utilizan en situaciones especiales, como la petición de Albus hace unas semanas. Fue directo a mí y debió firmar cerros de formularios. La ley es igual para todos, claro que sí...

- ¿El profesor Dumbledore usó un Imagofraus? - repitió Harry, tratando de atar cabos.

- Hace unos días, sí. Debía salir de viaje, pero prefirió no denotar su ausencia y dejó un doble en su lugar... - Tras la última palabra, movió la cabeza y suspiró - ...pero ese es asunto de Albus. Lo importante es que pidió un permiso especial y... Oh, niña. ¿Por qué lloras tanto?

Hermione había vuelto a gemir al escuchar “permiso especial”, pero saltó bruscamente de su asiento al notar que la voz de Griselda se dirigía a ella. Ron hubiera preferido que desviara su atención.

Arthur fue quien habló.

- Ella es Hermione Granger, Griselda... - pronunció, bastante elocuente. La estricta jefa del Wizengamot hizo un gesto de entendimiento.

- ¡Oh, sí, por supuesto! Ya me he enterado de todo... El uso del conjuro Desaparecedor por una menor de edad. La niña Bones, sobrina de Amelia... ella me contó los detalles. Según su apreciación fue rápido y limpio, hecho con maestría... - Los ojos acuosos de Hermione se clavaron ansiosos en el rostro de Griselda Marchbanks. Ella le sonrió, acentuando las arrugas en su frente y sienes - Sé que aún no recibe su licencia, pero estamos en guerra, Srta. Granger. Actuar fríamente en una situación extrema, mediante un proceso impecable, y además para salvar a otro, no a ti misma, son valores que debemos promover, no coartar. No creerás que te amonestaremos por eso, ¿o sí? - Harry y Ron abrieron los ojos al máximo, sorprendidos, mientras Hermione intentaba dar crédito a sus oídos - Por otro lado, tengo entendido que hay un artículo en las leyes del Ministerio que habla de estas situaciones urgentes, de riesgo de muerte...

- Así es - se apresuró a decir el Sr. Weasley, visiblemente aliviado. Hermione había vuelto a llorar, pero esta vez de alegría, abrazando a Ron - Harry apeló a una de ellas por su caso el año pasado.

- Oh, sí, sí, ya recuerdo... - respondió, sonriéndole a Harry - Ataque de Dementores... Patronus corpóreo perfecto. Yo sólo logré conjurar el mío después de graduarme de la Academia de Aurores, ¿lo sabías? - Harry negó con la cabeza, pero no pronunció palabra - De todas maneras le enviaremos una carta pronto, Srta. Granger, señalándole los detalles de su situación - Hermione asintió, si no relajada al menos más tranquila que antes - Bueno, Arthur, ya debo marcharme. Es una suerte que nos hayamos encontrado... Necesito toda la ayuda que puedas ofrecerme, ¿sí? Este Ministerio volverá a ser la impecable institución de antes, así tenga que ir casa por casa convenciendo a los disidentes...

Hermione alzó una ceja, intuitiva.

- ¿Es... Es usted la nueva ministro?

La anciana mantuvo la mirada de Hermione por un segundo, y luego sonrió. Arthur compartió su gesto, aunque pensativo.

- No aún - respondió, directa, pero elevando el mentón, demostrando el orgullo que le suponía pensar en aquella posibilidad - El comité central del Wizengamot está evaluando el comportamiento de Cornelius Fudge, y es probable que le sugieran el retiro del cargo. Y... bueno, ya que al parecer no hay más candidatos, tengo muchas posibilidades...

- Todos los departamentos te apoyan, Griselda - agregó Arthur, confiado. Ella volteó hacia él, y le estrechó la mano.

- Lo sé, y lo aprecio. Incluso he tenido la noticia sobre el regreso de varios funcionarios a sus puestos, sólo por el rumor de que yo tomaría el mando del Ministerio... Por eso necesito a personas como tú a mi lado, Arthur. Hoy en día no es fácil depositar nuestra confianza en los demás... Los Weasley tendrán siempre mi más alta consideración. Básicamente por esa razón respondí afirmativamente el requerimiento de tu hijo Percy. Ha sido de gran ayuda para nosotros en las últimas semanas.

- ¡¿Percy?! - exclamaron Hermione, Ron, Harry y el Sr. Weasley al unísono, todos con gestos de sorpresa. Griselda curvó las cejas, como si no entendiera tanto sobresalto.

- Percy, sí. Muy estricto y disciplinado... aunque algo exagerado, debo decirlo. Descubrió algunas irregularidades en el mandato de Fudge y llevó los antecedentes directamente al Wizengamot. Me parece que fue él quien advirtió al consejo que Peter Pettigrew podía ser un Imagofraus ilegal, pero Fudge no tomó en cuenta su observación. Suponemos que le interesaba más salir en la portada de El Profeta, como el héroe del momento...

- Entonces... ¿Percy ahora está de nuestro lado? - preguntó Ron, aún algo reticente a creerlo.

- Esperaré a que tu padre me lo confirme, claro está...

- ¿Yo?

Arthur no podía evitar sentirse algo contrariado. Lo sucedido con Percy era un tema delicado...

- Sí. Está esperando por ti en tu oficina. Si tiene nuevos antecedentes que sirvan a la investigación de Cornelius, confío en que me los hagas llegar a la brevedad, Arthur.

- Claro... por supuesto - respondió, estrechándole la mano por última vez y viéndola, un momento después, salir junto a sus guardaespaldas por la entrada principal de San Mungo's.

Se frotó las manos, con la mirada perdida en algún lugar de su mente. Entonces tomó aire, nervioso.

- Ron, espera aquí por tu madre, ¿sí? Yo debo ir... debo volver a la oficina. Antes dejaré a Harry en Hogwarts. Por favor, no abandonen el hospital... Molly bajará en cualquier minuto.

Hermione y Ron asintieron sin titubeos. Le sonrieron tibiamente a Harry, y él sólo atinó a despedirse con un gesto de mano. No muy lejos de ahí, entró junto al Sr. Weasley a una sala vacía. Un grupo de Sanadores conversaba a viva voz al final del pasillo.

- Ten, Harry... - Sacó de su bolsillo un botón verde oscuro, como si hubiera sido arrancado de la túnica de alguien - Es un Traslador, Dumbledore me lo dio para ti - Lo dejó sobre la mesa rápidamente. Parecía aliviado de deshacerse de él - Ya no confiamos mucho en estas cosas, ¿sabes? Si no veo directamente cómo y quien lo hizo, jamás volveré a usar uno.

Harry asintió. Intuyó raudamente que algo tenía que ver con el atraso de la Orden al llegar a Pequeño Hangleton, pero no preguntó nada. Hace rato que su cuerpo se movía sólo por inercia...

Extendió el brazo y rozó el botón con la yema de sus dedos. “Cuídate, Harry” alcanzó a escuchar, un segundo antes de que el remolino del Traslador lo despegara del suelo y lo arrastrara en un túnel negro hasta su destino. Él solo cerró los ojos y se dejó llevar, sintiéndose como una pluma en mitad del viento...

Hasta que sus zapatos tocaron tierra firme. Los rayos de sol golpearon fuertemente su cara, y no le quedó más remedio que abrir los ojos.

Estaba en su habitación, en Hogwarts. El ventanal estaba abierto de par en par, dejando que la brisa cálida se colara entre los dossieres y la luz de la mañana abarcara el piso de madera hasta las paredes del fondo. Todo estaba claro y la temperatura era agradable, pero Harry se sintió de pronto atrapado en un cubo de hielo... frío, desolado...

Dio un par de pasos y cayó de bruces sobre su cama. A tientas, dejó sus lentes sobre su mesa de noche, y corrió las cortinas de su dossier hasta que quedó a semioscuras. Luego cerró los ojos, y estranguló su almohada con el puño.

Griselda Marchbanks no lo había dicho exactamente, pero sus palabras bastaron para concluirlo; todo pudo haberse evitado. Percy creyó que Peter era un Imagofraus, y si lo hubieran tomado en cuenta, Sirius jamás hubiera pensado en la posibilidad de utilizarlo en el Arco, ni lo habría llevado hasta el Departamento de Misterios, ni se habría lanzado, decidido, al Velo de Hades en su lugar...

Apretó los párpados, y una lágrima recorrió su nariz hasta que caer sobre la colcha. Lo único que quería ahora era dormir... dormir y olvidarse de todo, aún cuando supiera que al despertar lo atormentaría la misma pesadilla... las mismas voces, los mismos recuerdos nefastos...

“Abrazalo por mí, ¿quieres?”...

Pasaron dos días seguidos, completos, en que Harry no salió de su habitación. Había permanecido al resguardo de su dossier, con las cortinas totalmente herméticas, y abandonando el sueño solo a ratos. A veces despertaba y agudizaba el oído, buscando signos de movimiento... pero nada. Al parecer lo hacía justo cuando ya todos se habían ido. Suponía que, si no venían a buscarlo para ir a clases, sería por algo. Dumbledore debía haber dado instrucciones precisas de no molestarlo, de dejarlo solo, por ahora...

Sólo al tercer día decidió, no muy convencido, abandonar las lágrimas y el letargo y salir de la cama. Era una mañana soleada, muy parecida a la que lo recibió cuando regresó a Hogwarts, y aquello sólo lo hizo recordar, una vez más, el por qué de su pena. Es como si el tiempo se hubiera detenido, furioso, impidiéndole la posibilidad de superarlo...

Permaneció bajo la ducha más tiempo del que había estado jamás. Intentaba que el sonido del agua adormeciera sus sentidos, lo alejara un momento de su propia existencia, y le diera algo de paz. Había replanteado tantas veces en su cabeza la misma idea... y aunque le costara muchísimo aceptarla, quizá había llegado el momento de avanzar... liberarse...

Ataba los cordones de sus zapatos cuando alguien tocó a la puerta. Harry no contestó ni se levantó a abrir, pero no era imprescindible. Remus Lupin sabía que no necesitaba preámbulos para entrar.

Apenas dio un par de pasos dentro de la habitación, se miraron fijo por varios segundos. Luego avanzó, se sentó a los pies de la cama de

Neville, y suspiró, mirando hacia sus zapatos. Harry seguía sin decir nada, y Lupin comenzaba a sentirse algo incómodo...

- Vengo del hospital... - comenzó a decir, repentinamente, decidiendo por fin quebrar el hielo - Stella ya fue dada de alta. Quería venir a verte, pero le sugerí que esperara un poco más... que quizá no era el momento...

Harry asintió levemente, algo ausente a su entorno.

- Supongo que a todos les han dicho lo mismo...

Remus asintió, mirándolo con preocupación. Nuevamente los rodeó el silencio, pero ya no era incómodo, sino triste, muy triste...

- Harry, escúchame - le dijo, levantándose y avanzando unos centímetros hacia él - Me gustaría que me acompañaras. Hay un lugar que no conoces, y al que debería haberte llevado hace mucho...

Los ojos de Lupin brillaron, sospechosos. Harry alzó una ceja, confundido, pero en lugar de quedarse a oscuras en su habitación, pensando en su destino y sus desgracias, prefería salir un poco y tomar aire fresco.

Entonces asintió, y Remus relajó los hombros. Sin intercambiar palabras, caminaron hasta la puerta, y salieron de la habitación.

Un carruaje encantado, como aquellos que se disponían para los viajes a Hogsmeade, los esperaba afuera del castillo. Silenciosos, subieron a él, y Harry no preguntó el lugar de arribo. Remus tampoco dijo nada; sólo lo observó, quieto, durante todo el camino. Harry centró su mirada en la ventana, y en la huella de paso entre los prados, aunque sin observar nada en realidad. Fueron cuarenta minutos de viaje, en los que se apreciaba un paisaje más o menos similar, pero ni Harry ni Remus se sentían cansados. Aunque no

intercambiaron ni un solo comentario durante aquel lapsus, el trayecto se había hecho corto... apremiante.

Con un sutil gesto de cabeza, Lupin le indicó a Harry que era la hora de bajar. Él lo hizo, nuevamente sin decir nada, y lo que vio ante él no distaba mucho del panorama que le ofreció su ventana durante los minutos anteriores. Solo era un prado, verde y espacioso, con una pequeña colina detrás.

- ¿Qué hacemos aquí? - preguntó, abriendo la boca después de tanto tiempo.

Remus avanzó unos pasos, fijó los ojos en el prado, y suspiró. Harry se irguió junto a él.

- Tras la primera guerra, hace ya casi veinte años atrás, la Orden del Fénix con la ayuda del Ministerio se aseguró de recuperar la mayor cantidad de cuerpos posibles. Muchos habían muerto en batalla, y los que quedamos quisimos darles digna sepultura, tal como se merecían y debía ser. Así, se creó el Cementerio Sagrado de Aurores, no sólo para los salidos de la Academia, sino para todos los héroes de la resistencia. Pero, claro está, su paradero se ha mantenido en secreto todo este tiempo, pues no podíamos arriesgarnos a que los enemigos profanaran el lugar y robaran los cadáveres. Sólo los de la Orden y sus personas allegadas saben cómo encontrarlo... y ya que tú, Harry, perteneces hoy a ella, tienes derecho a saber...

Harry abrió los ojos, repentinamente emocionado. Su corazón comenzó a latir con fuerza.

- ¿Mis... mis padres están ahí?

Remus asintió, sonriendo a medias, y antes de que Harry pudiera preguntar algo más, él se adelantó varios pasos, abriéndose camino entre las espigas y la maleza. Unos metros más allá, estiró su brazo, y ante la mirada atónita de Harry, algo pareció moverse. Es como si Lupin hubiera chocado con un muro transparente, casi gelatinoso, que le recordó inmediatamente a la barrera invisible que cubrió las torres de las casas de Hogwarts antes de la batalla...

Con su mano apoyada ahí, Lupin exclamó: “Remus John Lupin, Orden del Fénix”. No hubo sonidos, pero sí un cambio de visión. Lo que antes sólo había sido un extenso sitio verde, ahora descubría, de la nada, en una especie de fortificación. La barrera invisible se deshizo como por acto del viento y ante él aparecieron murallas de concreto, medianamente altas, adornadas en los bordes con piedras incrustadas, y con dos grandes puertas de madera en la mitad. No había un letrero ni nada similar, pero Harry no dudó de aquello que veía. Parecía un mausoleo gigante...

Las puertas se abrieron sin que Remus tuviera que empujarlas, y lo que Harry apreció a continuación lo hizo estremecer. Fue incapaz de calcular la cantidad de hectáreas que aquellas murallas abarcaban, pero eran las suficientes para resguardar entre ellas a cientos de cruces blancas de madera, pequeñas y bellamente talladas, apenas asomadas sobre el césped y con sus respectivas placas de mármol a ras de suelo. Él sabía que mucha gente había muerto, víctima de Lord Voldemort y sus seguidores, pero observar aquel conjunto de tumbas era demasiado. Suponía tomar el fulminante peso de la muerte, y asimilarlo a la fuerza...

Mientras continuaba ensimismado, recorriendo con la mirada el resto del lugar, Lupin ya se había adelantado entre varias filas de cruces. Harry

apresuró su paso hasta él, cuidando de no pisar nada importante, escudriñando, ávido, cada centímetro, cada placa...

Entonces Remus se detuvo. Volteó para ver a Harry, y luego extendió su brazo, apuntando hacia su derecha.

- Ahí - dijo, volviendo a sonreírle, aunque tibio.

Harry se acercó lentamente. Justo en la esquina, y bajo una sola cruz algo más grande que las demás, destacaban dos pequeñas placas. Se puso en cuclillas, arregló la postura de sus lentes, y leyó: "*Lilian Evans Potter*, Auror, Orden de Merlín - Tercera Clase. <1951 - 1981>". La placa siguiente, un poco más abajo, decía: "*James Oswald Potter*, Auror, Orden de Merlín - Tercera Clase. <1951 - 1981>".

- James siempre dijo que, si algo llegaba a pasarles, debían enterrarlos juntos... y así se hizo - comentó Lupin, con un profundo tono de melancolía - No tenemos su cuerpo, pero pondremos una cruz y una placa con el nombre de Sirius junto a la de tus padres. Es lo que él hubiera querido...

Harry no sabía qué decir. Tenía un fuerte nudo en la garganta, hecho de tantas sensaciones que no podía expresar. Aguantó la respiración; el nombre de su padrino lo había alterado un poco, pero pronto se serenó. Aquellas dos placas, brillantes y elocuentes, lo habían hipnotizado...

- Tengo que hacerlo... ¿no es así?

Remus arrugó la frente, confundido.

- ¿Hacer qué?

Harry suspiró, resignado, aún sin levantar la vista de las placas.

- Dejarlos ir...

Remus procesó sorprendido aquellas palabras. Pensó un momento, sonrió tímidamente hacia sí, y asintió casi imperceptible, volviendo a embargarlo el tono de tristeza.

- No es fácil, pero sí... es lo que deberíamos hacer. Aunque, debo decirlo, yo jamás he logrado hacerlo del todo - confesó, sincero. Dio un paso y se acuclilló junto a él.

- Es sólo que... Trato de darle un sentido, a la muerte, al dolor... a todo - dijo, sintiéndose quebrar. Remus puso su mano en su hombro, instándolo a continuar - Tal vez ahora entienda las palabras de Sirius. "Nunca estarás solo"... Ahora lo sé. Siempre he añorado a mis padres, soñado con un día ficticio en el que volvería a encontrarme con ellos y recuperar el tiempo perdido. Volver a ver sus caras, oír sus voces... soportar sus regaños o discutir con ellos de vez en cuando. Es como si pensara que están de viaje, en lugar de muertos... Vivían en mi cabeza como fantasmas, como algo siempre a punto de materializarse... y fue esa añoranza lo que Sirius alimentó en mí, consciente o no... - Cerró los ojos y suspiró, abatido - ...pero en el fondo sabía, sabía que era imposible, y que caer de esa nube sería más doloroso aún...

Lupin asintió, sorprendido por la serenidad y repentino atisbo de madurez en Harry.

- Intenté advertírselo a Sirius, pero si tú vivías en una añoranza, imagina él. Sirius jamás superó la pérdida de James, y te arrastró en su sueño... pero, bueno, no puedo ni quiero juzgarlo. Su intención era loable, por eso lo apoyé a pesar de todo... - Quebró un poco su temple, pero suspiró y siguió - Jamás intentaríamos alcanzar nuestros sueños si no pensáramos que son posibles, ¿no crees?

Harry hizo un gesto de acuerdo, nuevamente con la mirada perdida en la tumba de sus padres.

- ¿Por qué pensabas que no lograríamos sacar a mi padre del Arco? - preguntó de pronto. Remus volvió a sorprenderse - Eso es lo que intentabas decirme, ¿no es así?.

Él movió la cabeza, bajando la mirada.

- Fue por un detalle... un detalle que no muchos advirtieron, pero yo sí, y también Hermione, aunque ella igualmente fracasó en su intento de hacer que Sirius entrara en razón. Si lo recuerdas, Sirius salió del Arco en un estado deplorable, y eso que apenas estuvo un par de segundos en aquel velo. Él mismo nos lo explicó el día que regresó, diciéndonos que el Arco funcionaba como una especie de proceso de descomposición, como le ocurre en forma natural a cualquier cadáver. Entonces fue ahí cuando lo comprendí... tú mismo viste a Cedric. Su aspecto es irreconocible, su vida pende de un hilo... y solo llevaba dos años tras el velo... - Suspiró, haciendo una larga pausa que, para Harry, era más que aclaratoria - Tu padre lleva 16. Si hubieras gritado su nombre, lo más probable es que sólo recibiéramos cenizas, y un ánima errante revoloteando entre ellas... - Hizo una nueva pausa, ahora más intrigado - ...lo que me devuelve al caso de Cedric. Realmente me sorprendiste, ¿sabes? Jamás pensé que dirías su nombre...

Harry apretó los labios, reincorporándose un momento. Elevó los ojos al cielo, azul y despejado como el mejor día de verano.

- Como tú mismo lo mencionaste mientras esperábamos a Sirius en la escalera, hay muchos inocentes que murieron en la guerra contra Voldemort... muchos seres queridos, muchos que merecerían regresar... pero, de todos ellos, sólo uno

me llamaba directamente. Cedric. Él murió por error, por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado, y siempre me sentí personalmente responsable por eso. De todos los inocentes, él era el mayor... Además, la persona que dijera su nombre ante el Velo de Hades tenía que haberlo visto morir, ¿no es así? Era uno de los requisitos. Y bueno... salvo Peter y Lord Voldemort, sólo yo estaba ahí...

Lupin sonrió. Se sentía orgulloso de Harry, de su inteligencia y prudencia, y de su sensatez para encarar los retos más difíciles. Le dio un par de palmadas en su espalda, se inclinó sobre las tumbas y quitó los restos de unas flores ya secas y marchitas. Al mismo tiempo, sacó su varita, dijo “¡Blossom!”, y materializó un hermoso ramo de margaritas, el cual pasó inmediatamente a Harry. Él lo miró sin entender.

- Las favoritas de Lily - dijo, sonriéndole paternalmente.

Harry asintió, volvió a su posición en cuclillas y las dejó sobre la hierba, acariciando luego las placas con la yema de sus dedos. Algunas lágrimas se agolparon en sus ojos.

- No sigan esperando... estaré bien - Miró hacia el cielo - Tú también, Sirius. Ahora lo he entendido. Sigán su camino... yo seguiré el mío. Siempre nos tendremos el uno al otro...

Una brisa cálida acompañó sus palabras hasta que se levantó y buscó la mirada de Remus. Él sonrió, conmovido, y lo abrazó por los hombros. Por un segundo, creyó estar admirando al mismísimo James.

Suspiró. Era cierto; ya era tiempo de avanzar. Liberarse.

Capítulo treinta y dos

En una vieja Moto Voladora

Los rumores sobre el encuentro de Cornelius Fudge y Griselda Marchbanks en las dependencias del diario *El Profeta* se expandieron con suma rapidez, aunque nadie pudo decir con certeza qué fue lo que hablaron. Se toparon a primera hora en la oficina del director del periódico, y no salieron de ahí hasta pasadas las dos de la tarde.

Aun cuando las causas de sus presencias eran bastante distintas, por primera vez en mucho tiempo los dos funcionarios concordaban en algo: todo lo relacionado con Peter Pettigrew, Cedric Diggory o la princesa de los Elfos, debía desaparecer inmediatamente de las hojas del matutino. Por mandato del ministro, cualquier hecho que involucrara a las tres personas mencionadas había sido declarado como secreto de estado. Los detalles pertenecían a las arcas personales de la institución de gobierno, y nadie más que sus subordinados directos tendrían acceso a ellos. Desde ese día, y en adelante, la resurrección de Cedric Diggory, la no-vida de Peter Pettigrew o la presencia de una Elfa en San Mungo's pasaría a la historia como un simple rumor. La orden tajante de Fudge fue 'no dar declaraciones', 'obviar el hostigamiento', 'negarlo todo'. Y así se hizo.

Griselda no emitió comentario ante esas palabras, ni a favor ni en contra. Sólo observaba; al menos en lo que se refería a la princesa Tareldar estaba de acuerdo. Por su seguridad, era importante que se guardara reserva. Ni la directiva de San Mungo's, ni las autoridades del Ministerio, ni mucho menos el resto de los Elfos quería que Stella se convirtiera en un animal de exhibición. Mediante un sospechoso hermetismo, pero desmintiendo tranquilamente todos los rumores, varios Sanadores se agolparon en las salidas estratégicas y despejaron los pasillos del hospital.

¿Elfos? Por las barbas de Merlín, claro que no. ¿Acaso están locos? ¿Quién regaría un rumor tan estúpido? Nadie ha visto a ninguno de ellos en decenios. El último informe del Departamento de Criaturas Fantásticas del Ministerio decía que ya estaban extintos, o, si quedaban algunos grupos pequeños, estarían muy bien escondidos en los bosques encantados de Europa...

Aun así, no faltó quienes burlaron las barreras y corrieron, con cámaras fotográficas en mano, hasta la supuesta habitación de la Elfa. Pero, a esa hora, Stella se encontraba bastante lejos del edificio. Así, de rumor pasó casi a leyenda, y en las semanas que siguieron los enfermos hacían fila para ocupar esa habitación, o cualquiera que estuviera cerca.

Griselda había recibido aquella información de la boca del Sanador Augustus Pye el día anterior, y entornó los ojos como respuesta. No le sorprendería si pronto encontrara a alguien en el Callejón Diagon vendiendo “la almohada que la Elfa usó” o “las sábanas de su camilla”, agregando convenientemente sus ‘secretos poderes curativos’...

Pero no lo pensó demasiado. Stella podía cuidarse sola... Había otros de los “secretos de estado” más urgentes de solucionar, y así se lo sugirió, tangencialmente, a Cornelius Fudge.

Él no volteó, ignorándola con desprecio contenido. El Director de *El Profeta*, Silvano Livesey, tragó saliva, encogiéndose de hombros frente a la imponente anciana. Ya había tenido suficiente con que lo coartaran de informar... ¿Tendría que soportar, además, una lucha de poderes en mitad de su oficina? Fudge agitó la cabeza y se dirigió, sospechoso, a dos funcionarios del ministerio que iban con él. Ellos asintieron instantáneamente, al tiempo que Griselda levantaba una ceja. “Sin misterios, Cornelius”, le advirtió ella, en un tono algo desafiante. Él agravó su gesto de molestia, pero prefirió contestar.

La misma noche en que Remus Lupin trajo a Cedric Diggory al hospital, Fudge envió una delegación secreta al Cementerio Estatal de Londres. ¿La razón? Sin temor a equivocarse, un par de Inefables aseguraron que el Mausoleo de la familia Diggory aparecería profanado. Y así fue, aunque no había destrozos o cerraduras forzadas; la placa con el nombre de Cedric estaba semi descorrida, y en la urna no había vestigios de ningún cuerpo. Dichos Inefables (cuyas identidades, obviamente, fueron mantenidas en el anonimato) no fueron capaces de explicar con claridad el funcionamiento del Arco, pero recalcaron que de alguna forma tenía la habilidad de transportar cadáveres hasta el velo, aun cuando estuvieran varios metros bajo tierra. Entonces Lupin tenía razón: si hubieran intentado traer a James, no habrían recibido más que cenizas...

La comisión del ministerio (con la anterior aprobación de Amos Diggory), quitó la placa y cerró el Mausoleo como si nunca nada hubiera pasado... ni aún la misma muerte de Cedric. Es como si el tiempo hubiera echado marcha atrás. Para suerte de Fudge, el deceso de Cedric hace dos años se había manejado en el más completo hermetismo; pocos se enteraron de los detalles, pocos se atrevieron a preguntar. Muy pocos sabían todo lo que había sucedido tras el Torneo de los Tres Magos, por lo tanto, el hecho de que Cedric volviera a caminar por las calles de Londres en un futuro cercano no sería tan... traumático, ni para él ni para el mundo. Podrían reinsertarlo sin mayores complicaciones; si pudieron esconder a El-Niño-Que-Vivió por 11 años, bien podrían hacer que una simple resurrección pasara inadvertida.

No obstante el “asunto Diggory” presentaba una solución más o menos manejable - permitiéndole al Ministro salir momentáneamente airoso - Fudge anunció que el Arco de Hades sería destruido. Antes que Livesey pudiera preguntar más detalles sobre aquel inusual artefacto, Griselda dio un salto, abriendo los ojos al máximo. Estaba de acuerdo con que aquel extraño velo

había ocasionado muchos problemas y desgracias, pero no podían destruirlo. ¡Los grandes misterios de la muerte residían en él! El Ministro lo pensó un momento; el Departamento de Misterios, de todas maneras, estaba siendo reubicado y rediseñando su sistema de seguridad, ahora mucho más estricto e infranqueable. Probablemente los Inefables lo acorralarían, presionándolo, negándose a perder años y años de investigación... Pero el tema quedó en el aire. Recordando los detalles recogidos sobre aquel Arco, el director de *El Profeta* nombró a Peter Pettigrew. Griselda apretó los labios, respiró profundo y clavó la mirada en el Ministro.

Cornelius Fudge tragó saliva. Luego se quitó el sombrero, y se sentó incómodamente en un sillón contiguo. Lo que involucraba a Stella o a Cedric no suponían mayor análisis; lo de Peter, en cambio, ya se había transformado en un dolor de cabeza. Quisiera o no, lo involucraba directamente a él como responsable, y tarde o temprano le costaría el cargo...

Aunque en un principio se negó a considerar la idea, Albus Dumbledore ya se había encargado de presionar a los directores de cada departamento del ministerio: Peter Pettigrew estaba vivo, y en consecuencia, los cargos contra Sirius Black debían invalidarse. Sin importar el encono acumulado del ministro hacia Sirius, no podía hacer oídos sordos, y antes de desdecirse de sus maldiciones eternas, prefirió voltear el percance a su favor y convertirse en el héroe del momento, apareciendo en la portada del diario con el cuello de Pettigrew entre sus dedos.

Pero pocos compraron aquella pantalla de rectitud. El descontento entre los departamentos crecía día a día, y Fudge ya no podía confiar ciegamente en nadie. Hasta el mismo Percy Weasley, aquel joven asesor que podía dar hasta su vida por el ministro, osó desafiarlo no hace mucho. Se había atrevido a sugerir que Peter Pettigrew no era más que un Imagofraus ilegal, y que como tal, debía darse aviso al Departamento Contra el Mal Uso de la Magia. Fudge, para entonces, sólo había dado un bufido altanero. ¿Qué se

habría creído? Él era el Ministro de Magia... un hechicero absolutamente calificado. ¡Por supuesto que podía reconocer a un Imagofraus! Pero éste no era el caso, claro que no. Peter solo estaba... nervioso. Sí, eso. Sabía que sería juzgado y encerrado, y por eso se rehusaba tanto a hablar; además, la angustia de una posible ejecución pública había dejado su mirada opaca... siempre en el vacío. ¡Weasley se había vuelto loco! Era el gran caso de su carrera... por supuesto que no era un Imagofraus... era imposible... Dumbledore se lo habría dicho...

Lo cierto era que ni aun el sabio y aventajado Director de Hogwarts había advertido el holograma. “Fue creado por el propio Señor de las Tinieblas... ¿Esperabas un clon defectuoso?”, refunfuñó Griselda hacia Fudge, colocando las manos en sus caderas. Silvano Livesey levantó las cejas, sin hacer más movimientos. “¿No lo había hecho el mismo Peter?”, preguntó, confundido.

Griselda movió la cabeza, más molesta que apenada. Solo podían teorizar. Nadie más que Quien-No-Debe-Ser-Nombrado sabía la real consecución de los hechos, pero el Wizengamot había llegado a una rápida conclusión: un Imagofraus de tal calidad, capaz de burlar a la mitad del mundo mágico, solo podía ser creado por un hechicero asombrosamente hábil, clasificación en la que Peter no encajaba muy bien. Demás estaba decir la vinculación de magia negra con la creación de tal holograma...

Pero, ¿por qué no contarlo? ¿Por qué se prohibía a *El Profeta* informar que jamás atraparon al verdadero Peter Pettigrew? Fudge respiró con fuerza, fijando una mirada asesina en Griselda Marchbanks. Ella había dado la orden de no informar, y Fudge lo había secundado. El por qué era simple: Si afirmaban que Pettigrew había muerto a manos de Lord Voldemort, y que él había dejado un Imagofraus en el lugar de su vasallo en pos de sus planes, la confesión en favor de Sirius Black se perdería, y su caso tendría que reabrirse,

incluyendo todo el papeleo que ello significa; además, la reputación del ministro Fudge caería aún más bajo, por ingenuo e incompetente. Claro que lo único que Griselda mencionó en voz alta fue lo referente a Black; las consecuencias referentes al ministro, si bien eran ya de conocimiento masivo, prefería no esparcirlas. Pero Livesey intercambió con ella una mirada elocuente, como si advirtiera con suma claridad las reales intenciones de Fudge, aunque optó por no preguntar más.

No obstante, hizo una sugerencia: en el próximo número, podrían adjuntar un manual exhaustivo elaborado directamente por el Departamento Contra el Mal Uso de la Magia, sobre algunos de los fraudes más usuales en el terreno mágico. Ahí, en un apartado especial, explicarían las características de un Imagofraus y cómo descubrirlos, además de las diferencias entre un holograma de alguien vivo o de un muerto. En términos generales, si el creador del Imagofraus está vivo, el holograma se moverá con soltura y será casi imposible de descubrir, pero, si el holograma está suplantando a alguien que ya ha fallecido, es más probable que se evidencie. Se nota por su pérdida parcial o total del habla y su mirada perdida; en otras palabras, características de lo que los Muggles llaman “Autismo”. Al constituir un ejemplo de magia muy avanzada, no muchos logran advertir las diferencias entre el creador y su holograma; sin embargo, hay una sola manera de desenmascararlo definitivamente, y así, obligarlo a desaparecer. Sin importar dónde se encuentre el Imagofraus, si alguien a su lado conoce su naturaleza, el holograma se desintegrará. Así de simple. Por eso el hechicero realiza su clon a distancia y no comenta con nadie su acción, para no echarlo todo a perder... Arruinarlo, como lo hicieron torpemente dos mortífagos no hace mucho. Conociendo la suerte del verdadero Peter, obligaron al Imagofraus a disolverse en sus narices, y frente a Sirius, Remus y Harry...

Fudge suspiró, incómodo, y luego asintió. Griselda también se mostró de acuerdo; el manual sería una buena forma de salir del paso por

ahora. Y no se habló más del asunto. Con una súbita prisa, Cornelius Fudge estrechó la mano de Livesey y caminó directo hacia la puerta. Griselda no movió ni un músculo; lo vio salir, nervioso, y luego sonrió incómoda hacia Silvano. Estarían pronto en contacto...

Todo se resolvió de acuerdo a lo acordado. Al día siguiente, El Profeta mostró una portada sobria, pero haciendo hincapié en el manual adjunto. Tras su escritorio en las oficinas principales del Wizengamot, Griselda sonrió aliviada y comenzó a ojearlo, mientras terminaba su conversación con Albus Dumbledore a través de la chimenea.

Él le repitió, una y otra vez, que no se sintiera apenada por recontractar a Libertes Pittycarp en el ministerio. Algo divertido, confesó que ya estaba acostumbrado a cambiar de profesor de Defensa Contra las Artes Oscuras cada año. Además, sabía lo importante que era para ella rodearse de gente de confianza para restablecer el orden institucional. “Y eso que no lo hago como futura Ministra, sino como simple Jefa del Wizengamot” aclaró Griselda, aunque compartió luego con Albus una sonrisa cómplice. El Director se excusó por tener que irse, pero había asuntos pendientes en Hogwarts que debía atender. La comunicación a través de los polvos Flu se cortó unos segundos después, y Dumbledore regresó a su escritorio.

Junto a su pluma y tinta, no sólo estaba el documento de término de servicios de Libertes Pittycarp, sino también el del reintegro a clases de Severus Snape. Sonrió incómodo al recordar el rostro de Madame Pomfrey cuando se le avisó que su ayuda ya no sería necesaria; el platillo con algodones que llevaba rodó por el suelo y sus ojos demostraban impotencia. “¡Pero Albus, he hecho un excelente trabajo!”, se defendió ella, pero el Director acotó que era más necesaria en el área del Hospital que en el salón de clases, dando el asunto por concluido. Sabía que la mayoría de los alumnos protestarían, pero ya

lidiaría con ello. El profesor Snape comandaba la asignatura de Pociones hace mucho tiempo, y no sería justo marginarlo por su ausencia... Ausencia absolutamente justificada, y Madame Pomfrey lo sabía. Entonces no tuvo más remedio que aceptar, mientras Dumbledore le daba unas palmadas en la espalda. Siempre quedaba la oportunidad de una nueva sustitución temporal...

Aunque vagó más en forma de “secreto a voces”, el comentario estudiantil del momento se refería al renovado comportamiento de Snape. Si bien muchos alegaron por el retorno de Madame Pomfrey, descubrieron en las últimas clases del año un extraño halo de paz rodeando al profesor de Pociones... aura bastante misteriosa, pero agradable. La versión oficial del profesorado fue que Severus se había tomado unas merecidas vacaciones, y que había regresado con más ánimo y energía. La mayoría alzó una ceja ante esas palabras, escépticos, pero no hicieron preguntas. Solo unos cuantos alumnos podían sospechar algo más de la sonrisa esquiva de Snape... algo relacionado, quizá, con una mujer de apellido Malfoy...

Si bien Harry intentó que alguien les contara qué es lo que había estado haciendo Snape todo este tiempo, solo recibió evasivas. ¿Qué tan secreto podría ser? Sin embargo, aprovechó la indignación contenida de Madame Pomfrey para extraerle algo de información: Al parecer, habían descubierto que la Marca Tenebrosa tatuada en el antebrazo de Snape, actuaba de la misma forma que la cicatriz de Harry. Así, y ya que el antiguo *modus operandi* de Voldemort se había descubierto, este año había decidido usar al redimido mortífago como espía involuntario. Claro que no había resultado del todo: el viejo Severus manejaba muy bien las técnicas de Oclumencia, lo que le permitió resistirse hasta donde sus fuerzas se lo permitieran. “Quizá por eso se refugió en la mansión vacía de los Malfoy”, pensó Harry, ya que si Voldemort lograba entrar en su mente mientras él estuviera en Hogwarts, los planes de la resistencia corrían grave peligro... Además, aquello se vinculaba directamente

con sus malestares físicos, sobre todo aquel que lo atacó con violencia tras el partido de Quidditch contra Slytherin. Por más que Voldemort tratara de usar sus fuerzas contra Snape, de alguna forma su propia cicatriz en forma de rayo también recibía el maleficio...

Aunque aquello no era más que la punta de un gran iceberg de preguntas, Harry prefirió no seguir indagando. Alguna razón poderosa impedía a la Orden revelar los detalles de la misión de Snape, así como lo sucedido en el Bosque Prohibido con los Gigantes. Hagrid le repitió constantemente que no podía dar información al respecto, al menos no hasta que Dumbledore lo autorizara, pero su amplia sonrisa fue más aclaratoria que un discurso completo. No obstante, apenas tuvieron oportunidad, Remus mandó llamar a Hermione, Ron y Harry al despacho del Director - ya que él se encontraba fuera, arreglando unos asuntos - en donde permanecieron casi toda la tarde. De alguna forma, sentía que les debían unas cuantas explicaciones sobre los últimos acontecimientos.

- Jamás me agradó... ¡Siempre supe que algo malo había con ella! - exclamó Ron, furioso, luego de escuchar la última frase de su ex profesor de Defensa. Hermione tomó su brazo para que se calmara.

- Se supone que los Elfos estaban de nuestro lado, Ron - acotó Remus, apoyando su espalda en el respaldo de la silla - Ninguno de nosotros habría intuido jamás que Améthles nos daría Trasladores falsos...

Harry pensó un momento.

- Pero, si los Trasladores no los llevaron a Pequeño Hangleton, ¿Adónde fueron a parar?

Lupin arrugó la frente, suspirando.

- Nunca lo supimos con exactitud, pero Mundungus aseguraba que estábamos en algún pueblo de Irlanda, tomando en cuenta los parajes. Y eso que sólo lo descubrimos bastante tiempo después... De la Orden, únicamente Tonks había estado antes en Pequeño Hangleton, por lo que sólo cuando ella se unió al grupo comprendimos la trampa...

- ¿Y los Elfos que iban con ustedes? - preguntó Ron.

- Ellos estaban quizá más sorprendidos que nosotros. La traición es algo inconcebible entre los Tareldar, y se paga con el más caro de los castigos... - dijo, perdiendo la mirada en una de las ventanas de la oficina. Tragó saliva, movió la cabeza y continuó - Todo pasó muy rápido. Apenas nos dimos cuenta del error, uno de los Elfos, por petición de Dumbledore (Es el único que habla medianamente su idioma) arregló el Traslador y nos envió a Pequeño Hangleton - Apretó los labios y los puños, contrariado - Ustedes saben... los Trasladores no son completamente instantáneos. Todo depende de la distancia, y nosotros estábamos tan lejos... Habíamos perdido tiempo valioso, y Dumbledore lo sabía. Jamás lo había visto tan serio como en aquel momento...

Hermione tomó aire, arqueando las cejas.

- Aún es demasiado fácil - comentó hacia sí. Remus la instó para que hablara más claro - Quiero decir... Dividir al grupo es una táctica eficiente, pero así como lo describes fue casi inofensiva...

Remus sonrió a medias.

- Porque no era el plan original - confesó, y sus tres interlocutores abrieron los ojos, extrañados - Harry, quizá no lo notaste, pues estabas al borde de la inconsciencia, pero tanto nosotros como los Mortífagos...

- ...venían de sitios opuestos - confirmó Harry, recordando la última imagen que vio antes de desfallecer. Remus asintió con vehemencia.

- Voldemort había ordenado a Améthles que los Trasladores falsos enviaran a la Orden a un sitio específico, donde todos los mortífagos nos tenderían una emboscada. Ese era el plan en un comienzo, pero, lo que Améthles no predijo, fue que tres de los suyos accedieran a acompañarnos. Ese detalle nos salvó. Ella creyó que toda la comisión Tareldar iría en busca de Eärendil, por lo que magos y elfos se separarían... - Lupin elevó el mentón - Améthles jamás sacrificaría a un Tareldar, y ya que junto a nosotros había tres de ellos, decidió a último minuto cambiar el destino de los Trasladores y salvarles la vida. Claro que Voldemort jamás se enteró, y sus mortífagos esperaron por nosotros incansablemente... en vano...

- No todos - aclaró Hermione, Remus asintió acto seguido. Ron y Harry la apremiaron con la mirada - Algunos de ellos se encontraron con los Elfos cuando fueron a rescatar a Eärendil. Uno murió, pero los otros escaparon. Draco estaba ahí.

Ron hizo un brusco gesto de entendimiento.

- ¡Por eso no regresó con Pansy a su sala común aquella noche!

Hermione asintió, mientras Remus intentaba sonreír.

- Y fue una suerte que así fuera. Draco posee información sobre el Señor Tenebroso que ni el mismo profesor Snape maneja. Haya actuado o no por conveniencia, nos fue de gran ayuda - Amplió su sonrisa, y alzó una ceja - Además, si hubiera ido con ustedes, quizá habría estorbado más que ayudado...

Harry fue el primero en sonreírle de vuelta.

- De todas maneras necesitábamos un Slytherin, ¿no es así, Hermione?

Ella asintió, orgullosa.

- Gracias a Dios yo sí leo “Historia de Hogwarts” - gruñó, aunque divertida - En el capítulo donde se habla de los fundadores, el compilador cuenta la leyenda de los Magno Patronus. Decía que si bien el Patronus de cada uno por separado poseía inmenso poder y sabiduría, nada se compararía a la fuerza de la confluencia de los cuatro. Entonces sellaron un pacto: como un premio a la futura colaboración entre las casas, cuando en una batalla se encontraran Patronus representantes de las cuatro mentes fundadoras, se fundirían y convocarían el poder de Godric, Rowena, Helga y Salazar... Sin Theresa, no podría haberse hecho.

- Todos hicieron un excelente trabajo - pronunció Remus, orgulloso y emocionado - Dumbledore siempre lo supo. Sabía que se convertirían en un pilar fundamental de la lucha...

Ron y Hermione no dijeron nada, pero el rostro de Harry hablaba por sí solo.

- El Director intentó encerrarnos en el castillo, Remus - le recordó Harry, agravando un poco el tono de su voz. Remus no se movió demasiado.

- El Director es un estratega, Harry - lo corrigió él, sonriendo - Si Voldemort creyó que la división de fuerzas nos destruiría, Dumbledore supo voltearlo a su favor. Si ustedes actuaban por separado, fuera de nuestros planes, corrían menos peligro. Recuerda que aún no sabíamos quién era el espía...

Hermione interrumpió.

- Entonces, ¿el profesor Dumbledore esperaba que la Armada saliera a pelear?

- En teoría, sí - aceptó Remus, moviendo la cabeza - ...pero jamás quiso que pelearan solos. Únicamente serían un refuerzo, la Orden estaría ahí... pero,

bueno, ya saben el resto - Ron y Hermione asintieron, gratamente sorprendidos. Sólo Harry permaneció cabizbajo, reflexivo - Jamás pensaste que el Director te tenía tan alta consideración, ¿no, Harry?

Harry levantó la cabeza de golpe, clavando la mirada en Remus.

- Aquella noche, en este mismo despacho, me repitió que aún no era mi hora, que no debía pelear... ¡Nos ordenó regresar a nuestras torres! - dijo, tratando de defender su sentimiento - ¿Cómo iba a pensar que estaba instándome a lo contrario?

- Harry, cuando la gente te dice que eres igual a tu padre, no solo se refieren a tu cabello - sonrió Remus, amable - Piensas y actúas exactamente igual a él. Si te ordenan hacer "A", tú haces "B". Desde que llegaste a Hogwarts no has hecho más que romper y saltarte reglas... siempre con fines loables, claro está. Y lo mismo va para ustedes - dijo, apuntando a Hermione y Ron - Dumbledore sabía que no se quedarían con los brazos cruzados...

Hermione pareció sonrojarse.

- ¿Eso quiere decir que ya no nos consideran unos niños?

Remus Lupin mantuvo la mirada, entre sereno y profundo.

- ¿Se sienten como tales?

El segundo siguiente fue bastante aclaratorio. Los tres amigos se miraron, tranquilos, y luego se sonrieron, cómplices. Pero no alcanzaron a pronunciar palabra. Con estruendo, alguien tocó varias veces a la puerta, pero no esperó réplica para entrar.

- ¡Profesor Lupin, señor!

Remus sonrió, levantándose de su silla.

- Hola Neville.

Él le sonrió de vuelta, recuperando el aliento. Luego fijó una mirada ansiosa en sus tres amigos.

- Vine a buscarlos... ¡La comisión examinadora ya está aquí!

Harry dio un salto. Casi lo había olvidado: el examen para la licencia de Desaparición. Los sucesos recientes habían sido lo suficientemente aturdidores como para hacerle olvidar que era fin de año, y que no en muchos días, estaría tomando el tren de vuelta a Privet Drive...

Hermione y Ron se levantaron acto seguido, se despidieron de Remus con un gesto de mano y se apresuraron a correr tras Neville.

- Harry, espera un momento - lo detuvo Remus. Harry, aunque no comprendió enseguida, hizo un gesto a Ron para que se fueran sin él. Luego de que la puerta se cerró, volteó hacia su ex profesor.

- ¿Sucedó algo?

Lupin suspiró antes de hablar.

- Sólo quería mencionarte algo... algo que quizá está dando vueltas en tu cabeza... - Harry arrugó la nariz, confundido. Remus volvió a suspirar, y trató de ser claro - Algo sobre Sirius.

Harry se estremeció al escuchar el nombre de su padrino, suspirando tristemente acto seguido. Tragó saliva imperceptiblemente, y arregló sus gafas para ganar algo de tiempo. Era cierto. Había un par de cosas sobre él que aún estaban inconclusas...

- ¿Es sobre el Arco, verdad?

Remus asintió, acercándose un poco más a él. Puso una mano en su hombro.

- Sólo quería decirte que... bueno, que Sirius nunca asesinó a nadie.

Harry volvió a sobresaltarse. Jamás habría esperado esa frase.

- ¿Por qué me dices eso?

Remus relajó los hombros, comprensivo.

- Supuse que quizá no habrías reparado en ello - pensó hacia sí, para luego subir la mirada - ¿Recuerdas los requisitos para que el intercambio del Arco funcionara a la perfección? La persona que se sacrificara debía haber usado el peor conjuro imperdonable al menos una vez... - Harry abrió los ojos al máximo, asintiendo lentamente. Todo había pasado tan rápido que no había pensando en eso - Pues bien... Sirius sí lo usó, pero no mató a nadie, aunque lo intentó. El día que tus padres murieron y se enteró de la traición de Peter, fue a buscarlo para matarlo. Se encontraron en aquella calle llena de muggles, y antes de que Peter arrasara con el lugar para encubrirse, Sirius intentó el Avada Kedavra contra él. No sé si alguna vez llegues a imaginar el odio que Sirius sentía en aquel momento... y, bueno, aunque la motivación de asesinar existía, Peter esquivó sus embistes convirtiéndose en roedor, y ya conoces el resto de la historia...

Harry asintió, pensativo. Agradecía que Remus hubiera aclarado aquel punto, pero en el fondo, sentía que no le importaba demasiado. Por supuesto que podía entenderlo... podía entender ese odio contenido, luchando por revelarse... Sus mejores amigos habían muerto, traicionados... Ese tipo de odio es el que se necesita para que un conjuro imperdonable funcione. No lo

culpaba, ni lo juzgaría. Seguía siendo el mismo Sirius para él. El mismo hábil hechicero, el mismo Animago... su padrino, siempre...

Sin que Lupin se lo esperara, Harry lo abrazó. Él sonrió, algo torpe, y le devolvió el abrazo. Sabía que para Harry la imagen de Sirius no cambiaría, pero este tipo de detalles ayudan a que el recuerdo sea más sólido, inquebrantable. Sirius no sólo había regresado del Velo para decirle que dejara de soñar y no olvidara vivir; también regresó para mostrarle una buena forma de andar. Lucha, confianza, fuerza, verdad... No es necesario matar para demostrar entereza...

Se sonrieron un minuto más, y luego Harry bajó las escaleras a toda prisa, dejando a Remus con más pensamientos por digerir. Los retos habían sido grandes, pero todavía no habían pasado lo peor. Harry aún no era realmente victimario... o víctima. ¿Estaría cerca aquel día?

La primera sorpresa de la tarde acaeció apenas el silencio llenó la sala. De entre las siete personas que conformaban la comisión, destacó de inmediato un señor bajito y rechoncho, de frente amplia y algo sudada, quien pasó un pañuelo por su cara y sonrió a la multitud de jóvenes. “Bienvenidos al Examen de Aparición, sexto año” comenzó a decir, recibiendo sólo miradas nerviosas como respuesta. La mayoría había practicado mucho y ya casi dominaban la técnica, pero algunos todavía no lograban desaparecer siquiera la mitad del libro con el que practicaban en clase.

Mientras la comisión tomaba asiento tras una mesa larga al final de la sala de Encantamientos, al tiempo que McGonagall les repartía hojas de

calificación, Flitwick reunió a todos los alumnos en la esquina contraria. Les sonrió, aunque parecía aprensivo.

- No hay necesidad de estar preocupados. Recuerden que el mejor consejo para este conjuro es la relajación. Respiren profundo, no piensen en nada más que en su lugar de destino. Para los que crean que están más preparados, pueden decir el conjuro mentalmente. Eso les dará puntos extras frente a la comisión. Si no, pueden decirlo fuerte y claro... les darán la licencia de igual manera - Todos suspiraron y asintieron a la vez. Flitwick volteó hacia su derecha - Sr. Longbottom, téngase confianza. Srta. Abbott, relaje los puños. Srta. Parkinson... ¿Hizo las prácticas extras que le recomendé?

Todas las miradas confluyeron en Pansy, y al juzgar por su aspecto de semi pánico, probablemente no habría tomado en cuenta los consejos del profesor. Pero Flitwick no alcanzó a reprocharle nada. De la boca del tipo sudoroso - quien llevaba en la solapa de su chaqueta el logotipo del ministerio - se escuchó el nombre del primer examinado: Hermione Granger.

Ella tragó saliva. Había estado inusualmente pálida desde que habían entrado al salón, pues para ella todo era más complicado. Se sentía algo miserable, culpable, como si fuera una presidiaria en fuga. Sin pronunciar ni una sílaba, se alejó del grupo y caminó hasta el centro del salón. Su respiración estaba más agitada que de costumbre, y sentía su varita resbalar por entre sus dedos.

El tipo del ministerio, seguramente del Departamento de Transportes Mágicos, no había vuelto a su silla. Seguía erguido tras la mesa, mirando directamente hacia Hermione.

- Un poco más cerca, Srta. Granger.

El silencio a su alrededor era abrumante, y eran tantas las miradas que sentía presionadas contra su espalda, que parecía a punto de asfixiarse. Sin decir nada, siguió la orden del examinador y dio unos pasos hacia adelante.

- Un poco más... Eso, un par de pasos. Otro más...

Nadie entendía nada. El murmullo de desconcierto comenzó a subir y Hermione, estupefacta, ya había llegado al borde de la mesa después de tantos pasos dados. Elevó la mirada hacia el tipo, pidiendo silenciosamente una explicación, y él le sonrió.

- Aquí tiene, Srta. Granger - Solemne, extendió hacia Hermione una pieza de cartón plastificado, similar a la licencia muggle para conducir. En ella, se leía en letras doradas “Hermione Jane Granger”, a la izquierda, su foto, sonriente, y más abajo, la firma de Portos Lykes, Jefe del Departamento de Transportes Mágicos.

Su pulso temblaba, tanto que casi deja la tarjeta caer.

- Pero.. p-pero... - atinó a decir, confundida - Aún no he dado la prueba, señor.

Portos Lykes le sonrió de una forma tan particular que sólo Hermione alcanzó a advertirlo.

- La declaración de la Srta. Bones y los detalles proporcionados por el Sr. Ronald Weasley, a quien usted salvó la vida hace algunos días, fueron sujetos a debate en nuestro departamento, en conjunto con el Wizengamot. Y... se llegó al acuerdo de darle su licencia sin examinación alguna - explicó, mientras la mujer a su lado, de rostro alargado y ojos tristes, asentía amablemente - Su acto

en batalla es suficiente prueba de su habilidad para nosotros. Ahí tiene, y felicitaciones. Puede retirarse.

Los aplausos no se hicieron esperar. Sus ojos se agolparon de lágrimas, pronunció un “Gracias” en un hilo de voz y, apretando la licencia en su puño, giró sobre sus pies y caminó hacia la salida. De reojo, observó a Ron sonreírle con orgullo. Ya tendría tiempo de agradecerle a él también.

Lykes carraspeó, pasando nuevamente su pañuelo por su frente.

- Entonces... Ahora sí comenzará la examinación. Verán dispuestos en el piso dos círculos de tinta roja... - explicó, señalando hacia el frente. En efecto, a tres metros de la mesa había un círculo dibujado en las baldosas, con el diámetro justo para que cupiera una persona de pie. Así también, a quince metros de distancia y justo bajo el ventanal, había otro círculo similar - La prueba consiste en lo siguiente. Deben erguirse en el círculo de enfrente, hacer lo que crean conveniente y aparecer, lo más limpiamente posible, en el sitio dispuesto junto al muro norte. Si aparecen justo dentro del círculo, se les asignará la puntuación máxima. Para obtener la licencia, deben al menos pisar el contorno delineado. ¿Han entendido todos?

Se escuchó un agitado “Sí, señor”, y luego Lykes volvió a su silla. Desde aquel minuto y en adelante, los alumnos fueron pasando uno por uno sin mayores contratiempos. Susan desapareció y apareció en un elegante chasquido, pero no con demasiada puntería: el talón de su zapato apenas alcanzó a rozar el borde del círculo, aunque era suficiente para su licencia. Crabbe, por su lado, no corrió la misma suerte; apareció al menos dos pasos lejos del círculo, y aunque trató de acercarse con disimulo, los de la comisión eran sumamente rápidos y certeros a la hora de examinar. “Tendrá que intentarlo el próximo año, Sr. Crabbe”, afirmó una señora de blusa rosa y sombrero de flores, mientras el Slytherin ponía cara de asco y abandonaba la

sala. Así como él, Goyle tampoco pudo superar la prueba, y agrandó las listas de rezagados para el año entrante. “¿Tendrá que ver el sobrepeso en el éxito del examen?” pensó Seamus en voz alta, haciendo que varios a su alrededor estallaran en carcajadas.

Otro caso que puso a Flitwick con los pelos de punta fue el de Ron. Aunque desapareció sin muchos preámbulos, sin agitarse como una licuadora (como Neville y Parvati, por ejemplo), demoró muchísimo en aparecer. Dos minutos exactos, según la cuenta de Harry, justo cuando Lykes ya empezaba a creer que debería enviar a alguien a buscarlo... donde quiera que estuviera. Cayó derecho, con los pies juntos y firmes, en el diámetro exacto descrito por la marca.

La señora junto a Lykes se rascó la cabeza.

- Jamás alguien había demorado tanto en realizar la prueba... - opinó, cambiando su mirada desde su hoja de examinación hacia el alumno en cuestión.

- ...pero cumplió con lo requerido, y obtuvo la máxima puntuación - intervino Lykes, con la vista perdida y tono de resignación - Supongo que ha obtenido su licencia, entonces, Sr. Weasley.

Ron dio un salto en el aire y elevó los puños, demostrando a destajo su alegría. Flitwick, Harry y algunos de la Armada aplaudieron con efervescencia, al tiempo que Ron estrechaba la mano del Jefe del Departamento.

- ¡Me asustaste! - exclamó Harry, bajando la voz, cuando Ron pasó a su lado. Él no respondió, pero le guiñó un ojo, feliz. Harry no pudo evitar sonreírle de

vuelta, pero notó que su gesto cambiaba bruscamente. Draco, a su derecha, parecía no compartir su felicidad.

Pero Ron le hizo un caso mínimo, y salió por la puerta ágilmente. En eso, la mirada de Harry cayó en Draco, y por un tenso segundo ninguno de los dos pareció respirar.

Solo hace media hora Harry había recibido la noticia: Slytherin había ganado la Copa de Quidditch. No obstante, y contrario a todo lo que Harry hubiera creído, Draco no se le acercó para burlarse ni para jactarse de su triunfo. De hecho, no le había visto ni la sombra hasta ahora, en que sus ojos se toparon casi por casualidad. Draco tragó saliva y evadió sus ojos, dando unos pasos hacia adelante. Era su turno de examinación.

Harry lo siguió con la mirada hasta el centro de la sala, y evaluó sus sentimientos al respecto. No, no lo odiaba. Lo aborrecía mucho a veces, por su trato despectivo y su eterno aire de superioridad, pero no tenía que ver con el Quidditch, y eso tenía que aceptarlo. Había jugado una buena temporada, y ni aun cuando quisiera que tragara el polvo tras su Saeta de Fuego, ésta vez había sido su turno de perder. Aunque le costara aceptarlo, había ganado limpiamente. Y no se veía mordaz, ni hiriente, ni histérico. Sólo feliz, feliz por ello...

Lykes volvió a carraspear.

- Harry Potter.

Parpadeó. Draco ya no estaba en la sala. De hecho, ya no quedaba nadie. Sin que Harry lo hubiera notado realmente, todos ya habían pasado y él era el último en tomar el examen. El silencio que lo rodeó ya no era expectante, sino más bien de alivio, pues no tenía miradas apremiantes directas a su nuca. Únicamente Flitwick lo observaba desde su esquina.

- Cuando quiera, Sr. Potter.

Harry avanzó hasta el círculo del centro, se irguió derecho sobre él, y cerró los ojos. Si se relajaba... si dejaba que sus músculos se adormecieran... si dejaba su mente en blanco y pensaba sólo en aquel lugar frente al ventanal, podría salir pronto de ahí... Salir de ahí, con su licencia en la mano...

Unos treinta segundos después volvió a abrir los ojos, pero sólo para encontrarse con la segunda sorpresa de la tarde. La comisión completa había abandonado sus puestos tras la mesa y habían dispuesto una ronda en torno a él, mirándolo con estupefacción. Flitwick, desde su limitada posición, extendía su cuello y mostraba a Harry su gesto de sorpresa, con sus ojos abiertos como platos y su boca semi abierta. Nadie decía nada.

Sin aguantar más esa postura de “animal en exhibición”, decidió quebrar el silencio.

- ¿A-Aprobé?

Lykes, aún con su pañuelo apretado en su frente, movió la cabeza.

- S-Sí... es decir, s-supongo que sí... Sólo tiene q-que... tiene que bajar, Sr. P-Potter.

¿Bajar? Harry demoró unos segundos en procesar aquello que había escuchado, pero pronto atinó a mirar hacia sus zapatos. Sin temor a equivocarse, y si sus lentes no le jugaban una mala pasada... estaba levitando.

De puros nervios, no se atrevió a hacer movimiento alguno. Asustado, recorrió su mirada por entre todos los presentes, buscando ayuda desesperada.

- N-No... No sé c-cómo hacerlo...

Flitwick se hizo paso entre dos señoras, y se colocó justo frente a Harry.

- Sr. Potter, escúcheme. Cierre los puños lentamente... Eso, así es. Use su mente... traslade el peso de su cuerpo hacia sus pies. Haga de cuenta que son pesados, muy pesados... Eso... así...

Al segundo siguiente, el estómago de Harry se contrajo en una sensación parecida a la que produce bajar en ascensor. Sus pies tocaron por fin tierra firme, aunque sólo uno de ellos quedó dentro de la marca.

- Está bien, eso basta - aclaró Lykes, algo agitado. El resto de la comisión aún intercambiaba murmullos de excitación - Aquí tiene su licencia, Sr. Potter. Y... dígame, ¿Desde cuando domina la técnica de la levitación?

Harry se encogió de hombros, ruborizado, mientras asía entre los dedos su pieza de cartón plastificado.

- Jamás había hecho algo parecido, señor.

- Ohhh - exclamó, sorprendido - Vaya... Memorable, simplemente memorable. Tiene usted un gran talento para las técnicas complejas, Sr. Potter. Según tengo entendido, no domina bien los hechizos más simples, pero cuando hablamos de magia avanzada... Bueno, siempre esperamos grandes hazañas de El-Niño-Que-Vivió, claro que sí...

Harry, sin saber qué decirle, sonrió torpemente hacia la comisión, luego hacia el profesor Flitwick, y salió de la sala lo más rápido que pudo. Cuando cerró la puerta tras de sí, respiró profundo y sólo entonces pudo

relajarse de verdad. Aunque estaba acostumbrado a descubrir sus habilidades en las más extrañas situaciones, nunca dejaba de abrumarse por ello.

- ¡Harry! - gritó Hermione, acercándose a él en dos zancadas. Ron iba con ella -
¿Lo lograste?

Harry sonrió, tomando su tarjeta, lanzándola al aire y volviendo a cogerla. Ron soltó una carcajada.

- Gracias a Dios no demoraste tanto como yo, o te habrías perdido la reunión...

Harry no se movió.

- ¿Reunión?

Hermione y Ron compartieron una mirada elocuente, e hicieron un gesto para que los acompañara.

- Fue todo muy repentino... así lo repitió mamá incansablemente mientras cruzaba el pasillo - comentó Ron. Hermione asintió levemente.

- ¿Tus padres están aquí?

- Sí. Toda la Orden, me atrevería a decir. Me encontré con ella cuando salí del examen. No sabemos de qué se trata, pero están reunidos con los Tareldar en el jardín tras los campos de Quidditch. Supongo que están aprovechando que toda la escuela está en el comedor para el gran banquete...

Harry no preguntó nada más. Los pasillos estaban desiertos, y mientras la luz rojiza del atardecer teñía todo a su paso, los tres Gryffindors se

apresuraron hacia el jardín. Para cuando alcanzaron el estadio de Quidditch, los murmullos ya podían apreciarse.

- Creo que aún no la entendemos, Aranel - repitió Ingolmo, erguido frente a Stella.

Ella iba a contestar algo, pero todos voltearon para observar a quienes se acercaban. Hestia dio un paso hacia la derecha para dejarlos pasar. Stella llevaba un sencillo vestido gris, con bordes blanquecinos y bordados en azul

- Muy bien, ahora estamos todos - dijo Hyarion, haciendo un sutil gesto de cabeza hacia Harry - Ahora, ¿Qué nos decía?

Stella elevó los hombros en un suspiro profundo. Los Tareldar la miraban, apremiantes, en grupo desde su costado izquierdo, y al derecho, la Orden del Fénix aguardaba la noticia. Stella los había reunido ahí por una razón especial.

- ...lo que trato de decirles... a todos... es que ya es tiempo de que los vientos cambien... - Al segundo después, Ingolmo elevó el mentón y parpadeó imperceptiblemente. Se apoyó un poco más en su bastón, mientras Stella clavaba su mirada en él, ansiosa. La Orden permanecía quieta, y Hermione comenzaba a adivinar - No he sido una buena líder. Casi no he convivido con ustedes, y si pisara nuevamente mis tierras, no podría dejar de sentir las ajenas... He desafiado a nuestra raza y los he puesto en peligro... He dejado de sentirme Tareldar para involucrarme en el mundo Istari, que me ofreció sus brazos en cobijo... No puedo negar, ya no más, que siento más comodidad entre hechiceros que entre elfos, sólo por el hecho de haber crecido entre ellos... Errando, sí, pero aquí, al fin y al cabo... - Apretó los labios, sintiendo que perdía

el aire. Volvió a respirar, cerrando los ojos - Así como mi padre lo había predicho, mi destino no está con ustedes. Está aquí, con nuestros amigos... con un mundo más grande que el nuestro. Les debo a ustedes, hermanos, mi vida y mi lealtad, pero debo seguir el designio Wilwarin. Es la sangre de mi dinastía la que pesa sobre mí.

Ninguno de los elfos se atrevía a hablar, pero sus miradas mostraban todo el desconsuelo que significaban las palabras de su Aranel. Y antes de que Ingolmo quisiera adelantarse y pedir una explicación, Eärendil, abriéndose paso entre otros elfos, se acercó a Stella.

- Pero... Elënear - balbuceó, tan confundida como los otros - la necesitamos. Sin usted no podemos sobrevivir. Los Tareldar no podrán continuar sin su princesa, su sucesora del poder...

- Pero sí con una nueva - corrigió, sonriendo por primera vez desde que había llegado ahí.

Remus Lupin, Nymphadora Tonks, Arthur Weasley y Albus Dumbledore comprendieron al mismo tiempo, igual que Hermione, Emmeline y Hestia, algunos pasos más atrás. Harry, por su lado, poseía el mismo gesto indescifrable del resto de los Tareldar. Por un minuto que se hizo eterno, Stella y Eärendil compartieron una mirada llena de significados y sensaciones distintas, envolviendo todo a su alrededor. Ingolmo bajó la mirada, reflexivo, y mientras el sol comenzaba a desaparecer tras la última colina, Eärendil cayó, solemne, de rodillas frente a Stella. El color lila de sus ojos se había intensificado...

- Aranel, no puede...

- Sí, sí puedo - contestó, serena, arrodillándose también, tomándole el rostro - ...y lo haré. Has tomado grandes decisiones... has convivido siempre bajo el alero de nuestras leyes y eres la única que me sigue en fuerza y edad. Tú eres quien debe continuar... lo sé, así lo siento. Mi camino se separa hoy, pero antes de hacerlo, quiero tener la certeza de que el brillo Tareldar tiene fe de perdurar...

Molly se aferró al brazo de Arthur por inercia. No cabía en sí de la emoción, de la sorpresa. Jamás lo habría esperado... Sólo entonces, cuando el silencio se hacía más clarificador que las palabras, Stella se levantó, ayudando a Eärendil a su vez. Giró levemente hacia atrás, donde se encontró con la mirada de Harry. Él asintió, tranquilo, instándola a seguir. Ella movió la cabeza, determinada, para luego alzar la voz.

- Según lo que dicen nuestras leyes, está en mí la decisión de abdicar en quien yo crea conveniente, con el fin de asegurar la continuidad y el salvaguardo de la raza. Así entonces, y en nombre de los Wilwarin, declaro a la dinastía *Tuilinn* la próxima sucesora del poder - pronunció ella, con un toque de emoción. Los ojos de Eärendil brillaron más que nunca, mientras Stella tomaba sus manos, sonriéndole. Luego le habló al oído - Levántate, Eärendil Tuilinn... Busca a Varyar. Te espera a ti, no a mí. No dejes que nuestra raza muera...

Las lágrimas que tanto habían luchado por salir, corrieron libres por el rostro de Eärendil, así como por el de Molly, Tonks y Hermione. Los débiles rayos de sol acentuaron las figuras de los presentes, y como un último acto de aprecio y respeto, todos los Tareldar se inclinaron hacia Stella. Ella les sonrió, también entre lágrimas, al tiempo que Elphias se quitaba su sombrero. Lo siguió Dumbledore y Kingsley, mientras el resto se unía a la reverencia grupal. Stella volteó lentamente, recorriendo con la mirada a cada uno de los presentes, hasta que se detuvo en Harry. Él, simplemente feliz, sonrió sereno y

se inclinó, solemne, hacia ella, y luego hacia Eärendil, quien parecía aún no comprender a cabalidad lo que había sucedido.

- *¡Aiya Eärendil Lindorië!*

Contrario a lo que Arthur habría supuesto, Ingolmo sonreía. Si se pensaba bien, la decisión de Stella era lo mejor que podía pasarles. Ella seguiría su destino, los Tareldar podrían continuar con su linaje, y todos felices. Aunque a veces parezca que todo se complica, al final es tan sencillo tomar el camino correcto...

Cuando ya casi no había luz natural, el fulgor desprendido del cuerpo de Stella bastó para alumbrar hasta la entrada del castillo. Extendió los brazos, su cabello se elevó unos centímetros y su piel, siempre pálida, adquirió ahora un tono anaranjado. El resplandor se apagó, bajó los brazos, y Ron creyó estar alucinando. Las orejas en punta, signo tan característico de los Elfos, había desaparecido de los rasgos de Stella, así como aquella sutil aura resplandeciente que la seguía a cualquier lugar. No se había convertido en humana: siempre sería una elfa, pero ya no luciría como tal. Pertencería ahora al mundo Istari, y debería vivir de acuerdo a él.

Entonces se refugió, alegre, en los brazos de Molly. Por fin podría hacer lo que su padre siempre quiso para ella. “Y sí que se renovaron los vientos...” acotó Tonks, divertida, dejando que su capa bailara con la brisa del ocaso...

Antes de arribar a King Cross, para Ron lo mejor de aquel día había sido su última conversación con la profesora McGonagall. “Dejaré que bote Adivinación, Sr. Weasley. Si quiere convertirse en Auror, tendrá mi

apoyo”, había dicho antes de verlo subir al expreso, guiñándole un ojo y despidiéndose con un gesto de mano. Así, desde aquel segundo nadie pudo quitarle la sonrisa de la cara. “¡Ya quiero ver el rostro de mamá cuando se entere!”.

Claro que, mientras discutía con Ginny y esperaba su turno para bajar su baúl luego de arribar en la estación, tuvo la corazonada de que algo más gratificante lo esperaría...

- Stella Maris Weasley. Suena bien, ¿no? - comentó Stella, ampliando su sonrisa. Arthur le guiñó un ojo, tomando su baúl para ponerlo en uno de los carritos - ¿Y Percy? Dijeron que lo conocería hoy.

El Sr. Weasley detuvo sus movimientos por un segundo. Suspiró, elevó la mirada, y sonrió a medias.

- Nos espera en casa. Vendrá... vendrá a tomar el té con nosotros - explicó, tartamudo. La Sra. Weasley caminó pronto junto a él, le acarició la mejilla y le sonrió, tranquila. Quizá todo se arreglaría.

En eso, una mano desde la nada ayudó a Ron a bajar su baúl.

- Deja eso, Ron. Ven conmigo - le pidió Hermione, tomándolo del brazo. Él, confundido por la situación, no atinó a más que andar.

- ¿Adónde vamos? ¿Qué quieres?

Hermione se detuvo, escudriñándolo con la mirada como si le extrañara la pregunta.

- Mis padres acaban de llegar, Ron. Quiero que los conozcas.

Ron abrió los ojos como platos y tragó saliva, repentinamente horrorizado.

- ¡¿Que qué?! P-Pero, Hermione... Tus padres ya me conocen. ¿Nunca les has hablado de mí?

Hermione rió bajito.

- Claro que sí, tonto... pero nunca han charlado contigo, ¿o sí? Vamos, me muero por presentarte.

- ...y nosotros por fotografiar el evento del año - agregó Fred, sonriendo con malicia. Tras su hombro, George hizo una mueca divertida, meciendo sobre sus cabezas una cámara fotográfica.

- Oh, no, lo que faltaba - se ruborizó Ron, algo contrariado. Hermione puso sus manos en las caderas.

- Chicos... Por favor, no es nada del otro mundo.

- ¡¿Ah, no?! - la contradijo Ron, poniendo su mejor rostro de espanto - ¿P-¿Por qué debo ir a c-conocer a tus padres? ¿C-Cuál es el motivo? ¡No entiendo nada! Porque tú y yo... es decir, tú y yo no somos... bueno, al menos no que... no sé si...

Durante el segundo en que Hermione compartió con Ron una mirada fija, pareció comprender. Relajó los hombros, pensó hacia sí, y comenzó a ruborizarse notoriamente. Evitó los ojos de los gemelos, y se dirigió a Ron con la vista en sus zapatos.

- Ehh.. y-yo... lo siento mucho, Ron. Lo siento, de verdad, no quise ponerte en un aprieto. Yo sólo pensé... s-sólo creí... Pero no, está bien, t-tienes razón. No hay un motivo en realidad. No me hagas caso. Los exámenes finales debieron dejarme algo aturdida...

Y acto seguido, caminó en dirección contraria. Ron alzó una ceja, suspicaz, pero antes de que pudiera refugiarse en un gesto de alivio, recibió por parte de Fred un manotazo en la nuca.

- ¡Auch! - exclamó, arrugando la frente y volteando hacia sus hermanos - ¡¿Qué te sucede?!

- ¿Vas a dejar que se vaya?

George dirigió a su hermano menor la peor de las miradas, al tiempo que Fred alzaba las cejas, instándolo a responder. Ron titubeó, dirigiendo la mirada por donde ella se había ido.

- ¿Y qué se supone que debo hacer?

Fred bufó fuertemente, como si no diera crédito a sus oídos.

- Babeas por ella todo el año... ¿Y me preguntas a mí qué hacer?

- Eres un Weasley, Ron, no nos desperfiles - pidió George, en un tono de falsa angustia.

Ron miró a sus hermanos y dio el más grande de los suspiros. Se ruborizó a morir, pero no había remedio. Temblaba, pero sabía qué hacer...

- ¡¡Hermione!!

Aunque los separaban ya varios metros, ella volteó. Ron corrió hasta ella, pero no se atrevió a mirarla a los ojos.

- Ehhmm... Hermione, yo...

- Ron, de verdad... no es necesario - se apresuró a decir ella - Quiero ir a despedirme de Harry y Stella. Mis padres me están esperando.

- Oh... E-Está bien, anda. Te esperaré allá, entonces.

Hermione alzó una ceja.

- ¿"Allá"? ¿Dónde?

- Donde tus padres, claro.

No creyó que podría ruborizarse aún más de lo que ya estaba, pero así fue, dejando su rostro como la luz roja del semáforo. Hermione sonrió, alejando esa sombra de tristeza de sus ojos, y se echó al cuello de Ron, como ya era su costumbre. En su mente, Ron llamó telepáticamente a los gemelos. Quería una fotografía de esto... necesitaba perpetuar el recuerdo.

- ...te escribiré todos los días, lo prometo - volvió a decir Stella, sonriendo divertida hacia Harry. Él le sonrió de vuelta.

- Está bien, tendré que contentarme con eso - bromeó - Mientras, podré divertirme con mi queridísimo primo Dudley. Ahora que tengo licencia, me apareceré y desapareceré varias veces sólo en su presencia. Al final del día creará que se volvió loco - rió, por primera vez en bastante tiempo, realmente feliz.

Ella rió con él.

- Tienes licencia, pero no abuses, Harry.

- Oh, vamos. Es una de las pocas cosas que sí sé hacer, lograda mediante un talento por las técnicas complicadas que heredé, pienso, de la poca sangre elfa que me queda. Quiero aprovecharlo.

El gesto divertido de Stella, aunque no se apagó, sí bajó su intensidad.

- Harry... Eres mucho más que un conjuro Aparecedor, y lo sabes.

Él negó con suavidad, aunque no triste ni enojado, sino muy tranquilo.

- Todo lo que he hecho se lo debo a mi escudo. No soy más que otro Gryffindor de la escuela Hogwarts, con mucha, mucha suerte. - Respiró hondo, sin quebrar el contacto visual - Aquella noche, vi al mago más poderoso del mundo temerle a una chica... Porque yo no soy nadie, a mí no me teme... Sólo me odia...

- ...pero teme a lo que eres capaz.

La voz de Remus irrumpió en la conversación. Le sonrió a Stella, se acercó a Harry por el lado y tomó su hombro. Harry lo miró, de alguna forma, agradecido.

- Teme, sí, pero teme a mi escudo...

Remus negó lentamente, apretando aún más su mano contra su hombro.

- Te teme porque posees algo que él no tiene, algo que te impulsa a actuar, que te define y te protege, que te ha protegido siempre...

- ...y que, en el fondo, es nuestra mayor arma - agregó Stella.

Harry no se movió, pensando. Remus aclaró su duda.

- Amor, Harry.

Él demoró un segundo en comprender, pero cuando lo hizo, volteó hacia Stella. Ella sonreía.

- Amistad, confianza, compañerismo, lealtad... Son cosas que Voldemort jamás tendrá, ni experimentará. Es su desventaja, y lo sabe. Por eso intenta que ese amor se vuelva odio, rencor, venganza. Sembrando ese sentimiento en ti, Harry, él triunfará. No dejes que lo haga, ¿sí?

Harry asintió, abrumado. Los tres se sonrieron, pero antes de que pudiera contestar algo, alguien entre la multitud de la estación gritó su nombre.

- ¡Harry, espera!

Un grupo numeroso de chicos y chicas se hicieron paso entre los transeúntes y se detuvieron, exhaustos, justo frente a Harry. Él los examinó un momento... la Armada Dumbledore. Entonces sonrió. Algunos aún tenían vendas en sus manos y brazos, otros seguían magullados, pero todos le sonrieron de vuelta con la misma intensidad.

- ¿Están todos bien? - preguntó Harry. Collin, uno de los primeros del grupo, hizo un ademán de saludo militar.

- Todos muy bien... y esperando instrucciones, señor - bromeó, y varios se echaron a reír. Hasta a Lupin le hizo gracia.

Harry no pudo evitar sonrojarse.

- La instrucción es que regresen a sus casas, compañeros. Ha sido un año duro para todos.

- ...pero volveríamos a hacerlo - acotó Neville, adelantándose un par de pasos - Eso... eso queríamos decirte. Volveríamos a hacer todo, todo de nuevo si fuera necesario, ¿verdad, amigos? - Tras sus palabras, hubo un asentimiento general. Ron y Hermione se unieron al grupo poco después - Estamos listos para volver a pelear. Estamos... estamos orgullosos de ti, Harry.

Harry extrañamente se sintió flaquear. No era la primera vez que recibía halagos, pero éste en particular era sumamente especial.

Quiso pronunciar una palabra, decirles todo lo que ellos significaban para él, pero la acción siguiente de Neville lo dejó petrificado. Alegre, pero tímidamente nervioso, metió la mano en su chaqueta y sacó su varita. Luego la encerró en su puño por el sector de la mitad, y la dispuso en posición horizontal, apuntando hacia Harry.

Él, muy confundido, no atinó a otra cosa que a mirarlo con extrañeza, pero más fue su impresión cuando, tras Neville, Susan y Ernie hicieron lo mismo con sus respectivas varitas. Y luego Collin, Theresa, Anthony, Luna, Owen...

Tras Harry, Remus ahogó un gesto de impresión. Varios padres se detuvieron cerca, algunos parpadeando y otros con la boca abierta.

- ¿Qué... qué es eso? - preguntó Harry al instante, volteando hacia Lupin. Él sonrió, maravillado.

- Es el saludo de Merlín, Harry. Hace décadas que no lo veía... - Remus observó a la Armada, a sus antiguos alumnos de Defensa, conmocionado - Se utiliza en una ceremonia muy particular, cuando una bruja o hechicero recibe la Orden de Segunda Clase, o Primera.

- Pero yo no he recibido nada - aclaró, dirigiéndose esta vez hacia sus amigos. Ellos sonrieron con más determinación.

Stella suspiró.

- Supongo que están dándotelo, Harry. Ofreciéndote su lealtad y respeto... A su manera.

Harry sintió su pecho hincharse de un nuevo orgullo. Sabía que sus amigos lo estimaban, pero jamás habría pensado en algo parecido.

- Gracias - pronunció, profundo y sereno. Solo entonces la Armada bajó sus manos y guardaron sus varitas, felices.

- Te escribiremos, Harry - aseguró Hannah, comenzando a alejarse. Dennis y Collin se despidieron con un gesto de mano, para luego voltear en dirección a sus padres. Tras ellos, Ron y Hermione sonreían con emoción.

- ¡Weasleys, Weasleys! - comenzó a exclamar Arthur, llamando a sus hijos desperdigados por la estación - ¡Recojan sus cosas, ya nos vamos! - Dio dos grandes zancadas, aproximándose a Remus - ¿Fue mi idea o acabo de ver un saludo de Merlín?

Remus asintió, suficientemente elocuente para que Harry volviera a sonrojarse. Arthur sonrió acto seguido, revolviéndole el cabello en forma paternal.

- Espero que James y Lily lo hayan visto.

- ...y Sirius - agregó Stella - No se lo habría perdido por nada.

Harry asintió en silencio, vagando en su mente en busca de la sonrisa de su padrino...

- ¿Nos vamos, querida?

- Sí, un minuto - respondió Stella. Arthur le sonrió, cómplice, para luego hacer un gesto a Lupin. Ambos se alejaron unos metros. Entonces volteó hacia Harry - ¿Aún crees que no eres un héroe?

Harry sonrió, bajando la mirada, entre divertido y avergonzado. Aunque con el pulso acelerado, se obligó a regresar la vista.

- Tengo algo para ti - dijo, y ella se sobresaltó. A pocos metros, la voz de Ginny la instaba a correr. Los Weasleys ya se marchaban.

Del bolsillo de su pantalón, Harry extrajo un ajado pedazo de papel. Stella no podía suponer qué era aquello, pero al juzgar por la mirada de Harry, debía ser algo importante.

- Moody me dio esta fotografía el año pasado. Está retratada la original Orden del Fénix... Todos sus miembros de antaño -.Tomó la mano de Stella, volteó la foto para que ella la viera y la depositó en su palma. Desde el costado, Ginny venía corriendo hacia ellos - Ahí, junto a Dumbledore... Él es tu padre.

Stella abrió la boca, incrédula. Tomó fuertemente la fotografía, la acercó hacia sí, el rostro que vio a continuación le pareció maravilloso, y a la vez, dolorosamente familiar. Era un elfo de brazos largos, cara angosta y cabello negro hasta la cintura. Feliz, muy feliz, estrechando manos con Albus Dumbledore...

Una lágrima brillante recorrió la mejilla de Stella, pero antes de que pudiera decir algo, Ginny la tomó del brazo. Ya todos se habían ido, solo faltaba ella.

- Está bien, anda - dijo él, satisfecho por su reacción - Es para ti... es un regalo. Ese recuerdo no te lo quitarán.

Ginny observó la escena algo perdida, pero no se detuvo en comentarios y tiró de la blusa de Stella, obligándola a caminar. Así lo hizo, sin dejar de mirar a Harry, dando un paso hacia atrás, dos... Hasta que logró zafarse unos centímetros de Ginny. Regresó sobre sus pasos, apretó la fotografía en su puño, tomó el rostro de Harry y le dio un fuerte beso en la mejilla. El contacto se hizo eterno, pero pronto Ginny volvió a arrastrar a Stella hacia la salida. Harry le sonrió, embobado, y la siguió con la mirada hasta perderla tras la multitud.

- ¿Estás listo?

Remus apareció y se detuvo junto a él. Haciendo un gesto con la cabeza, apuntó hacia unas vallas del costado. Con su usual cara de pocos amigos, la familia Dursley hacía su entrada a la estación. Harry suspiró, resignado.

- Supongo. Otro año más en Privet Drive.

- No necesariamente - observó Remus, tomando el carrito de Harry y empujándolo en dirección hacia los Dursleys. Harry, confundido, echó a correr para igualar su paso.

- ¿Qué quieres decir?

Sin despegar la vista del horizonte, Remus Lupin sonrió con satisfacción.

- Sirius. Él... Él hizo algunos arreglos meses atrás - comenzó a decir, intentando encontrar las palabras adecuadas - Sacó todo su dinero de Gringotts. Como hombre libre, quería vivir bien, gozar de las comodidades de las que estuvo privado tanto tiempo... y, bueno, tú también estabas en sus planes.

Harry seguía sin entender, y ya que la distancia con los Dursley se acortaba, detuvo a Remus él mismo. Lo miró a los ojos, concentrándose.

- ¿Qué estás intentando decirme?

Lupin suspiró, sin perder la sonrisa, aunque lo embargó de pronto una profunda nostalgia.

- Sirius compró un departamento en el centro de Londres, Harry. Era... iba a darte esa sorpresa. Quería que fueras a vivir con él - Dejó que Harry procesara la noticia, y luego continuó - Pero, tras las circunstancias, yo soy el dueño ahora. Firmamos juntos la escritura - Tomó aire, sacó fuerzas de flaqueza para lo que tendría que decir, y lo miró a los ojos - Yo... yo no soy Sirius, Harry. No podré reemplazarlo jamás, y tampoco es mi intención hacerlo. Pero, si estás dispuesto... Es decir, si aún estás interesado en abandonar Privet Drive...

- ¿Quieres que vaya a vivir a Londres contigo? - pronunció Harry, estupefacto. Remus asintió, tímido - ¡Es la mejor noticia que me han dado en siglos!

Remus abandonó la melancolía bruscamente, dado que su rostro sonrió por instinto.

- ¿De verdad estás de acuerdo? ¿Sí? Vaya, excelente - exclamó, emocionado. Sin saber qué más hacer o decir, empujó nuevamente el carrito hacia delante, con la vista alegremente perdida. Harry aún no podía creerlo - Solo me falta

arreglar un par de cosas y estará todo dispuesto. La semana entrante, a más tardar. Sí, eso será. Podré ir a buscarte, y te enseñaré la ciudad. Incluso podemos probar la antigua moto de Sirius. La dejó en la bodega, supongo que era para ti - Suspiró, nuevamente con ese halo de tristeza, pero no tardó en reponerse - Ya has estado mucho tiempo en la casa de los Dursleys... Podrás aguantar otra semana, ¿no?

Harry no tuvo necesidad de responder. Todo había adquirido un nuevo brillo. Elevó los ojos y encontró, a no mucha distancia de él, la enorme mole de Dudley... y en lugar de apenarse, de renegar de su existencia, de despotricar contra su suerte, sólo sintió lástima... Lástima por ellos, y completa felicidad por él mismo. Volver a Privet Drive, después de la noticia de Remus, se había vuelto una niñería. Ya no necesitaba la protección de esa casa para sobrevivir, y ya no se escondería entre sus muros como un niño asustado. Todo podría cambiar, por fin...

Y lo hará.

FIN